

SAN AGUSTÍN DE HIPONA CONTRA FAUSTO EL MANIQUEO

Treinta y tres libros

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fausto fue un hombre de origen africano, de la ciudad de Milevi, elocuente y astuto, seguidor de la secta maniquea, y por tanto, pervertido por este error nefando. Yo mismo conocí a este hombre, tal como lo mencioné en mis libros de las Confesiones. Él publicó un volumen contra la verdadera fe cristiana y la verdad católica. Cuando llegó a nuestras manos y fue leído por los hermanos, desearon, y con el derecho de la caridad por la cual les servimos, exigieron que le respondiéramos. Ahora emprenderé esto en el nombre y con la ayuda de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, para que todos los que lean esto entiendan cuán inútil es el ingenio agudo y la lengua pulida, a menos que los pasos del hombre sean dirigidos por el Señor. Esto ha sido concedido a muchos incluso más lentos y débiles por la oculta equidad de la misericordia divina, mientras que muchos de los más agudos y elocuentes, abandonados por la ayuda de Dios, corren rápida y obstinadamente para desviarse más lejos del camino de la verdad. Considero conveniente poner bajo su nombre sus palabras, y bajo el mío, mi respuesta.

CAPÍTULO II.

FAUSTO dijo: Con los errores ya suficientemente expuestos a la luz, y la falacia de la superstición judía y de los semicristianos abundantemente descubierta, por el doctísimo y único que después de nuestro bendito padre Maniqueo, Adimanto, nos instruyó; no parece fuera de lugar, hermanos amadísimos, escribir también estas breves y concisas respuestas para ustedes, debido a las proposiciones astutas y engañosas de aquellos que discuten con nosotros, para que cuando ellos, siguiendo la costumbre de su padre la serpiente, quieran rodearlos con preguntas capciosas, ustedes mismos estén bien preparados para responderles con vigilancia. Así se logrará que, atados a lo que han propuesto, no puedan vagar más allá. Y para que las mentes de los lectores no se inunden con un discurso extenso y confuso, he dispuesto las palabras de ellos y las nuestras de manera tan breve como distinta.

CAPÍTULO III.

AGUSTÍN respondió: Tú crees que los semicristianos deben ser evitados, que dices que somos nosotros; pero nosotros evitamos a los pseudo-cristianos, que mostramos que son ustedes. Pues lo que es "semi" es imperfecto en cierta parte, pero no es falso en ninguna. ¿Qué, entonces? Si algo falta en la fe de aquellos a quienes intentan engañar, ¿acaso lo que tienen debe ser destruido, y no más bien lo que falta debe ser añadido? Como el Apóstol, hablando a algunos imperfectos, dice: "Gozándome y viendo vuestra conducta, y lo que falta a vuestra fe en Cristo". Sin duda veía una cierta estructura espiritual, como dice en otro lugar, "Sois edificio de Dios": y en ella veía ambas cosas; de qué alegrarse y de qué preocuparse. Se alegraba de lo que ya veía edificado; se preocupaba de lo que aún debía ser edificado hasta el culmen de la perfección. Así que ustedes realmente persiguen a los católicos que aún no son perfectos, pero que de alguna manera, como dijiste, son semicristianos a quienes engañan y seducen con su perversidad. Pero si algunos aún son así, si entienden que ustedes son pseudo-cristianos, aunque no puedan responder a las capciosas proposiciones de sus preguntas debido a lo que falta en su fe, sin embargo, saben que deben evitarlos y no seguirlos. Así como su

intención es buscar semicristianos a quienes engañar, nuestra intención es mostrar que ustedes son pseudo-cristianos: para que no solo los cristianos más instruidos los refuten, sino que también los menos instruidos progresen al evitarlos. ¿Por qué llamaste serpiente a nuestro padre? ¿Acaso se te olvidó cómo suelen vituperar a Dios, quien dio el mandamiento al hombre en el paraíso, y alabar a la serpiente por abrirle los ojos con su consejo? Creo que es justo que reconozcas a esa serpiente, el diablo, a quien ustedes alaban, como tu padre. Pues incluso ahora, aunque vituperado, él te reconoce como su hijo.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Aceptas el Evangelio? Y mucho. Entonces, ¿aceptas que Cristo nació? No es así. Pues no se sigue que si acepto el Evangelio, por eso acepte que Cristo nació. ¿Por qué? Porque el Evangelio comenzó a existir y a ser llamado así por la predicación de Cristo; en el cual, sin embargo, él nunca dice que nació de los hombres. Pero la genealogía no es Evangelio, tanto que ni siquiera su escritor se atrevió a llamarla Evangelio. ¿Qué escribió? "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David". No, por tanto, libro del Evangelio de Jesucristo; sino, libro de la generación: donde también se introduce la estrella que confirma la génesis; de modo que con razón esto puede llamarse más bien Genesidio que Evangelio. Finalmente, Marcos, que no se preocupó por escribir la generación, sino solo la predicación del Hijo de Dios, que es el Evangelio, mira cómo comienza adecuadamente: "Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios". Para que de aquí aparezca suficientemente claro que la genealogía no es Evangelio. Pues incluso en el mismo Mateo, después de que Juan fue encarcelado, entonces se lee que Jesús comenzó a predicar el Evangelio del reino. Por lo tanto, todo lo que se narra antes de esto, se constata que es genealogía, no Evangelio. De lo contrario, ¿qué impedía a Mateo poner, "Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios"; sino porque consideró impropio llamar Evangelio a la genealogía? Por lo tanto, si ya te queda suficientemente claro, lo que hasta ahora ignorabas, que el Evangelio es algo muy diferente de la genealogía; sepas que, como dije, acepto el Evangelio, es decir, la predicación de Cristo. De lo cual, cualquier cosa que quieras preguntar, omitiendo las generaciones, pregúntalo. O si también deseas discutir sobre ellas, no me niego, ya que tengo gran abundancia para responder sobre esto: pero aprende a preguntar lo que es primero. Pues me parece que ahora quieres saber, no si acepto el Evangelio, sino si acepto las generaciones.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: Ciertamente te preguntaste a ti mismo, como si fuera desde nuestra perspectiva, si aceptabas el Evangelio; y respondiste, "Mucho". Y nuevamente te preguntaste si aceptabas que Cristo nació; y respondiste, "No es así": añadiendo esta razón, porque la generación de Cristo no pertenece al Evangelio. ¿Qué responderás entonces al Apóstol que dice, "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, del linaje de David, según mi Evangelio"? Ves ciertamente cuán ignorante eres, o finges ser, de lo que es el Evangelio; y no nombras el Evangelio desde la doctrina apostólica, sino desde vuestro error. O si llamas Evangelio a lo que los Apóstoles llamaron; te desvías del Evangelio, al no creer que Cristo es del linaje de David: lo cual el Apóstol testifica que se predica según su Evangelio. Pero lo que era el Evangelio del apóstol Pablo, también lo era de los demás Apóstoles, y de todos los fieles dispensadores de tan gran sacramento. Pues en otro lugar dice: "Sea yo, o ellos; así predicamos, y así creísteis". No todos ellos escribieron el Evangelio, pero todos predicaron el Evangelio. Los narradores del origen, hechos, palabras, pasiones de nuestro Señor Jesucristo, son propiamente llamados Evangelistas. Pues incluso el nombre, si buscamos qué significa en

latín, se interpreta como Buen anuncio o Buena noticia. Lo cual, cuando se anuncia algo bueno, siempre puede decirse: pero propiamente este vocablo ha sido reservado para el anuncio del Salvador. Si ustedes anuncian algo diferente, es evidente que están fuera del Evangelio. Sin duda hay entre ustedes pequeños a quienes llaman semicristianos, si escuchan la voz de la madre caridad resonando en ellos desde la boca apostólica: "Si alguien os anuncia algo diferente de lo que os hemos anunciado, sea anatema". Entonces, ya que el mismo Pablo anunció a Cristo del linaje de David según su Evangelio, ustedes que niegan esto, y anuncian algo diferente, sean anatema. ¿Quién no ve con cuánta ceguera se dice que en ninguna parte Cristo se dice nacido de los hombres, cuando casi nunca calla que es hijo del hombre?

CAPÍTULO III.

Pero, evidentemente, hombres muy doctos, nos presentan de su armario, no sé qué primer hombre, que descendió de la gente de la luz para derrotar a la gente de las tinieblas, armado con sus aguas, contra las aguas de los enemigos; y con su fuego, contra el fuego de los enemigos; y con sus vientos, contra los vientos de los enemigos. ¿Por qué no también con su humo, contra el humo de los enemigos; y con sus tinieblas, contra las tinieblas de los enemigos: sino que, como dicen, se armó contra el humo con aire; y contra las tinieblas con luz? ¿O es que el humo y las tinieblas son malas, y la bondad de él no pudo tenerlas? Entonces, esas tres cosas, agua, viento, fuego, son buenas. ¿Por qué entonces la malicia de la gente adversaria pudo tenerlas? Aquí responden: Pero el agua de la gente de las tinieblas era mala; mientras que la que trajo el primer hombre era buena: y el viento de ellos era malo, pero el de él era bueno; así también el fuego de él era bueno y luchó contra el fuego malo de ellos. ¿Por qué entonces no pudo traer humo bueno contra el humo malo? ¿O en el humo sus mentiras, como el mismo humo, se desvanecen y desaparecen? Ciertamente, su primer hombre libró una guerra contra la naturaleza contraria. ¿Por qué de esos cinco elementos que inventan en la gente contraria, uno fue traído de los reinos divinos como contrario, la luz contra las tinieblas? Pues los otros cuatro no son contrarios. Pues ni el aire es contrario al humo, mucho menos el agua al agua, y el viento al viento, y el fuego al fuego.

CAPÍTULO IV.

Ahora bien, ¿quién escuchará esos delirios sacrílegos, que dicen que su primer hombre, según la voluntad de los enemigos, para atraparlos, cambió y transformó los elementos que llevaba, para que el reino que dicen de la falsedad, permaneciendo en su naturaleza, no luchara falsamente, y la sustancia de la verdad apareciera mutable, para engañar? Quieren que se crea que el Hijo del Señor Jesucristo es hijo de este primer hombre. Dicen que la hija de esta fábula inventada es la verdad. Alaban a este primer hombre, porque luchó con formas mutables y engañosas contra la gente adversaria; si dicen la verdad, no lo imitan: pero si lo imitan, también mienten. Por lo tanto, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, verdadero y veraz Hijo de Dios, verdadero y veraz hijo del hombre, lo cual él mismo testifica de sí mismo, derivó tanto la eternidad de la divinidad del verdadero Dios, como el origen de la carne del verdadero hombre. La doctrina apostólica no conoce a su primer hombre. Escuchen al apóstol Pablo: "El primer hombre, dice, de la tierra, terrenal; el segundo hombre del cielo, celestial. Como el terrenal, tales también los terrenales; como el celestial, tales también los celestiales. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo". Por lo tanto, el primer hombre de la tierra terrenal, aquel Adán formado del barro; pero el segundo hombre del cielo celestial, el Señor Jesucristo: porque el Hijo de Dios vino a la carne, la cual asumió para hacerse hombre exteriormente, y permanecer Dios interiormente; para que fuera verdadero Hijo de Dios por quien fuimos hechos, y verdadero hijo del hombre

por quien fuimos restaurados. ¿Por qué entonces traen a su primer hombre inventado de no sé dónde, y no quieren reconocer al primer hombre que la doctrina apostólica enseña? ¿Para que se cumpla en ustedes lo que el mismo Apóstol dice: "Apartando su oído de la verdad, se volverán a las fábulas"? Pablo anuncia al primer hombre de la tierra terrenal: Maniqueo anuncia al primer hombre no terrenal, vestido con no sé qué elementos engañosos. Y Pablo dice, "Si alguien os anuncia algo diferente de lo que os hemos anunciado, sea anatema". Entonces, para que Pablo no sea mentiroso, Maniqueo sea anatema.

CAPÍTULO V.

Pero también calumnian a la estrella que condujo a los Magos a adorar al niño Cristo, no se avergüenzan, cuando ustedes no ponen a su Cristo inventado, hijo de su primer hombre inventado, bajo el testimonio de una estrella, sino que dicen que está atado en todas las estrellas: porque creen que está mezclado con los príncipes de las tinieblas en esa guerra, en la que su primer hombre luchó con la gente de las tinieblas, para que de esos príncipes de las tinieblas capturados por tal mezcla, se fabricara el mundo. Por lo cual, estos delirios sacrílegos los obligan a decir que Cristo está no solo en el cielo y en todas las estrellas, sino también en la tierra y en todo lo que nace en ella, fijado y atado y mezclado, no ya como su Salvador, sino para ser salvado por ustedes cuando lo comen y lo eructan.

Pues también seducidos por esta impía vanidad, seducen a sus Oyentes, para que les traigan alimentos, para que pueda ser ayudado el Cristo atado en ellos a través de sus dientes y vientres. Pues predicán que con tales auxilios él se libera y purifica; ni siquiera todo, sino que aún afirman que pequeñas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras

en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace

injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo

en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace

injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo

en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace

injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser liberado, sino que las últimas y residuales partículas de su buena y divina naturaleza, que están tan contaminadas que de ninguna manera pueden ser lavadas, serán condenadas eternamente fijadas en el horrible globo de las tinieblas. He aquí quienes fingen indignarse porque se hace injuria al Hijo de Dios, porque se dice que una estrella mostró su nacimiento, como si su génesis estuviera bajo una constelación fatal; cuando ustedes no solo lo colocan bajo la conexión de las estrellas, sino que lo constituyen atado, contaminado y mezclado en todos los terrenales, y en los jugos de todas las hierbas, y en la putrefacción de todas las carnes, y en la corrupción de todos los alimentos, de tal manera que no puede ser liberado y purificado, al menos en gran parte, sino que aún no puede serlo en su totalidad, sino que las últimas y sucias reliquias de él permanecen en los excrementos, para que en otras y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo

y otras formas de cosas corporales sean nuevamente y nuevamente enredadas y atrapadas: y si no pueden ser liberadas y purificadas mientras el mundo dure, ya con ese fuego último con el que el mismo mundo arderá, sean liberadas y purificadas. Sin embargo, tampoco entonces dicen que todo Cristo puede ser

FAUSTO dijo: ¿Aceptas entonces la generación? De hecho, he intentado durante mucho tiempo persuadirme de que Dios nació, pero me vi obstaculizado por la discrepancia entre dos evangelistas, Lucas y Mateo, que escriben su genealogía (Mateo 1, 1-17 y Lucas 3, 23-38), y quedé indeciso sobre a cuál seguir. Pensaba que podría ser posible que, al no ser presciente, aquel a quien considerara mentiroso dijera la verdad, y aquel a quien considerara veraz, tal vez mintiera. Así que, dejando de lado su interminable disputa, me dirigí a Juan y Marcos: y no sin razón me agradaron sus principios, porque no introducen a David, ni a María, ni a José; sino que Juan dice que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1), refiriéndose a Cristo: mientras que Marcos dice: "Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios" (Marcos 1, 1), como reprochando a Mateo, que lo llamó hijo de David. A menos que tal vez uno anuncie a un Jesús y el otro a otro. Esta es la razón por la que no acepto que Cristo haya nacido. Pero tú, si eres tan capaz de quitarme esta ofensa, haz que concuerden entre sí; y de alguna manera cederé: aunque ni siquiera así será digno creer que Dios, y el Dios de los cristianos, nació del vientre.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: ¡Oh, si hubieras leído el Evangelio con devota intención, y preferido investigar cuidadosamente lo que te perturbaba en los evangelistas como si fueran contradicciones, en lugar de condenarlo temerariamente! Al menos, debido a la aparente contradicción que se presenta a primera vista, podrías haber considerado que, a menos que algo grande estuviera oculto allí, difícilmente podría haber sucedido que se les otorgara tanta autoridad en el mundo, sometiendo a sí mismos las mentes de tantos hombres muy sabios. ¿Qué gran cosa es ver lo que has visto, que Lucas menciona unos progenitores de Cristo según la carne, y Mateo otros, aunque ambos establecen a José, Mateo hasta donde termina, y Lucas desde donde comienza? José, debido a un cierto matrimonio santo y virginal con su madre, también mereció ser llamado padre de Cristo, para que, por la dignidad masculina, las generaciones se conectaran desde él o hasta él. ¿Qué gran cosa es ver que José tiene un padre según Mateo y otro según Lucas; y un abuelo según uno, y otro según el otro, y así sucesivamente hacia arriba hasta David, enumerando diferentes progenitores a través de tantas generaciones? ¿Acaso tantos hombres agudos y doctos, muy diligentes en el estudio de las Escrituras divinas, no verían una diversidad tan clara y manifiesta? Aunque en latín son pocos, ¿quién podría contar a los que están en griego? Claro que lo vieron. ¿Qué podría ser más fácil, o quién, al mirar un poco, no vería esto? Pero, pensando piadosamente en la eminencia de tal autoridad, creyeron que algo estaba oculto allí, que se daría a los que piden, se negaría a los que ladran, se encontraría por los que buscan, se ocultaría a los que critican, se abriría a los que llaman (Mateo 7, 7), y se cerraría a los que atacan; pidieron, buscaron, llamaron, recibieron, encontraron, entraron.

CAPÍTULO III.

La cuestión entera es cómo pudo José tener dos padres. Pues si se demuestra que esto pudo haber sucedido, no hay razón alguna para creer que alguno de estos evangelistas, al enumerar diferentes generaciones, haya dicho algo falso. Porque de dos padres, ya no será sorprendente ni contradictorio que también haya podido tener dos abuelos, dos bisabuelos, y así

sucesivamente hasta David, de quien ambos eran hijos, y Salomón, que pertenece al orden que Mateo siguió, y Natán, que está en la serie que Lucas expuso. Algunos observan esto y ven que no es posible que un hombre nazca de dos hombres por mezcla de carne; y por eso piensan que esta cuestión no puede resolverse: pero no consideran lo que es muy común y fácil, que el padre de alguien no solo se dice del que lo engendró, sino también del que lo adoptó.

Porque el vínculo de adopción no era ajeno a las costumbres de los antiguos, ya que incluso encontramos mujeres que adoptaron hijos que no nacieron de su vientre: como Sara de Agar (Gén. 16, 2), y Lea de su sierva (Gén. 30, 9-13), y la hija del faraón adoptó a Moisés (Éxodo 2, 9-10). El mismo Jacob adoptó a sus nietos, los hijos de José (Gén. 48, 5). El mismo nombre de adopción tiene gran valor en el sacramento de nuestra fe, como lo atestigua la doctrina apostólica. De donde el apóstol Pablo, al hablar de los méritos de los judíos, dice: "De quienes es la adopción, y la gloria, y los pactos, y la legislación; de quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Rom. 9, 4-5). También dice: "Y nosotros mismos gemimos en nuestro interior, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Rom. 8, 23). Y en otro lugar: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos" (Gál. 4, 4-5). Por lo tanto, esta adopción es de gran sacramento, como se muestra suficientemente en estos y otros testimonios similares. Dios tiene un único Hijo, a quien engendró de su propia sustancia, de quien se dice: "Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse" (Filip. 2, 6). Pero a nosotros no nos engendró de su sustancia; somos una criatura que no engendró, sino que hizo: y por eso, para hacernos hermanos de Cristo según su modo, nos adoptó. Este modo por el cual Dios, cuando ya éramos de él no nacidos, sino creados y establecidos, nos engendró por su palabra y su gracia para que fuéramos sus hijos, se llama adopción. De donde Juan dice: "Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1, 12). Dado que el derecho de adopción de hijos era común entre nuestros padres y en las Escrituras sagradas, ¿qué demencia de impiedad precipita a acusar primero a los evangelistas de falsedad, porque mencionaron diferentes generaciones, como si ambas no pudieran ser verdaderas; antes de pensar, atender y ver lo que es muy fácil, que por la frecuente costumbre del género humano, un hombre pudo haber tenido dos padres; uno de quien fue engendrado en la carne, y otro de cuya voluntad, cuando ya era hombre, fue adoptado como hijo? Si no se le llama correctamente padre, tampoco decimos correctamente "Padre nuestro, que estás en los cielos" (Mateo 6, 9), a aquel de cuya sustancia no nacimos, sino de cuya gracia y misericordiosa voluntad fuimos adoptados según la doctrina apostólica y la verdad más fiel. Porque lo tenemos como Dios, Señor y Padre: Dios, porque por él, incluso de padres humanos, fuimos creados; Señor, porque a él estamos sujetos; Padre, porque por su adopción hemos renacido.

Por lo tanto, fue fácil para los religiosos investigadores de las Escrituras divinas considerar un poco y ver en las diferentes generaciones de Cristo mencionadas por dos evangelistas, cómo José pudo haber tenido dos padres, cuyos progenitores se enumeran de manera diferente. Esto también ustedes, si el afán de contienda no los cegara, podrían ver fácilmente. Pero aquellos hombres también buscaron e investigaron otras cosas, al tratar todas las partes de estas narraciones: pero estas están muy lejos de su entendimiento. Así que, incluso estando en el error de Maniqueo, lo que suele suceder en las cosas humanas, que uno engendra un hijo en la carne, y otro lo adopta por voluntad, y así un hombre tiene dos padres, si no leyeran con ánimo adverso, podrían verlo pensando.

CAPÍTULO IV.

¿Por qué, entonces, Mateo comenzó desde Abraham, descendiendo hasta José; y Lucas comenzó desde José, ascendiendo, no solo hasta Abraham, sino hasta Dios que hizo al hombre, y dio el mandamiento para que creyendo se hiciera hijo de Dios: y por qué aquel enumeró las generaciones al principio del libro; y este, después de que el Señor Salvador fue bautizado por Juan: y qué significa el número de generaciones según Mateo, para que se dividan en tres grupos de catorce, que al sumarse, parece que falta una; y el número de generaciones según Lucas, que se menciona en el bautismo del Señor, llega a setenta y siete: número que el mismo Señor recomienda en la remisión de los pecados diciendo: "No solo siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mateo 18, 22): de ninguna manera podrían investigarlo, a menos que lo escucharan de algún católico, no de cualquiera, sino de uno estudioso de las Escrituras divinas, y en la medida de lo posible, experto; o ustedes mismos, corregidos del error, pidieran con piedad católica para recibir, buscaran para encontrar, llamaran para entrar.

CAPÍTULO V.

Por lo tanto, ya que lo que movió a Fausto sobre la diversidad de generaciones, porque el nudo estaba en entender dos padres, se ha resuelto entendiendo la naturaleza y la adopción, en vano quiso dirigirse a dos evangelistas y apartarse de otros dos: más ofendería a aquellos a quienes se dirigió, que a aquellos de quienes se apartó. Porque los santos no aman a sus electores, si encuentran que son desertores de sus compañeros. Se alegran en la unidad, y son uno en Cristo: y si uno dice una cosa, y otro otra; o uno de una manera, y otro de otra; todos dicen la verdad, y de ninguna manera se contradicen entre sí, si el lector se acerca piadosamente, si lee con mansedumbre, si no busca con ánimo herético para disputar, sino con corazón fiel para edificarse. Ya entonces, puesto que creemos que cada uno de los evangelistas asumió la tarea de narrar las generaciones de cada uno de los padres, que no es ajeno al género humano que un hombre tenga dos, nuestra fe no está alejada de la verdad. Por lo tanto, ya que los evangelistas concuerdan entre sí, como prometió Fausto, de alguna manera cedan.

CAPÍTULO VI.

¿O lo que añadió aún los mueve? Aunque ni siquiera así, dijo, será digno creer que Dios, y el Dios de los cristianos, nació del vientre. Como si creyéramos que la misma naturaleza divina surgió del vientre de una mujer. ¿No mencioné ya el testimonio del Apóstol, donde dice de los judíos: "De quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos"? Cristo, por lo tanto, nuestro Señor y Salvador, verdadero Hijo de Dios según la divinidad, y verdadero hijo del hombre según la carne, no nació de una mujer en cuanto a lo que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos; sino de esa debilidad que asumió de nosotros, para que en ella muriera por nosotros, y la sanara en nosotros: no de la forma de Dios, en la cual, siendo, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, nació de una mujer; sino de la forma de siervo, que al tomarla, se despojó a sí mismo (Filip. 2, 6). Porque no se dice que se despojó a sí mismo por otra razón, sino por tomar la forma de siervo, no por perder la forma de Dios. Esa naturaleza, en la cual en forma de Dios es igual al Padre, permaneciendo inmutable, asumió nuestra mutable, por la cual nacería de una virgen. Pero ustedes, al horrorizarse de confiar la carne de Cristo al vientre virginal, han confiado la misma divinidad de Dios, no solo a los hombres, sino también a los vientres de perros y cerdos, ¿concebida en todos los vientres masculinos y femeninos de los hombres y bestias, en todos los conceptos, por todas las tierras, y por todas las aguas, y por todas las horas, y ni siquiera toda después puede ser liberada!

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Aceptas el Antiguo Testamento? Si tengo herencia en él, lo acepto; si no, no lo acepto. Porque es una gran injusticia usurpar documentos que testifican que uno ha sido desheredado. ¿O ignoras que el Antiguo Testamento promete la tierra de Canaán (Gén. 15, 18 y 17, 8); pero la promete a los judíos, es decir, a los circuncidados, y a los que sacrifican, y se abstienen de la carne de cerdo y otras carnes que Moisés llama impuras, observando los sábados, y la solemnidad de los ázimos, y otras cosas de este tipo, que el mismo testador les mandó observar (Lev. 11, 7 y Éxodo 12 y 20, 8)? Como a ninguno de los cristianos le agradaron estas cosas; pues ninguno de nosotros las guarda; es digno que, con la herencia rechazada, también devolvamos los documentos. Esta es la primera razón por la que creo que el Antiguo Testamento debe ser rechazado: a menos que me enseñes algo más prudente. La segunda razón es que su herencia es tan miserable y corporal, y tan alejada de los beneficios del alma, que después de la bienaventurada promesa del Nuevo Testamento, que me promete el reino de los cielos y la vida eterna, incluso si su testador me la ofreciera gratis, la despreciaría.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: Nadie de nosotros duda que el Antiguo Testamento contiene promesas de cosas temporales, y por eso se llama Antiguo Testamento; y que la promesa de la vida eterna y el reino de los cielos pertenece al Nuevo Testamento: pero en esas cosas temporales había figuras de lo que vendría, que se cumplirían en nosotros, en quienes ha llegado el fin de los siglos, no es mi sospecha, sino el entendimiento apostólico, diciendo Pablo, cuando hablaba de tales cosas: "Todas estas cosas fueron figuras para nosotros"; y de nuevo, "Todas estas cosas les sucedieron en figura; y están escritas para nuestra instrucción, para quienes ha llegado el fin de los siglos" (1 Cor. 10, 6, 11). No aceptamos, por lo tanto, el Antiguo Testamento para obtener esas promesas, sino para entender en ellas las predicciones del Nuevo Testamento: porque el testimonio del Antiguo da fe al Nuevo. De donde el Señor, después de resucitar de entre los muertos, y ofrecerse no solo para ser visto por los ojos de los discípulos, sino también para ser tocado por sus manos, para que no pensaran que se trataba de un engaño con sus sentidos mortales y carnales, más bien los fortaleció con el testimonio de los libros antiguos diciendo: "Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí" (Lucas 24, 44). Por lo tanto, nuestra esperanza no está fijada en la promesa de cosas temporales; ya que ni siquiera creemos que los mismos santos y hombres espirituales de aquel tiempo, los Patriarcas y Profetas, estuvieran dedicados a estas cosas terrenales: porque entendían, revelado por el Espíritu de Dios, lo que era apropiado para ese tiempo, y de qué manera Dios, a través de todas esas cosas hechas y dichas, decidía prefigurar y predecir lo que vendría; y más bien su deseo era del Nuevo Testamento: pero la función corporal presente se prestaba para significar lo nuevo que vendría. Así, la vida de esos hombres no solo fue profética en su lengua, sino también en su vida. Pero el pueblo carnal se aferraba a las promesas de la vida presente. Sin embargo, incluso de ese pueblo se significaban cosas futuras.

Pero ustedes no entienden esto; porque, como dijo el profeta, "Si no creéis, no entenderéis" (Isaías 7, 9). Porque no están instruidos en el reino de los cielos, es decir, en la verdadera Iglesia católica de Cristo. Si lo estuvieran, de las riquezas de las Escrituras sagradas, no solo sacarían lo nuevo, sino también lo viejo. El mismo Señor dice: "Por eso todo escriba instruido

en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas" (Mateo 13, 52). Y por eso, mientras creen que solo tienen las promesas nuevas de Dios, han permanecido en la vejez de la carne, y han introducido la novedad del error. De la cual novedad el Apóstol dice: "Pero evita las profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad, y su palabra se extenderá como gangrena. De entre ellos son Himeneo y Fileto, que se han desviado de la verdad, diciendo que la resurrección ya ha ocurrido, y trastornan la fe de algunos" (2 Tim. 2, 16-18). Reconozcan que fluyen de esta vena de falsedad, que dicen que ahora solo hay resurrección de almas por la predicación de la verdad; pero niegan la resurrección de los cuerpos, que los Apóstoles predicaron que vendría. ¿Qué pueden pensar espiritualmente, según el hombre interior, que se renueva en el conocimiento de Dios (Col. 3, 10), cuando por la vejez de la carne, y por las imágenes de cosas carnales, en las que todo su error está envuelto, no poseen las cosas corporales, sino que las saborean en fantasía? Porque se glorían de despreciar y rechazar la tierra de Canaán, que era manifiesta y fue dada manifiestamente a ese pueblo; como si no describieran la tierra de la luz de tal manera, separada de la tierra de la gente de las tinieblas, como un cuña estrechamente dividida, que no se encuentra en la realidad de las cosas, y se cree en la falsedad de sus pensamientos: y por eso ni sostiene su vida cuando se da, ni corrompe su mente cuando se desea.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Aceptas el Evangelio? Me preguntas si lo acepto, en lo cual se muestra que lo acepto, porque observo lo que manda. ¿Debo yo preguntarte a ti si lo aceptas, cuando no hay indicios de que lo hagas? Yo he dejado padre, madre, esposa, hijos y demás cosas que el Evangelio manda (Mat. XIX, 29); ¿y me preguntas si acepto el Evangelio? A menos que aún no sepas qué es lo que se llama Evangelio. No es otra cosa que la predicación y el mandato de Cristo. Yo he rechazado la plata y el oro, y he dejado de llevar cobre en los cinturones, contento con el alimento diario, sin preocuparme del mañana, ni de cómo llenar el vientre o cubrir el cuerpo (Mat. X, 9-10, y VI, 25-34); ¿y me preguntas si acepto el Evangelio? Ves en mí las bienaventuranzas de Cristo que constituyen el Evangelio (Mat. V, 3-11); ¿y me preguntas si lo acepto? Ves a un pobre, ves a un manso, ves a un pacífico, de corazón puro, que llora, que tiene hambre y sed, que soporta persecuciones y odios por la justicia; ¿y dudas si acepto el Evangelio? No es de extrañar que Juan el Bautista, al ver a Jesús y oír sus obras, aún preguntara si él era el Cristo: a quien Jesús, con razón y dignidad, no se dignó responder que él era; sino que le remitió de nuevo las mismas obras que ya había oído, "Los ciegos ven, los sordos oyen, los muertos resucitan" (Mat. XI, 2-6), etc. Lo mismo podría hacer contigo, si al preguntarme si acepto el Evangelio, te dijera: "He dejado todo, padre, madre, esposa, hijos, oro, plata, comer, beber, delicias, placeres": considera esto como respuesta suficiente a tu pregunta, y dichoso serás si no te escandalizas de mí.

CAPÍTULO II.

Pero dices: No es solo aceptar el Evangelio si haces lo que manda; sino también creer en todo lo que está escrito en él, siendo lo primero que Dios ha nacido. Pero tampoco es solo eso, aceptar el Evangelio, creer que Jesús ha nacido; sino también hacer lo que manda. Pero si piensas que no acepto el Evangelio porque omito la genealogía, entonces tú tampoco lo aceptas; y mucho menos lo aceptas, porque desprecias los mandamientos. Así que, por ahora, estamos en igualdad, hasta que discutamos las partes: o si a ti no te perjudica el desprecio de

los mandamientos para profesar que aceptas el Evangelio, ¿por qué me perjudicaría a mí la genealogía rechazada? Si aceptar el Evangelio, como dices, consiste en dos cosas, creer en las genealogías y guardar los mandamientos, ¿por qué juzgas imperfecto al imperfecto? Ambos necesitamos del otro. Pero si, como es más seguro, aceptar el Evangelio consiste solo en la observancia de los mandamientos celestiales, eres doblemente injusto, quien, como se suele decir, acusa de desertor al soldado. Y sin embargo, supongamos, ya que así lo deseas, que estas dos cosas son partes de la fe perfecta, una de las cuales consiste en la palabra, es decir, confesar que Cristo ha nacido; y la otra en la obra, que es la observancia de los mandamientos: entonces, mira qué parte ardua y más difícil he elegido para mí; tú mira qué parte más ligera y fácil. No es de extrañar que la multitud acuda a ti y huya de mí, sin saber que el reino de Dios no está en la palabra, sino en el poder. ¿Por qué, entonces, me provocas, si he emprendido la parte más difícil de la fe, dejándote a ti, como débil, la más fácil? Pero yo, dices, para otorgar la salvación a las almas, considero esta parte de la fe más eficaz y más adecuada, la que tú has dejado, es decir, confesar que Cristo ha nacido.

CAPÍTULO III.

Preguntemos, entonces, al mismo Cristo, y aprendamos de su boca de dónde nos surge principalmente la ocasión de la salvación. ¿Quién de los hombres entrará en tu reino, Cristo? "El que haga", dice, "la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mat. VII, 21). No dijo: "El que me haya profesado nacido". Y en otro lugar a los discípulos: "Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mat. XXVIII, 19-20). No dijo: "Enseñándoles que he nacido", sino que guarden los mandamientos. También en otro lugar: "Seréis mis amigos si hacéis lo que os mando". No dijo: "Si creéis que he nacido". De nuevo: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor" (Juan XV, 14, 10). Y muchas otras cosas. También en el monte, cuando enseñaba, diciendo: "Bienaventurados los pobres de espíritu", "bienaventurados los mansos", "bienaventurados los pacíficos", "bienaventurados los de corazón puro", "bienaventurados los que lloran", "bienaventurados los que tienen hambre", "bienaventurados los que padecen persecución por la justicia" (Mat. V, 3-10); en ningún lugar dijo: "Bienaventurados los que me confiesen nacido". Y en la separación de los corderos de los cabritos en el juicio, dice que dirá a los que estén a la derecha: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber", y demás: "por eso recibid el reino" (Mat. XXV, 35, 34). No dijo: "Porque creísteis que he nacido, recibid el reino". También al rico que buscaba la vida eterna: "Ve", dice, "vende todo lo que tienes, y sígueme" (Mat. XIX, 21). No dijo: "Cree que he nacido, para que vivas eternamente". He aquí, pues, que a mi parte, que he elegido de la doble fe, como queréis, en todas partes se promete el reino, la vida, la bienaventuranza; pero a la vuestra en ninguna parte. O mostrad dónde está escrito que será bienaventurado, o que recibirá el reino, o que tendrá vida eterna, quien lo haya confesado nacido de mujer. Mientras tanto, aunque esta también sea parte de la fe, no tiene bienaventuranza. Pero si no probamos que es parte de la fe, ¿qué sucederá? Sin duda, quedaréis vacíos, lo cual también se mostrará. Pero por ahora esto nos basta para el propósito, que esta nuestra parte esté coronada de bienaventuranzas. A la cual, sin embargo, se añade aquella otra bienaventuranza, de la confesión también de la palabra, porque confesamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo: lo cual también Jesús mismo testifica con su boca diciendo a Pedro: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. XVI, 17). Por lo tanto, ya no, como pensabais, tenemos una, sino dos partes de la fe, y en ambas somos igualmente llamados bienaventurados por Cristo, porque ejercemos una de ellas con obras, y predicamos la otra sin blasfemia.

CAPÍTULO IV.

AGUSTÍN respondió: Ya he mencionado antes cuántas veces el Señor Jesucristo se llama a sí mismo Hijo del Hombre, y con cuánta vanidad los maniqueos introducen la fábula de su error nefando, sobre un primer hombre ficticio, que no es terrenal, sino vestido con elementos engañosos, en contra del Apóstol que dice: "El primer hombre es de la tierra, terrenal" (1 Cor. XV, 47): y con cuánta diligencia el mismo apóstol nos advirtió diciendo: "Si alguien os anuncia algo diferente de lo que os hemos anunciado, sea anatema" (Gál. I, 8-9). Por lo tanto, queda que creamos en Cristo como Hijo del Hombre, tal como se predica con la verdad apostólica, no como se inventa con la falsedad de los maniqueos. Así pues, cuando los evangelistas anuncian que nació de una mujer de la casa de David, es decir, de la familia de David; y Pablo escribe a Timoteo diciendo: "Acuérdate de que Jesucristo resucitó de entre los muertos, del linaje de David, según mi evangelio" (2 Tim. II, 8): queda claro cómo debemos creer en Cristo como Hijo del Hombre, quien siendo Hijo de Dios por quien fuimos hechos, también se hizo Hijo del Hombre por la asunción de la carne, para morir por nuestros pecados y resucitar para nuestra justificación (Rom. IV, 25). Por eso se llama a sí mismo tanto Hijo de Dios como Hijo del Hombre. Para no extenderme demasiado, en un solo lugar del Evangelio según Juan está escrito: "De cierto, de cierto os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo; y le dio autoridad para ejecutar juicio, porque es el Hijo del Hombre" (Juan V, 25-27). Dijo: "Oirán la voz del Hijo de Dios"; y dijo: "Porque es el Hijo del Hombre". Según esto, que es el Hijo del Hombre, recibió la potestad de ejecutar juicio, porque en esa forma vendrá al juicio, para que tanto los buenos como los malos lo vean. En esa forma también ascendió al cielo, y aquella voz sonó a los discípulos: "Así vendrá, como le habéis visto ir al cielo" (Hechos I, 11). Porque según lo que es el Hijo de Dios, Dios es igual al Padre, y uno con el Padre, no será visto por los malos: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. V, 8). Así que cuando promete vida eterna a los que creen en él, y no es otra cosa creer en él que creer en el verdadero Cristo, tal como él mismo se predica, y es predicado por los Apóstoles, es decir, tanto verdadero Hijo de Dios como verdadero Hijo del Hombre; vosotros, maniqueos, que creéis en un falso y engañoso hijo de un hombre falso y engañoso, cuando incluso enseñáis que Dios, aterrorizado por el tumulto de la nación adversa, envió sus miembros a ser crucificados, y luego no todos serán purificados, veis cuán alejados estáis de la vida eterna que Cristo promete a los que creen en él. Pero dijo a Pedro que confesaba que él era el Hijo de Dios: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona" (Mat. XVI, 17). ¿Acaso no promete nada a los que creen en él como Hijo del Hombre, cuando él mismo es tanto Hijo de Dios como Hijo del Hombre? También tienes claramente prometida la vida eterna a los que creen en el Hijo del Hombre. "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan III, 14-15). ¿Qué más queréis? Creed, pues, en el Hijo del Hombre, para que tengáis vida eterna; porque él es también el Hijo de Dios que puede dar vida eterna; porque él es el verdadero Dios y la vida eterna, como dice el mismo Juan en su Epístola. Donde también dice que es anticristo quien niega que Cristo ha venido en carne (1 Juan V, 20, y IV, 3).

CAPÍTULO V.

¿Qué, pues, os jactáis de la perfección de sus mandamientos, que hacéis lo que está mandado en el Evangelio? ¿De qué servirían esas cosas, donde no hay verdadera fe, aunque realmente las cumplierais? ¿No habéis oído al Apóstol decir: "Si distribuyo todos mis bienes a los pobres, y entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (1

Cor. XIII, 3)? ¿Qué, pues, os jactáis de la pobreza cristiana, cuando carecéis de caridad cristiana? Porque tienen entre ellos, lo que llaman caridad, incluso los ladrones, debiendo a sí mismos una conciencia criminal y vergonzosa, pero no la caridad que el Apóstol recomienda. Y para distinguirla de las demás que deben ser rechazadas y repudiadas, dice en otro lugar: "El fin del mandamiento es la caridad de un corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida" (1 Tim. I, 5). ¿De dónde, pues, podéis tener la verdadera caridad que surge de una fe fingida? ¿O cuándo os molestará disfrazar vuestra fe con mentiras, cuando incluso predicáis que vuestro primer hombre, con sus enemigos permaneciendo en la verdad de su naturaleza, luchó con engaño mutable; y que el mismo Cristo que dice: "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6), mintió sobre la apariencia de la carne, la muerte en la cruz, las heridas de la pasión, las cicatrices de la resurrección? Por lo tanto, queréis ser preferidos a vuestro Cristo, si él mintió, y vosotros anunciáis la verdad. Pero si queréis seguir a vuestro Cristo, ¿quién no evitaría en vosotros la falsedad, para que incluso en esos mandamientos que decís cumplir, no haya más que engaño? Pues se atrevió Fausto a decir que no lleváis cobre en los cinturones: a menos que quizás dijo la verdad porque no lleváis cobre en los cinturones, sino que tenéis oro en cofres y bolsas: y no se os reprocharían estas cosas, si no profesarais una cosa y vivierais de otra manera. Aún está en los asuntos humanos aquel Constancio, ahora ya nuestro hermano cristiano católico, que reunió a muchos de vosotros en su casa en Roma, para cumplir los mandamientos de Maniqueo, bastante vanos e insensatos, pero que consideráis grandes: cuando vuestra debilidad cedió a ellos, os dispersasteis cada uno por su camino. De donde aquellos que quisieron perseverar en ellos, hicieron un cisma de vuestra sociedad; y porque duermen en esteras, se les llama Mattarios: de cuyos lechos fueron muy diferentes las plumas de Fausto, y las mantas de cabra, con tal abundancia de delicias que no solo despreciaba a los Mattarios, sino también la casa de su padre, un hombre pobre de Milevi. Quitad, pues, la simulación perdida, si no queréis, al menos de vuestras vidas, de vuestras letras: no sea que vuestra lengua, con vuestra vida, parezca luchar con palabras engañosas, como aquel primer hombre con la gente de las tinieblas.

CAPÍTULO VI.

Pero para que nadie me reproche que hablo más bien de hombres que no cumplen lo que se les manda, que de la misma secta del error más vano, digo esto: Tales son los mismos mandamientos de Maniqueo, que si no los hacéis, sois engañadores; si los hacéis, sois engañados. Porque Cristo no os mandó que no arrancarais la hierba, para no cometer homicidio, quien no prohibió a sus discípulos, al pasar por el campo y tener hambre, arrancar espigas en sábado (Mat. XII, 1), con lo cual convenció tanto a los judíos presentes como a los futuros maniqueos: a aquellos, porque se hacía en sábado; a estos, porque se hacía. Pero ciertamente Maniqueo os mandó que con vuestras manos ociosas, viváis de homicidios ajenos: y esos son falsos homicidios, pero los vuestros son verdaderos, cuando con tal doctrina de demonios destruís miserables almas.

CAPÍTULO VII.

Sin embargo, está presente ese orgullo herético, y una soberbia intolerable. "Ves", dice, "en mí las bienaventuranzas de Cristo que constituyen el Evangelio; y preguntas si lo acepto? Ves a un pobre, ves a un manso, ves a un pacífico, de corazón puro, que llora, que tiene hambre y sed, que soporta persecuciones y odios por la justicia; ¿y dudas si acepto el Evangelio?" Si ser justo fuera esto, justificarse a sí mismo, este hombre habría volado al cielo con sus palabras, cuando decía estas cosas. Pero no me ensaño contra las delicias de Fausto, conocidas por todos los Auditores de los maniqueos, y especialmente por aquellos que están en Roma: propongo un maniqueo tal como Constancio requería, cuando exigía que se

cumplieran esos mandamientos, no como quería ser visto. Y sin embargo, ¿cómo veo a un pobre de espíritu, que es tan soberbio que cree que su alma es Dios, y no se avergüenza de ser cautivo? ¿Cómo a un manso, que prefiere insultar a una autoridad evangélica tan grande, que creer? ¿Cómo a un pacífico, que piensa que la misma naturaleza divina, por la cual Dios es lo que es, quien solo verdaderamente es, no pudo tener paz perpetua? ¿Cómo a uno de corazón puro, en quien tumultúan tan sacrílegas y tantas ficciones? ¿Cómo a uno que llora, sino a su Dios capturado y atado; hasta que sea liberado y escape, aunque de alguna manera disminuido, que en el globo de las tinieblas será atado por el Padre, y no llorará? ¿Cómo a uno que tiene hambre y sed de justicia, que Fausto no añadió en sus escritos, creo que para no parecer que le falta, si confesara que aún tiene hambre y sed de ella? Pero ¿qué justicia tienen hambre y sed estos, para quienes la justicia perfecta será, con los hermanos condenados en el globo que no pecaron por su propia culpa, sino que fueron inexpiablemente infectados por la plaga hostil, contra la cual el Padre los envió, y además triunfar?

CAPÍTULO VIII.

¿Cómo soportáis persecuciones y odios por la justicia, para quienes predicar y persuadir estos sacrilegios es justicia? Por esta impía perversidad, debido a la mansedumbre de los tiempos cristianos, ¿por qué no pensáis que sufrís tan poco y casi nada? Pero, como si hablarais a ciegos y necios, queréis que sea un gran indicio de vuestra justicia el soportar oprobios y sufrir persecución. Ahora bien, si alguien es tanto más justo cuanto más graves son las cosas que sufre, omito decir, lo cual es muy fácil de ver, cuánto más graves son las cosas que sufren otros por diversos crímenes y delitos. Digo esto, si por el nombre de Cristo, de cualquier manera usurpado y asumido, alguien sufre persecución, ya se le debe llamar que tiene la verdadera fe y justicia; conceded que aquel tiene la fe más verdadera, y la justicia más grande, a quien podamos mostrar que ha sufrido mucho más que vosotros: y ya os encontraréis con miles de nuestros mártires, y especialmente con Cipriano, cuyas cartas también enseñan que creyó en Cristo nacido de la Virgen María. Por esta fe, que vosotros detestáis, llegó hasta la espada y la muerte, con rebaños de cristianos que entonces creían así, y así morían más gravemente. Pero Fausto, al ser convencido o confesado de ser maniqueo, junto con otros llevados con él al juicio proconsular, con la intercesión de esos mismos cristianos por quienes fueron llevados, con una pena muy leve, si es que puede llamarse pena, fue relegado a una isla: lo cual los siervos de Dios hacen voluntariamente todos los días, deseando apartarse del tumultuoso ruido de los pueblos; y de donde los votos públicos de los príncipes terrenales suelen liberar a los condenados por indulgencia. Finalmente, no mucho después, todos fueron liberados por la misma solemne suerte. Admitid, pues, que ellos mantuvieron una fe más verdadera, y una vida más justa, quienes por ella merecieron sufrir mucho más que vosotros; o dejad de jactaros de que sois detestables para muchos: pero discernid qué es sufrir persecución por blasfemia, y sufrir persecución por justicia; y por cuál de estas sufrís, en vuestros libros consideradlo una y otra vez con diligencia.

CAPÍTULO IX.

¿Cuántos en nuestra comunión verdaderamente cumplen estos sublimes preceptos evangélicos, de cuya apariencia engañáis a los ignorantes? ¿Cuántos hombres y mujeres son puros y castos de todo concúbito, cuántos experimentados y luego continentes, cuántos distribuidores y renunciadores de sus bienes, cuántos someten su cuerpo a la servidumbre con ayunos frecuentes, diarios o incluso increíblemente continuos? ¿Cuántas congregaciones fraternales no tienen nada propio, sino todo en común, y esto solo para el sustento y el abrigo necesarios; un alma y un corazón en Dios, fundidos en el fuego de la caridad? Y en todas

estas profesiones, ¿cuántos son descubiertos como engañosos y perdidos, cuántos también permanecen ocultos, cuántos, caminando rectamente al principio, pronto decaen por voluntad perversa; cuántos son encontrados en tentaciones, que con otro ánimo asumieron tal vida con apariencia simulada, y cuántos humildemente y fielmente guardan el santo propósito hasta el fin y son salvados? En cuya sociedad parecen casi dispares; pero, sin embargo, están unidos por la misma caridad, quienes por alguna necesidad, según la exhortación del Apóstol, tienen esposas como si no las tuvieran, y compran como si no poseyeran, y usan este mundo como si no lo usaran. A estos se añaden, según las abundantes riquezas de la misericordia de Dios, también aquellos a quienes se dice: No os defraudéis el uno al otro, salvo de común acuerdo por un tiempo, para que os dediquéis a la oración; y volved a juntaros, para que no os tiene Satanás por vuestra incontinencia: esto lo digo como concesión, no como mandato (I Cor. VII, 29, 30, 31, 5, 6). A quienes también el mismo apóstol dice: Ya es una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros. Y soportando su debilidad, poco después dice: Si tenéis pleitos sobre cosas de este mundo, poned a los que son menospreciados en la Iglesia (Id. VI, 7, 4). Pues no solo aquellos que, para ser perfectos, venden o dejan todas sus cosas y siguen al Señor, pertenecen al reino de los cielos; sino que a esta milicia cristiana, por un cierto comercio de caridad, se añade también una multitud asalariada, a la cual se dirá al final: Tuve hambre, y me disteis de comer (Mat. XXV, 35), y lo demás. De lo contrario, serán condenados aquellos cuyas casas el Apóstol compone con tan diligente y solícita atención, advirtiendo a las mujeres que estén sujetas a sus maridos, a los maridos que amen a sus esposas; a los hijos que obedezcan a sus padres, a los padres que críen a sus hijos en la disciplina y corrección del Señor; a los siervos que obedezcan con temor a sus amos carnales, a los amos que den a sus siervos lo justo y equitativo (Coloss. III, 18-IV, 1). Pero lejos esté que el Apóstol juzgue a estos ajenos a los mandamientos evangélicos y separados de la vida eterna: porque donde el Señor dice, Si alguno no lleva su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo, exhortando a los más firmes a la perfección; allí mismo también consuela a estos diciendo, Quien reciba a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo: y quien reciba a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta. Por lo cual, no solo quien dé un poco de vino a Timoteo por su estómago y frecuentes enfermedades (I Tim. V, 23), sino también quien ofrezca a uno más sano y fuerte un vaso de agua fría solo en nombre de discípulo, como allí sigue, no perderá su recompensa (Matth. X, 38-42).

CAPÍTULO X.

¿Por qué engañáis a vuestros Oyentes, quienes con sus esposas, hijos, familias y casas os sirven, si cualquiera que no deje todo esto no recibe el Evangelio? Pero como no les prometéis resurrección, sino revolución a esta mortalidad, para que nazcan de nuevo y vivan la vida de vuestros Elegidos, tan vana, absurda y sacrílega como la que vivís, cuando sois muy alabados; o si son de mejor mérito, que se conviertan en melones y pepinos, o en otros alimentos que vais a comer, para que con vuestros eructos pronto sean purificados: con razón los alejáis de los mandamientos evangélicos; pero también vosotros mismos, sintiendo y sugiriendo tales cosas, debéis separaros principalmente de ahí. Pues si esta vanidad perteneciera a la fe evangélica, no debió decir el Señor, Tuve hambre, y me disteis de comer: sino, Tuvisteis hambre, y me comisteis; o, Tuve hambre, y os comí. Porque ya no por el mérito de la ministración, según vuestros delirios, será recibido alguien en el reino de Dios, porque dio de comer a los santos; sino porque o bien comió a quienes anhelaba, o fue comido por quienes anhelaban en el cielo. Ni dirían ellos, Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer? Sino que dirían, ¿Cuándo te vimos hambriento, y nos comiste? a quienes Él no respondería, Cuando disteis a uno de mis más pequeños, a mí me disteis (Matth. XXV, 35-40): sino, Cuando uno de mis más pequeños os comió, yo os comí.

CAPÍTULO XI.

Sintiendo y enseñando estos portentos, y viviendo según ellos, os atrevéis a decir que guardáis los preceptos evangélicos, y a denigrar a la Iglesia católica, en la cual hay tantos pequeños con grandes, a quienes el Señor bendice, guardando los mandamientos evangélicos según sus grados, y esperando las promesas evangélicas. Pero vuestro ojo, por un error malicioso, se dirige solo a la paja de nuestra cosecha: pues también veríais pronto el trigo allí, si quisierais serlo. En vosotros, sin embargo, tanto los que son maniqueos fingidos son malos; como los que no son fingidos, son vanos. Donde la misma fe es fingida, tanto quien la usa simuladamente engaña; como quien la considera verdadera, es engañado: ni puede de ella surgir una vida buena; porque cada uno vive según su amor, ya sea bien o mal. Pero si ardierais con la caridad del bien espiritual e inteligible, y no con la codicia de fantasmas corporales, para decir pronto lo que de vosotros es muy conocido, no adoraríais este sol corpóreo como sustancia divina y luz de sabiduría.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Aceptas el Antiguo Testamento? ¿Cómo, si no guardo sus preceptos? Creo que tampoco tú: pues yo desprecio la circuncisión como vergonzosa; y, si no me equivoco, tú también. La cesación de los sábados, como superflua; creo que tú también. Los sacrificios, como idolatría; no dudo que tú también. Ciertamente no solo yo me abstengo de cerdo; tú tampoco lo comes solo. Yo, porque considero toda carne impura; tú, porque nada es impuro: con lo cual, por ambos, el Antiguo Testamento es destruido. Las semanas de comer ázimos, la fiesta de las cabañas, ambos los despreciamos como inútiles y vanas. No mezclar púrpuras con vestiduras de lino. Poner una vestidura de lino y lana en adulterios. Juntar buey y asno, si es necesario, en sacrilegios. No constituir sacerdote a un hombre calvo o de nariz chata, y de similar nota, porque tales son inmundos ante Dios, ambos los despreciamos, nos reímos, ni los tuvimos en cuenta, ni al principio ni al final: todos estos son preceptos y justificaciones del Antiguo Testamento. Lo que, por tanto, objetas, es común a ti y a mí, ya sea que deba considerarse un crimen o un acto correcto: pues ambos rechazamos el Antiguo Testamento. Por tanto, si buscas qué diferencia hay entre mi fe y la tuya; es esto, que a ti te gusta mentir, y actuar deshonestamente, alabando con palabras lo que odias en tu mente: yo no aprendí a engañar, digo lo que siento, confieso odiar tanto a los preceptores como a los preceptos mismos.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: Cómo y por qué se acepta el Antiguo Testamento por los herederos del Nuevo Testamento, ya lo dijimos antes (Lib. 4, cap. 2). Pero como Fausto trató hace poco sobre sus promesas, y ahora quiso tratar sobre los preceptos; respondo que estos no saben en absoluto qué diferencia hay entre los preceptos de vida a seguir y los preceptos de vida a significar. Por ejemplo: No codiciarás (Éxodo XX, 17), es un precepto de vida a seguir; Circuncidarás a todo varón al octavo día (Génesis XVII, 10-12), es un precepto de vida a significar. Por esta ignorancia, los maniqueos, y todos aquellos a quienes desagradan las letras del Antiguo Testamento, no entendiendo lo que Dios mandó al pueblo anterior para celebrar, como sombra de lo futuro, y observando que ahora no se observan, critican según la costumbre del tiempo presente, lo que ciertamente era adecuado para aquel tiempo, cuando estas cosas que ahora son manifiestas, debían ser significadas. Pero, ¿qué dirán contra el Apóstol, que dice: Todas estas cosas les sucedieron en figura; y están escritas para nosotros, a

quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 6, 11)? He aquí, él mismo ha revelado por qué esas Escrituras son aceptadas por nosotros, y por qué ya no es necesario observar esos signos. Pues cuando dice, Están escritas para nosotros, sin duda demuestra cuánta atención debemos prestar a leerlas y entenderlas, y en cuánta autoridad deben ser tenidas, porque están escritas para nosotros: cuando dice, Fueron figuras nuestras; y, Les sucedieron en figura, muestra que ya no es necesario que, cuando realizamos las cosas mismas manifestadas, sirvamos a la celebración de las figuras anunciadoras. Por lo cual dice en otro lugar: Nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de luna nueva, o de sábados; que son sombra de lo futuro (Coloss. II, 16, 17). De aquí también cuando dice, Nadie os juzgue en ellas, declara cuán innecesario es que ya se observen: cuando dice, Que son sombra de lo futuro, muestra cuán necesario fue que en aquel tiempo se observaran, cuando estas cosas que ahora nos han sido manifestadas, debían ser predichas por tales sombras de figuras.

CAPÍTULO III.

Por tanto, si los maniqueos fueran justificados por la resurrección del Señor, cuyo día de resurrección, desde el día de la pasión, fue el tercero, pero después del día de sábado, es decir, después del séptimo, fue el octavo: ciertamente serían despojados del velo carnal de los deseos mortales: y gozando de la circuncisión del corazón, no se burlarían de ella figurada y simbolizada en la carne en el tiempo del Antiguo Testamento, aunque ya en el tiempo del Nuevo Testamento no se obligue a hacerla y observarla. Pues, ¿en qué miembro se figura más adecuadamente el despojo de la concupiscencia carnal y mortal, que en aquel de donde surge el fruto carnal y mortal? Pero, como dice el Apóstol, Todas las cosas son puras para los puros; pero para los impuros e incrédulos nada es puro, sino que están contaminados su mente y su conciencia (Tito I, 15). Así que estos, que se consideran demasiado puros, porque desprecian esos miembros como impuros, o fingen despreciarlos, han caído en tales inmundicias de infidelidad y error, que mientras detestan la circuncisión de la carne, que el Apóstol llamó sello de la justicia de la fe (Rom. IV, 11), sin embargo, creen que en esos mismos miembros carnales está atada y contaminada una parte de la naturaleza de su Dios: de modo que, mientras dicen que la carne es impura, y se ven obligados a decir que Dios allí, en la parte en que está retenido, se ha hecho impuro; pues afirman que debe ser purificado: lo cual, hasta que se haga, en la medida en que pueda hacerse, mientras tanto, ahora sufre todo lo que sufren las carnes, no solo en el trabajo y el dolor de las aflicciones, sino también en el placer de las corrupciones. Pues dicen que se abstienen de la cópula, para no implicar más estrechamente con nudos carnales, y contaminar más su Dios. Por tanto, si el Apóstol dice, Todas las cosas son puras para los puros, ciertamente para los hombres que pueden ser cambiados para peor por la perversidad de la voluntad; cuánto más todas las cosas son puras para Dios, que siempre permanece inmutable e incontaminado. De cuya sabiduría divina se ha dicho en esos Libros, que al criticarlos os contamináis más, que nada impuro entra en ella, y que alcanza en todas partes por su pureza (Sab. VII, 25, 24). Por lo cual, oh inmundísima vanidad, ¿acaso te desagrada que en el miembro humano, de donde se propaga la generación humana, el Dios a quien todas las cosas son puras haya ordenado establecer el signo de la regeneración humana; y te agrada que incluso en los delitos, que con ese miembro cometen los hombres impúdicos, tu Dios, a quien nada es puro, sea contaminado y corrompido por parte de su naturaleza? Pues, ¿qué sufre en las diversas corrupciones vergonzosas, a quien también creéis contaminado por el concúbito conyugal? A lo que también soléis decir, ¿Acaso faltaba dónde Dios prefigurara el signo de la justicia de la fe, sino en ese miembro? se responde, ¿Por qué no también allí? Primero, porque todas las cosas son puras para los puros, cuánto más para Dios. Luego, porque esto dijo el Apóstol, el signo dado a Abraham de la justicia de la fe, en tal circuncisión. Pero no os avergoncéis, si podéis, cuando se os dice:

¿Acaso faltaba a vuestro Dios qué hacer, para no implicar parte de su naturaleza en esos miembros que tanto despreciáis? Estas cosas ciertamente se dicen vergonzosas para los hombres por la propagación corruptible y penal de nuestra mortalidad, que de allí subsiste: a las cuales los castos aplican vergüenza, los impúdicos petulancia, Dios justicia.

CAPÍTULO IV.

La cesación de los sábados, ya ciertamente la consideramos superflua para observar, desde que se reveló la esperanza de nuestro descanso eterno; pero no para leer e interpretar: porque en tiempos proféticos, cuando estas cosas que ahora nos son manifiestas debían ser prefiguradas y anunciadas, no solo con palabras, sino también con acciones; con ese signo que leemos, se preanunció la cosa que sostenemos. Pero quiero que me digáis, ¿por qué no queréis cumplir vuestra cesación? Pues los judíos en su sábado, que aún entienden carnalmente, no solo no recogen fruto en el campo, sino que tampoco cortan ni cocinan en casa. Pero vosotros, cesando, esperáis que alguno de vuestros Oyentes, para alimentarlos, armado con cuchillo o hoz, se lance al huerto, homicida de calabazas, de las cuales os traiga, cosa increíble, cadáveres vivos. Pues si no las mata, ¿qué teméis en tal hecho? Si, sin embargo, son matadas cuando se arrancan, ¿cómo hay vida en ellas, que decís purgar y recrear comiendo y eructando? Tomáis, pues, calabazas vivas, que, si pudierais, deberíais tragar enteras: para que después de aquella única herida, en la que vuestro Oyente, al arrancarlas, se hizo culpable, debiendo ser liberado por vuestra indulgencia; al menos de ahí en adelante llegaran ilesas e íntegras al taller de vuestro estómago, donde podríais reformar a vuestro Dios quebrantado en esa batalla. Ahora, sin embargo, antes de que los dientes se apliquen a triturarlas, son cortadas en pedazos, si al paladar le place: ¿cómo no sois culpables de tales heridas tan frecuentes? Ved cómo os convendría que lo que hacen los judíos en uno de cada siete días, lo hicierais vosotros diariamente, y también cesarais de tal obra doméstica. Ya, ¿qué sufren las calabazas en el fuego, donde ciertamente no se reforma la vida que hay en ellas? Pues la olla hirviente no puede compararse al vientre santo: y sin embargo os burláis de la cesación del sábado como superflua. Cuánto más sensato sería no solo no criticarla en los Padres, cuando no era superflua; sino también ahora, cuando ya es superflua, mantenerla en lugar de esa vuestra no aceptable por significación, sino condenable por error; que también no cumpliendo sois culpables según la opinión de vuestra vanidad, y cumpliendo sois vanos según el juicio de la verdad. Pues decís que el fruto siente dolor cuando se arranca del árbol, siente cuando se corta, cuando se muele, cuando se cocina, cuando se mastica. No debisteis, por tanto, alimentarlos, sino de lo que puede ser tragado crudo e intacto, para que al menos sufrieran un solo dolor cuando se arrancan, no por vosotros, sino por vuestros Oyentes.

Pero decís: ¿Cómo socorremos tanta vida, si solo consumimos lo que puede ser absorbido crudo y blando? Si, por tanto, con esta compensación infligís tantos dolores a vuestros alimentos; ¿por qué os abstenéis de aquello solo, a lo que principalmente os obliga esta necesidad? Pues el fruto puede comerse crudo, como algunos de los vuestros se han ejercitado, para hacer esto no solo con frutas, sino también con todas las verduras. Pero si no se arranca, o cae, o de cualquier manera se quita de la tierra o del árbol, no puede de ninguna manera llegar a ser alimento. Esto, por tanto, debería ser fácilmente perdonable, sin lo cual no podríais socorrerlo, no aquellos tantos tormentos que no dudáis en infligir a los miembros de vuestro Dios en la preparación de los alimentos. Pero, ¿acaso el árbol llora cuando se arranca el fruto? Pues no os avergonzáis de decir esto. Ciertamente la vida que hay allí lo sabe todo, y prevé quién viene a ella. Por tanto, al venir los Elegidos, y al arrancar los frutos, debería alegrarse, no llorar: compensando aquel dolor transitorio con tanta felicidad, y evitando tanta miseria, si hubiera caído en otros. ¿Por qué, entonces, no arrancáis el fruto, cuando al arrancarlo infligís tantas heridas y dolores? Responded, si podéis. Ni siquiera los ayunos os

convienen: pues no debe vacar el horno, en el que se purifica el oro espiritual de la mezcla de estiércol, y se liberan los miembros divinos de los miserables lazos. Por tanto, es más misericordioso entre vosotros quien pueda ejercitarse de tal manera que nada perjudique su salud, tomando a menudo alimentos crudos, y consumiendo mucho. Pero vosotros, infligiendo tantas penas a vuestros alimentos, coméis cruelmente, y cesando de la purgación de los miembros divinos, ayunáis cruelmente.

CAPÍTULO V.

Y sin embargo, os atrevéis a maldecir los sacrificios del Antiguo Testamento y a llamarlos idolatría, intentando asociarnos a tal sacrilegio. Respondemos primero por nosotros mismos, que ya no practicamos esas obras, pero las abrazamos en los misterios de las Sagradas Escrituras para entender lo que fue anunciado a través de ellas: porque también ellas fueron figuras nuestras, y todas esas cosas, de muchas y variadas maneras, significaron un único sacrificio, cuya memoria ahora celebramos. Por lo tanto, una vez revelado y ofrecido en su tiempo, aquellos sacrificios fueron eliminados de la práctica, pero permanecieron en la autoridad de su significado. Porque fueron escritos para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11). Pero en ellos, evidentemente, os conmueve la matanza de animales, cuando toda criatura sirve de alguna manera condicionalmente a los usos humanos. Pero vosotros, que no dais pan al hombre mendigo hambriento, sois misericordiosos con los animales, en los que creéis que habitan almas humanas. Sin embargo, el Señor Jesús fue cruel con ellos, cuando permitió a los demonios entrar en una piara de cerdos, cuando se lo pidieron (Mat. VIII, 32). Quien, incluso antes de demostrar el sacrificio de su cuerpo a través de la pasión, dijo a un leproso a quien había limpiado: Ve, muéstrate al sacerdote y ofrece tu ofrenda, como mandó Moisés, en testimonio para ellos (Luc. V, 14). Porque, aunque Dios a menudo testifica a través de los Profetas que no necesita tales ofrendas, y es fácil ver con razón que no necesita de aquello de lo que no carece, el alma humana se ve compelida a investigar qué quiso enseñarnos a través de estas cosas, quien ciertamente no ordenaría ofrecerle en vano lo que no necesita, a menos que mostrara algo en ellas que nos fuera útil conocer y que debiera ser prefigurado con tales signos. Pero vosotros, ¿cuánto mejor y más honestamente os someteríais a esos sacrificios, aunque ya no necesarios para nuestro tiempo, pero que significan y enseñan algo, que ordenar y creer que vuestros Auditores os ofrezcan víctimas vivas de alimentos? Pues cuando el apóstol Pablo dijo de algunos que predicaban el Evangelio por causa de las comidas, con toda razón dijo: Cuyo dios es el vientre (Filip. III, 19); ¿con cuánta más arrogante impiedad os jactáis vosotros, que no teméis decir que vuestro vientre no es Dios, sino, lo que es de una audacia más criminal, el purificador de Dios? ¿Y de qué demencia es querer parecer piadosos por abstenerse de la matanza de animales, cuando decís que todas vuestras comidas tienen las mismas almas, a las que, mientras viven, infligís tantas heridas con manos y dientes?

CAPÍTULO VI.

¿Por qué, si no queréis comer carne, no sacrificáis a vuestro dios los mismos animales, para que esas almas, que no solo creéis humanas, sino tan divinas que las consideráis miembros de Dios, sean liberadas de la cárcel de la carne y, para que no regresen, sean encomendadas a vuestras oraciones? ¿O las ayudáis más con el vientre que con la mente, y se salva más esa naturaleza de Dios que merece ser exhalada por vuestras entrañas que la que merece ser encomendada a vuestras plegarias? Por eso no sacrificáis animales a vuestro vientre, porque no podéis consumirlos vivos, para liberar sus almas con la intercesión de vuestro estómago. ¡Oh, benditas verduras, que aunque arrancadas a mano, cortadas con hierro, torturadas con

fuego y trituradas con dientes, se les concede llegar vivas a los altares de vuestros intestinos! ¡Y oh, miserables animales, que aunque salen más rápidamente de su cuerpo, no pueden entrar en los vuestros! Así, delirando, aún pensáis que somos enemigos del Antiguo Testamento porque no consideramos impura ninguna carne, manteniendo la sentencia del Apóstol que dice: Todo es puro para los puros (Tit. I, 15); y aquello donde el Señor dice: No lo que entra en vuestra boca os contamina, sino lo que sale (Mat. XV, 11). Esto no lo dijo el Señor solo a las multitudes, como quiso entender vuestro Adimanto, a quien Fausto, después de Maniqueo, especialmente alaba, cuando calumniaba al Antiguo Testamento; sino que, incluso apartado de las multitudes, lo expresó más claramente a sus discípulos. Pues cuando Adimanto opuso esta sentencia del Señor al Antiguo Testamento, porque en él están escritas ciertas carnes impuras de las que ese pueblo fue mandado a abstenerse, temió que se le dijera: ¿Por qué, entonces, consideráis impuras no algunas, sino todas las carnes, y os abstenéis de comer todas; cuando tú mismo presentas el testimonio evangélico de que el hombre no se contamina por lo que entra en su boca, y va al vientre, y se expulsa en la letrina? Así que, intentando escapar de estas estrechísimas y manifiestamente verdaderas angustias que ahogan su engaño, dijo que el Señor lo dijo a las multitudes, como si a unos pocos en secreto dijera la verdad, pero a las multitudes lanzara falsedades: cuando es sacrílego creer esto del Señor; y todos los que leen saben que también lo dijo más claramente a sus discípulos cuando las multitudes se habían retirado. Por tanto, ya que en el inicio de sus cartas Fausto admira tanto a Adimanto, que solo prefiere a Maniqueo, brevemente pregunto si esta sentencia del Señor, que dice que el hombre no se contamina por lo que entra en su boca, es verdadera o falsa. Si dicen que es falsa, ¿por qué un doctor tan grande de ellos, Adimanto, la presentó como dicha por Cristo para atacar el Antiguo Testamento? Pero si es verdadera, ¿por qué creen que se contaminan si comen cualquier carne? A menos que quieran responder verdaderamente y decir que el Apóstol no dijo: Todo es puro para los herejes; sino, todo es puro para los puros. ¿Por qué no son puras para ellos estas cosas? El mismo apóstol sigue y dice: Pero para los impuros e infieles nada es puro; sino que su mente y conciencia están contaminadas (Tit. I, 15). Por lo tanto, para los maniqueos, nada es puro, ya que incluso la misma sustancia o naturaleza de Dios, no solo pudo ser contaminada, sino que también afirman que fue contaminada en parte; y no solo que fue contaminada, sino que no puede ser recuperada y purificada en su totalidad. Por lo tanto, es sorprendente que digan que consideran impuras todas las carnes y por eso se abstienen de ellas, como si creyeran que hay algo puro, no solo de los alimentos, sino de todas las criaturas. Pues también dicen que las mismas verduras, frutas, y todas las cosechas, y toda la tierra, y el cielo, están contaminados por la mezcla de la raza de las tinieblas. Ojalá, entonces, en los demás alimentos concordaran con su error, y absteniéndose de todo lo que dicen impuro, murieran de hambre más bien que persistieran en hablar tales blasfemias; pues para quienes no quieren corregirse y enmendarse, ¿quién no entiende que esto sería más útil?

CAPÍTULO VII.

Pero, ¿por qué no es contraria al Antiguo Testamento, donde se prohíben ciertos alimentos de carne, esta sentencia que dice el Apóstol: Todo es puro para los puros; y, Toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4)? Si pueden, entiendan que el Apóstol lo dijo sobre las mismas naturalezas; pero esas Escrituras, por ciertas prefiguraciones adecuadas al tiempo, llamaron impuros a ciertos animales, no por naturaleza, sino por significado. Así que, por ejemplo, si se pregunta sobre el cerdo y el cordero, ambos son puros por naturaleza, porque toda criatura de Dios es buena; pero por cierto significado, el cordero es puro, el cerdo es impuro: como si dijeras tonto y sabio, ambos términos son puros por naturaleza de voz, letras y sílabas de las que constan; pero por significado, una de estas palabras, que se dice tonto, puede llamarse

impura, no por su naturaleza, sino porque significa algo impuro. Y tal vez lo que es el cerdo en las figuras de las cosas, es el tonto en el género de las cosas; y tanto ese animal como esas dos sílabas, que se dice tonto, significan una misma cosa. Pues ese animal impuro está puesto en la Ley porque no rumia: pero esto no es su defecto, sino su naturaleza. Pero hay hombres que son significados por este animal, impuros por su propio defecto, no por naturaleza: que aunque escuchan con gusto las palabras de sabiduría, después no piensan en ellas en absoluto. Porque lo que has oído útilmente, como desde el intestino de la memoria, como al pensamiento de la boca, recordar con dulzura, ¿qué es sino rumiar espiritualmente de alguna manera? Los que no hacen esto, son figurados por el género de esos animales. Por lo tanto, la misma abstinencia de tales carnes nos advirtió evitar tal defecto. Pues siendo la sabiduría un tesoro deseable, sobre esta pureza de rumiar y la impureza de no rumiar, está escrito en otro lugar: El tesoro deseable reposa en la boca del sabio; pero el hombre necio lo devora (Prov. XXI, 20). Estas similitudes de cosas en locuciones u observaciones figuradas, por la búsqueda y comparación, mueven útil y agradablemente las mentes racionales. Pero al pueblo anterior se le dieron muchos de estos preceptos no solo para escuchar, sino también para observar. Pues era el tiempo en que no solo con palabras, sino también con hechos, debía profetizarse lo que en tiempo posterior sería revelado. Y habiendo sido reveladas estas cosas a través de Cristo y en Cristo, no se impusieron cargas de observaciones a la fe de las naciones, pero sí se recomendó la autoridad de la profecía. He aquí que hemos dicho por qué, aunque según la sentencia del Señor y del Apóstol no consideramos impuras las carnes de los animales, no nos oponemos al Antiguo Testamento, donde algunas son llamadas impuras: ahora decid vosotros por qué consideraréis impuras las carnes.

CAPÍTULO VIII.

Si según vuestro error, es por la mezcla de la raza de las tinieblas; no las carnes, sino vuestro mismo dios es impuro en esa parte que, como para derrotar y capturar enemigos, envió y mezcló para ser absorbida y contaminada: además, por esa misma mezcla, también cualquier otra cosa que comáis es impura. Pero decís: Las carnes son mucho más impuras. Y por qué las carnes son más impuras, es largo recordar sus delirios sobre este asunto; pero brevemente tocaré lo suficiente para que se vean los reprochadores del Antiguo Testamento, tan consumidos por la vejez de la necesidad, que los acusadores de la carne sin ninguna verdad espiritual son convencidos de saborear solo la carne. Pues estos charlatanes y seductores de la mente dicen que en aquella batalla, cuando su primer hombre enredó a la raza de las tinieblas con elementos engañosos, habiendo capturado a los príncipes de ambos sexos de allí, cuando el mundo fue construido a partir de ellos, muchos de ellos fueron atados en las estructuras celestiales, en las que también había algunas mujeres embarazadas: que cuando el cielo comenzó a girar, no pudiendo soportar esa misma vertiginosidad, expulsaron sus concepciones por aborto; y esos fetos abortivos, tanto masculinos como femeninos, cayeron del cielo a la tierra, vivieron, crecieron, se unieron y engendraron. De aquí dicen que es el origen de todas las carnes que se mueven en la tierra, en el agua, en el aire. Por lo tanto, si el origen de las carnes es del cielo, es absurdo por esto considerarlas más impuras: especialmente porque en la misma estructura del mundo, dicen que esos príncipes de las tinieblas están tan atados por todas las conexiones desde lo más alto hasta lo más bajo, que cuanto más mezclado de bien tenía cada uno, tanto más merecía ser colocado en lo más alto; y por lo tanto, las carnes deberían ser más puras, cuyo origen es del cielo, que los frutos que surgen de la tierra. Luego, ¿qué puede decirse tan insano como que los fetos concebidos antes de la mezcla de vida eran tan vivaces que, aunque abortivos y cayendo del cielo a la tierra, vivían; pero después de la mezcla de vida, a menos que nacieran a tiempo maduro, no pueden vivir, y si caen de un lugar un poco más alto, mueren inmediatamente? Ciertamente, si el

reino de la vida luchó contra el reino de la muerte, la vida mezclada debería haber hecho más vivaces, no más corruptibles. Si en su propia naturaleza cada cosa retiene más su incorruptibilidad, no debieron predicar dos naturalezas, una buena y otra mala, sino dos buenas, de las cuales una es mejor. ¿De dónde, entonces, afirman que las carnes son más impuras, que dicen que tienen su origen del cielo, estas que son conocidas por todos? Pues dicen que los primeros cuerpos de los príncipes de las tinieblas surgieron como gusanos de los árboles nacidos allí; pero esos mismos árboles de esos cinco elementos. Por lo tanto, si los cuerpos de los animales tienen su primera origen de los árboles, la segunda del cielo; ¿qué causa hay para que se consideren más impuros que los frutos de los árboles? Si es porque cuando mueren, pierden el alma, de modo que ya es impuro lo que queda cuando la vida se va; ¿por qué no son impuras de la misma manera las verduras o frutas, que ciertamente, como se dijo antes, mueren cuando se arrancan o se cortan? Pues no quieren ser culpables de estos homicidios, mientras no arrancan nada de la tierra o del árbol. Luego, cuando afirman que hay dos almas en un cuerpo de animal, una buena de la raza de la luz, otra mala de la raza de las tinieblas; ¿acaso cuando se mata un animal, el alma buena huye y la mala permanece? Pues si esto fuera así, el animal muerto viviría, como vivía en la raza de las tinieblas, cuando solo tenía el alma de su raza, con la que también se rebeló contra los reinos divinos. Cuando, por lo tanto, en la muerte de cualquier animal, ambas almas, la buena y la mala, abandonan la carne; ¿por qué se dice que la carne es impura, como si solo el alma buena la abandonara? Porque aunque quedan algunos restos de vida, quedan de ambas: pues tampoco dicen que el estiércol queda sin algunos pequeños restos de los miembros de Dios. No encuentran, por lo tanto, ninguna causa para afirmar que las carnes son más impuras que los frutos. Pero, evidentemente, intentando mostrar su falsa castidad, piensan que la carne es más impura porque proviene de la unión sexual: como si no estuvieran mucho más obligados a ayudar a ese miembro divino comiéndolo, cuanto más estrechamente creen que está atado allí. Finalmente, si esta es la causa de la mayor impureza de la carne, deberían comer los cuerpos de los animales que no nacen de la unión sexual, como son innumerables géneros de gusanos, algunos de los cuales en ciertas regiones de Venecia se comen comúnmente nacidos de los árboles. También deberían haber tomado como alimento las ranas que la tierra genera de repente de una sola lluvia, para liberar las partes de Dios mezcladas en tales formas, si detestan esa carne que se propaga por la unión sexual; y deberían haber acusado al género humano de error, por comer gallinas y palomas, procreadas por la unión de machos y hembras, y desechar a las más puras hijas del cielo y la tierra, las ranas. Pues según la fábula de ellos, son más puros los primeros príncipes de las tinieblas, cuyos padres fueron árboles, que el mismo Maniqueo, a quien engendraron padre y madre concibiendo; más puros también son sus piojos, que nacen sin unión sexual, por el sudor de la carne o la exhalación del cuerpo, que estos mismos miserables, que nacieron de padres concibiendo. O si ya consideran impuro cualquier cosa que nazca de la carne incluso sin unión sexual, porque esa misma carne es de la unión sexual; serán impuras las verduras y los frutos que crecen más fértiles y abundantes de los estiércoles. Que vean, entonces, qué hacen o qué responden, que dicen que los frutos son más puros que las carnes. Pues ¿qué es más impuro que el estiércol, que se expulsa de la carne, y qué es más fértil para los frutos que el estiércol? Ciertamente, ellos dicen que por las atriciones y digestiones de los alimentos, la vida huye de allí, y queda algo pequeño en el estiércol. ¿Por qué, entonces, donde queda poca vida, de allí surgen vuestros alimentos, es decir, los frutos de la tierra, más fértiles, mejores y más numerosos del estiércol? La carne no se alimenta de los desechos de la tierra, sino de los frutos: pero la tierra se fertiliza con los desechos de la carne, no con los frutos. Elijan qué es más puro: o ya corregidos dejen de ser impuros e infieles para quienes nada es puro, y abracen con nosotros al Apóstol que dice: Todo es puro para los puros (Tit. I, 15). Del Señor es la tierra y su plenitud (Sal. XXIII, 1). Toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4). Pues todas las cosas

que son naturalmente, en su orden son buenas: y nadie peca en ellas; sino quien no guarda su orden en la obediencia a Dios, perturbando también el orden de ellas al usarlas mal.

CAPÍTULO IX.

Sin embargo, nuestros padres que agradaron a Dios mantuvieron su orden en la misma obediencia, de modo que observaron lo que Dios distribuyó ordenando en los tiempos apropiados, tal como Él lo distribuyó. Así, no solo se abstuvieron de comer ciertas carnes, que aunque por naturaleza eran puras, en aquel tiempo se consideraban impuras por alguna significación, cuando se les ordenó no comerlas, para que con tales significaciones se prefigurara la manifestación futura de las cosas: sino también el pan ácimo y otras cosas semejantes, en las que el Apóstol dice que había una sombra de lo futuro (Hebr. X, 1), habrían sido hombres de aquel tiempo y de aquel pueblo si hubieran despreciado observarlas, cuando era necesario que se hicieran así, y que lo que ahora está revelado, entonces se anunciara de esa manera; tanto como nosotros seríamos insensatos si ahora, ya manifestado el Nuevo Testamento, pensáramos que esas observancias preanunciativas nos podrían beneficiar. Así como serían sacrílegos e impíos si pensáramos que esos mismos Libros, que fueron escritos para nosotros, para que conociéramos que lo que ya nos ha sido revelado y anunciado en manifestación, fue preanunciado mucho antes con aquellas figuras, debieran ser desechados, porque lo que está escrito allí, el Señor nos manda no observarlo ya corporalmente, sino entenderlo y hacerlo espiritualmente. Porque fueron escritos para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos, como también dice el mismo apóstol (I Cor. X, 11). Porque todo lo que fue escrito antes, fue escrito para nuestra enseñanza (Rom. XV, 4). Por lo tanto, no comer pan ácimo durante los siete días establecidos (Exod. XII, 15), en el tiempo del Antiguo Testamento era pecado; pero en el tiempo del Nuevo Testamento no es pecado: sino que en la esperanza del siglo futuro que tenemos en Cristo, quien revistiéndonos de justicia en el alma y de inmortalidad en el cuerpo, nos renueva completamente, creer que sufriremos o actuaremos por alguna necesidad o indignidad de la corrupción antigua, siempre es pecado, mientras se desarrollan estos siete días en los que se lleva a cabo el tiempo: pero esto, en los tiempos del Antiguo Testamento, estaba oculto en figura, y era entendido por algunos santos; en el tiempo del Nuevo Testamento, está revelado en manifestación y se predica a los pueblos. Por lo tanto, aquella Escritura entonces era un precepto, ahora es un testimonio. No celebrar la fiesta de los tabernáculos alguna vez fue pecado (Lev. XXIII, 34); ahora no es pecado: pero no unirse al tabernáculo de Dios, que es la Iglesia, siempre es pecado; pero entonces se realizaba bajo un precepto figurado, ahora se lee en un testimonio revelado. Porque aquello que entonces se hizo, no se llamaría tabernáculo del testimonio, si no atestiguara con alguna congruencia de significación a alguna verdad que debía ser declarada en su tiempo. Mezclar púrpura con vestiduras de lino, y vestirse con una prenda de lino y lana alguna vez fue pecado (Deut. XXII, 11); ahora no es pecado: pero vivir desordenadamente, y querer mezclar profesiones de diverso género, como que una religiosa tenga adornos de casadas, o que quien no se contiene y se casa, tenga apariencia de virgen, es de todo modo pecado; y si algo se teje inconvenientemente de diverso género en la vida de cualquiera. Pero aquello entonces se figuraba en las vestiduras, lo que ahora se declara en las costumbres. Porque aquel era el tiempo de significar, este de manifestar. Por lo tanto, la misma Escritura, que entonces fue exigente de obras significativas, ahora es testigo de las cosas significadas; y lo que entonces se observaba para la preanunciación, ahora se recita para la confirmación. No se permitía entonces juntar buey y asno para trabajar (Deut. XXII, 10); ahora se permite. Porque fue declarado por el Apóstol, cuando recordaba la Escritura sobre no poner bozal al buey que trilla, diciendo: ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? ¿Por qué entonces se lee ahora, cuando lo que prohibió ya se permite? Porque el mismo

Apóstol allí añadió: La Escritura lo dice por nosotros (I Cor. IX, 9, 10). Y ciertamente es impío que no leamos lo que está escrito por nosotros: más bien es por nosotros, a quienes se manifiesta, que por aquellos en quienes se figuraba. Porque cualquiera junta buey y asno, si es necesario, sin detrimento del trabajo: pero nadie hace compañeros a sabio y necio, no para que uno mande y otro obedezca, sino para que anuncien juntos la palabra de Dios con igual potestad, sin escándalo. Por lo tanto, mantenemos la misma Escritura, que entonces con potestad ordenaba cubrir con sombras lo que ahora se abriría; y ahora con autoridad atestigua abierto con luz lo que entonces se cubría.

Sobre el calvo y el rubio (Levit. XIII, 40), que la Ley los declaraba impuros, Fausto poco había atendido, o había caído en un códice defectuoso. Pero ojalá él hubiera querido tener la frente calva, y no hubiera sentido vergüenza de fijar en ella la cruz de Cristo: ciertamente no habría creído que Cristo, clamando, Yo soy la verdad (Juan XIV, 6), ni había caído con heridas falsas, ni había resucitado con cicatrices falsas. Incluso dice: Yo no aprendí a engañar; lo que siento, hablo. No es, por tanto, discípulo de su Cristo, a quien insensatamente opina que mostró cicatrices falsas a los discípulos dudosos, y no solo quiere que se le crea en sus otras vanidades, sino también en el mismo engaño de Cristo, como si no engañara: ¿mejor que Cristo, quien engañando él no engaña; o discípulo no de Cristo verdadero, sino del engañoso Maniqueo, cuando incluso en esto engaña, en lo que se gloria de no haber aprendido a engañar?

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no crees en la genealogía de Jesús? Hay muchas causas, pero la principal es que él mismo en ninguna parte se confiesa tener padre, o linaje en la tierra: sino al contrario, que no es de este mundo, que procede del Padre Dios, que descendió del cielo, que no tiene madre y hermanos, sino quienes hacen la voluntad de su Padre que está en los cielos. A esto, aquellos mismos que le atribuyen estas genealogías, no parecen haberlo conocido antes de su nacimiento: ni tampoco inmediatamente después de nacer, para que se crea que escribieron lo que vieron con sus ojos que sucedió con él; sino que se unieron a él ya joven y maduro, es decir, de casi treinta años: si bien la edad puede ser atribuida a lo divino sin blasfemia. Por lo tanto, cuando en todo testimonio de verdad siempre se suele preguntar si alguien oyó o vio; estos no confiesan haber oído de él este orden de generación, o que haya nacido en absoluto; ni haberlo visto con sus ojos, porque lo conocieron mucho después, es decir, después del Bautismo: a mí y a todo juicio recto, me parece tan insensato creer esto, como si alguien llamara a un ciego y sordo como testigo en un juicio.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: En lo que dice que es la causa principal por la que no acepta la genealogía de Jesucristo, se muestra claramente vencido, al leer lo que dijimos antes sobre el Hijo del hombre, que tan frecuentemente Cristo testifica ser (Mat. VIII, 20), y sobre el Hijo de Dios, cómo él mismo es también hijo del hombre (Id. IX, 6); cómo según la divinidad no tiene linaje en la tierra, pero según la carne es del linaje de David, como lo testifica la doctrina apostólica (Rom. I, 3, y II Tim. II, 8). Por lo tanto, es necesario creer y entender que él salió del Padre (Juan XVI, 28), y vino del cielo (Id. VI, 41), y sin embargo aquí el Verbo hecho carne habitó entre los hombres (Id. I, 14). Si por eso piensan que no tenía madre o linaje en la tierra, porque dijo, ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? (Mat. XII, 48), queda que también afirmen que sus discípulos, a quienes les dio este ejemplo en sí

mismo, para que despreciaran la relación terrenal por el reino de los cielos, no tenían padres, porque les dijo, No llaméis a nadie padre en la tierra; porque uno es vuestro Padre, Dios (Id. XXIII, 9). Lo que enseñó a estos sobre los padres, él mismo lo hizo primero sobre la madre y los hermanos: como también muchas otras cosas, en las que se dignó mostrarse a nosotros para que lo imitáramos, y precedernos para que lo siguiéramos. Por lo tanto, este que se cree vencido en lo que piensa que es principal, debe ser observado en cuán caído y enredado está en las demás cosas. Porque dice que no se debe creer a los Apóstoles, que anunciaron no solo su nacimiento divino, sino también humano, porque se unieron a él después de joven, y ni lo vieron nacer, ni dijeron haberlo oído de él. ¿Por qué entonces creen a Juan diciendo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios; todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 1-3), y las demás cosas que aunque no entienden, les agradan? Digan dónde vio esto Juan, o dónde dijo haberlo oído del mismo Señor. Porque cualquier cosa que digan, de dónde pudo saber esto Juan, de allí creemos que también todos los anunciadores del nacimiento de Cristo pudieron saber lo que anunciaron. Luego pregunto, ¿de dónde creen que dijo el Señor, ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? Si porque esto lo narró el Evangelista, ¿por qué no le creen también aquello, Que su madre y sus hermanos lo buscaban (Mat. XII, 48, 46)? Si esto es mentira, lo que no quieren creer, ¿cómo le creen que Cristo dijo lo que no quieren entender? Luego, si Mateo no pudo conocer a Cristo nacido, porque ya se unió a él de joven, ¿cómo pudo conocer a Cristo no nacido, después de tantos años, Maniqueo nacido? Dirán: El Espíritu Santo lo sabía, que estaba en Maniqueo. Aquel ciertamente si fuera el Espíritu Santo, habría dicho la verdad. Pero, ¿por qué no creemos más bien a los discípulos de Cristo, que también corporalmente se unieron a él, quienes no solo por el Espíritu Santo impartido por él pudieron saber, si algo estaba oculto en las cosas humanas, sino que con tan reciente y presente memoria, incluso solo con sentido humano, recogieron el linaje de Cristo según la carne y toda su origen? Y sin embargo, los Apóstoles son llamados testigos ciegos y sordos. Ojalá tú no solo hubieras sido ciego y sordo, para no aprender cosas tan vanas y sacrílegas; sino también mudo, para no decir tales cosas.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptas el Antiguo Testamento? Porque ya he sido anticipado por el Nuevo: y el viejo y el nuevo no concuerdan, como testifica la Escritura. Porque, Nadie pone un remiendo de paño nuevo en vestido viejo, de lo contrario se hace mayor la rotura (Mat. IX, 16, y Luc. V, 36). Porque, por lo tanto, evito hacer una mayor rotura, como vosotros, no mezclo la novedad cristiana con la antigüedad hebrea. ¿Quién no juzgaría también sucio, vestido con ropas nuevas, no donar las viejas a los inferiores? Por lo tanto, aunque hubiera nacido judío, como lo fueron los Apóstoles, sin embargo, era digno que, habiendo recibido el Nuevo Testamento, repudiara el Viejo, como ellos lo hicieron. Ahora bien, habiendo conseguido por el beneficio de la naturaleza no nacer bajo el yugo de la servidumbre, y encontrándome con Cristo con el pleno don de la libertad; ¡cuán miserable y necio e incluso ingrato seré, si me someto nuevamente a la servidumbre! Pues Pablo reprende a los Gálatas por recaer en la circuncisión, volviendo a los elementos débiles y pobres, a los que querían servir de nuevo (Galat. IV y V). ¿Cómo, pues, admitiré yo lo que veo que otro es reprendido? Es vergonzoso volver a la servidumbre, pero más vergonzoso es ir.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: Ya hemos mostrado suficientemente arriba por qué y cómo mantenemos la autoridad del Antiguo Testamento, no para la imitación de la servidumbre judía, sino para la testificación de la libertad cristiana. Porque no es mi voz, sino la del Apóstol, que dice: Porque todas estas cosas les sucedieron en figura; y fueron escritas para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11). Por lo tanto, no hacemos en servidumbre lo que fue ordenado para preanunciarnos, sino que leemos en libertad lo que fue escrito para confirmarnos. ¿Quién, pues, no entiende ya de dónde el Apóstol revoca a los Gálatas, no leyendo religiosamente la Escritura de la circuncisión, sino queriendo ya supersticiosamente circuncidarse (Galat. IV y V)? Por lo tanto, no ponemos un remiendo de paño nuevo en vestido viejo; sino que somos instruidos en el reino de los cielos, a semejanza de aquel padre de familia, que el Señor menciona sacando de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52). Pero aquel pone un remiendo de paño nuevo en vestido viejo, que quiere tener continencia espiritual, y aún no ha dejado la esperanza carnal. Porque lean atentamente, y vean que el Señor, al ser interrogado sobre el ayuno, respondió: Nadie pone un remiendo de paño nuevo en vestido viejo (Id. IX, 16). Porque aún los discípulos amaban carnalmente al Señor, ya que incluso temían perderlo si era muerto. Por lo cual, a Pedro, que lo apartaba de la pasión, lo llama Satanás, porque no saboreaba las cosas de Dios, sino las de los hombres (Id. XVI, 23). Por lo tanto, presten atención a esa fantasía suya sobre el reino de Dios, donde aman y adoran esta luz del sol visible a la carne, como propuesta a ustedes como ejemplo, qué esperanza carnal tienen: y encontrarán cómo sus ayunos se cosen a la prudencia de la carne, como a un vestido viejo. Sin embargo, se cree astuto al querer punzar con la aguja de su lengua los fundamentos de las Escrituras divinas, como un sastre de tales fábulas, o un mendigo vestido con ellas.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptas el Antiguo Testamento? Si a los Apóstoles, nacidos bajo él, se les permitió apartarse de él, ¿por qué no se me permite a mí no usarlo, en el que no nací? Porque todos nacemos gentiles, no judíos, ni siquiera cristianos: pero a algunos de la misma gentilidad el Antiguo Testamento los atrae, y los hace judíos; a otros el Nuevo, y los inicia como cristianos: como si dos árboles, uno dulce y otro amargo, transfirieran a sí mismos la fuerza de una misma tierra, para ser transformados por sus cualidades. Por lo tanto, a los Apóstoles que pasan de lo amargo a lo dulce, ¿cuán demente seré yo, si me convierto de lo dulce a lo amargo?

AGUSTÍN respondió: ¿Por qué entonces el Apóstol, a quien dices que dejó el judaísmo para pasar de la amargura a la dulzura, más bien llama ramas rotas a aquellos que de ese mismo pueblo no quisieron creer en Cristo; y a las naciones, como acebuche, injertadas en la misma raíz del olivo, es decir, en el origen de los santos hebreos, para que se hicieran partícipes de la riqueza del olivo? Pues cuando advertía a los gentiles sobre la caída de los judíos para que no se enorgullecieran, habló así: "A vosotros, gentiles, os digo, mientras yo sea apóstol de los gentiles, glorifico mi ministerio, si de alguna manera puedo provocar a emulación a mi carne, para salvar a algunos de ellos. Si la exclusión de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será su aceptación, sino vida de entre los muertos? Si la primicia es santa, también lo es la masa; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pero si algunas de las ramas fueron quebradas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado entre ellas, y hecho partícipe de la raíz y de la riqueza del olivo, no te gloríes contra las ramas. Y si te glorías, no eres tú quien sustenta la raíz, sino la raíz a ti. Dirás entonces: Las ramas fueron quebradas para que yo fuera injertado.

Bien. Por su incredulidad fueron quebradas, pero tú por la fe estás firme; no te ensoberbecas, sino teme: porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: severidad para con los que cayeron, pero bondad para contigo, si permaneces en su bondad; de lo contrario, tú también serás cortado. Y ellos, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado del acebuche natural, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión, que el endurecimiento ha venido en parte a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles, y así todo Israel será salvo" (Rom. XI, 13-26).

Por tanto, veis que vosotros, que no queréis ser injertados en esta raíz, no sois semejantes a las ramas quebradas, como es el pueblo carnal e impío de los judíos, sino que habéis permanecido en la amargura del acebuche. Pues, ¿qué otra cosa sino el acebuche de los gentiles es adorar al sol y a la luna? A menos que ya no penséis que estáis en el acebuche de los gentiles porque habéis añadido espinas de nuevo género, y un falso Cristo, a quien adoráis junto con el sol y la luna, no fabricado con mano, sino forjado con un corazón perverso. Sed injertados, pues, en la raíz del olivo, a la que se regocija de haber sido devuelto el Apóstol, quien estuvo entre las ramas quebradas por la incredulidad. Pues él mismo dice que fue liberado de allí, cuando se alegra de haber pasado del judaísmo a Cristo, porque Cristo siempre fue predicado en esa raíz y en ese árbol: en quien, al venir, los que no creyeron fueron quebrados de allí; y los que creyeron, fueron injertados allí: a quienes, para que no se enorgullescan, se les dice: "No te ensoberbecas, sino teme: porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará". Pero para que no se desespere de las mismas ramas quebradas, poco después dice: "Y ellos, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados: porque poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado del acebuche natural, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?" He aquí de dónde él mismo se gloria, liberado de la fractura y devuelto a la riqueza de la raíz. Que aquellos, pues, que están entre vosotros, a quienes la impiedad quebró de allí, regresen y sean injertados de nuevo. Y aquellos que nunca estuvieron allí, vengan cortados de la esterilidad natural, para ser partícipes de la fecundidad futura.

LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptas el Antiguo Testamento? Porque de él mismo, y del Nuevo, aprendimos a no codiciar lo ajeno. Pero, preguntas, ¿qué tiene de ajeno el Antiguo Testamento? Más bien, ¿qué tiene que no sea ajeno? Promete riquezas, saciedad del vientre, hijos y nietos, y larga vida, y con esto el reino de los cananeos: pero todo esto a los circuncisos y a los que observan los sábados, y a los que se abstienen de la carne de cerdo, y otras cosas semejantes: las cuales yo, y todo cristiano, descuidamos como cosas necias y que en nada contribuyen a la salvación del alma, por lo que reconozco que lo que promete ya no me concierne: y recordando que está mandado, "No codiciarás lo ajeno" (Éxodo XX, 17; Rom. VII, 7), he permitido de buen grado a los judíos tener sus bienes, contento solo con el Evangelio y la espléndida herencia del reino de los cielos. Pues así como al judío, si se apropiara del Evangelio, con razón le diría increpándole: "Impostor, ¿qué tienes que ver con él, cuyas preceptos no guardas?", así temo que el judío me increpe de la misma manera, sosteniendo el Antiguo Testamento, cuyos mandamientos desprecio.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: No le avergüenza a este repetir las mismas vanidades, pero a mí me cansa responder las mismas cosas, aunque sean verdaderas. Por tanto, quienquiera que busque una respuesta a estas cosas, que ya hemos dicho antes, que lea (Libro 6, cap. 2). Pero al judío que me diga: "¿Por qué sostienes el Antiguo Testamento, cuyos preceptos no guardas?", le respondo que los preceptos de vida que deben ser vividos por los cristianos también se guardan de esos mismos Libros; y que los preceptos de vida que debían ser significados fueron observados correctamente cuando se preanunciaban estas cosas, que ahora han sido reveladas. Por lo tanto, no observo esas cosas para la religión, pero las mantengo para el testimonio: así como las promesas carnales que allí se contienen, de donde propiamente se llama Antiguo Testamento. Pues aunque se me han revelado cosas eternas que debo esperar; sin embargo, también leo aquellas que atestiguan, que "en figura les acontecieron a ellos; y están escritas para nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos" (I Cor. X, 11). Así que si habéis escuchado lo que respondemos a los judíos, escuchad también lo que objetamos a los maniqueos.

CAPÍTULO III.

Ciertamente Fausto dijo que podríamos turbarnos si los judíos nos dijeran: "¿Por qué sostenéis el Antiguo Testamento, cuyos preceptos no observáis?" A lo que nosotros, venerando y guardando la autoridad de esa misma Escritura, respondemos. ¿Qué respondéis vosotros cuando se os dice: "¿Por qué sostenéis los Libros evangélicos, de los cuales fingís ser seguidores para engañar a los incautos; y no solo no creéis lo que allí está escrito, sino que también lo combatís con todas vuestras fuerzas?" Ciertamente veis que vosotros no podéis responder a las objeciones del Nuevo Testamento, más que nosotros a las del Antiguo. Porque todo lo que está escrito en el Antiguo, nosotros decimos que es verdadero, y mandado divinamente, y distribuido en tiempos apropiados. Pero cuando se os objetan las cosas que están escritas en los libros del Nuevo Testamento, y no las aceptáis, fallando en responder, y con la verdad manifiesta oprimiendo vuestras gargantas, con un aliento herido decís que han sido falsificadas. ¿Qué otra cosa podrían exhalar las bocas asfixiadas de los engañadores? o más bien, ¿qué otra cosa podrían exhalar los cadáveres perforados de los muertos? Y sin embargo, Fausto confesó que no codiciar lo ajeno lo aprendió no solo del Nuevo Testamento, sino también del Antiguo: lo cual ciertamente no podría aprender de su dios. Pues si él no codició lo ajeno, ¿por qué construyó nuevos mundos sobre la tierra de las tinieblas, donde nunca estuvieron? ¿O dirá: "Primero la misma raza de las tinieblas codició mi reino, que le era ajeno"? Entonces imitó a la raza de las tinieblas, para que él también codiciara lo ajeno. ¿O era estrecho antes el reino de la luz? Por tanto, era deseable la guerra, para que se adquiriera la amplitud del reino con la victoria. Si esto es bueno, también antes pudo codiciarse: pero se esperaba que la raza hostil irrumpiera primero en la guerra, para que fuera conquistada con más justicia. Pero si no es bueno, ¿por qué, vencido el enemigo, quiso que su reino creciera sobre tierra ajena, cuando antes, contento con sus propios límites, vivía en plena felicidad? Pero ojalá que estos mismos preceptos de vida que deben ser vividos, de los cuales uno es no codiciar lo ajeno, quisieran aprenderlos de esas Escrituras: ciertamente se volverían mansos, y entenderían con suavidad también esos preceptos de vida que debían ser significados, a los cuales su ofensa ladra, y que eran apropiados para ser observados en ese tiempo. Pero, ¿cómo codiciamos el Antiguo Testamento como algo ajeno, cuando leemos lo que "en figura les acontecieron a ellos; y están escritas para nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos"? Creo que no codicia lo ajeno quien lee lo que está escrito para él.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Aceptas al Apóstol? Y mucho. ¿Por qué entonces no crees que el Hijo de Dios nació del linaje de David según la carne (Rom. I, 3)? No creería que el Apóstol de Dios pudiera escribir cosas contradictorias, y tener ahora esta, ahora aquella opinión sobre nuestro Señor. Pero como a vosotros os place así, que nunca escucháis sin disgusto que algo en el Apóstol haya sido alterado, ni siquiera sepáis que esto nos es contrario. Si bien esta parece ser una vieja y antigua opinión de Pablo sobre Jesús, cuando él mismo lo consideraba hijo de David, como los demás: lo cual, sin embargo, cuando supo que era falso, lo interpola y debilita, escribiendo a los Corintios: "Nosotros no conocemos a nadie según la carne: y si conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así". Por lo tanto, debes considerar cuánta diferencia hay entre estos dos capítulos, de los cuales uno afirma que Jesús es hijo de David según la carne, y el otro que ya no conoce a nadie según la carne. Si ambos son de Pablo, o serán de esta manera, como dije; o uno de ellos no será de Pablo. Prosigue, pues: "Así que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas" (II Cor. V, 16, 17). Ves, pues, que él llama vieja y transitoria aquella fe anterior, es decir, haber creído que Jesús era del linaje de David según la carne: y nueva esta segunda y permanente, por la cual ya no conoce a nadie según la carne. Por lo tanto, en otro lugar: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño" (I Cor. XIII, 11). Si esto es así, ¿qué hacemos nosotros indignamente, si sosteniendo la nueva y mejor confesión de Pablo, rechazamos la vieja y peor? O si a vosotros os place creer según lo que escribe a los Romanos; ¿por qué no nos es lícito a nosotros dogmatizar según lo que escribe a los Corintios? Aunque también he respondido así a vuestra dureza. De lo contrario, lejos esté que el Apóstol de Dios destruya lo que edificó, para no constituirse a sí mismo transgresor, como testificó (Gál. II, 18). Sin embargo, si también es suya aquella primera sentencia, ahora ha sido corregida: si no es lícito que Pablo haya dicho algo sin corregir, no es suya.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: Esto es lo que dije hace un momento, que cuando estos son tan asfixiados por la verdad manifiesta, que, sitiados por las palabras claras de las Escrituras sagradas, no pueden encontrar una salida para su engaño, responden que ese testimonio que se ha presentado es falso. ¡Oh voz que huye de la verdad, en la locura pertinaz! Tan invictas son las cosas que se presentan contra vosotros de los códices divinos, que no hay otra cosa que podáis decir, sino que han sido falsificados. ¿Qué autoridad de las letras puede abrirse, qué libro sagrado puede desplegarse, qué documento de cualquier escritura puede exponerse para convencer vuestros errores, si se admite esta voz, si se estima de algún peso? Otra cosa es no aceptar los mismos libros, y no estar atado por su vínculo, lo que los paganos hacen con todos nuestros Libros, lo que los judíos hacen con el Nuevo Testamento, lo que nosotros mismos hacemos con los vuestros y los de otros herejes, si tienen algunos propios, o con aquellos que se llaman apócrifos: no porque deban tenerse en alguna autoridad secreta, sino porque, no declarados por ninguna luz de testimonio, han sido presentados de no sé qué secreto, por la presunción de no sé quiénes: otra cosa es, pues, no estar atado por la autoridad de algunos libros o personas, y otra cosa es decir: Este hombre santo escribió todo verdadero, y esta epístola es suya, pero en ella misma esto es suyo, esto no es suyo. Cuando desde el otro lado escuches: Prueba; no recurras a los ejemplares más verdaderos, o a la mayoría de los códices, o a los más antiguos, o a la lengua precedente de donde esto ha sido interpretado a otra lengua: sino que digas: De ahí pruebo que esto es suyo, aquello no es suyo, porque esto

suenan a mi favor, aquello en mi contra. ¿Eres tú, entonces, la regla de la verdad? ¿Todo lo que está en tu contra no es verdad? ¿Qué, si otro con una locura similar, pero que rompe tu dureza, surge y dice: Más bien, aquello que suena a tu favor es falso; pero esto que está en tu contra es verdadero? ¿Qué harás, a menos que tal vez saques otro libro, donde todo lo que leas pueda entenderse según tu opinión? Si haces esto, no escucharás que se te contradiga de alguna parte, sino de todo, y clamando: Es falso. ¿Qué harás? ¿A dónde te volverás? ¿Qué origen del libro que has presentado, qué antigüedad, qué serie de sucesión citarás como testigo? Pues si intentas hacer esto, y no vales nada: y ves en esta materia cuánto vale la autoridad de la Iglesia católica, que se fortalece desde las mismas sedes fundadas de los Apóstoles hasta el día de hoy por la serie de obispos que se suceden, y por el consenso de tantos pueblos. Por tanto, si la cuestión de la fe de los ejemplares se discutiera, como en algunas, que son pocas, y muy conocidas por los estudiosos de las Escrituras sagradas, las variaciones de las sentencias; o nuestra duda se resolvería por los códices de otras regiones, de donde vino la misma doctrina, o si también allí los códices variaran, los más numerosos se preferirían a los menos, o los más antiguos a los más recientes: y si aún la variedad fuera incierta, se consultaría la lengua precedente, de donde fue interpretado. De esta manera buscan quienes quieren encontrar lo que les mueve en las Escrituras sagradas, tan firmadas por la autoridad, para tener de dónde instruirse, no de dónde reñir.

CAPÍTULO III.

Sin embargo, lo que se argumenta contra vuestra impiedad a partir de la Epístola del apóstol Pablo, que el Hijo de Dios es del linaje de David según la carne (Rom. I, 3), lo tienen todos los códices, tanto nuevos como antiguos, todas las Iglesias lo leen, todas las lenguas lo consienten. Despojaos, pues, del manto de engaño con el que Fausto, al haberse propuesto a sí mismo como si fuera un interrogador y dijera, "¿Aceptas al apóstol Pablo?", respondió, "Y mucho". ¿Por qué no respondió más bien, "Y en absoluto"; sino porque, siendo engañoso, no pudo responder otra cosa que lo que era falso? ¿Qué acepta del apóstol Pablo? No al primer hombre, que él dice terrenal de la tierra: de quien también dice, "El primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente". Sin embargo, él anuncia no sé a qué primer hombre, ni terrenal de la tierra, ni hecho alma viviente, sino de la sustancia de Dios, siendo lo mismo que Dios es, sus miembros, o sus vestiduras, o sus armas, es decir, los cinco elementos, cuando estos mismos no eran otra cosa que la sustancia de Dios, sumergidos en la gente de las tinieblas, para que, contaminados, fueran capturados. No según el hombre, que Pablo dice del cielo, que también llama el último Adán en espíritu vivificante (I Cor. XV, 47, 48), que dice hecho del linaje de David según la carne, hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Gál. IV, 4, 5); de quien dice a Timoteo, "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, del linaje de David, según mi Evangelio" (II Tim. II, 8); en cuyo ejemplo también predica nuestra resurrección diciendo, "Porque os he entregado en primer lugar lo que también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados; según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras. Y poco después añade por qué dijo esto: "Si Cristo es predicado que resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?" (I Cor. XV, 3, 4, 12). Sin embargo, este que fue preguntado si acepta al apóstol Pablo, responde, "Y mucho", niega todo esto: ni quiere aceptar a Jesús del linaje de David, ni hecho de mujer, a quien, no porque haya sido corrompida ni por concebir ni por dar a luz, llama mujer. Pablo habla; pero habla al modo de las Escrituras, que acostumbran a llamar así al mismo sexo: como está escrito en Génesis sobre Eva, "La formó en mujer" (Gen. II, 22); cuando no había sido unida al varón. Ni acepta la misma muerte de Cristo, ni su sepultura, ni su resurrección; puesto que dice que Cristo no tuvo cuerpo mortal, donde hubiera verdadera muerte; ni aquellas cicatrices fueron verdaderas,

que mostró a los discípulos después de la resurrección, cuando, como también Pablo recuerda, se apareció vivo (Luc. XXIV, 39, 40, y I Cor. XV, 5): ni nuestra misma carne resucitará, transformada en cuerpo espiritual, como dice clarísimamente el mismo apóstol, "Se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual". De donde, distinguiendo entre cuerpo animal y espiritual, añadió lo que ya he mencionado sobre el primer Adán y el último Adán. Luego añadió: "Esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios. Y para que nadie creyera que la misma especie de carne, y la misma sustancia no puede resucitar, queriendo expresar qué llamó ahora carne y sangre, porque quiso que se entendiera la misma corrupción, que entonces en la resurrección de los justos no será, inmediatamente añadió: "Ni la corrupción heredará la incorrupción". Y para que aún nadie pensara que no resucitaría lo que fue sepultado, sino que se pondría como otra túnica, y se tomaría otra mejor, queriendo declarar clarísimamente que esto mismo se transformará en mejor: como las vestiduras de Cristo en el monte no fueron puestas, y otras tomadas, sino que las mismas que eran, fueron glorificadas en mejor (Mat. XVII, 2): sigue y añade diciendo, "He aquí os digo un misterio: todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. Y para que aún no fuera incierto, quiénes son los que serán transformados, "En un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Aún podrían decir, no según este cuerpo mortal y corruptible seremos transformados en la resurrección, sino según el alma: cuando el Apóstol no propuso esto de lo que hablaba, sino que habló del cuerpo desde el inicio de la cuestión, como lo indica su misma proposición, "Pero dirá alguno, ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vienen?" Aquí ya consecuentemente como señalando con el dedo de qué hablaba, añadió diciendo, "Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (I Cor. XV, 35-53). Por tanto, ya que este niega estas cosas, y puesto que el mismo Dios, de quien Pablo dice, "Al inmortal, incorruptible, único Dios honor y gloria" (I Tim. I, 17), este predica como corruptible; puesto que su sustancia y naturaleza temió totalmente ser corrompida por la gente de las tinieblas, y para que fuera consultada con las demás, en parte corrompida, sueña su fábula detestable y abominable; ¿qué es lo que también en esto intenta engañar a los inexpertos, y a los menos instruidos en las divinas Escrituras, para que preguntado si acepta al apóstol Pablo, responda, "Mucho"; y se encuentre, en absoluto?

CAPÍTULO IV.

Pero hay una razón cierta, dice, por la cual mostraré que el apóstol Pablo o cambió de opinión al progresar, y al escribir a los Corintios, corrigió lo que había escrito a los Romanos; o que en absoluto no escribió lo que se presenta como suyo, que el Hijo de Dios es del linaje de David según la carne. ¿Con qué razón finalmente lo muestra? Porque no puede, dice, ser verdad ambas cosas, tanto lo que está en la Epístola a los Romanos, "De su Hijo, que fue hecho del linaje de David según la carne" (Rom. I, 3); como lo que dice a los Corintios, "Así que, de ahora en adelante, a nadie conocemos según la carne: y si conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no lo conocemos" (II Cor. V, 16). Resta, pues, que demostremos cómo pueden ser ambas cosas verdaderas, y cómo estas dos no son contrarias entre sí. Porque no podemos decir que una de ellas no es de Pablo; porque ninguna autoridad de los códices varía en ello. Pues aunque en algunos ejemplares latinos no se lee, "hecho", sino, "nacido del linaje de David", cuando los griegos tienen "hecho", de donde no quiso traducir al pie de la letra, sino al sentido diciendo, "nacido", el intérprete latino: sin embargo, que Cristo es del linaje de David según la carne, la autoridad de todos los libros y lenguas concuerda. Pero que Pablo alguna vez erró, y cambió de opinión al progresar, lejos esté de que lo digamos. Lo cual incluso el mismo Fausto sintió cuán impropriadamente e impiamente se diría; y prefirió

decir que la Epístola de Pablo fue corrompida por la falsedad de otros, que viciada por el error de él mismo.

CAPÍTULO V.

De estos libros se puede decir que tienen algo que no es consonante tal vez con una verdad más oculta y difícil de discernir, que o así permaneció, o fue corregido en los posteriores, que no se escriben con la autoridad de enseñar, sino con el ejercicio de progresar por nosotros. Entre estos estamos, a quienes el mismo apóstol dice: "Y si en algo pensáis de otra manera, eso también os lo revelará Dios" (Filip. III, 15). Este tipo de escritos no debe leerse con la necesidad de creer, sino con la libertad de juzgar. Sin embargo, para que no se cerrara el camino, y se privara a los posteriores del laboriosísimo trabajo de tratar y discutir cuestiones difíciles, se distinguió de los libros posteriores la excelencia de la autoridad canónica del Antiguo y Nuevo Testamento, que confirmada en los tiempos de los Apóstoles por las sucesiones de los obispos y las propagaciones de las Iglesias, como establecida en una sede elevada, a la que debe servir toda mente fiel y piadosa. Allí, si algo parece absurdo, no se permite decir, El autor de este libro no sostuvo la verdad: sino, o el código está corrupto, o el intérprete erró, o tú no entiendes. En las obras de los posteriores, que se contienen en innumerables libros, pero de ninguna manera se igualan a la excelentísima autoridad de las Escrituras canónicas, incluso en cualesquiera de ellos se encuentra la misma verdad, sin embargo, la autoridad es mucho menor. Por lo tanto, en ellos, si algo se considera disonante de la verdad, porque no se entiende como se dijo, sin embargo, el lector o el oyente tiene libre juicio para aprobar lo que le agradó, o desaprobar lo que le ofendió: y por eso, todas estas cosas, a menos que se defiendan con razón cierta, o con aquella autoridad canónica, para demostrar que o es así en absoluto, o pudo ser lo que allí se discutió o narró; si a alguien le desagradó, o no quiere creerlo, no se le reprende. En aquella eminencia canónica de las Sagradas Escrituras, aunque un solo profeta, o apóstol, o evangelista haya puesto algo en sus Escrituras, se declara por la misma confirmación del canon, no se permite dudar de que sea verdad: de lo contrario, no habrá página alguna que guíe la debilidad de la impericia humana, si la salubérrima autoridad de los Libros canónicos es totalmente despreciada o confundida sin límites.

CAPÍTULO VI.

Por lo tanto, quienquiera que seas, a quien estas aparentes contradicciones han perturbado, que en un lugar está escrito, "Hijo de Dios del linaje de David", y en otro, "Y si conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no lo conocemos": y si no se presentara ambos de las Escrituras de un solo Apóstol, sino que uno de ellos lo hubiera dicho Pablo, y el otro Pedro, o Isaías, o cualquier otro de los Apóstoles, o Profetas; porque así todo concuerda en la autoridad canónica, que como si fueran dichas con una sola voz, se creen con justísima y prudentísima piedad, y se encuentran con serenísimo entendimiento, y se demuestran con diligentísima solercia; no se permitiría dudar de uno u otro. Por lo tanto, porque de las canónicas, es decir, verdaderas Epístolas de Pablo, se presenta ambos, y no podemos decir, o que el código está corrupto, pues todos los latinos corregidos lo tienen así; o que el intérprete erró, pues todos los griegos corregidos lo tienen así: resta que tú no entiendas, y de mí se exija razón, de cómo ninguno disuena del otro, sino que ambos concuerdan en la misma regla de la sana fe. Porque si tú también buscaras piadosamente, podrías encontrar cómo estas cosas, una vez escrutadas, se iluminan.

CAPÍTULO VII.

Porque el Hijo de Dios hecho hombre del linaje de David, no solo lo dice el mismo apóstol en un lugar, sino que otras santas Escrituras lo proclaman abiertamente. Pero lo que dice, "Y si conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no lo conocemos"; esa misma circunstancia del lugar de la Escritura muestra suficientemente de qué habla el Apóstol. Según su costumbre, medita nuestra vida futura, que ya en el mismo hombre mediador Cristo Jesús, nuestra cabeza resucitada, está completa, con una esperanza tan cierta, como si ya estuviera presente y se tuviera: la cual ciertamente no será según la carne, como ya la vida de Cristo no es según la carne. Porque carne en este lugar no es la misma sustancia de nuestro cuerpo, que el Señor incluso después de su resurrección llama carne, diciendo, "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo" (Luc. XXIV, 39); sino que quiere que se entienda la corrupción y mortalidad de la carne, que entonces no será en nosotros, como ya no está en Cristo. Porque esto propiamente llamaba carne, incluso cuando hablaba suficientemente claro sobre la misma resurrección, y decía, lo que ya he mencionado, "La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción". Cuando, pues, se haya hecho lo que allí consecuentemente dice, "He aquí os digo un misterio: todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. En un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta, porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados: porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (I Cor. XV, 50-53): ya según lo que llama carne, no la misma sustancia del cuerpo, sino la misma corrupción de la mortalidad, no será ciertamente carne, porque la corrupción de la mortalidad no la tendrá transformada; pero según el origen de la misma sustancia y cuerpo, será la misma carne, porque la misma resucitará y la misma será transformada, porque también es verdad lo que dice el Señor, después de haber resucitado, "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo"; y esto es verdad lo que dice el Apóstol, "La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios". Porque aquello fue dicho según la misma sustancia, que también entonces será, porque la misma será transformada: pero esto fue dicho según la calidad carnal de la corrupción, que entonces ya no será, porque la carne transformada no se corromperá. Conocimos, pues, a Cristo según la carne, es decir, según la mortalidad de la carne antes de que resucitara: porque en su cuerpo estaba aquella mortalidad, que el Apóstol propiamente llama carne: pero ahora ya no lo conocemos; porque, como dice el mismo apóstol, "Cristo resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre él" (Rom. VI, 9).

Porque si te aferras a la propiedad de las palabras, mintió cuando dijo, "Conocimos a Cristo según la carne", si Cristo nunca fue según la carne: nadie conoció lo que no era. Sin embargo, no dijo, Pensábamos a Cristo según la carne; sino, "Conocimos". No obstante, para no presionar con la palabra, no sea que alguien afirme que el Apóstol habló por abuso, para decir por lo que es, pensábamos, dijera, "Conocimos": me sorprende que los hombres ciegos no atiendan, o más bien no me sorprende que los ciegos no vean, porque si Cristo no tuvo carne por eso, porque dijo el Apóstol, ahora ya no conoce a Cristo según la carne; tampoco ellos tuvieron carne, de quienes en el mismo lugar dice, "Así que, de ahora en adelante, a nadie conocemos según la carne". Porque no queriendo que se entendiera solo de Cristo, podría decir, "A nadie conocemos según la carne": sino porque meditaba con ellos su vida futura como presente, que resucitando serán transformados, "De ahora en adelante, dice, a nadie conocemos según la carne"; es decir, tenemos tan cierta esperanza de nuestra futura incorruptibilidad e inmortalidad, que ya de ahora en adelante nos regocijamos en el mismo conocimiento. De donde en otro lugar dice: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: saboread las cosas de arriba, no las de la tierra" (Col. III, 1, 2). Ciertamente aún no hemos resucitado como Cristo;

pero sin embargo, según la esperanza que tenemos en él, ya nos ha testificado que hemos resucitado con él. De donde también dice: "Según su misericordia nos salvó por el lavacro de la regeneración" (Tit. III, 5). ¿Quién no entiende que en el lavacro de la regeneración se nos da la esperanza de la futura salvación, no ya la misma salvación, que se promete? y sin embargo, porque es una esperanza cierta, como si ya se hubiera dado la misma salvación, "nos salvó", dice. Porque en otro lugar dice clarísimamente: "Nosotros mismos gemimos en nuestro interior, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos" (Rom. VIII, 23-25). Así como aquí no dijo, Seremos salvados; sino, De ahora en adelante ya hemos sido salvados, no obstante en realidad, sino en esperanza, "Porque en esperanza fuimos salvados": así también lo que allí se dijo, "De ahora en adelante a nadie conocemos según la carne"; no obstante en realidad, sino en esperanza se entiende: porque la esperanza en Cristo es para nosotros, porque en él ya se ha completado lo que esperamos prometido. Él ya ha resucitado, y la muerte ya no tiene dominio sobre él. A quien "aunque conocimos según la carne", cuando aún iba a morir; porque en su cuerpo estaba aquella mortalidad, que el Apóstol propiamente llama carne: "pero ahora ya no lo conocemos"; porque su mortal ya ha vestido inmortalidad, de donde según la mortalidad anterior ya no puede llamarse carne.

CAPÍTULO VIII.

Por tanto, consideremos el contexto del lugar donde se encuentra esta sentencia, sobre la cual estos calumnian, para que lo que digo se haga más claro. La caridad, dice, de Cristo nos apremia; juzgando esto, que si uno murió por todos, entonces todos murieron: y murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Por lo tanto, desde ahora no conocemos a nadie según la carne: y si conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así. Ciertamente, ahora a cualquiera le parece que el Apóstol dijo esto por la resurrección de Cristo; ya que estas palabras fueron precedidas por, Para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. ¿Qué es sino vivir no para sí mismos, sino para él, sino que no vivan según la carne en la esperanza de bienes terrenales y corruptibles, sino según el espíritu en la esperanza de la resurrección, que ya se ha realizado en ellos en Cristo? Por lo tanto, de aquellos por quienes Cristo murió y resucitó, y que ya no viven para sí mismos, sino para él, el Apóstol no conocía a nadie según la carne, por la esperanza de la futura inmortalidad, en cuya expectativa vivían, que en Cristo ya no era esperanza, sino realidad: a quien, aunque conoció según la carne, cuando aún iba a morir, ya no lo conocía así; porque sabía que había resucitado, y que la muerte ya no tendría dominio sobre él. Y porque todos en él, aunque aún no en realidad, ya somos esto en esperanza, sigue diciendo: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron: he aquí, todas son hechas nuevas. Pero todas son de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo (II Cor. V, 14-18). Por lo tanto, toda nueva criatura, es decir, el pueblo renovado por la fe, para que tenga por ahora en esperanza lo que después se perfeccionará en realidad, ya tiene en Cristo lo que espera en sí mismo. Así que ahora las cosas viejas pasaron según la esperanza, porque ya no es tiempo del Antiguo Testamento, en el que se esperaba de Dios un reino temporal y carnal: y todas las cosas son hechas nuevas según la misma esperanza, para que mantengamos la promesa del reino de los cielos, donde no habrá muerte ni corrupción. Pero en la resurrección de los muertos ya no será según la esperanza, sino según la realidad, y las cosas viejas pasarán, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruido: y todas las cosas serán hechas nuevas, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 26, 53): lo cual ya se ha hecho en Cristo, a quien según la realidad, ya no conocía Pablo según la

carne: pero de aquellos por quienes murió y resucitó, aún no según la realidad, sino según la esperanza, no conocía a nadie según la carne; porque por su gracia, como el mismo dice a los Efesios, hemos sido salvados. Pues el mismo lugar atestigua así esta sentencia: Pero Dios, dice, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo; por cuya gracia hemos sido salvados. Porque lo que aquí dijo, Nos dio vida juntamente con Cristo, lo dijo a los Corintios, Para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. Y lo que aquí dice, Por cuya gracia hemos sido salvados; ya lo habla como si fuera perfecto, lo que sostiene en esperanza. Pues lo que mencioné un poco antes, lo dice clarísimamente en otro lugar: Porque en esperanza fuimos salvados. Por eso también aquí sigue, y enumera como perfecto lo que será en el futuro: Y juntamente, dice, nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Ciertamente, Cristo ya está sentado en los lugares celestiales, pero nosotros aún no: pero porque con esperanza cierta, lo que será en el futuro, ya lo tenemos, dijo que nos sentamos juntamente en los lugares celestiales, aún no en nosotros, pero ya en él. Pues para que no pienses que ya es perfecto lo que en esperanza se dice así, como si fuera perfecto, y para que entiendas que aún es futuro, sigue diciendo: Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (Efes. II, 4-7). De aquí es también aquello: Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, que son por la ley, obraban en nuestros miembros, para llevar fruto para muerte (Rom. VII, 5). Así dijo, Cuando estábamos en la carne, como si ya no estuvieran en la carne: lo cual se entiende así, Cuando estábamos en la esperanza de cosas carnales: cuando la ley, que no puede ser cumplida sino por la caridad espiritual, estaba sobre ellos para que por la transgresión abundara el delito; para que después, revelado el Nuevo Testamento, por el perdón, abundara la gracia (Rom. VII, V, 20). De aquí, de manera similar, dice en otro lugar: Pero los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Y para que nadie piense que se refiere a aquellos que aún no han muerto, inmediatamente añade: Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu (Id. VIII, 8, 9). Es decir, los que están en la esperanza de bienes carnales no pueden agradar a Dios; pero vosotros no estáis en la esperanza de cosas carnales, sino en la esperanza de cosas espirituales, es decir, del reino de los cielos, donde incluso el cuerpo mismo, por aquella transformación, será espiritual en su propio género, lo que ahora es animal. Porque se siembra cuerpo animal, como dice el mismo a los Corintios, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44). Si, por tanto, el Apóstol ya no conocía a ninguno de ellos según la carne, que por eso se decía que no estaban en la carne, porque no estaban en la esperanza de cosas carnales, aunque aún llevaban carne corruptible y mortal; ¿cuánto más expresamente diría de Cristo que ya no lo conocía según la carne, en cuyo cuerpo incluso en realidad ya se había perfeccionado lo que ellos mantenían en esperanza prometida? ¿Cuánto mejor, cuánto más religiosamente se tratan las Escrituras divinas de tal manera que, habiendo examinado todo, se encuentran en concordancia, que cuando el hombre falla en una cuestión que no puede resolver, se aceptan como verdaderas en parte, y se condenan como falsas en parte? Porque incluso cuando el Apóstol era niño, y pensaba como niño (I Cor. XIII, 11), aunque lo dijo a modo de similitud, aún no era espiritual, como ya lo era cuando escribía lo que para la edificación de las Iglesias, no para el ejercicio de progreso en manos de los estudiosos, sino con la autoridad de mandamiento se leía en el canon eclesiástico.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptáis a los Profetas? Más bien, di tú, si tienes algo, por qué debemos aceptar a los Profetas. Por los testimonios, dices, que han dado sobre Cristo. Yo, en

verdad, no he encontrado ninguno, aunque los he leído con atención y curiosidad. Pero aun así, esta es una confesión de fe débil, no creer en Cristo sin testigo y argumento. Sin duda, vosotros mismos soléis enseñar que no hay que indagar con curiosidad, porque la credulidad cristiana es simple y absoluta. ¿Cómo entonces ahora destruís la simplicidad de la fe, apoyándola con indicios y testigos, y esto de los judíos? O si la primera sentencia no os agrada, y por eso pasáis a la otra; ¿quién debe ser un testigo más fiel para vosotros que Dios mismo sobre su Hijo, quien no por un profeta, ni por un intérprete, sino espontáneamente con voz celestial, cuando lo envió a la tierra, dijo: Este es mi Hijo, el amadísimo, creed en él (Mat. III, 17, y Luc. IX, 35). Y también él mismo sobre sí, Del Padre mío salí, y vine a este mundo (Juan XVI, 28): y muchas otras cosas semejantes. A las cuales los judíos, rechinando los dientes, decían, Tú testificas de ti mismo, tu testimonio no es verdadero. A los cuales él respondió, Aunque yo testifico de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque no estoy solo. Pues en vuestra Ley está escrito, El testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy quien testifico de mí mismo, y testifica de mí el Padre que me envió (Id. VIII, 13-18): no dijo, los Profetas. A esto también llama a sus propias obras como testimonio, Si no me creéis, dice, creed en las obras (Id. X, 38). No dijo, Si no me creéis, creed en los Profetas. Por lo tanto, no necesitamos testimonios sobre nuestro Salvador: solo buscamos ejemplos de vida honesta, y prudencia y virtud en los Profetas, de los cuales siento que no te ha pasado desapercibido que no hubo nada en los vates de los judíos: ya que al preguntarme por qué pensabas que debíamos aceptarlos, no imprudentemente, ni sin cortesía, pasaste en silencio sus mandatos y obras, y te centraste solo en los presagios; olvidando, sin duda, que está escrito, nunca se cosecharán uvas de los espinos, ni higos de los cardos (Mat. VII, 16). Por lo tanto, he respondido brevemente y con moderación a tu pregunta de por qué no aceptamos a los Profetas. De lo contrario, ya se ha demostrado abundantemente en los libros de nuestros padres que no profetizaron nada sobre Cristo. Yo añadiré esto, que si los vates hebreos, conociendo y predicando a Cristo, vivieron tan flagiciosamente, con razón se les podría aplicar lo que Pablo testifica sobre los sabios de los gentiles: Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (Rom. I, 21). Ves, entonces, que no es gran cosa conocer cosas grandes, a menos que vivas de acuerdo con su dignidad.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: En todas estas palabras, Fausto intenta que no creamos que los Profetas hebreos predijeron algo sobre Cristo, ni que si lo predijeron, sus testimonios nos benefician, ni que ellos mismos vivieron de acuerdo con la dignidad de esos mismos testimonios. Por lo tanto, demostraremos tanto sus presagios sobre Cristo, como cuánto nos han beneficiado para la verdad y firmeza de la fe, y que vivieron de manera congruente y adecuada a su profecía. En esta disputa tripartita, lo que primero mencioné, es largo de probar así, que de todos esos Libros traiga testimonios que muestren que Cristo fue predicho: pero aplastaré la ligereza de este hombre con el peso más grave de la autoridad. Pues no acepta a los profetas hebreos, pero profesa aceptar a los Apóstoles. Escuchemos, entonces, lo que dice el Apóstol Pablo, de quien, cuando se preguntó a sí mismo como si fuera desde una voz adversa, si lo aceptaba, respondió, Y mucho (Arriba, lib. 11), qué dice sobre la profecía de ellos. Pablo, dice, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus Profetas en las Santas Escrituras sobre su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. I, 1-3). ¿Qué más quiere? A menos que quiera entender que esto fue dicho por otros profetas, no por nuestros hebreos. Pero aunque haya sido dicho por cualquiera, sin embargo, el Evangelio fue prometido sobre aquel Hijo de Dios, que fue hecho de la simiente de David según la carne; en el cual

Evangelio dice el Apóstol que fue apartado: pero la infidelidad de estos es contraria a esto, que según este Evangelio creemos que el Hijo de Dios fue hecho de la simiente de David según la carne; sin embargo, que conozcan cosas más claras, en las que se da testimonio clarísimo a los Profetas hebreos por medio de ese Apóstol, cuya autoridad rompa los cuellos de estos soberbios.

CAPÍTULO III.

La verdad, dice, digo en Cristo, no miento, testificándome mi conciencia en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne, que son israelitas, de quienes es la adopción, y la gloria, y los Testamentos, y la constitución de la Ley, y el servicio, y las promesas; de quienes son los padres y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Id. IX, 1-5). ¿Qué puede decirse más abundantemente, qué puede declararse más expresamente, qué puede recomendarse más santamente? Porque, ¿cuál es la adopción de los israelitas, sino por el Hijo de Dios? de donde dice a los Gálatas: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos (Galat. IV, 4, 5). Y ¿cuál es su gloria sino especialmente aquella, de la que el mismo Pablo dice a los mismos Romanos: ¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O qué utilidad la circuncisión? Mucho en todo sentido. Primero, ciertamente, porque les fueron confiados los oráculos de Dios (Rom. III, 1, 2). Que busquen estos cuáles son los oráculos de Dios confiados a los judíos, y nos muestren otros además de los Profetas hebreos. Ahora bien, ¿por qué dijo que los Testamentos pertenecen especialmente a los israelitas, sino porque tanto el Antiguo Testamento les fue dado, como el Nuevo fue figurado en el Antiguo? Pero la constitución de la Ley, que fue dada a los israelitas, no entendiendo su dispensación, porque ya no quiere Dios que estemos bajo la Ley, sino bajo la gracia, suelen estos reprender con furiosa impericia. Cedan, pues, a la autoridad apostólica, que alabando y recomendando la excelencia de los israelitas, también enumeró esto, que la constitución de la Ley es de ellos. Que si no predicara a Cristo, no diría el mismo Señor, Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él (Juan V, 46): ni después de la resurrección le atestiguaría así, diciendo, Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí (Luc. XXIV, 44).

CAPÍTULO IV.

Pero porque los maniqueos predicán a otro Cristo, no al que predicaron los Apóstoles, sino al suyo propio, falaz falazmente, de cuya falsedad los seguidores congruentemente también mienten; les sucedió lo que el Apóstol dice de los mismos judíos infieles, Cuando se lee Moisés, un velo está sobre su corazón: porque no se quita este velo, por el cual no entienden a Moisés, sino que se vuelven a Cristo: no al que ellos han inventado, sino al que los Padres hebreos profetizaron. Pues así dice el mismo apóstol: Pero cuando se vuelvan al Señor, el velo será quitado (II Cor. III, 15, 16). Pues no es de extrañar que no quieran creer al Cristo resucitado, y diciendo, Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí: cuando Cristo mismo narró, qué dijo Abraham a un rico despiadado, cuando estaba siendo atormentado en el infierno, y pedía que alguien fuera enviado desde allí a sus hermanos, para que fueran enseñados, para que no vinieran también a ese lugar de tormentos. Porque esto le fue dicho: Tienen allí a Moisés y a los Profetas, que los escuchen. Y cuando él dijo que no creerían, a menos que alguien resucitara de los muertos, se le respondió muy verdaderamente: Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán si alguno resucita de los muertos (Luc. XVI, 27-31). Por lo

tanto, estos que no escuchan a Moisés y a los Profetas, no solo no creen en Cristo resucitado de los muertos, sino que en absoluto creen que Cristo resucitó de los muertos. Pues, ¿cómo creen que resucitó, si no creen que murió? Porque, ¿cómo creen que murió, si no creen que tuvo un cuerpo mortal?

CAPÍTULO V.

Pero nosotros no creemos a los predicadores falaces, no de ese Cristo que fue falaz, sino de aquel que en absoluto no fue, falazmente. Porque tenemos a Cristo verdadero y veraz, predicho por los Profetas, predicado por los Apóstoles, quienes aducen testimonios de su predicación de la Ley y los Profetas, como muestran en innumerables lugares. Lo cual Pablo resumió brevísima y verazmente, diciendo: Pero ahora, sin la Ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, testificada por la Ley y los Profetas (Rom. III, 21). ¿Qué Profetas, sino los israelitas, de quienes dijo clarísimamente que son, y los Testamentos, y la constitución de la Ley, y las promesas (Id. IX, 4)? ¿De qué promesas, sino de Cristo? Lo cual determina brevemente en otro lugar, cuando habla de Cristo diciendo: Porque todas las promesas de Dios son en él sí (II Cor. I, 20). Pablo me dice que la constitución de la Ley es de los israelitas. También dice: Porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree (Rom. X, 4). También dice hablando de Cristo, Porque todas las promesas de Dios son en él sí: y tú me dices que los Profetas israelitas no predijeron nada sobre Cristo. ¿Qué queda, entonces, sino que elija si creer al maniqueo, narrando una fábula vana y larga contra Pablo; o a Pablo advirtiéndolo, Si alguno os predica un evangelio diferente del que os hemos predicado, sea anatema (Galat. I, 8, 9)?

CAPÍTULO VI.

Aquí podrían decir, Muéstranos dónde está Cristo anunciado por los Profetas de Israel. Como si fuera poca la autoridad con la que los Apóstoles dicen que lo que leemos en las escrituras de los Profetas Hebreos se ha cumplido en Cristo: o lo que el mismo Señor dice, que esas cosas están escritas sobre Él. Por lo tanto, quien no pueda mostrar esto, no lo entiende: no mienten los Apóstoles, ni Cristo, ni los santos códices. Sin embargo, para no reunir muchas cosas, y recordar solo una, lo que el Apóstol dice en el mismo lugar: No puede fallar la palabra de Dios. No todos los que son de Israel son israelitas; ni todos los descendientes de Abraham son hijos: sino que en Isaac será llamada tu descendencia: esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia (Rom. IX, 6-8). ¿Qué responderán a esto, cuando claramente en otro lugar se dice sobre esta descendencia a Abraham: En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gen. XXVI, 4)? Pues si en aquel tiempo discutiéramos sobre esto, cuando el Apóstol exponía diciendo, A Abraham fueron hechas las promesas y a su descendencia: no dice, Y a las descendencias, como si fueran muchas; sino como si fuera una, Y a tu descendencia, que es Cristo (Gál. III, 16); tal vez alguien no tan impudicamente no querría creer esto, antes de ver a todas las naciones creer en Cristo, quien se predica de la descendencia de Abraham. Pero ahora que vemos esto cumplirse, lo que leemos que fue anunciado mucho antes, cuando todas las naciones ya son bendecidas en la descendencia de Abraham, a quien se le dijo hace miles de años, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones: ¿quién tan obstinadamente enloquecería, que intentara introducir a otro Cristo, que no sea de la descendencia de Abraham, o que pensara que las profecías hebreas de cuya gente es padre Abraham, no han anunciado nada sobre este verdadero Cristo?

CAPÍTULO VII.

¿Quién podría, no digo con una breve respuesta, como las que estamos obligados a tener en esta obra, sino con cualquier volumen extenso, recordar todas las proclamaciones de los Profetas Hebreos sobre nuestro Señor y Salvador Jesucristo? Pues todo lo que está contenido en esos Libros, o se dice de Él, o es por Él. Pero para el ejercicio del que busca, y el deleite del que encuentra, muchas más cosas allí se insinúan a través de alegorías y enigmas, en parte solo con palabras, en parte también se narran hechos. Sin embargo, si no hubiera algunas cosas manifiestas allí, no se comprendería el sentido por el cual también lo oscuro se aclararía. Aunque incluso de aquellas cosas que están envueltas en figuras, si algunas se colocan como tejidas bajo una sola visión, así unen sus voces en testimonio de Cristo, que la sordera de cualquier obtuso se sonrojaría.

CAPÍTULO VIII.

En seis días en el Génesis Dios completó todas sus obras, y el séptimo descansó (Gen. II, 1, 2). Seis edades del género humano en este mundo a través de las sucesiones del tiempo, destacan las obras de Dios: la primera es desde Adán hasta Noé; la segunda, desde Noé hasta Abraham; la tercera, desde Abraham hasta David; la cuarta, desde David hasta la deportación a Babilonia; la quinta, desde entonces hasta la humilde venida de nuestro Señor Jesucristo; la sexta, que ahora se lleva a cabo, hasta que el Altísimo venga a juicio; la séptima se entiende en el descanso de los santos, no en esta vida, sino en otra, donde el rico vio al pobre descansando, mientras era atormentado en el infierno (Luc. XVI, 23); donde no hay anochecer, porque allí no hay falta de cosas. En el sexto día en el Génesis se forma al hombre a imagen de Dios (Gen. I, 27): en la sexta edad del mundo se manifiesta nuestra reforma en la novedad de la mente, según la imagen de aquel que nos creó, como dice el Apóstol (Colos. III, 10). Se hace una esposa del costado del hombre dormido (Gen. II, 22): se hace la Iglesia del sacramento de la sangre de Cristo que fluyó de su costado muerto (Juan XIX, 34). Eva es llamada vida y madre de los vivientes, que fue hecha del costado de su marido: y el Señor dice en el Evangelio, Si alguno no come mi carne y bebe mi sangre, no tendrá vida en él (Id. VI, 53). Y todo lo que se lee allí, tratado minuciosamente, preanuncia a Cristo y a la Iglesia, ya sea en los buenos cristianos o en los malos. Pues no en vano dijo el Apóstol, Adán que es figura del futuro (Rom. V, 15); y aquello, Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán dos en una sola carne. Este misterio, dice, es grande, pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Ephes. V, 31, 32). Pues ¿quién no reconoce que Cristo dejó al Padre de esa manera, quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Philipp. II, 6, 7): dejó también a la madre sinagoga de los judíos, adherida carnalmente al Antiguo Testamento, y se unió a su esposa la santa Iglesia, para que en la paz del Nuevo Testamento fueran dos en una sola carne? Porque siendo Dios con el Padre, por quien fuimos hechos, se hizo partícipe de nosotros por la carne, para que pudiéramos ser el cuerpo de esa cabeza.

CAPÍTULO IX.

Así como el sacrificio de Caín de los frutos de la tierra es rechazado, pero el sacrificio de Abel de las ovejas y su grasa es aceptado; así la fe del Nuevo Testamento alabando a Dios desde la inocencia de la gracia, se antepone a las obras terrenales del Antiguo Testamento: porque aunque antes los judíos hicieron bien aquellas cosas; sin embargo, son culpables de infidelidad, porque al venir Cristo no distinguieron ya el tiempo del Nuevo Testamento del tiempo del Antiguo Testamento. Pues Dios dijo a Caín: Si bien ofreces, pero no divides bien, has pecado. Si hubiera obedecido a Dios diciendo, Descansa; porque a ti será su conversión, y tú lo dominarás; habría convertido su pecado hacia sí mismo, atribuyéndoselo, y confesando

a Dios: y así, ayudado por la gracia del perdón, él mismo dominaría su pecado; no siendo dominado por él como siervo del pecado, mataría a su hermano inocente (Gen. IV, 3-8.). Así también los judíos, en quienes se llevaban a cabo estas figuras, si descansaran de su perturbación, y reconociendo el tiempo de salvación por la gracia en la remisión de los pecados, escucharan a Cristo diciendo, No necesitan médico los sanos, sino los enfermos: no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Matth. IX, 12, 13); y, Todo el que hace pecado, es siervo del pecado; y, Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 34, 36): habrían convertido su pecado hacia sí mismos en confesión, como está escrito en el Salmo, diciendo al médico, Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti (Psal. XL, 5); y a ese mismo pecado, mientras aún estuviera en su cuerpo mortal, por la esperanza de la gracia lo dominarían como libres. Pero ahora, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia (Rom. X, 3), envanecidos por las obras de la Ley, no humillados por sus pecados, no descansaron: y con el pecado reinando en su cuerpo mortal para obedecer a sus deseos (Id. VI, 12), tropezaron en la piedra de tropiezo (Id. IX, 32), y ardieron en odio contra aquel, cuyas obras viendo que eran aceptas a Dios, se dolieron, aquel que ciego de nacimiento ya veía, diciéndoles, Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a este oye (Juan IX, 31): como si les dijera, Sobre el sacrificio de Caín no mira, pero sobre el sacrificio de Abel mira. Así que Abel, el menor, es asesinado por su hermano mayor: Cristo, la cabeza del pueblo menor, es asesinado por el pueblo de los judíos, el mayor: aquel en el campo, este en el lugar del Calvario.

CAPÍTULO X.

Dios pregunta a Caín, no como ignorante para aprender de él, sino como juez al reo que va a castigar, dónde está su hermano. Él responde que no sabe, ni que es su guardián. Hasta ahora, ¿qué nos responden los judíos, cuando los interrogamos con la voz de Dios, es decir, con la voz de las santas Escrituras sobre Cristo, sino que no conocen al Cristo que decimos? Pues la ignorancia engañosa de Caín es la falsa negación de los judíos. Serían de algún modo guardianes de Cristo, si quisieran aceptar y guardar la fe cristiana. Porque quien guarda a Cristo en su corazón, no dice como Caín, ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Dios dice a Caín: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Así acusa en las Escrituras santas la voz divina a los judíos. Pues la sangre de Cristo tiene una gran voz en la tierra, cuando al ser recibida por todas las naciones se responde, Amén. Esta es la clara voz de la sangre, que la misma sangre expresa desde la boca de los fieles redimidos por esa misma sangre.

CAPÍTULO XI.

Dios dice a Caín: Y ahora maldito eres tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano; porque trabajarás la tierra, y no te dará más su fuerza: serás errante y vagabundo en la tierra (Gen. IV, 9-12). No dijo, Maldita la tierra; sino, Maldito eres tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano. Porque el pueblo judío infiel es maldito de la tierra, es decir, de la Iglesia, que abrió su boca en confesión de pecados para recibir la sangre de Cristo, que fue derramada para la remisión de los pecados, de la mano del perseguidor que no quiso estar bajo la gracia, sino bajo la Ley; para que fuera maldito de la Iglesia, es decir, para que la Iglesia lo entendiera y mostrara como maldito, diciendo el Apóstol, Porque todos los que son de las obras de la Ley, están bajo maldición de la Ley (Gál. III, 10). Luego, cuando dijo, Maldito eres tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano; no dijo, Porque trabajarás en ella; sino que dijo, Porque trabajarás la tierra, y no te dará más su fuerza. Por lo cual no es

necesario entender que Caín trabaja la misma tierra que abrió su boca para recibir la sangre de su hermano de su mano: sino que por eso se entiende maldito de esta tierra, porque trabaja la tierra, que no le dará más su fuerza; es decir, por eso la Iglesia reconoce y muestra al pueblo judío como maldito, porque habiendo matado a Cristo aún trabaja la circuncisión terrenal, el sábado terrenal, los ázimos terrenales, la pascua terrenal: toda esta operación terrenal tiene una fuerza oculta para entender la gracia de Cristo, que no se da a los judíos que persisten en la impiedad y la infidelidad, porque ha sido revelada en el Nuevo Testamento; y no pasando al Señor, no se les quita el velo, que permanece en la lectura del Antiguo Testamento, porque solo en Cristo se quita, no la misma lectura del Antiguo Testamento, que tiene una fuerza oculta, sino el velo que lo oculta (II Cor. III, 14-16). Por lo cual, cuando Cristo fue crucificado, el velo del templo se rasgó (Matth. XXVII, 51), para que por la pasión de Cristo se revelen los secretos de los sacramentos a los fieles, que pasan con la boca abierta en confesión para beber su sangre. Por eso el pueblo, como Caín, aún trabaja la tierra, aún ejerce la operación de la Ley carnalmente, que no le da su fuerza, porque en ella no entiende la gracia de Cristo. Por eso también en la misma tierra que Cristo llevó, es decir, en su carne, ellos trabajaron nuestra salvación crucificando a Cristo, quien murió por nuestras ofensas. Ni esa misma tierra les dio su fuerza, porque no fueron justificados por la fuerza de su resurrección, quien resucitó por nuestra justificación (Rom. IV, 25): porque aunque fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios, como dice el Apóstol (II Cor. XIII, 4). Esta es, por tanto, la fuerza de esa tierra, que no muestra a los impíos e incrédulos. Por lo cual, resucitando, no apareció a aquellos por quienes fue crucificado; como Caín trabajando la tierra, para que se sembrara ese grano, no mostrando esa misma tierra el fruto de su fuerza: Porque trabajarás, dice, la tierra, y no te dará más su fuerza.

CAPÍTULO XII.

Serás errante y vagabundo en la tierra. Ahora, ¿quién no ve, quién no reconoce en toda la tierra, dondequiera que esté disperso ese pueblo, cómo gime por el reino perdido, y tiembla de miedo bajo innumerables pueblos cristianos? Por eso respondió Caín y dijo: Mi causa es mayor, si me echas hoy de la faz de la tierra, y me escondo de tu rostro, y seré errante y vagabundo sobre la tierra; y sucederá que cualquiera que me encuentre, me matará. Verdaderamente gime y tiembla, no sea que, habiendo perdido también el reino terrenal, sea muerto por esta muerte visible. Esta dice que es una causa mayor, que aquella de que la tierra no le da su fuerza, para no morir espiritualmente. Porque piensa carnalmente, y estar escondido de la faz de Dios, es decir, tener a Dios enojado, no lo considera grave, a menos que no sea encontrado y muerto. Piensa carnalmente como quien trabaja la tierra, cuya fuerza no recibe. Pero pensar según la carne, es muerte (Rom. VIII, 6). Que él no entiende, y habiendo perdido el reino gime, y teme la muerte corporal. Pero ¿qué le responde Dios? No así, dice; sino que cualquiera que mate a Caín, pagará siete venganzas: es decir, no así como dices; no perecerá con muerte corporal el linaje impío de los judíos carnales. Porque cualquiera que los destruya así, pagará siete venganzas; es decir, quitará de ellos siete venganzas, a las que están atados por la culpa de haber matado a Cristo: para que en todo este tiempo que se da vuelta en el número septenario de días, porque no perece la nación judía, aparezca suficientemente a los fieles cristianos, qué sujeción merecieron, quienes con un reino soberbio mataron al Señor.

CAPÍTULO XIII.

Y puso el Señor Dios una señal a Caín, para que no lo matara cualquiera que lo encontrara (Gen. IV, 13-15). Esto es realmente muy admirable, cómo todas las naciones que fueron subyugadas por los romanos, adoptaron el rito de los sagrados romanos, y aceptaron y

celebraron esos sacrilegios; pero la nación judía, ya sea bajo reyes paganos o cristianos, no ha perdido la señal de su Ley, por la cual se distingue de las demás naciones y pueblos: y todo emperador o rey que los encuentra en su reino, los encuentra con esa misma señal, y no los mata; es decir, no hace que dejen de ser judíos, distinguidos de la comunión de las demás naciones por una cierta y propia señal de su observancia: a menos que alguno de ellos pase a Cristo, para que ya no se encuentre Caín, ni salga de la faz de Dios, ni habite en la tierra de Naid, que se dice interpretar como Conmoción. Contra este mal, se ruega a Dios en el Salmo, No entregues mis pies al movimiento (Psal. LXV, 9); y, Que no me muevan las manos de los pecadores (Psal. XXXV, 12); y, Mis enemigos se alegrarán si me muevo (Psal. XII, 5); y, El Señor está a mi derecha, para que no me mueva (Psal. XV, 8); y innumerables cosas semejantes: lo que sufren todos los que salen de la faz de Dios, es decir, de la misericordia de su amor. Por lo cual se dice en cierto salmo: Yo dije en mi abundancia, No seré movido para siempre. Pero mira lo que sigue: Señor, en tu voluntad diste a mi decoro fuerza; pero apartaste tu rostro, y fui turbado (Psal. XXIX, 7, 8). Por lo cual se entiende que toda alma es hermosa, decorosa y poderosa en virtud por la participación de la luz de Dios, no por sí misma. Lo que si estos maniqueos consideraran y entendieran, no caerían en tanta blasfemia, pensando que son la naturaleza y sustancia de Dios. Pero por eso no pueden, porque no descansan; pues no entienden el sábado del corazón: porque si descansaran, como se dijo a Caín, convertirían su pecado hacia sí mismos, es decir, se lo atribuirían, no a una nación de tinieblas; y así por la gracia de Dios dominarían ese mismo pecado. Ahora bien, ellos y todos los que con diversos errores contumaces, resistiendo a la verdad salen de la faz de Dios, como Caín, como los judíos perdidos, habitan en la tierra de conmoción, es decir, en la perturbación carnal, contra el gozo de Dios, esto es, contra Edén, que se interpreta como Banquete, donde está plantado el paraíso. Ahora brevemente tocaré algunas pocas cosas de muchas, para no impedir el propósito de esta obra y de mi respuesta con una excesiva longitud del discurso.

CAPÍTULO XIV.

CAPÍTULO XIV.

¿A quién no mueve a buscar y entender a Cristo en esos Libros, dejando de lado aquellas cosas que, aunque se contemplan con mayor dulzura cuanto más se desentrañan desde lugares ocultos, exigen una disertación prolongada porque necesitan de múltiples testimonios? Dejando de lado, pues, tales cosas, ¿a quién no mueven a una fe saludable el hecho de que Enoc, séptimo desde Adán, agradó a Dios y fue trasladado (Gén. V, 24), y se predica el séptimo descanso, al cual es trasladado todo aquel que, como en el sexto día de la sexta edad del mundo, es formado por la venida de Cristo? Que Noé con los suyos es liberado por el agua y la madera (Gén. VII, 23), así como la familia de Cristo es marcada por el Bautismo en la pasión de la cruz. Que el arca se construye con maderas cuadradas, así como la Iglesia se edifica con santos, siempre preparados para toda buena obra (II Tim. II, 21). Pues el cuadrado, por donde quiera que lo gires, permanece firme. Que es seis veces más larga que su anchura y diez veces más alta que su altura, a semejanza del cuerpo humano, muestra que en el cuerpo humano apareció Cristo. Que su anchura se extiende cincuenta codos, como dice el Apóstol: "Nuestro corazón se ha ensanchado" (II Cor. VI, 11). ¿De dónde, sino de la caridad espiritual? Por eso él mismo dice: "La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. V, 5). Pues al quincuagésimo día después de su resurrección, Cristo envió el Espíritu Santo, con el cual ensanchó los corazones de los creyentes (Hech. II, 1-4). Que tiene trescientos codos de largo, para que se completen seis veces cincuenta: así como en seis edades se extiende todo el tiempo de este mundo, en todas las cuales Cristo nunca dejó de ser predicado; en cinco fue anunciado por la

Profecía, en la sexta fue difundido por el Evangelio. Que su altura se eleva treinta codos, número que tiene diez veces en los trescientos codos de longitud: porque Cristo es nuestra altura, quien llevando la edad de treinta años, consagró la doctrina evangélica, testificando que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17). El corazón de la Ley se reconoce en los diez mandamientos: de ahí que la longitud del arca se complete diez veces treinta; de ahí que el mismo Noé se cuente como el décimo desde Adán (Gén. V, y Luc. III, 36-38). Que las maderas del arca se pegan con betún por dentro y por fuera (Gén. VI, 14, 15): para que en la unión de la unidad se signifique la tolerancia de la caridad, no sea que, al ser tentada la Iglesia por escándalos, ya sea por los que están dentro, ya sea por los que están fuera, se rompa la unión fraterna y se disuelva el vínculo de la paz. Pues el betún es un pegamento muy ardiente y violento, significando el ardor del amor, con gran fuerza de fortaleza para mantener la sociedad espiritual que todo lo soporta.

CAPÍTULO XV.

Que todas las especies de animales se encierran en el arca: así como todas las naciones, que también aquel lienzo mostrado a Pedro significa, la Iglesia contiene. Que hay animales puros e impuros allí (Hech. X, 11, 12): así como en los Sacramentos de la Iglesia se encuentran tanto buenos como malos. Que los puros son siete y los impuros dos (Gén. VII, 2): no porque haya menos malos que buenos; sino porque los buenos mantienen la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. La Sagrada Escritura divina recomienda el Espíritu Santo en su operación séptuple, de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y de temor de Dios (Is. XI, 2, 3). De ahí que el número de cincuenta días relacionado con la venida del Espíritu Santo, en siete veces siete, que son cuarenta y nueve, se complete añadiendo uno; por lo cual se ha dicho: "Procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz" (Efes. IV, 3). Los malos, en cambio, se muestran fáciles para el cisma en el número binario, y de algún modo divisibles. Que el mismo Noé se cuenta como el octavo: porque en Cristo apareció nuestra esperanza de resurrección, quien al octavo día, es decir, después del séptimo del sábado, primero, resucitó de entre los muertos; día que desde la pasión es el tercero, pero en el número de los días que se suceden en todo tiempo, es tanto el octavo como el primero.

CAPÍTULO XVI.

Que el arca se completa en un codo por arriba: así como la Iglesia, cuerpo de Cristo, reunida en unidad, se eleva y se perfecciona. Por eso dice en el Evangelio: "El que no recoge conmigo, desparrama" (Mat. XII, 30). Que se le hace una entrada por el costado: pues nadie entra en la Iglesia sino por el Sacramento de la remisión de los pecados; y esto manó del costado abierto de Cristo. Que los pisos inferiores del arca se construyen en dos y tres cámaras (Gén. VI, 16): así como de todas las naciones la Iglesia congrega una multitud bipartita, por la circuncisión y el prepucio; o tripartita, por los tres hijos de Noé, cuya descendencia llenó el mundo. Y por eso se dice que son los pisos inferiores del arca, porque en esta vida terrena hay diversidad de naciones, pero en lo alto todos somos consumados en uno. Y no hay tal variedad: porque Cristo es todo en todos, como quien nos consume en una unidad celestial en un codo por arriba.

CAPÍTULO XVII.

Que después de siete días desde que Noé entró en el arca, ocurrió el diluvio: porque en la esperanza del futuro descanso, que se significó en el séptimo día, somos bautizados. Que fuera del arca toda carne que la tierra sostenía fue consumida por el diluvio: porque fuera de la sociedad de la Iglesia, el agua del Bautismo, aunque sea la misma, no solo no vale para la

salvación, sino que más bien vale para la perdición. Que llovió cuarenta días y cuarenta noches (Gén. VII, 17-23); porque toda culpa de pecados, que se comete en los diez mandamientos de la Ley, por todo el orbe de la tierra, que se contiene en cuatro partes; pues diez veces cuatro son cuarenta; ya sea esa culpa, que se refiere a los días, contraída por la prosperidad de las cosas, o, que se refiere a las noches, por la adversidad de las cosas, se lava por el sacramento del Bautismo celestial.

CAPÍTULO XVIII.

Que Noé tenía quinientos años cuando el Señor le habló para que se hiciera un arca, y tenía seiscientos años cuando entró en ella (Gén. V, 31, VII, 6), de donde se entiende que el arca fue construida en cien años; ¿qué otra cosa parecen significar aquí cien años, sino las edades individuales del mundo? De ahí que esta sexta edad, que se significa desde los quinientos hasta los seiscientos completos, en la manifestación evangélica construye la Iglesia; y por eso quien se cuida para la vida, sea como una madera cuadrada, preparado para toda buena obra, y entre en la obra santa: porque también el segundo mes del año seiscientos, en el que Noé entra en el arca, significa la misma sexta edad. Pues dos meses se concluyen en el número sesenta; y del número seis se derivan sesenta, seiscientos, seis mil, sesenta mil, seiscientos mil, y seiscientas veces, y cualquier número que en adelante en mayores sumas se eleva a incrementos infinitos por el mismo artículo.

CAPÍTULO XIX.

Y que se menciona el vigésimo séptimo día del mes; pertenece a la significación de la misma cuadratura, que ya se expuso en las maderas cuadradas. Pero aquí más evidentemente, porque la Trinidad nos perfecciona preparados para toda buena obra, es decir, de algún modo cuadrangulados: en la memoria, con la que recordamos a Dios; en la inteligencia, con la que lo conocemos; en la voluntad, con la que lo amamos. Pues tres veces tres, y esto tres veces, hacen veintisiete, que es el cuadrado del número ternario. Que el arca se posó en el séptimo mes, es decir, descansó (Gén. VIII, 4, 14); la significación recurre a aquel séptimo descanso. Y porque los perfectos descansan, allí también se repite el número de esa cuadratura: pues el sacramento fue encomendado el vigésimo séptimo día del segundo mes; y nuevamente el vigésimo séptimo día del séptimo mes se confirmó la misma encomienda, cuando el arca descansó: porque lo que se promete en esperanza, se exhibe en realidad. Además, porque el mismo séptimo descanso se une con la octava resurrección: pues el descanso no termina con la restitución del cuerpo que recibe a los santos después de esta vida, sino que más bien toma al hombre entero, no ya en esperanza, sino ya en la misma realidad, renovado en toda parte, en espíritu y cuerpo, con la perfecta salvación de la inmortalidad, en el don de la vida eterna: porque, por tanto, el séptimo descanso se une con la octava resurrección; y esto en el Sacramento de nuestra regeneración, es decir, en el Bautismo, es un misterio profundo y elevado. Quince codos creció el agua superando la altura de los montes (Gén. VII, 20): es decir, este Sacramento trasciende toda sabiduría de los soberbios. Pues siete y ocho juntos, hacen quince. Y porque setenta se denominan de siete, y ochenta de ocho, sumando ambos números, el agua se elevó ciento cincuenta días, recomendándonos y confirmándonos la misma altura del Bautismo en la consagración del hombre nuevo para mantener la fe del descanso y la resurrección.

CAPÍTULO XX.

Que después de cuarenta días el cuervo enviado no regresó, ya sea interceptado por las aguas, o atraído por algún cadáver flotante; significa a los hombres más inmundos por la codicia, y

por eso demasiado atentos a las cosas externas en este mundo, ya sea que sean rebautizados, o seducidos y retenidos por aquellos a quienes el Bautismo fuera del arca, es decir, fuera de la Iglesia, mata. Que la paloma enviada, no encontrando descanso, regresó; muestra que por el Nuevo Testamento no se promete descanso a los santos en este mundo. Pues fue enviada después de cuarenta días; número que significa la vida que se lleva en este mundo.

Finalmente, enviada después de siete días, por aquella operación espiritual séptuple, trajo un ramo fructífero de olivo: con lo cual significaría que algunos incluso bautizados fuera de la Iglesia, si no les falta la unción de la caridad, en un tiempo posterior, como al atardecer, en la boca de la paloma, como en el beso de la paz, pueden ser llevados a la sociedad de la unidad. Que después de otros siete días enviada, no regresó (Gén. VIII, 6-12); significa el fin del mundo, cuando habrá descanso para los santos no ya en el sacramento de la esperanza, con el cual en este tiempo se asocia la Iglesia, mientras se bebe lo que manó del costado de Cristo; sino ya en la misma perfección de la salvación eterna, cuando se entregue el reino a Dios y al Padre (I Cor. XV, 24), para que en aquella contemplación clara de la verdad inmutable no necesitemos de ningún misterio corporal.

CAPÍTULO XXI.

Sería demasiado largo, incluso tan brevemente como he recorrido estas cosas, tocar todo: por qué en el año seiscientos uno de la vida de Noé, es decir, después de seiscientos años, se abre el techo del arca, y como si se revelara el sacramento que estaba oculto. Por qué el vigésimo séptimo día del segundo mes se dice que la tierra se secó (Gén. VIII, 13, 14), como si ya hubiera terminado la necesidad de bautizar en el número de días cincuenta y siete. Pues ese es el día vigésimo séptimo del segundo mes, que el número tiene de aquella conjunción de espíritu y cuerpo, siete veces ocho, con uno añadido por el vínculo de la unidad. Por qué salen del arca unidos, quienes habían entrado separados. Pues así se dijo, que entraron en el arca Noé y sus hijos, y su esposa y las esposas de sus hijos (Gén. VII, 7): por separado se mencionaron los hombres, por separado las mujeres. Pues en este tiempo de este sacramento, la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). Pero salen Noé y su esposa, y sus hijos y las esposas de sus hijos (Gén. VIII, 18), ahora mencionados juntos hombres y mujeres: porque al final del mundo y en la resurrección de los justos, el cuerpo se adherirá al espíritu con toda paz perfecta, sin que ninguna necesidad o concupiscencia de mortalidad se resista. Por qué los animales, aunque tanto puros como impuros estuvieron en el arca, sin embargo, después de salir del arca no se ofrecen a Dios en sacrificio sino los puros (Ibid., 20).

CAPÍTULO XXII.

¿Qué significa luego, cuando Dios habla a Noé y, como si fuera desde el principio, porque era necesario que se significara de muchas maneras lo mismo, recomendando la figura de la Iglesia, que su descendencia es bendecida para llenar la tierra, que se les da en alimento todos los animales: así como en aquel lienzo se le dice a Pedro, "Mata y come" (Hech. X, 13). Que se les ordena comer expulsando la sangre: para que la vida anterior no se retenga como sofocada en la conciencia, sino que tenga como una efusión por la confesión. Que Dios puso un pacto entre Él y los hombres y toda alma viviente, para no destruirla con un diluvio, el arco que aparece en las nubes (Gén. IX, 1-17), que nunca resplandece sino por el sol: pues no perecen en el diluvio separados de la Iglesia, quienes en los Profetas y en todas las Escrituras divinas, como en las nubes de Dios, reconocen la gloria de Cristo, no buscan la suya. Pero para que los adoradores de este sol no se enorgullecen más, sepan que así se significa a Cristo a veces por el sol, como por el león, por el cordero, por la piedra, por causa de alguna similitud, no por la propiedad de la sustancia.

CAPÍTULO XXIII.

Ahora bien, aquello, que de la viña que plantó, Noé se embriagó, se desnudó en su casa (Gén. IX, 20-23); ¿a quién no le parece que Cristo sufrió en su pueblo? Entonces se desnudó la mortalidad de su carne, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, pero para los llamados tanto judíos como gentiles, como Sem y Jafet, poder de Dios y sabiduría de Dios: porque lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 23-25). Por tanto, en los dos hijos, el mayor y el menor, se figuran dos pueblos, llevando una vestidura por detrás, es decir, el sacramento ya pasado y transcurrido de la pasión del Señor, no miran la desnudez del padre, porque no consienten en la muerte de Cristo; y sin embargo, lo honran con un velo, como sabiendo de dónde han nacido. Pero el hijo del medio, es decir, el pueblo de los judíos, por eso es el del medio, porque no tuvo el primado de los Apóstoles, ni fue el último en creer entre los gentiles, vio la desnudez del padre, porque consintió en la muerte de Cristo; y lo anunció afuera a los hermanos: pues por él se manifestó, y de algún modo se publicó lo que estaba en secreto en la Profecía; y por eso se convierte en siervo de sus hermanos. ¿Qué es hoy en día la misma nación, sino una especie de escriba de los cristianos, llevando la Ley y los Profetas como testimonio de la afirmación de la Iglesia, para que nosotros honremos por el sacramento, lo que ella anuncia por la letra?

CAPÍTULO XXIV.

¿A quién no excita, a quién no informa o confirma en la fe, que así se bendicen aquellos dos, que honraron la desnudez del padre, aunque de espaldas; como a quienes les desagradó el hecho de la viña maldita? "Bendito", dice, "el Señor Dios de Sem". Aunque es Dios de todas las naciones, de algún modo, sin embargo, se dice con un nombre propio y ya en las mismas naciones, Dios de Israel. ¿Y de dónde se hizo esto, sino de la bendición de Jafet? Pues en el pueblo de los gentiles la Iglesia ha ocupado todo el orbe de la tierra. Esto ciertamente, esto se preanunciaba, cuando se decía: "Dios engrandezca a Jafet, y habite en las tiendas de Sem" (Gén. IX, 26, 27). Vean, maniqueos, vean; he aquí que el orbe de la tierra está ante sus ojos: esto les asombra, esto les duele en nuestros pueblos, porque Dios engrandece a Jafet. Vean si no habita en las tiendas de Sem, es decir, en las Iglesias, que los hijos de los Profetas, los Apóstoles, construyeron. Escuchen lo que dice Pablo ya a los gentiles creyentes: "Que eran", dice, "en aquel tiempo sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, y peregrinos de los Testamentos, y sin esperanza de la promesa, y sin Dios en este mundo". Por estas palabras se muestra que aún no habitaba Jafet en las tiendas de Sem. Pero poco después, observen cómo concluye. "Por tanto, ya no son", dice, "peregrinos y extranjeros; sino que son conciudadanos de los santos, y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo el mismo Cristo Jesús la piedra angular" (Efes. II, 12, 19, 20). He aquí cómo se dilata Jafet, y habita en las tiendas de Sem. Y sin embargo, tienen, leen, predicán las Epístolas de los Apóstoles, que atestiguan todas estas cosas. ¿Dónde los ubicaría a ustedes, sino en esa maldita medianía a la que no es Cristo la piedra angular? Porque no los reconocemos en aquel muro, que de la circuncisión creyó en Cristo, de donde eran también los Apóstoles; ni en este que es del prepucio, de donde son todos de las demás naciones, concurriendo en la misma unidad de fe, como en la paz del ángulo. Pero también todos los que aceptan y leen cualquier libro de nuestro canon, donde se muestra a Cristo nacido y padecido mortalmente, y sin embargo no honran reverentemente esa mortalidad desnudada en la pasión con el sacramento de la unidad, sino que anuncian sin conocimiento de piedad y caridad aquello de lo que todos hemos nacido; aunque disientan entre sí, y los judíos de los herejes, y los mismos herejes unos de otros, sin embargo, en una misma condición de

servidumbre, ya sea para algún testimonio, ya sea para alguna prueba, son útiles a la Iglesia. Pues también de los herejes se ha dicho: "Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre ustedes" (I Cor. XI, 19). Vayan ahora, y objeten calumnias a las antiguas Escrituras sagradas; hagan esto, siervos de Cam; vayan, a quienes les ha parecido vil la carne desnudada de la que han nacido: pues no habría de dónde podrían llamarse de algún modo cristianos, si Cristo, como fue anunciado por los Profetas, no hubiera venido al mundo, no hubiera bebido de su viña aquel cáliz que no pudo pasar, no hubiera dormido en su pasión, como en la embriaguez de la necesidad, que es más sabia que los hombres; y así se desnudara la debilidad de la carne mortal por el oculto consejo de Dios, más fuerte que los hombres, que si el Verbo de Dios no lo hubiera asumido, el nombre cristiano, del cual ustedes también se glorían, no existiría en la tierra. Pero hagan esto, como dije; revelen con burla lo que nosotros honramos con reverencia: que la Iglesia los use como sometidos a ella, para que los aprobados se manifiesten en ella. Hasta tal punto no callaron aquellos profetas nada de lo que la Iglesia iba a tener o sufrir, que incluso los encontramos a ustedes allí en sus lugares, en una vanidad perniciosa para atrapar a los reprobos, pero útil para manifestar a los aprobados.

CAPÍTULO XXV.

Ustedes dicen que Cristo no fue predicho por los Profetas de Israel: sin embargo, todas esas páginas están vigilantes para anunciarlo, si prefirieran examinarlas con piedad en lugar de agitarlas con ligereza. ¿Quién más que Él salió de su tierra y de su parentela, como Abraham, para ser enriquecido entre los extranjeros (Gén. XII, 1-3), sino aquel que, dejando la tierra y la parentela de los judíos, de donde nació según la carne, prevalece y sobresale entre las naciones, como vemos? ¿Quién más que Él, como Isaac, llevaba la leña para su sacrificio (Gén. XXII, 6), sino aquel que llevaba su cruz para su pasión? ¿Quién más que Él, como el carnero que debía ser inmolado, estaba atrapado por los cuernos en el matorral, sino aquel que fue clavado en el madero de la cruz para ser ofrecido por nosotros?

CAPÍTULO XXVI.

¿Quién más que Él luchó con Jacob en forma de ángel, y al ser vencido por Jacob, lo bendijo en parte y en parte dejó coja la cadera de Jacob (Gén. XXXII, 24-31); sino aquel que permitió que el pueblo de Israel prevaleciera contra Él, bendiciendo a aquellos que creyeron? La cojera de la cadera de Jacob simboliza la multitud del pueblo carnal. ¿Quién más que Él, como la piedra puesta bajo la cabeza de Jacob, fue ungido, sino Cristo, la cabeza del hombre? ¿Quién no sabe que Cristo es llamado así por la unción? Él mismo, recordando esto en el Evangelio y testificando claramente que se refería a Él, cuando llamó a Natanael un verdadero israelita en quien no había engaño; y cuando Natanael, como si tuviera esa piedra bajo su cabeza, confesó que Él era el Hijo de Dios y el Rey de Israel, ungiendo de alguna manera la piedra con esa confesión, es decir, confesando que Él era Cristo; allí el Señor oportunamente recordó lo que Jacob vio, quien fue llamado Israel por la bendición: "En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre" (Juan I, 47-51). Esto fue lo que Israel vio cuando tenía esa piedra bajo su cabeza, una escalera que iba de la tierra al cielo, por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios (Gén. XXVIII, 11-18). En ellos se significan los evangelistas, predicadores de Cristo: subiendo, cuando trascienden toda la creación para entender su divinidad suprema, encontrándolo en el principio como Dios con Dios, por quien todo fue hecho (Juan XI, 1-3); bajando, para encontrarlo hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Gál. IV, 4, 5). En Él, la escalera va de la tierra al cielo, de la carne al espíritu; porque en Él, los carnales, al progresar, se vuelven espirituales, como si ascendieran: a

quienes, para nutrirlos con leche, incluso los espirituales descienden de alguna manera, ya que no pueden hablarles como a espirituales, sino como a carnales (I Cor. III, 1-3). Así se sube y se baja sobre el Hijo del Hombre. El Hijo del Hombre está arriba en nuestra cabeza, que es el mismo Salvador; y el Hijo del Hombre está abajo en su cuerpo, que es la Iglesia. También entendemos que Él es la escalera, porque Él dijo: "Yo soy el camino" (Juan XIV, 6). Por lo tanto, se asciende a Él para entenderlo en las alturas; y se desciende a Él para nutrir a los pequeños en sus miembros. Y por Él se asciende y se desciende: siguiendo su ejemplo, sus predicadores no solo se elevan para contemplarlo en lo alto, sino que también se humillan para anunciarlo con moderación. Vean al Apóstol ascendiendo: "Si nos hemos excedido en la mente, es para Dios". Vean también al Apóstol descendiendo: "Si somos moderados, es para vosotros". Que diga también por quién ha ascendido y descendido: "El amor de Cristo nos apremia; juzgando esto, que si uno murió por todos, entonces todos murieron: y murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (II Cor. V, 13-15).

CAPÍTULO XXVII.

¿A quién no deleitan estos santos espectáculos en las Escrituras sagradas? Quien no soporta la sana doctrina se convierte en fábulas (II Tim. IV, 3, 4). Y esas fábulas, en cualquier edad del cuerpo, atraen a las almas infantiles con una cierta variedad de deleite: pero nosotros, ya siendo el cuerpo de Cristo, reconozcamos nuestra voz en el Salmo, y digamos a Él: "Los injustos me contaron deleites; pero no como tu ley, Señor" (Sal. CXVIII, 85). Cristo me encuentra en todas partes de esos Libros, en todas partes de esas Escrituras, mientras las recorro y anhelo, en el sudor de esa condenación humana, ya sea abiertamente o en secreto, y me refresca: Él mismo, incluso en la dificultad de su descubrimiento, enciende mi deseo, para que lo que encuentre lo absorba ávidamente, y lo retenga saludablemente en mis entrañas.

CAPÍTULO XXVIII.

Él mismo se me insinúa en José, quien, perseguido y vendido por sus hermanos, es honrado en Egipto después de sus trabajos (Gén. XXXVII-XLVII). Hemos aprendido los trabajos de Cristo en el mundo de las naciones, que Egipto significaba, a través de las diversas pasiones de los mártires; y ahora vemos el honor de Cristo en el mismo mundo, sometiendo todo a sí mismo con la distribución de su grano. Él mismo se me insinúa en la vara de Moisés, que al convertirse en serpiente en la tierra, figuró su muerte venida de la serpiente: pero al ser tomada por la cola, vuelve a ser vara (Éxod. IV, 2-4), significando que después, al final de la acción, resucita a lo que era, donde por la restauración de la vida, consumida la muerte, nada de la serpiente aparece. Nosotros también, su cuerpo, nos revolvemos en la misma mortalidad a través de los resbaladizos tiempos: pero al final, como la cola del siglo, tomados por la mano, es decir, por el poder del juicio, para que no caigamos más, seremos restaurados, y al resucitar, con la última enemiga, la muerte destruida (I Cor. XV, 26), seremos la vara del reino en la diestra de Dios.

CAPÍTULO XXIX.

Ya sobre la salida de Israel de Egipto, no yo, sino el Apóstol habla: "No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo" (I Cor. X, 1-4). Al explicar uno, introdujo el entendimiento en los demás. Si la roca es Cristo por su firmeza, ¿por qué no también el maná

es Cristo, como el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 42)? del cual verdaderamente quienes se alimentan, viven espiritualmente. Porque aquellos, al recibir la figura antigua carnalmente, murieron. Pero cuando el Apóstol dice: "Comieron el mismo alimento espiritual", muestra que también eso se entiende espiritualmente en Cristo; así como explicó por qué llamó "espiritual" a la bebida, cuando añadió: "La roca era Cristo": al abrir esto, todo resplandeció. ¿Por qué, entonces, no también la nube es Cristo, y la columna, porque es recta y firme y sostiene nuestra debilidad: brillando en la noche, no brillando en el día; para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39)? La nube y el Mar Rojo; el Bautismo consagrado con la sangre de Cristo: los enemigos que siguen por detrás; los pecados pasados mueren.

CAPÍTULO XXX.

El pueblo es conducido por el desierto (Éxod. XVII, 1); todos los bautizados aún no disfrutando de la patria prometida, sino esperando con esperanza y paciencia lo que no ven (Rom. VIII, 25), están como en el desierto. Y allí las tentaciones son laboriosas y peligrosas, para que no regresen de corazón a Egipto. Sin embargo, Cristo no los abandona allí: pues esa columna no se aparta (Núm. XIV, 14). Y las aguas amargas se endulzan con la madera: porque los enemigos del pueblo, al ser honrados con el signo de la cruz de Cristo, se vuelven mansos. Y doce fuentes, setenta palmeras regando (Éxod. XV, 23-27), prefiguran la gracia apostólica, regando a los pueblos en un número séptuple multiplicado por diez, para que el decálogo de la Ley se cumpla a través del don septiforme del Espíritu. Y el enemigo que intenta bloquear el camino, es superado con las manos extendidas de Moisés en el signo de la cruz del Señor (Éxod. XVII). Y las mordeduras mortales de las serpientes son sanadas al mirar la serpiente de bronce elevada: lo cual es declarado por las palabras del mismo Señor, "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado; para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Núm. XXI, 9; Juan III, 14). ¿Acaso estas cosas no claman también? ¿Es tan grande la sordera en los corazones duros? Se celebra la Pascua con la inmolación del cordero: Cristo es inmolado, de quien se dice en el Evangelio, "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan I, 29). Se prohíbe a los que celebran la Pascua romper los huesos: no se rompen los huesos del Señor en la cruz. El Evangelista atestigua que de esto se dijo, "No quebraréis ni un hueso suyo" (Éxod. XII, 46; Juan XIX, 39). Los postes son ungidos con sangre, para que la destrucción sea apartada (Éxod. XII, 22, 23): son marcados con el signo de la pasión del Señor en las frentes del pueblo para la protección de la salvación. La Ley se da en el quincuagésimo día después de la Pascua (Éxod. XX): el Espíritu Santo viene en el quincuagésimo día después de la pasión del Señor (Hech. II, 1-4). Se dice allí que la Ley fue escrita con el dedo de Dios (Éxod. XXXI, 18): el Señor dice del Espíritu Santo, "Con el dedo de Dios expulsó los demonios" (Luc. XI, 20). Y Fausto clama con los ojos cerrados, que no ha encontrado nada en esas Escrituras que se refiera a la predicción de Cristo. ¿Qué maravilla, entonces, si tiene ojos para leer, pero no corazón para entender, quien, puesto ante la puerta cerrada del secreto divino, no golpea con la fe de la piedad, sino que insulta con la altivez de la impiedad? Que así sea, que así suceda: pues es justo. Que la puerta de la salvación se cierre a los soberbios: que venga el manso, a quien el Señor enseña sus caminos (Sal. XXIV, 9), y vea estas cosas en esos Libros, y otras, ya sea todas, o algunas, como para creer en todas.

CAPÍTULO XXXI.

Vea a Jesús introduciendo al pueblo en la tierra de la promesa (Josué III): pues no fue llamado así desde el principio sin razón, sino que fue llamado Jesús por el cambio de nombre

en la misma dispensación. Vea el racimo de la tierra de la promesa colgando en un madero (Núm. XIII, 24). Vea en Jericó, como en este mundo mortal, a la ramera, de quienes el Señor dice que precederán a los soberbios en el reino de los cielos (Mat. XXI, 31), lanzando el cordón escarlata por la ventana de su casa, como por la boca de su cuerpo (Josué II), que es ciertamente el signo de la sangre, confesando para la salvación por la remisión de los pecados. Vea los muros de esa ciudad, como las fortalezas del mundo mortal, caer después de que el Arca del Testamento fue llevada alrededor de ellos siete veces (Josué VI): así como ahora, a través de los tiempos, que pasan con la sucesión de siete días, el Testamento de Dios recorre todo el mundo; para que al final de los tiempos, la muerte, el último enemigo, sea destruida, y de la perdición de los impíos, una sola casa, como una sola Iglesia, sea liberada, purificada de la vileza de la fornicación, por la ventana de la confesión, en la sangre de la remisión.

CAPÍTULO XXXII.

Vea los tiempos, primero de los Jueces, luego de los Reyes; así como primero habrá juicio, luego reino: y en esos tiempos de los Jueces y Reyes, una y otra vez, de muchas y variadas maneras, Cristo y la Iglesia son figurados. ¿Quién era en Sansón matando al león que se le enfrentó, cuando iba a buscar esposa entre los extranjeros (Jueces XIV), sino aquel que, al llamar a la Iglesia de entre los gentiles, dijo: "Regocijaos, porque yo he vencido al mundo" (Juan XVI, 33)? ¿Qué significa el panal construido en la boca del león muerto (Jueces XIV, 8), sino que ahora vemos las mismas leyes del reino terrenal, que antes rugían contra Cristo, ahora, con la ferocidad eliminada, proporcionando incluso defensas para la dulzura del evangelio que se predica? ¿Qué es esa mujer llena de confianza, atravesando las sienes del enemigo con un madero (Jueces IV, 21), sino la fe de la Iglesia, destruyendo los reinos del diablo con la cruz de Cristo? ¿Qué significa el vellón empapado con el suelo seco, y luego el suelo empapado con el vellón seco (Jueces VI, 37-40), sino primero una sola nación de los hebreos, teniendo ocultamente en los santos el misterio de Dios, que es Cristo, mientras todo el mundo estaba vacío de él; pero ahora, en la manifestación, todo el mundo lo tiene, y aquella ha sido vaciada?

CAPÍTULO XXXIII.

¿Qué ya en los tiempos de los Reyes, para mencionar también algunas cosas de allí, no clama desde el mismo principio el cambio del sacerdocio a Samuel, con Heli rechazado (I Sam. II, 27-36), y el cambio del reino a David, con Saúl rechazado (I Sam. XVI, 1-14), anunciando un nuevo sacerdocio y un nuevo reino, con el antiguo rechazado, que era sombra de lo futuro, en nuestro Señor Jesucristo que vendría? ¿No figuró el mismo David, cuando comió los panes de la proposición, que no era lícito comer sino solo a los sacerdotes (I Sam. XXI, 6), en una sola persona, que ambos, es decir, en un solo Jesucristo, el reino y el sacerdocio estarían juntos? ¿No indica suficientemente cuando las diez tribus fueron separadas del templo, y dos quedaron (I Reyes XII, 16, 20), lo que el Apóstol dice de toda esa gente, "Las reliquias fueron salvadas por la elección de la gracia" (Rom. XI, 5)?

CAPÍTULO XXXIV.

Elías es alimentado durante el tiempo de hambre; los cuervos le traen pan por la mañana, y carne por la tarde (I Reyes XVII, 6): y los maniqueos no entienden a Cristo en esos Libros, a quien de alguna manera confiesan su salvación, teniendo ahora las primicias del espíritu en la fe, pero al final, o al atardecer del siglo, también la resurrección de la carne. Elías es enviado a ser alimentado por una viuda extranjera, que quería recoger dos leños antes de morir: aquí

no solo el nombre del leño, sino también el número de leños expresa el signo de la cruz. Su harina y aceite son bendecidos (I Reyes XVII, 9-16): el fruto y la alegría de la caridad, que cuando se gasta, no se agota; porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7).

CAPÍTULO XXXV.

Los niños que insultan a Eliseo y gritan, "¡Calvo, calvo!", son devorados por bestias (II Reyes II, 23, 24): la necedad infantil que se burla de Cristo crucificado en el lugar del Calvario, es invadida por demonios y perece. Eliseo envía su vara a través de su siervo sobre el muerto, y no revive; él mismo viene, se une y adapta a su muerte, y revive (II Reyes IV, 29-37): la Palabra de Dios envió la Ley a través de su siervo, y no benefició al género humano muerto en pecados; sin embargo, no fue enviada sin razón; pues Él la envió, quien sabía que debía ser enviada primero: Él mismo vino, se conformó a nosotros, participando de nuestra muerte, y fuimos vivificados. Cuando se cortaban leños con hachas, el hierro saltó del leño y se hundió en el profundo río, y al ser arrojado un leño por Eliseo, volvió (II Reyes VI, 4-7); así, cuando los impíos judíos, por la presencia corporal de Cristo, cortaban como árboles infructuosos, porque de Él dijo Juan, "He aquí, la hacha está puesta a la raíz de los árboles" (Mat. III, 10), por ellos, al intervenir la pasión, el cuerpo mismo fue abandonado, descendiendo a las profundidades del infierno, donde al ser colocado sobre la sepultura, como al mango, al regresar el espíritu, resucitó. Cuántas cosas paso por alto, constreñido por la necesidad de la brevedad, lo saben quienes leen.

CAPÍTULO XXXVI.

Ya la misma transmigración a Babilonia, donde también el Espíritu de Dios, a través del profeta Jeremías, ordena que vayan, y oren por aquellos en cuyo reino peregrinan, porque en la paz de ellos también estaría la paz de estos, y construyan casas, y planten viñas, y jardines (Jer. XXIX, 1-7), ¿quién no reconoce lo que prefiguró, quien considera que los verdaderos israelitas, en quienes no hay engaño (Juan I, 47), han emigrado a través de la dispensación apostólica con el sacramento evangélico al reino de los gentiles? De donde el Apóstol, como si replicara a Jeremías, nos dice: "Quiero, pues, que se hagan, ante todo, súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y sosegada, en toda piedad y honestidad: porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, quien quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad" (I Tim. II, 1-4). De esto, en efecto, al creer, se han construido las moradas de la paz, las basílicas de las congregaciones cristianas, y se han plantado las viñas del pueblo fiel, y se han plantado los jardines; donde también entre todas las hortalizas reina ese grano de mostaza, bajo cuyas sombras extendidas, incluso la altiva soberbia de las naciones, como en las aves del cielo, encuentra refugio y descanso (Mat. XIII, 31, 32). Porque también después de setenta años, según la profecía del mismo Jeremías, se regresa de la cautividad, y el templo es renovado (Jer. XXIX, 10, y Esdr. I); ¿quién fiel de Cristo no entiende que después de transcurridos los tiempos, que pasan con la repetición del número de siete días, también nosotros, es decir, la Iglesia de Dios, debemos regresar a esa Jerusalén celestial desde esta peregrinación terrenal? ¿Por quién, sino por Jesucristo, el verdadero sumo sacerdote, cuya figura llevaba aquel Jesús, el sumo sacerdote de ese tiempo, cuando el templo fue construido después de la cautividad? A quien el profeta Zacarías vio en vestiduras sucias, y al diablo vencido, que estaba para acusarlo, se le quitó la vestidura sucia, y se le dio un vestido de honor y gloria (Zac. III): así como el cuerpo de Jesucristo, que es la Iglesia, después de que el adversario sea vencido al final de los tiempos, es asumido de la tristeza de la peregrinación a la gloria de la salvación eterna. Lo cual también se canta claramente en el Salmo de la dedicación de la casa: "Has

convertido mi luto en gozo para mí, has rasgado mi saco, y me has ceñido de alegría; para que mi gloria te cante, y no me duela" (Sal. XXIX, 12, 13).

CAPÍTULO XXXVII.

¿Quién puede, a partir de la ocasión de otra obra, abarcar brevemente todo lo que en aquellos antiguos libros de la Ley y los Profetas anuncian figuradamente a Cristo? A menos que alguien piense que es por ingenio que lo que ocurrió en su tiempo se interprete como significaciones de Cristo. Esto tal vez puedan decirlo los judíos o los paganos; pero a aquellos que desean ser considerados cristianos, la autoridad apostólica les impone, diciendo: "Todo esto les sucedía en figura"; y, "Todas estas cosas fueron figuras para nosotros" (I Cor. X, 10, 6). Pues si Ismael e Isaac, nacidos como hombres, significan dos Testamentos (Gál. IV, 22, 24), ¿qué se debe creer de tantos hechos que no se realizaron por uso natural ni por necesidad de negocio? ¿No significan nada? Si alguno de nosotros, que ignoramos las letras hebreas, es decir, los mismos caracteres de las palabras, las viera escritas en una pared, en un lugar honrado, ¿quién sería tan necio como para pensar que la pared está pintada de esa manera? ¿No entendería más bien que está escrito, y aunque no pudiera leerlo, no dudaría de que esos caracteres significan algo? Así, primero todas aquellas cosas que están en el antiguo instrumento de las Sagradas Escrituras, quien las lea sin un ánimo perverso, debe ser movido a no dudar que significan algo.

CAPÍTULO XXXVIII.

Por ejemplo, si era necesario que se hiciera una ayuda para el hombre, ¿acaso alguna necesidad obligaba o alguna utilidad aconsejaba que se hiciera del costado de uno que duerme (Gén. II, 18, 21, 22)? Si para escapar del diluvio era necesario construir un arca, ¿qué necesidad había de hacer sus medidas, o de hacerlas precisamente así, o incluso de recordarlas en escritos para la religión de la posteridad? Si para la restauración de la especie era necesario incluir animales, ¿qué necesidad había de hacerlo precisamente en ese número, siete de los limpios, dos de los impuros? La necesidad ciertamente obligaba a hacer una entrada al arca; pero, ¿qué obligaba a hacerla en el costado, o incluso a recordarlo en las letras (Gén. VI, 14-VII, 3)? Abraham es ordenado a sacrificar a su hijo: fue ordenado para que su obediencia, probada incluso con tal examen, se hiciera conocida a la posteridad; sería más conveniente que el hijo llevara la leña, para que el padre, ya anciano, no la llevara; no se le permitió después herir al hijo, para no herirse con la más grave orfandad: ¿acaso, si se regresara sin derramar sangre, Abraham sería menos probado? O si ya era necesario completar el sacrificio, ¿acaso para algún aumento de la víctima era necesario que apareciera aquel carnero atrapado por los cuernos en el matorral (Gén. XXII)? Así, cuando se consideran todas las cosas, y se encuentran como superfluas entretejidas con las necesarias, advierten al alma humana, es decir, al alma racional, primero a significar algo, luego a buscar qué significan.

CAPÍTULO XXXIX.

Por lo tanto, incluso los mismos judíos, que se burlan de Cristo, cuya pasión reconocemos, no quieren que se vea que fue anunciado por tales figuras de cosas, no solo dichas, sino también hechas, se ven obligados por nosotros a aprender qué significan aquellas cosas: porque si no conceden que significan algo, no defienden los Libros de la autoridad divina de la ignominia de fábulas absurdas. Esto lo vio un tal Filón, un hombre liberalmente erudito, uno de aquellos cuyo elocuencia los griegos no dudan en igualar a la de Platón: e intentó interpretar algunas

cosas, no para entender a Cristo, en quien no creía; sino para que de ahí apareciera más cuánto importa si refieres todo a Cristo, para quien verdaderamente fueron dichas así, o si, aparte de él, persigues cualquier conjetura con cualquier agudeza mental; y cuánto vale lo que dice el Apóstol, "Cuando te conviertas al Señor, se quitará el velo" (II Cor. III, 16). Pues para recordar algo de este mismo Filón, queriendo entender el arca del diluvio según la razón del cuerpo humano, trataba todo como por miembros. A quien, consultando también las reglas de los números con gran sutileza, todo le ocurría de manera congruente, lo cual no impedía entender a Cristo, ya que en el cuerpo humano también apareció el Salvador del género humano; sin embargo, no lo obligaban, porque el cuerpo humano es ciertamente también de los demás hombres. Pero cuando llegó a la puerta, que se hizo en el costado del arca, toda conjetura del ingenio humano falló. Sin embargo, para decir algo, se atrevió a creer, a decir y a escribir que por esa puerta se significaban las partes inferiores del cuerpo, por donde se excretan la orina y el excremento. No es de extrañar que, al no encontrar la puerta, errara así. Pero si hubiera pasado a Cristo, con el velo quitado, habría encontrado los Sacramentos de la Iglesia manando del costado de aquel hombre (Juan XIX, 34). Pues porque está predicho, "Serán dos en una sola carne" (Gén. II, 24); por eso, en el arca, algunas cosas se refieren a Cristo, otras a la Iglesia, lo cual todo es Cristo. Así también en las demás interpretaciones de las figuras a través de todo el texto de la divina Escritura se puede considerar y comparar los sentidos de aquellos que entienden a Cristo allí, y de aquellos que, aparte de Cristo, intentan torcerlas hacia cualquier otra cosa.

CAPÍTULO XL.

Ni los paganos nos contradicen en esto; pues no se atreven a contradecir, para que no interpretemos figuradamente aquellas cosas no solo dichas, sino también hechas, para entender a Cristo: especialmente porque lo que entendemos que fue anunciado, también demostramos que se ha cumplido; mientras que intentan referir sus fábulas, para recomendarlas de alguna manera, a no sé qué fisiologías o teologías, es decir, razones naturales o divinas: indicando claramente en parte qué tipo de cosas son; y en parte disimulando, mientras se ríen de ellas en los teatros, las veneran en los templos, siendo demasiado libres en la torpeza, demasiado siervos en la superstición.

CAPÍTULO XLI.

Pero a nosotros, quienquiera que diga que no por eso fueron hechas o escritas, para que Cristo sea entendido en ellas; excepto por esa gran consonancia de las cosas prefiguradas y ahora cumplidas, será golpeado por otras profecías abiertas y manifiestas: como es aquello, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones". Esto se dijo a Abraham, esto a Isaac, esto a Jacob (Gén. XXII, 18, y XXVI, 4, y XXVIII, 14). Por lo cual no sin razón dice, "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob" (Éxodo III, 6): completando ciertamente en la bendición de todas las naciones, lo que prometió de su simiente. Y no sin razón el mismo Abraham, cuando su siervo le juró, le ordenó poner la mano bajo su muslo (Gén. XXIV, 2, 9), sabiendo que de allí vendría la carne de Cristo, en quien no anunciamos que todas las naciones serían bendecidas, sino que lo que entonces fue anunciado, ahora lo vemos.

CAPÍTULO XLII.

Quisiera saber, o mejor dicho, preferiría no saber, con qué ceguera de mente leyó Fausto, donde Jacob llamó a sus hijos y dijo: "Reuníos para que os anuncie lo que os sucederá en los últimos días: reuníos y escuchad, hijos de Jacob; escuchad, Israel, vuestro padre". Aquí

ciertamente nadie duda que se ha aclarado la persona del profeta. Escuchemos, pues, lo que dice a su hijo Judá, de cuya tribu vino Cristo del linaje de David según la carne, como lo testifica la doctrina apostólica (Rom. I, 3). Judá, dice, "te alabarán tus hermanos; tu mano estará sobre el cuello de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león es Judá, de la germinación subiste, hijo mío, recostado, dormiste como león, y como cachorro de león, ¿quién lo despertará? No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que vengan las cosas reservadas para él; y él será la esperanza de las naciones, atando a la vid su pollino, y al sarmiento el hijo de su asna: lavará en vino su vestidura, y en la sangre de la uva su manto: sus ojos brillarán por el vino, y sus dientes serán más blancos que la leche" (Gén. XLIX, 1, 2, 8-12). Que estas cosas sean falsas, que sean oscuras, si no han brillado con la luz más evidente en Cristo; si no lo alaban sus hermanos los Apóstoles, y todos sus coherederos, no buscando su propia gloria, sino la de él: si no están sus manos sobre el cuello de sus enemigos; si no se deprimen y se inclinan a la tierra, creciendo los pueblos cristianos, quienes aún le adversan: si no lo adoraron los hijos de Jacob en los restos, que por elección de gracia fueron salvados (Rom. XI, 5): si no es él el cachorro de león, porque al nacer se hizo pequeño; por eso se añadió, "De la germinación, hijo mío". Pues se dio la razón de por qué cachorro, en cuya alabanza está escrito en otro lugar, "Cachorro de león más fuerte que las bestias" (Prov. XXX, 30); esto es, incluso pequeño más fuerte que los mayores: si no subió en la cruz recostado, cuando con la cabeza inclinada entregó el espíritu: si no durmió como león, porque incluso en esa muerte no fue vencido, sino que venció; y como cachorro de león, pues murió de donde también nació: si no lo resucitó de entre los muertos aquel a quien ningún hombre ha visto, ni puede ver (I Tim. VI, 16). Pues en lo que se dijo, "¿Quién lo despertará?", se expresó suficientemente la significación de uno desconocido. Si faltó príncipe de Judá, y jefe de sus lomos, hasta que vinieran en el tiempo oportuno, las cosas prometidas como reservadas. Pues hay letras de historia certísima de los mismos judíos, en las que se muestra que primero fue rey un extranjero, Herodes, en la nación de los judíos, en cuyo tiempo nació Cristo (Mat. II, 3, 7). Así que no faltó rey del linaje de Judá, hasta que vinieron las cosas reservadas para él. Pero porque no solo a los judíos fieles les benefició lo que fue prometido, mira lo que sigue: "Y él será la esperanza de las naciones". Él ató a la vid su pollino, es decir, a su pueblo, predicando y clamando en cilicio, "Haced penitencia; porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. III, 2). Conocemos al pueblo de los gentiles sometido a él comparado con el hijo de la asna, en el cual también se sentó llevándolo a Jerusalén (Mat. XXI, 2-10), es decir, a la visión de la paz, enseñando a los mansos sus caminos. Si no lavó en vino su vestidura: pues es la gloriosa Iglesia, que se presenta a sí misma, no teniendo mancha ni arruga (Efes. V, 27): a la cual también se dice por Isaías, "Si vuestros pecados fueran como la grana, como la nieve los emblanqueceré" (Is. I, 18). ¿De dónde, sino de los pecados perdonados? ¿En qué vino, sino en aquel del que se dice, que "será derramado por muchos para remisión de los pecados" (Mat. XXVI, 28)? Pues él es el racimo que colgó en el madero (Num. XIII, 24). Por eso, mira lo que añade aquí, "Y en la sangre de la uva su manto". Ahora bien, que sus ojos brillen por el vino, aquellos en su cuerpo lo reconocen, a quienes se les ha dado contemplar la luz eterna de la sabiduría con una cierta santa embriaguez de mente alienada de las cosas temporales que fluyen hacia abajo. De donde recordamos algo poco antes, diciendo Pablo, "Porque si estamos fuera de nosotros, es para Dios". Estos son los ojos brillantes por el vino. Pero sin embargo, porque sigue, "O si somos sobrios, es para vosotros" (II Cor. V, 13); tampoco se dejan a los pequeños aún alimentados con leche (Heb. V, 12), porque aquí sigue, "Y sus dientes más blancos que la leche".

CAPÍTULO XLIII.

¿Qué responden a esto, insensatos? Ciertamente estas cosas son manifiestas; ciertamente expulsan no solo todas las calumnias de contradicción, sino también las nubes de duda. Buscad primero tales cosas en aquellos Libros, creed primero en tales cosas, que ahora no puedo recordar todas, porque es demasiado; ni muchas, porque es largo; ni pocas quisiera, para que no se consideren solas por aquellos que no las leen, y para que el lector fiel y diligente no me reprenda, cuando encuentre muchas más evidentes, por haber puesto estas en particular que me pudieron ocurrir en el presente: encontraréis muchas que de ninguna manera necesitan siquiera tal advertencia, como la que ahora he usado en las palabras de Jacob. Pues ¿quién buscaría un expositor mientras lee, "Como oveja fue llevado al matadero"; y todo lo que allí se dice de manera múltiple y evidente, "Porque por su llaga fuimos sanados", "Porque él llevó nuestros pecados" (Is. LIII, 7, 5)? ¿Quién no pensaría que se canta casi como un Evangelio, "Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos; ellos mismos me miraron y me observaron: se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes"? ¿Quién, si no es extremadamente ciego, no ve ya cumplido, "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones" (Sal. XXI, 17, 18, 19, 28)? ¿Qué de aquello en el Evangelio, "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mat. XXVI, 38); y, "Ahora mi alma está turbada" (Juan XII, 27)? ¿No sonó primero en el Salmo, "Dormí turbado"? ¿Y de dónde se hizo que durmiera? de cuyas voces se clamó, "¡Crucificalo, crucificalo!" (Luc. XXIII, 21, 22); ¿no lo predice también en el Salmo, "Hijos de los hombres, sus dientes son armas, y flechas, y su lengua espada afilada"? Pero ¿qué hicieron, qué dañaron al que resucitaría, y ascendería sobre los cielos, y poseería toda la tierra con la gloria de su nombre? Mira si el Salmo lo calló antes: pues sigue, "Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria" (Sal. LVI, 5, 6). ¿Quién alguna vez dudó que se dijo de Cristo, "El Señor me dijo, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; pídemme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra" (Sal. II, 7, 8)? ¿Quién fue permitido entender a otro, donde Jeremías dice, evidentemente de la Sabiduría, "La entregó a Jacob su siervo, y a Israel su elegido: después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres" (Baruc. III, 37, 38)?

CAPÍTULO XLIV.

¿Quién no reconoce al mismo Salvador en Daniel, cuando al anciano de días se le ofrece el hijo del hombre, y recibe un reino sin fin, para que le sirvan todas las naciones (Dan. VII, 13, 14)? Ahora bien, si aquel lugar que el Señor recordó de la profecía del mismo Daniel, "Cuando veáis la abominación de la desolación que fue dicha por Daniel, de pie en el lugar santo; el que lea, entienda" (Dan. IX, 27; Mat. XXIV, 15), si también se calcula el número de las semanas, se encuentra no solo a Cristo, sino también el tiempo en que debía venir a sufrir. Aunque, incluso sin el cálculo de los tiempos, solemos urgir a los judíos con los efectos manifiestos de las cosas, con quienes no discutimos si en Cristo está nuestra salvación, sino si ya ha venido y ha sufrido. Sin embargo, son convencidos por cosas mismas clarísimas, no solo por la fe de todas las naciones, que la misma Escritura, a la que se ven obligados a ceder, predijo que le servirían, la cual resplandece así en todo el mundo, que hiere los ojos de todos los tergiversadores; sino también por aquellas cosas que ya se han hecho en la misma gente de los judíos, que el santuario fue destruido, que cesó la ofrenda, y el sacerdote, y la unción antigua: todas estas cosas Daniel predijo que sucederían cuando ungió al Santo de los santos (Dan. IX, 24-27). Como todas aquellas cosas ya se han hecho, se les exige también al Santo de los santos ungió, y no encuentran qué responder. ¿Cómo no discutirían con nosotros no sobre Cristo, sino solo sobre su venida, si no supieran bien que fue profetizado en sus Libros? ¿Por qué preguntan a Juan si él es el Cristo (Juan I, 19)? ¿Por qué dicen al mismo Señor,

"¿Hasta cuándo nos quitarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente" (Juan X, 24)? ¿Por qué Pedro, Andrés y Felipe dicen a Natanael, "Hemos encontrado al Mesías, que se interpreta Cristo" (Juan I, 41), si no porque este nombre era conocido y esperado en esa gente a través de esas Letras? Pues ninguna otra nación tuvo y llamó a sus reyes y sacerdotes cristos, cuya unción significativa no debía cesar, sino cuando viniera aquel que en ellos se preanunciaba (I Sam. X, 1, 2, y Éxodo XXIX). Así conocían los judíos a sus cristos, pero esperaban uno, por quien finalmente serían liberados: pero cegados por la justicia oculta de Dios, mientras solo pensaban en su poder, no entendieron la debilidad en la que murió por nosotros. De ahí conocemos aquellas palabras en el libro de la Sabiduría predichas sobre ellos: "Condenémoslo a muerte vergonzosa; pues habrá consideración en sus palabras: si verdaderamente es Hijo de Dios, lo recibirá, y lo librá de las manos de los contrarios. Esto pensaron y erraron; pues los cegó su malicia" (Sab. II, 18-21). Lo cual también puede decirse muy verdaderamente de estos, que en tanta multitud de testimonios, en tanta disposición de cosas preanunciadas, en tanta manifestación de las cumplidas, aún dicen que en aquellas Escrituras no se profetizó a Cristo. Pero si lo dicen una y otra vez, nosotros una y otra vez podemos presentar pruebas, con la ayuda de aquel que proporcionó tanta abundancia contra las calumnias del error humano, para que no repitamos lo que ya hemos mencionado.

CAPÍTULO XLV.

Ya me cansa refutar otra tergiversación de Fausto, quien, al verse reflejado por la clarísima luz de la profecía, creyó haber encontrado una respuesta muy astuta. Me molesta responderle, no sea que se piense que dijo algo digno de respuesta. ¿Quién, por más demente que sea, diría que es débil en la fe no creer en Cristo sin testigos? Me gustaría que me respondieran a quién creyeron ellos sobre Cristo: ¿acaso escucharon aquella voz del cielo, "Este es mi Hijo" (Mat. III, 17, XVII, 5)? Fausto nos manda creer en esa voz, quien no quiere que creamos en los testigos humanos sobre Cristo, como si el conocimiento de esa misma voz nos hubiera llegado sin un testigo humano, cuando es evidente que llegó de tal manera que el Apóstol dice: "¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin que alguien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!" (Rom. X, 14, 15). Ciertamente ven cómo el testimonio profético acompaña la predicación de la doctrina apostólica. Para que no se despreciaran ni se consideraran fabulosas las cosas que los Apóstoles anunciaban, se demostraba que estas habían sido predichas por los Profetas: porque aunque los milagros daban testimonio, no faltaban (como aún ahora algunos murmuran) quienes atribuyeran todo eso a la potencia mágica, a menos que tal pensamiento fuera vencido por el testimonio profético. Nadie diría que con artes mágicas se constituyeron Profetas mucho antes de nacer, por quienes serían anunciados. Pero, evidentemente, Fausto nos prohíbe creer en los Profetas hebreos como testigos del verdadero Cristo, quien creyó en los errores de los persas sobre un falso Cristo.

CAPÍTULO XLVI.

La disciplina católica enseña que la mente cristiana debe ser nutrida primero con una fe simple, para hacerla capaz de entender las cosas superiores y eternas. Así también dice el profeta: "Si no creéis, no entenderéis" (Is. VII, 9). Y esa misma es la fe simple, por la cual creemos antes de conocer la ciencia sobreeminente de la caridad de Cristo, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios (Efes. III, 19), no sin razón la dispensación de su humildad, por la cual nació y padeció humanamente, fue predicha mucho antes por los Profetas, a través de la nación profética, el pueblo profético, el reino profético; porque en esa necesidad que es

más sabia que los hombres, y en esa debilidad que es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25) se oculta algo grande para nuestra justificación y glorificación. Y allí están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento escondidos (Col. II, 3), que no se abren a nadie si desprecia el alimento de leche, es decir, los pechos apostólicos y proféticos, y, rechazando el alimento infantil como si fuera de gran edad, se precipita primero en los venenos de los herejes antes que en el alimento de la sabiduría, para el cual se considera temerariamente apto. Por lo tanto, lo que decimos sobre la necesidad de una fe simple no es contrario a lo que decimos sobre creer en los Profetas: más bien, se refiere a que se crea en los Profetas antes de que, con la mente purificada y fortalecida, se pueda entender quién hablaba a través de los Profetas.

CAPÍTULO XLVII.

Pero si profetizaron a Cristo, no vivieron digna ni congruentemente con su profecía. ¿Cómo saben esto? ¿Acaso pueden juzgar qué es vivir bien o mal, aquellos cuya justicia es más bien socorrer a un melón que no siente, para que lo coman, que a un mendigo hambriento, para darle algo de comer? A los pequeños católicos, antes de que sepan cuál es la justicia perfecta del alma humana, y cuánta es la diferencia entre aquella a la que se suspira y esta con la que se vive aquí, les basta pensar de esos hombres lo que la sana doctrina apostólica recomienda, que "el justo vivirá por la fe" (Rom. I, 17). Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Previendo la Escritura que Dios justificaría a las naciones por la fe, anunció de antemano a Abraham, diciendo: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gál. III, 6, 8). Son palabras del Apóstol. A cuya voz tan clara y tan conocida por todos, si despertaran de sus engañosos sueños, seguirían las huellas de nuestro padre Abraham, y serían bendecidos en su simiente con todas las naciones. Porque él recibió, como dice el Apóstol, "la señal de la circuncisión, sello de la justicia de la fe que tenía en la incircuncisión, para que fuera padre de todos los creyentes por la incircuncisión; para que también a ellos les sea contado por justicia: para que sea padre de la circuncisión, no solo de los que son de la circuncisión, sino también de los que siguen las huellas de la fe de nuestro padre Abraham en la incircuncisión" (Rom. IV, 11, 12). Por lo tanto, la justicia de la fe de quien se nos propone como ejemplo a imitar, para que también nosotros, justificados por la fe, tengamos paz con Dios, debemos entender cómo vivió, no reprocharlo: no sea que caigamos por aborto del útero de la madre Iglesia, antes de nacer formados y perfectos por un concepto estable.

CAPÍTULO XLVIII.

Esto le he respondido brevemente a Fausto sobre las costumbres de los Patriarcas y Profetas desde la voz de nuestros pequeños: entre los cuales me cuento a mí mismo, siempre que no reprenda la vida de los santos antiguos, incluso si no entiendo cuán místicamente vivieron, cuya vida los Apóstoles laudablemente predicaron en su Evangelio, así como ellos predijeron a los futuros Apóstoles en su profecía, para que los dos Testamentos clamen entre sí, como los dos Serafines, "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos" (Is. VI, 3). Pero cuando Fausto comience a criticar a los Patriarcas y Profetas, no con una reprensión general e indefinida, como hizo aquí, sino recordando sus hechos particulares, el Señor Dios de ellos, que también es nuestro, me ayudará para que responda a cada cosa de manera adecuada y conveniente. Ahora bien, Fausto el Maniqueo vitupera a esos hombres, pero el apóstol Pablo los alaba: que cada uno elija a quién creer.

LIBRO DECIMOTERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Cómo veneráis a Cristo, repudiando a los Profetas, de cuyas predicciones se toma que habría de venir? Que algunos Profetas hebreos hayan anunciado a nuestro Cristo, es decir, al Hijo de Dios, no sé si alguien pueda probarlo, cuando se comience a examinar el asunto. Sin embargo, incluso si esto fuera así, ¿qué nos importa? Esta reprehensión queda para aquellos que, convertidos del judaísmo al cristianismo bajo los testimonios, como dices, de los Profetas, después los descuidaron, siendo ingratos a sus beneficios. Pero nosotros, por naturaleza gentiles, es decir, lo que Pablo llama incircuncisión (Efes. II, 11), nacidos bajo otra ley y con otros predecesores a quienes la gentilidad llama vates, y de estos después nos convertimos al cristianismo: no hechos judíos antes, para que con razón siguiéramos la fe de los Profetas hebreos yendo al cristianismo, sino solo excitados por la fama y la opinión de las virtudes y la sabiduría de nuestro Libertador Jesucristo. Por lo tanto, si alguien, aún permaneciendo en la religión paterna, viniera a predicarme a Cristo queriendo insinuarlo a partir de los Profetas, yo lo consideraría demente de inmediato, quien a mí, gentil y hombre de una religión completamente diferente, intentara probar cosas dudosas con otras más dudosas. ¿Qué necesidad había, entonces, sino que primero me persuadiera de que debía creer en los Profetas, y luego en Cristo a través de los Profetas? Lo cual, para que se hiciera, también era necesario otros Profetas que dieran fe por estos. Por lo tanto, si tú piensas que Cristo debe ser aceptado a través de los Profetas, ¿a través de quién aceptarás a los Profetas? ¿Dirás acaso, a través de Cristo, para que mutuamente, es decir, para que uno recomiende al otro, Cristo a los Profetas, y los Profetas a Cristo? Pero un pagano, libre de la condición de ambos, no creería ni a los Profetas que hablan de Cristo, ni a Cristo sobre los Profetas. Así, todo lo debe únicamente a su fe, cualquiera que se convierta del paganismo al cristianismo. Y para que lo que decimos sea más claro con un ejemplo, pongamos a alguien ahora catequizado por nosotros, gentil, a quien sentados le digamos: Cree en Cristo, porque es Dios. Y él, preguntando, diga: ¿De dónde me prueban esto? Y nosotros, respondiendo, digamos: De los Profetas. Nuevamente, él preguntando: ¿Qué Profetas? nosotros respondamos: Hebreos. Y él, sonriendo, diga: Pero a estos no les creo en absoluto. Nosotros, entonces, respondamos: ¿Qué, que Cristo los confirma? Y él, riendo aún más, diga: ¿Qué, que tampoco le creo a él? ¿Qué se hará, habiendo pasado así las cosas? ¿No quedaremos perplejos, y él, riéndose de nosotros como imprudentes, volverá a lo suyo? Así, como dije, los testimonios de los hebreos no aportan nada a la Iglesia cristiana, que más bien consta de gentiles que de judíos. Ciertamente, si hay algunos, como se dice, presagios de la Sibila sobre Cristo, o de Hermes, a quien llaman Trismegisto, o de Orfeo, y de otros vates en la gentilidad, estos nos podrán ayudar algo a la fe, quienes de gentiles nos hacemos cristianos: pero los testimonios de los hebreos, aunque sean verdaderos, antes de la fe son inútiles para nosotros, y después de la fe, superfluos; porque antes no podíamos creerles, y ahora creemos de más.

CAPÍTULO II.

AUGUSTÍN respondió: Que nos sirva aquí la respuesta anterior, tan prolija, para la brevedad de esta respuesta. Pues creo que quien la haya leído, se ríe de este que delira tales cosas, y aún dice que los hebreos no profetizaron a Cristo, el Hijo de Dios: en cuyo único pueblo el mismo nombre que se dice Cristo, tanto en el rey como en el sacerdote, fue sacratísimo (Éx. XXIX; I Sam. X, 1, y Éx. XIX); ni fue quitado de allí antes de que viniera aquel que en ellos se figuraba (Dan. IX, 24). Que ellos mismos respondan de dónde aprendieron el nombre de Cristo. Si de un maniqueo, pregunto a ese maniqueo cómo creyeron, para no mencionar a otros, hombres africanos a un hombre persa: cuando Fausto reprende a los romanos, y a los griegos, o a otras naciones, si creyeron en los Profetas hebreos como extranjeros sobre Cristo; y dice que les son más apropiadas las profecías de la Sibila y de Orfeo, o si acaso hay otras de los vates gentiles, para que se crea en Cristo: y no atiende a que en ninguna iglesia se recitan

esas, mientras que los Profetas hebreos brillan en todas las naciones, y llevan a tantos fieles a la salvación cristiana. Decir que la profecía hebrea no es apta para los gentiles, para que crean en Cristo, cuando ve que todas las naciones creen en Cristo a través de la profecía hebrea, es una insania ridícula.

CAPÍTULO III.

Os desagrada tal Cristo, como fue anunciado por los hebreos: y sin embargo, todos los pueblos de las naciones, entre los cuales creéis que la profecía hebrea no tiene peso de autoridad, creen en tal Cristo, como fue anunciado por los hebreos; recibiendo, por supuesto, el Evangelio, "que Dios había prometido antes", como recuerda el Apóstol, "por sus Profetas en las Escrituras santas acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne" (Rom. I, 2, 3). De donde el profeta Isaías dijo: "Habrà una raíz de Jesé, que se levantará para gobernar a las naciones: en él esperaràn las naciones" (Is. XI, 10); y, "He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel" (Is. VII, 14), que se interpreta, Dios con nosotros (Mat. 1, 23): y no piensen estos que solo se anunció al hombre Cristo por los Profetas hebreos; pues esto parece haber tocado Fausto, cuando dice Cristo nuestro Hijo de Dios; como si los hebreos no dijeran a su Cristo Hijo de Dios. He aquí que mostramos a Dios Cristo, hijo de la virgen, de la profecía hebrea. Pues ciertamente también los judíos carnales, para que no pensarán que Cristo era solo lo que por nosotros se hizo hombre de la simiente de David, el mismo Señor los advierte de la profecía del mismo David, preguntándoles qué les parecía de Cristo, de quién decían que era hijo. Y cuando respondieron, David; para que no pensarán solo eso, como dije, y no miraran a Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros, "¿Y cómo", dice, "David mismo en espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?" (Mat. XXII, 42-44). He aquí, digo, mostramos de la profecía hebrea a Cristo Dios: mostrad vosotros alguna profecía vuestra, de donde aprendisteis el nombre de Cristo.

CAPÍTULO IV.

Pues vuestro maniqueo no fue profeta del Cristo venidero: se dice apóstol suyo, con la más impúdica falacia; pues consta que esta herejía surgió no solo después de Tertuliano, sino también después de Cipriano. Sin embargo, todas sus epístolas comienzan así: Maniqueo apóstol de Jesucristo. ¿Por qué le creísteis a este sobre Cristo? ¿Qué testigo de su apostolado os presentó? Y el mismo nombre de Cristo, que no conocemos sino en el reino de los judíos en sacerdotes y reyes instituido, para que no solo aquel o aquel hombre, sino toda la misma nación y todo el reino fueran profetas de Cristo y del reino cristiano, ¿por qué lo invadió, por qué lo usurpó, quien os prohíbe creer en los Profetas hebreos, para que os haga discípulos de un falso Cristo, falsos y engañosos, un falso y engañoso apóstol? Finalmente, para que no se le dijera, Mientes, os habrá presentado algunos profetas, según su afirmación, anunciando a Cristo: ¿qué haréis con aquel, como Fausto propuso bajo ejemplo para catequizar, que no quiera creer ni a ellos ni a él? ¿O llamará a los Apóstoles nuestros como testigos suyos? No, creo, producirá hombres, sino que abrirá Libros: que no encontrará abiertos para él, sino contra él. Pues allí leemos y enseñamos a Cristo nacido de María virgen, allí al Hijo de Dios hecho de la simiente de David según la carne (Mat. I, 22-25; Luc. II, 7, y Rom. I, 3). Si dice que esos libros no están falsificados, él mismo atacará la fe de sus testigos: si, en cambio, presenta otros, que dice ser de nuestros Apóstoles, ¿cómo les dará él mismo autoridad, que no recibió a través de las Iglesias de Cristo establecidas por los mismos Apóstoles, para que de allí pasara a los sucesores con una recomendación firmada? ¿Cómo aquel, a quien no creo,

me presenta Escrituras para que crea en él; y él mismo intenta darles autoridad, cuando yo no le creo a él?

CAPÍTULO V.

Pero si creísteis en Cristo por la fama; pues Fausto, acorralado por grandes angustias, lo tocó de paso, para que no se le obligara a presentar esos libros, cuya autoridad es nula, o se le atara a aquellos cuya autoridad le es contraria: entonces, si creísteis en Cristo por la fama, ved si la fama es un testigo idóneo, considerad cuidadosamente a dónde os precipitaréis. Pues la fama difunde muchas cosas malas sobre vosotros, a las que no queréis que se les crea. ¿Qué razón hay, entonces, para querer que esta sea veraz sobre Cristo, cuando queréis que sea mendaz sobre vosotros? ¿Qué, que incluso contradecís la fama de Cristo? Pues ciertamente la más clara, la más preponderante, ocupa los oídos, las mentes y las lenguas de todas las naciones, que a Cristo, diseminado de la simiente de David según las Escrituras hebreas, cumple lo que allí está escrito, prometido a Abraham, Isaac y Jacob, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gen. 22, 18, XXVI, 4, y XXVIII, 14). ¿Qué respondéis, entonces, a quién creísteis sobre Cristo, a quienes no os agradan los testigos extranjeros? La autoridad de nuestros Libros, fortalecida por el consenso de tantas naciones, por las sucesiones de los Apóstoles, obispos y concilios, os es adversa: la vuestra no tiene ninguna, porque es presentada por tan pocos, y por aquellos que adoran a un Dios y Cristo mentiroso. De donde, contra su doctrina mentirosa, se hace, a menos que ellos mismos sean considerados mentirosos, como imitadores de su Dios y Cristo. Pero la misma fama, incluso consultada, os difama como los peores, y no cesa de predicar a Cristo de la simiente de David contra vosotros. No escuchasteis la voz del Padre desde el cielo (Mat. III, 17, y XVII, 5), no visteis las obras de Cristo con las que testificaba de sí mismo: los códices en los que estas cosas están escritas, para que engañéis con apariencia cristiana, los aceptáis; pero para que no se lean contra vosotros, decís que no están falsificados. Presentáis de allí a Cristo diciendo: "Si no me creéis, creed a las obras" (Juan X, 38); y, "Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí" (Juan VIII, 18): y no queréis que se presente contra vosotros de allí, "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis tener vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí"; y, "Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él"; y, "Tienen allí a Moisés y a los Profetas, óiganlos" (Juan V, 39, 46); y, "Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos" (Luc. XVI, 29, 31). ¿De dónde venís aquí? ¿De dónde confiáis? Rechazáis las Escrituras tan firmemente establecidas y recomendadas, no hacéis milagros: que si los hicierais, también en vosotros los evitaríamos, advirtiéndonos el Señor y diciendo: "Se levantarán muchos falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, para engañar, si fuera posible, aun a los escogidos: he aquí os lo he dicho antes" (Mat. XXIV, 24, 25). Hasta tal punto no quiso que se creyera nada contra la autoridad confirmada de las Escrituras, que prueba su fe con los mismos hechos, que a través de las sucesiones de los tiempos muestra que estas cosas se cumplen y realizan, que tanto antes de que sucedieran, predijo.

Resta que digáis que presentáis una razón tan cierta e invicta, que, al ser la verdad declarada por sí misma, no requiera ninguna autoridad de testigos, ni la verdad de un milagro. ¿Qué decís? ¿Qué presentáis? ¿Qué razón, qué verdad? Es un cuento largo y vano, un juego pueril y un entretenimiento femenino, y un delirio de ancianas, que contiene un inicio truncado, un medio podrido y un final ruinoso. Pues cuando se os ha dicho desde su inicio, al Dios inmortal, invisible, incorruptible, ¿qué habría hecho el pueblo de las tinieblas si no hubiera querido luchar con él? Y desde su medio, ¿cómo es incorruptible e incontaminable Dios,

cuyas partes trituráis comiendo y digiriendo frutas y verduras para purificarlas? Y desde su final, ¿qué hizo el alma miserable para ser castigada con un vínculo perpetuo en el globo de las tinieblas, que no pudo ser purificada por su propio defecto, sino por el ajeno, al fallar su Dios, quien la envió a ser contaminada? Mientras dudáis y no encontráis qué responder, se escupen tantos y tan grandes y tan preciosos códigos vuestros; y se lamentan mucho los trabajos de los copistas, y las bolsas de los pobres, y el pan de los engañados. Si, por tanto, ni la antigüedad de la autoridad de las Escrituras, ni el poder de los milagros, ni la salud de las costumbres, ni la verdad de la razón os sostiene; idos confundidos, y volved confesando que Cristo es el Salvador de todos los que creen en él: cuyo nombre y cuya Iglesia presentan los tiempos presentes tal como los anunciaron los pasados; no procedente de cualquier cueva oculta, sino de un pueblo y un reino propagado e instituido para que allí se prefiguraran todas las cosas sobre él, que ahora se reconocen expresadas en los hechos, y allí se escribieran las profecías que ahora se presentan predicadas por los Apóstoles.

CAPÍTULO VII.

Por tanto, estableced para vosotros a algún gentil para catequizar, en el que Fausto se rió de que fallamos: donde no debía reírse, sino lamentarse de su propio fallo. Pues si dijéramos a un gentil, cree en Cristo, porque es Dios; y respondiera, ¿Por qué he de creer? y al presentar la autoridad de los Profetas, dijera que no les cree, porque son hebreos y él es pagano; mostramos la fe de los Profetas por las cosas que predijeron que vendrían y que se ven cumplidas. Creo que no le pasaría desapercibido cuántas persecuciones sufrió antes la religión cristiana por parte de los reyes de este siglo: o si le pasara desapercibido, por la misma historia de las naciones y las leyes imperiales consignadas en escritos y memorias, se le probaría fácilmente: lo cual, al conocerlo como predicho mucho antes por el profeta diciendo, ¿Por qué se amotan las naciones y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo: lo cual no se dijo de David mismo, como fácilmente se ve en ese mismo salmo. Pues allí también se dice aquello que confunde a los hombres por más pertinaces que sean con la misma manifestación de los hechos, El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; pídemme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión tuya (Sal. II, 1, 2, 7, 8): lo cual no se concedió al pueblo de los judíos en el que reinó David; pero nadie duda que se ha cumplido en el nombre de Cristo, que ocupa a todas las naciones de lejos y de cerca. Creo que se conmoviera al escuchar esto y muchas otras cosas de los profetas, que ahora sería largo de seguir. Vería también a los mismos reyes de la tierra ya sometidos saludablemente al imperio de Cristo, y a todas las naciones sirviéndole: y se le leería del Salmo predicho mucho antes, Todos los reyes de la tierra le adorarán, todas las naciones le servirán (Sal. LXXI, 11): y si quisiera leer todo ese salmo, que figuradamente se dice como en Salomón, encontraría a Cristo como el verdadero rey pacífico; pues eso es lo que significa el nombre de Salomón: en el cual reconocería cumplidas todas las cosas que allí se dicen, muy alejadas de aquel hombre Salomón, rey de Israel. También aquel salmo, donde se dice que Dios es ungido por Dios, y ciertamente Cristo se declara por esa unción; y el mismo Cristo se muestra abiertamente como Dios, cuando se insinúa que Dios es ungido (Sal. XLIV, 8): si quisiera considerar lo que allí se dice de Cristo, lo que se dice de la misma Iglesia, que allí se leería como predicho, pero que en el orbe de la tierra se vería cumplido; también vería cómo las mismas imágenes de las naciones perecen del orbe de la tierra por el nombre de Cristo, y aprendería que eso mismo fue predicho por los Profetas: escucharía a Jeremías diciendo, Así les diréis: Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan de la tierra y de debajo del cielo (Jer. X, 11). Asimismo, cuando escuchara al mismo profeta diciendo, Señor, mi fortaleza, y mi refugio en el día de la aflicción: a ti vendrán las naciones

desde los confines de la tierra, y dirán, ¡Cuán falsas son las imágenes que poseyeron nuestros padres, y no hay en ellas utilidad! ¿Hará el hombre dioses, y ellos no son dioses? Por eso, he aquí que les mostraré en aquel tiempo; les mostraré mi mano y mi poder, y sabrán que yo soy el Señor (Id. XVI, 19-21). Al escuchar estas cosas de la Escritura profética, y verlas en toda la tierra, ¿cómo no se conmovería hacia la fe, cuando también probamos esto con los mismos hechos, al conocer cómo se fortalecen los corazones de los fieles por la profecía escrita antes de los tiempos y cumplida en estos tiempos?

CAPÍTULO VIII.

Ahora bien, para que no pensara que Cristo fue un hombre, como lo fueron algunos grandes hombres, el mismo profeta le quitaría esa idea de la mente. Pues allí sigue y dice: Maldito el hombre que confía en el hombre, y hace de la carne su brazo, y su corazón se aparta del Señor: y será como el tamarisco en el desierto; no verá cuando venga el bien, y habitará entre los inicuos en tierra desierta, en tierra salada que no será habitada: y, Bendito el hombre que confía en el Señor, y el Señor será su esperanza: será como un árbol fructífero junto al agua, y echará sus raíces en la humedad; no temerá cuando venga el calor, y sus ramas serán frondosas; en el año de sequía no temerá, y no dejará de dar fruto. Aquí ciertamente, al decir que es maldito quien pone su esperanza en el hombre, y explicar esa maldición con similitudes proféticas; y bendito quien confía en el Señor, y tejer esa bendición con similitudes igualmente apropiadas; tal vez se turbaría aquel, al preguntarse cómo le anunciamos a Cristo como Dios para que en él se ponga la esperanza con toda seguridad, y al mismo tiempo decimos que es hombre, no por su propia naturaleza, sino por nuestra mortalidad asumida. Pues algunos, al creer que Cristo es Dios, y negar que es hombre, erraron: y otros, al pensar que es hombre, y negar que es Dios, o lo despreciaron, o al poner su esperanza en el hombre, cayeron en esa maldición. Aquí, por tanto, si aquel gentil se turbaba, diría que ese profeta habló contra nuestra fe: porque nosotros, según la doctrina apostólica, no solo decimos que Cristo es Dios, para que en él se ponga la esperanza con toda seguridad, sino también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo (I Tim. II, 5); pero ese profeta solo dijo que es Dios, y no hizo mención alguna de la naturaleza humana: allí mismo escucharía la voz del mismo profeta que le amonesta y corrige, El corazón es engañoso sobre todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? (Jerem. XVII, 5-9). Por eso, ciertamente, hombre, para que los de corazón pesado sean sanados por la fe en la forma de siervo, y reconozcan a él como Dios, quien por ellos se hizo hombre, para que su esperanza no esté en el hombre, sino en el hombre Dios. Y sin embargo, el corazón es engañoso sobre todas las cosas: pues también en sus discípulos hubo ese corazón engañoso, cuando les decía, ¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me habéis conocido? ¿Qué significa, Tanto tiempo he estado con vosotros, sino lo que aquí se dice, Y es hombre? ¿Y qué significa aquello, Y no me habéis conocido? sino lo que aquí se dice, ¿Y quién lo conocerá? ¿A quién, sino a aquel que dice, El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Id. XIV, 9)? Para que nuestra esperanza no esté en el hombre, por aquella maldición emitida por el profeta: sino que esté en el hombre Dios, es decir, en el Hijo de Dios Salvador Jesucristo, Mediador entre Dios y los hombres; y en quien el Padre es mayor por la forma de siervo, y quien es igual al Padre por la forma de Dios.

CAPÍTULO IX.

Dice también Isaías: Se humillará y caerá la soberbia de los hombres, y solo el Señor será exaltado en aquel día: y todas las obras hechas por manos se esconderán en las cuevas y en las grietas de las rocas y en las cavernas de la tierra, ante el temor del Señor y la majestad de su poder, cuando se levante para quebrantar la tierra. En aquel día el hombre arrojará sus

ídolos de oro y plata, que hicieron para adorar cosas superfluas y nocivas (Isai. II, 17-20). Y tal vez aquel gentil, a quien catequizamos, de quien Fausto dijo con risa que diría, No creo en los Profetas Hebreos, esconde algunos ídolos hechos por manos en una cueva, o en una grieta de la roca, o en una caverna de la tierra, o sabe que algún amigo suyo lo ha hecho, o sabe que se ha hecho en su ciudad, o en su finca, ante el temor del Señor, quien a través de los reyes de la tierra, según esa misma profecía, ya le sirven y le adoran, quebranta la tierra con leyes severísimas, es decir, quiebra la audacia del corazón terrenal. ¿Cómo, pues, dirá, No creo en los Profetas Hebreos, cuando tal vez reconozca en sí mismo que se ha cumplido lo que hace tiempo fue predicho por los Profetas Hebreos?

CAPÍTULO X.

Más bien, se temía que, rodeado de tanta evidencia de los hechos, tal vez dijera que, después de que estas cosas comenzaron a suceder en el mundo, los cristianos compusieron estas Escrituras, para que se pensara que fueron predichas divinamente antes, y no se despreciaran como hechas temerariamente por los hombres. Esto se temía, si no fuera porque el pueblo de los judíos está ampliamente disperso y conocido: aquel Caín que recibió una señal para que no lo matara nadie (Gen. IV, 15), y aquel Cam, siervo de sus hermanos (Id. IX, 25), llevando los Libros en los que ellos son instruidos, él mismo es cargado. Pues a través de sus códices probamos que estas cosas no fueron escritas por nosotros como advertidos por los eventos, sino que fueron predichas y guardadas hace tiempo en aquel reino, y ahora manifestadas y cumplidas: en las cuales también aquellas que allí son menos claras, porque les sucedían en figura; pero fueron escritas para nosotros, en quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11), ya ahora se resuelven iluminadas; y las que aún estaban oscurecidas por las sombras de las cosas futuras, ya se manifiestan con la luz de las cosas hechas.

CAPÍTULO XI.

Tal vez también se diría movido por esto, que los mismos en cuyos Libros se encuentran estas cosas predichas, que ahora se ven cumplidas, no comparten con nosotros la misma sociedad del Evangelio. Pero cuando se le enseñara que esto también fue predicho por los mismos Profetas, ¿cuánto se movería hacia la fe; quién es tan demente que no lo vea? ¿quién tan impudente que finja no verlo? Pues ¿quién duda que esto fue profetizado sobre los judíos, cuando Isaías dice, Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; pero Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió (Isai. I, 3); o aquello que el Apóstol menciona, Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y contradictor (Rom. X, 21; Isai. LXV, 2); y especialmente aquello, Dios les dio espíritu de estupor, ojos para no ver, y oídos para no oír y no entender (Rom. XI, 8; Isai. VI, 10); y muchas cosas de este tipo? Y si dijera, ¿Qué, pues, pecaron los judíos, si Dios los cegó para que no reconocieran a Cristo? cuanto pudiéramos, mostraríamos al hombre rudo que de otros pecados ocultos conocidos por Dios, viene el justo castigo de esta ceguera: que no solo el Apóstol dijo esto de algunos, Por esto Dios los entregó a la concupiscencia de sus corazones, o a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene (Rom. I, 24, 28), queriendo mostrar que algunos pecados manifiestos vienen como castigo de ciertos ocultos; sino que tampoco los mismos Profetas callaron esto. Pues para no ir más lejos, el mismo Jeremías en ese mismo lugar, donde dice, Y es hombre, y ¿quién lo conocerá? para que no parecieran excusados los judíos, porque no lo conocieron, Pues si lo hubieran conocido, como dice el Apóstol, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8); sigue, y muestra que era mérito oculto de ellos no conocerlo. Pues dice: Yo, el Señor, que escudriño el corazón, y pruebo los riñones, para dar a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus obras.

CAPÍTULO XII.

Por otra parte, si aquel gentil se moviera por esto, ¿por qué incluso los que se llaman cristianos se dividen en muchas herejías y varias? tampoco esto fue pasado por alto por los Profetas Hebreos. Pues como si fuera consecuente, que al mostrar a los judíos en su ceguera, esto le viniera a la mente, que también muchos bajo el nombre cristiano se desviarían de la misma sociedad cristiana, el mismo Jeremías, como insinuando el orden de catequizar, inmediatamente añadió: Clamó la perdiz, reunió lo que no parió, haciendo sus riquezas no con juicio. Pues la perdiz es un animal muy contencioso, es conocido cuánta avidez tiene por la misma contienda que corre hacia la trampa. Pues no aman los herejes discutir, sino de cualquier manera superar con la más impúdica obstinación, para reunir, como aquí se dice, lo que no parieron. Pues a los cristianos, que principalmente seducen con el nombre de Cristo, ya los encuentran nacidos por el mismo Evangelio de Cristo, y los hacen sus riquezas: ciertamente no con juicio, sino con temeridad inconsiderada. Pues no entienden que allí está la verdadera, saludable, y de alguna manera genuina y radical sociedad cristiana, de donde separaron a aquellos que reunieron para sus riquezas. Y porque de tales dice el Apóstol, Pues como Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también estos resisten a la verdad; hombres de mente corrupta, reprobados en cuanto a la fe: pero no progresarán más, pues su demencia será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos (II Tim. III, 8, 9): sigue también este Profeta, y dice de la perdiz, que reunió lo que no parió, En la mitad de sus días lo dejarán, y al final será insensato: es decir, quien primero seducía como por la promesa y ostentación de una sabiduría excelente, será insensato, es decir, aparecerá insensato. Pues a aquellos a quienes primero era sabio, entonces será insensato, cuando aparezca, porque su demencia será conocida por todos.

CAPÍTULO XIII.

Y como si aquel a quien catequizamos preguntara y dijera, ¿Con qué signo manifiesto, siendo aún pequeño, y no pudiendo discernir claramente la verdad de tantos errores; con qué indicio manifiesto mantendré la Iglesia de Cristo, en quien ya me veo compelido a creer por tanta manifestación de cosas predichas antes? sigue el mismo profeta, y como recogiendo ordenadamente el movimiento de su ánimo, le enseña que la Iglesia de Cristo es la misma predicha, que sobresale y aparece a todos. Pues ella es el trono de gloria, del cual dice el Apóstol: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Cor. III, 17). De donde este dice: Pero el trono de gloria está exaltado, nuestra santificación (Jerem. XVII, 10-12). Pues por estos movimientos de los pequeños, que pueden ser seducidos por los hombres, el Señor también previendo la manifestación de la claridad de la Iglesia, dijo, No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14): porque ciertamente el trono de gloria está exaltado, nuestra santificación, para que no sean escuchados aquellos que conducen a las divisiones de religiones, diciendo, He aquí está Cristo, he aquí allí. Pues muestran partes, diciendo, He aquí aquí, he aquí allí. Cuando esa ciudad está sobre un monte; ¿qué monte, sino aquel que según la profecía de Daniel creció de una pequeña piedra, y se hizo un gran monte, de modo que llenó toda la tierra (Dan. II, 34, 35)? Ni sean escuchados aquellos, que bajo el nombre de una verdad secreta y apócrifa y de la escasez de hombres dicen, He aquí en los aposentos, he aquí en el desierto (Mat. XXIV, 23, 26): porque no puede esconderse una ciudad situada sobre un monte, porque el trono de gloria está exaltado, nuestra santificación.

CAPÍTULO XIV.

Cuando, por tanto, aquel gentil viera estos y otros testimonios similares de los Profetas sobre la persecución de los reyes y pueblos, sobre la fe de los reyes y pueblos, sobre la abolición de

los ídolos, sobre la ceguera de los judíos, sobre la prueba de los códices guardados por ellos mismos, sobre la demencia de los herejes, sobre la excelencia de la santa Iglesia de los verdaderos y genuinos cristianos, predichos antes y ahora cumplidos; ¿qué encontraría más digno de fe, que elegir creer a esos Profetas sobre la divinidad de Cristo? Pues si antes de que estas cosas sucedieran, presentara al gentil los Profetas Hebreos, para que creyera que esas cosas sucederían, que aún no veía hechas, tal vez con razón diría: ¿Qué tengo que ver con estos Profetas, a quienes no se me muestra de dónde probar que son veraces? Pero cuando tantas y tan grandes cosas que predijeron, ya han sido llevadas a efecto y manifestación; claramente él, si no quisiera ser perverso, no despreciaría de ninguna manera estas cosas, que tanto antes, y con tanto aparato, merecieron ser previstas y anunciadas, ni a aquellos por quienes pudieron ser previstas y anunciadas. Pues no creemos más prudentemente a nadie, ni sobre las cosas pasadas que se hicieron hace tiempo, ni sobre las futuras que aún no se han hecho, que a aquellos que nos han probado la fe de sus palabras con tantas y tan grandes cosas, que ya han sido hechas, predichas por ellos.

CAPÍTULO XV.

Sibila, o las Sibilas, y Orfeo, y no sé qué Hermes, y si hay otros profetas o teólogos, o sabios, o filósofos de los Gentiles que se dice que predijeron o dijeron la verdad sobre el Hijo de Dios, o sobre Dios Padre, ciertamente sirven para refutar la vanidad de los paganos, pero no para abrazar su autoridad; ya que mostramos que adoramos a ese Dios del que ni siquiera ellos pudieron callar, quienes en parte se atrevieron a enseñar a sus pueblos a adorar ídolos y demonios, y en parte no se atrevieron a prohibirlo. Pero esos santos autores nuestros propagaron y gobernaron, con el mandato y la ayuda de Dios, un pueblo, una república, un reino tal, donde lo que para ellos era religión, para nosotros era sacrilegio. Así que si alguno allí caía en el culto de imágenes y demonios, o era castigado por las leyes de su propia república, o era reprimido por las voces proféticas de un trueno libre. Porque un solo Dios era adorado por ellos, quien hizo el cielo y la tierra, ciertamente con un rito profético, es decir, significativo de lo que vendría; rito que sería abolido cuando llegaran aquellas cosas que por él se significaban que habrían de venir: ya que el mismo reino fue un gran profeta, donde el rey y el sacerdote eran ungidos con significado místico (Deut. XVIII, 15; Sal. II, 6; Sal. CIX, 4; I Reg. X, 1, y Éxodo XXIX); lo cual no fue quitado antes, incluso sin que los mismos judíos lo supieran, y por tanto, sin su consentimiento, sino cuando vino aquel ungido con gracia espiritual, Dios sobre sus compañeros, aquel santo de los santos (Dan. IX, 24, y Sal. XLIV, 8), el mismo verdadero rey aconsejándonos, y el mismo verdadero sacerdote ofreciéndose por nosotros. Por lo tanto, cuánta es la diferencia entre la predicación de los ángeles sobre la venida de Cristo y la confesión de los demonios, tanta es la diferencia entre la autoridad de los profetas y la curiosidad de los sacrílegos.

CAPÍTULO XVI.

Con estas y otras cosas semejantes, que ahora tocamos brevemente, entonces quizás por la necesidad de disipar el error vetusto, discutidas con algo más de amplitud y afirmadas con la fuerza de una prueba más abundante, aquel gentil que Fausto nos propuso para catequizar, si antepusiera su salvación a sus pecados, ciertamente se movería a la fe: con la cual, imbuido y colocado para ser nutrido en el seno de la Iglesia católica, sería consecuentemente advertido sobre qué costumbres debería mantener. Y no se perturbaría por la multitud de aquellos en los que no encontraría lo que se le ordenaría observar: aunque con él se congregaran corporalmente en la Iglesia, y recibieran los mismos sacramentos. Sabría que con pocos compartiría la herencia de Dios, pero con muchos participaría de sus signos: con pocos

compartiría la santidad de vida, y el don de la caridad difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5), a cuya fuente interior ningún extraño se acerca; pero con muchos compartiría la santidad del sacramento, que quien lo come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí (I Cor. XI, 29), pero quien desprecia comerlo, no tendrá vida en sí (Juan VI, 54), y por eso no llegará a la vida eterna. Y esos pocos, en comparación con la multitud de los malos, se dicen pocos; pero considerados por sí mismos, son un gran número, difundidos por todo el mundo, creciendo entre la cizaña, y con la paja hasta el día de la cosecha y la ventilación (Mat. XIII, 25, 26, y III, 12). Esto se dijo en el Evangelio, esto fue predicho por los profetas. Pues antes fue predicho, Como un lirio entre espinas, así mi amada entre las hijas (Cant. II, 2). Antes fue predicho, Habité en las tiendas de Cedar; con los que odian la paz, era pacífico (Sal. CXIX, 5, 7). Antes fue predicho, Marca en la frente a los que gimen y se lamentan por las iniquidades de mi pueblo, que se cometen en medio de ellos (Ezeq. IX, 1). Así que este gentil, a quien con tal discurso fortaleceríamos, ya hecho ciudadano de los santos y doméstico de Dios, y ya no extraño a Israel (Efes. II, 19, 12), sino verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47), aprendería también a decir estas palabras con un corazón sencillo, que el mismo Jeremías conecta a continuación: Paciencia de Israel, Señor; todos los que te abandonan, sean aterrados. Pues cuando había hablado de la perdiz, que clama y reúne lo que no ha engendrado, recomendó la excelencia de la ciudad puesta sobre un monte que no puede esconderse, para que los herejes no separen al hombre de la Iglesia católica, diciendo, Pero el trono de gloria está exaltado, nuestra santificación. Luego, como si viniera a la mente, ¿Qué hacemos entonces con tantos malos, que están tanto más mezclados en todas partes cuanto más excelente es la gloria de Cristo en la unidad de todas las naciones? añadió inmediatamente, Paciencia de Israel, Señor. Pues debe soportarse pacientemente lo que dice, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega (Mat. XIII, 30): no sea que por la impaciencia de tolerar a los malos, se abandonen los buenos, que propiamente son el cuerpo de Cristo; y por eso, cuando ellos son abandonados, él es abandonado. Por lo cual añadió y dijo, Todos los que te abandonan, sean aterrados: sean confundidos los que se apartaron a la tierra. Pues la tierra es el hombre que presume de sí mismo, y que induce a otros a que de él se presuma: y por eso sigue, Serán derribados, porque abandonaron la fuente de vida, el Señor. Pues ¿qué otra cosa clama la perdiz, sino que en ella está y de ella se da la fuente de vida, para que los congregados se aparten de Cristo, engañados por la promesa de Cristo, cuyo nombre ya tenían imbuido? Pues no reúne a los que ha engendrado, sino que para reunir a los que no ha engendrado, dice, La salvación que Cristo prometió, está conmigo; yo la daré. Pero mira lo que dice este, Sáname, Señor, y seré sanado; sálvame, y seré salvo. Por lo cual el Apóstol dice, Nadie se gloríe en el hombre (I Cor. III, 21): y este añade, Porque mi gloria eres tú (Jerem. XVII, 13, 14). De este modo instruimos al hombre con la doctrina apostólica y profética, para que sea edificado sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas (Efes. II, 20).

CAPÍTULO XVII.

Pero, ¿cómo persuadiría Fausto la divinidad de Cristo a un gentil, a quien constituyó diciendo, Ni creo en los Profetas sobre Cristo; ni en Cristo sobre los Profetas? ¿Creería en Cristo diciendo sobre sí mismo, a quien no creería testificando sobre otros? Es realmente ridículo pensar esto. Pues a quien una vez no considerara digno de fe, o no le creería en absoluto, o más bien le creería testificando sobre otros que sobre sí mismo. Aquí quizás Fausto, ridiculizado, leería a las Sibilas al hombre, y a Orfeo, y a otros semejantes, si encontrara a otros Gentiles que hubieran predicho algo sobre Cristo. Pero no lo haría: pues confesó que le eran desconocidos, diciendo, Ciertamente si hay algunos, como se dice, presagios de las Sibilas sobre Cristo, o de Hermes, a quien llaman Trismegisto, o de Orfeo y

otros profetas en la Gentilidad. Por lo tanto, este, ignorando sus escritos, ya que por fama cree que hay algunos tales, no los leería ciertamente a aquel que dice, Ni creo en los Profetas, ni en Cristo. ¿Qué haría entonces? ¿Presentaría al Maniqueo, y recomendaría a Cristo a partir de él? Nunca hicieron esto: sino que más bien siempre intentaron recomendar al Maniqueo a partir de Cristo, cuyo nombre ya es dulcemente claro en todas partes, para que con esta miel ungeran los labios de su veneno. Pues cuando Cristo prometió a los suyos que enviaría al Paráclito, es decir, al consolador o abogado, el Espíritu de verdad (Juan XIV, 16); por esta ocasión de la promesa, diciendo que este Paráclito es el Maniqueo, o está en el Maniqueo, se infiltran en las mentes de los hombres ignorantes de cuándo fue enviado aquel prometido por Cristo. Pero quienes han leído el libro canónico, que se titula Hechos de los Apóstoles, ven que aquella promesa de Cristo se recuerda allí nuevamente, y allí se cumple manifiestamente (Hech. I, 8, y II, 1-4). Pero ahora busquemos, ¿de dónde le haría fe sobre Cristo a aquel gentil? Pues creo que nadie es tan ciego que quiera decir, Creo en el Maniqueo: cuando dice, No creo en Cristo. Luego, si no riendo, al menos con disgusto diría, ¿Así que me ordenas creer en los libros persas, cuando me dijiste que no creyera en los hebreos? ¿Cómo entonces, hereje, capturarás a este hombre, si no lo encuentras ya de algún modo sometido al nombre de Cristo; para que, como él ya no duda que debe creerse en Cristo, engañado, acceda al Maniqueo que predica mejor a Cristo? He aquí la perdiz que reúne lo que no ha engendrado. ¿Así que aún no lo abandonáis, vosotros a quienes reúne, y aún no os parece insensato, quien dice que los testimonios de los hebreos, incluso si son verdaderos, son inútiles antes de la fe, y superfluos después de la fe?

CAPÍTULO XVIII.

Por lo tanto, que desechen quienes han creído, todos los libros por los cuales se hizo que creyeran. Pues si esto es verdad, no veo por qué incluso el Evangelio de Cristo debe ser leído por los fieles. Antes de la fe, ciertamente es inútil, porque aquel gentil, a quien Fausto, ridículo o más bien lamentable, introduce, no cree en Cristo. Pero después de la fe, es superfluo, si ya se cree superfluamente en los verdaderos anuncios de Cristo, una vez que se ha creído en él. Aquí quizás diréis: Pero el Evangelio debe ser leído por el fiel, para que no olvide lo que ha creído. Así pues, insensatos, también los verdaderos testimonios de los Profetas, para que no olvide por qué ha creído: porque si lo olvida, no podrá ser firme en él lo que ha creído. O ya desechad los libros del Maniqueo, en los que creísteis que la luz luchó con las tinieblas, que esa luz era el mismo Dios; y para que la luz pudiera atar las tinieblas, primero fue devorada, atada, contaminada y desgarrada por las tinieblas: la cual vosotros, comiéndola, recreáis, liberáis, purificáis y sanáis, para que se os retribuya la recompensa, no sea que con aquella que no pudo ser liberada, seáis condenados en el globo eterno. Esta fábula cantáis diariamente con vuestras costumbres y voces: ¿por qué aún buscáis en ella testimonios de libros, para que en cosas superfluas y en la confección de vuestros códices se consuma sustancia ajena, y vuestro Dios sea retenido atado? Incendid todos esos pergaminos, y las elegantes cubiertas de pieles decoradas exquisitamente, para que ni la cosa superflua os agobie, y vuestro Dios sea liberado de allí, quien como en un castigo servil también es retenido atado en un códice. Pues si pudierais comer vuestros libros cocidos, ¿cuánto beneficio prestaríais a los miembros de vuestro Dios? ¿O si fuera posible, la impureza de la carne prohibiría las páginas de vuestras comidas? Que entonces la pureza de la tinta, que se adhirió al cuero de cordero, se lo impute a sí misma. Pero también hicisteis esto, quienes como en vuestra primera batalla, lo que era puro en el cálamo, lo afligisteis con la impureza de los pergaminos escribiendo: a menos que los colores os acusen con testimonio contrario. Pues vosotros más bien vinisteis a la luz de las páginas blancas, con las tinieblas de la tinta. ¿Debéis enojaros con nosotros que decimos tales cosas, o con vosotros que creéis tales cosas,

para que, queráis o no, estas cosas os sucedan? Pero nosotros, tanto para la conmemoración de nuestra fe, como para la consolación de nuestra esperanza, y para la exhortación de nuestra caridad, leemos los libros proféticos y apostólicos, con voces alternas que se armonizan entre sí; y con esa armonía, como con una trompeta celestial, nos despiertan del letargo de la vida mortal, y nos extienden hacia la palma de la vocación suprema. Pues el Apóstol, después de haber mencionado algo de los libros proféticos, como está escrito, Los reproches de los que te reprochan cayeron sobre mí (Sal. LXVIII, 10); inmediatamente añade la utilidad de la lectura divina: Porque todo lo que fue escrito antes, dice, fue escrito para nuestra enseñanza; para que por la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza en Dios (Rom. XV, 4). Pero Fausto contradice. Que le suceda entonces lo que dice Pablo: Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema (Gál. I, 9).

LIBRO DECIMOCUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptáis a Moisés? Por amor y piedad, con los que adoramos a Cristo. Pues, ¿quién es tan irreligioso que mire con gusto a quien maldijo a su propio padre? Por lo cual nosotros también aborrecemos a Moisés, aunque nunca perdonó a nadie, ni humano ni divino, en sus blasfemias, pero más aún por haber atacado con una maldición terrible al Cristo, Hijo de Dios, que colgó en el madero por nuestra salvación: ya sea queriendo, o por casualidad, tú lo verás. Pues no será excusado ni recomendado por ninguno de estos motivos, para que deba ser aceptado. Dice que es maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23). ¿Quieres entonces que acepte a este, que crea en este? Pues si fue divino, está claro que maldijo a Cristo a sabiendas y queriendo; si no, está claro que no fue divino. Tú elige entonces cualquiera de las dos, o que Moisés no fue profeta, y pecó por imprudencia, al maldecir a otros según su costumbre, sin saber que blasfemaba contra Dios; o que fue divino, y no ignoró estas cosas futuras, pero envidiando nuestra salvación futura del madero, pronunció los venenos de su boca maldiciente contra su autor. ¿Y quién entonces creará que este vio o conoció al Padre, quien así laceró al Hijo: que este pudo predecir la venida del Hijo, quien ignoró el fin de su ascensión? A esto se añade que también considero cuán ampliamente está esparcida esta maldición, y cuántos abarca y viola: que toca incluso a todos los justos y mártires, cuantos han muerto de la misma manera, como Pedro, y Andrés, y los demás de la misma suerte. A quienes, a menos que Moisés, o como no profeta, no los conociera, o como maligno los odiara, si fue profeta, no los habría lacerado con una maldición tan cruel. Pues no dice que son malditos al menos vulgarmente, es decir, solo ante los hombres, sino malditos ante Dios. Y si es así, ¿de dónde quedará ya esperanza de bendición para Cristo, o para los Apóstoles, o incluso para nosotros mismos, si por causa de su nombre nos toca ser crucificados? ¿Cuán imprudente era y falto de inspiración divina, que no pudo pensar que por diversas causas los hombres son colgados en el madero; algunos por un crimen iniquo, otros por causa de la justicia, y por Dios: y por eso confusamente a todos y sin ninguna distinción los sometió a la misma maldición: cuando debió decir, si tuviera alguna prudencia, no digo divinación, y si tanto le ofendía la cruz, que solo esta fuera exceptuada y rechazada de todo tipo de castigos, que es maldito todo criminal e impío que cuelgue de un madero; para que hubiera alguna distinción entre justos e injustos: aunque ni siquiera así habría dicho la verdad, cuando Cristo introdujo al ladrón del madero consigo en el paraíso de su Padre (Luc. XXIII, 43). ¿Dónde está entonces, Maldito todo el que cuelga de un madero? ¿O Barabbas, aquel ladrón insigne, que no solo no fue colgado en el madero, sino que también fue liberado de la cárcel a petición de los judíos (Mat. XXVII, 26), fue más bendito que aquel que con Cristo ascendió de la cruz al cielo? ¿Qué decir además, que también llama maldito a quien adore al sol, o a la luna (Deut. XVII, 3)? Si entonces, bajo un

rey gentil, soy obligado a adorar al sol, y cuando resista, temiendo esta maldición, se me ordena ser crucificado, ¿incurriré en otra maldición suya, que pronunció contra quien cuelga de un madero? ¿O es que a él le es habitual maldecir a todos los buenos? Nosotros, sin embargo, debemos estimar sus maldiciones tanto como las de las ancianas que se quejan. Pues así también prosigue con la misma maldición a todos los niños y vírgenes de Dios, diciendo que es maldito todo el que no levante descendencia en Israel (Deut. XXV, 5-10). Esta injuria toca principalmente a Jesús, quien, nacido también él, como decís, de los judíos, sin embargo no levantó descendencia entre ellos por causa de la posteridad. Luego también a sus discípulos, de los cuales apartó a algunos de sus esposas, a quienes encontró casados: y prohibió a otros casarse, a quienes encontró intactos. Por esta razón, conocerás que hemos aborrecido justamente la lengua impune de Moisés, que con los dardos de sus maldiciones ataca a Cristo, la luz, la santidad, todas las cosas divinas. Y no pienses que hay mucha diferencia entre colgado y crucificado; pues también esto soléis tomarlo como defensa; escucha a Pablo prescribiendo, Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición: porque está escrito, Maldito todo el que cuelga de un madero (Gál. III, 13).

CAPÍTULO II.

AUGUSTÍN respondió: El piadoso Fausto se duele de que Cristo sea maldecido por Moisés, y por eso odia a Moisés, porque ama a Cristo. Mientras tanto, antes de que explique en qué gran sacramento, y cuán piadosamente se dijo, Maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23), pregunto a estos piadosos hombres, ¿por qué se enojan con Moisés, ya que su maldición no llegó a Cristo de ellos? Pues si Cristo colgó en el madero, ciertamente fue clavado. Por lo cual incluso mostró esas cicatrices después de la resurrección al discípulo menos crédulo (Juan XX, 27). Si esto es así, ciertamente tuvo un cuerpo vulnerable y mortal, lo cual ellos no quieren admitir. Si entonces esas heridas, y esas cicatrices eran falsas, también es falso que colgó en el madero. Por lo tanto, no pudo llegar a él esa maldición, no hay razón para que se enojen con quien la pronunció. Así que si ellos fingen enojarse con quien maldijo la falsa muerte de Cristo, que según ellos digo; ¿cómo deben ser evitados quienes no maldicen a Cristo, sino que lo acusan de algo más execrable? Pues si no debe ser aceptado quien lanza una maldición a la mortalidad; ¿cómo debe ser detestado quien imputa falsedad a la verdad? Pero ya veamos, por la ocasión de los herejes calumniadores, cómo se expone ese sacramento a los fieles.

CAPÍTULO III.

La muerte del hombre es consecuencia del pecado, por lo que también se le llama pecado: no porque el hombre peca al morir, sino porque debido al pecado se ha hecho que muera. De manera similar, se llama lengua propiamente a la carne que se mueve dentro de los dientes bajo el paladar; y de otra manera se llama lengua a lo que se hace con la lengua; según este modo, se dice que una lengua es griega y otra latina: y la mano se llama propiamente al miembro del cuerpo que movemos para trabajar, y de otra manera se llama mano a la escritura que se hace con la mano. Decimos, por ejemplo, "Se ha extendido su mano": "Se ha leído su mano contra él": "Tengo tu mano": "Recibe tu mano". La mano, propiamente, es un miembro del hombre: pero no creo que esa escritura sea un miembro del hombre, y sin embargo se llama mano, porque fue hecha con la mano. Así también el pecado, no solo es la obra mala en sí, que merece castigo; sino también la misma muerte, que fue causada por el pecado, se llama pecado. Aquel pecado, por el cual uno sería culpable de muerte, no lo cometió Cristo: pero el otro, es decir, la muerte, que fue infligida a la naturaleza humana por

el pecado, la asumió por nosotros. Esto fue colgado en el madero, esto fue maldecido por Moisés: allí la muerte fue condenada para que no reinara, y fue maldecida para que pereciera. Por lo tanto, por tal pecado de Cristo, también fue condenado nuestro pecado para que fuéramos liberados, para que no quedáramos condenados bajo el reinado del pecado.

CAPÍTULO IV.

¿Por qué, entonces, se sorprende Fausto de que el pecado sea maldecido, de que la muerte sea maldecida, de que la mortalidad de la carne sea maldecida sin el pecado de Cristo, aunque hecha por el pecado del hombre incluso en Cristo? Pues Cristo asumió un cuerpo de Adán, porque de Adán proviene la virgen María, que dio a luz a Cristo. Dios había dicho en el paraíso: "El día que toquéis, moriréis" (Gén. II, 17): esta es la maldición que colgó en el madero. Que niegue que Cristo fue maldecido quien niega también que murió. Pero quien confiesa que murió, y no puede negar que la muerte proviene del pecado, y por eso también se llama pecado, escuche al Apóstol diciendo: "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él" (Rom. VI, 6); y entienda a quién llamó maldito Moisés. Por eso, el Apóstol con seguridad dice de Cristo: "Hecho por nosotros maldición" (Gál. III, 13): así como no temió decir: "Murió por todos" (II Cor. V, 15). Porque "murió" es lo mismo que "maldito": ya que la muerte misma proviene de la maldición, y toda maldición es pecado, ya sea el mismo acto que merece castigo, o el mismo castigo, que de otra manera se llama pecado, porque proviene del pecado. Cristo asumió nuestro castigo sin culpa, para así liberar nuestra culpa, y también terminar nuestro castigo.

CAPÍTULO V.

Diría esto por mi cuenta, si el Apóstol no lo repitiera tantas veces, para despertar a los que duermen y sofocar a los calumniadores. Dice: "Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne" (Rom. VIII, 3). Por lo tanto, esa carne no era de pecado, porque no vino a María por la transmisión de la mortalidad a través de un hombre: pero, sin embargo, porque la muerte proviene del pecado, esa carne, aunque de una virgen, fue mortal; y por el hecho de ser mortal, tenía la semejanza de carne de pecado. Esto también lo llama pecado, diciendo consecuentemente: "Para condenar el pecado en la carne". En otro lugar dice: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos justicia de Dios en él" (II Cor. V, 21). ¿Por qué, entonces, temería Moisés decir "maldito", lo que Pablo no temió decir "pecado"? Claramente, el Profeta debía prever y proclamar esto, preparado para ser reprendido por los herejes junto con el Apóstol. Porque quien reprenda al Profeta por decir "maldito", se ve obligado a reprender al Apóstol por decir "pecado": pues ciertamente la maldición acompaña al pecado.

CAPÍTULO VI.

No hay mayor escándalo en que haya añadido "a Dios", al decir: "Maldito de Dios todo el que cuelga de un madero". Porque si Dios no odiara el pecado y nuestra muerte, no habría enviado a su Hijo para asumirla y destruirla. ¿Qué hay de extraño, entonces, si es maldito para Dios lo que Dios odia? Pues tanto más gustosamente nos concede la inmortalidad, que será cuando Cristo venga, cuanto más misericordiosamente odia nuestra muerte, que colgó en el madero cuando Cristo murió. Y lo que se añadió, "todo", para que se dijera: "Maldito todo el que cuelga de un madero", ciertamente Moisés no previó menos que también los justos estarían en la cruz, pero previó bien que los herejes negarían la verdadera muerte del Señor, y por eso querían separar a Cristo de esta maldición, para separarlo también de la verdad de la muerte. Porque si esa muerte no era verdadera, ninguna maldición colgó sobre Cristo

crucificado en el madero, porque tampoco fue verdaderamente crucificado. Pero contra los herejes que vendrían de lejos, Moisés clama desde lejos: "En vano os resistís, a quienes desagrada la verdad de la muerte de Cristo, 'Maldito todo el que cuelga de un madero': no este o aquel, sino todo, absolutamente todo". ¿Incluso el Hijo de Dios? Sí, absolutamente. Porque esto es lo que no queréis: de ahí os afanáis, de ahí seducís. Pues os desagrada que sea maldito por nosotros, porque os desagrada que haya muerto por nosotros. Entonces estaríamos fuera de la maldición de aquel Adán, si estuviéramos fuera de su muerte. Pero como asumió la muerte del hombre y por el hombre, también asumió la maldición que acompaña a la muerte, sin desdeñarla, incluso él, absolutamente él, el Hijo de Dios siempre vivo en su justicia, pero muerto por nuestras ofensas (Rom. IV, 25), en la carne asumida de nuestro castigo. Así, siempre bendito en su justicia, pero maldito por nuestras ofensas, en la muerte asumida de nuestro castigo: y por eso se añadió "todo", para que no se dijera que Cristo no pertenece a la verdadera muerte, si con una insensata honorificencia se le separara de la maldición que está unida a la muerte.

CAPÍTULO VII.

Pero quien es fiel a la verdad evangélica, entiende que no hay deshonra para Cristo en las palabras de Moisés, cuando lo llamó maldito, no por su divinidad majestuosa, sino por la condición de nuestro castigo, por la cual fue colgado en el madero; así como no hay alabanza para Cristo en las palabras de los maniqueos, cuando niegan que tuvo carne mortal, en la que padeció una verdadera muerte: porque de esa maldición profética se entiende la alabanza de la humildad, mientras que de ese supuesto honor herético se le imputa el crimen de falsedad. Si, por tanto, niegas la maldición, niegas que murió: si niegas que murió, ya no luchas contra Moisés, sino contra los Apóstoles. Pero si confiesas que murió, confiesa que asumió el castigo de nuestro pecado sin nuestro pecado. Ahora bien, cuando escuchas el castigo del pecado, cree que viene de la bendición o de la maldición: si el castigo del pecado viene de la bendición, desea estar siempre en el castigo del pecado; pero si deseas ser liberado de él, cree que vino de la maldición por la justicia de la sentencia divina. Confiesa, por tanto, que asumió la maldición por nosotros, a quien confiesas que murió por nosotros; y que Moisés no quiso significar otra cosa cuando dijo: "Maldito todo el que cuelga de un madero", sino "Mortal todo y muriendo todo el que cuelga de un madero". Pues podría haber dicho: "Maldito todo mortal"; o "Maldito todo muriendo": pero esto es lo que afirma el Profeta, porque sabía que la muerte de Cristo colgaría en la cruz, y que vendrían herejes que dirían: "Colgó en el madero, pero de alguna manera aparente, no para morir verdaderamente". Por lo tanto, clamando "Maldito", no clamó otra cosa sino que verdaderamente murió, sabiendo que la muerte del hombre pecador, que él asumió sin pecado, proviene de aquella maldición que fue dicha: "Si tocáis, moriréis" (Gén. II, 17). A esto se refiere también aquella serpiente colgada en el madero, que significaba que Cristo no fingió una muerte falsa, sino que colgó aquella verdadera en el madero de su pasión, en la que aquella serpiente derribó al hombre con su mala persuasión. Esta verdadera muerte no quieren ver estos: y por eso no son sanados del veneno de la serpiente, como en el desierto se sanaban todos los que la miraban (Núm. XXI, 9).

CAPÍTULO VIII.

Por lo tanto, confesamos que los ignorantes dicen que es diferente ser fijado en el madero que colgar en el madero. Pues algunos piensan que esta cuestión debe resolverse diciendo que Moisés maldijo a Judas, quien se colgó con una soga; como si primero supieran si se colgó de un árbol o de una piedra. Pero es verdad, como también Fausto recordó, que el Apóstol no permite entender otra cosa que lo que fue predicho de Cristo. Pero tal ignorancia de algunos

católicos es una trampa para los maniqueos. Pues suelen perseguir a tales, y con sus engaños atrapar a tales: tales éramos cuando caímos en ellos, tales nos quedamos atrapados; tales, no por nuestras fuerzas, sino por la misericordia de Dios, fuimos rescatados.

CAPÍTULO IX.

¿Qué cosas divinas atacó Moisés, como Fausto acusa diciendo que "no perdonó a ninguno de los humanos ni de los divinos"? Pues dijo, y se fue: no se esforzó en probar nada, no se preocupó por mostrar nada. Pero nosotros sabemos que Moisés alabó piadosamente todas las cosas verdaderamente divinas, y por la congruencia de su tiempo y la gracia de su dispensación, gobernó justamente las cosas humanas. Que estos exijan que lo demuestre, cuando ellos mismos intentaron demostrar lo que Fausto objeta, cautelosamente, como era astuto, pero por eso incauto, porque se destruía con su propia agudeza. Pues feliz es el corazón agudo hacia la verdad, infeliz contra la verdad. No dijo que no perdonó a ninguno de los hombres ni de los dioses, sino que dijo: "a ninguno de los humanos y divinos". Pues si dijera que no perdonó a Dios, fácilmente sería convencido de falsa acusación; ya que Moisés se encuentra en todas partes honrando y proclamando al verdadero Dios, que hizo el cielo y la tierra. Pero si dijera que no perdonó a ninguno de los dioses, se delataría a sí mismo como adorador de aquellos dioses, de los cuales Moisés prohíbe adorar: y así no congregaría bajo las alas de la madre católica a los polluelos que huyen, que no engendró. Por lo tanto, para tender trampas a los pequeños, dijo que Moisés no perdonó a ninguno de los divinos, para que ni los cristianos, por el culto abierto a los dioses, pudieran huir de la impiedad de estos, que es demasiado aborrecible para la religión cristiana, ni los paganos pudieran favorecerlos contra nosotros, sabiendo que Moisés dijo muchas cosas verdaderas y dignas contra los ídolos y contra los dioses de las naciones, que son demonios.

CAPÍTULO X.

Pero si esto les desagrada, que abiertamente se confiesen adoradores de ídolos o demonios: lo cual ciertamente serían ignorantes, solo por el hecho de ser herejes. Pues de tales dijo el Apóstol: "Porque en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios en hipocresía de mentirosos" (I Tim. IV, 1, 2). Pues ¿quiénes sino los demonios, a quienes es amiga la falacia, persuadirían a estos que Cristo sufrió falsamente, murió falsamente, mostró falsamente cicatrices; es decir, que no sufrió verdaderamente, ni murió verdaderamente, ni aquellas cicatrices fueron verdaderas de verdaderas heridas? ¿Cuáles son doctrinas más evidentes de mentirosos demonios que estas, que persuaden que el Hijo de Dios, es decir, la misma verdad, es un mentiroso? Pero estos en su doctrina tienen también un culto abierto, no de demonios, pero sí de la criatura, que el Apóstol condena, diciendo: "Y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador" (Rom. I, 25).

CAPÍTULO XI.

Por lo tanto, estos en las fantasías de sus fábulas adoran ídolos y demonios sin saberlo: pero en el sol y la luna saben que sirven a la criatura; y aunque piensan que también sirven al Creador, se engañan mucho: pues sirven a su fantasía, y de ninguna manera sirven al Creador, cuando niegan que Dios creó lo que el Apóstol claramente demuestra que pertenece a la creación de Dios, diciendo, cuando hablaba de alimentos y carnes: "Porque toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse si se toma con acción de gracias" (I Tim. IV, 4). Ved qué es la sana doctrina, que no soportando vosotros, os convertisteis a fábulas. Así como el Apóstol alaba la creación de Dios, y sin embargo prohíbe que se le rinda culto religioso: así

también Moisés (que os parece que no perdonó a ninguno de los divinos, no sospecho por otra razón, sino porque prohibió adorar al sol y la luna [Deut. XVII, 3], hacia cuyos circuitos os volvéis por todos los ángulos para adorarlos) alaba al sol y la luna con verdadera alabanza, cuando los narra hechos por Dios, y colocados en el orden celestial para realizar sus obras, como es: "El sol para el dominio del día, la luna para el dominio de la noche" (Gén. I, 16, y Sal. CXXXV, 8, 9). Pero el sol y la luna no se alegran con vuestras falsas alabanzas. El diablo sabe alegrarse con la falsa alabanza, la criatura transgresora. Pero las potestades de los cielos, que no han caído por el pecado, quieren que su artífice sea alabado en ellas: cuya verdadera alabanza es aquella en la que no se injuria a su Creador. Se injuria cuando se dice que son partes de él, o miembros de él, o algo de su sustancia. Pues él es perfecto, y no necesita de nada, y no se derrama en ninguna parte, ni se divide, ni se extiende por lugares, en sí mismo es totalmente inmutable, y suficiente para sí mismo, bienaventurado en sí mismo, por la abundancia de su bondad dijo por su Verbo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5). Por lo tanto, si los cuerpos terrestres, de los que hablaba el Apóstol cuando decía que ningún alimento es inmundo, son buenos, porque "toda criatura de Dios es buena"; cuánto más los celestiales, en los que sobresalen el sol y la luna, cuando el mismo Apóstol dice: "Cuerpos celestiales y cuerpos terrestres; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres" (I Cor. XV, 40).

CAPÍTULO XII.

Por lo tanto, Moisés no insulta al sol y la luna cuando prohíbe adorarlos; sino que los alaba como creación celestial: pero alaba a Dios como creador de los celestiales y terrestres; y no quiere que Dios sea ofendido cuando se adoran a ellos en lugar de él, quienes son alabados por él y de él.

Pero qué astutamente se creyó Fausto al reprender, porque Moisés también llama maldito al que adoró al sol y la luna. Si, por tanto, dice, bajo un rey gentil, me obligan a adorar al sol, y cuando me resista, temiendo esta maldición, me ordenan ser crucificado, incurriré en otra maldición suya, que pronunció contra el que cuelga de un madero. Vosotros ciertamente ningún rey gentil os obliga a adorar al sol, lo que ni el mismo sol obligaría si reinara en la tierra, porque ni ahora quiere que esto se haga: pero así como el mismo Creador soporta a los impíos blasfemadores suyos hasta el juicio, así también los celestiales toleran a sus vanos adoradores hasta el juicio de su Creador. Sin embargo, recordad que un rey cristiano no puede obligar a adorar al sol. Pues Fausto propuso el ejemplo de un rey gentil, sabiendo ciertamente que lo que hacéis pertenece a los gentiles, cuando adoráis al sol. Por lo tanto, esto no es cristiano: pero ya en todas partes la perdiz pone el nombre de Cristo, para congregar lo que no engendró (Jer. XVII, 11). Sin embargo, ved cuán fácilmente responde la verdad, y cuán fácilmente la sana doctrina rompe esta trampa de vuestra cuestión, aparentemente inevitable y bicéfala. He aquí que hagamos que alguien armado con poder real amenace a un hombre cristiano, que si no adora al sol, será colgado en un madero. Si evito, dices, la maldición que la Ley pronunció sobre el adorador del sol, caeré en aquella que la misma Ley pronunció sobre el que cuelga de un madero. Así te turbarás: pero tú, ni siquiera tú, que adoras al sol sin que nadie te obligue. Pero el cristiano edificado sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas (Efes. II, 20), atiende a cada causa, y a cada maldición: ve que una pertenece al cuerpo mortal, que cuelga del madero; la otra al alma, que adora al sol. Pues aunque el cuerpo se inclina al adorar, el alma sin embargo o adora lo que adora, o finge; y ambas cosas son perniciosas. Por lo tanto, ya que la maldición en ambos casos merece la muerte, así como la muerte del cuerpo es colgar del madero, así la muerte del alma es adorar al sol. Por lo tanto, se debe elegir la maldición en la muerte del cuerpo, por la cual maldición también el mismo cuerpo será liberado en la resurrección: pero se debe evitar la maldición en

la muerte del alma, para que no sea condenada con su cuerpo en el fuego eterno. Pues el Señor nos resolvió esta cuestión, diciendo: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma: sino temed a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno de fuego" (Mat. X, 28). Como si dijera: No temáis la maldición de la muerte corporal, que se resuelve temporalmente: sino temed la maldición de la muerte espiritual, por la cual el alma es atormentada eternamente con su cuerpo. He aquí que no es una maldición de anciana, sino una predicción profética: "Maldito todo el que cuelga de un madero". Pues así quita Cristo de la maldición la maldición, como de la muerte la muerte, del pecado el pecado. Por lo tanto, Moisés no blasfemó al decir: "Maldito todo el que cuelga de un madero": como no blasfemaron los Apóstoles al decir: "Murió" (II Cor. V, 14, 15); y, "Nuestro viejo hombre fue crucificado con él" (Rom. VI, 6); y, "Condenó el pecado en la carne" (Rom. VIII, 3); y, "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado" (II Cor. V, 21); y muchas cosas semejantes. Pero vosotros, cuando os horrorizáis de que Cristo sea maldito, confesáis que os horrorizáis de la muerte de Cristo. Donde aparece vuestra, no una maldición de anciana, sino una simulación diabólica, que no creéis en la muerte de Cristo en el cuerpo, con la muerte de vuestra alma. Sin embargo, esa muerte de Cristo no verdadera, sino simulada, la proponéis: como si no os atrevierais a engañar a los hombres con el nombre cristiano, a menos que hagáis al mismo Cristo maestro de engaño.

CAPÍTULO XIII.

Quod autem invidus continentiae vel virginitati Fausto Moyses visus est, quia dixit, Maledictus omnis qui non suscitaverit semen in Israel (Deut. XXV, 7); legant Isaïam clamantem, Haec dicit Dominus spadonibus omnibus: Qui observaverint praecepta mea, et elegerint quae ego volo, et custodierint testamentum meum; dabo illis in domo mea et in muro meo locum nominatum, meliorem filiorum et filiarum: nomen aeternum dabo illis, et non deerit illis (Isai. LVI, 4, 5). Aut si contrarium putant Isaïam Moysi, hic eis placeat, si ille displicet; non est parum adversus istos. Nobis enim sufficit scire unum Deum locutum et per Moysen et per Isaïam: et maledictum esse omnem qui non suscitaverit semen in Israel, sive tunc, cum populo secundum carnem propagando etiam carnalis prolis operatio in conjugali castitate ad officium civicum pertinebat; sive nunc, ne quisquam spiritualiter natus, putet sibi debere sufficere, nec instet dominicis lucris, quibus quisque pro modulo suo praedicando Christum, debet generare christianos. Ita illa divina sententia tempora utriusque Testamenti mira brevitate complectitur, Maledictus omnis qui non suscitaverit semen in Israel.

LIBER QUINTUS DECIMUS.

CAPUT PRIMUM

FAUSTUS. dixit: Quare non accipitis Testamentum Vetus? Quia et omne vas plenum superfusa non recipit, sed effundit: et stomachus satur rejicit ingesta. Proinde et Judaei ex praeoccupatione Moyses Testamento Veteri satiati, respuerunt Novum: et nos ex Christi praeventionem Novo referti, respuimus Vetus. Vos ideo utrumque accipitis, quia in neutro estis pleni, sed semi: alterumque ex altero in vobis non tam repletur, quam corrumpitur; quia et semina vasa nunquam de dissimili implentur materia, sed de eadem ac sibi simili, ut vini vino, mellis melle, et aceti aceto: quibus si dissimilia et non sui generis superfundas, ut melli fel, et aquam vino, et aceto garos: non repletio vocabitur haec, sed adulterium. Haec ergo causa est, unde nos parum accipimus Testamentum Vetus: et quia Ecclesia nostra, sponsa Christi, pauperior quidem ei nupta, sed diviti, contenta sit bonis mariti sui, humilium amatorum dedignatur opes, sordent ei Testamenti Veteris et ejus auctoris munera, famaeque suae custos

diligentissima, nisi sponsi sui non accipit litteras. Vestra sane Ecclesia usurpet Testamentum Vetus, quae ut lasciva virgo immemor pudoris, alieni viri et muneribus gaudet et litteris. Amator denique ille vester, et pudoris corruptor Hebraeorum Deus, diptychio lapideo suo, aurum vobis promittit et argentum, ventris saturitatem (Deut. VIII, 7-9), et terram Chananaeorum (Exod. XXIII, 23). Hi vos delectaverunt tam sordidi quaestus, ut libeat peccare post Christum, ut sitis ingrati tam immensis dotibus ejus. Haec vos illiciunt, ut in Hebraeorum depereatis Deo post nuptias Christi. Discite ergo jam nunc etiam falli vos, et decipi falsis promissionibus ejus. Pauper est, egens est, nec ea quidem praestare potest quae promittit: nam si suae propriae conjugii, dico autem Synagogae, nihil horum praestat quae pollicetur, et quidem morem gerenti sibi per omnia, et servienti submissius quam ancilla; vobis praestare quid poterit alienis ab se, et mandatorum suorum detrectantibus jugum superba cervice? Sed vos quidem pergite agere ut coepistis, rudem pannum veteri vestimento committite, novum vinum veteribus utribus credite (Matth. IX, 16, 17), duobus maritis nulli placituri servite, christianam denique fidem Hippocentaurum facite, nec equum perfectum, nec hominem: nobis soli Christo servire permittite, ejus tantum immortalis dote contentis, et imitantibus Apostolum qui dicit, Sufficientia nostra ex Deo est, qui nos idoneos probavit ministros Novi Testamenti (II Cor. III, 5, 6). Hebraeorum Dei et nostra admodum diversa conditio est; quia nec ipse quae promittit implere potest, et nos ea fastidimus accipere. Superbos nos adversus blanditias ejus, Christi liberalitas fecit. Ac ne incongrue me haec comparasse existimes, Paulus in nos hanc conjugalis disciplinae similitudinem prior contulit, dicens: Quae sub viro est mulier vivente viro alligata est lege viri: si autem mortuus fuerit vir ejus, soluta est a lege viri. Ergo vivente viro vocabitur, inquit, adultera, si juncta fuerit alteri viro: quod si mortuus fuerit vir ejus, non erit adultera alii conjuncta (Rom. VII, 2, 3). Per hoc ostendens, spiritu moechari eos qui non ante repudiantes, et in mortuis quodam modo ponentes Legis auctorem, tum demum se copulaverint Christo. Quod dictum ad eos praecipue spectat, qui crediderint ex Judaeis, videlicet ut ipsi sint primae superstitionis obliti. Nobis vero in hoc quid opus est vel praecepto, quibus ex Gentilitate conversis ad Christum, Hebraeorum Deus non mortuus debet videri, sed nec natus? Sane Judaeo, si credat, Adoneus debet videri defunctus, gentili vero idolum: et unicuique quod est veneratus ante cognitum Christum. Nam si post idololatriae divortia Hebraeorum quis Deum et Christum pariter colat, nihil ille quidem a detriti pudoris femina discrepavit, quae post unius mariti obitum duobus nupserit.

CAPUT II.

AUGUSTINUS respondit: Audite haec, quorum corda possidet Christus; et videte, si toleratis, nisi quia ipse est vestra patientia. Faustus novo melle plenus, respuit acetum vetus, et Paulus aceto vetere plenus, effudit dimidium, quo caperet infusum mel novum; non servandum, sed corrumpendum. Vides enim, quod ait apostolus Paulus, Servus Christi Jesu, vocatus apostolus, segregatus in Evangelium Dei, ex melle novo est. Illud autem quod sequitur, Quod ante promiserat per Prophetas suos in Scripturis sanctis de Filio suo, qui factus est ei ex semine David secundum carnem (Rom. I, 1-3); ex aceto vetere. Quis hoc sustineret audire, nisi nos consolaretur idem dicens: Oportet et haereses esse, ut probati manifesti fiant in vobis (I Cor. XI, 19)? Sed quid opus est eadem jam superius satis dicta repetere (Lib. 8)? Nam pannum novum et vestimentum vetus, et vinum novum et utres veteres, non duo Testamenta significare, sed duas vitas, et spes duas: ad duo vero Testamenta intelligenda illam datam esse a Domino similitudinem, Propterea omnis scribe eruditus in regno Dei similis est patrifamilias proferenti de thesauro suo nova et vetera (Matth. XIII, 52), ex his quae ante diximus, recordetur qui potuerit, vel certe recenseat qui voluerit. Duas enim spes si quis habendas putaverit ut et propter felicitatem terrenam, et propter regnum coelorum

Deo serviat; haec illam non capit, et cum haec aliqua tribulatione fuerit perturbata, deficiens homo amittet etiam illam. Inde est et illud: Nemo potest duobus dominis servire. Quod exposuit dicens, Non potestis Deo servire et mammonae (Id. VI, 24). Vetus autem Testamentum recte intelligentibus prophetia est Novi Testamenti. Itaque et in illo primo populo sancti Patriarchae et Prophetae, qui intelligebant quod agebant, vel quod per eos agebatur, in Novo Testamento habebant istam spem salutis aeternae: ad illud enim pertinebant, quod intelligebant et diligebant; quia etsi nondum revelabatur, jam tamen figurabatur. Ad Vetus autem illi pertinebant, qui non illic amplius quam promissa temporalia cogitata concupiscebant, in quibus aeterna figurata et prophetata non intelligebant. Sed haec jam satis superque prioribus responsionibus nostris dicta sunt.

CAPUT III.

Illa vero est mirabilis impudentia, cum Manichaeorum sacrilega et immunda societas etiam castam sponsam Christi se jactare non dubitat: in quo adversus sanctae Ecclesiae vere casta membra quid proficit, nisi ut veniat in mentem adversus tales apostolica illa admonitio: Aptavi vos uni viro, virginem castam exhibere Christo. Timeo autem, ne sicut serpens Evam fefellit astutia sua, sic et vestrae mentes corrumpantur a castitate, quae est in Christo (II Cor. XI, 2, 3)? Quid enim agunt isti evangelizantes nobis praeter quod accepimus, nisi ut nos a castitate corrumpant, quam Christo servamus, quando legem Dei culpant nomine vetustatis, et errorem suum laudant nomine novitatis, quasi omnis vetustas fugienda sit, aut omnis novitas appetenda; cum et mandatum vetus in laude ponat apostolus Joannes (I Joan. II, 7), et profanas verborum novitates evitari jubeat apostolus Paulus (I Tim. VI, 20)? Te ergo, vera sponsa veri Christi Ecclesia catholica, alloquar et ego te pro modulo meo, qualiscumque filius et servus tuus positus in te dispensare cibaria conservis meis. Cave semper, ut caves, Manichaeorum impiam vanitatem, jam tuorum periculo expertam, et liberatione convictam. Ille me quondam de gremio tuo error excusserat: expertus fugi quod experiri non debui. Sed tibi profecerint etiam pericula mea, cui nunc servit liberatio mea. Quia nisi mihi verus et verax sponsus tuus, de cujus latere facta es, in vero sanguine suo remissionem peccatorum posuisset, absorbuisset me vorago fallaciae, et terram factum serpens irreparabiliter devorasset. Noli decipi nomine veritatis: hanc sola tu habes, et in lacte tuo, et in pane tuo; in hac autem tantum nomen ejus est, ipsa non est. Et in tuis quidem grandibus segura es: sed appello in te parvulos tuos, fratres, filios, dominos meos, quos vel tanquam ova sollicitis alis foves, vel tanquam infantes lacte nutris, sine corruptione fecunda, virgo mater. Hos in te appello teneros fetus tuos, ne garrula curiositate seducantur abs te; sed potius anathement, si quis eis evangelizaverit praeter id quod acceperunt in te (Galat. I, 9): nec relinquant verum veracemque Christum, in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi (Coloss. II, 3), et magnam multitudinem dulcedinis ejus, quam abscondit metuentibus se, perfecit autem sperantibus in se (Psal. XXX, 20). Ibi vero quomodo possunt esse verba veracis, in praedicatore Christi fallacis? Contemne insultationes eorum: quia bene tibi es conscia, promissionem vitae aeternae te adamasse in muneribus sponsi tui, id est, ipsum sponsum tuum, quia ipse est vita aeterna.

CAPUT IV.

Non autem, sicut illi desipiunt, ad alienum deum seducta es, promittentem saturitatem ventris et terram Chananaeorum. Intelligis quippe in ipsis etiam promissionibus te jam tunc figuratam et prophetatam, praescientiam parturisse sanctorum. Nec lapideo diptychio miserabili dicacitate reprehenso movearis: quia non habes lapideum cor, quod illae tabulae in populo priore significabant. Es enim epistola Apostolorum, scripta non atramento, sed spiritu Dei vivi; non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis carnalibus (II Cor. III, 2, 3). Ad quae

verba illi vani gaudent, putantes Apostolum reprehendisse dispensationem illi tempori congruam Veteris Testamenti, non intelligentes hoc eum ex Propheta dixisse. Haec enim verba, quae imperite amplectuntur, longe antequam per Apostolos dicerentur et implerentur, a Prophetis, quos respuunt, praenuntiata sunt. Propheta enim dixerat: Auferam eis cor lapideum, et dabo eis cor carneum (Ezech. XI, 19). Videant si non hoc est, Non in tabulis lapideis, sed in tabulis cordis carnalibus. Nam neque ibi quod dictum est cor carneum, neque hic tabulae carnales, hoc volunt, ut carnaliter sapiamus: sed quia in comparatione lapidis, qui sine sensu est, caro sentit; per lapidis insensualitatem significatum est cor non intelligens, et per carnis sensualitatem significatum est cor intelligens. Tu potius istos irride, qui dicunt, et terram et ligna et lapides habere sensum, et intelligentiore vita vivere, carnes autem stolidiore et obtusiore. Unde non a veritate, sed a sua vanitate coguntur fateri mundius esse legem conscriptam in tabulis lapideis, quam suum thesaurum in pellibus morticinis. An forte quia in fabella sua etiam lapides dicunt esse ossa principum, non eis dubitant coria praeponere agnorum? Nempe ergo illa Testamenti arca mundius tegebat lapideas tabulas, quam caprina pellis codicem istorum. Haec tu misericorditer irride, ut eis irridenda et fugienda commendes: nam in illo diptychio lapideo, jam tu non corde lapideo intelligis, quid duro illi populo congruebat; et in eo tamen agnoscis petram, ipsum sponsum tuum, illum quem Petrus loquitur, lapidem vivum ab hominibus reprobatum, a Deo autem electum et honorificatum. Illis ergo erat lapis offensionis, et petra scandali: tibi autem lapis quem reprobaverunt aedificantes, factus est in caput anguli (I Petr. II, 4-8). Quod totum idem Petrus apostolus explicat, et totum a Prophetis, a quibus isti damnati alienantur, praedictum esse commemorat. Lege sane etiam illud diptychium: ne timeas, plane sponsi tui est. Aliis lapis ille significavit duram stoliditatem: tibi autem firmam stabilitatem. Digito Dei scriptae sunt tabulae illae (Exod. XXXI, 18): digito Dei sponsus tuus ejecit daemonia (Luc. XI, 20): digito Dei expelle tu doctrinas daemoniorum mendaciloquorum cauteriantium conscientiam (I Tim. IV, 2). Ex hoc diptychio repellis adulterum, qui se Paracletum dicit, ut sancto nomine te seducat. Quinquagesimo enim die post Pascha datae sunt illae tabulae (Exod. XX); et quinquagesimo die post passionem sponsi tui quam Pascha illud praefigurabat, datus est digitus Dei, Spiritus sanctus promissus Paracletus (Act. II, 1-4). Noli ergo formidare diptychium, quo tibi scripta olim, quae nunc agnosceres, mittebantur: tantum noli esse sub lege, ne illam timore non impleas; sed sub gratia, ut sit in te plenitudo legis charitas. Non enim aliud diptychium recensebat sponsi tui amicus, cum diceret: Nam, Non adulterabis, Non homicidium facies, Non concupisces, et si quod est aliud mandatum, in hoc sermone recapitulatur, Diliges proximum tuum tanquam te ipsum. Dilectio proximi malum non operatur. Plenitudo autem legis est charitas (Rom. XIII, 9 et 10). Ibi enim sunt duo illa praecepta, dilectionis Dei, et dilectionis proximi, singulis tabulis explicata. Hoc ergo diptychium ille praemisit, qui tibi haec duo praecepta veniens commendavit, in quibus tota Lex pendet et Prophetiae (Matth. XXII, 37-40). In primo praecepto est castitas nuptiarum tuarum, in secundo unitas membrorum tuorum: illo amplecteris divinitatem, isto congregas societatem. Quae duo praecepta, ipsa sunt decem: tria pertinent ad Deum, et septem ad proximum. O pudicum diptychium, in quo, vetere figura, ille dilector et dilectus tuus praenuntiabat tibi canticum novum, in decachordo psalterio (Psal. XCI, 4): tanquam pro te etiam nervos suos extensurus in ligno, ut de peccato peccatum damnaret in carne, et justitia legis impleretur in te (Rom. VIII, 3, 4). O diptychium conjugale, quod non sine causa odit adultera!

CAPUT V.

Ya tengo palabras para dirigirme a ti, congregación maniquea engañosa y envuelta en falacias. ¿Cómo te atreves, tú que estás unida a tantos elementos, o más bien prostituta a los demonios e impregnada de vanidades sacrílegas, a lacerar el matrimonio católico de tu Señor

con el crimen de impudicia? Muéstranos a tus adúlteros, al que sostiene el esplendor y al que carga el peso del mundo. Dices que uno sostiene las cabezas de los elementos y suspende el mundo; y que el otro, con la rodilla fija, soporta con sus fuertes hombros tal masa, para que aquel no desfallezca. ¿Dónde están ellos? Si realmente existieran, ¿cuándo vendrían a ti, ocupados en tan grande tarea? ¿Cuándo entrarían a ti, para que con tu mano blanda y ociosa, claramente delicada, después de tanto trabajo, froteras los dedos de uno y los hombros del otro? Pero te engañan los malos demonios que se prostituyen contigo, para que concibas mentiras y des a luz fantasmas. ¿Por qué entonces no rechazas el díptico del verdadero Dios, enemigo de tus membranas, en las que has amado a tantos dioses falsos con una mente errante a través de las ficciones de tus pensamientos, en las que todas las mentiras poéticas serían encontradas más graves y honestas, o al menos esto, que entre los poetas nadie es engañado por la misma profesión de falsedad, mientras que en tus libros una multitud de falacias corrompe miserablemente las almas de niños y ancianos, atraídas por el nombre de la verdad, cuando, como dice el Apóstol, con oídos que pican y apartando su oído de la verdad, se convierten en fábulas (II Tim. IV, 4)? ¿Cómo entonces soportarías la sana doctrina de esas tablas, donde el primer mandamiento es: Escucha, Israel; el Señor tu Dios, es un solo Dios (Deut. VI, 4), cuando, deleitada con tantos nombres de dioses, te revuelcas en la fornicación de un corazón muy impuro? ¿No recuerdas tu canción de amor, donde describes al gran rey reinante, portador de cetro eterno, ceñido con coronas florales y resplandeciente de rostro? Si amaras solo a él de esa manera, te daría vergüenza: pues incluso un solo hombre ceñido con coronas florales desagradaría a una esposa casta. No puedes decir que esto se dijo o se mostró con algún significado místico, ya que Maniqueo no suele ser alabado por ti por otra cosa, sino porque, eliminados los velos de las figuras, él te hablaba la verdad desnuda y propia. Por lo tanto, cantas propiamente a Dios como rey portador de cetro, coronado de flores. Al menos que deje el cetro cuando se ciñe con coronas florales: no conviene la severidad de la vara real con esa suavidad de lujo. A esto se añade que no es amado solo por ti: pues sigues cantando y añades doce siglos vestidos de flores, llenos de cantos, y lanzando sus flores a la cara del padre. Allí también profesas a doce grandes dioses, tres por cada uno de los cuatro tramos, con los que aquel uno está rodeado. Nunca pudiste encontrar cómo haces inmenso a aquel que dices estar rodeado de esta manera. También añades innumerables reyes y ejércitos de dioses y cohortes de ángeles: todo lo cual no dices que Dios creó, sino que lo engendró de su propia sustancia.

CAPÍTULO VI.

Así te ves obligada a adorar innumerables dioses, al no soportar la sana doctrina que enseña que el Hijo nació de un solo Dios, y el Espíritu Santo de ambos. Sin embargo, no es lícito decir que son innumerables, ni siquiera tres dioses: de los cuales no solo es una y la misma sustancia, sino también una y la misma operación, por la misma propia una y la misma sustancia; y por la criatura corporal también la demostración de cada uno. Esto no lo entiendes, no lo captas: lo sé, estás llena, embriagada, saturada de sacrilegio fabuloso. Alguna vez digiere lo que exhalas, y deja de abrumarte con tales cosas: mientras tanto, canta lo que cantas, y observa, si puedes, la deshonra de tu fornicación. Pues la doctrina de los demonios mentirosos te invitó a las casas ficticias de los ángeles, donde sopla una brisa saludable, y a los campos donde abundan los aromas, cuyos árboles y montes, mares y ríos, fluyen dulce néctar por todos los siglos. Y creíste y fingiste estas cosas en tu corazón, donde te agitas lujuriosa y disuelta con vanos recuerdos. Pues cuando se dicen tales cosas sobre la inefable abundancia de delicias espirituales, ciertamente se dicen en enigma; de modo que el alma que se ejercita en tales cosas sepa que hay algo más que buscar y entender allí, ya sea que se demuestre algo así a los sentidos corporales en la verdad corporal, como el fuego en la zarza

(Éxodo III, 2), y de la vara la serpiente, y de la serpiente la vara (Éxodo IV, 2-4), y la túnica del Señor no dividida por los perseguidores (Juan XIX, 24), y la unción de los pies o la cabeza de él por el servicio de una mujer (Mateo XXVI, 7, y Juan XII, 3), y las ramas de la multitud que precede y sigue a su asno (Mateo XXI, 7-9): o ya sea que se muestren figuradamente en el espíritu a través de imágenes de cuerpos, ya sea en sueño o en éxtasis, como la escalera de Jacob (Génesis XXVIII, 12), y la piedra cortada sin manos y aumentada en monte para Daniel (Daniel II, 34, 35), y aquel lienzo para Pedro (Hechos X, 11), y tantas cosas para Juan (Apocalipsis I, etc.): o ya sea que se figuren solo con locución de la misma manera, como el Cantar de los Cantares (Cantar I, etc.), y lo que hizo el padre de familia en el Evangelio al casar a su hijo (Mateo XXII, 2-14), y un hombre que tenía dos hijos, uno frugal y otro lujurioso (Lucas XV, 11-32), y un hombre que plantó una viña y la arrendó a labradores (Mateo XXI, 33). Pero tú principalmente predicas a Maniqueo por esto, porque no vino a decir tales cosas, sino más bien a resolverlas finalmente: para que, abiertas las figuras de los antiguos, y con sus narraciones y disputas expuestas con evidente luz, no se ocultara con ningún enigma. Añades la causa de esta presunción, que los antiguos, para ver, actuar o decir tales figuras, sabían que vendría después este por quien todo se manifestaría: pero este, que sabía que después de él no vendría nadie, no tejió sus sentencias con ambages alegóricas. ¿Qué hace entonces tu afecto, sucio de deseos carnales, en campos y montes boscosos, y coronas florales, y aromas abundantes? Si no son enigmas de razón, son fantasmas de pensamiento, o locura de furia. Si se dice que son enigmas, ¿por qué no huyes del adúltero, que promete la verdad abierta para seducir, y engaña con falacias fabulosas a quienes ha seducido? ¿No suelen sus ministros, también ellos miserables envenenados con tales vanidades, poner esta carnada en su anzuelo de Pablo apóstol, donde dice: Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se quitará; y, Ahora vemos por espejo en enigma, entonces veremos cara a cara (I Cor. XIII, 9, 10, 12)? Para que, según ellos, el apóstol Pablo conociera en parte, y profetizara en parte, viendo por espejo y en enigma, lo cual todo se quitaría con la venida de Maniqueo, trayendo lo perfecto, donde la verdad se vería cara a cara. ¡Oh lasciva, inmunda, sin vergüenza, aún hablas estas cosas, aún alimentas vientos, aún abrazas los ídolos de tu corazón! ¿Acaso viste cara a cara al rey reinante portador de cetro, ceñido con coronas florales, y a los ejércitos de dioses, y al esplendoroso portador de luz, con seis rostros y bocas, y resplandeciente de luz; y a otro rey de honor, rodeado de ejércitos de ángeles; y a otro héroe adamantino belicoso; sosteniendo una lanza con la derecha, y un escudo con la izquierda; y a otro rey glorioso impulsando tres ruedas, de fuego, agua y viento; y al gran Atlas llevando el mundo sobre sus hombros, y sosteniéndolo con los brazos a ambos lados? ¿Viste estas y otras mil maravillas cara a cara, o te las canta la doctrina de los demonios mentirosos a través de las bocas de los engañados, y no lo sabes? ¡Ay de ti, infeliz! He aquí con qué fantasmas te prostituyes, he aquí qué vanidades lames por verdad: y embriagada con pociones de serpiente, te atreves a insultar desde el díptico de piedra la modestia matronal de la esposa única del Hijo de Dios; porque ella ya no vive bajo la tutela de la Ley, sino bajo la enseñanza de la gracia, ni orgullosa de obras, ni quebrada por terrores, vive de fe, esperanza y caridad, hecha Israel, en quien no hay engaño (Juan I, 45), y escuchando lo que allí está escrito, El Señor tu Dios, es un solo Dios (Deut. VI, 4): lo que tú no escuchas, y has difundido tu fornicación en tantos dioses ficticios.

CAPÍTULO VII.

¿Cómo no te son enemigas esas Tablas, en las que el segundo mandamiento es, No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios (Éxodo XX, 7); cuando tú incluso a Cristo mismo, que vino en la verdad de la carne para liberar a los carnales de la vanidad carnal, lo has puesto en la vanidad de la falacia? ¿Cómo no te es adverso el tercer mandamiento sobre el descanso del

sábado, cuando tu alma inquieta es agitada por tantas ilusiones de ficciones? ¿Cuándo entenderás, cuándo saborearás, cuándo amarás que estos tres mandamientos pertenecen al amor de Dios? Eres desmedida, y fea, y contenciosa: te has hinchado, te has desvanecido, te has envilecido, has excedido tu medida, has manchado tu belleza, has turbado tu orden. Así fui contigo, te conozco. ¿Cómo entonces te enseñaré ahora que estos tres mandamientos pertenecen al amor de Dios, de quien, y por quien, y en quien son todas las cosas (Rom. XI, 30)? ¿Cómo entenderás esto, cuando ni siquiera aquellos siete, que pertenecen al amor del prójimo por el cual se mantiene la sociedad de la vida humana, te permites conocer y observar por la detestable perversidad de tu error? En los cuales el primer mandamiento es, Honra a tu padre y a tu madre: lo que también Pablo recuerda como el primer mandamiento con promesa, ordenando lo mismo y de la misma manera (Éxodo XX, 12, y Efesios VI, 2). Pero tú, con doctrina demoníaca, has aprendido a considerar enemigos a tus padres, porque te han ligado en la carne por el concúbito, y de esta manera ciertamente han impuesto a tu dios cadenas impuras. De aquí también violas el siguiente mandamiento, que es, No cometerás adulterio, de tal manera que detestas esto principalmente en el matrimonio, porque se procrean hijos; y así haces a tus Oyentes, mientras evitan que las mujeres con las que se mezclan conciban, incluso adúlteros de sus esposas. Pues las llevan según la ley del matrimonio, proclamando las tablas, con el fin de procrear hijos: y según tu ley, temiendo que no manchen con las impurezas de la carne una partícula de su dios, se mezclan con las mujeres en una unión impúdica solo para satisfacer la lujuria; pero reciben a los hijos de mala gana, por lo cual únicamente se deben unir los matrimonios. ¿Cómo entonces no prohíbes casarse, lo que el Apóstol predijo de ti mucho antes (I Tim. IV, 3), cuando intentas quitar de los matrimonios aquello por lo que son matrimonios? Quitado esto, los maridos serán torpemente amantes; las prostitutas, esposas; los tálamos, burdeles; los suegros, proxenetas. Y por lo tanto también aquel mandamiento, que es, No matarás, por la misma perversidad de tu error no lo guardas. Pues temiendo que el miembro de tu dios sea ligado en la carne, no das pan al hambriento: aquí temiendo un homicidio falso, allí perpetras uno verdadero. Así que si te encuentras con alguien hambriento que pueda morir, a menos que le ayudes dándole alimento; ya serás considerado homicida por la ley de Dios, si no le das; o por la ley de Maniqueo, si le das. ¿Cómo guardarás los demás mandamientos del Decálogo? ¿Te abstendrás de robar, para que no sé quién devore pan, o cualquier alimento, en sus entrañas para ser destruido, en lugar de que tú, si puedes, se lo robes, y corras a la oficina del vientre de tus Elegidos, para que con tu robo tu dios no caiga en un vínculo más grave, y de donde cayó sea liberado? Pero si en ese mismo robo eres atrapado; ¿no jurarás por ese mismo dios tuyo que no lo tomaste? ¿Qué te hará tal dios, a quien dices, Juré en falso por ti, pero por ti; a menos que quisieras que te causara daño, mientras le rendías honor? Así también despreciarás el mandamiento de la Ley, No darás falso testimonio, por los miembros de tu dios, de tal manera que no solo los liberes de las cadenas con testimonio, sino también con juramento falso. Ahora bien, lo que sigue, No codiciarás la esposa de tu prójimo (Éxodo XX, 13, 16, 17), debe cumplirse en ti: y esto es lo único que veo que no te ves obligada a violar por ninguna necesidad de tu error. Pero si es un pecado codiciar la esposa ajena, considera qué es proponerse a ser codiciada por otros: y recuerda a tus dioses hermosos y diosas hermosas, ofreciéndose para ser ardientemente codiciados, aquellos por las mujeres príncipes de las tinieblas, y aquellas por los hombres: quienes, excitados en el deseo de disfrutar, y ardiendo ansiosamente por sus abrazos, liberan de ellos a ese dios tuyo atado en todas partes, y necesitado de tanta depravación de los suyos para poder ser liberado. Pues no codiciar la propiedad del prójimo, que es el último mandamiento del Decálogo, ¿de dónde puedes, desdichada? ¿No es cierto que tu mismo dios te miente al fabricarse en tierra ajena nuevos siglos, donde después de una falsa victoria te inflarás con un falso triunfo? Que cuando ahora deseas con insana vanidad, y crees que esa tierra de la gente de las tinieblas está unida por la

máxima vecindad de tu sustancia, ciertamente codicias la propiedad del prójimo. Con razón te es enemigo el díptico, que contiene tan buenos mandamientos muy contrarios a tu error. Pues aquellos tres que pertenecen al amor de Dios, los ignoras por completo, no los guardas en absoluto: pero estos siete por los cuales la sociedad humana no es dañada, si alguna vez los guardas, o te reprimes por vergüenza, para no ser confundida entre los hombres; o te frenas por miedo, para no ser castigada por las leyes públicas; o aborreces el mal hecho por alguna buena costumbre; o adviertes por la misma ley natural que es injusto hacer a otro lo que no quieres que te hagan a ti: sin embargo, sientes cómo tu error te obliga a ir en sentido contrario, tanto cuando lo sigues como cuando no lo sigues; cuando haces lo que no quieres sufrir, o no lo haces porque no quieres sufrirlo.

CAPÍTULO VIII.

Pero esta verdadera esposa de Cristo, a quien insultas con la frente más descarada desde el díptico de piedra, entiende qué diferencia hay entre la letra y el espíritu (II Cor. III, 6), que de otro modo se llaman Ley y gracia: y ya no sirviendo a Dios en la vejez de la letra, sino en la novedad del espíritu (Rom. VII, 6), ya no está bajo la ley, sino bajo la gracia. Pues no se ciega con litigios; sino que, siendo dócil, atiende a las palabras del Apóstol, para entender qué llama ley, bajo la cual ya no quiere que estemos, porque fue puesta por causa de la transgresión, hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa (Gál. III, 19); y porque por eso se introdujo, para que abundara el delito; pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20). Sin embargo, no por eso llama a la misma ley pecado, porque sin gracia no vivifica; más bien aumenta la culpa con la prevaricación añadida: Donde no hay ley, tampoco hay prevaricación (Id. IV, 15); y por eso, por sí misma, cuando es solo letra sin espíritu, es decir, ley sin gracia, solo hace culpables: pero propone lo que los menos entendidos podrían pensar, y aclara lo que dice, cuando afirma: ¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? De ninguna manera: pero no conocí el pecado sino por la ley. Pues no conocía la concupiscencia, si la ley no dijera, No codiciarás. Tomando ocasión, el pecado, por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, pues, se me hizo muerte? De ninguna manera: sino que el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me produjo la muerte (Rom. VII, 7-13). Esto lo entiende aquella a quien insultas; porque gimiendo pide, porque humildemente busca, porque dócilmente llama: y así ve que no se reprende la ley, cuando se dice, La letra mata, pero el espíritu vivifica (II Cor. III, 6); así como no se reprende la ciencia, cuando se dice, La ciencia envanece, pero la caridad edifica. Pues ciertamente él mismo había dicho, Sabemos que todos tenemos ciencia: y entonces añade, La ciencia envanece, pero la caridad edifica (I Cor. VIII, 1). ¿Por qué, entonces, tenía él mismo con qué envanecerse, sino porque con caridad no solo no envanece la ciencia, sino que también fortalece? Así la letra con el espíritu, y la ley con la gracia, ya no se llama de ese modo letra y ley, como por sí misma cuando mata con el delito abundante. Así, pues, la ley es llamada virtud del pecado (Id. XV, 56), cuando aumenta su nociva delectación, por la severa prohibición. Sin embargo, tampoco así es mala: sino que el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me produjo la muerte. Así muchas cosas son nocivas para algunos, aunque no sean malas. Pues también vosotros, cuando os duelen los ojos, cerráis las ventanas incluso contra vuestro dios el sol. Esta, pues, esposa de Cristo, ya muerta a la ley, es decir, al pecado, que por la prohibición de la ley se hace más abundante, cuando la ley sin gracia manda, no ayuda: muerta, pues, a tal ley, para que sea de otro que resucitó de entre los muertos, discierne estas cosas sin injuria de la ley, para no cometer sacrilegio contra su autor: lo que tú haces contra aquel a quien no entiendes como autor del bien; cuando oyes al Apóstol diciendo, Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. He aquí el autor del bien, que te parece uno de los

príncipes de las tinieblas. Atiende a la verdad, hiere tus ojos. He aquí que el apóstol Pablo dice, La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. He aquí de quién es autor, quien envió aquel díptico que neciamente ridiculizas, en la dispensación de un gran sacramento. Porque la misma ley que fue dada por Moisés, la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I, 17), cuando se añadió el espíritu a la letra, para que comenzara a cumplirse la justicia de la ley, que no cumplida también hacía culpables por la prevaricación. Pues no es otra ley santa y justa y buena, y otra por la cual el pecado produce la muerte, a la que debemos morir, para que seamos de otro que resucitó de entre los muertos: sino que es la misma. He aquí, sigue, lee. Pero el pecado, dice, para que aparezca pecado, por lo bueno me produjo la muerte, para que se haga sobremanera pecador, o pecado por el mandamiento. Sorda, ciega, oye, ve. Por lo bueno, dice, me produjo la muerte. Por tanto, la ley siempre es buena; ya sea que perjudique a los vacíos de gracia, ya sea que beneficie a los llenos de gracia, siempre es buena: así como el sol siempre es bueno, porque toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4), ya sea que dañe a los ojos dolientes, ya sea que acaricie a los sanos. Por tanto, lo que es la salud de los ojos para ver el sol, eso es la gracia para las mentes para cumplir la ley. Y así como los ojos sanos no mueren por la delectación del sol, sino por aquellos golpes ásperos de los rayos, con los que, al ser reflejados, eran expulsados a tinieblas más densas: así el alma, hecha salva por la caridad del espíritu, no se dice muerta a la justicia de la ley, sino a aquella culpa y prevaricación, que la ley por la letra, cuando faltaba la gracia, hacía. Por tanto, de ella se dice ambas cosas, y, La ley es buena, si alguien la usa legítimamente; y lo que sigue, Sabiendo esto, que la ley no es puesta para el justo (Id. I, 8, 9); porque no necesita la letra que aterra, a quien deleita la misma justicia.

CAPÍTULO IX.

Esta esposa de Cristo, gozando en la esperanza de su plena salvación, y te desea una buena conversión de las fábulas a la verdad, para que no, temiendo a Adoneo como a un adúltero, permanezcas con el astuto adúltero serpiente. Porque Adonai es una palabra hebrea, y se interpreta como Señor, de la manera en que solo Dios se dice Señor: así como Latria, que es una palabra griega, y se interpreta como Servidumbre, no cualquiera, sino aquella con la que solo se sirve a Dios: así como Amén, se interpreta como Verdadero, no en cualquier lugar y de cualquier manera, sino con mística religión. Que si se te pregunta de dónde también tú lo tienes; aparte de las letras hebreas, o las que son del hebreo, no encuentras. Por tanto, la Iglesia de Cristo no teme la objeción de estos nombres: entiende, y ama; ni se preocupa por el insultador ignorante: y lo que aún no entiende, cree que es tal como algunas cosas que ha experimentado, que aún no entendidas eran así. Que alguien le objete que amó a Emmanuel; se burla de la ignorancia de aquel hombre, abraza la verdad de este nombre. Que le objete que amó al Mesías; rechaza al adversario extinguido, sostiene al maestro ungido. Así también desea que te sanes de los errores vanos, y que te edifiques sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas (Efes. II, 20). A quien llamas Hipocentauro, sin saber lo que dices, ni atiendes a lo que tu fábula te ha hecho, cuando de parte de tu dios y de parte de la tierra de las tinieblas fabricaste un mundo falso en tu corazón. ¿Acaso él no es un Hipocentauro, semibestia y semidiós? En verdad, porque ni siquiera debe llamarse Hipocentauro. Pero, ¿qué es, tú atiende, y enrojece y amansa, para que aborrezcas tu corrupción del serpiente adúltero: cuya astucia, si no creíste que debía ser creída en Moisés, debiste haberla evitado en Pablo, quien queriendo presentar a la verdadera Iglesia como virgen casta a Cristo, dice: Temo, no sea que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestras mentes de la simplicidad y castidad que hay en Cristo (II Cor. XI, 2, 3). Esto tú, al oírlo, sin embargo, te has vuelto tan insensata, y hecha demente por sus encantamientos venenosos, que a otras muchas herejías el mismo serpiente, de una manera y otra, te ha persuadido de que él mismo

es Cristo. Pero si muchas están erradas, atrapadas por sus engaños varios y multiformes, que sin embargo confiesan que esta advertencia del Apóstol es verdadera: ¿cuánto te has adulterado tú, cuán lejos te has prostituido, que tienes por Cristo mismo a aquel de quien el Apóstol de Cristo clama que sedujo y corrompió a Eva, para que con tal advertencia guarde a la virgen esposa de Cristo de él? Ha oscurecido tu corazón, quien contigo se revuelca en las fantasías de los bosques luminosos. ¿Cuáles son, dónde están, de dónde son las promesas fieles de él? Oh ebria, no de vino (Isai. LI, 21)!

CAPÍTULO X.

Ciertamente has injuriado con impudencia sacrílega al Dios de los Profetas, porque no ha mostrado a los mismos judíos que le sirven lo que prometió. Ni siquiera has dicho qué prometió y no mostró, para que no fueras convencida allí de que ya se ha mostrado lo que no entiendes, o de que aún está por venir lo que no crees. ¿Qué se te ha prometido y presentado a ti, de donde se te hiciera fe de que recibirías triunfos de nuevos siglos sobre la tierra de las tinieblas? Si presentas algunos profetas, en los que leamos con alabanza predichos futuros maniqueos, de donde ya pienses que algo se te ha mostrado, por el hecho mismo de que os vemos existir; primero tendrás que probar que no fue el mismo Maniqueo quien te inventó profetas, quien quiso que le creyeras. Pues no considera vergonzosa la mentira: o ¿acaso puede dudar en mostrar falsos profetas en pieles de oveja, quien alabando a Cristo asegura que mostró falsas cicatrices en sus miembros? Pero yo ciertamente leo que estáis predichos, no solo por los profetas alguna vez más oscuramente, sino también por el Apóstol más expresamente. Pero ved cómo: El Espíritu dice manifiestamente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, atendiendo a espíritus seductores y a doctrinas de demonios en hipocresía de mentirosos, teniendo cauterizada su conciencia, prohibiendo casarse, absteniéndose de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles y por los que han conocido la verdad: porque toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse si se toma con acción de gracias (I Tim. IV, 1-4). Esto, cómo se ha cumplido en vosotros, toca los ojos de todos los que os conocen con luz más clara, y lo hemos mostrado antes por el tiempo.

CAPÍTULO XI.

Pero esta, a quien la doctrina apostólica presenta como virgen casta a un solo esposo, Cristo, de la falacia del serpiente por la que tú has sido corrompida, advierte que se guarde, reconoce al Dios de los Profetas, al Dios verdadero, a su Dios: segura cree en la última promesa de él, de quien ya tiene cumplidas tantas promesas; y nadie dice que para el tiempo presente se le han inventado profetas, que afirma en los códigos de los judíos. Pues ¿qué se prometía más increíble, que lo que se dijo a Abraham: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 18). Y ¿qué más cierto ya tenemos mostrado? Ciertamente esa es su última promesa, que el profeta brevemente así recuerda: Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos (Psal. LXXXIII, 5). Pues terminada toda indigencia, y destruido el último enemigo, la muerte (I Cor. XV, 26), la perpetua alabanza de Dios será el negocio de los ociosos: a donde ya nadie se acercará, de donde ya nadie se alejará. Lo que en otro lugar el profeta así recuerda: Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion: porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti (Psal. CXLVII, 1, 2). Con las puertas cerradas, nadie entrará, nadie saldrá. Lo que el mismo esposo dice en el Evangelio, a las vírgenes insensatas, incluso llamando, no les abrirá (Matth. XXV, 12). Esta Jerusalén, la santa Iglesia, esposa de Cristo, se describe más copiosamente y abundantemente en el Apocalipsis de Juan. No crea esta virgen casta en esta promesa profética, si no tiene ya lo que por la misma profecía se le prometió que sería en este tiempo: Escucha, hija, y ve, e

inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre; porque el rey ha deseado tu belleza, porque él es tu Dios, y las hijas de Tiro le adorarán con regalos: tu rostro suplicarán los ricos del pueblo. Toda la gloria de la hija del rey es interior, en flecos de oro está rodeada de variedades: serán llevadas al rey vírgenes tras ella, sus compañeras serán llevadas a ti, con alegría y regocijo serán llevadas al templo del rey. En lugar de tus padres nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra: recordarán tu nombre en toda generación y generación, por eso los pueblos te confesarán por siempre y para siempre (Psal. XLIV, 11-18). Pero tú, infeliz, corrompida por el serpiente, ¿cuándo intentas siquiera pensar cuál es la belleza de la hija del rey interiormente? Pues esa es la castidad de la mente, donde tú has sido viciada, para que se te abrieran los ojos para amar y adorar al sol y la luna; y así, por el justo juicio de Dios, fueras alejada del árbol de la vida, que es la sabiduría eterna e interna; y no llamaras ni pensaras otra cosa como verdad y sabiduría, sino esta luz, que, tomada por los ojos mal abiertos, y aumentada inmensamente, y variada de muchas maneras por imágenes fabulosas, revolvías con mente impúdica. Estas son tus fornicaciones demasiado abominables. Y sin embargo, piénsalo pacientemente, y vuelve a mí, dice la Verdad. Vuelve a mí, y serás limpiada, serás restaurada, si te avergüenzas de ti, y te refundes en mí. Escucha esto, esto dice la verdadera Verdad, que ni con formas engañosas luchó con la gente de las tinieblas, ni con sangre engañosa te redimió.

LIBRO DECIMOSEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptáis a Moisés, cuando Cristo dice: Moisés escribió de mí; y si creyerais a Moisés, me creeríais a mí (Juan V, 46)? Yo, en verdad, no solo quisiera que Moisés hubiera escrito de Cristo, sino también todos los Profetas de los judíos y de los gentiles. Pues ¿qué daño haría esto a nuestra fe, o qué no más bien aprovecharía, si tomáramos testimonios congruentes y convenientes de todas partes sobre nuestro Dios? Pues sería también entonces libre para nosotros, permaneciendo el odio y la execración de su superstición, solo extraer de ellos las profecías sobre Cristo: de modo que no puede ser contrario para mí, si también Moisés, aunque sea ajeno a Cristo, parece haber escrito algo sobre Cristo. ¿O acaso alguien no desearía recoger de todas las espinas la flor, de toda hierba el fruto, de todas las moscas la miel: aunque no usemos ni moscas, ni hierba en alimento, ni espinas en adorno de corona? ¿O acaso alguien no querría que en todo abismo naciera una perla, en todas las tierras gemas, en todos los bosques frutos? O si no es perjudicial comer pescado del mar, ¿es perjudicial beber agua, y saben los hombres tomar lo útil y rechazar lo enemigo; no nos sería libre, condenando el rito de cualquier religión, si nos fuera inútil, solo tomar de allí las profecías sobre Cristo? Ni esto aprovecharía a los errores para capturarnos y reducirnos a su propia servidumbre: porque ni a los espíritus inmundos, cuando los mismos confesaban abiertamente e indisimuladamente que Jesús es el Hijo de Dios (Matth. VIII, 29), les aprovechó para que no nos fueran odiosos. Por tanto, si también Moisés, según este testimonio, escribió algo sobre Cristo, lo aceptaré: pero de tal manera que no le aproveche a él para capturarme en su propia ley, que no veo que difiera en nada del paganismo. Por lo cual no hay absolutamente nada que pienses, si esto se probara, que no me alegraría, que todo espíritu profetizó sobre Cristo.

CAPÍTULO II.

Te daré ciertamente suficientes gracias, si así como muestras que Cristo testificó que Moisés escribió de él, así también enseñas cuáles son las cosas que escribió. Pues yo, ciertamente, habiendo examinado sus Escrituras, como se ordenó, no encontré allí profecías sobre Cristo;

ya sea porque no hay ninguna, o porque yo mismo no pude entender. Por lo cual, puesto en gran angustia, la razón me obligaba a una de dos cosas; que o bien pronunciara falso este pasaje, o bien mentiroso a Jesús. Pero eso ciertamente era ajeno a la piedad, pensar que Dios mintió. Por tanto, parecía más correcto atribuir la falsedad a los escritores, que la mentira al autor de la verdad. Pues también le oía decir, que todos los que vinieron antes de él fueron ladrones y salteadores (Juan X, 8): con lo cual veo que en primer lugar se hiere a Moisés. Además, cuando a la majestad de él mismo hablando, donde se llama a sí mismo la luz del mundo, los judíos indignados replicaron, Porque tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero: no le veo continuar, donde más se requería, para decir que Moisés profetizó de él; sino que, como realmente ajeno y sin tener ningún testimonio de sus padres, respondió, En vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo; y da testimonio de mí, el que me envió, el Padre (Id. VIII, 13, 17, 18). Recordándoles aquello que todos oyeron dicho desde el cielo, Este es mi Hijo amado, creedle (Matth. III, 17, y Luc. IX, 35). Y tampoco me parece verosímil que los judíos pudieran callar, cuando Cristo decía que Moisés escribió de él, sin preguntar inmediatamente, como malignos y astutos, qué era aquello que pensaba que Moisés había escrito de él. Pero también este silencio de ellos de toda manera no menos significa que Jesús no dijo tal cosa.

CAPÍTULO III.

Aunque, por tanto, estas cosas parecen no pequeñas para confirmar la sospecha de falsedad sobre este pasaje, sin embargo, me retiene más aquello, porque, como dije, habiendo examinado toda la escritura de Moisés, no encontré allí profecías sobre Cristo. Ahora, sin embargo, habiéndote encontrado como lector de mejor entendimiento, creo que conseguiré algo, y confieso que daré gracias, si no frustras con ninguna envidia la esperanza de progreso y doctrina que la confianza de tu reproche me promete; sino que enseñes, si hay algo que tal vez al leer pasé por alto sobre Dios y nuestro Señor mencionado en la escritura de Moisés. Y no digas, te ruego, como suelen los ignorantes, que esto mismo debe ser suficiente para la fe, porque Cristo dijo que Moisés escribió de él. Pues no quiero que ahora mires a mí, a quien mi profesión ha hecho sujeto a creer, de modo que no pueda no creer a aquel a quien sigo; sino que supongamos que tratamos con un judío, supongamos con un gentil: cuando les digamos, Moisés escribió de Cristo, preguntarán pruebas, ¿qué ofreceremos? ¿Acaso podremos decir, Cristo lo dijo, a quien aún no creen? Sin duda será necesario mostrarles qué escribió.

CAPÍTULO IV.

¿Qué, pues, mostraremos? ¿Acaso aquello que soléis, donde Dios habla a Moisés diciendo: "Les suscitaré un Profeta de entre sus hermanos, semejante a ti" (Deut. XVIII, 15, 18)? Pero esto ciertamente no se refiere a Cristo, ni el judío lo ignora, ni nos conviene creerlo así: porque Cristo no es un profeta, ni un profeta semejante a Moisés: ya que aquel fue hombre, este Dios; aquel pecador, este santo; aquel nacido de unión carnal, este según tú de una virgen, según yo ni siquiera de una virgen; aquel, ofendido su Dios, muere en el monte (Deut. XXXIV, 5), este, complaciendo al Padre, sufre por propia voluntad (Juan X, 18). ¿Cómo, pues, será él un profeta semejante a Moisés? Sin duda, el judío nos ridiculizará como ignorantes o nos acusará de mentirosos.

CAPÍTULO V.

¿Ofreceremos aquello que soléis introducir, "Verán su vida pendiente y no creerán en su vida" (Deut. XXVIII, 66)? A lo cual añadís "en el madero"; pues no está escrito. Pero

también es fácil demostrar que esto no se refiere a Cristo. Entre las severas maldiciones que pronunció sobre su pueblo si se apartaban de su ley, añadió también esto, diciendo que estarían en cautiverio de sus enemigos, meditando su fin día y noche, sin tener confianza en su propia vida, que les sería concedida por los vencedores: porque estaría siempre pendiente, temerosa y ansiosa bajo la amenaza de las espadas. Por tanto, esto tampoco se refiere a Cristo: hay que buscar otras cosas. Pues apenas podría creer que pensáis que se dijo de Cristo, que es maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23): o aquello otro, que debe ser muerto el profeta o príncipe del pueblo que quisiera apartarlos de su Dios o infringir alguno de los mandamientos (Deut. XIII, 5). Lo cual no puedo negar que Cristo lo hizo claramente. Pero tú no podrás afirmar claramente que estas cosas se escribieron sobre él, porque si así fuera, comenzaríamos a preguntar de nuevo, incluso en qué espíritu profetizó Moisés, para que maldijera a Cristo o mandara matarlo. Pues si tuvo el espíritu de Dios, no dijo estas cosas de Cristo: si dijo estas cosas de Cristo, no tuvo el espíritu de Dios. Porque el espíritu divino no maldeciría a Cristo ni mandaría matarlo. Así que, para vindicar a Moisés de este crimen, es necesario que admitáis que tampoco escribió esto sobre Cristo. Si no escribió esto sobre Cristo, o daréis otras cosas, o no habrá ninguna. Si no hay ninguna, tampoco Cristo pudo afirmar lo que no está en ninguna parte. Así, si Cristo no afirmó esto, se demostrará que ese capítulo es falso.

CAPÍTULO VI.

Pero tampoco es verosímil lo que sigue, "Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí" (Juan V, 46). Porque la tradición de Moisés y la de Cristo son muy diferentes y distantes, de modo que si los judíos creyeran a uno de ellos, necesariamente se opondrían al otro. Pues Moisés enseña, más que nadie, que se debe abstener de toda obra en sábado, y da como razón de esta religión que Dios, al crear el mundo y todo lo que hay en él, trabajó seis días y descansó el séptimo, que es el sábado: y por eso lo bendijo, es decir, lo santificó, como puerto de su tranquilidad, y dio la ley además, que quien lo quebrantara, moriría (Éxodo XX, 8-11, y XXXI, 13-17). Esto, pues, los judíos lo creían firmemente, enseñado por Moisés: y por eso pensaban que no debían prestar oído a Cristo, quien afirmaba que Dios siempre trabaja, y que no se había fijado ningún día de descanso, porque es una virtud continua e incansable; y que por eso él nunca debía cesar, ni siquiera en sábados: "Mi Padre", dice, "siempre trabaja, y yo debo trabajar" (Juan V, 17, y IX, 4). Asimismo, Moisés cuenta la circuncisión de la carne entre las cosas sagradas y agradables a Dios, y manda circuncidar a todo varón, en la carne de su prepucio: y enseña que esto es un signo necesario del pacto que Dios estableció con Abraham, y afirma que cualquiera que no lo lleve será exterminado de su tribu, y no participará de la herencia prometida a Abraham y a su descendencia (Génesis XVII, 9-14). Y esto también los judíos lo creían firmemente, afirmado por Moisés: y por eso no podían tener fe en Cristo, quien debilitaba estas cosas, y además afirmaba que quien estuviera circuncidado se haría doblemente hijo del infierno (Mateo XXIII, 15). Asimismo, Moisés hace una cuidadosa distinción de los alimentos carnales, y se sienta como árbitro entre peces, aves y cuadrúpedos, ordenando que unos se coman como puros, y otros ni siquiera se toquen por impuros: entre los cuales clasifica al cerdo y la liebre, y cualquier pez sin escamas, o cuadrúpedo que no tenga pezuña hendida ni rumie (Deut. XIV, 3-20). Y esto también los judíos lo creyeron firmemente, escrito por Moisés: y por eso no podían ya creer en Cristo, quien enseñaba la indiferencia de los alimentos, y a sus discípulos les prohibía todo, pero al pueblo secular les permitía todo lo que se pudiera comer, y afirmaba que nada de lo que entra en la boca contamina; porque lo que sale de la boca con impudicia, eso es lo que contamina al hombre (Mateo XV, 11-20). Nadie ignora que Jesús enseñó estas y muchas otras cosas contrarias a Moisés.

CAPÍTULO VII.

Como sería largo recorrer cada una de estas cosas, mostraré una por muchas, es decir, que la mayor parte de las herejías cristianas, y, lo que es evidente, los católicos no se preocupan por guardar nada de lo que Moisés escribe. Lo cual, si no descende de algún error, sino de la verdadera tradición de Cristo y sus discípulos, es necesario que admitáis que Jesús enseñó cosas contrarias a Moisés: y por eso no fue creído por los judíos, porque querían dar fe a Moisés. ¿Cómo, pues, no será falso que Jesús dijera a ellos, "Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí", cuando es manifiesto que no creyeron en Jesús porque creían en Moisés; y podrían haber tenido fe en Cristo si hubieran dejado de creer en Moisés? Sin embargo, como dije, enseñanos, por favor, dónde escribió Moisés algo sobre Cristo.

CAPÍTULO VIII.

Dice en otro lugar: Si eres cristiano, cree al decir de Cristo que Moisés escribió sobre él. Si no crees, no eres cristiano. Esta respuesta siempre es inepta y débil de quienes no tienen nada que mostrar. Cuánto mejor habrías hecho si lo hubieras confesado simplemente. Y sin embargo, podrías haberme dicho esto a mí, a quien sabes que debo creer por la religión que sirvo a Cristo: aunque aún se busca si esto es testimonio de Cristo, para que deba creerse absolutamente; o del escritor, para que se examine cuidadosamente. Ni si no creemos en falsedades, ofendemos a Cristo, sino a los falsificadores. Sin embargo, de alguna manera esto puede ser soportado por los cristianos: pero ¿qué haremos con aquellos que mencioné, es decir, el judío y el gentil, a quienes no podemos decir, Si eres cristiano, cree; si no crees, no eres cristiano? Aunque ni siquiera a un cristiano le dirías esto correctamente, ya que Cristo no despreció al apóstol Tomás cuando dudaba de él; sino que, para sanar las heridas de su alma, le mostró las cicatrices de su cuerpo: y no dijo, Si eres discípulo, cree, si no crees, no eres discípulo. Tú me dices esto, no dudando de Cristo, sino de la sentencia, si es suya o añadida. Pero, dices, llama bienaventurados a los que no vieron y creyeron (Juan XX, 27, 29). Si piensas que esto se dijo para que creamos sin razón y juicio; sé tú bienaventurado sin sentido, yo me contentaré con ser bienaventurado con razón al escuchar.

CAPÍTULO IX.

AUGUSTÍN respondió: Astutamente dices que estás preparado, si encuentras alguna profecía sobre Cristo en los libros de Moisés, para recibirla como si fuera un pez del mar, mientras rechazas el agua misma de donde se pesca el pez. Pero como todo lo que Moisés escribió es sobre Cristo, es decir, se refiere completamente a Cristo, ya sea que lo anuncie en figuras de cosas hechas o dichas, o que recomiende su gracia y gloria; tú, que creíste en un Cristo ficticio y engañoso de las letras de Maniqueo, no quieres creer a Moisés, así como no quieres comer el pez. Sin embargo, hay esta diferencia, que persigues hostilmente a Moisés, pero alabas falsamente al pez. Pues si comer pez del mar no hace daño, como tú mismo dijiste; ¿por qué lo proclamáis tan nocivo, que si no hay otro alimento disponible, preferís morir de hambre antes que comer pez? ¿Qué, si toda carne es impura, como decís, y en toda agua y toda hierba se retiene esa miserable vida de vuestro dios, que debe ser purgada por vuestros alimentos; tu superstición detestable te obliga a rechazar el pez que alabaste, y a beber agua de mar y comer espinas que vituperaste? Pero también comparaste al siervo de Dios con los demonios, para que, como ellos fueron cuando confesaron a Cristo (Mateo VIII, 29), así también él sea aceptado si algo en sus libros pudiera encontrarse que predique a Cristo; él ciertamente no se avergüenza del oprobio de su Señor. Pues si al padre de familia se le llamó Beelzebub, cuánto más a sus domésticos (Mateo X, 25)? Pero vosotros ved de quién aprendisteis estas cosas, ciertamente más criminales que aquellos que así injuriaron al Señor.

Pues ellos no creían que él fuera Cristo, y por eso lo consideraban engañoso: pero vosotros no consideraréis verdadera la doctrina, a menos que se atreva a proclamar a Cristo engañoso.

CAPÍTULO X.

¿De dónde te parece que la ley de Moisés no se diferencia en nada del paganismo? ¿Es porque recomienda el templo, el sacrificio, el altar y el sacerdote? Pero todos estos nombres también se encuentran en el Nuevo Testamento. "Destruid", dice, "este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19); y, "Cuando ofrezcas tu ofrenda en el altar" (Mateo V, 24); y, "Ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por ti el sacrificio que mandó Moisés, para testimonio a ellos" (Mateo VIII, 4). Pero de quiénes fueron figuras estas cosas, en parte el mismo Señor lo demuestra, cuando compara el templo de su cuerpo con aquel templo; en parte lo conocemos por la doctrina apostólica: "El templo de Dios es santo", dice el Apóstol, "que sois vosotros" (I Cor. III, 17); y, "Os ruego, pues, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rom. XII, 1); y otras cosas semejantes. Por tanto, todas aquellas cosas fueron figuras nuestras (I Cor. X, 6), como dice el mismo, y debe recordarse a menudo: porque no se ofrecían a los demonios, sino al único Dios verdadero, que hizo el cielo y la tierra; no como necesitado de tales cosas, sino distinguiendo los tiempos, y ordenando las presentes, por las cuales significara las futuras. Pero vosotros, que para seducir y engañar a los ignorantes e imperfectos cristianos, fingís detestar el paganismo, mostradnos la autoridad de los libros cristianos, en los cuales se os ordene adorar y venerar al sol y la luna. Por tanto, vuestro error es más semejante al paganismo; ya que no adoráis a Cristo, sino que en nombre de Cristo adoráis algo que habéis inventado mintiendo, y adoráis dioses ya sea en este cielo visible o innumerables otros ficticios. A estos fantasmas, como vanos e inanes simulacros, no les habéis construido capillas, sino que habéis hecho de vuestros corazones templos.

CAPÍTULO XI.

Exiges de mí que muestre qué escribió Moisés sobre Cristo. Ya se han demostrado muchas cosas anteriormente; pero ¿quién puede demostrarlo todo? Especialmente, porque si menciono algunas cosas, este perverso parece preparado para intentar pervertirlas en otro sentido; o si es oprimido por la evidencia de una verdad más clara, decir que las toma como un pez sabroso del mar salado: y por eso no debe ser obligado a beber toda la Escritura de Moisés, como si fuera agua de mar. Por tanto, considero suficiente para esta obra mostrar que aquellas mismas cosas que él seleccionó para ser reprendidas de la Escritura de la ley de los hebreos, si se entienden correctamente, se refieren a la proclamación de Cristo: de lo cual se verá claramente que mucho más las demás cosas, ya sea pronunciadas inmediatamente, o diligente y verdaderamente investigadas, convienen a la fe cristiana; si aquellas que el enemigo objeta para ser ridiculizadas y condenadas, son por la misma verdad cristiana condenadas. Por tanto, oh lleno de toda falacia, cuando el Señor en el Evangelio dijo, "Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él" (Juan V, 46); no hay razón para que finjas estar en gran angustia, y parezcas ser obligado a uno de dos, para que o declares falso este capítulo, o a Jesús mentiroso. Pues así como este capítulo es verdadero, también Jesús es veraz. "Pareció más correcto", dice, "atribuir la falsedad a los escritores, que el mentir al autor de la verdad". ¿Así que tú crees que Cristo es el autor de la verdad, a quien proclamas simulador de carne, muerte, heridas y cicatrices? Quiero que me muestres de dónde aprendiste que Cristo es el autor de la verdad, si te atreves a atribuir falsedad a aquellos que escribieron sobre él, cuya autoridad fue transmitida y firmada en la memoria reciente a las generaciones posteriores. Pues no viste a Cristo, ni cómo habló contigo como con los Apóstoles, ni te llamó del cielo como a Saulo (Hechos IX, 3-7). ¿Qué podemos

pensar o creer de él, sino lo que testifica la Escritura? Pero si el Evangelio, difundido y conocido por todas las naciones, y desde el principio de la predicación del nombre de Cristo en todas las Iglesias colocado en tan alto culmen de santidad, es mentiroso; ¿qué escritura puede ser presentada, en la cual se deba tener fe sobre Cristo? ¿Qué podrás presentar escrito, que no diga que fue inventado, si tanta notoriedad del Evangelio es puesta en duda?

CAPÍTULO XII.

Luego añades que lo escuchaste decir, que todos los que vinieron antes de él fueron ladrones y salteadores (Juan X, 8). ¿De dónde lo escuchaste decir esto, sino del Evangelio? Pero si esto, que así crees del Evangelio, como si dijeras que lo escuchaste de la boca del Señor, otro lo niega y dice que Cristo no lo dijo; ¿a dónde irás? ¿qué harás? ¿No proclamarás con todas tus fuerzas la autoridad evangélica? Miserable, allí está escrito lo que no quieres creer, donde aprendiste lo que así crees, que dices que lo escuchaste del mismo Cristo. He aquí que nosotros creemos ambas cosas, porque creemos en el santo Evangelio, donde ambas están escritas; y que Moisés escribió sobre Cristo, y que todos los que vinieron antes de Cristo fueron ladrones y salteadores. Pues quiere que se entienda que vinieron así, porque no fueron enviados: porque los que fueron enviados, como Moisés y los santos profetas, no vinieron antes de él, sino con él; porque no quisieron precederlo por soberbia, sino que humildemente lo llevaron hablando a través de ellos. Pero vosotros, que entendéis estas palabras del Señor de esta manera, según vuestro entendimiento confesáis suficientemente que no tenéis profetas que profetizaran la venida de Cristo: y por eso lo inventasteis como quisisteis. Pues si hay algunos de los vuestros, a quienes ciertamente no se debe dar fe, porque no son presentados sino por vosotros; sin embargo, si hay algunos a quienes os atrevéis a decir que profetizaron que Cristo vendría con carne falsa, sufriría una muerte falsa, ofrecería cicatrices falsas a los discípulos dudosos; no digo por esto mismo cuán detestables y evitables son, y cuán no pueden ser veraces, a quienes agrada Cristo por su mentira: para no decir esto, ciertamente como comencé a decir, según vuestro entendimiento, fueron ladrones y salteadores, porque vinieron antes de Cristo, quienes lo predicaron de cualquier manera. Pero si ese entendimiento es verdadero, que ellos vinieron antes de Cristo, quienes no quisieron venir con Cristo, es decir, con el Verbo de Dios, sino que cuando Dios no los envió, trajeron sus mentiras a los hombres: vosotros mismos, aunque nacisteis en este mundo después de la pasión y resurrección de Cristo, sois ladrones y salteadores; porque quisisteis venir antes de él, para proclamar vuestra falsedad, antes de que él os iluminara para predicar su verdad.

CAPÍTULO XIII.

Allí, sin embargo, donde le fue dicho por los judíos: "Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero", no es de extrañar que no lo veas seguir diciendo que Moisés profetizó sobre él: pues no tienes un ojo piadoso para poder verlo. Porque he aquí lo que les respondió: precisamente, "En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí" (Juan VIII, 13, 17, 18): ¿qué otra cosa suena para los que entienden correctamente, sino que ese número de testigos en la ley fue consagrado y recomendado por el espíritu profético, para que así también se preanunciara la futura revelación del Padre y del Hijo, cuyo Espíritu es en esa inseparable Trinidad el Espíritu Santo? Por eso está escrito: "En la boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra" (Deut. XIX, 15). De lo contrario, un solo testigo a menudo dice la verdad, y muchos a menudo mienten: y más bien se creyó al principio de la fe de los gentiles a un solo apóstol evangelizando, que a los pueblos errantes de los cuales él mismo sufría persecución. No en vano, por tanto, de alguna manera fue

consagrado este número de testigos: y cuando el Señor respondió esto, también quiso que se entendiera que Moisés profetizó sobre él. ¿O acaso os quejáis de que no dijo "en la ley de Dios", sino "en vuestra ley está escrito"? ¿Quién no reconoce la locución habitual de las Escrituras? En la ley "vuestra" dijo, dada a vosotros (II Tim. II, 8, y Gál. I, 11, 12): como dice el Apóstol su Evangelio, que sin embargo testifica haber recibido, no de hombre, sino por revelación de Jesucristo. ¿O también decís que Cristo negó tener a Dios por Padre, dondequiera que no dijo "nuestro Padre", sino "vuestro Padre" (Mat. VI, 26, 32, etc.)? Ahora bien, aquella voz que mencionaste, llevada desde el cielo, "Este es mi Hijo amado, creedle" (Id. III, 17, y XVII, 5); porque no la oísteis, no queráis creerle. Pero si creéis por haberla encontrado en las Sagradas Escrituras, allí está también esto que no queréis creer, que Moisés escribió sobre Cristo; allí hay muchas otras cosas a las que igualmente negáis fe: y no teméis, miserables, que así algún profano diga que esa voz no sonó en absoluto desde el cielo; y como vosotros contra la salvación del género humano, que a todas las naciones se confiere con autoridad evangélica, también para vuestra perdición argumentáis, cuando decís que no debe creerse que Cristo dijo que Moisés escribió sobre él, porque si él lo hubiera dicho, los judíos no habrían podido callar, sino que inmediatamente, como malignos y astutos, habrían preguntado qué era aquello que pensaba que Moisés había escrito sobre él: así también aquel vano y perdido diría, Si esa voz hubiera sonado desde el cielo, ¿todos los judíos que la oyeron habrían creído? ¿Por qué entonces no consideraréis, insensatos, que así como pudo suceder que después de aquella voz celestial permaneciera la dura incredulidad de los judíos; así pudo suceder que cuando Cristo dijo que Moisés escribió sobre él, temiendo más con maligna astucia ser convencidos, no preguntaran en absoluto qué había escrito Moisés sobre él?

CAPÍTULO XIV.

Pero Fausto siente que esta argumentación no solo es sacrílega contra la santidad evangélica, sino también débil y endeble; y concentra su intención más bien en aquello, y dice que se siente más atado porque, habiendo examinado toda la escritura de Moisés, no encuentra allí ninguna profecía sobre Cristo. A quien rápidamente respondo, porque no entiende: y si alguien pregunta por qué no entiende; responderé, porque lee con ánimo enemigo, con ánimo adverso; porque no examina para saber, sino que cree saber lo que no sabe. Esta presunción de arrogancia hinchada cierra el ojo del corazón, para que no vea en absoluto; o lo distorsiona, para que vea perversamente, y pruebe o desapruebe una cosa por otra. "Enséñame", dice, "qué es lo que quizás al leer he pasado por alto sobre Dios y nuestro Señor mencionado en la Escritura de Moisés". Y aquí rápidamente responderé, Todo lo has pasado por alto, porque todo él escribió sobre Cristo. Pero como no podemos discutir y tratar todo, te guardaré en esta obra, si puedo con la ayuda del Señor, lo que dije antes, para mostrar que esas mismas cosas que eliges para reprochar, están escritas sobre Cristo. Incluso pides que no diga, como suelen los inexpertos, que esto mismo debe ser suficiente para la fe, porque Cristo dijo que Moisés escribió sobre él. Lo cual, si lo digo, no lo digo como inexperto, sino como fiel: pero que esto no vale para convencer a un gentil o a un judío, también lo admito; pero contra vosotros, que de alguna manera os gloriáis con el nombre cristiano, es suficientemente idóneo y poderoso, tú también, aunque hayas tergiversado por mucho tiempo, sin embargo, te ves obligado a confesar diciendo: "No quiero que ahora mires a mí, a quien mi profesión ha hecho sujeto a creer, para que no pueda dejar de creer en aquel a quien sigo: sino que supongamos que tratamos con un judío, supongamos con un gentil". Con estas palabras mostraste que tú, con quien ahora tengo trato, porque tu profesión te ha hecho sujeto a creer, estás suficientemente convencido de que Moisés escribió sobre Cristo; porque está escrito en el Evangelio que Cristo mismo lo dijo, cuya autoridad tan clara y santa no te atreves a debilitar: porque incluso cuando te atreves a hacerlo de manera indirecta, presionado por las

dificultades de tu problema, y viendo cuán grande ruina te abruma cuando se te dice que no hay escritura a la que exijas que se crea sobre los hechos y dichos de Cristo, si no crees que debe creerse en el Evangelio tan santamente y ampliamente conocido; y temiendo que, al perder el manto del nombre cristiano, vuestra vanidad desnuda quede expuesta a ser escupida y detestada por todos, de nuevo intentas recoger tus fuerzas heridas, y dices que con estas palabras del Evangelio tu profesión te ha hecho sujeto a creer. Así pues, te tengo, te golpeo, te destruyo, es decir, tu error y tu engaño; y te obligo a confesar que Moisés escribió sobre Cristo: porque se lee en el Evangelio que Cristo lo dijo, a quien tu profesión te ha hecho sujeto a creer. Pero si me fuera necesario disputar con un judío o un gentil, ya he mostrado de qué maneras creo que debo actuar según mis pequeñas fuerzas.

CAPÍTULO XV.

Tampoco niego que está predicho sobre Cristo, lo que tú elegiste como fácil de refutar, donde Dios habla a Moisés, diciendo: "Les suscitaré un Profeta de entre sus hermanos, semejante a ti" (Deut. XVIII, 15, 18). Y tus antítesis elegantes y pulidas, con las que quisiste colorear y pintar tu discurso de barro, de ninguna manera me disuaden de esta verdad de fe.

Comparando a Cristo y a Moisés, y deseando mostrar que son diferentes, para que por esto no parezca que se entiende sobre Cristo lo que está escrito, "Les suscitaré un Profeta semejante a ti"; opusiste muchas cosas contrarias, que aquel es hombre, este Dios; aquel pecador, este santo; aquel nacido de coito, este según nosotros de virgen, según vosotros ni siquiera de virgen; aquel muerto en el monte por ofender a Dios, este sufriendo por propia voluntad agradando al Padre. Como si cuando se dice que algo es semejante, se entendiera semejante en todo aspecto y de toda manera: porque no solo las cosas de una misma naturaleza se dicen semejantes entre sí, como los gemelos humanos, o los hijos a los padres, o todos los hombres a todos los hombres, en cuanto son hombres, ciertamente son semejantes, lo cual es fácil de observar también en los demás animales, o en los árboles, como el olivo al olivo, el laurel al laurel se dice semejante, sino que también muchas cosas de naturaleza dispar son y se dicen semejantes, como el acebuche al olivo, y el farro al trigo. Hablo de cosas aún próximas y tangentes: pues ¿qué tan distante está del Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3), como el ganado y la piedra? y sin embargo, en el Evangelio se lee, "He aquí el Cordero de Dios" (Ibid., 29); y en el Apóstol, "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4): lo cual nadie diría correctamente, si de ninguna manera él asumiera alguna semejanza de ellos. ¿Qué, pues, es de extrañar si Cristo no desdeñó hacerse semejante al mismo Moisés, quien se hizo semejante a la oveja, que en su preunciación por el mismo Moisés Dios mandó que fuera comida por su pueblo, y su sangre aplicada para la protección de la salvación, y llamada Pascua (Éxod. XII), lo cual ahora en Cristo se ha cumplido y nadie puede disimular? Por lo tanto, de las Escrituras reconozco al disímil, de las Escrituras reconozco conmigo también al semejante: no de allí al disímil de donde al semejante; sino por una causa aquello, por otra esto; mientras demuestro ambos. Cristo es disímil al hombre, porque es Dios; pues está escrito de él, "Que es sobre todo Dios bendito por los siglos" (Rom. IX, 5); y Cristo es semejante al hombre, porque es hombre; porque de él también está escrito, "Mediador de Dios y de los hombres, hombre Cristo Jesús" (I Tim. II, 5). Cristo es disímil al pecador, porque siempre es santo: y Cristo es semejante al pecador, porque Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne (Rom. VIII, 3). Cristo es disímil al hombre nacido de coito, en cuanto nació de virgen: pero Cristo es semejante al hombre nacido, en cuanto él mismo nació de mujer, a quien se le dijo, "Lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios" (Luc. I, 35). Cristo es disímil al hombre muerto por su pecado, en cuanto sin pecado y por su propio poder murió: pero de nuevo Cristo es semejante al hombre muerto, en cuanto él mismo murió de verdadera muerte del cuerpo.

CAPÍTULO XVI.

No por eso deshonres al siervo de Dios Moisés, porque dijiste que era pecador, y que fue muerto en el monte por ofender a su Dios (Deut. XXXIV, 5). Pues él también sabía gloriarse en el Señor, para ser salvado por él: de quien también aquel que dice, "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (I Tim. I, 15). Pues Moisés es acusado por la voz divina, porque su fe para sacar agua de la roca vaciló un poco (Num. XX, 10-12): lo cual puede serle común con el pecado de Pedro, quien en medio de las olas dudó con similar defecto de fe (Mat. XIV, 30, 31). Pero lejos esté de nosotros creer que por esto fue alienado de la eterna sociedad de los santos, quien con el santo Elías, como dice el Evangelio, mereció asistir al Señor glorificado en el monte (Mat. XVII, 1-5). Pues, como leemos en los antiguos Libros, incluso después de ese pecado, cuán grande es su mérito ante Dios se muestra. Pero, ¿qué causa hubo para que Dios hablara de vindicar su pecado con tal muerte? Como prometí demostrar que esas mismas cosas que elegiste para reprochar pertenecen a la profecía de Cristo; haré como pueda, con la ayuda del Señor, para enseñar que esto mismo que reprochaste en la muerte de Moisés, fue una profecía sobre Cristo para los que entienden correctamente.

CAPÍTULO XVII.

Pues como es costumbre de los misterios divinos en las santas Escrituras, que el mismo hombre a veces represente una y otra persona por alguna cosa que significa; entonces Moisés representaba la persona del pueblo judío bajo la Ley, y lo figuraba en la prenunciación profética. Así como Moisés, golpeando la roca con la vara, dudó del poder de Dios; así aquel pueblo, que estaba bajo la Ley dada por Moisés, al fijar a Cristo en el madero de la cruz, no creyó que él era el Poder de Dios. Pero así como de la roca golpeada manó agua para los sedientos; así la herida de la pasión del Señor se convirtió en vida para los creyentes. Pues tenemos sobre este asunto la voz clarísima y fidelísima del Apóstol, cuando hablaba de ello, diciendo, "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4). Por tanto, esta desesperación carnal sobre la divinidad de Cristo Dios manda que muera en la altura de Cristo mismo, cuando ordena que la muerte de la carne de Moisés se haga en el monte. Pues así como la roca es Cristo, también el monte es Cristo: la roca es la fortaleza humilde, el monte es la grandeza eminente. Porque así como dice el Apóstol, "La roca era Cristo"; así el mismo Señor, "No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte" (Mat. V, 14): afirmando que él mismo es el monte, y sus fieles, fundados en la gloria de su nombre, son la ciudad. La prudencia de la carne vive, cuando como la roca golpeada se desprecia la humildad de Cristo en la cruz: pues Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y necedad para los gentiles. Y la prudencia de la carne muere, cuando como la eminencia del monte se reconoce a Cristo excelso: pues a los llamados judíos y griegos, Cristo es el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 23, 24). Así pues, Moisés sube al monte, para que, muerta la carne, sea recibido con el espíritu vivo: donde Fausto no había subido, para que con la mente muerta hablara calumnias carnales. ¿No es cierto que el mismo Pedro temió golpear la roca por la prudencia de la carne, cuando al Señor que le anunciaba su pasión le dijo: "Lejos de ti, Señor, no sucederá esto; ten piedad de ti"? Pues el Señor no perdonó este pecado, cuando le respondió: "Apártate de mí, Satanás, me eres escándalo: porque no entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres" (Mat. XVI, 22, 23). ¿O dónde murió esta desconfianza carnal, sino en la glorificación de Cristo, como en la altura del monte? Pues ciertamente vivía, cuando lo negó con temor: y ciertamente estaba muerta, cuando lo predicó con libertad. Esta vivía en Saulo, cuando detestando el escándalo de la cruz devastaba la fe cristiana (Hech. VIII, 3); y ¿dónde sino en aquel monte estaba muerta, cuando ya Pablo decía, "Vivo, pero ya no yo, sino que vive en mí Cristo" (Gál. II, 20)?

CAPÍTULO XVIII.

¿Qué tienes, pues, vanidad herética, de donde creas poder convencerte de que no está predicho sobre Cristo, "Les suscitaré un Profeta de entre sus hermanos, semejante a ti"; cuando ni siquiera puedes, porque muestras al disímil? Pues por otras causas también nosotros mostramos al semejante. ¿O porque fue llamado profeta, quien también se dignó ser hombre, y predijo tantas cosas futuras? A menos que quizás otra cosa sea profeta, que un hombre que predice el futuro más allá de las conjeturas humanas. Por lo cual él mismo dijo de sí mismo: "No hay profeta sin honra, sino en su propia patria" (Mat. XIII, 57). Pero de ti me ocuparé, que te confesaste convencido poco antes, cuando dijiste que tu profesión te ha hecho sujeto a creer en el Evangelio: que el mismo judío salga al medio, quien levanta su cuello mal liberado del yugo de Cristo, y por eso aún se cree con derecho a decir, "Mintió vuestro Cristo; Moisés no escribió nada sobre él".

CAPÍTULO XIX.

Dígame qué profeta prometió Dios cuando dijo a Moisés: "Les suscitaré un Profeta de entre sus hermanos, como tú, o semejante a ti". Pues muchos profetas hubo después, pero sin duda quiso referirse a uno en particular. Creo que fácilmente pensará en el sucesor de Moisés, quien introdujo al pueblo liberado de Egipto en la tierra prometida. Pensando en él, tal vez se burle de mí por preguntar de quién se dijo: "Les suscitaré un Profeta semejante a ti", al leer quién sucedió a Moisés en la tarea de gobernar y guiar a ese pueblo. Y aunque se ría de mí como si fuera ignorante (pues así también lo describe Fausto), no dejaré de interpelarlo y de llamarlo de su risa segura a la responsabilidad de responder, preguntando y exigiendo por qué a su futuro sucesor, en comparación con quien fue desaprobado para no introducir al pueblo en la tierra prometida, Moisés le cambió el nombre. Se llamaba Ause, y lo llamó Jesús (Núm. XIII, 9, y XIV, 6). ¿Por qué lo llamó así cuando lo envió desde el valle de Pharan a la misma tierra a la que el pueblo iba a llegar con él como guía? Pues el verdadero Jesús dijo: "Y si me voy y os preparo lugar, volveré y os tomaré conmigo" (Juan XIV, 3). Preguntaré también si no atestigua esta figura el profeta diciendo: "Dios vendrá del sur, y el santo de Pharan" (Habac. III, 3), como si dijera: Vendrá el Dios santo de ese nombre, del cual era el que vino del sur de Pharan, es decir, Jesús. A esto se añade que se entiende que el mismo Verbo de Dios habla cuando promete al sucesor de Moisés, por quien el pueblo sería llevado a la tierra prometida, llamándolo ángel; como también se suele llamar en la Escritura divina a los hombres que anuncian algo: y así dice: "He aquí que envío mi ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en la tierra que te he prometido. Atiende a él y obedece su voz, no le seas rebelde: porque mi nombre está en él" (Éxodo XXIII, 20, 21). ¿Qué significa esto? Que investigue esas Escrituras no ya el maniqueo, sino también el mismo judío, y vea si Dios ha dicho de algún ángel: "Mi nombre está en él", salvo de aquel que promete como introductor en la tierra de la promesa. Luego busque entre los hombres quién fue el sucesor de Moisés que introdujo al pueblo; y encontrará a Jesús: no llamado así desde el principio de su vida, sino con el nombre cambiado. Quien dijo: "Mi nombre está en él", en Jesús, es el verdadero Jesús, rector y guía del pueblo hacia la herencia de la vida eterna, según el Nuevo Testamento, del cual el Antiguo Testamento era figura. Así, en cuanto al aparato profético, nada podría ser más significativo, ya que el asunto se llevó hasta la expresión del nombre.

CAPÍTULO XX.

Resta que aquel judío, si quiere ser judío no en la letra, sino en el espíritu (Rom. II, 29); si quiere ser considerado verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47), recuerde en figura a aquel Jesús muerto, que introdujo en la tierra de los muertos, y reconozca en verdad al Jesús vivo, con cuyo liderazgo se entra en la tierra de los vivos. Pues tal ya no resistirá amargamente a una profecía tan clara, sino que, suavizado por el recuerdo de Jesús que introdujo en aquella tierra de promesa, escuchará al mismo cuyo nombre llevaba aquel, introduciendo más verdaderamente y diciendo: "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra" (Mat. V, 4). Aquí ya también aquel gentil, si no tuviera un corazón demasiado endurecido, o si fuera de aquellas piedras de las que Dios suscita hijos a Abraham (Id. III, 9), ¿no se maravillaría de que en los antiguos libros de esa misma nación, de la cual se dice que nació Jesús, se haya escrito una profecía tan evidente sobre él, que incluso se exprese su nombre? Y al mismo tiempo notaría que no se predijo a cualquier hombre como Jesús, sino ciertamente a Dios, cuando en aquel hombre que fue constituido para gobernar e introducir al pueblo en el reino, llamado Jesús con el nombre cambiado, Dios decía que estaba su nombre, y lo llamaba ángel; por el mismo hecho de que con el nombre cambiado era enviado, anunciando algo grande y divino. Pues, ¿quién que tenga un mínimo conocimiento de esa lengua ignora que mensajero se dice ángel en griego? Por lo tanto, cualquier gentil, si no quisiera ser perverso y obstinado, no despreciaría esos libros porque fueran hebreos, de cuya ley no estaría obligado; sino que valoraría grandemente los libros de cualquier nación, porque en ellos encontraría escritos mucho antes, lo que ya en sus tiempos reconocería cumplido: y no despreciaría a Cristo Jesús porque lo viera anunciado en letras hebreas; sino que más bien, a quien en cualquier escritura, antes de nacer entre los hombres, a través de tantos volúmenes de siglos, mereció ser anunciado y recomendado, ya sea por testimonios más claros, ya sea por figuras y sacramentos de hechos y palabras, lo consideraría digno de seguir y venerar con gran admiración y devota religión. Así, por los efectos ya presentados de las cosas cristianas, se probaría la verdad de la profecía de los libros; y por la profecía de los libros, se reconocería a Cristo como digno de culto. Se me consideraría hablando en vano, si no ha sido así, si no es así, si no se concurre a esa fe por todo el mundo con la recitación de esos mismos libros.

CAPÍTULO XXI.

De donde es maravillosamente risible la necedad de aquellos que, como si fuera imposible, nos preguntan cómo un gentil querría aprender la fe cristiana a través de los libros de los judíos, cuando ve con tanta devoción y tanta celebridad a todas las naciones hacerse discípulas de esos libros: precisamente con más fuerza y firmeza, porque de las manos de los enemigos se presentan tantos testimonios sobre Cristo; en los cuales, por eso mismo, las naciones que creen no pueden pensar que algo de él se haya inventado para el momento, porque en esos libros encuentran a Cristo, a quienes desde hace tantos siglos sirven aquellos que crucificaron a Cristo, y que tienen en tan alta estima de autoridad a quienes diariamente blasfeman de Cristo. Pues si las profecías sobre Cristo fueran presentadas por aquellos que predicán a Cristo, se pensaría que fueron inventadas por ellos mismos: pero ahora, quien predica expone lo que recita quien blasfema. Porque toda ceguera de los impíos es ordenada para algún uso de los santos por el sumo Dios, quien por la equidad de su gobierno usa bien incluso de los malos, para que quienes viven injustamente por su propia voluntad, sean dispuestos justamente por su juicio. Por tanto, para que no se creyera que las profecías del Cristo que había de nacer, de hacer maravillas, de sufrir indignidades, de morir, de resucitar, de ascender, de difundir el Evangelio de la vida eterna por todas las naciones, fueron inventadas por aquellos que lo anunciarían a los pueblos; se hizo algo grande para nuestro uso con la infidelidad de los judíos, para que los mismos que no tendrían estas cosas en sus

corazones por ellos mismos, las tuvieran en los códices por nosotros. Ni por eso se disminuye la autoridad de esos libros, porque no son entendidos por los judíos; más bien se aumenta: pues también su ceguera fue predicha allí. De donde más bien, al no entender la verdad, dan testimonio de la verdad: porque cuando no entienden esos libros, de los cuales se predijo que no entenderían, también por esto los muestran veraces.

CAPÍTULO XXII.

De aquí es también aquello, cuya ambigüedad engaña a Fausto: "Verás tu vida colgando, y no creerás en tu vida" (Deut. XXVIII, 66). Estas palabras pueden ser entendidas de otra manera, podría decir alguien: pero que no puedan ser entendidas de Cristo, ni Fausto se atrevió a decirlo, ni nadie en absoluto se atreverá a decirlo, a menos que niegue que Cristo es la vida, o que fue visto colgando por los judíos, o que no creyeron en él. Pues cuando él mismo dice: "Yo soy la vida" (Juan XIV, 6); y consta que colgó ante los ojos de los judíos que no creían en él; no veo por qué deberíamos dudar de que también de Cristo escribió aquel de quien Cristo dice: "Él escribió de mí" (Id. V, 47). Por tanto, si lo que está escrito: "Les suscitaré un Profeta de entre sus hermanos semejante a ti", Fausto intentó mostrar que no puede entenderse de Cristo, porque Cristo no es semejante a Moisés, y sin embargo fue completamente refutado; ¿qué necesidad hay de esforzarse en este testimonio? O ciertamente, así como dijo que Cristo no es semejante a Moisés, para refutar aquella profecía; así también para refutar esta, diga que Cristo no es la vida, o que no colgó ante los judíos que no creían en él. Pero como él no dijo esto, ni hoy ninguno de ellos se atreve a decirlo, no hay razón para que dudemos en aceptar también esta profecía sobre nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Pero entre otras maldiciones también se puso esto. ¿Por eso no es profecía, cuando las demás, entre las que se puso, no son otra cosa que profecías? ¿O por eso no es profecía sobre Cristo, porque las cosas que en esa lectura se entrelazan antes o después, no parecen referirse a Cristo? Como si algo fuera peor entre las maldiciones que le sucedieron al pueblo judío por el mérito de su soberbia impiedad, que ver su vida, es decir, al Hijo de Dios colgando, y no creer en su vida. Pues las maldiciones, cuando se dicen proféticamente, no son de un mal deseo del que las imprecó, sino de un espíritu que las anuncia con conocimiento. Porque aquellas que son de un mal deseo, se prohíben, cuando se dice: "Benedicid, y no maldigáis" (Rom. XII, 14). Estas, sin embargo, se encuentran a menudo en el discurso de los santos, como el apóstol Pablo: "Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal; el Señor le pagará conforme a sus obras" (II Tim. IV, 14). Pues aquello, como si estuviera enojado e indignado, también parece haber deseado mal el Apóstol: "¡Ojalá se mutilen los que os perturban!" (Gál. V, 12). Lo cual, si consideras la persona del que escribe, más bien entenderás que lo deseó bien con una ambigüedad elegantísima. Pues hay eunucos que se han mutilado a sí mismos por el reino de los cielos (Mat. XIX, 12). Lo cual también habría entendido Fausto en estas palabras, si hubiera llevado un paladar piadoso a los manjares del Señor. Pues así tal vez sonó a los judíos lo que se dijo: "Verás tu vida colgando, y no creerás en tu vida"; como entre las amenazas o engaños de sus enemigos, viendo su vida pender de la incertidumbre, no creyeran que vivirían. Pero el hijo del Evangelio, cuando oye: "Él escribió de mí", en esta misma ambigüedad de la sentencia ve qué arrojan los profetas a los cerdos, qué insinúan a los hombres: y de inmediato le viene a la mente la vida de los hombres, Cristo colgando, y los judíos que no creen en él, precisamente porque lo ven colgando. Y alguien podría decir rápidamente que, entre las demás maldiciones que en esa lectura no se refieren a algo de Cristo, solo esto está allí sobre Cristo, lo que está escrito: "Verás tu vida colgando, y no creerás en tu vida". Pues no podría ser que entre diversas maldiciones que proféticamente se anunciaban al pueblo impío, también se pusiera esto. Pero yo, y quienes conmigo piensan un poco más atentamente en aquella sentencia evangélica y del Señor, donde no dijo: "Él

también escribió de mí"; para que se creyera que escribió también otras cosas que no se refieren a Cristo: sino que dijo: "Él escribió de mí"; para que consultáramos toda la intención de esa escritura no sino para entender la gracia de Cristo, investigando; también reconocemos que las demás maldiciones en esa lectura fueron profetizadas por causa de Cristo: lo cual ahora, si quisiera mostrar, sería demasiado largo.

CAPÍTULO XXIII.

Por lo tanto, está tan lejos de que esto que Fausto mencionó, por estar puesto entre otras maldiciones, no se refiera a Cristo; que ni siquiera las demás tienen un recto entendimiento, a menos que se refieran a la gloria de Cristo, por la cual se consulta al género humano, profetizadas: cuánto más esto. Pues aunque Moisés hubiera sido tal que, mirando otra cosa en su corazón, eso vertiera con su boca; más fácilmente diría que profetizó sin saberlo, que cuando oyera que se dijo al pueblo judío: "Verás tu vida colgando, y no creerás en tu vida", negaría que fue profetizado sobre Cristo. Pues no miraba esto en su ánimo Caifás, lo que se entendió de sus palabras, cuando persiguiendo a Cristo como enemigo, dijo que convenía que un hombre muriera para que no pereciera toda la nación. Donde el evangelista añadió que no lo dijo de sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote, profetizó (Juan XI, 49-51). Pero Moisés no era Caifás: por lo cual lo que dijo al pueblo hebreo: "Verás tu vida colgando, y no creerás en tu vida", no solo lo dijo de Cristo, lo cual, aunque lo hubiera dicho sin saberlo, no debería entenderse de ningún otro; sino que también lo dijo sabiéndolo. Pues era un dispensador fidelísimo del sacramento profético, es decir, de aquella unción sacerdotal, de donde conocemos el nombre de Cristo: en cuyo sacramento, aunque un hombre malvado, Caifás también pudo profetizar sin saberlo. Pues eso mismo hizo en él la unción profética, que profetizara: pero su vida impía, que profetizara sin saberlo. Por lo tanto, ¿con qué boca se dice que Moisés no profetizó nada sobre Cristo, de quien comenzó aquella unción, de donde se dio a conocer el nombre de Cristo, y de donde incluso el perseguidor de Cristo, aunque sin saberlo, profetizó?

CAPÍTULO XXIV.

Pues sobre la maldición del que cuelga en el madero, ya hemos dicho lo suficiente arriba. Pero que se ordenara matar al profeta o al príncipe del pueblo que quisiera apartar a los hijos de Israel de su Dios o infringir alguno de los mandamientos, no fue un precepto de Moisés contra Cristo, y de lo que ya hemos tratado mucho, es suficientemente claro, y cuanto más se consideren las palabras y hechos de nuestro Señor Jesucristo, más claro será: porque tampoco Cristo quiso apartar a ninguno de ellos de su Dios. Pues ciertamente el Dios que Moisés les mandó amar y adorar, es el mismo Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, a quien el Señor Jesucristo menciona con la misma recomendación, y con cuya autoridad refuta el error de los saduceos que negaban la resurrección, donde dice: "En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que Dios dijo a Moisés en la zarza, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos" (Mat. XXII, 31, 32, y Luc. XX, 37, 38): pues todos ellos viven. Oportunamente, por lo tanto, se convencen ahora los maniqueos con la misma voz con la que entonces se convencieron los saduceos: pues también estos niegan la resurrección, aunque de otro modo. Asimismo, cuando alabando la fe del centurión dijo: "En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel"; añadió y dijo: "Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores" (Mat. VIII, 10-12). Si, por lo tanto, lo que Fausto no puede negar, Moisés no recomendó al pueblo de Israel a otro Dios que al Dios de Abraham, e Isaac, y Jacob, y ese mismo Dios Cristo lo recomienda sin duda alguna con estos y otros testimonios;

no intentó apartar al pueblo de Israel de su Dios: sino que les amenazó con ir a las tinieblas exteriores, porque los veía apartados de su Dios, en cuyo reino dice que las naciones llamadas de todo el mundo se sentarán con Abraham, e Isaac, y Jacob: no por otra razón, sino porque habrían mantenido la fe del Dios de Abraham, e Isaac, y Jacob. De donde también el apóstol dice: "Previendo la Escritura que Dios justificaría a las naciones por la fe, anunció de antemano a Abraham diciendo: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gál. III, 8); para que aquellos fueran bendecidos en la simiente de Abraham, que imitaran la fe de Abraham. Por lo tanto, Cristo no quería apartar a los israelitas de su Dios, sino que más bien los reprendía por apartarse de él. Pero quien cree que el Señor infringió alguno de los mandamientos que fueron dados por Moisés, no es de extrañar si piensa esto que los judíos: pero por eso se equivoca, porque en esto se equivocaron también los judíos. Pero donde Fausto menciona el mismo mandamiento, que quiere que se crea que el Señor infringió, allí es necesario que mostremos cómo se engaña, como ya arriba, donde era oportuno, lo mostramos. Ahora digo esto, porque si el Señor hubiera infringido alguno de esos mandamientos, no habría reprendido también a los judíos por eso mismo: a quienes calumniando que sus discípulos comían con las manos sin lavar, y por eso transgredían, no el mandamiento de Dios, sino las tradiciones de los ancianos, les dijo: "¿Por qué también vosotros transgredís el mandamiento de Dios, para establecer vuestras tradiciones?" Y menciona el mismo mandamiento de Dios, que sabemos que fue mandado por Moisés. Pues añadió: "Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y, El que maldiga a su padre o a su madre, morirá. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es ofrenda lo que podrías haber recibido de mí, no honrará a su padre: y habéis invalidado la palabra de Dios por vuestra tradición" (Mat. XV, 3-6). En lo cual ved cuántas cosas nos enseña, y que no aparta a los judíos de su Dios; y que no solo no infringe sus mandamientos, sino que también reprende a aquellos que los infringen; y que no mandó estas cosas sino Dios por medio de Moisés.

CAPÍTULO XXV.

Por lo tanto, puesto que creemos que todo lo que escribió Moisés se refiere a la recomendación de Cristo, y dado que no podemos demostrarlo en esta obra, prometimos mostrarlo en aquellos escritos que Fausto eligió para refutar o criticar, es justo que se nos exija cumplir con nuestro deber, mostrando que lo que Moisés ordenó, que se debía matar al profeta o líder que quisiera apartarlos de su Dios o infringir alguno de los mandamientos, se refiere a la protección de la fe que se enseña en la Iglesia de Cristo. Pues él, con espíritu profético y hablando con Dios, veía que surgirían muchos herejes, maestros de diversos errores, en contra de la doctrina de Cristo, que no predicarían al verdadero Cristo. Porque el verdadero es aquel que fue anunciado por las profecías, por el mismo Moisés y los demás santos de su pueblo. Por lo tanto, Moisés ordenaba que cualquiera que quisiera enseñar a otro debía ser eliminado. ¿Y qué hace ahora la lengua católica, sino que con la espada espiritual de ambos Testamentos, de doble filo, se eliminan a todos los que quieren apartarnos de nuestro Dios o infringir alguno de los mandamientos? Entre ellos cae principalmente el mismo Maniqueo, cuando su error es destruido por la verdad de la Ley y los Profetas, queriendo apartarnos de nuestro Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, a quien Cristo recomienda; y queriendo infringir los mandamientos de la Ley, en cuyas figuras también reconocemos que Cristo fue profetizado.

CAPÍTULO XXVI.

Ahora bien, no sé si llamar a esa argumentación de Fausto obtusísima o fraudulentísima; pues Fausto tenía ingenio: por lo que más bien creo que quiso lanzar una nube de confusión al lector menos atento, que no ver lo que digo: pues dice, "Si esto no fue escrito sobre Cristo, o daréis otras cosas, o no habrá ninguna." Esta proposición es verdadera, pero lo consecuente era que mostrara que esto no fue escrito sobre Cristo, y que no se pueden dar otras cosas. Pero no hizo nada de eso: porque nosotros mostramos cómo esto puede entenderse sobre Cristo; y anteriormente dimos muchas otras cosas, que no pueden entenderse sino sobre Cristo. No hay, pues, razón para que concluyas, Fausto, que no hay nada escrito por Moisés sobre Cristo. Presta atención a lo que dices: "Si esto," dices, "no fue escrito sobre Cristo, o daréis otras cosas, o no habrá ninguna." Dices la verdad. Por lo tanto, porque mostramos que esto fue escrito sobre Cristo, o por causa de Cristo, y dimos muchas otras cosas, tu argumentación será más bien nula. Y aunque no lograste demostrar que lo que mencionaste no fue escrito sobre Cristo, al menos intentaste mostrarlo. Pero lo que añadiste, "O daréis otras cosas, o no habrá ninguna," primero debiste demostrar que no podemos dar otras cosas, para que pudieras afirmar con seguridad que no hay ninguna. Ahora bien, como si tu libelo fuera a tener oyentes sordos o lectores ciegos, para que nadie notara lo que omitiste, te apresuraste a decir: "Si no hay ninguna, ni Cristo pudo afirmar lo que no está en ninguna parte; así, si Cristo no afirmó esto, se demostrará que este capítulo es falso." ¡Oh hombre que se considera a sí mismo un dictador, y al otro un contradictor que no piensa! ¿Dónde está tu agudeza? ¿O en una mala causa no puedes actuar de otra manera? Pero la mala causa te obligó a hablar vanamente: nadie te obliga a tener una mala causa. ¿Qué si damos otras cosas? Ciertamente no serán ninguna, porque habrá algunas. Y si hay algunas, Cristo pudo afirmar lo que es. Así, si Cristo pudo afirmar esto, no se demuestra que ese capítulo evangélico sea falso. Vuelve, pues, a tu proposición, en la que dijiste, "O daréis otras cosas, o no habrá ninguna," y ve que no mostraste que no daremos otras cosas. Ve también cuántas otras cosas ya dimos arriba, y advierte qué se concluye de esto; a saber, que no es falso lo que leemos que Cristo dijo en el Evangelio, "Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí; porque él escribió de mí." Y la autoridad del Evangelio es tan eminente y su verdad tan fundada, que aunque no encontráramos nada escrito por Moisés sobre Cristo debido a nuestra lentitud de entendimiento, deberíamos creer no solo que hay algunas cosas, sino que todo lo que escribió se refiere a Cristo, porque no dijo, "Y escribió de mí," sino, "Él escribió de mí." Ahora bien, aunque, Dios no lo quiera, se dudara de este capítulo del Evangelio, al encontrarse tantos testimonios sobre Cristo en la escritura de Moisés, toda esa duda se disiparía: y porque no se debe dudar del capítulo del Evangelio, aunque no se hubieran encontrado, sin embargo, se debería creer que existen.

CAPÍTULO XXVII.

Porque lo que añades, que la tradición de Cristo y de Moisés era diferente; y por eso no era verosímil que si creyeran a Moisés, creerían también a Cristo; más bien sería consecuente que si los judíos creyeran a uno, necesariamente se opondrían al otro; ciertamente no lo dirías, si alzaras un poco el ojo de la consideración, y sin la ceguera de la contienda contemplaras el mundo entero en hombres doctos e indoctos, griegos y bárbaros, sabios e insensatos, a quienes el Apóstol decía ser deudor (Rom. I, 14), creyendo simultáneamente a Moisés y a Cristo. Si, por lo tanto, no era verosímil que los judíos creyeran a Moisés y a Cristo al mismo tiempo, mucho menos es verosímil que el mundo entero crea a Moisés y a Cristo al mismo tiempo. Pero al ver que todas las naciones creen a ambos, y retienen con fe robusta y célebre la profecía de aquel junto con el Evangelio de este, no se llamaba a una nación a algo imposible, cuando se le decía, "Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí:" más bien debe

admirarse y reprocharse más vehementemente la dureza de los judíos, que no hicieron lo que vemos que hizo todo el mundo.

CAPÍTULO XXVIII.

Porque todo lo que dices sobre el sábado, y sobre la circuncisión de la carne, y sobre la diferencia de alimentos, que la tradición de Moisés era diferente, y que los cristianos aprendieron otra cosa a través de Cristo; ya mostramos anteriormente que, como dice el Apóstol, "Todas estas cosas fueron figuras para nosotros" (I Cor. X, 6). No es, por lo tanto, una doctrina diferente, sino un tiempo diferente. Pues había un tiempo en el que era necesario anunciar estas cosas a través de profecías figuradas; y hay otro tiempo en el que es necesario cumplirlas ya a través de la verdad manifiesta y realizada. Pero, ¿qué maravilla si los judíos, entendiendo carnalmente el sábado, se opusieron a Cristo, quien ya insinuaba esto espiritualmente? Responde al Apóstol, si puedes, quien testifica que el descanso de ese día es sombra de lo futuro (Col. II, 16, 17). Pero si ellos resistieron a Cristo, no entendiendo el verdadero sábado, no resistáis vosotros, y entended la verdadera inocencia. Pues en el mismo lugar, donde principalmente se considera que Jesús destruyó el sábado, cuando sus discípulos, pasando por los sembrados y teniendo hambre, arrancaban espigas y las comían, los llamó inocentes, respondiendo a los judíos, "Si supierais qué significa, Misericordia quiero y no sacrificio, nunca habríais condenado a los inocentes" (Mat. XII, 7). Pues debieron tener misericordia de los hambrientos, porque hicieron esto forzados por el hambre. Pero de vosotros, cualquiera que arranque espigas, no es considerado homicida por la tradición de Cristo, quien llama a esto inocencia, sino por la tradición del Maniqueo. ¿O acaso los Apóstoles mostraron misericordia a las mismas espigas, para purgar comiendo de ellas los miembros de Dios, como es vuestra fábula? Vosotros, pues, sois crueles, que no hacéis esto. Pero Fausto, al parecer, sabe destruir el sábado, porque sabe que la virtud de Dios siempre opera incansablemente. Que lo digan aquellos que entienden a Dios haciendo todos los tiempos sin voluntad temporal. Esto es mucho para vosotros, que afirmáis que el descanso de vuestro Dios fue perturbado por la rebelión de la raza de las tinieblas, y alterado por el repentino ataque de los enemigos. ¿O previendo esto desde la eternidad, nunca tuvo descanso, porque nunca estuvo seguro, quien pensaba que iba a librar una guerra tan grave con tanta pérdida y daño de sus miembros?

CAPÍTULO XXIX.

Sin embargo, ese sábado, que ridiculizáis de manera ignorante e impía, si no tuviera también un entendimiento entre las profecías que fueron escritas sobre Cristo, Cristo no lo atestiguaría así: quien, con su propia voluntad, como tú mismo pusiste en su alabanza, sufrió, y por eso tenía en su poder los tiempos de su pasión y resurrección, hizo que su carne descansara en la sepultura el sábado de todas sus obras, para que resucitando al tercer día, que llamamos domingo, que se cuenta después del sábado como el octavo, también declarara que la circuncisión del octavo día se refería a él como profetizado. ¿Qué significa la circuncisión de la carne? ¿Qué, sino el despojo de la mortalidad que llevamos de la generación carnal? Por esto dice el Apóstol: "Despojándose de la carne, exhibió a los principados y potestades, triunfando sobre ellos en sí mismo" (Col. II, 15). Porque lo que dice que se despojó de la carne, en ese lugar entendemos la carne como la mortalidad de la carne, según la cual propiamente este cuerpo se llama carne. Esta mortalidad se llama propiamente carne, porque no existirá en esa inmortalidad de la resurrección: por eso está escrito, "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios." De estas palabras soléis calumniar nuestra fe, en la que creemos en la futura resurrección de este cuerpo, que ya ha precedido en el mismo Señor, disimulando lo que sigue, en lo que el Apóstol expone claramente lo que dice. Pues

queriendo mostrar lo que dice carne en ese lugar, inmediatamente añadió: "Ni la corrupción heredará la incorrupción." Porque este cuerpo, que por la mortalidad se llama propiamente carne, dice que será transformado en la resurrección, para que ya no sea corruptible y mortal. Para que no se piense que esto se dice por nuestra suposición, consultad las mismas palabras que siguen. He aquí, dice, "os digo un misterio: todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (I Cor. XV, 50-53). Para que, pues, se vista de inmortalidad, se despoja de la mortalidad: este es el misterio de la circuncisión, que fue ordenada hacerse al octavo día (Gen. XVII, 12), y al octavo día, es decir, el domingo después del sábado, ya cumplida en verdad por el Señor. De donde se dice, "Despojándose de la carne, exhibió a los principados y potestades." Pues a través de esta mortalidad las potestades diabólicas envidiosas nos dominaban: las cuales se dice que exhibió, porque en sí mismo, nuestra cabeza, ofreció el ejemplo, que en todo su cuerpo, es decir, la Iglesia, será completado en la última resurrección, liberándonos del poder del diablo: esta es nuestra fe. Y puesto que, como recuerda el testimonio profético Pablo, "El justo vivirá por la fe" (Rom. I, 17; Habac. II, 4); esta es nuestra justificación. Pues los paganos también creen que Cristo murió: pero que Cristo resucitó, es la fe propia de los cristianos. Porque si confiesas, dice el Apóstol, con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo (Rom. X, 9). Porque, pues, somos justificados por esta fe en la resurrección, por eso también es apostólico sobre Cristo, "Porque murió por nuestros delitos, y resucitó para nuestra justificación" (Id. IV, 25). Y porque esta resurrección, que creída nos justifica, fue figurada por aquella circuncisión del octavo día; por eso sobre el mismo Abraham, a quien primero se le dio, dice el Apóstol: "Y recibió la señal de la circuncisión, sello de la justicia de la fe" (Ibid., 11). Por lo tanto, también esa circuncisión entre otras figuras proféticas sobre Cristo fue escrita por Moisés: de quien él mismo dice, "Porque él escribió de mí." Pero lo que dice el Señor, "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito; y cuando lo hacéis, lo hacéis hijo del infierno el doble que vosotros!" no lo dijo porque se circuncidara, sino porque imita sus costumbres, de las cuales prohíbe a los suyos imitar, diciendo, "En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos: lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen" (Mat. XXIII, 15, 2, 3). En estas palabras del Señor debéis advertir ambos aspectos, tanto cuán grande honor se le dio a la doctrina de Moisés, en cuya cátedra incluso los malos sentados, se veían obligados a enseñar lo bueno; y de dónde el prosélito se hacía hijo del infierno, no escuchando las palabras de la ley de los fariseos, sino siguiendo sus hechos. Esto, pues, podría decirse entonces al prosélito circuncidado, lo que dice Pablo: "La circuncisión ciertamente aprovecha, si guardas la ley" (Rom. II, 25). Porque él, al imitar a los fariseos en no guardar la ley, se hacía hijo del infierno: por eso, creo, el doble que ellos, porque descuidaba cumplir lo que había asumido voluntariamente, no nacido de judíos, sino hecho judío por voluntad propia.

CAPÍTULO XXX.

¿Qué quisiste decir, sin respeto y de manera injuriosa, que "Moisés se sienta como un glotón, y ordena que unas cosas se devoren como limpias, y otras ni siquiera se toquen por inmundas"? cuando esto más bien corresponde a un glotón, que no distingue nada; o si distingue, elige lo más sabroso. ¿O dices esto para que tu continencia parezca admirable a los inexpertos desde la infancia, como si no supieran, o ya hubieran olvidado, cuánto más sabroso es el cerdo que el carnero? Pero porque también esto Moisés lo escribió en figuras

proféticas sobre Cristo, significando en las carnes de los animales a los hombres, ya sea para ser incorporados al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; o para ser rechazados; también os figuró entre los inmundos, que por eso no os unís a la fe católica, porque ni rumiáis la palabra de sabiduría, y no tenéis la pezuña hendida, distinguiendo concordemente los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. ¿Quién puede soportar que no te avergonzaras de seguir también la falacia de tu Adimanto?

CAPÍTULO XXXI.

Dices tú también que Cristo enseñó la indiferencia de los alimentos, de tal manera que apartó completamente de sus discípulos todas las carnes, pero permitió a los seculares comer todo lo que pudieran; y afirmaste que nada de lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de ella. Estas son tus palabras, tanto más impúdicas cuanto más abiertamente mentirosas. Primero, porque según la sentencia de Cristo, si solo contaminan al hombre las cosas malas que salen de la boca, ¿por qué no contaminaban solo a los discípulos de Cristo, de modo que no fuera necesario prohibirles las carnes inmundas? ¿Acaso los hombres seculares no se contaminan con lo que entra en la boca, sino con lo que sale de ella? Entonces, ¿son más fuertes contra la impureza que los santos, si los santos pueden ser contaminados tanto por lo que entra como por lo que sale? Me gustaría que me dijeran qué comía y bebía Cristo, quien en comparación con Juan, que no comía ni bebía, se dijo a sí mismo comiendo y bebiendo. Pues cuando reprendía la perversidad de los hombres, que buscaban calumnias en ambos casos, dijo: "Vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: Tiene demonio; vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores" (Mat. XI, 18-19). Y conocemos la comida y bebida de Juan: no se dijo que no bebiera en absoluto, sino que no bebía vino ni licor (Luc. I, 15); por lo tanto, bebía agua. Su comida no era nula, sino langostas y miel silvestre (Mat. III, 4). ¿Por qué, entonces, se le llamó "no comiendo ni bebiendo", sino porque no usaba el alimento que usaban los judíos? Por lo tanto, si el Señor no lo usara, no se le llamaría "comiendo y bebiendo" en comparación con él. ¿O tal vez porque el Señor se alimentaba de pan y verduras, de las cuales Juan no se alimentaba? Es extraño que se diga "no comiendo" a quien comía langostas y miel, y "comiendo" a quien se contentaba con pan y verduras. Pero sospechen lo que quieran sobre los alimentos; ciertamente no se le llamaría "bebedor de vino" si no bebiera vino: ¿por qué entonces consideran esto impuro? Pues no prohíben tocar estas cosas por la continencia y disciplina de domar el cuerpo, sino porque las consideran impuras: ya que afirman que son suciedad y hiel de la raza de las tinieblas, en contra del Apóstol que dice: "Todo es puro para los puros" (Tit. I, 15). He aquí quienes se atreven a decir que Cristo es maestro de la indiferencia de los alimentos, pero que prohibió a sus discípulos lo que ellos consideran impuro. Muestren dónde apartó esto de sus discípulos, engañadores, malvados; sin embargo, la providencia del Dios vengador los ha cegado de tal manera que incluso nos recuerdan de dónde pueden ser convencidos. Pues me siento obligado por mi mente a insertar todo el capítulo del Evangelio que este quiso oponer a Moisés, para que veamos allí cuán falso es lo que primero dijo Adimanto y ahora Fausto, que el Señor Jesús apartó de sus discípulos las carnes para comer, y las concedió al vulgo secular. Pues bien, después de haber respondido a los que calumniaban que comían con manos no lavadas, el Evangelio sigue así: "Y llamando a la multitud, les dijo: Oíd y entended. No lo que entra en la boca contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre. Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se escandalizaron al oír esta palabra? Aquí ciertamente, siendo interpelado por los discípulos, debió enseñarles, como quieren estos, a abstenerse de todas las carnes, para que lo que dijo antes, 'No lo que entra en la boca contamina al hombre; sino lo que sale de la boca', pareciera que lo dijo a las

multitudes. Que el evangelista continúe, y diga qué respondió el Señor no a las multitudes, sino a los discípulos. Pero él respondiendo dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial será desarraigada. Dejadlos; son ciegos guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Esto ciertamente porque queriendo establecer sus tradiciones, no entendían los mandamientos de Dios. Pero aún no habían preguntado los discípulos al Maestro cómo debían entender lo que había dicho a las multitudes. He aquí que esto también sucede: pues el evangelista continúa y dice: "Respondiendo Pedro, le dijo: Explícanos esta parábola". De aquí entendemos que Pedro pensó que el Señor no había hablado propiamente ni abiertamente cuando dijo: "No lo que entra en la boca contamina al hombre; sino lo que sale de la boca", sino que, como suele, quiso significar algo con la oscuridad de una parábola. Veamos, pues, si ahora en secreto a los discípulos que preguntan, dice lo que los maniqueos quieren, que todas las carnes son impuras, y que no deben tocar nada de ellas. ¿Qué, que reprocha que aún no hayan entendido su clara expresión, y piensen que lo dicho propiamente es una parábola? Pues sigue así: "Y él dijo: ¿También vosotros sois aún sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y se echa en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale, y eso contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias; estas cosas son las que contaminan al hombre; pero comer con manos no lavadas no contamina al hombre" (Mat. XV, 10-20).

CAPÍTULO XXXII.

Ciertamente ya la falacia manifiesta se retira convicta: ciertamente ya está claro que el Señor no enseñó otra cosa a las multitudes y otra en secreto a los discípulos: ciertamente se percibe sin duda que los maniqueos son más bien mentirosos y engañosos, no Moisés, no Cristo, no la doctrina de ambos Testamentos, figurada allí, revelada aquí; profetizada allí, presentada aquí. ¿Cómo, pues, piensan que los católicos no observan nada de lo que Moisés escribió, cuando observan todo por completo; no ya en figuras, sino en las cosas que aquellas figuras significando anunciaron? Pues si bien era otro el tiempo de escribir y otro el de leer, no diríamos correctamente que el lector no observa aquella Escritura, porque él mismo no hace aquellos caracteres: ya que aquellos eran figuras de sonidos, y él ya expresa los mismos sonidos, no ocupado en la formación de aquellas figuras, sino advertido por su inspección. Por eso los judíos no creían en Cristo, porque no observaban ni siquiera lo que Moisés había mandado abiertamente, no figuradamente. Por eso les dice: "Diezmáis la menta y el comino, y dejáis lo más grave de la Ley, la misericordia y el juicio; coláis el mosquito, pero tragáis el camello: esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello" (Mat. XXIII, 23-24). De donde también es aquello, que con sus tradiciones enseñaban cómo debilitar el mandamiento de Dios, que ordenaba honrar a los padres; por cuya soberbia e iniquidad merecieron ser cegados, para que no entendieran las demás cosas: porque las que entendían, las despreciaban impiamente.

CAPÍTULO XXXIII.

¿Ves cómo no te digo: Si eres cristiano, cree al que dice Cristo que Moisés escribió de él; que si no crees, no eres cristiano? Pues tú mismo parece saber lo que piensas de ti, que buscas ser enseñado sobre Cristo como gentil o judío: sin embargo, no he evitado esto, y he cerrado todos los caminos de error que he podido. Ni he permitido que quede abierto el precipicio por el cual vosotros, ciegos, os lanzáis, diciendo que hay falsedades en el Evangelio, donde vuestra herejía no encuentra salida: para que no os quede nada a lo que podáis volver, de donde creáis en Cristo, donde no pueda oponerse a vosotros esta voz de pestilencia. Además, deseas ser enseñado de tal manera que como Tomás, el cristiano, a quien Cristo no despreció

cuando dudaba de él, sino que para sanar las heridas de su alma, le mostró las cicatrices de su cuerpo. Estas son tus palabras. Bien que exiges ser enseñado así. Pues temía que también esto en el Evangelio lo consideraras falso. Cree, pues, en las cicatrices de Cristo: porque si aquellas cicatrices eran verdaderas, también aquellas heridas lo fueron; y no podrían haber sido verdaderas heridas, si no hubiera tenido verdadera carne: toda esta verdad derriba vuestro error. Por otra parte, si Cristo mostró cicatrices falsas al discípulo que dudaba, también dices que él mismo es engañador enseñando así, y deseas ser engañado aprendiendo así. Pero como nadie quiere ser engañado, aunque muchos quieren engañar, entiendo más bien que deseas enseñar engañosamente como ejemplo de Cristo, que aprender engañosamente como ejemplo de Tomás. Por tanto, si crees que Cristo engañó al que dudaba con cicatrices falsas, ¿quién querrá creerte enseñando, y no más bien evitarte engañando? Pero si aquel discípulo tocó las verdaderas cicatrices de Cristo, te ves obligado a confesar también la verdadera carne de Cristo. Así no permanecerás maniqueo, si crees como Tomás: pero permanecerás incrédulo, si no crees como Tomás (Juan XX, 27-28).

LIBRO DECIMOSÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué no aceptáis la Ley y los Profetas, si Cristo dijo que no vino a abolirlos, sino a cumplirlos (Mat. V, 17)? ¿Quién testimonia que Jesús dijo esto? Mateo. ¿Dónde lo dijo? En el monte. ¿Con quiénes presentes? Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, solo estos cuatro: pues aún no había elegido a los demás, ni al mismo Mateo. ¿De estos cuatro, uno, es decir, Juan, escribió el Evangelio? Sí. ¿Lo menciona él mismo en alguna parte? En ninguna. ¿Cómo, entonces, lo que Juan no testimonia, que estuvo en el monte, lo escribió Mateo, que lo siguió mucho después de que Jesús descendiera del monte? Por lo tanto, primero se duda de si Jesús dijo algo así, porque el testigo idóneo calla, pero habla el menos idóneo: permitamos por ahora que Mateo nos haya hecho una injuria, hasta que probemos que él mismo no escribió esto, sino otro bajo su nombre: lo cual enseña también la narración oblicua de la misma lectura de Mateo. ¿Qué dice? "Y pasando Jesús, vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo, y lo llamó: y él, levantándose, lo siguió" (Mat. IX, 9). ¿Y quién, escribiendo de sí mismo, diría: "Vio a un hombre, y lo llamó, y lo siguió", y no más bien diría: "Me vio, y me llamó, y lo seguí"? A menos que esté claro que Mateo no escribió esto, sino otro bajo su nombre. Por lo tanto, aunque Mateo lo escribiera, no sería verdad; porque no estaba presente cuando Jesús hablaba en el monte: cuánto más no será creíble, porque ni siquiera Mateo lo escribió, sino otro bajo los nombres de Jesús y Mateo.

CAPÍTULO II.

¿Qué, que incluso del mismo discurso, donde ordena no pensar que vino a abolir la Ley, más bien se da a entender que la abolió? Pues no podrían los judíos sospechar esto sin que él hiciera algo tal. Pero, dice, "No penséis que he venido a abolir la Ley". Vamos, entonces, si los judíos le hubieran dicho: ¿Qué haces tú, por lo cual podamos sospechar esto? ¿Acaso porque te burlas de la circuncisión, violas el sábado, desprecias los sacrificios, confundes los alimentos? Esto es, pues, "No penséis". ¿Y qué más, qué más manifiesto pudo hacerse para la destrucción de la Ley y los Profetas? O si esto es cumplir la Ley, ¿qué será abolirla? ¿Qué, que incluso la Ley y los Profetas no se alegran ni siquiera con el cumplimiento, tan llenos y completos se consideran, cuyo autor y padre no menos se indigna de que se les añada que de que se les quite, como escribiendo en el Deuteronomio dice: "Estos mandamientos que te mando hoy, Israel, los observarás; y cuídate de no desviarte de ellos, ni a la izquierda ni a la derecha; ni añadas nada a ellos, ni disminuyas: sino que perseverarás en ellos, para que te

bendiga tu Dios" (Deut. V, 32, y XII, 32). Por lo tanto, si Jesús añadió algo a la Ley y los Profetas para cumplirlos, parece haber caído a la derecha; si quitó para destruir, a la izquierda; ciertamente ofendió al autor de la Ley en ambos casos: por lo tanto, o esto significa otra cosa, o es falso.

CAPÍTULO III.

AGUSTÍN respondió: ¡Oh admirable locura, no querer creer a Mateo que narra algo de Cristo, y querer creer a Maniqueo! Si Mateo no estuvo presente cuando Cristo dijo: "No he venido a abolir la Ley o los Profetas, sino a cumplir" (Mat. V, 17); y por eso no se le debe creer: ¿acaso Maniqueo estuvo presente, o ya había nacido cuando Cristo apareció entre los hombres? Según esta ley de vuestra fe, no debisteis creerle nada de lo que testifica sobre Cristo. Pero nosotros no decimos que no se debe creer a Maniqueo porque no estuvo presente en los dichos y hechos de Cristo, y nació mucho después; sino porque habla de Cristo contra los discípulos de Cristo, y contra el Evangelio que está confirmado por su autoridad. Pues tenemos la voz del Apóstol, que en el Espíritu Santo veía venir a tales. Por eso decía a los fieles: "Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema" (Gál. I, 9). Pues si nadie dice la verdad sobre Cristo, sino quien lo vio y oyó presente, hoy nadie dice la verdad sobre él. Pero si hoy se dicen verdades sobre él a sus fieles, porque aquellos que lo vieron y oyeron, ya sea predicando o escribiendo, las difundieron; ¿por qué no podría Mateo escuchar verdades sobre Cristo de la boca de Juan, su condiscípulo, donde él estuvo presente y Mateo no, si de un libro de Juan podemos hablar verdades sobre Cristo, no solo nosotros nacidos tanto después, sino también otros que nacerán después de nosotros? Pues de aquí no solo el Evangelio de Mateo, sino también el de Lucas y Marcos, que siguieron a los mismos discípulos, ha sido recibido en no menor autoridad. A esto se añade que el mismo Señor pudo narrar a Mateo lo que había hecho con aquellos a quienes había llamado antes de llamarlo a él. Pero, ¿acaso Juan debió poner esto en su Evangelio, si lo oyó del Señor, quien estuvo presente cuando se dijo? Como si no pudiera haber sucedido que, al no poder escribir todo lo que había oído del Señor, entre otras cosas que omitió, también omitiera esto, estando ocupado en escribir otras cosas. ¿No concluyó su Evangelio diciendo: "Y hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, que si se escribieran una por una, ni aun pienso que el mundo mismo podría contener los libros que se escribirían" (Juan XXI, 25)? Aquí ciertamente mostró que, sabiendo muchas cosas, las omitió. Pero si os deleita la autoridad de Juan sobre la Ley y los Profetas, creed a Juan que atestigua: la Ley y los Profetas. Él escribió que Isaías vio la gloria de Cristo (Juan XII, 41). En su Evangelio tenéis, de donde ya tratamos un poco antes: "Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él" (Juan V, 46). Por todas partes vuestra tergiversación es aplastada. Decid abiertamente que no creéis en el Evangelio de Cristo: pues quien en el Evangelio cree lo que quiere, y lo que quiere no cree, se cree a sí mismo más que al Evangelio.

CAPÍTULO IV.

At qué elegante le pareció a Fausto lo que dijo, cuando quiso que no se creyera que Mateo había escrito esto, porque al hablar de su elección no dijo: "Me vio y me dijo: Sígueme", sino "Vio a Mateo y le dijo: Sígueme" (Mat. IX, 9). No sé si lo dijo por error de ignorancia o por costumbre de engaño. Pero no lo consideraría tan ignorante como para no haber leído ni oído que los escritores de historias, cuando llegan a su propia persona, suelen narrarse a sí mismos como si hablaran de otro. Más bien creo que quiso lanzar una nube de confusión sobre los ignorantes, esperando atrapar a más personas que no conocieran estas cosas. Y en la historia de los asuntos seculares se encuentran ejemplos de tal narración, pero no es necesario que, de

otro tipo de literatura, advierta a los nuestros o refute a este. Ciertamente, él mismo poco antes citaba algunos testimonios de los libros de Moisés, no negando que Moisés los hubiera escrito, sino afirmando que no se referían a Cristo. Que lea, pues, en esos mismos libros lo que Moisés escribió sobre sí mismo, si escribió: "Dije" o "Hice esto o aquello", y no más bien "Dijo Moisés" (Éx. III, 3) y "Hizo Moisés" (Éx. VII, 6); o "El Señor me llamó" o "El Señor me dijo", y no más bien "El Señor llamó a Moisés" (Lev. I, 1) y "El Señor dijo a Moisés" (Éx. IV, 19); y todo lo demás de la misma manera. Así también Mateo escribió sobre sí mismo como si fuera otro: lo mismo hizo Juan; pues hacia el final de su libro también él habla así: "Pedro, volviéndose, vio al discípulo a quien Jesús amaba, que también se había recostado en la cena sobre su pecho y había dicho al Señor: ¿Quién es el que te va a entregar?" ¿Acaso dijo también aquí: "Pedro, volviéndose, me vio"? ¿O tal vez por eso tampoco creen que este escribió el Evangelio? Pero poco después dice: "Este es el discípulo que da testimonio de Jesús y que escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero" (Juan XXI, 20, 24). ¿Acaso dijo: "Yo soy el discípulo que da testimonio de Jesús y que escribió estas cosas; y sabemos que mi testimonio es verdadero"? Ciertamente es manifiesto que esta era la costumbre de los escritores cuando narraban hechos. ¿Quién podría enumerar cuántas cosas dice el mismo Señor de sí mismo con la misma locución? "Cuando venga", dice, "el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra?" (Luc. XVIII, 8). No dijo: "Cuando venga, ¿crees que encontraré?" Y "Vino el Hijo del Hombre comiendo y bebiendo" (Mat. XI, 19): no dijo: "Vine". Y "Vendrá la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán" (Juan V, 25): no dijo: "Mi voz"; y muchas cosas semejantes. Por lo tanto, creo que ya es suficiente lo que se ha dicho, tanto para advertir a los estudiosos como para convencer a los calumniadores.

CAPÍTULO V.

Ya lo débil que es aquello, ¿quién no lo ve?, cuando dice que no pudo decir: "No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir", a menos que ya hubiera hecho algo tal que pudiera caer en esta sospecha. Como si negáramos que a los judíos que no entendían les pudiera parecer que Cristo era destructor de la Ley y los Profetas: pero esto mismo es la razón por la que el veraz y la verdad no pudo decir de otra Ley y de otros Profetas que no los aboliría, sino de aquellos que ellos sospechaban que él abolía. Esto también se confirma suficientemente porque allí sigue y dice: "En verdad os digo, hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasarán de la Ley, hasta que todo se cumpla. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; pero cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos". Pues pensaba en los fariseos cuando decía estas cosas, que quebrantaban la Ley con hechos y enseñaban con palabras. De los cuales en otro lugar dice: "Haced, pues, y guardad todo lo que os digan; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen y no hacen" (Mat. XXIII, 3). Por eso aquí sigue: "Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. V, 17-20): es decir, si no hacéis y enseñáis lo que ellos no hacen y así enseñan, no entraréis en el reino de los cielos. Por lo tanto, la Ley que enseñaban los fariseos y no cumplían, esa misma dice Cristo que no vino a abolir, sino a cumplir: porque esa pertenece a la cátedra de Moisés, en la cual, sentados los fariseos, y diciendo pero no haciendo, deben ser escuchados, no imitados.

CAPÍTULO VI.

Fausto no entiende, o tal vez finge no entender, qué significa cumplir la Ley; cuando piensa que esto debe tomarse en el sentido de añadir palabras, porque está escrito que no se debe

añadir ni quitar nada de la Escritura de Dios (Deut. XII, 32): de donde dice que no debía cumplirse lo que se recomienda como perfecto, para que no se le añada ni se le quite nada. Por lo tanto, no saben estos cómo se cumple la Ley, quien vive como la Ley manda. Porque la plenitud de la Ley es la caridad, como dice el Apóstol (Rom. XIII, 10). Esta caridad el Señor se dignó mostrar y otorgar, enviando a sus fieles el Espíritu Santo. De donde también dice el mismo apóstol: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. V, 5). Y el mismo Señor: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan XIII, 35). Por lo tanto, se cumple la Ley, ya sea cuando se hacen las cosas que allí se mandan, o cuando se cumplen las que allí se profetizan. Porque la Ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17). La misma Ley, cuando se cumple, se convierte en gracia y verdad. La gracia pertenece a la plenitud de la caridad, la verdad al cumplimiento de las profecías. Y porque ambas cosas son por Cristo, por eso no vino a abolir la Ley o los Profetas, sino a cumplir: no para que se añadieran a la Ley las cosas que faltaban, sino para que se hicieran las que estaban escritas: lo cual sus mismas palabras atestiguan. No dijo: "Ni una jota ni una tilde pasarán de la Ley, hasta que se añadan las cosas que faltan", sino "hasta que todo se cumpla".

LIBRO DECIMOCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fausto dijo: "No he venido a abolir la Ley, sino a cumplir" (Mat. V, 17). Pero creer que esto fue dicho por Cristo, a menos que signifique otra cosa, sabes que es tan contrario a ti como a mí. Porque cada uno de nosotros es cristiano bajo esta opinión, porque pensamos que Cristo vino para la destrucción de la Ley y los Profetas. Y si tú no quieres admitirlo de palabra por ahora, sin embargo, lo indicas con tus obras. De ahí que tú mismo desprecies los preceptos de la Ley y los Profetas: de ahí que ambos confesemos que Jesús estableció el Nuevo Testamento: ¿qué otra cosa confesamos sino la destrucción del Antiguo Testamento? Siendo así las cosas, ¿cómo creeremos que Cristo dijo eso, a menos que primero nos condenemos a nosotros mismos por una opinión pasada y tonta, y recurramos al arrepentimiento, y obedezcamos de nuevo a la Ley y a los Profetas, y nos preocupemos por observar sus mandamientos, sean cuales sean? Cuando hayamos hecho esto, entonces finalmente habremos creído verdaderamente que Jesús dijo que no vino a abolir la Ley, sino a cumplir. Pero ahora es falso, porque ni tú lo crees, de lo cual solo me acusas a mí.

CAPÍTULO II.

Pero sea, se permitió errar en el pasado. ¿Qué ahora, entonces? ¿Te agrada someterte a la Ley, si Cristo no la abolió, sino que la cumplió? ¿Te agrada ser circuncidado, es decir, marcar tus partes vergonzosas, y creer que Dios se deleita en tales sacramentos? ¿Te agrada aceptar el descanso de los sábados, y encadenarte a las cadenas de Saturno? ¿Te agrada sacrificar toros, carneros, incluso cabras, para no decir también hombres, a la gula de los judíos, que no es de Dios sino de un demonio? ¿Y por lo cual somos odiados por los ídolos, ahora practicarlo más cruelmente bajo los Profetas y la Ley? ¿Te agrada finalmente considerar algunos alimentos como puros, y otros tenerlos por impuros y contaminados, de los cuales la Ley y los Profetas afirman que el cerdo es más impuro? Negarás, por supuesto, que alguna de estas cosas deba hacerse si queremos seguir siendo lo que somos: porque escuchas a Cristo diciendo que quien ha sido circuncidado se convierte en hijo del infierno dos veces (Mat. XXIII, 15). Y ves que él mismo no guardó el sábado, ni en ninguna parte mandó guardarlo. También lo escuchas afirmar sobre los alimentos que ninguno de ellos contamina al hombre,

sino que más bien lo que sale de la boca lo contamina (Mat. XV, 11). También sobre los sacrificios, su frecuente discurso es que Dios quiere misericordia, no sacrificio (Mat. IX, 13, y XII, 7). Si estas cosas son así, ¿dónde quedará aquello de que no vino a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplir? Si lo dijo, o lo dijo significando otra cosa, o, lo que es impensable, lo dijo mintiendo, o en absoluto no lo dijo. Pero nadie diga que Jesús mintió, al menos un cristiano: y por lo tanto, o se dijo de otra manera, o en absoluto no se dijo.

CAPÍTULO III.

Y sin embargo, a mí ya la fe maniquea me ha hecho seguro contra la necesidad de este capítulo, que al principio me persuadió de no creer todo lo que se lee escrito en nombre del Salvador, sino de probar si son verdaderas, sanas, incorruptas: porque hay muchas cizañas que un sembrador nocturno ha esparcido en casi todas las Escrituras para contaminar la buena semilla (Mat. XIII, 25). Por eso, ni siquiera aquí me ha asustado el discurso, aunque lleve la inscripción de un nombre reverendo; porque todavía me es lícito, según mi propósito, probar si es de aquel sembrador del día y bueno, o de aquel nocturno y malo. Pero tú, que temerariamente crees todo, que condenas el beneficio de la razón de la naturaleza entre los hombres, para quien es una religión juzgar entre lo verdadero y lo falso, y para quien separar el bien del contrario es no menos temeroso que para los niños la locura; ¿qué harás cuando la necesidad te obligue a la angustia de este capítulo? Digo, cuando un judío, o cualquier otro que no ignore este discurso, te interpele, ¿por qué no guardas los preceptos de la Ley y los Profetas, cuando Cristo dice que no vino a abolirlos, sino a cumplirlos? Sin duda te verás obligado a sucumbir a la vana superstición, o a profesar que el capítulo es falso, o a negarte como discípulo de Cristo.

CAPÍTULO IV.

Agustín respondió: Ya que repites tantas veces lo que ha sido refutado y demostrado, tampoco nos molesta repetir lo que hemos demostrado. Los cristianos no hacen de la Ley y los Profetas aquellas cosas que significaban lo que hacen. Porque aquellas eran figuras de lo futuro, que, reveladas y presentadas las cosas mismas por Cristo, debían ser quitadas, para que también por el hecho de que estas cosas fueron quitadas, la Ley y los Profetas se cumplieran. Porque allí también está escrito que Dios dará un nuevo Testamento, "No como el que di", dice, "a sus padres" (Jer. XXXI, 32). Porque aquel pueblo, por su corazón de piedra, recibió muchos preceptos más adecuados a ellos que buenos, con los cuales, sin embargo, se figuraban y profetizaban cosas futuras: pero entonces eran celebrados por los que no entendían. Pero cuando vinieron y se revelaron las cosas que ellos significaban, ya no se mandan hacer, sino que se leen para ser entendidas. Por eso allí también se dice de esta misma cosa futura: "Les quitaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne" (Eze. XI, 19): es decir, no un corazón sin sentido, sino un corazón con sentido. De donde el Apóstol tomó lo que dijo: "No en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón" (II Cor. III, 3). ¿Qué otra cosa dijo, sino "corazón de carne"? Porque también esto estaba predicho, más bien si estas cosas no se quitaran de nuestra celebración, no se cumplirían la Ley y los Profetas; porque no se haría lo que predijeron: pero cuando también esto se hace, de ahí más bien se entiende que se cumplen, de donde a ustedes les parece que no se cumplen.

CAPÍTULO V.

Y no nos asusta tu burla, que llamas al descanso de los sábados cadenas de Saturno. Porque es vana e insensata; y no se te habría ocurrido decir esto, si no fuera porque ustedes en el día que llaman del Sol, adoran al sol. Así como nosotros llamamos a ese mismo día domingo, y

en él no veneramos a este sol, sino la resurrección del Señor; así también el descanso de los sábados fue observado por los padres sin veneración a Saturno, cuando era necesario observarlo así: porque era sombra de lo futuro, como lo testifica el Apóstol (Col. II, 17). En estos días, cuyo número septenario vuelve en círculo, las naciones impusieron los nombres de sus dioses. De los cuales dice el Apóstol que "adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador" (Rom. I, 25). A quienes también ustedes imitan en esta parte, excepto que con ellos no adoran las dos luces más brillantes, sino las otras estrellas. Pero también a los meses les impusieron los nombres de sus dioses. Por el honor de Rómulo, porque creían que era hijo de Marte, dedicaron el primer mes a Marte, llamándolo Marzo. Y de ahí Abril, no por el nombre de ningún dios, sino por la misma cosa, como Aperil, porque entonces se abre mucho el brote en flor. De ahí el tercer mes Mayo, porque adoran a Maia, madre de Mercurio. De ahí el cuarto Junio por Juno. Luego los demás hasta Diciembre los nombraron por números. Pero de ellos, Quintilis y Sextilis fueron nombrados por nombres de hombres a quienes decretaron honores divinos, Julio y Augusto: pues el séptimo Septiembre, y los demás, como dije, hasta Diciembre, se nombran por los nombres de los números en orden. Por otro lado, Enero fue llamado por Jano, Febrero por los ritos de los Lupercales. ¿Quieren, pues, que también ustedes sean llamados adoradores de Marte en el mes de Marzo? Porque en ese mes celebran su Bema con gran festividad. Si, sin embargo, creen que en el mes de Marzo les es lícito considerar otra cosa, no a Marte; ¿por qué intentan importar a Saturno en el séptimo día, que se llama sábado por el descanso, en las Escrituras divinas, porque las naciones lo llamaron día de Saturno? Sin duda ya ven con cuánta impiedad deliran.

CAPÍTULO VI.

Sobre los sacrificios de animales, ¿quién de nosotros no sabe que más bien fueron impuestos adecuadamente a un pueblo perverso que ofrecidos a un Dios deseoso? Pero, sin embargo, también en estos había figuras de nosotros; porque nuestra purificación y la propiciación de Dios para nosotros no es sin sangre. Pero la verdad de esas figuras es Cristo, por cuya sangre hemos sido redimidos y purificados. Porque en las figuras de los discursos divinos, se ha dicho toro por la virtud de la cruz, con cuyos cuernos aventó a los impíos; y carnero, por el principado de la inocencia; y macho cabrío, por la semejanza de la carne del pecado, para condenar al pecado en el pecado (Rom. VIII, 3): y si mencionas más expresamente algún otro tipo de sacrificio, también en él te mostraré que Cristo fue profetizado. Por lo tanto, ya sea la circuncisión, el sábado, la diferencia de alimentos, o la inmolación de sacrificios, todas estas cosas eran figuras de nosotros y profecías: que Cristo no vino a abolir, sino a cumplir, cuando cumplió lo que se preanunciaba con ellas. Presta atención a quién contradices: con el Apóstol, del Apóstol digo, "Todas estas cosas eran figuras de nosotros" (I Cor. X, 6).

CAPÍTULO VII.

Porque así como el maniqueo te enseñó la impía perversidad de aceptar del Evangelio lo que no impide tu herejía, pero no aceptar lo que la impide: así el Apóstol nos enseñó la piadosa previsión de que cualquiera que nos anuncie algo diferente de lo que hemos recibido, sea anatema (Gál. I, 8, 9). Por lo cual los cristianos católicos también los cuentan a ustedes entre las cizañas, porque el Señor explicó qué son las cizañas, no alguna falsa escritura mezclada con las verdaderas, como tú interpretas; sino hombres hijos del maligno, es decir, imitadores de la falsedad diabólica (Mat. XIII, 39). Ni creen todo temerariamente: y por eso no creen al maniqueo ni a los demás herejes. Ni condenan la razón de la naturaleza entre los hombres: pero lo que ustedes llaman razón, lo convencen de ser error. Ni juzgar entre lo verdadero y lo falso lo consideran impío: por eso juzgan que su secta es falsísima, pero la fe católica es veracísima. Ni temen separar el bien del contrario; pero entienden que el mal no es

naturaleza, porque es contra la naturaleza: no una nación de tinieblas, no sé cuál, nacida y rebelándose contra los reinos divinos desde su principio, que verdaderamente infligió más temor a su dios que la locura a los niños; ya que dicen que, para no ver sus miembros capturados y devastados por su ímpetu, puso un velo contra sí mismo. Por lo tanto, no sufren ninguna angustia por este capítulo, como si no guardaran los preceptos de la Ley y los Profetas: porque también por la gracia de Cristo tienen la legítima caridad de Dios y del prójimo, en cuyos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 40); y reconocen que todo lo que allí está figuradamente profetizado, ya sea por hechos, celebraciones de sacramentos o modos de locución, se cumple en Cristo y la Iglesia. Por lo cual no sucumbimos a la vana superstición, ni decimos que ese capítulo evangélico es falso, ni nos negamos como discípulos de Cristo: porque con esa razón de verdad, que según mis fuerzas he expuesto tantas veces, no otra Ley, ni otros Profetas, que aquellos que la autoridad católica sostiene, no vino a abolir, sino a cumplir.

LIBRO DECIMONOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: No he venido a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos (Mateo 5, 17). He aquí que ya estoy de acuerdo con lo dicho. Sin embargo, es necesario preguntar por qué Jesús dijo esto, si fue para calmar la furia de los judíos, porque al ver que sus cosas sagradas eran pisoteadas por él, se indignarían y lo considerarían impío y demente, no digno de ser escuchado, mucho menos seguido; o si fue para instruirnos e informarnos a nosotros, que creíamos en él de entre los gentiles, para que soportáramos pacientemente y nos sometiéramos al yugo de los mandamientos que la Ley y los Profetas de los judíos imponían a nuestros cuellos. Pero no creo que ni siquiera tú pienses que Jesús pronunció esta palabra para someternos a la Ley y los Profetas de los hebreos. Y por lo tanto, si esta no fue la causa de su dicho, debe ser la otra que mencioné. Pues nadie ignora que los judíos siempre acecharon vehementemente a Cristo con palabras y obras. De lo cual, al deducir que la Ley y los Profetas suyos eran abolidos por él, necesariamente se indignarían, y por lo tanto, para reprimir su furia, no estuvo fuera de lugar decir que no había venido a abolir la Ley, sino a cumplirla. Y no mintió en esto, ni engañó: pues nombró la Ley de manera indiferente y absoluta.

CAPÍTULO II.

Existen tres tipos de leyes: una es la de los hebreos, que Pablo llama de pecado y muerte (Rom. 8, 2). Otra es la de los gentiles, que llama natural: "Porque cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, ellos mismos son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones" (Rom. 2, 14-15). El tercer tipo de ley es la verdad, que el Apóstol también menciona: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Rom. 8, 2). Siendo así que existen tres leyes, y Jesús afirmando que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla, se requiere de no poca atención y diligencia para entender de cuál de ellas hablaba. Asimismo, los Profetas son de tres tipos: los de los judíos, los de los gentiles y los de la verdad. Pero de los judíos nadie duda; es bien conocido. Si alguien duda de los gentiles, que escuche a Pablo, quien escribiendo a Tito sobre los cretenses, dice: "Dijo uno de ellos, su propio profeta: Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos" (Tito 1, 12). Por lo tanto, no hay duda de que los gentiles también tienen sus profetas. Y que la verdad también tiene sus profetas, lo indica tanto Pablo como Jesús. Jesús, cuando dice: "He aquí, envío a

vosotros sabios y profetas, y de ellos mataréis en cada lugar" (Mateo 23, 34). Pablo, cuando dice: "El mismo Señor constituyó primero apóstoles, luego profetas" (1 Cor. 12, 28; Efes. 4, 11).

CAPÍTULO III.

Con la ley tripartita y los profetas tripartitos, no está claro de cuál de ellos habló Jesús: sin embargo, se puede conjeturar a partir de lo que sigue. Pues si hubiera mencionado inmediatamente la circuncisión, los sábados, los sacrificios y las observancias hebreas, y hubiera dicho algo para cumplirlas, no habría duda de que hablaba de la Ley y los Profetas de los judíos, porque no vino a abolirlos, sino a cumplirlos. Pero al no mencionar nada de esto, y solo recordar los preceptos más antiguos, es decir, "No matarás, No cometerás adulterio, No jurarás en falso"; estos ya existían antiguamente en las naciones, como es fácil de probar, promulgados desde hace mucho por Enoc, Set y otros justos similares, a quienes los ángeles transmitieron estas enseñanzas para moderar la ferocidad en los hombres: ¿quién no vería que esto lo dijo sobre la ley de la verdad y sus profetas? Finalmente, también se prueba su cumplimiento en estas mismas cosas que prometió. ¿Qué dice? "Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; pero yo os digo: no os enojéis siquiera": esto es cumplimiento. "Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio; pero yo os digo: no codiciéis siquiera": esto es cumplimiento. "Fue dicho: No jurarás en falso; pero yo os digo: no juréis siquiera": igualmente es cumplimiento. En estas cosas, tanto confirma lo anterior como añade lo que faltaba. Pero cuando parece haber mencionado algunas cosas de los judíos, no las cumplió, sino que incluso las erradicó completamente con preceptos contrarios. ¿Qué sigue? "Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, diente por diente; pero yo os digo: al que te golpee en la mejilla, preséntale también la otra": esto ya es destrucción. "Fue dicho: Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores": igualmente es destrucción. "Fue dicho: Quien quiera divorciarse de su esposa, que le dé carta de divorcio; pero yo os digo: quien se divorcie de su esposa, excepto por causa de fornicación, la hace cometer adulterio, y él será adúltero si se casa con otra después" (Mateo 5, 21-44). Estas son, por tanto, preceptos manifiestos de Moisés, y por eso destruidos: aquellos de los antiguos justos, y por eso cumplidos. Si también te parece bien entenderlo así, no estará fuera de lugar que Jesús haya dicho que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla. Si esta nuestra exposición no te agrada, busca otra: solo que no te veas obligado a decir que Jesús mintió; o tendrás que convertirte en judío: para que no sigas ahora aboliendo la Ley, que él no abolió.

CAPÍTULO IV.

Y sin embargo, si alguien de los nazarenos, a quienes otros llaman simaquianos, me objetara esto, que Jesús dijo que no vino a abolir la Ley; habría dudado un poco, sin saber qué responderle. Y no sin razón: pues venía corporal y espiritualmente cubierto por la Ley y los Profetas. Porque estos que menciono, llevan la circuncisión, observan el sábado, y se abstienen de cerdo y otras cosas similares que la Ley ordena, bajo la profesión del nombre cristiano, engañados también ellos, como se puede entender, por este mismo capítulo que también a ti, porque Cristo dijo que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla. Por lo cual, con tales personas tendría no poco, como dije, debate, hasta que me librara de la molestia de este capítulo: pero contigo no temo enfrentarme, confiando no en fuerzas, sino en la impudencia que me desafía, para que más fácilmente piense que me estás tentando, que obligándome a creer que Cristo dijo lo que ni siquiera tú pareces haber creído. Pues no presentas nada de lo que la Ley y los Profetas no parecen ser abolidos, sino cumplidos, para reprocharme como negligente y transgresor, por la objeción de este capítulo. ¿O acaso ya te glorías en esa

obscena señal de los genitales mutilados, como judío o nazareno? ¿O levantas la ceja por la observancia de los sábados? ¿O te alegras de ser consciente de la abstinencia de cerdo? ¿O finalmente te exultas de haber saciado a Dios con la sangre de las víctimas y los olores de los holocaustos de los judíos? Si no has hecho nada de esto, ¿por qué insistes en que Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla?

CAPÍTULO V.

Por lo tanto, doy gracias sin cesar a mi maestro, quien me retuvo de caer de manera similar, para que hoy sea cristiano. Pues yo también, cuando leía imprudentemente este capítulo, como tú, casi decidí convertirme en judío. Y no sin razón: pues si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla, y el cumplimiento nunca se dice en un recipiente vacío, sino en uno lleno, solo me parecía que un israelita podría convertirse en cristiano, quien lleno en gran parte de la Ley y los Profetas, vendría a Cristo, para ser llenado de lo que aún parecía ser capaz; si, sin embargo, él mismo no aboliera lo anterior: de lo contrario, tampoco habría cumplimiento en él, sino agotamiento. Pero yo, viniendo de los gentiles, pensaba que me había acercado en vano a Cristo, porque no traía nada de lo que pudiera ser cumplido en mí con sus añadiduras. Buscando, por tanto, cuál era esa medida anterior, encuentro los sábados, la circuncisión, los sacrificios, las neomenias, los bautismos, las azimofagias, las distinciones de alimentos, bebidas, vestimentas, y otras cosas que sería largo enumerar. Pensé, por tanto, que esto era; y nada más, que Cristo dijo que no vino a abolir, sino a cumplir. Y no sin razón: ¿qué es la Ley sin mandamientos? ¿Qué son los Profetas sin preámbulos? A esto encuentro también una amarga maldición impuesta allí contra aquellos que no permanecen en todas las cosas escritas en el libro de esa Ley, para hacerlas (Deut. 27, 26). Y temiendo, por tanto, la maldición de allí como de Dios, y escuchando aquí a Cristo como su hijo diciendo que no vino a abolirlas, sino a cumplirlas; ve si algo podría impedir que me convirtiera en judío. Pero de este peligro me libró la venerable fe de los maniqueos.

CAPÍTULO VI.

Sin embargo, pregunto, ¿qué confianza tienes para objetar esto, o por qué crees que es solo contra mí, lo que no menos parece ser contrario a ti? Si no es de Cristo abolir la Ley y los Profetas, ciertamente tampoco de los cristianos. ¿Por qué entonces vosotros los abolís? ¿O admitís lentamente que no sois cristianos? ¿Qué hacéis con el día sagrado de los sábados, que la Ley y los Profetas testifican que incluso el mismo creador del mundo descansó (Gén. 2, 2), que vosotros profanáis con todo tipo de trabajo, sin temer la pena de muerte que se estableció contra sus violadores, ni la infamia de la maldición? ¿Por qué también os defendéis de la señal deshonrosa de la circuncisión, honrada por la Ley y los Profetas, y especialmente por Abraham después de su fe reconocida, cuando Dios de los judíos afirma que perecerá todo aquel de su pueblo que no esté marcado con esta ignominia (Gén. 17, 9-14)? ¿Por qué despreciáis las leyes de los sacrificios, que ni Moisés ni los Profetas bajo la Ley, ni Abraham bajo su fe, tuvieron en segundo lugar? ¿Por qué la indiferencia de los alimentos contamina vuestras almas, si creéis que Cristo no vino a abolir todo esto, sino a cumplirlo? ¿Por qué profanáis el derecho anual de los ázimos y el sagrado sacrificio del cordero, que la Ley y los Profetas ordenan guardar para siempre? ¿Por qué finalmente os atrevéis a irrumpir en las neomenias, los bautismos, la fiesta de las tiendas, y otros sacramentos carnales de la Ley y los Profetas, si Cristo no los destruyó? Por lo tanto, no sin razón diría que si queréis que os conste la razón de este desprecio, debéis o negar ser discípulos de Cristo, o finalmente admitir que él destruyó todo esto antes. Lo cual, cuando lo hayáis confesado, entonces también se sigue que o admitís falsamente que está escrito que él dijo que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla; o que significó algo muy diferente de lo que pensáis.

CAPÍTULO VII.

AGUSTÍN respondió: Ya que ahora estás de acuerdo en que Cristo dijo: "No he venido a abolir la Ley o los Profetas, sino a cumplirlos" (Mateo 5, 17); pues te parece duro ir contra la autoridad evangélica; también te parecerá duro ir contra el Apóstol, que dice: "Todas estas cosas fueron figuras para nosotros" (1 Cor. 10, 6); y también dice de Cristo: "Porque no fue Sí y No, sino que en él fue Sí: porque todas las promesas de Dios son en él Sí" (2 Cor. 1, 19-20); es decir, en él se cumplieron, en él se realizaron: y sin oscuridad verás, tanto qué Ley vino a cumplir, como de qué manera la cumplió. No te extiendas buscando salir por tres tipos de ley y tres tipos de profetas, sin encontrar salida. Pues es manifiesto, y la Escritura del Nuevo Testamento lo atestigua claramente, qué Ley y qué Profetas Cristo no vino a abolir, sino a cumplir. Es la Ley que fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan 1, 17). Es, digo, la Ley dada por Moisés, de quien Cristo dice: "Porque de mí escribió él" (Juan 5, 46). Ciertamente es la Ley que entró para que abundara el delito (Rom. 5, 20): lo cual, para su reproche, sin entender nada, soléis tener en la boca. Allí, por tanto, lee y ve, porque es de la que se dice: "Así que la Ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, entonces, se convirtió en muerte para mí? De ninguna manera. Pero el pecado, para que apareciera como pecado, me produjo la muerte a través de lo que es bueno" (Rom. 7, 12-13). Pues la Ley no ordenaba el delito, para que al entrar abundara el delito; sino que a los soberbios que se atribuían mucho a sí mismos, la adición del mandamiento santo, justo y bueno, los hizo también culpables de transgresión: para que así humillados, aprendieran que la gracia pertenece a la fe, para que ya no estuvieran sujetos a la Ley por culpa, sino asociados a la Ley por justicia. Pues el mismo apóstol dice: "Porque antes de que viniera la fe, estábamos custodiados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que había de ser revelada. Así que la Ley fue nuestro pedagogo para llevarnos a Cristo Jesús: pero después de que vino la fe, ya no estamos bajo el pedagogo" (Gál. 3, 23-25). Porque el reato de la Ley no nos obliga, ya liberados por la gracia. Pues antes de recibir la gracia espiritual, humillados, nada más que la letra nos mataba, ordenando lo que no podíamos cumplir. Por eso el mismo dice: "La letra mata, pero el espíritu vivifica" (2 Cor. 3, 6). Nuevamente, son palabras del mismo apóstol: "Porque si se hubiera dado una Ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la Ley; pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes" (Gál. 3, 21-22). También son palabras tuyas: "Porque lo que era imposible para la Ley, en lo que se debilitaba por la carne, Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el espíritu" (Rom. 8, 3-4). He aquí lo que significa "No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla". Porque la Ley, al vincular a los soberbios también con la culpa de transgresión, aumentando el pecado, cuando ordena lo que no pueden cumplir; la justicia de esa Ley se cumple por la gracia del espíritu, en aquellos que aprenden de Cristo a ser mansos y humildes de corazón; quien vino no a abolir la Ley, sino a cumplirla. Además, porque incluso para aquellos que están bajo la gracia, en esta vida mortal es difícil cumplir en todo lo que está escrito en la Ley, "No codiciarás" (Éx. 20, 17); él, por el sacrificio de su carne, hecho sacerdote, nos obtiene indulgencia, cumpliendo también la Ley en esto; para que lo que por nuestra debilidad no podemos, por su perfección se recupere, de quien hemos sido hechos miembros de su cuerpo. Por eso Juan dice: "Hijitos, os escribo estas cosas para que no pequéis: y si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo; él es la propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 2, 1-2).

CAPÍTULO VIII.

Las profecías las cumplió cuando en él se hizo la verdad de las promesas de Dios. Esto lo mencioné poco antes del Apóstol, diciendo: "Porque todas las promesas de Dios son en él Sí". El mismo dice nuevamente: "Digo, pues, que Cristo fue hecho ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres" (Rom. 15, 8). Lo que, por tanto, en los Profetas, ya sea abiertamente o por figuras, o locuciones o acciones, se prometía, en él se cumplió, quien no vino a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos. Pero vosotros no entendéis esto, porque si ciertas acciones y celebraciones, que eran figuras anunciando lo que vendría, aún se hicieran por los cristianos, no se significaría nada, sino que aún no ha venido lo que entonces se anunciaba con esas figuras. Pues lo que aún se anuncia como venidero, o no ha venido, o si ya ha venido, se anuncia superfluamente o falsamente. Por lo tanto, de donde os parece que Cristo no cumplió los Profetas, porque no se hacen por los cristianos ciertas cosas que fueron instituidas por los Profetas para que los hebreos las hicieran, de ahí más bien se prueba que los cumplió. Pues tanto se ha cumplido lo que se profetizaba por medio de tales figuras, que ya no se profetiza por ellas. A esto se refiere también lo que el mismo Señor dice: "La Ley y los Profetas hasta Juan" (Lucas 16, 16). Pues la Ley, que encerraba a los transgresores con abundante culpa en aquella fe que había de ser revelada después, se hizo gracia por Jesucristo, por quien sobreabundó la gracia: y por lo tanto se cumplió por la gracia liberadora, que no se cumplía por la letra que ordenaba. Asimismo, en la misma Ley toda profecía, que no solo con palabras, sino también con figuras de ciertas acciones, prometía la venida del Salvador, se hizo verdad por Jesucristo. Porque la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan 1, 17). Desde su venida ya comenzó a anunciarse el reino de Dios: porque "La Ley y los Profetas hasta Juan"; la Ley para hacer reos a quienes desearan la salvación; los Profetas, para prometer al Salvador. Sin embargo, ¿quién no sabe que ya hubo profetas en la Iglesia después de la ascensión de Cristo? De los cuales Pablo dice: "Y a algunos puso en la Iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, tercero maestros" (1 Cor. 12, 28), y demás. Por lo tanto, no se dijo de ellos: "La Ley y los Profetas hasta Juan"; sino de aquellos que profetizaron la primera venida de Cristo; esa venida que se cumplió no podría seguir siendo profetizada.

CAPÍTULO IX.

Por lo tanto, cuando preguntas por qué el cristiano ya no se circuncida en la carne, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano ya no se circuncida porque lo que se profetizaba con esa misma circuncisión, Cristo ya lo ha cumplido. La despojo de la generación carnal, que se figuraba en ese acto, ya se ha cumplido con la resurrección de Cristo: lo que sucederá en nuestra resurrección se encomienda en el sacramento del Bautismo. Pues no debía eliminarse por completo el sacramento de la nueva vida, porque aún nos queda la futura resurrección de los muertos: y sin embargo, debía cambiarse para mejor con el Bautismo que le sucedió, porque ya se ha hecho lo que nunca se había hecho, para que se nos ofreciera un ejemplo de la futura vida eterna en la resurrección de Cristo. Cuando preguntas por qué el cristiano no observa el descanso del sábado, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano no lo observa porque lo que esa figura profetizaba, Cristo ya lo ha cumplido. En Él tenemos el sábado, quien dijo: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar; llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. XI, 28, 29).

CAPÍTULO X.

Cuando preguntas por qué el cristiano no observa la diferencia de alimentos que se prescribe en la Ley, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano no lo observa porque lo que se profetizaba con esas figuras, Cristo ya lo ha cumplido, no admitiendo en su cuerpo, que ha predestinado a la vida eterna en sus santos, nada de lo que se significaba a través de esos animales en las costumbres de los hombres. Cuando preguntas por qué el cristiano no ofrece sacrificios de carne y sangre de animales inmolados a Dios, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano ya no debe ofrecer estos sacrificios porque lo que se profetizaba con tales figuras de cosas, Cristo lo ha cumplido con la inmolación de su carne y sangre. Cuando preguntas por qué el cristiano no observa los ázimos como los judíos, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano no lo observa porque lo que esa figura profetizaba, Cristo lo ha cumplido demostrando una nueva vida, purgando la levadura de la vida vieja (I Cor. V, 7). Cuando preguntas por qué el cristiano no celebra la Pascua con carne de cordero, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano ya no celebra así la Pascua porque lo que esa figura anunciaba, Cristo, el cordero inmaculado, lo ha cumplido con su pasión. Cuando preguntas por qué el cristiano no celebra las neomenias mandadas en la Ley, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano ya no celebra estas porque lo que se anunciaba con ellas, Cristo ya lo ha cumplido. La celebración de la luna nueva anunciaba la nueva creación, de la cual dice el Apóstol: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). Cuando preguntas por qué el cristiano no observa los bautismos de las diversas impurezas que se prescriben en la Ley, si Cristo no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: respondo, en efecto, el cristiano no los observa porque eran figuras de cosas futuras que Cristo ha cumplido. Porque vino a sepultarnos con Él por el Bautismo en la muerte; para que así como Cristo resucitó de los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI, 4). Cuando preguntas por qué la fiesta de los tabernáculos no es una solemnidad de los cristianos, si la Ley ha sido cumplida por Cristo, no abolida: respondo, el tabernáculo de Dios son sus fieles, en quienes, unidos por la caridad y de algún modo compactados, se digna habitar; y por eso más bien no se observa por los cristianos, porque Cristo ya ha cumplido en su Iglesia lo que esa figura prometía proféticamente.

CAPÍTULO XI.

Y ahora, en efecto, hemos tocado estos temas con la mayor brevedad posible para que no pasaran en silencio, según el cometido asumido. Sin embargo, discutidos en detalle y por partes, han hecho muchos y grandes libros, mostrando en ellos nada más que a Cristo profetizado: de modo que todo lo que creéis que no se observa por los cristianos de esa Escritura porque Cristo lo ha abolido, más bien se encuentra que no se observa por los cristianos porque Cristo lo ha cumplido. La misma observancia de tales figuras fue una proclamación de Cristo. Por lo tanto, ¿qué hay de extraño, qué de absurdo, más bien qué no es congruente y coherente, si después de su venida cesó todo lo que se hacía para anunciar su venida? Por lo tanto, las figuras de las cosas, que se observaban para que con su misma observancia se profetizara la venida de Cristo, no deben considerarse no cumplidas por la venida de Cristo porque no se observan con su venida, sino que, a menos que ya se hubieran cumplido por la venida de Cristo, aún se observarían. Sin embargo, en ningún nombre de religión, ya sea verdadero o falso, pueden los hombres unirse a menos que se reúnan en alguna comunidad de signos o sacramentos visibles: cuya fuerza de los sacramentos es inenarrablemente poderosa, y por eso, despreciada, hace sacrílegos. Pues se desprecia impiamente, sin la cual no puede perfeccionarse la piedad.

CAPÍTULO XII.

Sin embargo, porque los sacramentos visibles de la piedad pueden estar presentes incluso en los impíos, como leemos que también el mago Simón tuvo el santo Bautismo (Hechos VIII, 13); se convierten en tales como dice el Apóstol, Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella (II Tim. III, 5). Pero la eficacia de la piedad es el fin del mandamiento, es decir, la caridad de un corazón puro y de buena conciencia y de fe no fingida (I Tim. I, 5). Por lo cual el apóstol Pedro, cuando hablaba del sacramento del arca, en la cual Noé y su casa fueron liberados del diluvio, dijo: Así también vosotros, en forma semejante, el Bautismo os salva. Y para que no pensaran que el sacramento visible les bastaba, por el cual tenían la apariencia de piedad, y por malas costumbres viviendo perdidamente negaran su eficacia, añadió de inmediato, No la eliminación de las inmundicias de la carne, sino la respuesta de una buena conciencia (I Pedro III, 21).

CAPÍTULO XIII.

Por lo tanto, los primeros sacramentos, que se observaban y celebraban según la Ley, eran prenunciativos de la venida de Cristo: que cuando Cristo los cumplió con su venida, fueron abolidos; y por eso fueron abolidos, porque fueron cumplidos; pues no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla: y se instituyeron otros con mayor virtud, mejor utilidad, más fácil ejecución, menor número, como la justicia de la fe revelada, y a los hijos de Dios llamados a la libertad, quitado el yugo de servidumbre (Gál. V, 1, 13), que convenía al pueblo duro y entregado a la carne.

CAPÍTULO XIV.

Sin embargo, si los antiguos justos, que entendían que con esos sacramentos se anunciaba la revelación de la fe que había de venir, de la cual, aunque aún oculta y escondida, entendida por el don de la piedad, incluso entonces vivían; porque en esta vida nadie puede ser justo, sino el que vive por la fe (Rom. I, 17): si, por lo tanto, los antiguos justos por esos sacramentos prenunciativos y figuras de cosas aún no cumplidas, estaban preparados para soportar todas las cosas duras y horrendas, y muchos las soportaron; si alabamos a los tres jóvenes y a Daniel, porque no quisieron contaminarse con la mesa del rey (Dan. I, 8), lo cual era contrario al sacramento de ese tiempo; si preferimos con gran admiración a los Macabeos, porque no quisieron tocar los alimentos que ahora los cristianos usan lícitamente (II Mac. VII), porque entonces no era lícito por el tiempo profético: cuánto más ahora por el Bautismo de Cristo, por la Eucaristía de Cristo, por el signo de Cristo, debe estar el cristiano más preparado para soportar todo, cuando aquellos fueron promesas de cosas por cumplir, y estos son indicios de cosas cumplidas. Porque lo que aún se promete a la Iglesia, es decir, al cuerpo de Cristo, y se predica en la manifestación, y en el mismo Salvador, cabeza del cuerpo, es decir, en el mismo Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), ya ciertamente se ha cumplido. Porque ¿qué se promete, sino la vida eterna por la resurrección de los muertos? Esto ya se ha cumplido en aquella carne, que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Entonces, por lo tanto, la fe también estaba oculta; pues todos los justos y santos incluso de aquellos tiempos creían lo mismo y esperaban lo mismo; y todos esos sacramentos y todo aquel rito de los sagrados eran promisorios: pero ahora la fe ha sido revelada, en la cual estaba encerrado el pueblo, cuando estaba bajo la custodia de la Ley (Gál. III, 23); y lo que se promete a los fieles en el juicio, ya se ha cumplido en el ejemplo, por aquel que no vino a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos.

CAPÍTULO XV.

Por lo tanto, se pregunta entre los estudiosos de las Sagradas Escrituras, si la fe en el Cristo que habría de sufrir y resucitar, que aprendían por revelaciones o entendían en los Profetas, fue tan provechosa para los antiguos justos como ahora lo es la fe en el Cristo que ha sufrido y resucitado: o si la misma efusión de la sangre del Cordero de Dios, que se hizo, como Él mismo dice, por muchos para remisión de los pecados (Mat. XXVI, 28), dio o añadió alguna utilidad y purificación incluso a aquellos que, creyendo que esto sucedería, habían partido de esta vida antes de que sucediera; y si su muerte visitó para liberación incluso a los muertos. Pero ahora discutir esta cuestión o definir algo encontrado en ella, ya sea por investigación o confirmación, es largo y no necesario para esta obra.

CAPÍTULO XVI.

Mientras tanto, basta demostrar contra la calumniosa ignorancia de Fausto, cuán errados están quienes piensan que, cambiados los signos y sacramentos, también son diferentes las cosas mismas que el rito profético anunciaba como prometidas, y que el rito evangélico anunciaba como cumplidas: o quienes consideran que, siendo las mismas cosas, no debieron anunciarse cumplidas con otros sacramentos que aquellos con los que aún se anunciaban por cumplir. Pues si los sonidos de las palabras con las que hablamos se cambian con el tiempo, y la misma cosa se enuncia de una manera cuando está por hacerse, y de otra cuando ya se ha hecho, como estas mismas dos palabras que dije, por hacerse y hecho, no sonaron con iguales intervalos de tiempo, ni con las mismas o tantas letras y sílabas: ¿qué maravilla si con otros signos de misterios se prometió la pasión y resurrección de Cristo como futura, y con otros ya hecha se anuncia; cuando las mismas palabras, futuro y hecho, pasará y pasó, resucitará y resucitó, no pudieron sonar ni extenderse de igual manera? Pues ¿qué son los sacramentos corporales, sino como ciertas palabras visibles, sagradas ciertamente, pero sin embargo mutables y temporales? Porque Dios es eterno, y sin embargo el agua y toda aquella acción corporal que se realiza cuando bautizamos, se hace y pasa, no es eterna: donde también aquellas sílabas que suenan rápidamente y pasan, cuando se dice, Dios, si no se dicen, no se consagra. Todas estas cosas se hacen y pasan, suenan y pasan: sin embargo, la virtud que opera a través de ellas permanece continuamente, y el don espiritual que se insinúa a través de ellas es eterno. Por lo tanto, quien dice, Si Cristo no hubiera abolido la Ley y los Profetas, esos sacramentos de la Ley y los Profetas permanecerían en las congregaciones y celebraciones de los cristianos; puede decir, Si Cristo no hubiera abolido la Ley y los Profetas, aún se prometería que nacería, sufriría y resucitaría: cuando más bien no los ha abolido, sino que los ha cumplido, porque ya no se promete que nacerá, sufrirá, resucitará, lo que aquellos sacramentos proclamaban; sino que se anuncia que ha nacido, ha sufrido, ha resucitado, lo que estos sacramentos que los cristianos realizan ya proclaman. Por lo tanto, quien vino a no abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos, con su cumplimiento quitó aquellas cosas por las cuales aún se prometía que se cumpliría lo que ya se sabe que se ha cumplido: como si quitara estas palabras, nacerá, sufrirá, resucitará, que cuando estas cosas estaban por suceder, se decían correctamente; e instituyera decir, Ha nacido, ha sufrido, ha resucitado, que con aquellas cumplidas, y por eso quitadas, se dicen correctamente.

CAPÍTULO XVII.

Así como estas palabras, así aquellos sacramentos del pueblo anterior, porque por aquel que no vino a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos, ya se han cumplido, por eso debieron ser quitados y cambiados: lo cual a los primeros cristianos, que habían creído de entre los judíos, hasta que se les persuadiera gradualmente contra una costumbre tan prolongada y se les condujera a una comprensión perfecta, y porque así habían nacido y sido instruidos, los

Apóstoles les permitieron observar el rito y tradición paterna; y a aquellos para quienes esto era necesario, para que se adaptaran a su lentitud y costumbres, les aconsejaron. De ahí que el Apóstol circuncidara a Timoteo, nacido de madre judía y padre griego, por aquellos a quienes tales con él había venido (Hechos XVI, 1-3): y él mismo entre ellos guardó tal costumbre, no con simulación engañosa, sino con consejo prudente. Pues para aquellos nacidos así, e instruidos así, estas cosas no eran nocivas, aunque ya no eran necesarias para significar cosas futuras. Más bien, era más nocivo prohibirlas como nocivas en estos hombres hasta donde debían durar. Porque Cristo, que había venido a cumplir todas esas profecías, así los encontró iniciados: para que ya en adelante, aquellos que no estuvieran atados por tal necesidad, sino que vinieran de un muro diferente, es decir, de la incircuncisión, a esa piedra angular que es Cristo (Efes. II, 14, 20), no fueran obligados a tales cosas. Sin embargo, si aquellos que habían venido de la circuncisión, y aún estaban dedicados a tales sacramentos, quisieran voluntariamente, como Timoteo, conferir congruencia, no se les prohibiría: pero si en tales obras de la Ley pensaran que su esperanza y salvación se contenían, se les prohibiría como de una cierta perdición. De ahí es aquella palabra del Apóstol: He aquí, yo Pablo os digo, que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. V, 2). Circuncidarse, ciertamente, como ellos querían, como les había persuadido algunos depravados que sin estas obras de la Ley no podían ser salvos (Hechos XV, 1). Pues cuando las naciones venían a la fe de Cristo así, principalmente por la predicación del apóstol Pablo, como debían venir, para que no fueran cargadas con tales observancias; porque estas cosas, especialmente la circuncisión, al ser inusuales, disuadirían a los adultos de la fe; y no nacidos así, para ser imbuidos de tales sacramentos, si se hicieran prosélitos al modo antiguo, como si Cristo aún se prometiera a través de esos misterios: cuando, por lo tanto, venían a la fe así, como ya debían venir de entre las naciones, no entendiendo aquellos que habían venido de la circuncisión, por qué se les permitía a ellos, y por qué no debían imponerse a las naciones; comenzaron a perturbar la Iglesia con algunas sediciones carnales, porque los gentiles que se acercaban al pueblo de Dios no se hacían prosélitos solemnemente en la circuncisión de la carne, y en otras observancias de este tipo de la Ley: y en estos estaban aquellos que insistían en que esto se hiciera porque temían a los judíos entre los que se movían. Contra estos escribió mucho el apóstol Pablo: pues en la simulación de estos también Pedro fue llevado y corregido con una objurgación fraterna (Gál. II, 14). Pero después de que los Apóstoles reunidos en uno, también con su consejo decidieron que las naciones no debían ser obligadas a tales obras de la Ley (Hechos XV, 6-11); a algunos cristianos de la circuncisión, que no podían discernir con la mente, les desagradó que solo a aquellos no se les prohibiera tales observancias, a quienes la fe revelada ya había encontrado imbuidos de ellas; para que en ellos ya se completara esa acción profética, a quienes antes de la realización de la profecía ya había retenido: no sea que si también se les quitara, pareciera más bien desaprobada que terminada; pero si también se impusiera a las naciones, o no se considerara que Cristo se prometía a través de esos misterios, o aún se pensara que Cristo se prometía. Por lo tanto, el primer pueblo de Dios, antes de que Cristo viniera a cumplir la Ley y los Profetas, se le ordenó observar todas aquellas cosas que lo prometían: libre en ellos, quienes entendían a qué se referían; siervo en ellos, quienes no lo entendían. Pero el pueblo posterior que se acercaba a la fe en la que ya se predicaba que Cristo había venido, sufrido y resucitado, en aquellos hombres a quienes la misma fe ya había encontrado instruidos en tales sacramentos, ni se le obligaba a observarlos, ni se le prohibía: pero en aquellos que, vacíos de tales cosas, no retenidos por ninguna necesidad de género, costumbre o congruencia, habían creído, también se les prohibía; para que a través de ellos ya comenzara a aparecer que todas esas cosas habían sido instituidas para prometer a Cristo; quien viniendo y cumpliendo estas promesas, ya debía cesar. Por lo tanto, este temperamento y moderación del Espíritu Santo operando a través de los Apóstoles, cuando desagradó a algunos creyentes de la circuncisión, que no

entendían estas cosas, permanecieron en esa perversidad, para que también obligaran a las naciones a judaizar. Estos son los que Fausto mencionó con el nombre de los Simmachianos o Nazarenos, que hasta nuestros tiempos, aunque ya en pequeño número, pero aún en esa misma escasez perduran.

CAPÍTULO XVIII.

¿Qué tienen, entonces, estos para calumniar la Ley y los Profetas, diciendo que Cristo vino a disolverlos en lugar de cumplirlos, porque los cristianos no observan lo que allí se manda? No observan solo aquellas cosas por las cuales se prometía a Cristo; y por eso no las observan más, porque esas promesas ya las cumplió Cristo, y no se prometen más cosas que ya se han cumplido; y sus signos promisorios debieron terminar en aquellos a quienes la fe en Cristo, que cumplió estas cosas, ya encontró imbuidos de tales signos. ¿Acaso no observan los cristianos lo que está en esa Escritura: "Escucha, Israel; el Señor tu Dios es un solo Dios" (Deut. VI, 4)? "No te harás ídolo", y otras cosas semejantes. ¿Acaso no observan los cristianos lo que allí se dice: "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano"? ¿Acaso no observan los cristianos el mismo sábado, que se refiere al verdadero descanso? ¿Acaso no honran los cristianos a sus padres, como allí se manda? ¿Acaso no se abstienen los cristianos de fornicaciones, homicidios, robos, falsos testimonios, de codiciar la mujer del prójimo o los bienes del prójimo, que todo está escrito en esa Ley (Éxodo XX, 4-17)? Estos son preceptos de moral, aquellos son sacramentos de promesas: estos se cumplen por la gracia que ayuda, aquellos por la verdad revelada: ambos por Cristo, que siempre da esa gracia, ahora también revelándola; y esa verdad que entonces prometía, ahora exhibiéndola: porque "la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo" (Juan 1, 17). Finalmente, estas cosas, que se conservan en la conciencia de quien vive rectamente, se cumplen por la fe que obra por el amor (Gálatas V, 6): pero aquellas que se movían en la significación de la promesa, han pasado con las cosas cumplidas. Así, tampoco ellas fueron disueltas, sino cumplidas; porque Cristo no mostró que fueran vanas ni engañosas, al exhibir lo que se prometía con su significado.

CAPÍTULO XIX.

No es, por tanto, como opina Fausto, que el Señor Jesús cumplió algunas cosas que ya habían sido dichas por los justos antiguos antes de la Ley de Moisés, como "No matarás", que no refutó con lo contrario, sino que más bien lo confirmó, al apartar también de la ira y del insulto (Éxodo XX, 13, y Mateo V, 21, 22); y que disolvió otras que parecían propias de la ley de los hebreos, como "Ojo por ojo, diente por diente", que parece haber quitado más que confirmado, cuando dice: "Pero yo os digo, no resistáis al mal, sino que si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra" (Éxodo XXI, 24, y Mateo V, 38, 39), y otras cosas. Nosotros decimos que incluso estas cosas, que ellos piensan que Cristo disolvió, refiriéndolas como contrarias, fueron bien instituidas en su tiempo, y ahora no han sido disueltas por Cristo, sino cumplidas.

CAPÍTULO XX.

Por lo tanto, primero pregunto a estos si aquellos justos antiguos, Enoc y Set (pues Fausto los menciona principalmente), y si hubo otros, no solo antes de Moisés, sino también antes de Abraham, se enojaron con su hermano sin causa, o dijeron a su hermano: "Necio". Si no lo dijeron, ¿por qué no enseñaron también tales cosas? Y si enseñaron tales cosas, pregunto cómo Cristo cumplió su justicia y doctrina, añadiendo: "Pero yo os digo, si alguien se enoja

con su hermano; o si alguien dice: Raca; o si alguien dice: Necio; será culpable de juicio, de consejo, o del fuego del infierno" (Mateo V, 22): puesto que ellos vivían de la misma manera y aconsejaban vivir de la misma manera. ¿O ignoraban aquellos justos que la ira debía ser contenida, y que no se debía provocar al hermano con insultos petulantes; o lo sabían, pero no podían abstenerse de ello? Entonces eran culpables del infierno: ¿cómo, pues, eran justos? Porque ciertamente no te atreves a decir que su justicia era ignorante de las cosas que pertenecen a su deber, ni intemperante, hasta el punto de hacerlos culpables del infierno. ¿Por qué, entonces, al añadir estas cosas, Cristo cumpliría esa ley según la cual vivían los justos antiguos, cuando su justicia tampoco podía existir sin estas cosas? ¿O dirás que la ira precipitada y la lengua insolente comenzaron a pertenecer a la iniquidad desde que vino Cristo; pero antes no era iniquo cometer estas cosas de corazón o de palabra? Así como en algunas cosas instituidas por las propiedades de los tiempos, encontramos que ahora algo no está permitido, que antes lo estaba; o que antes no estaba permitido, ahora lo está. No eres tan insensato como para decir esto: pero incluso si lo dices, se te responderá que, según este entendimiento, Cristo no vino a cumplir lo que le faltaba a la antigua ley, sino a instituir una ley que no existía; si decir al hermano: "Necio", cuando entre los justos antiguos no era injusto, ahora Cristo quiso que fuera tan injusto que quien lo dijera fuera culpable del infierno. Por lo tanto, aún no has encontrado a qué ley le faltaron alguna vez estas cosas que ahora, al añadirse, Cristo cumpliría.

CAPÍTULO XXI.

¿O acaso la ley de no cometer adulterio entre aquellos justos antiguos estaba a medias hasta que el Señor la cumplió, añadiendo que nadie debía mirar a una mujer para codiciarla? Pues así has recordado esa sentencia: "Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio; pero yo os digo, ni siquiera codiciéis". Dices que es cumplimiento. Explica claramente las mismas palabras evangélicas, no minimices lo que se ha dicho, y ve qué piensas de esos justos antiquísimos. "Habéis oído", dice, "que se dijo: No cometerás adulterio; pero yo os digo, si alguien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Éxodo XX, 14 y Mateo V, 27, 28). ¿Es que aquellos justos, Set o Enoc, o quienes fueron semejantes a ellos, cometían adulterio en sus corazones; y, o su corazón no era templo de Dios, o cometían adulterio en el templo de Dios? Si no te atreves a decirlo, ¿cómo también en este asunto Cristo cumplió la ley de ellos, que ya entonces era plena entre ellos, al venir ahora?

CAPÍTULO XXII.

En cuanto a no jurar (Éxodo XX, 7 y Mateo V, 33-37), ya que aquí también dijiste que la ley de ellos fue cumplida por Cristo, no puedo afirmar que los justos antiguos no juraran: pues también encontramos que el apóstol Pablo juró (Romanos I, 9; Filipenses I, 8 y II Corintios I, 23). Pero de vuestra boca no se quita el frecuente juramento, ya que juráis por la luz, que amáis con las moscas; pues no sabéis pensar en absoluto en aquella luz de las mentes, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9): y por vuestro señor Maniqueo, que en su lengua patria se llamaba Manes; pero vosotros, para evitar el nombre de locura entre los griegos, como si declinando y prolongando el nombre, añadisteis una fusión, donde más os extraviáis. Pues así me explicó uno de los vuestros por qué se le llamó Maniqueo, para que en la lengua griega pareciera que manaba maná; porque en griego manar se dice χέειν: donde no sé qué habéis hecho, salvo que os habéis soñado más expresamente la locura. Pues no añadisteis una letra en la parte anterior del nombre, para que se reconociera el maná; sino que añadisteis dos sílabas en la parte posterior, no llamándolo Manniqueo, sino Maniqueo; para que con sus discursos tan prolijos y vanos no os sonara otra cosa que locura. Juráis muy a

menudo también por el Paráclito, no ciertamente aquel que Cristo prometió y envió a los discípulos (Juan XIV, 16, 26; XVI, 7, y Hechos II, 2-4): sino por él mismo, para interpretar su nombre en latín, el infusor de locura. Así que, como nunca dejáis de jurar, me gustaría saber cómo entendéis también esta parte de la Ley, que queréis que se entienda como antiquísima, que el Señor os cumplió, y más por los juramentos del Apóstol. Pues, ¿qué autoridad tenéis vosotros, ni siquiera para vosotros mismos, mucho menos para mí, o para cualquier hombre? Por lo que creo que ya está claro cómo debe entenderse lo que dijo Cristo: "No he venido a disolver la Ley, sino a cumplirla". No con estos añadidos, que pertenecen a la exposición de las antiguas sentencias propuestas, o a la conversación, no al cumplimiento.

CAPÍTULO XXIII.

Porque no entendían el homicidio sino como la muerte del cuerpo humano, por la cual se privaba de la vida; el Señor reveló que todo movimiento iniquo para dañar al hermano se considera del género del homicidio. Por eso también Juan dice: "Quien odia a su hermano es homicida" (I Juan III, 15). Y como pensaban que solo la unión corporal ilícita con una mujer se llamaba adulterio, el Maestro mostró que incluso tal concupiscencia no es otra cosa. Asimismo, porque perjurar es un grave pecado; no jurar, sin embargo, como jurar verdad, no es pecado; pero está más alejado del perjurio quien no está acostumbrado a jurar, que quien está inclinado a jurar verdad: el Señor prefirió que no juráramos y no nos apartáramos de la verdad, que jurando verdad nos acercáramos al perjurio. Así que el Apóstol, en los discursos que se dice que tuvo, nunca juró, para no caer alguna vez en perjurio por la costumbre de jurar, incluso sin saberlo. Pero en los escritos, donde hay mayor y más atenta consideración, se encuentra que juró en varios lugares, para que nadie pensara que incluso jurando verdad se peca, sino que más bien entendiera que los corazones de la fragilidad humana se conservan más seguros del perjurio al no jurar. Con estas perspectivas, encontramos que tampoco se destruyeron aquellas cosas, como piensa Fausto, que quiere que se refieran propiamente a Moisés.

CAPÍTULO XXIV.

Pues aquí también pregunto a estos por qué quieren que sea propio de la Ley de Moisés lo que se dijo a los antiguos: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo" (Levítico XIX, 18). ¿Acaso no dijo también el apóstol Pablo que algunos hombres son "abhorrecibles a Dios" (Romanos I, 30)? Y ciertamente en esta admonición el mismo Señor nos exhorta a imitar a Dios. "Para que seáis", dice, "hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos". Por lo tanto, hay que buscar cómo se entiende, con el ejemplo de Dios, a quien Pablo dijo que algunos son abhorrecibles, que los enemigos deben ser odiados; y nuevamente con el ejemplo de Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos, que los enemigos deben ser amados. Así aparecerá que el Señor, al malentender lo que se dijo: "Odiarás a tu enemigo", quiso introducir lo que no conocían en absoluto, que amaran a sus enemigos. Pero cómo se debe observar cada uno de estos, es largo de discutir. Pero por ahora tenemos un discurso con estos, a quienes generalmente les desagrada si alguien odia a su enemigo, que presiona su frente cuando les preguntamos si su dios ama a la raza de las tinieblas: o si ahora los enemigos deben ser amados porque tienen parte del bien; ¿por qué no debemos también odiarlos por tener parte del mal? Pues con esta regla también se resuelve esto, y se enseña que no es contrario lo que se dijo en la antigua Escritura: "Odiarás a tu enemigo"; y en el Evangelio: "Amad a vuestros enemigos" (Mateo V, 43-45): que cada hombre iniquo, en cuanto es iniquo, debe ser odiado; pero en cuanto es hombre, debe ser amado; para que lo que rectamente odiamos en él, lo reprobemos, es decir, el vicio, por el cual lo que rectamente

amamos en él, es decir, la misma naturaleza humana, pueda ser liberada al corregirse el vicio. Esta, digo, es la regla por la cual odiamos al enemigo por lo que en él es malo, es decir, la iniquidad; y amamos al enemigo por lo que en él es bueno, es decir, la criatura social y racional: salvo que no lo convencemos de ser malo por naturaleza, ya sea suya o ajena, sino por su propia voluntad. Pero ellos piensan que el hombre es malo por naturaleza de la raza de las tinieblas, que según ellos Dios temió por completo antes de que fuera vencida en parte; y en parte fue vencido por ella, de modo que no fue liberado por completo. Por lo tanto, al escuchar, y no entender, lo que se dijo a los antiguos: "Odiarás a tu enemigo", los hombres se lanzaban al odio del hombre, cuando debían odiar solo el vicio: el Señor los corrige, diciendo: "Amad a vuestros enemigos"; para que, quien ya había dicho: "No he venido a disolver la Ley, sino a cumplirla", y por lo tanto no disolviera lo que está escrito en la Ley sobre el odio al enemigo, al mandarnos amar a los enemigos, nos obligara a entender de qué manera podríamos odiar y amar al mismo hombre, odiarlo por la culpa y amarlo por la naturaleza. Pero esto es mucho para sus mentes perversas entender. Solo deben ser presionados para que, según la razón perdida de su calumnia, o más bien su locura, defiendan a su dios, a quien no pueden decir amante de la raza de las tinieblas; por lo tanto, no tienen cómo exhortar a que cada uno ame a su enemigo con su ejemplo. Pues más bien pudieron atribuir a la raza misma de las tinieblas el amor al enemigo, que a su dios. Porque aquella, según deliran, deseó la luz vecina y contigua a ella y quiso disfrutar de ella, y para disfrutarla pensó en invadirla. Y esto no es culpa, cuando se busca el verdadero y beatífico bien. Por eso el Señor dice: "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Mateo XI, 12). He aquí que la raza de las tinieblas, según su vanidad, quiso hacer violencia y arrebatarse el bien que amaba, deleitada por su claridad y belleza: ni Dios la amó a cambio, sino que, odiándola con detestación, quiso erradicarla por completo. Si, pues, los malos aman el bien para disfrutarlo, y los buenos odian el mal para no contaminarse; responded, maniqueos, quiénes de ellos cumplen lo que dijo el Señor: "Amad a vuestros enemigos". He aquí, si queréis que estas sentencias sean singulares y opuestas, vuestro dios hizo lo que está escrito en la ley de Moisés: "Odiarás a tu enemigo"; y la raza de las tinieblas, lo que está escrito en el Evangelio: "Amad a vuestros enemigos". Aunque ni siquiera fingiendo pudisteis encontrar cómo resolver la cuestión entre las moscas amantes de la luz y las cucarachas que huyen de la luz: pues afirmáis que ambas son prole de la raza de las tinieblas. ¿De dónde, entonces, aquellas aman la luz ajena a ellas, y aquellas, rechazándola, se deleitan más bien en su propia origen? ¿O nacen más puras las moscas en las cloacas fétidas que las cucarachas en los oscuros aposentos?

CAPÍTULO XXV.

Ya bien aquello que se dijo a los antiguos, Ojo por ojo, diente por diente, ¿cómo se contrapone a lo que dice el Señor, Pero yo os digo, no resistáis al mal, sino que si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra (Éxodo XXI, 24, y Mateo V, 39), y demás? Pues también aquello antiguo fue prescrito para reprimir las llamas del odio y refrenar los ánimos desmedidos y violentos. ¿Quién, en efecto, se contenta fácilmente con devolver la misma cantidad de venganza que la injuria recibida? ¿No vemos a personas levemente heridas tramar asesinatos, sedientas de sangre, y apenas encontrar en los males del enemigo de dónde saciarse? ¿Quién, al ser golpeado con un puño, no provoca juicios para condenar al agresor; o, si quiere devolver el golpe, no golpea al hombre entero, si no es que también con alguna arma, con puños y patadas? A esta venganza desmedida, y por tanto injusta, la ley fijó un justo límite, instituyendo la pena del talión, es decir, que quien infligió una injuria, pague con un castigo similar. Por lo tanto, Ojo por ojo, diente por diente, no es un incentivo, sino un límite al furor, no para que lo que estaba apagado se encienda, sino para

que lo que ardía no se extienda más allá, impuesto. Hay, en efecto, una cierta venganza justa, y justamente se debe a quien ha sufrido una injuria: de donde, cuando perdonamos, de algún modo cedemos nuestro derecho. De ahí que también se llamen deudas, las cuales en la oración dominical se nos exhorta a perdonar humanamente, para que también las nuestras nos sean perdonadas divinamente (Mateo VI, 12). Lo que se debe, aunque se perdona con benevolencia, no se reclama injustamente: pero así como al jurar, incluso quien jura la verdad, se acerca al perjurio, del cual está lejos quien no jura en absoluto; y aunque no peca quien jura la verdad, está más alejado del pecado quien no jura; de donde la advertencia de no jurar es una preservación del pecado del perjurio: así, cuando peca quien por desmesura quiere vengarse injustamente, no peca quien, aplicando medida, quiere vengarse justamente; está más alejado del pecado de la venganza injusta quien no quiere vengarse en absoluto. Peca quien exige más de lo debido; no peca quien exige lo debido: pero está mucho más seguro del pecado del cobrador injusto quien no exige en absoluto lo debido, especialmente para no verse obligado a devolver lo debido a quien no tiene deuda. Podría, por tanto, también yo plantear esto así, Se dijo a los antiguos, No te vengarás injustamente; pero yo os digo, ni siquiera os venguéis; es un cumplimiento: así como Fausto dice sobre el juramento, Se dijo, «No perjurarás; pero yo os digo, ni siquiera juréis;» igualmente es un cumplimiento. Podría, por tanto, también yo decirlo así, si me pareciera que por estas palabras añadidas, lo que le faltaba a la Ley fue añadido por Cristo; y no más bien que lo que la Ley quería lograr, que nadie pecara vengándose injustamente, se conservara más seguro si no se vengara en absoluto; así como lo que quería lograr, que nadie pecara perjurando, se conservara más seguro si no jurara. Pues si es contrario, Ojo por ojo; y, Quien te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra: ¿por qué no sería contrario, Pagarás al Señor tu juramento; y, No jures en absoluto (Éxodo XX, 7, y Mateo V, 33-37)? Y sin embargo, Fausto considera aquello no una destrucción, sino un cumplimiento: lo cual también aquí debió considerar. Pues si, Jura la verdad, se cumple diciendo, No jures: ¿por qué no también, Véngate justamente, se cumple diciendo, No te vengues? Así también yo considero que en ambos casos hay una preservación del pecado, en el que se jura falsamente o se venga injustamente: aunque esto de perdonar completamente la venganza también vale para aquello, para que al perdonar tales deudas, también merezcamos que se nos perdonen las nuestras. Pero al pueblo duro primero se le debía aplicar una medida, para que aprendiera a no exceder lo debido: para que, una vez domada la ira que lleva a la venganza desmedida, quien quisiera, tranquilo, atendiera a lo que él mismo debía, lo que deseaba que le fuera perdonado por el Señor, para que con esta consideración perdonara la deuda al siervo.

CAPÍTULO XXVI.

Pues también aquello sobre no repudiar a la esposa que el Señor mandó; cuando a los antiguos se les dijo, Quien repudie a su esposa, déle carta de divorcio (Deut. XXIV, 1, y Mateo V, 31, 32); si lo examinamos diligentemente, veremos que no es contrario. El Señor expuso lo que la Ley quería: cuando mandó dar carta de divorcio al que repudiara a su esposa. Pues no dijo, Quien quiera, repudie a su esposa; a lo cual sería contrario no repudiar: sino que ciertamente no quería que el hombre repudiara a su esposa, quien interpuso esta demora, para que el ánimo precipitado hacia la separación, refrenado por la redacción de la carta, desistiera, y pensara en el mal que era repudiar a la esposa: especialmente porque, según se dice, entre los hebreos no era lícito escribir letras hebreas a nadie, sino solo a los escribas, quienes profesaban una sabiduría superior, y si algunos de ellos eran dotados de equidad y piedad, no solo profesaban sabiduría, sino que también la seguían. A estos, por tanto, que debían ser prudentes intérpretes de la Ley y disuasores justos de la separación, la Ley quiso enviar a quien mandó dar carta de divorcio, si repudiaba a su esposa. Pues no podía

escribirse la carta sino por ellos, quienes por esta ocasión, de alguna manera, con buen consejo dirigirían al que venía por necesidad a sus manos, y actuando pacíficamente entre él y su esposa, aconsejarían el amor y la concordia. Si tanto intercediera el odio, que no pudiera extinguirse ni corregirse, entonces ciertamente se escribiría la carta: porque en vano no repudiaría a quien odiara tanto, que a la debida caridad conyugal no se le pudiera devolver con ninguna persuasión de los prudentes. Pues si no se ama a la esposa, debe ser repudiada. Porque, por tanto, no debe ser repudiada, debe ser amada. El amor, sin embargo, puede componerse aconsejando y persuadiendo, no imponiéndose por la fuerza. Esto debía hacer el escriba justo y sabio, como debía ser en esa profesión: a quien para que se acudiera, se mandó redactar la carta de divorcio al marido discordante: que un hombre bueno y prudente no escribiría, a menos que en un ánimo demasiado adverso y perverso no valiera el consejo de la concordia. Sin embargo, os pregunto desde la sacrílega vanidad de vuestro error, ¿por qué os desagrada repudiar a la esposa, a quien no consideráis que debe ser tenida por la fidelidad matrimonial, sino por el crimen de la concupiscencia? Pues el matrimonio se llama así porque la mujer no debe casarse por otra razón que para ser madre: lo cual os es odioso. Pues pensáis que de esta manera la parte de vuestro dios, vencida y subyugada en la batalla de la raza de las tinieblas, también se encadena con ataduras carnales.

CAPÍTULO XXVII.

Pero para explicar mejor lo que ahora se trata: si Cristo, cuando a ciertas sentencias antiguas propuestas añadió, Pero yo os digo, ni la ley de los primeros hombres con este añadido de palabras cumplió, ni la que fue dada por Moisés destruyó como si fuera por oposición de contrarios; sino que más bien recomendó todo lo mencionado de la ley de los hebreos, de modo que cualquier cosa que hablara además desde su persona, o valiera para buscar la exposición, si algo hubiera sido puesto oscuramente, o para conservar más seguramente lo que aquella hubiera querido: ves cómo debe entenderse de otra manera, lo que dice, que no vino a destruir la Ley, sino a cumplirla; es decir, no para que con estas palabras se completara lo que estaba a medias, sino para que lo que la letra mandante no podía lograr debido a la presunción de los soberbios, se cumpliera más seguramente si no se vengara en absoluto; así como lo que quería lograr, que nadie pecara perjurando, se conservara más seguro si no jurara. Pues si es contrario, Ojo por ojo; y, Quien te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra: ¿por qué no sería contrario, Pagarás al Señor tu juramento; y, No jures en absoluto (Éxodo XX, 7, y Mateo V, 33-37)? Y sin embargo, Fausto considera aquello no una destrucción, sino un cumplimiento: lo cual también aquí debió considerar. Pues si, Jura la verdad, se cumple diciendo, No jures: ¿por qué no también, Végate justamente, se cumple diciendo, No te vengues? Así también yo considero que en ambos casos hay una preservación del pecado, en el que se jura falsamente o se venga injustamente: aunque esto de perdonar completamente la venganza también vale para aquello, para que al perdonar tales deudas, también merezcamos que se nos perdonen las nuestras. Pero al pueblo duro primero se le debía aplicar una medida, para que aprendiera a no exceder lo debido: para que, una vez domada la ira que lleva a la venganza desmedida, quien quisiera, tranquilo, atendiera a lo que él mismo debía, lo que deseaba que le fuera perdonado por el Señor, para que con esta consideración perdonara la deuda al siervo.

CAPÍTULO XXVIII.

Así que, ya sea todo, o casi todo, lo que aconsejó o mandó, donde añadía, Pero yo os digo, se encuentra también en aquellos libros antiguos. Allí se dice contra la ira, Mi ojo se turbó de ira (Salmo VI, 8); y, Mejor es el que vence la ira que el que toma una ciudad (Proverbios XVI, 32). Allí contra la palabra dura, La herida del látigo deja un cardenal; pero la herida de la

lengua quebranta los huesos (Eclesiástico XXVIII, 21). Allí contra el adulterio del corazón, No codiciarás la mujer de tu prójimo (Éxodo XX, 17). Pues no dice, No cometerás adulterio; sino, No codiciarás. De donde el Apóstol recuerda esto de la Ley, diciendo, Pues no conocía la codicia, si la Ley no dijera, No codiciarás (Romanos VII, 7). Allí se alaba al hombre que ofrece la mejilla al que lo golpea y se sacia de oprobios (Lamentaciones III, 30). Allí se dice sobre amar al enemigo, Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber (Proverbios XXV, 21). De aquí es de donde el Apóstol lo recuerda (Romanos XII, 20). Y aquello en el Salmo, Con los que odian la paz, yo era pacífico (Salmo CXX, 7): y muchos otros. Pero que al moderarnos de la venganza, y amando incluso a los malos, imitemos a Dios, tienes allí un lugar copioso sobre Dios mismo actuando así: pues allí está escrito, Porque mucho te vale a ti solo siempre, y ¿quién resistirá al poder de tu brazo? Porque como un grano de arena en la balanza, así es ante ti el orbe de la tierra; y como una gota de rocío matutino que desciende a la tierra: pero te compadesces de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres por el arrepentimiento. Porque amas todo lo que existe, y no odias nada de lo que has hecho: pues si algo odiaras, no lo habrías creado. ¿Cómo, pues, podría algo permanecer, si no lo quisieras; o lo que no hubieras llamado, sería conservado? Pero perdonas a todos, porque son tuyos, Señor, que amas las almas. Pues tu buen espíritu está en todos; por lo cual corriges a los que se desvían, y amonestando sobre lo que pecan, les hablas, para que dejando la maldad crean en ti, Señor (Sabiduría XI, 22; XII, 2). A esta benigna paciencia de Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos, nos exhorta Cristo a imitar: para que descuidemos vengar nuestras injurias, y hagamos el bien a los que nos odian, para que seamos perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto (Mateo V, 44-48). Pero que nos valga también para el perdón de las deudas de nuestros pecados, que perdonamos estas deudas de venganza a otros, y que debemos tener cuidado de que si no lo hacemos, tampoco se nos perdone la obligación del pecado cuando lo pidamos, así está escrito en aquellos libros antiguos: Quien quiere vengarse, encontrará venganza de Dios, y sus pecados confirmará. Perdona a tu prójimo que te ofende, y ahora que te suplica, se te perdonarán los pecados. ¿El hombre guarda ira contra el hombre, y del Señor busca la curación de la carne? ¿No tiene misericordia del hombre semejante a él, y por sus pecados suplica al Señor? ¿Y él, siendo carne, guarda ira, y pide propiciación al Señor? ¿Y quién intercederá por sus pecados? (Eclesiástico XXVIII, 1-5).

CAPÍTULO XXIX.

Ahora bien, sobre no repudiar a la esposa, ¿qué otra cosa, o qué más oportuno de aquellos libros recordar, que aquello de lo que el mismo Señor respondió a los judíos que le preguntaban sobre este asunto? Pues cuando preguntaron si era lícito repudiar a la esposa por cualquier causa, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio, los hizo varón y hembra, y dijo, Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán los dos una sola carne. Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. He aquí que los judíos son convencidos por los libros de Moisés de que no se debe repudiar a la esposa, quienes pensaban que actuaban según la voluntad de la ley de Moisés cuando repudiaban. Al mismo tiempo, aquí, con el mismo Cristo atestiguando, conocemos que Dios hizo y unió al varón y a la hembra: lo que los maniqueos niegan y condenan, no resistiendo ya al libro de Moisés, sino al Evangelio de Cristo. Además, si lo que ellos opinan y predicán es verdad, que el diablo hizo y unió al varón y a la hembra: ¿con qué astucia diabólica Fausto reprende a Moisés como si separara los matrimonios mediante la carta de divorcio, y alaba a Cristo como si confirmara tal vínculo según el precepto del Evangelio; cuando ciertamente, según su estúpida y sacrílega opinión, debería alabar a Moisés separando lo que el diablo había hecho y unido, y vituperar a Cristo

consolidando el invento y la atadura del diablo? Ahora bien, lo que el buen Maestro revela, ¿por qué el mismo Moisés, de cuyo libro se extrajo la santa y no violable castidad conyugal de la primera unión del varón y la hembra, permitió después repudiar a la esposa? Pues cuando ellos respondieron, ¿Por qué entonces mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiar? les dijo, Porque Moisés, por la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras esposas (Mateo XIX, 4-8). Esto es lo que expusimos un poco antes. Pues cuánta dureza había, que ni siquiera mediante la interposición de la carta, donde se daba lugar a la disuasión a los justos y prudentes, podía ser disuelta y doblada para recibir o recuperar la caridad conyugal. Así el Señor, lo que la Ley mandaba a los buenos, y permitía a los duros, lo declaró con el testimonio de la misma Ley; cuando tanto no repudiar a la esposa lo recordó de la misma Escritura con la unión mencionada del varón y la hembra, y expuso la autoridad divina de esa unión, y mostró que se debía dar carta de divorcio por la dureza del corazón, ya sea domado o indomable.

CAPÍTULO XXX.

Por lo tanto, cuando todos esos excelentes preceptos del Señor, que Fausto quería mostrar como contrarios a los antiguos libros de los hebreos, también se encuentran en esos mismos libros; ¿de dónde vino el Señor no a destruir la Ley, sino a cumplirla, sino para que, exceptuando las figuras de las promesas, que una vez cumplidas y reveladas fueron completadas y superadas, esos mismos preceptos, por los cuales esa Ley es santa, justa y buena (Romanos VII, 12), no por la vejez de la letra que manda, y que aumenta la culpa de los soberbios con el delito de la transgresión, sino por la novedad del espíritu que ayuda, y que libera la confesión de los humildes con la gracia de la salvación, se cumplieran en nosotros? Porque en verdad, así como todos esos preceptos sublimes no faltan en aquellos libros antiguos; así allí el fin al que se refieren está oculto: aunque según él vivían los santos, que veían la futura revelación de él, y por la propiedad de los tiempos o lo cubrían proféticamente, o lo entendían sabiamente cubierto proféticamente.

CAPÍTULO XXXI.

Por último, lo que no diría temerariamente, no sé si alguien ha encontrado en esos libros el nombre del reino de los cielos, que el Señor nombra tan frecuentemente. Se dice allí: Amad la sabiduría, para que reinéis eternamente (Sabiduría VI, 22). Y si la vida eterna no se predicara allí manifiestamente, no diría el Señor incluso a los malos judíos: Escudriñad las Escrituras, en las que pensáis que tenéis vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí (Juan V, 39). Pues ¿a qué se refiere sino a esto, lo que allí está escrito, No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor (Salmo CXVII, 17); y, Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte (Salmo XII, 4); y, Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará tormento: y poco después, Ellos están en paz; y si ante los hombres sufrieron tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad; y en pocas cosas fueron afligidos, en muchas serán bien dispuestos (Sabiduría III, 1-5): y en otro lugar, Pero los justos vivirán para siempre, y su recompensa está en manos del Señor, y su pensamiento está en el Altísimo; por eso recibirán el reino de la gloria y la diadema de la belleza de la mano del Señor (Id. V, 16, 17)? Estos y muchos otros, ya sean muy claros o algo oscuros, se encuentran allí como testimonios de la vida eterna. Y sobre la misma resurrección de los cuerpos no callaron los profetas. De donde los fariseos, contra los saduceos que no creían en ella, combatían acérrimamente: lo cual no solo aparece evidentemente en los Hechos de los Apóstoles canónicos, que estos no aceptan, para no ser convencidos sobre la venida del verdadero Paráclito, que el Señor prometió (Hechos XXIII, 6-9); sino también en el Evangelio, donde los saduceos le proponen la cuestión sobre la mujer, que se casó sucesivamente con siete

hermanos, cuando en su matrimonio uno tras otro moría, de quién de ellos sería esposa en la resurrección (Mateo XXII, 23-28). Por lo tanto, la Escritura abunda en testimonios de la vida eterna y la resurrección de los muertos: pero este nombre, es decir, reino de los cielos, no me aparece en ningún lugar de allí; pues esto pertenece propiamente a la revelación del Nuevo Testamento, porque esos cuerpos que fueron terrenales, con aquella transformación que Pablo menciona más claramente, en la resurrección se harán espirituales (I Corintios XV, 42-44), y por tanto celestiales, en los cuales poseamos el reino de los cielos. Lo cual también se reservaba para ser nombrado por aquel a quien todo aquel aparato del antiguo Instrumento en generaciones, hechos, palabras, sacrificios, observancias, festividades, y en todos los pregones de los discursos, y en los hechos, y en las figuras de las cosas, estaba gestando que vendría como rey para gobernar, y sacerdote para santificar a sus fieles: quien lleno de gracia y verdad (Juan I, 14), y para hacer los preceptos ayudando por la gracia, y para cumplir las promesas curando por la verdad, vino no a destruir la Ley, sino a cumplirla.

LIBRO VIGÉSIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué adoráis al sol, si no es porque sois paganos y una escisión de los gentiles, no una secta? Por lo tanto, no estaría fuera de lugar investigar esto mismo, para que podamos ver más claramente cuál de nosotros debería ser llamado por este nombre. Y si ahora te expongo mi fe de manera simple, como entre amigos, podría parecer que lo hago para excusarme, o que, Dios no lo quiera, me avergüenzo de la adoración de las luces divinas. Pero tú acéptalo como quieras: no me arrepentiré de haberlo dicho, al menos por algunos que hasta ahora tendrán que saber que nuestra religión no tiene nada en común con los gentiles.

CAPÍTULO II.

Por lo tanto, nosotros adoramos a un solo poder bajo tres nombres: el Padre Dios Todopoderoso, y Cristo su Hijo, y el Espíritu Santo. Pero creemos que el Padre habita en la luz suprema y principal, a la que Pablo llama inaccesible (I Tim. VI, 16); que el Hijo reside en esta segunda y visible luz; y que, como también es dual, como el Apóstol sabe, diciendo que Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), creemos que su poder habita en el sol y su sabiduría en la luna. Asimismo, confesamos que el Espíritu Santo, que es la tercera majestad, tiene como sede y morada todo el ámbito del aire; y que de sus fuerzas y efusión espiritual, la tierra también concibe y engendra a Jesús, que es la vida y salvación de los hombres, suspendido de todo madero. Por lo tanto, para nosotros en todo, y para vosotros de manera similar respecto al pan y al cáliz, la religión es la misma, aunque odiéis amargamente a sus autores. Esta es nuestra fe: de la cual, si consideras necesario preguntar en otro momento, escucharás; aunque tampoco es menos firme el argumento presente, que si tú o cualquier otro preguntado dónde cree que habita su Dios, no dudará en responder: En la luz; de lo cual mi culto se confirma con el testimonio de casi todos.

CAPÍTULO III.

Pero ahora a lo que dijiste, que no somos una secta, sino una escisión de los gentiles. Una escisión, si no me equivoco, es alguien que opina lo mismo y adora de la misma manera que los demás, pero se deleita solo en la separación de la congregación. Una secta, sin embargo, es alguien que opina de manera muy diferente a los demás, y ha instituido un culto a la divinidad con un rito también diferente y muy distinto. Si esto es así, mi opinión y culto son muy diferentes a los de los paganos. Veremos después sobre los tuyos. Los paganos

dogmatizan que lo bueno y lo malo, lo horrible y lo espléndido, lo eterno y lo caduco, lo mutable y lo cierto, lo corporal y lo divino tienen un solo principio. Yo siento cosas muy contrarias a esto, pues confieso que Dios es el principio de todos los bienes, y que Hyle es el principio de los contrarios: así llama nuestro teólogo al principio y naturaleza del mal. Asimismo, los paganos creen que Dios debe ser adorado con altares, templos, imágenes, víctimas e incienso. Yo, en esto también, soy muy diferente, pues considero que yo mismo, si soy digno, soy el templo racional de Dios: acepto a Cristo su Hijo como la imagen viva de la majestad viva: considero el altar como la mente imbuida de buenas artes y disciplinas, y pongo los honores divinos y sacrificios solo en oraciones puras y simples: ¿cómo, entonces, soy una escisión de los paganos?

CAPÍTULO IV.

Hasta ahora podrías haberme llamado escisión de los judíos, porque adoro al Dios omnipotente, lo cual todo judío se atreve a asumir, sin considerar la diversidad de ritos con la que yo adoro al Omnipotente, y los judíos; si es que los judíos adoran al Omnipotente. Pero por ahora tratamos sobre la opinión, que así como engañó a los paganos sobre la adoración del sol, también engañó a los judíos sobre el Omnipotente. Pero tampoco es cierto si me llamas escisión vuestra, aunque venere y adore a Cristo: porque lo adoro con un rito diferente y una fe distinta a la vuestra. Una escisión no debe cambiar nada de aquello de lo que se separó, o no mucho: como vosotros, que al apartaros de los gentiles, primero os llevasteis con vosotros la opinión de la monarquía, es decir, que creéis que todo proviene de Dios: transformasteis sus sacrificios en ágapes, sus ídolos en mártires, a quienes adoráis con votos similares: apaciguáis las sombras de los difuntos con vino y banquetes; celebráis los días solemnes de los gentiles con ellos, como las calendas y los solsticios: ciertamente no habéis cambiado nada de la vida; sois ciertamente una escisión, que no tiene nada diferente de su matriz excepto la congregación. También vuestros predecesores judíos, segregados de los gentiles, solo abandonaron las esculturas: pero ejercieron los templos, inmolaciones, altares, sacerdocios y todo el ministerio sagrado con el mismo rito, y mucho más supersticiosamente que los gentiles. En cuanto a la opinión de la monarquía, tampoco ellos difieren en nada de los paganos: por lo tanto, está claro que vosotros y los judíos sois escisiones del paganismo; manteniendo su fe y ritos, aunque ligeramente modificados, pensáis que sois sectas solo por la división de las congregaciones. Sin embargo, si buscas sectas, no habrá más que dos, es decir, la de los gentiles y la nuestra, que sentimos cosas muy diferentes a ellos. Así estamos opuestos entre nosotros, como la verdad y la mentira, como el día y la noche, como la pobreza y la abundancia, como la enfermedad y la salud. Vosotros no sois ni la secta del error, ni de la verdad: solo una escisión; ni siquiera de la verdad, sino del error.

CAPÍTULO V.

AGUSTÍN respondió: ¡Oh plaga ignorante y vanidad engañosa! ¿Por qué te acusas de algo que, si alguien te lo objeta, no sabe con quién trata? Pues no decimos que seáis paganos, ni una escisión de los paganos; sino que tenéis cierta similitud con ellos, porque adoráis a muchos dioses. Pero sois mucho peores que ellos, porque ellos adoran lo que existe, aunque no deba ser adorado como dioses: pues existen los ídolos, pero no son nada para la salvación. Y quien adora un árbol, no arándolo, sino adorándolo, no adora lo que no existe en absoluto, sino lo que no debe ser adorado de esa manera. Incluso los demonios, de los que dice el Apóstol, "Lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios" (I Cor. X, 20); ciertamente existen aquellos a quienes dice que sacrifican, y de quienes no quiere que seamos socios. Ahora bien, el cielo y la tierra, el mar y el aire, el sol y la luna, y las demás estrellas, todas estas cosas son manifiestas a los ojos, y están presentes a los sentidos. Cuando

los paganos las adoran como dioses, o como partes de un gran dios; pues algunos de ellos consideran al universo el dios más grande: adoran lo que existe. Cuando tratamos con ellos para que no las adoren, no les decimos que no existen, sino que no deben ser adoradas: y les aconsejamos adorar al creador invisible de todas estas cosas, el único Dios cuya participación puede hacer al hombre bienaventurado; lo cual nadie duda que todos desean. Pero como algunos de ellos adoran una criatura invisible e incorpórea, que es también el alma y la mente humana; sin embargo, porque ni siquiera la participación de tal criatura hace al hombre bienaventurado; debe ser adorado el Dios no solo invisible, sino también inmutable, es decir, el verdadero Dios: porque solo él debe ser adorado, ya que solo disfrutando de él, el adorador se hace bienaventurado; y sin disfrutar de él, toda mente es miserable, por mucho que disfrute de cualquier otra cosa. Pero vosotros, al adorar lo que no existe en absoluto, sino que se finge con la vanidad de vuestras fabulosas ficciones, estaríais más cerca de la verdadera piedad y religión, si al menos fuerais paganos, o del tipo de ellos que adoran cuerpos, aunque no deban ser adorados, pero que son verdaderos. Por lo tanto, más bien diría que no adoráis ni siquiera a este sol, alrededor del cual gira vuestra oración.

CAPÍTULO VI.

Porque incluso sobre él decís cosas tan falsas y detestables, que si él reivindicara sus injurias, ya estaríais ardiendo vivos en sus llamas. Primero, decís que es una especie de nave: así que no solo, como se dice, erráis en todo el cielo, sino que también nadáis. Luego, cuando a todos los ojos resplandece redondo, y esa figura es perfecta por la posición de su orden; vosotros decís que es triangular, es decir, que a través de una ventana triangular del cielo esta luz irradia al mundo y a las tierras. Así que os inclináis ante este sol con la espalda y el cuello; no ante él, tan claramente redondo y visible, sino ante no sé qué nave que pensáis que brilla y resplandece a través de un agujero triangular. Ciertamente, ese artesano no haría tal cosa, si así como se compran las maderas con las que se ensamblan las tablas de los barcos, se compraran también las palabras con las que se fabrican las fábulas de los herejes. Pero estas cosas son más tolerables para reír o llorar en vosotros: lo que es intolerablemente criminal es que decís que en esa nave se presentan muchachas hermosas y muchachos, cuyos cuerpos bellísimos encienden a los príncipes de las tinieblas, a los hombres hacia las mujeres, y a las mujeres hacia los hombres; para que en esa ardiente lujuria y ansiosa concupiscencia se liberen los miembros de vuestro dios de sus miembros como de grilletes sucios y repugnantes. Y con estos trapos obscenos vuestros intentáis unir la inefable Trinidad, diciendo que el Padre habita en cierta luz secreta; que la virtud del Hijo está en el sol, la sabiduría en la luna; y que el Espíritu Santo está en el aire.

CAPÍTULO VII.

En esta vuestra fábula tripartita, o más bien ya cuatripartita, sobre la luz secreta del Padre, ¿qué puedo deciros, sino que no podéis concebir luz alguna, sino la que estáis acostumbrados a ver? Pues contemplando esta luz visible y conocida por toda carne, no solo de los hombres, sino también de las bestias y los gusanos, soléis aumentar en vuestra mente la fantasía concebida de ella, y llamarla la luz donde habita Dios Padre con sus súbditos. Porque nunca habéis distinguido la luz con la que vemos, de la luz con la que entendemos, ya que nunca habéis pensado que entender la verdad es otra cosa que imaginar formas corporales, ya sean finitas o infinitas en algunas partes; ignoráis que son fantasmas vacíos. Por lo tanto, cuando hay tanta diferencia entre el pensamiento con el que pienso en vuestra tierra de luz que no existe en absoluto, y el pensamiento con el que pienso en Alejandría, que nunca he visto, pero que existe; y nuevamente, tanta diferencia entre este pensamiento con el que pienso en Alejandría desconocida, y aquel con el que pienso en Cartago conocida: de este pensamiento

con el que pienso en cuerpos ciertos y conocidos, la diferencia es incomparablemente mayor con el pensamiento con el que entiendo la justicia, la castidad, la fe, la verdad, la caridad, la bondad, y todo lo que es de este tipo: decid, si podéis, qué tipo de luz es este pensamiento, por el cual se discernen todas aquellas cosas que no son esto, y se conoce con fiel manifestación cuánto distan de esto: y sin embargo, incluso esta luz, no es la luz que es Dios; pues esta es una criatura, aquel es el Creador; esta es hecha, aquel es quien la hizo; esta finalmente es mutable, mientras que quiere lo que no quería, y sabe lo que no sabía, y recuerda lo que había olvidado, pero aquella persiste con voluntad, verdad y eternidad inmutables; y de allí nos viene el principio de existir, la razón de conocer, la ley de amar; de allí también a todos los animales irracionales la naturaleza por la que viven, el vigor por el que sienten, el movimiento por el que apetecen; de allí también a todos los cuerpos la medida para que subsistan, el número para que se adornen, el peso para que se ordenen. Así que aquella luz es la Trinidad inseparable, un solo Dios, cuya sustancia incorpórea, espiritual e inmutable dividís incluso en lugares. Ni siquiera dais a la Trinidad tres lugares, sino cuatro: uno al Padre, es decir, la luz inaccesible, que no entendéis en absoluto, dos al Hijo, a saber, el sol y la luna; y uno al Espíritu Santo, es decir, todo este ámbito del aire. Sobre la luz inaccesible del Padre, porque el Hijo y el Espíritu Santo no se separan de ella para los que tienen la verdadera fe, hasta aquí, por el momento, diré.

CAPÍTULO VIII.

¿Qué os ha complacido en vuestra vanidad poner la virtud del Hijo en el sol, y la sabiduría en la luna? Pues si el Hijo permanece inseparable en el mismo Padre, ¿cómo puede separarse su sabiduría de su virtud, para que aquella esté en el sol, y esta en la luna; cuando a través de tales lugares solo los cuerpos pueden dividirse y separarse? Si lo supierais, nunca tejeríais tales fábulas con un fantasma tan insensato y loco. Pero en esa misma falsedad y engaño, cuán incongruente, cuán perverso es decir que la sede de la sabiduría brilla menos que la sede de la virtud; cuando parece pertenecer a la virtud operar y efectuar, y a la sabiduría enseñar y mostrar: y por lo tanto, si el calor estuviera en el sol, y la luz prevaleciera en la luna, de alguna manera estos inventos encontrarían una nube de verosimilitud para engañar a los hombres carnales y animales, que no piensan que algo existe, a menos que lo imaginen corporal; pues la operación violenta del calor es para mover, de donde se atribuiría a la virtud; y el resplandor claro de la luz, para mostrar, de donde se daría a la sabiduría: pero como la luz prevalece mucho en el sol, ¿cómo es que allí está la virtud, y aquí, donde brilla mucho menos, está la sabiduría? ¡Oh sacrílega ineptitud! y siendo uno solo Cristo, el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), y el Espíritu Santo no es Cristo; ¿cómo se separa Cristo de sí mismo, cuando el Espíritu Santo no se separa de él? Pues el aire, que vuestra fábula atribuye como sede al Espíritu Santo, decís que llena toda la estructura del mundo. Por lo tanto, el sol y la luna, realizando sus circuitos, siempre están con él. Pero la luna se aleja del sol, y vuelve a él: así, según vosotros, o más bien vuestros engañadores, por la mitad del círculo la sabiduría se aleja de la virtud, y por la otra mitad vuelve a ella: y cuando está llena, entonces está lejos de la virtud la sabiduría; pues entonces estos dos luminares están tan separados entre sí, que cuando el sol se inclina hacia el oeste, entonces la luna surge desde el este: de lo cual resulta que, ya que todo lo que es abandonado por la virtud se debilita, la sabiduría es más débil cuanto más llena está la luna. Pero si, como tiene la verdad, la sabiduría de Dios siempre tiene el mismo valor, y el poder de Dios siempre tiene la misma sabiduría; ¿por qué decís que son dos cosas así, que las separáis por sedes de lugares, cuando decís que esas mismas sedes son de la misma sustancia, hombres de mente ciega y loca que no se apartan del fantasma de los cuerpos, y tan carentes de virtud y sabiduría, que no podéis ni siquiera pensar algo con fortaleza, ni valer con sabiduría? ¿Es que, en verdad, detestable y

maldita necesidad, Cristo está distendido por el sol y la luna; habitando aquí con poder, aquí con sabiduría; ni aquí perfecto y pleno, ni sabio en el sol, ni poderoso en la luna, en ambos lugares adornando a muchachos hermosos para ser deseados por las mujeres príncipes de las tinieblas, y a muchachas por los hombres? Esto leéis, esto creéis, esto enseñáis: de esta fe y doctrina vivís; ¡y os maravilláis de que seáis tan abominables!

CAPÍTULO IX.

Verum si en estos tan eminentes y conocidos luminares erráis de tal manera, que en ellos no adoráis lo que son, sino lo que dementemente os imagináis, ¿qué diré de vuestras otras fábulas? ¿Quién sostiene el mundo con resplandor, y quién lo soporta junto con Atlas? Estas y otras innumerables cosas en las que deliráis de manera similar, no existen en absoluto, y sin embargo las adoráis. Por esto os decimos que sois peores que los paganos, solo semejantes en que adoráis a muchos dioses: pero diferentes en peor sentido, porque ellos adoran como dioses cosas que existen, aunque no sean dioses; mientras que vosotros adoráis cosas que ni son dioses ni existen en absoluto, porque no son nada. Ellos también tienen ciertas fábulas ficticias, pero saben que son fábulas; y afirman que fueron inventadas por los poetas para deleitar, o intentan interpretarlas en relación con la naturaleza de las cosas o las costumbres humanas: como Vulcano cojo, porque el movimiento del fuego terrestre es de esa manera; y Fortuna ciega, porque lo que se llama fortuito ocurre de manera incierta; y las tres Parcas hilando el hilo de lana con huso y dedos, por los tres tiempos: el pasado que ya está hilado y enrollado en el huso, el presente que se pasa entre los dedos de quien hila, el futuro en la lana que está en el huso, que aún debe pasar por los dedos de quien hila hacia el huso, como del presente al pasado; y Venus esposa de Vulcano, porque el placer nace naturalmente del calor, y adúltera de Marte, porque es incongruente con los beligerantes; y Cupido niño volando y disparando flechas, porque el amor irracional e inestable hiere los corazones de los miserables: y muchas otras cosas de este modo. Por lo tanto, nos reímos de ellos porque adoran lo que interpretan de esta manera, que no entendiendo, aunque de manera condenable, sin embargo, adorarían con más excusa. Pues con estas interpretaciones se convencen de que no adoran a aquel Dios cuya participación única hace bienaventurada la mente, sino a la criatura creada por Él: no solo las virtudes de su criatura, como Minerva, cuya fábula de haber nacido de la cabeza de Júpiter interpretan como la prudencia de los consejos, que es propia de la razón, a la que incluso Platón dio sede en la cabeza; sino también los vicios, como dijimos de Cupido. De donde uno de sus trágicos dijo: "El amor es un dios, la lujuria lo inventó, feo y favorecedor del vicio". (Séneca en Hipólito, acto 1, escena 2, versos 194, 195.) Pues los romanos también consagraron imágenes de vicios corporales, como el Pálido y la Fiebre. Así que, para omitir que los adoradores de imágenes tienen afecto por las mismas figuras de los cuerpos, de modo que temen como dioses esas mismas formas elevadas en lugares honorables, a las que ven que se les rinde tanto servicio; esas mismas interpretaciones, con las que se defienden estas cosas mudas, sordas, ciegas e inanimadas, son dignamente acusadas: sin embargo, estas cosas también de alguna manera existen, aunque, como ya dije, no son para la salvación ni para alguna utilidad, y lo que se interpreta de ellas se encuentra en las cosas. Pero vosotros, el primer hombre luchando con los cinco elementos; y el espíritu poderoso fabricando el mundo de los cuerpos cautivos de la gente de las tinieblas, o más bien de los miembros de vuestro dios vencidos y sometidos; y el resplandeciente, teniendo en su mano los restos de esos mismos miembros de vuestro dios, y todo lo demás capturado, oprimido, contaminado, lamentándose; y el gran Atlas llevándolo bajo sus hombros con él, para que no lo deje caer todo fatigado, y así vuestra fábula no pueda llegar al catástrofe del último globo como en un tapiz teatral: y otras innumerables cosas igualmente absurdas e insanas, no las demostráis ni pintando ni esculpiendo, ni interpretando:

y esas cosas, aunque no existen en absoluto, las creéis y adoráis; y además insultáis a los cristianos que purifican sus mentes piadosas con una fe no ficticia como si fueran crédulos temerarios. Pues para no buscar muchas cosas que muestren que estas no existen en absoluto, porque tratar sutil y sublimemente sobre la fabricación del mundo, aunque no me sería difícil, ciertamente sería demasiado largo; digo esto: si estas cosas son verdaderas, la sustancia de Dios es mutable, corruptible, contaminable. Pero creer esto está lleno de insana sacrilegio. Por lo tanto, todas esas cosas son vanas, falsas, inexistentes. Así que sois peores que esos paganos, que son conocidos por el vulgo, y lo fueron antiguamente, y ahora se avergüenzan en sus reliquias, porque ellos adoran cosas que no son dioses, pero vosotros adoráis cosas que no son en absoluto.

CAPÍTULO X.

Por lo tanto, si pensáis que tenéis la verdad porque sois muy diferentes del error de los paganos, y nosotros estamos en error porque estamos más lejos de vosotros que de los paganos: que se diga que un muerto es sano porque ya no está enfermo; y que se reprenda al que está sano porque está más cerca del enfermo que del muerto. O si muchos paganos deben ser considerados no como enfermos, sino como muertos; que se alabe la ceniza informe en la tumba, porque ya no tiene la forma del cadáver; y que se culpen los miembros vivos, porque son más parecidos al cadáver que a la ceniza. Así también nos consideran culpables porque dicen que somos más parecidos al funeral de los paganos que a la ceniza de los maniqueos. Aunque a través de muchas diferencias, las cosas suelen dividirse de diferentes maneras para discernirlas, de modo que lo que estaba en una parte, a través de otras diferencias, se encuentra en otra parte donde antes no estaba. Por ejemplo, si alguien divide toda la carne en volátiles y en las que no pueden volar; por esta diferencia, los cuadrúpedos son más parecidos a los humanos que a las aves; pues igualmente no pueden volar. De nuevo, si alguien divide por otra diferencia, diciendo que unos son racionales y otros irracionales; ya los cuadrúpedos son más parecidos a las aves que a los humanos; pues igualmente carecen de razón. Fausto, no pensando en esto, dice: "Por lo demás, si buscas sectas, no habrá más que dos; es decir, la de los gentiles y la nuestra, que sentimos cosas muy diferentes a ellos". Evidentemente, porque dijo que los gentiles se diferencian de los maniqueos principalmente en que dicen que todo proviene de un solo principio, lo que los maniqueos niegan, añadiendo el principio de la gente de las tinieblas. En esta diferencia, lo que debe admitirse, muchos paganos sienten con nosotros: pero no vio que también si alguien divide así, diciendo que de aquellos que están sujetos a alguna religión, a unos les agrada adorar a un solo Dios, a otros a muchos; por esta diferencia, tanto los paganos están alejados de nosotros, como ellos se cuentan con los paganos, y nosotros con los judíos. Por lo tanto, alguien podría pensar también de esta manera que hay solo dos sectas según esta diferencia. Aquí tal vez digáis que vosotros afirmáis que muchos de vuestros dioses provienen de una sola sustancia: como si los paganos no afirmaran que muchos de los suyos provienen de una sola; aunque les atribuyen diferentes oficios, obras y poderes: como también entre vosotros uno expulsa a la gente de las tinieblas, otro fabrica el mundo de lo capturado; uno lo sostiene desde arriba, otro lo lleva desde abajo; uno hace girar las ruedas de fuego, viento y agua en el fondo, otro en el cielo, girando con sus rayos, recoge incluso de las cloacas los miembros de vuestro dios. ¿Y quién enumerará todos los oficios fabulosos de vuestros dioses, sin ninguna verdad manifiesta, sin enigmas figurados? Además, si alguien divide a todos los hombres de tal manera que diga que unos creen que Dios se ocupa de los asuntos humanos, y otros que no lo creen en absoluto: en esta parte, tanto los paganos sienten con nosotros como los judíos, y vosotros y todos los herejes que de alguna manera se llaman cristianos; en la otra parte se encuentran los epicúreos, y si hay otros que han sentido así. ¿Es pequeña esta diferencia? ¿Por qué entonces no se dice

también que hay solo dos sectas según esta diferencia, para que estéis con nosotros en una de ellas? ¿O os atreveréis a apartaros de nosotros en esta diferencia, que proclamamos que Dios se ocupa de los asuntos humanos; y estar con los epicúreos, que lo niegan? Aquí, rechazándolos, corréis hacia nosotros. Así, a través de diferentes diferencias, ahora aquí, ahora allí se encuentran, unidos por un lado, separados por otro, todos con nosotros, y nosotros con todos, y de nuevo ninguno de ellos con nosotros, ni nosotros con ninguno de ellos. Si Fausto pensara en esto, no delirarían tan elocuentemente.

CAPÍTULO XI.

¿Qué diré de esto que dice, que de las fuerzas del Espíritu Santo y de la profusión espiritual, la tierra también concibe, engendrando a Jesús pasible, que es vida y salvación de los hombres, suspendido de todo madero? Oh demente, aunque no discuta por ahora las vaniloquencias sobre este asunto vuestro, ¿puede la tierra concebir de Espíritu Santo a Jesús pasible, y María virgen no pudo? Compara, si te atreves, las entrañas virginales santificadas con tanta castidad, con todos los lugares de la tierra, donde se engendran árboles y hierbas. ¿Acaso en esa mujer te horrorizas, o finges horrorizarte del útero dedicado a la castidad, y en todos los jardines alrededor de las ciudades no te horrorizas de que Jesús nazca de las aguas cloacales? Pues, ¿qué humor por más cenagoso que sea no produce y nutre innumerables brotes? Así predicáis que nace Jesús pasible, a quien clamáis indigno de creer nacido de una virgen. Si consideráis la carne impura, ¿por qué no os parece más impuro lo que la misma naturaleza de la carne expulsa por el temperamento de su salud? ¿O es la carne impura, y el estiércol que se expulsa de la carne es puro? ¿No os dais cuenta, no veis que los campos se alegran con los excrementos, para que se fecunden más fértilmente? Vuestra demencia vuelve a lo mismo, que de Espíritu Santo, a quien decís que la carne de María despreció, la tierra concibe tanto más abundantemente y con más alegría cuanto más diligentemente ha sido enriquecida con las inmundicias y suciedades de la carne. ¿O para defender esto, diréis que el Espíritu Santo está presente en todas partes con su incontaminable presencia? Se os responde: ¿Por qué no entonces también en el útero virginal? Pero para no hablar ya del concepto, mirad luego el parto mismo. Decís que la tierra concibiendo de Espíritu Santo engendra a Jesús pasible, a quien sin embargo afirmáis tan contaminado que pende de todo madero en frutos y manzanas, que se contamina más con innumerables animales que se alimentan de carne, siendo purgado solo por la parte que vuestra hambre socorre. Así que nosotros creemos de corazón y confesamos con la boca que Cristo, Hijo de Dios, Verbo de Dios, se revistió de carne sin contaminarse; porque esa sustancia no puede ser contaminada por la carne, ni por nada: pero vosotros, según vuestra fábula, decís que Jesús ya está contaminado colgando en el árbol antes de entrar en la carne de quien se alimenta: o si no está contaminado, ¿cómo lo purgáis comiéndolo? Luego, ya que decís que todas las maderas son su cruz, de donde Fausto predica que está suspendido de todo madero; ¿por qué no, como aquel verdadero Jesús, haciendo una buena obra, José de Arimatea lo bajó de la cruz para sepultarlo (Juan XIX, 38), así también recogéis las manzanas, para que Jesús, bajado de la suspensión del madero, sea sepultado en vuestro vientre? ¿O por qué es piadoso enterrar a Cristo en el sepulcro, pero impío bajarlo del madero? ¿O para que también se cante de vosotros lo que el Apóstol pone del profeta, "Sepulcro abierto es su garganta" (Salmo V, 11; Romanos III, 13); con la boca abierta esperáis quién os introduzca a Cristo, como si fuera la mejor sepultura, en vuestras fauces? Finalmente, decidnos cuántos cristos decís que hay. ¿Es otro el que la tierra concibiendo de Espíritu Santo engendra pasible, suspendido no solo de todo madero, sino también yaciendo en la hierba; y otro aquel que los judíos crucificaron bajo Poncio Pilato; y un tercero aquel extendido por el sol y la luna? ¿O es uno y el mismo, atado en parte de sí mismo en los árboles, y en parte libre, socorriendo a la misma parte atada y capturada? Si es

así, aquel que concedéis que sufrió bajo Poncio Pilato, aunque narréis que no tenía carne, no digo cómo pudo sufrir tal muerte sin carne; pero pregunto a quién dejó aquellas naves, para que descendiendo de allí sufriera tales cosas, que no podrían hacerse sin algún cuerpo. Pues según la presencia espiritual de ninguna manera podría sufrir eso: pero según la presencia corporal no podría estar al mismo tiempo en el sol, en la luna y en la cruz. Por lo tanto, si no tenía cuerpo, no fue crucificado: pero si tenía, pregunto de dónde lo tenía, cuando decís que todos los cuerpos son de la gente de las tinieblas, aunque nunca habéis podido concebir la sustancia divina sino como corpórea. De donde sois forzados a decir que fue crucificado sin cuerpo, lo cual es más absurdo y demente que nada; o que fue visto crucificado en un fantasma más que en la verdad; lo cual es una impiedad que no puede ser peor; o que no todos los cuerpos son de la gente de las tinieblas, sino que hay también un cuerpo de sustancia divina, que sin embargo no es inmortal, sino que puede ser clavado en un madero y muerto; lo cual es igualmente lleno de demencia; o que tuvo un cuerpo mortal de la gente de las tinieblas, y así teméis creer que María virgen fue la madre de su cuerpo, pero no teméis a la gente de los demonios. Finalmente, según la sentencia de Fausto, que de hecho fue extraída de esa larguísima fábula vuestra, de Espíritu Santo la tierra concibiendo engendra a Jesús pasible, que es vida y salvación de los hombres, suspendido de todo madero; ¿por qué el Salvador colgante conviene al colgante, y no conviene al naciente naciendo? Pero si por eso decís que Jesús está en los árboles, y Jesús crucificado bajo Poncio Pilato, y Jesús extendido por el sol y la luna, porque todo esto es de una misma sustancia; ¿por qué no incluís también a los otros miles de vuestros dioses bajo esta denominación? ¿Por qué no es Jesús también aquel resplandeciente, y aquel Atlas, y aquel rey del honor, y aquel espíritu poderoso, y aquel primer hombre, y cualquier otra cosa que predicáis innumerablemente bajo diferentes nombres y diferentes oficios?

CAPÍTULO XII.

Finalmente, ¿por qué el Espíritu Santo se pone en la tercera persona, cuando está entre innumerables? ¿O por qué no es también él Jesús? ¿Y qué significa ya en los escritos de Fausto la engañosa textura de palabras, donde intenta congraciarse con los verdaderos cristianos, de los que se aleja mucho y demasiado, cuando dice: "Por lo tanto, nosotros adoramos un mismo poder bajo triple denominación, del Padre Dios omnipotente, y de Cristo su Hijo, y del Espíritu Santo"? ¿Por qué bajo triple, y no más bien bajo múltiple, no solo denominación, sino también realidad, si cuántos nombres, tantas personas son? Pues no podéis decir que es una cosa bajo triple denominación, como en las armas, espada, estoque, gladio, como decís una cosa, y luna, y nave menor y luminador nocturno, y si le dais otro nombre a la misma cosa; así no podéis decir que es el mismo primer hombre, que el espíritu poderoso, y que el resplandeciente, y que el gran Atlas: sino que uno es aquel, otro y otro aquel y aquel, y no soléis llamar a ninguno de ellos Cristo. ¿O cómo un poder, si diferentes obras? ¿O por qué no todo junto un solo Cristo, si por una sustancia y en los árboles Cristo, y en la persecución de los judíos Cristo, y en el sol y la luna Cristo? Sin duda, todos vuestros fantasmas han perdido el camino: sin duda no son otra cosa que visiones de los que deliran.

CAPÍTULO XIII.

¿Por qué Fausto cree que tenemos una religión similar en cuanto al pan y al cáliz, no lo sé, cuando para los maniqueos probar el vino no es religión, sino sacrilegio. Pues en la uva reconocen a su dios, en la copa no quieren, como si algo les ofendiera al ser pisada e incluida. Pero nuestro pan y cáliz, no cualquiera (como si fuera por Cristo atado en las espigas y en los sarmientos, como ellos deliran), sino que por cierta consagración se hace místico para nosotros, no nace. Por lo tanto, lo que no se hace así, aunque sea pan y cáliz, es alimento de

refacción, no sacramento de religión: excepto que bendecimos y damos gracias al Señor en todo su don, no solo espiritual, sino también corporal. Pero para vosotros, según vuestra fábula, en todos los alimentos se os presenta Cristo atado, aún por atar en vuestras entrañas, y por liberar con eructos. Pues también cuando coméis, os alimentáis con la deficiencia de vuestro dios; y cuando digerís, os debilitáis con su reabastecimiento. Pues cuando os llena, su reabsorción os oprime. Lo cual se consideraría misericordia, cuando algo sufre por vosotros en vosotros, si no os dejara vacíos de nuevo, para que liberado de vosotros huyera. ¿Cómo entonces comparas nuestro pan y cáliz, y dices que es una religión igual a un error muy alejado de la verdad; desvariando peor que algunos, que piensan que adoramos a Ceres y a Baco por el pan y el cáliz? Lo cual he creído conveniente mencionar, para que notéis de qué vanidad proviene también lo vuestro, que pensáis que nuestros padres fueron dedicados a Saturno por el sábado. Pues así como estamos lejos de Ceres y Baco, dioses de los paganos, aunque abrazamos el sacramento del pan y el cáliz, que así alabasteis, queriendo ser iguales a nosotros en ello; así nuestros padres estuvieron lejos de las cadenas de Saturno, aunque por el tiempo de la profecía observaron el descanso del sábado.

CAPÍTULO XIV.

Pero, ¿por qué no dijeron también que tienen la misma religión que los paganos debido a Hyle, que se menciona frecuentemente en algunos libros paganos? Más bien, quisieron que se entendiera que son diferentes y muy distintos, porque su teólogo llama a este nombre el principio y la naturaleza del mal. En esto se descubre su gran ignorancia: porque no saben qué es Hyle, y pretenden inflarse de conocimiento con este término que desconocen por completo. Los griegos, cuando discuten sobre la naturaleza, definen a Hyle como una cierta materia de las cosas, de ninguna manera formada, pero capaz de todas las formas corporales: que de alguna manera se conoce en la mutabilidad de los cuerpos; pues por sí misma no puede ser ni sentida ni entendida. Sin embargo, algunos gentiles se equivocan al unirla a Dios como coeterna; de modo que no es de Él, aunque sea formada por Él: lo cual la misma verdad enseña que es ajeno a la verdad. Sin embargo, se encuentran semejantes a estos paganos en cuanto a esta misma Hyle, porque también ustedes afirman que tiene su propio principio y no es de Dios: y en esto decían ser diferentes, sin saber lo que decían. En cuanto a que esta Hyle no tiene forma propia, y no puede ser formada sino por Dios, concuerdan con nuestra verdad: pero disienten de su falsedad; quienes, sin saber qué es Hyle, es decir, qué es la materia de las cosas, la llaman la gente de las tinieblas, donde no solo establecen formas corporales innumerables y distintas en cinco géneros, sino también una mente formadora de estos cuerpos; y, lo que es más ignorante, o más bien demente, dicen que la misma mente es Hyle, que no se forma, sino que forma. Pues si hubiera allí una mente que formara, y elementos corporales que fueran formados, esos elementos deberían llamarse Hyle, es decir, materia que la misma mente formaría, la cual quieren que sea el principio del mal. Si dijeran esto, no errarían mucho en cuanto a lo que es Hyle, salvo que esos mismos elementos, aunque fueran formados en otras formas, sin embargo, porque ya serían elementos y se distinguirían por sus propias especies, no serían Hyle, porque esta es completamente informe; sin embargo, su ignorancia sería tolerable, porque llamarían Hyle a lo que se formara, no a lo que formara: pero aun así serían considerados vanos y sacrílegos, porque, sin saber que todo el modo de las naturalezas, el número de las formas y el orden de los pesos no puede ser sino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, atribuirían tanto bien al principio del mal. Ahora bien, al ignorar qué es Hyle y qué es el mal, ¡ojalá pudiera persuadirles de que se abstuvieran de seducir a los más ignorantes!

CAPÍTULO XV.

Ahora bien, que también quieren ser mejores que los paganos porque ellos creen que Dios debe ser adorado con altares, templos, imágenes, víctimas e incienso, mientras que ustedes no hacen nada de esto, ¿quién no se reiría? Como si no fuera mejor erigir un altar a una piedra, que de alguna manera es, y ofrecerle una víctima, que adorar en el delirio de un fantasma lo que no es en absoluto. Pero tú, que dijiste ser el templo razonable de Dios, ¿cómo lo explicarás? ¿Te agrada que Dios tenga un templo del cual el diablo haya fabricado alguna parte? ¿O no son ustedes quienes dicen que todos sus miembros y todo su cuerpo fueron fabricados por una mente maligna, a la que llaman Hyle, y que parte de esa misma fabricadora habita allí junto con parte de su dios? Y si está allí retenida, como dicen, encadenada e incluida, ¿debiste llamarte templo de Dios o cárcel de Dios? A menos que tal vez llames templo de Dios a tu alma, que tienes de la tierra de la luz. Pero suelen llamarla parte de Dios, o miembro de Dios, no templo de Dios. Por lo tanto, queda que no te llamaste templo de Dios, sino por el cuerpo, que según tú fabricó el diablo. He aquí cómo blasfeman del templo de Dios, para no solo decir que no es santo, sino también un artificio del diablo y prisión de Dios. Pero el Apóstol dice: "El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros": y para que no pienses que se refiere solo al alma, escucha más claramente: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios?" (I Cor. III, 17, y VI, 19). Pero ustedes llaman templo de Dios a la obra de los demonios, y allí colocan, como dice Fausto, "el simulacro vivo de la majestad viva, Cristo el Hijo de Dios". Claramente, que su Cristo fantasmático habite en tal templo de vanidad sacrílega. Pues él puede ser llamado simulacro no por semejanza, sino por simulación.

CAPÍTULO XVI.

Así también has hecho de tu mente un altar, pero mira de quién. Pues de tus mismas artes y disciplinas aparece, con las que dijiste que estaba imbuida. Esas artes y disciplinas prohíben dar pan al hombre mendicante, para que ardan en su altar con el sacrificio de la crueldad: tal altar destruyendo el Señor, quien recuerda de la Ley con qué olor se deleita Dios, diciendo: "Misericordia quiero y no sacrificio" (Oseas VI, 6). Pero presten atención a dónde el Señor recordó esto: cuando pasaba por un campo de trigo, y sus discípulos hambrientos arrancaban espigas, lo que ustedes dicen que es homicidio según su disciplina, con la que imbuyeron su mente; ciertamente un altar, no de Dios, sino de demonios mentirosos, de cuyas doctrinas se cauteriza la conciencia maligna (I Tim. IV, 2), llamando homicidio a lo que la Verdad llama inocencia. Así dijo a los judíos, donde también los golpeó y destruyó a ustedes: "Si supierais qué significa, Misericordia quiero y no sacrificio, nunca habríais condenado a los inocentes" (Mat. XII, 7).

CAPÍTULO XVII.

¿Qué oraciones simples y puras, como honores divinos y sacrificios, podrán tener, cuando sobre la misma naturaleza y sustancia divina sienten cosas tan indignas y vergonzosas, que no solo el verdadero Dios no se propicia con sus sacrificios, sino que su dios es inmolado en los sacrificios de los paganos? Pues no solo en maderas, hierbas, o en miembros humanos, sino también en las carnes de los animales, lo consideran atado con vínculos contaminantes y polucionantes. La misma alma de ustedes, ¿a quién dirigirá alabanzas a Dios, proclamando que ella misma, como parte de Dios, está capturada en la gente de las tinieblas, sino que vitupera a Dios, a quien testifica que no pudo consultar de otra manera contra sus enemigos, sino con tanta corrupción de sus partes y tan vil cautiverio? Por lo tanto, sus oraciones a su dios no podrían ser religiosas, sino envidiosas. ¿Qué mal le han hecho a él, para que ahora gimán ante él en este castigo, a quien no abandonaron por propia voluntad pecando, sino que

fueron dados por él a sus enemigos, para que se lograra la paz en su reino? Ni siquiera como se suelen dar rehenes, con honor de ser custodiados: ni como el pastor tiende trampas para capturar a la bestia: pues suele poner a su ganado en esa trampa, no a su miembro; y a menudo de tal manera que la bestia es capturada antes de que el ganado sea dañado. Pero ustedes fueron dados como miembros de dios a los enemigos, sin poder contener su ferocidad por parte de su dios, sino contaminados por su fealdad, sin tener pecado propio, sino consumidos por el veneno hostil. Por lo tanto, no pueden decir en sus oraciones, "Por la gloria de tu nombre, Señor, líbranos; y sé propicio a nuestros pecados por tu nombre" (Sal. LXXVIII, 9): sino que dicen, "Líbranos con tu arte, porque para que ahora llores seguro en tu reino, aquí somos oprimidos, desgarrados, contaminados". Esta es una voz acusatoria, no deprecatoria. Ni pueden decir lo que el Maestro de la verdad enseñó: "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12). ¿Quiénes son sus deudores, que pecaron contra ustedes? Si es la gente de las tinieblas, ¿acaso le perdonan las deudas, a la que hasta el fin erradican y encierran en prisión eterna? ¿Qué deudas puede él perdonarles a ustedes, cuando él más bien pecó contra ustedes al enviarlos a esto, que ustedes contra él, que obedecieron al que los envió? O si por eso él no pecó, porque lo hizo por necesidad; su necesidad es mayor, ya que ahora yacen derrotados en la lucha, que la de él antes de que lucharan. Pues ya sufren el mal mezclado, él no sufría nada de esto, aunque padecía la necesidad de enviarlos. Por lo tanto, o él más bien les debe a ustedes, para que le perdonen; o si ni él a ustedes, mucho menos ustedes a él. ¿Dónde están entonces sus sacrificios, sus oraciones simples y puras, cuando son engañosas e impuras blasfemias?

CAPÍTULO XVIII.

Y sin embargo, quiero que me digan, ¿de dónde llaman con estos nombres a todas estas cosas que alaban en ustedes, para que digan templo, altar, sacrificio? Pues si al verdadero Dios no se le deben estas cosas verdaderamente, ¿por qué se predicán laudablemente en la verdadera religión? Pero si al verdadero Dios se le debe verdaderamente un sacrificio, de donde también se llaman rectamente honores divinos, los demás sacrificios que se dicen se hacen a semejanza de un cierto sacrificio verdadero. Estos son en parte imitaciones de falsos y engañosos dioses, es decir, demonios, que exigen con arrogancia honores divinos de aquellos a quienes han engañado, como son o eran todos en los templos e ídolos de los gentiles; en parte son proclamaciones del único sacrificio verdadero venidero que debía ofrecerse por los pecados de todos los creyentes, como eran los preceptos divinamente dados a nuestros antiguos padres, donde estaba también aquella unción mística por la cual se prefiguraba a Cristo, de donde también el mismo nombre se deriva del crisma. Por lo tanto, el verdadero sacrificio, que se debe al único verdadero Dios, cuyo altar solo Cristo llenó, los demonios imitaron arrogándose con presunción. De donde dice el Apóstol: "Lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios" (I Cor. X, 20): no culpando lo que se ofrecía, sino porque se ofrecía a ellos. Pero los hebreos, en las víctimas de los animales que ofrecían a Dios, celebraban de muchos y variados modos, como era digno de tan gran asunto, la profecía de la futura víctima que Cristo ofreció. De donde ya los cristianos celebran la memoria del mismo sacrificio realizado, con la sagrada oblación y participación del cuerpo y sangre de Cristo. Los maniqueos, sin embargo, sin saber qué debe condenarse en los sacrificios de los gentiles, y qué debe entenderse en los sacrificios de los hebreos, y qué debe mantenerse u observarse en el sacrificio de los cristianos; ofrecen su vanidad como un sacrificio al diablo, que los engañó, apartándose de la fe, atendiendo a espíritus seductores y doctrinas de demonios en la hipocresía de mentirosos.

CAPÍTULO XIX.

Aprenda entonces Fausto, o más bien aquellos que se deleitan con sus escritos, que no tenemos la opinión de la monarquía de los gentiles; sino que los gentiles no han caído tanto en falsos dioses como para perder la opinión de un solo Dios verdadero, de quien es toda naturaleza, de cualquier tipo que sea. Pues los sabios de ellos (porque, como dice el Apóstol, "Las cosas invisibles de Dios, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por medio de las cosas hechas; su eterno poder y divinidad, para que sean inexcusables") conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido: profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Estas son las imágenes de los gentiles, en cuya interpretación no tienen salida, sino hacia la criatura que Dios creó; para que en esa misma interpretación de las imágenes, de la cual solían jactarse y enorgullecerse como más expertos, se cumpla en ellos lo que poco después dice el mismo apóstol: "Adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, quien es bendito por los siglos" (Rom. I, 20-25). Pero ustedes, tanto en lo que son diferentes de ellos, son vanos; y en lo que son semejantes a ellos, son peores. Pues no creen con ellos en la monarquía, que ellos creen verdaderamente, para que crean que la sustancia de ese único Dios es expugnable y corruptible; lo cual es de impía vanidad: pero en adorar a muchos dioses, la doctrina de los demonios mentirosos les persuadió de muchos ídolos, a ustedes de muchos fantasmas.

CAPÍTULO XX.

Ni convertimos sus sacrificios en ágapes: sino que entendimos aquel sacrificio que mencioné poco antes, diciendo el Señor, "Misericordia quiero y no sacrificio". Pues nuestras ágapes alimentan a los pobres, ya sea con frutos o con carnes. Pues la criatura de Dios se alimenta de la criatura de Dios, que es adecuada para los banquetes humanos. Pero a ustedes, porque los demonios mentirosos les persuadieron, no para gobernar la carne, sino para ejercer la blasfemia, "abstenerse de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles y por aquellos que han conocido la verdad; porque toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias" (I Tim. IV, 2-4): ingratos al Creador, y devolviendo sacrílegas injurias por sus abundantes beneficios, ya que a menudo en las ágapes también se distribuyen carnes a los pobres, dicen que la misericordia de los cristianos es similar a los sacrificios de los paganos, a quienes en esto también son semejantes. Pues consideran un crimen matar animales, porque creen que las almas humanas se revuelven en ellos, lo cual se encuentra en los libros de algunos filósofos gentiles: aunque se dice que los posteriores lo entendieron de otra manera. Pero en esto también yerran mucho peor: pues ellos temieron matar a su prójimo en el animal; ustedes, sin embargo, a su dios, cuyas partes creen que son también las almas de los animales.

CAPÍTULO XXI.

Porque Fausto también nos calumnia en este punto, diciendo que hemos convertido los ídolos en mártires al honrar sus memorias, no me mueve tanto a responder a esta calumnia como a mostrar que el mismo Fausto, en su afán de calumniar, quiso desviarse incluso de las vanidades del propio Maniqueo y, de alguna manera, cayó inadvertidamente en la opinión vulgar y poética de los paganos, de quienes desea parecer completamente ajeno. Pues cuando dijo que hemos convertido los ídolos en mártires, a quienes, dice, veneramos con votos similares, apaciguando las sombras de los difuntos con vino y banquetes: ¿son entonces sombras de los difuntos? Nunca hemos oído esto en vuestros discursos, nunca lo hemos leído en vuestros escritos: al contrario, soléis contradecir tales opiniones, afirmando que las almas

de los muertos, si son malas o menos purificadas, van a revoluciones o a penas más graves; pero las buenas son llevadas en naves y, navegando en el cielo, pasan de aquí a aquella fantasía de la tierra de la luz, por la cual perecieron luchando: así que ninguna alma se detiene cerca de las tumbas de sus cuerpos. ¿De dónde, entonces, las sombras de los difuntos? ¿Cuál es su sustancia? ¿Cuál su lugar? Pero Fausto, en su deseo de maldecir, olvidó lo que profesaba: o tal vez, soñando, dictó sombras mientras dormía; y no despertó cuando leyó sus propias palabras. Sin embargo, el pueblo cristiano celebra las memorias de los mártires con solemne religiosidad, tanto para estimular la imitación como para ser asociado a sus méritos y ayudado por sus oraciones: pero de tal manera que no erigimos altares a ningún mártir, sino al Dios de los mártires, aunque en las memorias de los mártires. Pues, ¿quién de los obispos, asistiendo al altar en los lugares de los cuerpos santos, ha dicho alguna vez: "Te ofrecemos a ti, Pedro"; o "Pablo"; o "Cipriano"? Sino que lo que se ofrece, se ofrece a Dios, quien coronó a los mártires, en las memorias de aquellos a quienes coronó; para que, por la advertencia de esos lugares, surja un mayor afecto para aguzar la caridad tanto hacia aquellos a quienes podemos imitar como hacia aquel por cuya ayuda podemos hacerlo. Por tanto, veneramos a los mártires con el culto de amor y comunión con que se veneran en esta vida a los santos hombres de Dios, cuyo corazón sentimos preparado para tal pasión por la verdad evangélica. Pero a ellos con tanta más devoción cuanto más seguros después de haber superado las pruebas: cuanto más también los alabamos con confianza, ya victoriosos en una vida más feliz, que aún luchando en esta. Pero con aquel culto que en griego se llama *λατρεία*, que en latín no puede decirse con una sola palabra, siendo un cierto servicio debido propiamente a la divinidad, no veneramos ni enseñamos a venerar sino a un solo Dios. Y como a este culto pertenece la ofrenda del sacrificio, de donde se dice idolatría de aquellos que también lo ofrecen a los ídolos; de ninguna manera ofrecemos tal cosa, ni mandamos ofrecerla, ni a ningún mártir, ni a ninguna alma santa, ni a ningún ángel: y quienquiera que caiga en este error, es corregido por la sana doctrina, ya sea para que se corrija o para que se evite. Pues incluso los mismos santos, ya sean hombres o ángeles, no quieren que se les ofrezca lo que saben que se debe solo a Dios. Esto se mostró en Pablo y Bernabé, cuando, conmovidos por los milagros que hicieron, los licaonios quisieron sacrificarlos como dioses: pues rasgando sus vestiduras, confesando y persuadiendo que no eran dioses, prohibieron que se les hiciera esto (Hechos XIV, 7-17). También se mostró en los ángeles, como leemos en el Apocalipsis, un ángel prohibiendo ser adorado, y diciendo a su adorador: "Soy consiervo tuyo y de tus hermanos" (Apoc. XIX, 10, y XXII, 8, 9). Esto claramente lo exigen los espíritus soberbios, el diablo y sus ángeles, como en todos los templos y sagrados de los gentiles. La semejanza de estos se expresa también en algunos hombres soberbios: como recordamos de ciertos reyes de Babilonia. De donde el santo Daniel soportó acusadores y perseguidores, porque, habiéndose propuesto un edicto del rey para que nada se pidiera a ningún dios sino solo al rey, fue sorprendido adorando y suplicando a su Dios, es decir, al único y verdadero Dios (Dan. VI). Pero aquellos que se embriagan en las memorias de los mártires, ¿cómo pueden ser aprobados por nosotros, cuando incluso si lo hacen en sus casas, la sana doctrina los condena? Pero una cosa es lo que enseñamos, otra lo que soportamos, otra lo que se nos manda prescribir, otra lo que se nos manda corregir, y hasta que corrijamos, nos vemos obligados a tolerar. Una es la disciplina de los cristianos, otra la lujuria de los bebedores, o el error de los débiles. Sin embargo, incluso en esto mismo, hay una gran diferencia entre las culpas de los bebedores y los sacrílegos. Pues es un pecado mucho menor volver ebrio de los mártires, que incluso en ayunas sacrificar a los mártires. Dije sacrificar a los mártires: no dije sacrificar a Dios en las memorias de los mártires; lo cual hacemos frecuentísimamente, solo con aquel rito que en la manifestación del Nuevo Testamento se nos mandó ofrecer: lo cual pertenece a aquel culto que se llama latría, y se debe solo a Dios. Pero, ¿qué haré, y cuándo demostraré a esta ceguera de estos herejes, qué fuerza tiene lo que se canta en los Salmos: "El

sacrificio de alabanza me glorificará, y allí está el camino donde le mostraré mi salvación" (Sal. XLIX, 23)? La carne y la sangre de este sacrificio antes de la venida de Cristo se prometía por las víctimas de las similitudes; en la pasión de Cristo se devolvía por la misma verdad; después de la ascensión de Cristo se celebra por el Sacramento de la memoria: y por esto hay tanta diferencia entre los sacrificios de los paganos y los hebreos, como entre la imitación errante y la prefiguración anunciadora. Así como no por eso debe despreciarse o detestarse la virginidad de las monjas, porque también hubo vírgenes vestales; así no por eso deben reprobarse los sacrificios de los Padres, porque también hay sacrificios de los gentiles: porque así como entre aquellas virginidades hay mucha diferencia, aunque no haya otra diferencia, sino a quién se le promete y se le devuelve; así entre los sacrificios de los paganos y los hebreos hay mucha diferencia, en el mismo hecho de que solo difiere en a quién se inmolan y se ofrecen: aquellos, a la impiedad soberbia de los demonios que se arrojan esto mismo para ser tenidos como dioses, porque el honor divino es el sacrificio; aquellos, al único Dios, para que se le ofrezca la similitud prometiendo la verdad del sacrificio, a quien debía ofrecerse la misma verdad devuelta en la pasión del cuerpo y sangre de Cristo.

CAPÍTULO XXII.

Porque, como dijo Fausto, nuestros antepasados judíos, separados de los gentiles, cuando tenían templo, inmoluciones, altares y sacerdocios, no dejaron solo las esculturas, es decir, los ídolos: pues podían, como algunos, incluso sin esculturas de ídolos, inmolar a árboles, montes, y finalmente también al sol, la luna y las demás estrellas. Si lo hicieran por aquel culto que se llama latria, sirviendo a la criatura más que al Creador, y por esto errando en la impía superstición con no poco mal, no obstante, los demonios se ofrecerían para burlarse de ellos y recibir de ellos lo que así ofrecieran. Pues aquellos espíritus soberbios e impíos no se alimentan del olor y humo, como algunos vanos opinan, sino de los errores de los hombres: no con la reconstitución de su cuerpo, sino con la deleitación malévolamente cuando de alguna manera engañan, o con la arrogante altivez de la majestad simulada cuando se glorían de que se les rindan honores divinos. Por tanto, nuestros padres no dejaron solo los simulacros de los gentiles; sino que, sin inmolar nada a la tierra, ni a ninguna cosa terrena, ni al mar, ni al cielo, ni al ejército del cielo, ofrecieron víctimas al único Dios creador de todo: quien quiso que se le ofrecieran, prometiendo por su similitud la verdadera víctima, por la cual nos reconcilió consigo mismo en la remisión de los pecados en Cristo Jesús nuestro Señor, a cuyo cuerpo, siendo nosotros hechos miembros, Pablo exhorta diciendo: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Rom. XII, 1). Pero los maniqueos dicen que los cuerpos humanos son obra de la raza de las tinieblas, y cárceles en las que está encerrado Dios como prisionero: de donde Fausto anuncia algo muy diferente a Pablo. Pero como "si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema" (Gál. I, 9); Cristo dice la verdad en Pablo, sea anatema el maniqueo en Fausto.

CAPÍTULO XXIII.

Quien también dice que no hemos cambiado nada de las costumbres de los gentiles, sin saber lo que dice. Pues el justo vive por la fe (Rom. I, 17); y el fin del mandamiento es la caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida (I Tim. I, 5); y permanecen para formar la vida de los fieles estas tres cosas, fe, esperanza, caridad (I Cor. XIII, 13): ¿cómo puede ser que tenga las mismas costumbres que alguien que no tiene estas tres cosas iguales con él? Pues quien cree, espera y ama algo diferente, necesariamente vive de manera diferente. Y si el uso de ciertas cosas parece ser similar entre nosotros y los gentiles, como la comida y la bebida, las casas, las vestimentas, los baños; y quienes de los

nuestros llevan una vida conyugal, tomando y teniendo esposas, engendrando, criando y heredando hijos: sin embargo, usa estas cosas de manera muy diferente quien las refiere a un fin diferente; y de manera diferente quien da gracias a Dios por ellas, de quien no cree cosas malas y falsas. Pues así como en vuestro error, cuando coméis el mismo pan que los demás hombres, y vivís de los frutos y fuentes, os vestís con lana y lino igualmente tejido, y sin embargo no lleváis la misma vida, no comiendo, bebiendo o vistiendo de manera diferente, sino sintiendo y creyendo diferente, y refiriendo todas estas cosas a un fin diferente, el fin de vuestro error y vanidad: así nosotros, tanto en estas como en otras cosas que tomamos de manera similar, no vivimos de manera similar a los gentiles, refiriendo las mismas cosas no al mismo fin, sino al fin del mandamiento legítimo y divino, la caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida, de las cuales algunos se han desviado, convirtiéndose en vaniloquio. En lo cual ciertamente tenéis el principado, no mirando, no considerando que en tener y hacer las mismas cosas, tanto vale para una vida diferente si la fe es diferente, que cuando vuestros oyentes tienen esposas, y aunque a regañadientes tienen hijos, y para ellos acumulan o guardan patrimonios, comen carne, beben vino, se bañan, cosechan, vendimian, comercian, administran honores públicos, sin embargo, los contáis con vosotros, no con los gentiles, cuando sus hechos parecen más similares a los de los gentiles que a los vuestros. Pues también los hechos de algunos gentiles, aunque se acerquen más a vosotros que a algunos de vuestros oyentes, algunos en sus sagrados sacrílegos se abstienen de vino, carne y concubinato; sin embargo, contáis a vuestros oyentes que usan todas estas cosas, y en eso diferentes de vosotros, en el rebaño de Maniqueo, más que a estos que hacen lo mismo que vosotros hacéis: y preferís decir que una mujer que ha creído en Maniqueo es vuestra, incluso pariendo, que una Sibila que ni siquiera se casa. Pero muchos cristianos católicos son llamados, y son adúlteros, ladrones, avaros, borrachos, y cualquier otra cosa que se oponga a la sana doctrina. ¿Y qué entre vosotros, en vuestro número tan exiguo y casi nulo, no son muchos así, y algunos entre los paganos no son así? ¿Acaso por eso decís que los paganos que no son así son mejores que vosotros? Sin embargo, debido a la vanidad sacrílega de vuestra secta, incluso aquellos que no son así entre vosotros, son peores que los paganos incluso tales. De donde es evidente que no se debe desmerecer la sana doctrina, que solo es católica, porque muchos quieren ser contados con su nombre, y no quieren ser sanados por ella. Pues debe reconocerse aquella pequeñez que el Señor especialmente encomienda en la inmensa e innumerable multitud difundida por todo el mundo (Mat. XX, 16): que sin embargo, la pequeñez de los santos y fieles, que debe ser frecuentemente encomendada, como granos en comparación con la multitud de pajas, se llama pequeñez; pero por sí misma hace tal masa de trigo, que supera con incomparable multitud a todos vuestros probos y reprobos, a quienes la verdad igualmente reprueba. He aquí que no somos un cisma de los gentiles, de quienes nos diferenciamos mucho para mejor: pero tampoco vosotros lo sois, porque os diferenciáis mucho de ellos para peor.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Hay un solo Dios, o dos? Claramente uno. ¿Cómo es que vosotros afirmáis dos? Nunca en nuestras afirmaciones se ha oído el nombre de dos dioses. Pero deseo saber de dónde sospechas esto. Porque enseñáis dos principios, el de los buenos y el de los malos. Es cierto que confesamos dos principios, pero llamamos Dios a uno de ellos, y al otro Hyle: o, para hablar común y usualmente, demonio. Si piensas que esto significa dos dioses, podrías también, al escuchar a un médico hablar de enfermedad y salud, pensar que son dos salud; y cuando alguien nombra el bien y el mal, podrías pensar que son dos bienes; y al escuchar abundancia y escasez, podrías pensar que son dos abundancias. Si al hablar de blanco y

negro, frío y caliente, dulce y amargo, dices que he mostrado dos blancos, dos calientes, dos dulces, ¿no parecerás fuera de tus cabaletas y de mente poco sana? Así también, cuando enseño dos principios, Dios y Hyle, no por eso debo parecerme que muestro dos dioses. ¿O porque asignamos toda la fuerza maléfica a Hyle, y la benéfica a Dios, como corresponde, por eso piensas que no hay diferencia en llamar Dios a ambos? Si es así, podrías también, al escuchar veneno y antídoto, pensar que no hay diferencia en llamar antídoto a ambos, porque ambos tienen su fuerza, ambos actúan y operan: y al escuchar médico y venenoso, llamarías médicos a ambos: y al escuchar justo e injusto, podrías llamar justos a ambos, porque cada uno actúa algo. Si esto es absurdo, ¿cuánto más absurdo es pensar que Dios y Hyle son dos dioses porque cada uno actúa algo? Por tanto, este argumento es inepto y bastante débil, ya que no puedes responderme sobre la cosa, sino que inflas la envidia con solo los nombres. Pues no niego que a veces llamamos dios a la naturaleza adversa, pero no según nuestra fe, sino según el nombre ya asumido por sus adoradores, que imprudentemente la consideran dios: como también el Apóstol dice, "El dios de este siglo ha cegado las mentes de los incrédulos" (II Cor. IV, 4). Llamándolo dios, porque así ya lo llamaban los suyos: pero añadiendo que ciega las mentes, para que se entienda que no es el verdadero Dios.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: En vuestras disputas solemos oír hablar de dos dioses, lo cual, aunque al principio lo negaste, poco después tú mismo lo confesaste, como si dieras una razón de por qué lo decís: porque también el Apóstol dice, "El dios de este siglo ha cegado las mentes de los incrédulos". Esta sentencia, muchos de nosotros la distinguen de tal manera que dicen que el verdadero Dios ha cegado las mentes de los incrédulos. Pues cuando leen, "En los cuales Dios", suspenden la pronunciación; y entonces añaden, "del siglo ha cegado las mentes de los incrédulos". Porque aunque no lo distingas así, sino que por causa de la exposición cambies el orden de las palabras, "En los cuales Dios ha cegado las mentes de los incrédulos del siglo", el mismo sentido que en aquella distinción se hace evidente. Pues también tal operación, por la cual se ciegan las mentes de los incrédulos, puede pertenecer de alguna manera al verdadero Dios; lo cual no hace por malicia, sino por justicia: como el mismo Pablo dice en otro lugar, "¿Es injusto Dios, que inflige ira?" (Rom. III, 5). También en otro lugar: "¿Qué diremos, pues? ¿Hay injusticia en Dios? De ninguna manera. Porque dice a Moisés: Tendré misericordia del que tendrá misericordia, y me compadeceré del que me compadecerá. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom. IX, 14-16). Cuando, pues, ha prepuesto, lo cual debe ser retenido firmemente, que no hay injusticia en Dios, poco después observa lo que dice: "Y si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notoria su potencia, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que preparó de antemano para gloria" (Rom. IX, 22-23). Ciertamente aquí de ninguna manera se puede decir que hay un Dios que muestra ira y demuestra su potencia en los vasos preparados para destrucción, y otro que muestra las riquezas en los vasos de misericordia. Pues la doctrina apostólica testifica que un mismo Dios hace ambas cosas. De aquí es también aquello, "Por lo cual Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, a inmundicia, para que deshonren sus cuerpos entre sí mismos"; y poco después, "Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas"; también poco después, "Y como no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada" (Rom. I, 24, 26, 28). He aquí cómo el verdadero y justo Dios ciega las mentes de los incrédulos. Pues nunca en estas palabras del Apóstol que he mencionado, se ha entendido otro Dios que aquel que envió a su Hijo diciendo, "Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, sean hechos ciegos" (Juan IX, 39). Pues también aquí se hace evidente a las

mentes de los fieles, cómo Dios ciega las mentes de los incrédulos. Precede algo oculto en los secretos, donde Dios actúa el examen justísimo de su juicio, para que las mentes de algunos sean cegadas, las de otros iluminadas: a quien se le ha dicho con toda verdad, "Tus juicios son un abismo profundo" (Sal. XXXV, 7). De cuya profundidad impenetrable el Apóstol, admirado, exclama: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios!" (Rom. XI, 33).

CAPÍTULO III.

Vos, sin embargo, que no podéis discernir lo que hace Dios por beneficio o por juicio, ya que tanto de vuestro corazón como de vuestra boca está lejos nuestro Salterio, donde se dice: "Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor" (Sal. 100, 1); todo lo que os ofende por la debilidad de la mortalidad humana, lo alejáis completamente del arbitrio y juicio del verdadero Dios: evidentemente teniendo preparado a otro dios malo, que no os muestra la verdad, sino que la vanidad lo finge, a quien atribuíis no solo todo lo que hacéis injustamente, sino también todo lo que sufrís justamente; así atribuyendo a Dios los beneficios de los dones, y quitándole los juicios de las penas, como si Cristo hubiera dicho que preparó el fuego eterno para los malos (Mat. 25, 41), de otro que no sea aquel que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos (Mat. 5, 45). ¿Por qué no entendéis que tanta bondad aquí y tanta severidad allí pertenecen a un solo Dios, sino porque no sabéis cantar misericordia y juicio? ¿No es el mismo que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos, quien rompe las ramas naturales e injerta contra naturaleza el acebuche? ¿No dice el Apóstol de uno mismo allí: "Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: en los que cayeron, severidad; pero en ti, bondad, si permaneces en la bondad" (Rom. 11, 17-24)? Sin duda escucháis, sin duda advertís, cómo ni le quita a Dios la severidad judicial, ni al hombre la libre voluntad. Es oculto, es profundo, está apartado en un secreto inaccesible al pensamiento humano, cómo Dios condena al impío y justifica al impío: pues de ambos habla la verdad de las Escrituras sagradas. ¿Acaso por eso os deleita murmurar contra los juicios divinos, porque son inescrutables? ¿Cuánto más conveniente, cuánto más adecuado es a nuestra medida, temer allí donde Pablo temió, y exclamar: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos!" ¿Cuánto mejor es admirar lo que no puedes investigar, que querer fingir por ello otro dios malo, porque no pudiste comprender a uno bueno? Pues no se trata del nombre, sino de la obra.

CAPÍTULO IV.

Porque pronto parece que Fausto se defendió, cuando dijo: "No decimos dos dioses, sino Dios y Hyle". Pero cuando preguntes qué llama Hyle, escucharás claramente describir a otro dios. Pues si la materia informe capaz de formas corporales fuera llamada Hyle por ellos, como fue llamada por los antiguos, nadie de nosotros la acusaría de ser llamada dios. Pero ahora, ¡cuán grande es el error, cuánta la demencia, o decir que la materia de los cuerpos es el artífice de los cuerpos, o negar que el artífice de los cuerpos es Dios! Porque, por tanto, lo que el verdadero Dios hace, es decir, las cualidades y formas de los cuerpos, elementos, animales, para que sean cuerpos, elementos, animales, eso decís que lo hace no sé quién otro; cualquiera que sea el nombre con que lo llaméis, con razón se dice que inducís a otro dios por vuestro error. En esta única cosa erráis dos veces con error sacrílego: una vez, porque decís que lo que Dios hace, lo hace aquel a quien os avergonzáis de confesar como Dios; pero de ningún modo lograréis que no sea Dios, a menos que neguéis que hace tales cosas, que solo Dios hace: y otra vez, porque lo que el buen Dios hace bueno, vosotros pensáis que lo hace el

malo, y que es malo, horrorizándoos con sentido pueril de lo que no concuerda con la debilidad penal de la mortalidad, y amando lo que concuerda. Por tanto, decís que es malo quien hizo la serpiente: pero este sol tan grande lo consideráis un bien, que ni siquiera creéis que fue hecho por Dios, sino que fue proferido o enviado. Pero el verdadero Dios, en quien aún no creéis, lo que lamento profundamente, hizo tanto la serpiente entre otras cosas inferiores, como el sol entre otras superiores; y aún en cosas más sublimes, no en celestiales corporales, sino ya en espirituales, muchas cosas mucho mejores que esta luz, que cualquier hombre carnal no percibe: cuánto más vosotros, que aunque detestáis la carne, no detestáis más que vuestra propia regla, con la que medís lo bueno y lo malo. Pues no puede haber en vosotros pensamiento de males, sino de aquellos con los que el sentido carnal se ofende; ni de bienes, sino de aquellos con los que la vista carnal se deleita.

CAPÍTULO V.

Para que, por tanto, considere estas obras de Dios en lo más bajo de las cosas, terrenas, débiles, mortales, pero sin embargo obras de Dios, como podemos verlas, me siento movido inefablemente a alabar al Creador de ellas, que es tan grande en las grandes obras, que no es menor en las pequeñas. Pues el arte divino, por el cual se hacen las obras celestiales y terrenas, aunque sean entre sí disímiles, es en todas semejante a sí mismo, porque en cada género suyo, al perfeccionarlo, es perfecto en todas partes. Pues no crea el universo en cada una, sino que al crear cada una para el conjunto del universo, se ofrece a sí mismo para crear tanto el conjunto como cada una, haciendo y disponiendo todo en sus lugares y órdenes congruentes, y otorgando a todas las cosas lo que les es congruente, tanto en particular como en universal. Aquí, en este casi fondo más bajo de toda la creación, mirad los animales que vuelan, nadan, caminan y se arrastran. Sin duda son mortales: sin duda su vida, como está escrito, es un vapor que aparece por un poco (Santiago 4, 15). Pues este pequeño tiempo recibido del mejor Creador, lo aportan como en común al universo para completar su parte de su género, para que con estas cosas bajas haya en todas cosas buenas, en las que hay cosas superiores mejores. Sin embargo, observad, y dadme un animal cualquiera, por más despreciable que sea, cuya alma odie su carne, y no más bien la nutra y cuide, y con movimiento vital la vivifique y gobierne, y de algún modo administre su propio pequeño universo, conciliado para su conservación. Pues lo que el alma racional castiga su cuerpo, y lo somete a servidumbre, para que no sea impedida por el apetito desmedido de las cosas terrenas de la percepción de la sabiduría, también así ciertamente ama su carne, a la que se somete y ordena legítimamente para obedecer. Finalmente, vosotros mismos, aunque con error carnal detestéis la carne, no podéis sino amar vuestra carne, y cuidar de su salud e integridad, evitando todos los golpes, caídas, y la intemperie que la daña, y buscando las defensas y la salud que la conservan: así mostráis prevalecer la ley de la naturaleza contra la opinión de vuestro error.

CAPÍTULO VI.

¿Qué en la misma carne, las vísceras vitales, la forma conveniente de todo, los miembros para obrar, los vasos para sentir, todos distintos en sus lugares y funciones, y tejidos en una unidad concordante, con moderación de medidas, igualdad de números, orden de pesos, no indican a su artífice, el verdadero Dios, a quien verdaderamente se ha dicho: "Todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sab. 11, 21)? Si, por tanto, no tuvierais un corazón perverso y corrompido por fábulas vanas, sus invisibles también por estas cosas que en esta criatura débil y carnal han sido hechas, entendidas, contemplaríais (Rom. 1, 20). ¿De dónde, pues, a estas cosas lo que he mencionado, sino de aquel cuya unidad sostiene toda medida, cuya

sabiduría forma toda belleza, cuya ley dispone todo orden? Que si no tenéis ojo para contemplar estas cosas, que la autoridad apostólica os guíe.

CAPÍTULO VII.

El Apóstol, pues, cuando mandaba sobre el santo amor, cómo debe ser el de los hombres hacia sus esposas, tomó el ejemplo del alma amante. "El que ama", dice, "a su esposa, se ama a sí mismo: nadie jamás odia su propia carne, sino que la nutre y cuida, como Cristo a la Iglesia" (Efes. 5, 28-29). He aquí ante vosotros está toda la sustancia carnal; ved cómo en todo animal esta comunión de la naturaleza se extiende para su propia salvación, para que ame su carne. Pues esto no solo está en los hombres, que cuando viven rectamente, no solo cuidan de la salud de su carne, sino que también dominan y refrenan los movimientos carnales para el uso de la razón: sino que también las bestias huyen del dolor, temen la destrucción; y todo lo que puede disolver y separar esa unión de miembros y vínculo de carne y espíritu de su unión concordante, lo evitan con cuanta agilidad pueden, nutriendo también ellas y cuidando su carne. Nadie jamás odia su propia carne, sino que la nutre, dice, y la cuida, como también Cristo a la Iglesia. Ved de dónde, a dónde ha ascendido: contemplad, si podéis, qué fuerza recibe la criatura del Creador, desde los mismos aparatos celestiales hasta la carne y sangre terminada en la plenitud del universo, decorada con la variedad de formas, ordenada en grados de cosas.

CAPÍTULO VIII.

De nuevo el mismo apóstol, cuando nos enseñaba sobre los diversos dones espirituales, y sin embargo consonantes en unidad, una cosa realmente grande y divina y oculta, dio el ejemplo de esta misma nuestra carne, cuyo artífice, Dios, cuando hablaba de estas cosas, de ningún modo calló. Aunque es largo, sin embargo, porque es muy necesario, no me avergonzaré de insertar todo este pasaje de su Epístola a los Corintios en esta obra. "Acerca de los dones espirituales, no quiero que ignoréis, hermanos: sabéis que cuando erais gentiles, cómo erais llevados a los ídolos mudos. Por lo cual os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús; y nadie puede decir, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu; y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que obra todo en todos. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho: a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, dones de sanidades en el mismo Espíritu; a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; a otro, interpretación de lenguas: pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere. Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo. Porque por un solo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya sean judíos o griegos, ya sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu. Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo; ¿por eso no es del cuerpo? Y si dijera la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo; ¿por eso no es del cuerpo? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato? Pero ahora Dios ha colocado los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo, como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos miembros, pero un solo cuerpo. No puede el ojo decir a la mano: No te necesito; ni tampoco la cabeza a los pies: No os necesito. Antes bien, los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y a los que nos parecen menos honorables del cuerpo, a estos les damos más abundante honor; y los que

en nosotros son menos decorosos, tienen más abundante decoro; pero los que son decorosos, no tienen necesidad. Pero Dios ha dispuesto el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya división en el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado los unos de los otros. Y si un miembro padece, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él" (1 Cor. 12, 1-26). Si hay en vosotros no digo fe cristiana, para que creáis al Apóstol, sino algún sentido humano, para que veáis lo manifiesto; cada uno en sí mismo vea y considere cuán verdaderas, cuán ciertas son estas cosas, cuán grandes en lo pequeño, y cuán buenas en lo extremo: puesto que el Apóstol las pone en alabanza, para que por estas cosas corporales bajas que se ven, puedan entenderse más fácilmente aquellas cosas espirituales sublimes que no se ven.

CAPÍTULO IX.

Por tanto, de estos miembros y de nuestro cuerpo, que así encomia, así alaba el Apóstol, quienquiera que niegue a Dios como su artífice, veis a quién contradice, anunciándoos algo más allá de lo que hemos recibido (Gál. 1, 9). ¿Qué necesidad hay, pues, de que sea refutado por mí, más bien que sea anatema por todos los cristianos? Dice el Apóstol: "Dios ha dispuesto el cuerpo"; y dice este, Hyle, no Dios. ¿Qué más claras enemistades que estas, antes de ser refutadas, que ser anatematizadas? ¿Acaso también aquí el Apóstol, cuando dijo "Dios", añadió "de este siglo" (2 Cor. 4, 4)? Donde incluso si alguien entiende que el diablo ciega las mentes de los incrédulos, no lo negamos, con malas sugerencias: a las cuales quienes consienten, pierden la luz de la justicia, Dios retribuyendo lo que es justo. Leemos todas estas cosas en las Escrituras sagradas: pues también aquello se dijo de la seducción que viene de fuera, "Temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestras mentes de la simplicidad y castidad que hay en Cristo" (2 Cor. 11, 3). Lo cual es semejante a "Corrompen las buenas costumbres las malas conversaciones" (1 Cor. 15, 33): y aquello que cada uno puede ser su propio seductor, "Pero el que piensa que es algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña" (Gál. 6, 3): y aquello de la venganza de Dios, que mencioné antes, "Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene" (Rom. 1, 28). Así también en los libros antiguos, cuando predijo, "Dios no hizo la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivos" (Sab. 1, 13); poco después, "Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo" (Sab. 2, 24). Y de nuevo sobre la misma muerte, para que los hombres no se pongan fuera de culpa, "Pero los impíos con manos y palabras la invocaron; y pensando que era amiga, se desvanecieron" (Sab. 1, 16). En otro lugar, "Bienes y males, vida y muerte, riquezas y pobreza son del Señor Dios" (Eclo. 11, 14). Aquí los hombres perturbados no entienden en una misma obra mala, no después de que siga otra que será manifiesta, sino con una cierta venganza continua acompañante, algo viene de la astucia del que sugiere, algo de la maldad del que quiere, algo de la justicia del que castiga; cuando el diablo sugiere, el hombre consiente, Dios abandona. Por lo cual, en una obra mala, es decir, en la ceguera de los incrédulos, si se entiende también al diablo por la maldad de sugerir, para que así se distinga, "Dios de este siglo", no me parece absurdo. Pues no se dice sin adición, "Dios"; cuando se añade, "de este siglo", es decir, de los hombres impíos, que no quieren florecer sino en este siglo: según lo que se dice, y siglo malo, como está escrito, "Para librarnos de este siglo malo presente" (Gál. 1, 4). Pues es como aquello, "Cuyo dios es el vientre" (Fil. 3, 19): a menos que estuviera allí, "Cuyo", de ningún modo diría, "dios el vientre". Ni en el Salmo los demonios podrían ser llamados dioses, a menos que se añadiera, de las naciones. Pues así está escrito: "Porque todos los dioses de las naciones son demonios" (Sal. 95, 5). Aquí, sin embargo, ni "Dios de este siglo"; ni "cuyo dios es el vientre"; ni "dioses de las naciones demonios": sino que simplemente se ha puesto, "Dios ha dispuesto el cuerpo"; que no puede entenderse sino como el verdadero Dios creador de todo. Pues aquellas cosas se

dicen con vituperación, pero esto se ha dicho con alabanza. A menos que Fausto entienda que Dios ha dispuesto el cuerpo, no por la disposición de los miembros, es decir, fabricando y construyendo, sino por la mezcla de su luz, para que, por tanto, otro haya puesto así estos miembros distintos y colocados en sus sedes, quien lo fabricó; pero Dios, al mezclar su bondad, haya temperado la maldad de esta fábrica. Pues con tales fábulas embotan las almas infantiles. Pero ni siquiera esto pueden decir, porque Dios, ayudando a los pequeños a través de las bocas de los santos, no lo permitió. Pues tienes también un poco más arriba, "Dios ha puesto los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo como quiso". ¿Quién no entiende ya que según esto se dice que Dios es el temperador del cuerpo, porque fabricó el cuerpo de muchos miembros, conservando los oficios de diversas obras en el vínculo de la unidad?

CAPÍTULO X.

Digan, pues, los maniqueos si los animales, que según sus delirios Hyle había fabricado en la gente de las tinieblas, antes de que Dios les mezclara su luz, no tenían esa concordia de miembros que tanto alaba el Apóstol: si allí la cabeza diría a los pies, o el ojo a la mano, "No te necesito". Nunca dijeron esto, ni pudieron decirlo: pues les atribuyen tales actos y obras; reptaban, caminaban, nadaban, volaban, cada uno según su especie; también veían, oían, y percibían con los demás sentidos, nutrían y cuidaban sus cuerpos con alimentos y temperamentos adecuados. De aquí también provenía la fecundidad de la prole: pues incluso les atribuyen matrimonios. Ciertamente, todas estas cosas que Maniqueo vitupera como obras de Hyle, no pueden hacerse sin la concordia de miembros que el Apóstol alaba y asigna a Dios. ¿Aún dudan quién debe ser seguido y quién debe ser anatematizado? ¿Qué, que había allí algunos que incluso hablaban, de modo que al predicarles, todos los reptiles, cuadrúpedos, aves, y nadadores, escuchaban, entendían, consentían? Maravillosa y completamente divina elocuencia; y no habían escuchado a ningún gramático o retórico, ni aprendido esto entre lágrimas de varas y palos. Sin duda, este Fausto, para hablar con elocuencia de estas vanidades, incluso tardíamente se acercó a la disciplina de hacer discursos; y aunque era agudo de ingenio, sin embargo, se rompió el estómago leyendo, de modo que tan pocos le prestaban atención al hablar. ¡Oh miserable, que nació en esta luz, y no en aquellas tinieblas! pues allí, al predicar contra la luz, todo bípedo, todo múltipede, incluso toda serpiente desde el dragón hasta el caracol, lo escucharía con gusto, obedecería con alegría: pero aquí, al disputar contra las tinieblas, más elocuente que docto, muchos lo llamaban seductor perversísimo: entre los pocos maniqueos que aplaudían como a un gran maestro, ningún animal le asentía, ni siquiera su caballo sabía algo de esa doctrina, como si a todos los animales se les hubiera concretado una parte divina para que se volvieran estúpidos. ¿Qué es esto, pregunto? Despierten alguna vez, miserables, y comparen en su fábula el tiempo anterior de todos los seres animados y el presente, entonces en su tierra, ahora en este mundo; entonces los cuerpos eran firmes, ahora son débiles, entonces la agudeza de los ojos para ver con deleite invadía la región de Dios, ahora tan embotada, que se aparta de los rayos del sol; entonces las mentes de los animales estaban aumentadas para entender el discurso del predicador, ahora son torpes y completamente ajenas a tal capacidad; entonces una elocuencia natural tan grande y poderosa, ahora con tanto estudio y trabajo apenas pequeña y exigua. ¡Oh cuán grandes bienes perdió la gente de las tinieblas con la mezcla del bien!

CAPÍTULO XI.

Este mismo Fausto, en este mismo discurso al que ahora respondo, pareció oponer elegantemente muchas cosas contrarias a sí mismo, salud y enfermedad, abundancia y escasez, blanco y negro, caliente y frío, dulce y amargo: en las cuales omito decir algo sobre

el blanco y el negro: o si hay algún momento de bien y mal en los colores, que digan que el blanco pertenece a Dios, y el negro a Hyle; ya que afirman que Hyle creó todas las especies de aves, si Dios roció el color blanco en sus plumas, ¿dónde se escondían los cuervos cuando los cisnes fueron bañados en blancura? Tampoco es necesario discutir sobre el calor y el frío: pues ambos, aplicados con moderación, son saludables, pero intemperadamente, son perniciosos. Veamos lo demás. El bien y el mal, que quizás debió poner primero entre estas contrariedades, parece haberlo puesto de tal manera que quería que se entendieran como generales, es decir, que a lo bueno pertenezca la salud, la abundancia, el blanco, el calor, lo dulce; y al mal, la enfermedad, la escasez, el negro, el frío, lo amargo: quien pueda, vea cuán imprudente e inconsideradamente. Pero para que no se piense que calumnio al hombre, no objecaré nada sobre el blanco y el negro, el calor y el frío, lo dulce y lo amargo, la salud y la enfermedad. Si el blanco y lo dulce son dos bienes, pero el negro y lo amargo son dos males, ¿cómo es que la uva madura, y toda aceituna al oscurecerse se endulza, es decir, al tener más de lo malo se vuelve mejor? Asimismo, si el calor y la salud son dos bienes, pero el frío y la enfermedad son dos males, ¿por qué al calentarse los cuerpos enferman? ¿Acaso se enferman estando sanos? Por tanto, no objecaré estas cosas, que quizás no mencionó con cautela, o que mencionó como cualquier contrariedad, más que como bienes y males: especialmente porque nunca dijeron que el fuego de la gente de las tinieblas fuera frío, sino que su calor era ciertamente malo.

CAPÍTULO XII.

Pero para omitir estas cosas, veamos aquellas que mencionó como bienes en estas contrariedades, de modo que no quiere que se dude de la salud, la abundancia, la dulzura. ¿Acaso en aquella gente no había salud de los cuerpos, en la que podían nacer, crecer, engendrar, y perdurar esos animales, de modo que, según sus desvaríos, algunos de ellos, capturados y llevados al cielo estando preñados, y no siquiera a término completo, sino fetos abortivos cayendo desde tan alto a la tierra, pudieron vivir y crecer, y propagar estas innumerables especies de carnes que ahora existen? ¿O no había abundancia allí, donde los árboles no solo podían nacer en aguas y vientos, sino también en fuego y humo, y enriquecerse con tanta fecundidad, que de sus frutos se engendraban animales de cada especie, y alimentados y nutridos por la fertilidad de esos árboles se conservaban, cuya abundancia testificaba también la alegría de la fecundidad de la prole: especialmente donde no había labor de agricultura, ni intemperie de verano e invierno; pues el sol no giraba allí, para que los años transcurrieran con tiempos alternos? Por tanto, había una fertilidad perpetua de árboles, a los que el elemento y alimento de su especie, así como asistía para engendrar, así también para fructificar perpetuamente, y nunca hacía faltar los frutos: como vemos que los árboles de cítricos producen flores y frutos todo el año, si se riegan continuamente. Por tanto, había allí gran abundancia, y gran seguridad de tenerla: pues no se temía el granizo, donde no había cobradores de luz, que ustedes fabulan que los truenos conmueven.

CAPÍTULO XIII.

Si no tuvieran alimentos dulces y agradables, nunca los desearían, nunca nutrirían sus cuerpos con ellos. Pues así es la cosa, que según la congruencia de cada cuerpo, el alimento agrada o desagrade. Si agrada, se dice dulce o agradable; si desagrade, amargo, áspero, o rechazable por alguna insipidez. ¿No somos nosotros mismos los hombres así, que a menudo uno desea un alimento que otro detesta; ya sea por la temperancia de la naturaleza, por el uso de la costumbre, o por la afección de la salud? Cuánto más pueden los cuerpos de animales de género muy diverso tener aquello agradable, que para nosotros es amargo. ¿O de otro modo las cabras se colgarían para roer el acebuche? Pues así como para algunos enfermos la miel es

amarga, así para la naturaleza de ese ganado el acebuche es agradable. Así se insinúa a los prudentes examinadores de las cosas el orden de lo que vale, cuando se aplican y devuelven las cosas propias a cada uno; y cuán grande es este bien desde lo más bajo hasta lo más alto, desde lo corporal hasta lo espiritual. Por tanto, en la gente de las tinieblas, cuando un animal de algún elemento se alimentaba con el alimento que nacía en su elemento, sin duda la congruencia misma hacía la dulzura: pero si caía en el alimento de otro elemento, la incongruencia misma causaba ofensa al sentido del gusto: esta ofensa o amargura o aspereza o insipidez o cualquier otra cosa, o si es tan excesiva, que por fuerza ajena rompe la estructura y concordia del cuerpo, y así lo destruye, o le quita fuerzas, también se llama veneno, no sino por incongruencia, lo que para otro género es alimento por congruencia: como el pan, que es nuestro alimento diario, si lo toma un halcón, muere; y nosotros, si tomamos eléboro, que muchos ganados comen; aunque de esa hierba hay una medida que aplicada es también medicina. Si Fausto supiera o considerara esto, no pondría el veneno y el antídoto como ejemplo de dos naturalezas de mal y bien, como si Dios fuera el antídoto, y Hyle el veneno: cuando la misma cosa y la misma naturaleza, ahora tomada congruentemente, ahora incongruentemente, o aplicada, o beneficia, o daña. Por tanto, según su fábula, se puede decir que su dios fue veneno para la gente de las tinieblas, cuyos cuerpos tan firmes corrompió de tal manera, que los hizo debilísimos: pero porque también la luz misma fue capturada, oprimida, corrompida, fueron veneno entre sí.

CAPÍTULO XIV.

¿Por qué no dicen, pues, que estas son dos cosas buenas o dos malas, o más bien tanto dos buenas como dos malas; dos buenas en sí mismas, dos malas entre sí? Después, si es necesario, buscaremos cuál de ellas es mejor o peor: por ahora, porque eran dos cosas buenas en sí mismas, se considera así: Dios reinaba en su tierra, y Hyle reinaba en la suya. Salud de los que reinaban tanto allí como aquí: abundancia de frutos tanto allí como aquí: fecundidad de la prole en ambos lugares: dulzura de los placeres propios en ambos. Pero esa gente, dicen, excepto en lo que era mala para la luz vecina, también era mala en sí misma. Por ahora he dicho muchos de sus bienes, si ustedes pueden mostrar sus males, serán dos reinos buenos, pero aquel mejor, donde no había mal alguno: ¿cuáles, pues, dicen que eran los males de este? Se devastaban, dicen, mutuamente se herían, mataban, consumían. Si solo se dedicaran a esto, ¿cómo se engendrarían allí tantas multitudes, se nutrirían, se perfeccionarían? Por tanto, había allí también descanso y paz. Sin embargo, admitamos que aquel reino era mejor, donde no había discordia: pero estas dos cosas buenas las diría mucho más adecuadamente, que una buena y otra mala; para que aquella sea mejor, donde ni individualmente se dañaban a sí mismos, ni entre sí; pero esta inferior buena, donde aunque se adversaran entre sí, cada animal, sin embargo, protegía su salud, integridad y naturaleza. Sin embargo, al menos ese príncipe de las tinieblas puede compararse con su dios, a quien nadie resistía, a quien reinando todo servía, a quien predicando todo seguía; lo cual no podría hacerse sin gran paz y concordia. Pues allí son felices los reinos, donde todos obedecen a los reyes con pleno consenso. A esto se añade, que a ese príncipe no solo le estaban sometidos los de su género, es decir, los bípedos, que ustedes llaman padres de los hombres, sino también todos los demás géneros de animales, y se convertían a su voluntad, haciendo lo que ordenaba, creyendo lo que persuadía. Diciendo esto, ¿acaso creen que los corazones de los hombres son tan sordos, que esperan que ustedes nombren a otro dios, que ven claramente y abiertamente descrito? Pues si las fuerzas de este príncipe podían esto, gran poder; si honor, gran claridad; si amor, gran concordia; si temor, gran disciplina. En todos estos bienes, si había algunos males, ¿acaso por eso ya debe llamarse naturaleza mala, sino por aquellos que no saben lo que dicen? Por otra parte, si piensan que es naturaleza mala porque no solo era mala para otra

naturaleza, sino que también tenía mal en sí misma; ¿no consideran un mal la dura necesidad, que sufría su dios antes de la mezcla de la naturaleza contraria, para tener que luchar con ella, y enviar sus miembros a sus fauces para ser oprimidos de tal manera, que no pudiera ser purgada completamente? He aquí que había también en ella un gran mal, antes de que se le mezclara lo que ustedes dicen que es el único mal. O bien, ¿acaso no podía ser dañada y corrompida por la gente de las tinieblas, y sufría esa necesidad por su propia necesidad; o si su sustancia podía ser corrompida, no adoran a un Dios incorruptible, como predica el Apóstol (I Tim. I, 17). Entonces, ¿qué? ¿y esa corruptibilidad, que aunque aún no se corrompía esa naturaleza, pero que sin embargo podía ser corrompida, no les parece un mal en su dios?

CAPÍTULO XV.

También, ¿quién no ve que o no había presciencia allí; donde es de ustedes pensar ya, si no es ningún defecto de Dios carecer de presciencia, y no saber en absoluto lo que se avecina: o si había presciencia allí, no podía haber seguridad, sino temor eterno; y ciertamente reconocen cuán grande mal es esto. ¿O no temía, que ya ya llegara el tiempo, en que sus miembros fueran devastados y contaminados en aquella batalla, de modo que apenas con tanto trabajo, y sin embargo no completamente, fueran liberados y purificados? Pero si esto no le concernía a él, lo cual ciertamente ven cuán duramente se dice; ciertamente sus miembros mismos, que aquí iban a sufrir tantos males, sin duda temían. ¿O no sabían esto futuro? Entonces, a alguna parte de la sustancia de su dios le faltó ciertamente la presciencia. Enumeren los males en su sumo bien. ¿O acaso piensan que no es un mal la dura necesidad, que sufría su dios antes de la mezcla de la naturaleza contraria, para tener que luchar con ella, y enviar sus miembros a sus fauces para ser oprimidos de tal manera, que no pudiera ser purgada completamente? He aquí que había también en ella un gran mal, antes de que se le mezclara lo que ustedes dicen que es el único mal. O bien, ¿acaso no podía ser dañada y corrompida por la gente de las tinieblas, y sufría esa necesidad por su propia necesidad; o si su sustancia podía ser corrompida, no adoran a un Dios incorruptible, como predica el Apóstol (I Tim. I, 17). Entonces, ¿qué? ¿y esa corruptibilidad, que aunque aún no se corrompía esa naturaleza, pero que sin embargo podía ser corrompida, no les parece un mal en su dios?

CAPÍTULO XVI.

¿Acaso allí donde no había caridad, no existía compasión fraterna, especialmente por aquellos que sufrían castigos eternos sin haber cometido pecado alguno? ¿Y qué hay de aquellas almas destinadas a ser atadas en un globo, no eran también miembros de vuestro dios? ¿No es acaso una sola especie y una sola sustancia? Al menos, si ellas preveían su futuro vínculo eterno, ciertamente temían y se afligían. O si no lo sabían, una parte de vuestro dios era previsor y otra imprudente: ¿cómo entonces es una y la misma sustancia? Por tanto, si allí existían tantos males antes de que hubiera mezcla con el mal ajeno, ¿de qué os jactáis de aquel bien puro, simple y supremo? Así que incluso entre esas dos naturalezas, debéis admitir dos bienes o dos males. Os concedemos, si decís dos males, que digáis cuál de ellos es peor: si decís dos bienes, decid cuál es mejor, y luego se considerará con más detalle; siempre y cuando se elimine vuestro error de afirmar dos principios de dos naturalezas, una buena y otra mala; y claramente dos dioses, uno bueno y otro malo. Ahora bien, si algo es malo porque daña a otro, estas cosas se dañaron mutuamente: una parte fue más perversa porque primero codició lo ajeno. Una, por tanto, quiso infligir mal, la otra devolvió mal por mal: y no según la ley del talión, como ojo por ojo (Éxodo XXI, 24), que soléis criticar imprudentemente, sino mucho más gravemente. Elegid entonces cuál consideraréis peor, si la que primero quiso dañar, o la que quiso y pudo dañar más. Esta deseó disfrutar de la luz

según su medida; aquella la erradicó por completo. Si esta hubiera logrado lo que deseaba, ciertamente no se habría perjudicado a sí misma: pero aquella, al querer destruir completamente la adversidad hostil, también dañó gravemente a su propia parte. Como es bien conocida aquella sentencia furiosa, y consignada a la memoria de ciertas letras: "Perecen los amigos, con tal de que los enemigos perezcan también" (Cicerón, Pro Rege Deiotaro). Pues una parte de vuestro dios fue enviada a una contaminación inexpiable, para que sirviera de cobertura al globo donde el enemigo vivo será sepultado eternamente: tanto será temido incluso vencido, tanto aterrará encerrado, que la miseria eterna de la parte de vuestro dios proporcionará al resto del dios una seguridad cualquiera. ¡Oh, gran inocencia de bondad! He aquí que vuestro dios hará lo mismo que acusáis horriblemente a la gente de las tinieblas, que daña tanto a los suyos como a los ajenos. Lo mismo se acusa en vuestro dios, en ese globo extremo donde se encierra al enemigo y se aflige al ciudadano: más aún, supera en dañar más, tanto a los ajenos como a los suyos, esa parte que decís que es dios. Pues Hyle no quiso erradicar el reino ajeno, sino mantenerlo; y aunque consumiendo a algunos de los suyos por otros de los suyos, los transformaba nuevamente en otras formas, para que muriendo y renaciendo al menos por intervalos de tiempo disfrutaran de la alegría de su vida: pero Dios, tal como lo describís omnipotente y óptimo, erradica eternamente a los ajenos y condena a los suyos: y lo que se cree con una demencia más admirable, Hyle daña a sus criaturas en su lucha, Dios castiga a sus miembros en su victoria. ¿Qué es esto, hombres vanos? ¿Acaso no recordáis las palabras de Fausto sobre Dios como antídoto, y Hyle como veneno? He aquí que vuestro antídoto daña más que el veneno. ¿Acaso Hyle encerraría a Dios en un globo tan horrendo eternamente, o afligiría sus entrañas? Y lo que es más criminal, calumnia a esos mismos restos, para que no parezca que ha fallado, ya que no pudo purificarlos. Pues Maniqueo dice en la Epístola del Fundamento, que esas almas son dignas de tal castigo porque se permitieron errar de su naturaleza luminosa anterior, y se convirtieron en enemigas de la luz santa cuando él las envió a ese error, en el que se oscurecieron tanto que la luz se convirtió en enemiga de la luz. Si las envió contra su voluntad, fue injusto al forzarlas; si voluntariamente, ingrato al condenarlas. Si pudieron prever que serían enemigas de su origen, y antes de la guerra fueron torturadas por el miedo, y en la guerra manchadas inexpiablemente, y después de la guerra condenadas eternamente, nunca serán bienaventuradas. Pero si no pudieron preverlo, y antes de la guerra fueron imprudentes, y en la guerra inválidas, y después de la guerra miserables, nunca serán divinas. Y ciertamente lo que ellas son, eso es Dios, según la unidad de sustancia. ¿Acaso pensáis que no os dais cuenta de cuán brutalmente blasfemáis? Y sin embargo, a veces queriendo defender la bondad de Dios, decís que incluso a Hyle le prestáis algo bueno, para que no se ensañe encerrada en sí misma. ¿Tendrá entonces algo bueno, cuando no haya ningún bien mezclado con ella? ¿O tal vez como Dios antes de la guerra tenía el mal de la necesidad sin mezcla de mal, así Hyle después de la guerra tendrá el bien de la cesación sin mezcla de bien? Decid entonces dos males, pero uno peor que el otro: o dos no sumos bienes, pero uno mejor que el otro; de tal manera que lo que es mejor, eso digáis que es más miserable: pues si ese será el resultado de aquella gran guerra, que superada Hyle por su propia devastación y con los miembros de Dios fijados en el globo, se preste algo bueno a los enemigos, y tanto mal se inflija a los ciudadanos; pensad quién habrá vencido. Pero evidentemente Hyle es el veneno, que pudo formar, afirmar, nutrir, y vigorizar a sus criaturas: y Dios es el antídoto, que pudo condenar, pero no pudo sanar a sus miembros. Insensatos, ni aquella es Hyle, ni aquel es Dios. Así deliran, quienes no soportando la sana doctrina, se vuelven a fábulas (II Tim. IV, 3).

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fausto dijo: ¿Por qué blasfemáis contra la Ley y los Profetas? No somos en absoluto enemigos de la Ley y los Profetas, ni de nadie en absoluto: tanto que si ahora por vosotros se nos permitiera, estaríamos dispuestos a admitir que todo lo que se ha escrito sobre ellos es falso, y por lo cual parecen odiosos para nosotros. Pero vosotros os oponéis, y al asentir a vuestros escritores, tal vez lleváis a los Profetas inocentes al crimen, infamáis a los Patriarcas, deshonráis la Ley, y lo que es más insensato, queréis que vuestros escritores no sean mentirosos, y sin embargo religiosos y santos aquellos cuyas fechorías y vidas torpes han escrito. Lo cual no puede ser cierto al mismo tiempo: pues es necesario que o estos fueran malos, o aquellos mentirosos y falsos:

CAPÍTULO II.

Vamos, si os place, condenemos a los escritores con un consenso común, y asumamos la defensa de la Ley y los Profetas. Pero ahora yo digo la Ley, no la circuncisión, ni los sábados, y sacrificios, y otras cosas semejantes de los judíos; sino la que verdaderamente es Ley, es decir, No matarás, No cometerás adulterio, No perjurarás (Éxodo XX, 13, 14, 16), y demás. A la cual, porque desde hace tiempo está difamada entre las naciones, es decir, desde que la creación de este mundo existe, los escritores hebreos irrumpieron, y como lepra y sarna, mezclaron estos sus preceptos abominables y más viles, que se refieren a la circuncisión y sacrificios, vamos, si eres ciertamente amigo de la Ley, condena conmigo a aquellos que se atrevieron a violarla con esta mezcla de preceptos inconvenientes: preceptos que, si no supierais que no son la Ley, ni parte de la Ley, ciertamente o intentaríais observarlos profesando justicia, o confesaríais ante vosotros mismos no ser justos. Ahora bien, de aquellos mandamientos que prohíben crímenes, tenéis un cuidado solícito deseando vivir rectamente; y de aquellos que pertenecen a los judíos, no se hace mención alguna: lo cual, ¿cómo se os excusará, si no se demuestra que no es la misma Ley? Finalmente, si te indignas, considerando un insulto intolerable, si alguien te llama negligente de este precepto, donde se dice, No matarás, o, No cometerás adulterio; así también te enfurecerías, si alguien te llamara incircunciso, y negligente del sábado; sin duda se entendería que ambos son ley y mandato de Dios. Ahora bien, de aquellos superiores buscas alabanza y gloria, si los conservas; y de estos no temes ninguna pérdida de ese mismo bien, porque los desprecias. Por lo tanto, está claro que estos, como dije, no son la Ley, sino más bien manchas y sarna de la Ley: que si son condenados por nosotros, son condenados como falsos, no como legítimos. Ni este insulto toca a la Ley, ni al autor de la Ley, Dios, sino a aquellos que inscribieron a él y a ella en sus religiones impías. Pero a veces, cuando atacamos el nombre reverente de la Ley, mientras perseguimos los preceptos judíos, es por vuestra culpa, que no queréis que haya distinción entre las instituciones hebreas y la Ley: de lo contrario, devolved a la Ley su propia dignidad, cortad las impurezas israelitas de la misma como verrugas, imputad el crimen de su deformación a los escritores, y enseguida veréis que fuimos enemigos del judaísmo, no de la Ley. El nombre de la Ley es lo que os engaña: porque no sabéis a quién debe ser justamente atribuido.

CAPÍTULO III.

Además, no veo por qué pensáis que blasfemamos contra vuestros Profetas y Patriarcas. Pues si estos escritos hubieran sido dictados o escritos por nosotros, que se leen que cometieron, vuestra acusación contra nosotros no sería irracional: pero cuando o ellos mismos escribieron lo mismo contra la norma de la honestidad, buscando gloria de sus vicios, o por sus compañeros y semejantes, ¿cuál es nuestra culpa en esto? Pues condenamos y detestamos los actos inicuos que ellos mismos confesaron voluntariamente de sí mismos, sin ser interrogados: o si esto fue una invención maliciosa de los escritores contra ellos, que se

castigue a los escritores, que se condenen sus libros, que se purgue el nombre profético de la fama indigna, que se devuelva a los Patriarcas la autoridad de su gravedad y censura.

CAPÍTULO IV.

Y ciertamente pudo haber sucedido que, así como los mismos impúdicamente inventaron tanto sobre Dios, a veces diciendo que estuvo en tinieblas desde la eternidad, y luego maravillado cuando vio la luz; a veces ignorante del futuro, para que mandara a Adán un precepto que no iba a guardar; a veces también imprudente, para que no pudiera ver a Adán escondido en un rincón del paraíso después de conocer su desnudez; a veces envidioso y temeroso, no fuera que si su hombre comiera del árbol de la vida, viviera eternamente; a veces también deseando sangre y grasa de todo tipo de sacrificios, y celoso si se ofrecieran a otros lo mismo que a él; y a veces enojado con los ajenos, a veces también con los suyos; a veces matando a miles de hombres por faltas leves o ninguna; a veces también amenazando que vendría con espada, y no perdonaría a nadie, ni justo, ni pecador: pudo, digo, haber sucedido que también mintieran sobre los hombres de Dios, quienes con tanta insolencia mintieron sobre el mismo Dios. Pero consentid con nosotros, para que los escritores lleven el crimen, si queréis liberar a los Profetas del mismo.

CAPÍTULO V.

De lo contrario, ni escribimos sobre Abraham que, ardiendo con una insana pasión por tener descendencia, y no creyendo en Dios, quien ya se lo había prometido de Sara su esposa, se revolcó con una concubina bajo la conciencia (lo que es más deshonesto) de su esposa (Génesis XVI, 2-4). Ni que, siendo el más infame mercader de su matrimonio, por causa de la avaricia y el estómago, mintió a dos reyes, Abimelec y Faraón, en diferentes tiempos, diciendo que Sara, su esposa, era su hermana (Génesis XX, 2, y XII, 13), porque era muy hermosa, y la vendió para concubinato. Ni que Lot, su hermano, liberado de Sodoma, se acostó con sus dos hijas en la montaña (Génesis XIX, 33, 35); quien habría ardido más honestamente en Sodoma por un rayo, que en la montaña ardió con la llama de una lujuria prohibida. Ni que Isaac hizo lo mismo que su padre y cosas semejantes, respecto a Rebeca su esposa, fingiendo también él que era su hermana (Génesis XXVI, 7), para vivir deshonestamente por ella. Ni que Jacob, su hijo, entre Raquel y Lea, dos hermanas, y las siervas de cada una de ellas, marido de cuatro esposas, vagó como un macho cabrío; para que hubiera diariamente entre cuatro concubinas una competencia sobre quién lo llevaría primero al lecho al regresar del campo, y a veces incluso lo alquilaban entre ellas por la noche (Génesis XXIX y XXX). También que Judá, su hijo, se acostó con Tamar, su nuera, después de los matrimonios de uno y otro hijo, engañado, como dicen, por el atuendo de prostitución (Génesis XXXVIII), en el que se había transformado ella misma, que bien sabía que su suegro siempre había tenido comercio con este tipo de mujeres. Ni que David, después de tantas esposas, cometió adulterio con la mujer de Urías, su soldado, y lo hizo perecer en la guerra (II Samuel XI, 4, 15). Ni que Salomón, su hijo, tuvo trescientas esposas y setecientas concubinas, y las hijas de los reyes sin número (I Reyes XI, 1-3). Ni que Oseas, el primero de los profetas, tuvo hijos con una mujer adúltera: a cuya vileza, para que sea peor, se le atribuye también el consejo de Dios (Oseas I, 2, 3). Ni que Moisés cometió homicidio (Éxodo II, 12), que despojó a Egipto (Éxodo XII, 35, 36), que hizo guerras, que mandó e hizo muchas cosas crueles (Éxodo XVII, 9, etc.), que ni siquiera él estuvo contento con un solo matrimonio. Estas cosas, digo, y otras semejantes, que se encuentran en sus diversos libros, no fueron escritas ni dictadas por nosotros: sino que o son falsos inventos de vuestros escritores, o verdaderos crímenes de los padres. Elegid lo que queráis: pues nosotros, o a estos, o a

aquellos, debemos detestar igualmente, porque odiamos tanto a los malos y viles, como a los mentirosos.

CAPÍTULO VI.

Agustín respondió: Ni entendéis los sacramentos de la ley, ni los hechos de los Profetas; porque no sabéis pensar ni en la santidad ni en la justicia. Pero sobre los preceptos y sacramentos del Antiguo Testamento ya hemos dicho mucho y a menudo, para que se entienda que allí había algo que por la gracia del Nuevo Testamento se daría para ser cumplido haciendo, y algo que por la verdad revelada se mostraría cumplido removiendo: cuando se recibiera el precepto de la Ley para ser cumplido con el amor de Dios y del prójimo, y con la cesación de la circuncisión y otros sacramentos de aquel tiempo se mostrara que la promesa de la Ley había sido cumplida. Pues el precepto hacía culpables para desear la salvación, pero la promesa celebraba figuras para esperar al Salvador: para que por la venida del Nuevo Testamento, aquellos fueran liberados por la gracia dada, y aquellas fueran quitadas por la verdad devuelta. Porque la misma Ley que fue dada por Moisés, la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I, 17): gracia, ciertamente, para que dada la indulgencia de los pecados, lo que fue precepto se guardara por el don de Dios, y verdad, para que quitada la observancia de las sombras, lo que fue prometido se presentara por la fidelidad de Dios.

CAPÍTULO VII.

Por tanto, estos que dicen que las figuras promisorias de los sacramentos son lepra o sarna o verrugas de la Ley, son semejantes a los hombres a quienes desagradan las cosas cuya utilidad no comprenden: como si un sordo, viendo moverse los labios de los que hablan, criticara esos movimientos de la boca como superfluos y deformes; o si un ciego, al ser alabada una casa para él, quisiera probar lo que se dice palpando, y al recorrer con la mano la suavidad de las paredes, se encontrara con las ventanas, y las criticara como inconvenientes a esa igualdad, y las considerara cavidades ruinosas.

CAPÍTULO VIII.

Ahora bien, los hechos de los Profetas, incluso ellos mismos fueron proféticos y místicos, ¿qué haré para que lo entiendan aquellos cuyas mentes están ocupadas por la vanidad, de modo que piensan que creemos que incluso Dios estuvo alguna vez en tinieblas, porque está escrito, "Las tinieblas estaban sobre el abismo" (Génesis I, 2): como si dijéramos que el abismo es Dios, donde estaban las tinieblas, porque allí no había luz, antes de que Dios hiciera la luz con su palabra? Pero porque no distinguen entre la luz que es Dios mismo, y la luz que Dios hizo, por eso piensan que es consecuente que él estuviera en tinieblas antes de hacer la luz, cuando las tinieblas estaban sobre el abismo, antes de que dijera, "Hágase la luz"; y se hizo la luz (Génesis I, 3). Pues así como en el Nuevo Testamento, ambas cosas se dicen de él; porque leemos allí, "Dios es luz, y en él no hay tinieblas" (I Juan I, 5); y también leemos allí, "Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, resplandeció en nuestros corazones" (II Corintios IV, 6): así también en aquellos libros antiguos, se dice de la Sabiduría de Dios, que ciertamente no fue hecha, porque por ella fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3); y de una cierta luz, que no puede hacerse sino por ella, se dice de esta manera allí, "Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, iluminarás mis tinieblas" (Salmo XVII, 29). Así como desde el principio, cuando las tinieblas estaban sobre el abismo, Dios dijo, "Hágase la luz"; y se hizo la luz: que no habría hecho, si no fuera por la luz que da luz, que es Dios.

CAPÍTULO IX.

Así como Dios se basta a sí mismo para la eterna bienaventuranza, y de esta abundancia hace bienaventurados a otros; así también se basta a sí mismo para la luz eterna, y de esta abundancia hace iluminados a otros: no deseando el bien de nadie, toda buena voluntad disfruta con Él; no temiendo el mal de nadie, toda mala voluntad se aparta de Él: porque ni lo aumenta quien es bienaventurado por su don, ni lo aterra quien es miserable por su juicio. A un Dios así, maniqueos, no adoráis; os habéis alejado mucho de Él, mientras seguís vuestras fantasías, que vuestro corazón vano y errante, absorbiendo esta luz de los cuerpos celestiales a través de los ojos de la carne, os ha dilatado y variado con múltiples ficciones. Esta luz, aunque también fue hecha por Dios, es incomparablemente inferior incluso a aquella luz que Dios hizo en las mentes de los piadosos, a quienes ilumina desde las tinieblas, así como justifica desde la impiedad: ¿cuánto más a aquella luz inaccesible que hace todas estas cosas? No es inaccesible para todos: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Dios es luz, y en Él no hay tinieblas: los impíos no verán la luz, como dice Isaías (Is. LIX, 9, 10). Por tanto, es inaccesible para aquellos tales la luz que ilumina, que no solo hizo aquella luz espiritual en las mentes de los santos, sino también esta luz corporal: no para prohibir a los malos acercarse a ella, sino para hacerla surgir sobre buenos y malos (Mat. V, 45).

CAPÍTULO X.

Cuando, por tanto, había tinieblas sobre el abismo, aquel que era luz dijo: Hágase la luz. Es manifiesto qué luz hizo la luz; pues está claramente puesto: Dijo Dios: sin embargo, qué luz hizo no es tan manifiesto. Si hizo aquella que está en las mentes de los ángeles, es decir, los mismos espíritus racionales, o alguna luz corporal, también alejada de nuestras vistas en los lugares sublimes de este mundo, es discutido concordemente entre los estudiosos de las Escrituras divinas. Pues el cuarto día hizo estos visibles luminarias del cielo. Si fueron hechas junto con su luz, o encendidas de alguna manera a partir de aquella que ya había sido hecha, igualmente se pregunta. Cualquiera que sea la luz que fue hecha cuando, habiendo tinieblas sobre el abismo, Dios dijo: Hágase la luz; sin embargo, no duda de que la luz creada fue hecha por la luz creadora, quienquiera que leyendo piadosamente las santas Escrituras sea digno de entender.

CAPÍTULO XI.

No debe pensarse, por tanto, que Dios, antes de hacer la luz, habitaba en tinieblas, porque el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (Gen. I, 2), habiéndose dicho antes: Las tinieblas estaban sobre el abismo. Pues el abismo es la profundidad inestimable de las aguas. De donde puede ocurrir a la prudencia carnal, como si en esas tinieblas que estaban sobre el abismo habitara el Espíritu de Dios, de quien se dijo: Se movía sobre las aguas; no entendiendo cómo la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5), a menos que por la palabra de Dios se hagan luz, y se les diga: Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Si las mentes racionales, por voluntad impía, no pueden comprender la luz de la sabiduría de Dios, que nunca está ausente, porque están lejos de ella por afecto, no por lugar; ¿qué maravilla si el Espíritu de Dios, que se movía sobre las aguas, también se movía sobre las tinieblas de las aguas, con una lejanía incomparable, pero de sustancia, no de lugares?

CAPÍTULO XII.

Sé bien cuán sordos son a quienes canto estas cosas: sin embargo, no pierdo la esperanza de que la verdad de mi canto encontrará su oído, que el Señor abrirá, de quien son verdaderas las cosas que decimos. Pero estos, tales jueces de las Escrituras divinas sufrimos, a quienes incluso desagrada que sus obras hayan complacido a Dios, a quien reprenden como si se hubiera maravillado de una luz insólita, porque está escrito: Y vio Dios la luz, que era buena (Gen. I, 4). Aprueba sus obras, porque le agradan las que hizo, y esto es ver que son buenas. Pues no se ve obligado a hacer algo contra su voluntad, para hacer lo que no le agrada; ni cae imprudente en algo que, al hacerlo, le desagrada. ¿Por qué no les desagrada a estos que nuestro Dios vio su obra, que era buena; cuando su dios, al sumergir sus miembros en tinieblas, puso un velo contra sí mismo? Pues no vio lo que hizo, porque era bueno: sino que no quiso ver, porque era malo.

CAPÍTULO XIII.

Fausto ciertamente dijo que nuestro Dios se maravilló, lo cual no está escrito: ni es en absoluto consecuente que cuando alguien ve que algo es bueno, también se diga que se maravilló. Pues muchas cosas buenas vemos sin maravillarnos, como si fueran más allá de nuestra expectativa; pero simplemente aprobamos que debieron ser así. Sin embargo, les mostramos, no en el Antiguo Testamento al que calumnian maliciosamente, sino en el Nuevo, que toman para engañar a los inexpertos, que Dios se maravilló. Pues confiesan que Cristo es Dios, y ponen esto en su trampa como un cebo dulcísimo, para atrapar a los devotos de Cristo. Dios, por tanto, se maravilló cuando Cristo se maravilló: pues así está escrito en el Evangelio, que al oír la fe de cierto centurión, se maravilló, y dijo a sus discípulos: En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel (Mat. VIII, 10). He aquí que, como pudimos, expusimos: Vio Dios que era bueno; y tal vez lo expongan mejor los mejores: que expongan también ellos por qué se maravilló Jesús, de lo que antes de que sucediera, lo sabía; y antes de que lo oyera, ciertamente lo conocía. Aunque hay una gran diferencia entre ver que algo es bueno, y también maravillarse: sin embargo, hay alguna similitud en esto, porque también Jesús se maravilló de la luz de la fe, que en el corazón de aquel centurión Él mismo había hecho, quien es la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9).

CAPÍTULO XIV.

Ciertamente, algún impío pagano podría calumniar y reprender en el Evangelio, como Fausto a Dios en el Antiguo Testamento. Pues diría que Cristo fue imprudente, no solo por esto, que se maravilló de la fe del centurión; sino también porque eligió a Judas entre sus discípulos, quien no guardaría sus mandamientos (Juan VI, 71): como este reprende, por qué se dio el precepto en el paraíso al hombre que no lo cumpliría (Gen. II, 16, 17, y III, 6). También culparía aquello, que no pudo saber quién lo tocó, cuando tocó el borde de su manto, quien sufría flujo de sangre: como este culpó a Dios por no saber dónde se escondía Adán. Creo que dijo: Adán, ¿dónde estás? (Gen. III, 9); como dijo Cristo: ¿Quién me tocó? (Luc. VIII, 44, 45). Diría también que era envidioso y temeroso, de que si entraran otras cinco vírgenes en su reino, vivirían eternamente; contra las cuales cerró de tal manera, que ni siquiera a las que golpeaban con misericordia les abrió (Mat. XXV, 11, 12), como olvidando lo que Él mismo había prometido, diciendo: Llamad, y se os abrirá (Mat. VII, 7): como este acusa a Dios de envidia y temor, porque no admitió al pecador a la vida eterna. Diría también que era ávido, no de sangre de animales, sino de hombres, porque dijo: Quien pierda su vida por mí, la encontrará en la vida eterna (Mat. X, 39): como este quiso calumniar sobre los sacrificios de

animales, en los cuales se prometía en figuras el sacrificio de sangre, por el cual fuimos redimidos. Reprendería también al celoso, porque cuando expulsó a los que compraban y vendían del templo azotando, el evangelista recordó que estaba escrito de él: El celo de tu casa me consume (Juan II, 15-17): como este acusó a Dios de celoso, porque prohibió sacrificar a otros. Diría que se enojaba con los suyos y con los extraños: con los suyos, porque dijo: El siervo que conoce la voluntad de su señor, y no hace lo que es digno, recibirá muchos azotes (Luc. XII, 47); con los extraños, porque dijo: Si alguien no os recibe, sacudid el polvo de vuestros pies: en verdad os digo, que será más tolerable para Sodoma en el día del juicio, que para esa ciudad (Mat. X, 14, 15): como este acusa a Dios de enojarse, ahora con los extraños, ahora con los suyos, a quienes ambos el apóstol menciona, diciendo: Porque todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán; y todos los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados (Rom. II, 12). Diría también que mataba y derramaba la sangre de muchos por delitos leves o nulos. Pues leve o nulo parecería a un pagano no tener en el banquete de bodas un vestido nupcial, por lo cual nuestro Rey en el Evangelio ordenó que el hombre fuera atado de manos y pies y arrojado a las tinieblas exteriores (Mat. XXII, 11-13); o no querer que Cristo reinara sobre él, por lo cual dijo: Pero aquellos mis enemigos que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí (Luc. XIX, 27): como este acusó a Dios en el Antiguo Testamento, que le pareció que por delitos leves o nulos, mataba a miles de hombres. Ahora bien, aquello que reprende Fausto, que Dios amenazara con venir con espada, con la cual no perdonaría ni al justo ni al pecador, ¿cómo lo reprendería aquel pagano, oyendo al apóstol Pablo decir de nuestro Dios: Que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32): oyendo también a Pedro, cuando hablaba de grandes tribulaciones y muertes de los santos, exhortando a soportar y diciendo: Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios: y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? Y si el justo con dificultad se salva, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío? (I Pedro IV, 17, 18). Pues, ¿qué más justo que el Unigénito, a quien sin embargo el Padre no perdonó? Y ¿qué más evidente, que ni a los justos perdona, corrigiéndolos con variedad de tribulaciones, cuando de esto se ha dicho claramente: Y si el justo con dificultad se salva? Pues no solo en el Antiguo Testamento está escrito: Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe (Prov. III, 12); y, Si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿por qué no soportaremos el mal? (Job II, 10); sino también en el Nuevo: Yo a quien amo, reprendo y castigo (Apoc. III, 19); y aquello: Porque si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor: pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo (I Cor. XI, 31, 32). Pero si el pagano en el Nuevo Testamento reprendiera tales cosas, como estos reprenden en el Antiguo, ¿no las asumirían también ellos para defenderlas? Si pudieran hacerlo, ¿con qué locura reprenden aquí tales cosas, como defienden allí? Si no pudieran, ¿por qué en uno solo, y no más bien en ambos Testamentos, lo que a los impíos no entendidos parece torcido, a los piadosos no entendidos debe creerse recto, pero oculto?

CAPÍTULO XV.

¿O acaso, lo que hemos sacado de semejante del Nuevo Testamento, también se atreven a decir que es falso y perverso, con ese privilegio suyo diabólico, que cualquier cosa que esté en el Evangelio o en las Epístolas canónicas, que crean que ayuda a su herejía, sostienen y persuaden que fue dicho por Cristo y los Apóstoles; pero cualquier cosa que de esos mismos códigos suene contra ellos, no dudan en decir con boca impúdica y sacrílega que fue introducida por falsificadores? A esta locura suya, que intenta extinguir y abolir la autoridad de todos los libros, ya he respondido no pocas cosas arriba, en la medida en que la razón de la obra emprendida parecía permitirlo.

CAPÍTULO XVI.

Ahora advierto esto, que cuando intentan cubrir sus insanas y sacrílegas fábulas con el manto del nombre cristiano, vean, sin embargo, que cuando disputan estas cosas contra las Escrituras cristianas, no solo defendemos la verdad de los códices divinos de ambos Testamentos contra los paganos, sino también contra los maniqueos. Y estas cosas, que Fausto ahora puso en su discurso como indignas de Dios de nuestras antiguas Escrituras, contra un pagano que reprendiera tales cosas en el discurso evangélico o apostólico, tal vez las defendería de tal manera, que recordaría cosas similares de sus autores, como hizo nuestro Pablo entre los atenienses (Hech. XVII, 28). Pues encontraría tal vez también en sus escritos, al Dios creador y hacedor del mundo, y al institutor de esta luz; quien, sin embargo, antes de crearla, no yacía en tinieblas: y que se alegró con su obra perfecta; lo cual ciertamente es más que, Vio que era bueno: y al legislador, que si el hombre lo siguiera, lo haría para su bien; si lo despreciara, para su mal. A quien no dirían ignorante del futuro, porque dio ley a futuros despreciadores. Pero que Dios envidiara a alguien, porque no permitiera que los malos fueran bienaventurados, si quisiera decirlo; encontraría sus libros llenos de esta materia referente a la providencia divina.

CAPÍTULO XVII.

En cuanto a los sacrificios, nada más me objetaría el pagano, sino por qué los reprendemos entre ellos, cuando en nuestros antiguos Libros se lee que nuestro Dios mandó ofrecer tales cosas. Aquí, tal vez disertando más ampliamente sobre el verdadero sacrificio, demostraría que no se debe sino al único verdadero Dios, lo que le ofreció un único verdadero Sacerdote, Mediador entre Dios y los hombres (I Tim. II, 5): cuyas figuras promisorias en las víctimas de animales debían celebrarse, por la recomendación de la futura carne y sangre, por la cual un único sacrificio se haría la remisión de los pecados contraídos de carne y sangre; que no poseerán el reino de Dios, porque la misma sustancia del cuerpo se cambiará en calidad celestial: lo que el fuego en el sacrificio significaba, como absorbiendo la muerte en victoria (I Cor. XV, 50-54). En aquel pueblo, por tanto, estas cosas se celebraron debidamente, cuyo reino y sacerdocio eran profecía del Rey y Sacerdote venidero para gobernar y consagrar a los fieles en todas las naciones, e introducirlos en el reino de los cielos y el santuario de los ángeles y la vida eterna. Por tanto, así como los hebreos celebraron las promesas religiosas de este verdadero sacrificio, así los paganos las imitaciones sacrílegas: porque lo que sacrifican los gentiles, dice el Apóstol, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios (I Cor. X, 20). Pues la inmolación de sangre es una cosa antigua, preanunciativa, testificando desde el principio del género humano la futura pasión del Mediador: pues se encuentra en las sagradas Escrituras que Abel fue el primero en ofrecerla (Gen. IV, 4). No es, por tanto, de extrañar, si los ángeles transgresores, cuyos dos mayores vicios son la soberbia y el engaño, volando por este aire, lo que sabían que se debía al único verdadero Dios, lo exigieron para sí de sus adoradores, de quienes querían ser considerados dioses; dando lugar a sí mismos por la vanidad del corazón humano: especialmente cuando por el deseo de los muertos se constituyeron imágenes, de donde surgió el uso de los ídolos (Sab. XIV, 15); y con mayor adulación se les otorgaban honores divinos como si hubieran sido recibidos en el cielo, por los cuales los demonios se ofrecían a ser adorados en la tierra, y exigían ser sacrificados por los engañados y perdidos. Por tanto, el sacrificio no solo cuando lo manda justamente el verdadero Dios, sino también cuando lo exige con soberbia el falso dios, muestra suficientemente a quién se debe. Estas cosas, si fueran más difíciles de creer para aquel pagano, también le persuadiría con la profecía, en la cual están escritas tan lejos antes, que ahora mostraría cumplidas. Y si también despreciara esto, también lo reconocería más bien, que me maravillaría: puesto que recordaría en la verdad de la misma profecía que no todos iban a creer.

CAPÍTULO XVIII.

Pero si me objetara el celoso Cristo o Dios de ambos Testamentos, y agitara la misma palabra, no mostraría otra cosa que ser ignorante o negligente de todas las letras. Pues cuando sus doctos distinguen entre voluntad y deseo, gozo y alegría, precaución y miedo, clemencia y misericordia, prudencia y astucia, confianza y audacia; y muchas cosas de este modo, de tal manera que en estas dos palabras, las que puse primero, las atribuyen a virtudes; pero las que puse después, a vicios: sin embargo, sus libros están llenos del abuso de estos nombres, que propiamente significan vicios, cuando también las virtudes se llaman así; cuando se pone deseo por voluntad, o alegría por gozo, o miedo por precaución, o misericordia por clemencia, o astucia por prudencia, o audacia por confianza. Y ¿quién puede recordar todo lo que el uso del lenguaje usurpa para una licencia similar? A esto se añade también la propiedad de cada lengua particular. Pues en las Escrituras eclesiásticas no recuerdo que la misericordia se ponga en vituperio. A lo cual también concuerda la costumbre del lenguaje cotidiano. Los griegos llaman con un solo nombre dos cosas cercanas, pero distintas, el trabajo y el dolor; nosotros las expresamos con nombres individuales: así como nosotros llamamos con un solo nombre la vida, ya sea según la cual decimos, Vive, lo que no está inanimado; o según la cual decimos, Es un hombre de buena vida: pero los griegos significan estas dos cosas con dos vocablos. Por lo cual puede suceder que, excepto el abuso de las palabras, que se extiende ampliamente en todas las lenguas, alguna propiedad también de la lengua hebrea ponga el celo en ambos; ya sea cuando el ánimo turbado por el adulterio de la esposa se consume, lo cual no puede caer en Dios; o cuando se aplica una diligente custodia para preservar la castidad conyugal, lo cual es útil para nosotros confesar que Dios hace, cuando habla a su pueblo como a una esposa, que no quiere que fornicque con muchos falsos dioses, no solo sin duda, sino también con acción de gracias. Esto también diría de la ira de Dios: pues Dios no se perturba cuando inflige ira; sino que la ira se pone por venganza, ya sea por abuso, o por alguna propiedad de la lengua precedente.

CAPÍTULO XIX.

De los miles de hombres muertos, no se sorprendería si no negara el juicio de Dios: lo cual ni los paganos niegan, quienes conceden que esta universidad es gobernada y administrada por la providencia de Dios desde lo más alto hasta lo más bajo. Y si también negara esto, sería convencido más fácilmente por la autoridad de los suyos, o un poco más tarde por la discusión de razones ciertas; o, como alguien demasiado duro y necio, sería dejado al juicio divino, que no creería que existe. Si mencionara expresamente los delitos leves o nulos por los cuales Dios habría matado a los hombres, mostraríamos que no son nulos ni leves: como el ejemplo que pusimos de la vestidura nupcial (Mat. XXII, 11-13), demostraríamos cuán grande es el pecado de acudir a las bodas sagradas buscando allí la gloria, no del esposo, sino la suya propia; o si acaso se encontrara que esa vestidura significa algo más con una mejor interpretación: o que ante los ojos del rey son muertos aquellos que no quisieron que él reinara sobre ellos (Luc. XIX, 27), tal vez no sería difícil mostrar con nuestro discurso que, así como no hay culpa en el hombre si no quiere que ningún hombre reine sobre él, tampoco hay culpa o es pequeña la culpa de no querer que reine sobre él aquel en cuyo único reino se vive correctamente, felizmente y para siempre.

CAPÍTULO XX.

Ahora, lo último que Fausto mencionó, atacando los Libros antiguos como si criticaran a Dios por amenazar con una espada que no perdona a nadie, ni al justo ni al pecador, si se explicara a un pagano cómo debe entenderse, tal vez no se opondría ni al Nuevo ni al Antiguo Testamento, y le agradaría la similitud evangélica, que a aquellos que quieren ser considerados cristianos o no les aparece como a ciegos, o les desagrada como a perversos. Pues el sumo agricultor de la vid (Juan XV, 1) prepara de manera diferente la hoz para las ramas fructíferas y para las infructuosas: sin embargo, no perdona ni a los buenos ni a los malos; a unos para ser purgados, a otros para ser cortados. Pues no hay hombre dotado de tanta justicia que no necesite la tentación de la tribulación, ya sea para perfeccionar, confirmar o probar la virtud: a menos que tal vez estos no cuenten a Pablo entre los justos, quien, aunque humildemente y con verdad confiesa sus pecados pasados, sin embargo, da gracias por haber sido justificado por la fe en Jesucristo (I Tim. I, 13). ¿Acaso le perdonaba aquel que los vanos no entienden cuando dice: No perdonaré, ni al justo ni al pecador? Escuchen, pues, a él mismo; Y para que no me exaltara por la grandeza de las revelaciones, se me dio un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetee: por lo cual tres veces rogué al Señor que lo apartara de mí, y me dijo: bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). He aquí que no perdonaba al justo, para perfeccionar su virtud en la debilidad, quien le dio un ángel de Satanás que lo abofetea: a menos que digan que se lo dio el diablo. ¿Acaso el diablo actuaba para que Pablo no se exaltara por la grandeza de las revelaciones, y para que su virtud se perfeccionara? ¿Quién diría esto? Por lo tanto, el justo fue entregado para ser abofeteado por el ángel de Satanás, por aquel que también entregaba a los injustos al mismo Satanás: de quienes dice lo mismo, A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). ¿Ya entienden cómo aquel de arriba no perdona, ni al justo ni al pecador? ¿O porque allí se mencionó la espada, se horrorizan más? Pues es diferente ser abofeteado que ser muerto. Como si en verdad no hubieran sido abatidos miles de mártires por diversos tipos de muertes, o como si los perseguidores realmente tuvieran esto en su poder, a menos que les fuera dado desde arriba por aquel que dijo: No perdonaré, ni al justo ni al pecador; cuando el mismo Señor de los mártires, a quien no perdonó a su propio Hijo (Rom. VIII, 32), dice claramente a Pilato: No tendrías poder sobre mí, si no te fuera dado desde arriba (Juan XIX, 11). Estas presiones y persecuciones de los justos, dice el mismo Pablo, son ejemplo del juicio de Dios (II Tes. I, 5). Esta sentencia es más ampliamente manifestada por el apóstol Pedro, como mencioné antes, donde dice que es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y si comienza, dice, por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? Y si el justo con dificultad se salva, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío? (I Pedro IV, 17, 18). De aquí se entiende cómo no se perdona a los impíos, como a las ramas cortadas para la combustión; cuando no se perdona a los justos para la perfección de la purificación. Pues el mismo Pedro testifica que estas cosas se hacen por la voluntad de aquel que en los Libros antiguos dice: No perdonaré, ni al justo ni al pecador. Pues él mismo dice: Es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere el Espíritu de Dios, que haciendo el mal (Id. III, 17). Por lo tanto, cuando sufren haciendo el bien por la voluntad del Espíritu de Dios, no se perdona a los justos; y cuando hacen el mal, no se perdona a los pecadores: sin embargo, ambas cosas se hacen según la voluntad de aquel que dice: No perdonaré, ni al justo ni al pecador; a este castigándolo como a un hijo, a aquel castigándolo como a un impío.

CAPÍTULO XXI.

He aquí que he mostrado, en la medida de lo posible, que no adoramos a un Dios que ha estado en tinieblas desde la eternidad; sino a aquel que es luz, y en él no hay tinieblas (I Juan I, 5), y que habita en sí mismo una luz inaccesible (I Tim. VI, 16), cuyo resplandor eterno es

la Sabiduría coeterna (Sab. VII, 26). Ni a un admirador de una luz inesperada: sino al creador de la luz hecha, para que subsistiera; aprobador, para que permaneciera. Ni ignorante del futuro: sino mandador del precepto, y condenador del delito; para que la venganza pronunciada justamente contra la desobediencia cohibiera a los presentes y atemorizara a los futuros. Ni imprudente buscando por ignorancia: sino juzgando al interrogar. Ni envidioso y temeroso: sino prohibiendo justamente al transgresor de la vida eterna, que se da justamente al obediente. Ni deseoso de sangre y grasa: sino imponiendo sacrificios adecuados a un pueblo carnal, prometiendo a través de ciertas figuras el verdadero sacrificio. Ni celoso con perturbación envidiosa, sino con bondad tranquila, para que el alma, debiendo castidad a un solo Dios, no se corrompa y prostituya deshonorosamente por muchos falsos. Ni iracundo como un humano, enfureciéndose tumultuosamente; sino retribuyendo con severidad divina, que no por deseo de venganza, sino por el vigor del juicio, se llama ira en un uso cierto de la locución. Ni destruyendo miles de hombres por delitos leves o nulos: sino imponiendo a los pueblos, con un juicio muy justo, la utilidad de su temor a través de las muertes temporales de los mortales. Ni castigando a justos y pecadores sin ninguna distinción en una confusión ciega: sino distribuyendo a los justos una corrección saludable para la perfección, y a los pecadores una severidad debida por equidad. De donde se ve, maniqueos, que han sido engañados por sus sospechas, al creer falsamente sobre los católicos al entender mal nuestras Escrituras, o al experimentar malos intérpretes; y así, dejando la sana doctrina, se han vuelto a fábulas sacrílegas, y tan pervertidos y alejados de la sociedad de los santos, no quieren ser corregidos ni por el Nuevo Testamento, de donde traemos tales cosas como las que critican en el Antiguo. Por lo cual, nos vemos obligados a defender ambos Testamentos contra ustedes, como contra los paganos.

CAPÍTULO XXII.

Pero haced a alguien completamente carnalmente tan insensato, que adore a Dios, no como lo adoramos nosotros, que es uno y verdadero; sino como decís que lo adoramos, que ha sido inventado por vuestras calumnias o sospechas: ¿no es acaso mejor que vosotros? Os ruego, pues, que prestéis atención y abráis los ojos, porque no se necesita gran agudeza de ingenio para poder percibir lo que voy a decir; llamo a todos, prudentes e imprudentes: escuchad, prestad atención, juzgad. ¿Cuánto mejor sería que vuestro dios hubiera estado desde la eternidad en las tinieblas, que haber sumergido en las tinieblas una luz coeterna y congénita a él? ¿Cuánto mejor sería que admirara y alabaría una nueva luz surgida para ahuyentar las tinieblas, que no poder evitar las viejas tinieblas que irrumpen en él, a menos que su propia luz se oscureciera? Infeliz, si lo hizo perturbado; cruel, si lo hizo con seguridad. Ciertamente sería mejor que viera la luz hecha por él y la admirara como buena, que hacer mala la luz engendrada por él: la cual repelió las tinieblas enemigas de tal manera que se volvió enemiga de él. Esto se imputará como culpa a las reliquias condenadas en el globo, porque se dejaron errar de su naturaleza luminosa anterior y se volvieron enemigas de la luz santa: lo cual, antes de que les sucediera, si no sabían que les iba a suceder, sufrían las eternas tinieblas de la ignorancia; pero si lo sabían, sufrían las eternas tinieblas del temor. He aquí que verdaderamente la parte y sustancia de vuestro dios ha estado en sus tinieblas desde la eternidad: y después no admiró una nueva luz, sino que incurrió en otras tinieblas ajenas, que siempre temía. Además, el mismo Dios, del cual aquella parte era, si temía tanto mal futuro para su parte, también él estaba ocupado por las tinieblas del temor: pero si no sabía lo que iba a suceder, estaba cegado por las tinieblas de la ignorancia: pero si sabía lo que iba a suceder a su parte, y no temía, son peores las tinieblas de tanta crueldad que las de la ignorancia o el temor: pues vuestro dios no tenía lo que el Apóstol alaba en la carne, que no creéis que fue hecha por Dios, sino por Hyle, Si un miembro sufre, todos los miembros sufren

con él (I Cor. XII, 26). Pero no acusamos: preveía, temía, sufría, pero no tenía qué hacer. En estas tinieblas de su miseria ha estado desde la eternidad: y después no admiró una nueva luz que ahuyentara las tinieblas, sino que experimentó con gran mal otras tinieblas que siempre temió. ¿Cuánto mejor sería, no digo que diera un precepto como Dios, sino que recibiera un precepto como hombre; que lo guardara para su bien, lo despreciara para su mal, y en ambos movimientos del alma usara de libre voluntad, en lugar de ser oprimido contra su voluntad por una necesidad inevitable para oscurecer su luz? Pues ciertamente sería mucho mejor que diera un precepto a la naturaleza humana que no supiera que iba a pecar, que oprimido por la necesidad obligara a pecar a su propia naturaleza divina. Despertad, y decidnos cómo vence a las tinieblas, aquel a quien vence la necesidad. Esta ya era para él una enemiga mayor, por la cual vencido y ordenado luchó con la menor. ¿Cuánto mejor sería que no supiera de qué huyó Adán de su rostro, que él mismo primero de la cara de la dura y terrible necesidad, y después de la cara de la diversa y adversa gente no tuviera a dónde huir? ¿Cuánto mejor sería que envidiara a la naturaleza humana la vida bienaventurada, que diera a la naturaleza divina a la miseria: deseara la sangre y la grasa de los sacrificios más bien, que él mismo tantas veces fuera sacrificado incluso a los ídolos, mezclado con la grasa y la sangre de todas las víctimas: se perturbara de celo, si esos sacrificios se ofrecieran a otros dioses, más bien que él mismo atado, no solo en todos los frutos, sino también en todas las carnes, fuera ofrecido en todos los altares, a todos los demonios? ¿Cuánto mejor sería que, movido y turbado por la indignación humana, se enojara con los pecadores, tanto propios como ajenos, que él mismo no solo se perturbara en todos los que se enojan, sino también en todos los que temen, se contaminara en todos los pecadores, fuera castigado en todos los condenados; atado en todas partes por aquella parte suya, que él mismo condenó inocente a tal deshonra, para que por ella venciera lo que temía; también él condenado bajo una necesidad tan destructiva, que su parte condenada pudiera perdonarle, si ya siendo miserable, al menos fuera humilde? Ahora bien, ¿quién soporta que vosotros reprendáis a Dios enojado con sus pecadores y ajenos, cuando el dios que fingís, condena a sus miembros, que obligó a ir a las fauces del pecado, después en el globo? Lo cual, cuando lo haga, como decís, no tendrá ira. Pero me maravillo si tendrá rostro para infligir en ellos una supuesta venganza, de quienes debería pedir perdón, y decir: Os ruego, perdonadme, sois mis miembros; ¿cuándo podría hacer esto en vosotros, si no fuera vencido por la necesidad? Sabéis también vosotros, que cuando os envié aquí, un terrible enemigo había irrumpido: pero ahora que os ato aquí, temo que vuelva a irrumpir. Ya ciertamente admitís también que es mucho mejor matar temporalmente a miles de hombres por ninguna o leve culpa, que entregar a sus miembros, es decir, los miembros de Dios, la sustancia de Dios, y claramente a Dios, a la vorágine del pecado, y condenarlos a la atadura de un castigo eterno. Pues si esos miembros tuvieran libre albedrío para pecar o no pecar: aunque de la sustancia de Dios, que es verdaderamente la sustancia de Dios, y por lo tanto completamente inmutable, no se encuentra cómo se diga esto. Porque Dios no puede pecar en absoluto, así como no puede negarse a sí mismo (II Tim. II, 13): pero el hombre puede pecar, y negar a Dios; pero si no quiere, no lo hace: si, por lo tanto, esos miembros de vuestro dios, como el alma humana y racional, tuvieran, como dije, libre albedrío de voluntad para pecar o no pecar, tal vez con razón serían castigados con el suplicio del globo por crímenes graves: pero ahora no podéis decir que esas partículas tuvieron libertad de voluntad, que el mismo dios no tuvo: porque si no las enviara al pecado, todo él sería obligado a pecar por la gente de las tinieblas: pero si no pudieran ser obligadas, pecó cuando las envió allí donde podrían ser obligadas; y por eso él mismo es más digno de ese saco parricida, que lo hizo con libre imperio, que aquellas que obedeciendo fueron allí, donde perdieron el libre albedrío de vivir rectamente. Pero si él mismo pudiera ser obligado a pecar, invadido y poseído, a menos que se hubiera provisto a sí mismo primero por el crimen de su parte, luego por el suplicio, y no hubo en vuestro dios, ni en sus partes, libre voluntad: no se finja juez, sino reconozca

culpable; no porque sufrió lo que no quería, sino porque finge retribuir justamente, condenando a aquellos que sabe que sufrieron mal más bien que lo hicieron: lo cual finge solo para no ser encontrado vencido; como si algo beneficiara a algún miserable, si se le llama feliz o afortunado. Sin duda ya esto también sería mejor, que vuestro dios sin ningún examen de equidad no perdonara a los hombres ni justos ni pecadores (lo cual Fausto, sin entender nada, puso como último en la reprensión de nuestro Dios), que no perdonara a sus miembros de tal manera: que no sea suficiente que los ofreciera inexpiablemente envenenados a los enemigos, sino que también los acuse de falso crimen de iniquidad. Lo cual dice que por eso merecen un castigo tan inmenso y sin fin, porque se dejaron errar de su naturaleza luminosa anterior y se volvieron enemigas de la luz santa. ¿De dónde, sino porque, como él mismo dice, estaban tan embebidas en la primera avidez de los príncipes de las tinieblas, que no podían recordar su origen, ni distinguirse de la naturaleza hostil? Por lo tanto, tales almas no hicieron ningún mal por sí mismas, sino que siendo inocentes sufrieron tanto mal. ¿Por quién, sino por aquel primero, que ordenó que procedieran de él a tanto mal? Experimentaron, pues, un padre peor que un enemigo. Porque el padre las envió a tanto mal; pero el enemigo las deseó como un bien, deseando disfrutar, no dañar: aquel sabiendo daño, aquel sin saber. Pero un dios débil e impotente no podía de otra manera proveer para sí mismo, primero contra el enemigo malvado, y después contra el encerrado. Al menos, pues, no las acuse, cuya obediencia le asegura, cuya muerte le da seguridad. Pues si fue obligado a luchar, ¿acaso también a calumniar? Porque cuando se dejaron errar de su naturaleza luminosa anterior y se volvieron enemigas de la luz santa, ciertamente fueron obligadas por el enemigo, al cual si no pudieron resistir, son condenadas inocentes: pero si pudieron y no quisieron, ¿por qué aún introducís tan fabulosamente la naturaleza del mal, cuando el origen del pecado es de la propia voluntad? Porque ciertamente hicieron esto por su propia culpa, no por fuerza ajena, que cuando pudieron resistir al mal, no quisieron. Porque si lo hicieran, harían bien; pero si no lo hicieran, pecarían gravemente y de manera inhumana: si pudieron, y no lo hicieron, ciertamente no quisieron. Si, pues, no quisieron, es un crimen de voluntad, no de necesidad. Por lo tanto, el inicio del pecado es de la voluntad: de donde el inicio del pecado, de allí el inicio del mal, ya sea haciendo contra el justo precepto, o sufriendo según el justo juicio. Por lo tanto, no hay razón para que buscando de dónde viene el mal, caigáis en un error tan grande, que llaméis naturaleza del mal a una naturaleza abundante en tantos bienes; y en la naturaleza del sumo bien antes de la mezcla de la naturaleza del mal, pongáis el horrible mal de la necesidad. Y la causa de este error vuestro es la soberbia, que no tendréis si no queréis: pero vosotros, mientras queréis defender de cualquier manera aquello en lo que habéis caído, quitáis el origen del pecado del albedrío de la voluntad, y lo ponéis en una vana y falsa fábula de la naturaleza del mal. Y por lo tanto, queda que digáis que también esas almas en el horrible globo serán condenadas a eterna atadura, no por voluntad, sino por necesidad, enemigas de la luz santa; y constituyséis a vuestro dios como juez, ante quien no podéis ser de ninguna ayuda para aquellas, cuya causa defendéis demostrando la necesidad; y tal rey, de quien no podéis obtener indulgencia para vuestros hermanos, hijos y miembros de él, cuyas enemistades contra vosotros y él, no por voluntad, sino por necesidad, decís que existieron. ¡Oh, crueldad inmensa! salvo que os volváis a la defensa de él mismo, para excusarlo también de que lo haga por necesidad. Si, pues, pudierais encontrar otro juez, que libre del vínculo de la necesidad fuera moderador de la equidad; ciertamente no lo fijaríais en ese globo desde fuera, sino que lo incluiríais dentro con el mismo terrible enemigo. Pues, ¿por qué no sería justo que fuera primero a la pena de la condenación, quien es primero en el crimen de la necesidad? Por lo tanto, mucho mejor elegiríais un dios en comparación con uno peor, no como lo adoramos, sino como decís o pensáis que lo adoramos, que sin ningún examen de equidad, sin ninguna distinción de condenación y disciplina, no perdonara a sus siervos, ni al justo ni al pecador, más bien que no perdonara a sus miembros, ya sean

inocentes, si la necesidad no es crimen; o culpables por obedecer, si también la necesidad es crimen: para que por él sean condenados eternamente, con quien debieron ser absueltos juntos, si después de la victoria respirara la libertad, o condenados juntos, si incluso después de la victoria al menos la necesidad valiera tanto, que algo valiera también la equidad. Así como, pues, un dios, no aquel verdadero y supremo que adoramos, sino otro no sé cuál falso que fingís, que decís que adoramos, que sin embargo también él es mucho mejor que vuestro dios; pues ambos no son, y ambos son fingidos por vosotros: pero fingís mejor a aquel que acusáis como nuestro, que a aquel que adoráis como vuestro.

CAPÍTULO XXIII.

Así también a los Patriarcas y Profetas no los vituperáis como son honrados por nosotros; sino como los habéis inventado con vuestra vanidad maliciosa al no entender nuestros Libros: que sin embargo incluso ellos, como sospecháis que fueron, son mejores que vuestros Elegidos que guardan todos los mandatos de Maniqueo, si no también que vuestro mismo dios: lo cual no intentaré demostrar, a menos que primero, con la ayuda del Señor, defienda a nuestros santos padres Patriarcas y Profetas de vuestras acusaciones, contra los corazones carnales, con razón perspicaz. Y a vosotros, Maniqueos, os bastaría responder así, que incluso los vicios que pensáis de los nuestros, enseñáramos que deben ser preferidos a las alabanzas de los vuestros; añadiendo al cúmulo de vuestra confusión, que incluso vuestro dios sería encontrado mucho peor que los hombres, como jactáis que fueron nuestros padres. Así, pues, como dije, os bastaría responderos: pero como algunos también, además de vuestras vaniloquencias, se conmueven por sí mismos, comparando la vida de los Profetas en el Antiguo Testamento con la vida de los Apóstoles en el Nuevo Testamento, y no pueden discernir la costumbre de aquel tiempo en que la promesa estaba velada, de la costumbre de este tiempo en que la promesa se revela; me veo obligado a responder más bien a aquellos que se atreven a preferir su templanza a los Profetas, o buscan defensas para su maldad de los Profetas.

CAPÍTULO XXIV.

En lo cual digo primero, que la lengua de aquellos hombres, así como su vida, fue profética; y todo aquel reino de la nación de los Hebreos, fue un gran profeta, porque también de un gran profeta. Por lo tanto, en cuanto a aquellos que allí estaban instruidos en el corazón en la sabiduría de Dios, no solo en lo que decían, sino también en lo que hacían; pero en cuanto a los demás y a todos los hombres de aquella nación, en lo que se hacía divinamente en ellos o sobre ellos, debe investigarse la profecía de Cristo venidero y de la Iglesia. Porque todas aquellas cosas, como dice el Apóstol, fueron figuras nuestras (I Cor. X, 6).

CAPÍTULO XXV.

Así, pues, estos en ciertos hechos, de cuya altura están lejos, reprenden como lujuria de los Profetas, así como algunos también de los sacrílegos Paganos reprenden como locura o más bien como demencia de Cristo, porque en un tiempo del año no adecuado buscó frutos en un árbol (Mat. XXI); o el afecto de cierta fatuidad infantil porque inclinando la cabeza escribía con el dedo en la tierra, y cuando respondió a los hombres que le preguntaban, comenzó de nuevo a hacer esto (Juan VIII). Porque no entienden, ni comprenden en las grandes almas que ciertas virtudes son muy similares a los vicios de los pequeños, no en alguna apariencia, sino en ninguna comparación de equidad. Son similares aquellos que en las grandes cosas reprenden esto, a los niños inexpertos en la escuela, que cuando han aprendido como algo grande, que al nombre de número singular se debe responder con el verbo de número

singular, reprenden al autor más docto de la lengua latina, porque dijo, Parte cortan en pedazos (Virgilio, Eneida, libro 1, verso 212). Debió decir, dicen, Corta. Y porque saben que se dice Religión, lo culpan porque dijo con letra geminada, Por la religión de los padres (Id., libro 2, verso 715). Por lo cual no sería absurdo decir, en su género, cuanto distan los esquemas y metaplasmos de los doctos de los solecismos y barbarismos de los inexpertos, tanto distan los hechos figurados de los Profetas de los pecados lujuriosos de los inicuos: y por lo tanto, así como un niño reprendido en un barbarismo, si quisiera defenderse con el metaplasmo de Virgilio, sería golpeado con varas; así cualquiera que se revolcara con la sierva de su esposa, tomara el hecho de Abraham, que engendró descendencia de Agar, como ejemplo de defensa, ojalá no solo con varas, sino incluso con bastones fuera corregido, para que no sea castigado con el eterno suplicio con los demás adúlteros. Aquellas cosas son mínimas, pero estas son grandes; y no se ha traído la similitud de allí para que el esquema se iguale al sacramento, y el solecismo al adulterio: sin embargo, en proporción de su propio género, lo que en aquellas ciertas virtudes o vicios de las locuciones vale la pericia o la impericia, eso en estas virtudes o vicios de los hábitos vale la sabiduría o la insensatez.

CAPÍTULO XXVI.

Por lo tanto, para no precipitarnos temerariamente en lo que se debe alabar o vituperar, acusar o defender, cohibir o relajar, condenar o absolver, desear o evitar, en todas las cuales se encuentran los pecados o las acciones correctas, primero debemos considerar qué es el pecado; luego examinar los hechos de los Santos, escritos en los Libros divinos, para que si encontramos también pecados de ellos, veamos con la mayor diligencia posible por qué utilidad fueron también ellos consignados a las letras y a la memoria. Pero lo que encontramos que a los necios o maliciosos les parece ser pecados que no lo son, y sin embargo no aparecen en ellos ejemplos eminentes de virtudes, también consideremos por qué razón fueron insertados en las Escrituras, que creemos que fueron compuestas para la utilidad de la vida presente que se debe gobernar y la futura que se debe alcanzar. Por otra parte, nadie de los inexpertos duda que los documentos de justicia que brillan en los hechos de los Santos debieron ser escritos. Por lo tanto, puede haber cuestión sobre aquellos que pueden parecer escritos inútilmente, si no aparecen como acciones correctas, ni son pecados; o incluso perniciosamente, si se demuestra que son pecados, para que no valgan para la imitación, ya sea que no sean reprendidos en los mismos libros, y por lo tanto puedan ser considerados no ser pecados; o incluso si son reprendidos allí, pero se cometen bajo la fácil esperanza de perdón, porque también se encontraron en los santos.

CAPÍTULO XXVII.

Por lo tanto, el pecado es un hecho, palabra o deseo contrario a la ley eterna. La ley eterna es, en verdad, la razón divina o la voluntad de Dios, que ordena conservar el orden natural y prohíbe perturbarlo. Por lo tanto, debemos preguntarnos cuál es el orden natural en el ser humano. Es evidente que el hombre está compuesto de alma y cuerpo: pero esto también se aplica a los animales. Sin embargo, no hay duda de que el alma debe ser naturalmente preferida al cuerpo. Pero el alma del hombre tiene razón, que los animales no tienen. Por lo tanto, así como el alma se prefiere al cuerpo, la razón del alma se prefiere, por la ley de la naturaleza, a las otras partes de ella que también tienen los animales: y en la misma razón, que es en parte contemplativa y en parte activa, sin duda la contemplación prevalece. En esta, de hecho, está la imagen de Dios, por la cual somos reformados a la visión a través de la fe. Por lo tanto, la acción racional debe obedecer a la contemplación racional, ya sea por la fe que manda, como es mientras estamos ausentes del Señor (II Cor. V, 6); o por la visión, que

será cuando seamos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2), hechos también en cuerpo espiritual por su gracia iguales a sus ángeles (Mat. XXII, 30), recibiendo la primera vestidura de inmortalidad e incorruptibilidad, con la cual este nuestro mortal y corruptible será vestido, para que la muerte sea absorbida en victoria (I Cor. XV, 53, 54) por la justicia perfecta a través de la gracia. Porque también los santos y sublimes ángeles tienen su contemplación y acción; pues se mandan a sí mismos hacer lo que aquel a quien contemplan ordena, a cuyo eterno mandato sirven libremente, porque lo hacen con suavidad: pero nosotros, cuyo cuerpo está muerto a causa del pecado, antes de que Dios vivifique también nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en nosotros (Rom. VIII, 10, 11), vivimos justamente según la medida de nuestra debilidad conforme a la ley eterna que preserva el orden natural, si vivimos de una fe no fingida, que obra por el amor (Gál. V, 6): teniendo en buena conciencia la esperanza de inmortalidad e incorruptibilidad reservada en los cielos, y de la justicia que debe ser perfeccionada hasta una cierta saciedad inefablemente dulcísima, que en esta peregrinación debe ser deseada y anhelada, mientras caminamos por fe, no por visión (II Cor. V, 7).

CAPÍTULO XXVIII.

Por lo tanto, la acción del hombre que sirve a la fe que sirve a Dios, refrena todos los placeres mortales y los cohibe a un modo natural, prefiriendo lo mejor a lo inferior con amor ordenado. Pues si nada ilícito deleitara, nadie pecaría. Por lo tanto, peca quien relaja el deleite de lo ilícito en lugar de refrenarlo. Ahora bien, es ilícito lo que prohíbe aquella ley que preserva el orden natural. Pero si hay alguna criatura racional a la que nada ilícito pueda deleitar, es una gran cuestión. Pero si existe, el hombre no fue hecho en esa clase, ni aquella naturaleza angélica que no permaneció en la verdad: sino que estas criaturas racionales fueron hechas de tal manera que tenían la posibilidad de refrenar el deleite de lo ilícito, lo cual al no refrenar, pecaron. Por lo tanto, la criatura humana es grande, puesto que por esa posibilidad se restaura, por la cual, si hubiera querido, no habría caído. Grande, por lo tanto, es el Señor, y muy digno de alabanza (Sal. XLVII, 2), quien la creó. Pues creó también a los inferiores, que no pueden pecar; creó también a los mejores, que no quieren pecar. La naturaleza bestial no peca, porque no hace nada contra la ley eterna, a la cual está tan sujeta que no puede ser partícipe de ella. Nuevamente, la naturaleza angélica sublime no peca, porque es tan partícipe de la ley eterna, que solo Dios la deleita, a cuya voluntad obedece sin ninguna experiencia de tentación. Pero el hombre, cuya vida es tentación sobre la tierra a causa del pecado (Job VII, 1), someta a sí mismo lo que tiene en común con las bestias; someta a Dios lo que tiene en común con los ángeles: hasta que, con la justicia e inmortalidad perfecta y percibida, sea exaltado de estos y se iguale a aquellos.

CAPÍTULO XXIX.

Los placeres mortales, hasta que se repare o conserve esta salud mortal, ya sea de cada hombre o del mismo género humano, deben ser excitados o relajados: si se desbordan más allá y arrastran al hombre que no se gobierna a sí mismo contra la razón de la templanza, serán ciertamente deseos ilícitos y vergonzosos, y dignos de ser corregidos con dolores. Pero si incluso sumergen al perturbado gobernante en tal abismo de costumbre perdida, que creyendo que quedarán impunes, descuida la medicina de la confesión y el arrepentimiento, por la cual corregido emergería; o aplica una defensa blasfema de patrocinio contra aquella ley eterna de la providencia, y así llega a su último día: la ley irreprochable considera que no es digno ya de corrección, sino de condenación.

CAPÍTULO XXX.

Por lo tanto, consultando la ley eterna, que ordena conservar el orden natural y prohíbe perturbarlo, veamos qué pecó, es decir, qué hizo contra esta ley el padre Abraham en aquellas cosas que Fausto objetó como grandes crímenes. Dice que, ardiendo con una insana y vehemente pasión de tener descendencia, y no creyendo en Dios, quien ya se lo había prometido de Sara su esposa, se revolcó con una concubina. Pero este Fausto, cegado por una insana pasión de acusar, reveló la impiedad de su herejía y, sin saberlo y errando, alabó el concubinato de Abraham. Pues así como la ley eterna, es decir, la voluntad de Dios, el creador de todas las criaturas, consultando al orden natural para su conservación, no permite que se sirva a la lujuria, sino que se provea a la salvación del género, permite que el deleite de la carne mortal se relaje en el concubinato solo para la propagación de la descendencia, bajo el dominio de la razón: así, por el contrario, la perversa ley de los maniqueos, para que su dios, a quien lamentan atado en todas las semillas, no sea más estrechamente atado en el concepto de una mujer, ordena a los que se unen evitar la descendencia por encima de todo, para que su dios se derrame más bien en una caída vergonzosa, que ser vencido por un cruel lazo. Por lo tanto, Abraham no ardía con una insana pasión de tener descendencia, sino que el maniqueo deliraba con una insana vanidad de evitar la descendencia. Por lo tanto, aquel, conservando el orden de la naturaleza, no hacía nada en el concubinato humano, sino que naciera un hombre: este, observando la perversidad de la fábula, no temía nada en cualquier concubinato, sino que su dios fuera capturado.

CAPÍTULO XXXI.

Pero donde Fausto culpa la conciencia de la esposa en el hecho de Abraham, allí, con mala intención y con la intención de vituperar, sin embargo, sin saberlo y sin quererlo, alaba ambos. Pues no mezcló su conciencia con el crimen de su esposa, para que él saciara su lujuria con un placer turbio e ilícito: sino que también ella, deseando hijos en el orden natural, y sabiéndose estéril, reivindicó la fecundidad del útero de la esclava para el uso de su derecho con poder legítimo; no cediendo al marido concupiscente, sino mandando al obediente (Gén. XVI, 2-4). Y esto no con soberbia desordenada: pues ¿quién no sabe que la esposa debe servir al marido como a un señor? Pero en lo que respecta a los miembros del cuerpo, con los cuales se distingue el mismo sexo, el Apóstol dice: "De igual manera, el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer" (I Cor. VII, 4): para que en los demás actos que pertenecen a la paz humana, la mujer deba servir al marido, en esta única cosa, que concierne a la distinción carnal de ambos sexos y a la mezcla carnal, tengan en sí mismos un poder similar, el marido sobre la esposa, y la esposa sobre el marido. Por lo tanto, la descendencia que Sara no podía tener de sí misma, quiso tenerla de la esclava: sin embargo, de esa semilla, de la cual también de sí misma, si pudiera, debía tener. Nunca haría esto una mujer, si estuviera sujeta a la concupiscencia carnal del cuerpo del marido; pues más bien celaría a la concubina, no haría madre: ahora bien, por eso la voluntad de propagar fue piadosa, porque la voluntad de concubinar no fue lujuriosa.

CAPÍTULO XXXII.

Ciertamente, no se puede defender si Abraham, como objeto Fausto, no creyendo en Dios, quien ya le había prometido descendencia de Sara, quiso tenerla de Agar. Pero es completamente falso: Dios aún no lo había prometido. Que revisen las Escrituras anteriores a eso, quienes quieran; encontrarán que la tierra y la abundancia de una multitud innumerable ya habían sido prometidas a la descendencia de Abraham (Gén. XII, 3), pero aún no se había revelado cómo sería la propagación de esa descendencia, si de la carne de Abraham, si él mismo engendrara; o de la voluntad, si adoptara a alguien; luego, si de su carne, si de Sara, o

de otra, aún no se había manifestado. Que lean, digo, quienes quieran, y encontrarán que Fausto o se equivoca imprudentemente, o engaña impudicamente. Por lo tanto, Abraham, al ver que no nacían hijos de él, y sin embargo mantenía la promesa hecha a su descendencia, primero pensaba en la adopción. Esto lo indica cuando, hablando con Dios, dice de su siervo nacido en casa: "Este será mi heredero": como diciendo, Porque no me has dado descendencia de mí mismo, cumple en este lo que prometiste a mi descendencia. Pues si la descendencia de alguien no se llamara sino lo que naciera de su carne, tampoco nos llamaría el Apóstol descendencia de Abraham (Gál. III, 29), quienes ciertamente no descendemos de él en origen carnal, sino que por la imitación de la fe nos hemos hecho su descendencia, creyendo en Cristo, cuya carne fue propagada de su carne. Entonces Abraham oyó del Señor: "No será este tu heredero; sino el que saldrá de tus entrañas, él será tu heredero" (Gén. XV, 3, 4). Ya entonces, quitada la idea de adopción, cuando Abraham esperaba descendencia de sí mismo, quedaba incierto si de Sara o de otra: lo cual Dios quiso ocultarle, hasta que primero se figurara el Antiguo Testamento de la esclava. ¿Qué, pues, es de extrañar si Abraham, viendo a su esposa estéril, deseando para sí descendencia, que ella misma no podía dar a luz, de su sierva y de su marido, no cedió a su propia concupiscencia carnal, sino que obedeció al poder conyugal; creyendo que Sara lo quiso por inspiración de Dios, quien ya le había prometido un heredero de sí mismo, pero no le había predicho de qué mujer? En vano, por lo tanto, Fausto, enloquecido, se lanzó a objetar este crimen, acusando infielmente a Abraham como infiel. Pues no pudo entender por su ceguera de no creer, ni pudo leer por su lujuria de calumniar.

CAPÍTULO XXXIII.

Pero al llamar al justo y fiel varón el más infame mercader de su matrimonio, acusándolo de haber mentido a dos reyes, Abimelec y Faraón, en diferentes momentos, diciendo que Sara, su esposa, era su hermana, por causa de la avaricia y el vientre, porque era muy hermosa, y haberla vendido para concubinato, no separa la honestidad de la torpeza con una boca veraz, sino que con una boca maledicente lo convierte todo en crimen. Pues este hecho de Abraham parece similar a la lenocinio, pero no a aquellos que pueden discernir correctamente las acciones rectas de los pecados desde la luz de aquella ley eterna: para quienes también la constancia puede parecer terquedad, y la virtud de la confianza puede parecer el vicio de la audacia, y lo que sea similarmente objetado como si no actuaran correctamente, por aquellos que no ven correctamente. Pues Abraham no consintió en el crimen de su esposa, ni vendió su adulterio: sino que así como ella no permitió a su sierva a la lujuria de su marido, sino que la introdujo voluntariamente al deber de engendrar, sin perturbar el orden natural, donde tenía potestad, mandando más bien al obediente que cediendo al concupiscente; así también él, con una esposa casta y de corazón casto unida a él, de cuyo ánimo, donde habitaba la virtud de la castidad, de ninguna manera dudaba, calló que era su esposa, dijo que era su hermana; para que, si él era asesinado, no fuera poseída cautiva por extranjeros e impíos; seguro de su Dios que no permitiría que sufriera nada turbio y criminal. Ni su fe y esperanza lo engañaron: pues Faraón, aterrorizado por prodigios, y afligido por muchos males por causa de ella, cuando supo divinamente que era su esposa, la devolvió ilesa con honor; y Abimelec, advertido y enseñado en un sueño, hizo lo mismo (Gén. XII y XX).

CAPÍTULO XXXIV.

Algunos, no calumniadores y maledicentes como Fausto, sino que rinden el debido honor a los mismos Libros que este reprende sin entender, o no entiende al reprender, cuando consideraron este hecho de Abraham, les pareció que había desfallecido y vacilado en la firmeza de la fe, y por temor a la muerte, como Pedro al Señor (Mat. XXVI, 70-74), así él

negó a su esposa. Si esto fuera necesario entenderlo, reconocería el pecado del hombre; pero no por eso consideraría borrados y obliterados todos sus méritos, como tampoco los del apóstol: aunque la culpa no es igual, negar a la esposa y negar al Salvador. Pero ahora que tengo lo que entiendo, no tengo ninguna causa para caer temerariamente en la reprensión, a quien nadie convence de haber caído por temor a mentir. Pues no fue preguntado si era su esposa, no respondió que no lo era: sino que cuando se le preguntó qué relación tenía con esa mujer, indicó que era su hermana, no negó que fuera su esposa: calló algo verdadero, no dijo algo falso.

CAPÍTULO XXXV.

¿Acaso somos tan insensatos como para seguir aquí a Fausto, quien dice que mintió diciendo que era su hermana, como si hubiera aprendido de otra parte el linaje de Sara, cuando la santa Escritura no lo ha revelado? Creo que es justo que en esa cosa que conocía Abraham, pero que nosotros no conocemos, creamos más bien al Patriarca que habla lo que sabe, que al maniqueo que acusa lo que no sabe. Por lo tanto, cuando Abraham vivía en ese tiempo en las cosas humanas, cuando ya no se permitía que hermanos nacidos de ambos o de uno de los padres se unieran en matrimonio, pero la costumbre no prohibida por ninguna ley o poder unía a los hijos de hermanos y otros consanguíneos de grado más lejano; ¿qué maravilla si tenía por esposa a su hermana, es decir, nacida de la sangre de su padre? Pues esto mismo le dijo al rey que se la devolvía, que era su hermana por parte de padre, no de madre: donde ciertamente ya no se veía obligado por ningún temor a mentir que era su hermana, cuando aquel ya había sabido que era su esposa, y aterrorizado divinamente la devolvía con honor. Pero la Escritura testifica que entre los antiguos se solía llamar hermanos o hermanas a los consanguíneos. Pues también Tobías dice a Dios, cuando oraba antes de unirse a su esposa: "Y ahora, Señor, tú sabes que no tomo a mi hermana por causa de la lujuria" (Tob. VIII, 9): cuando ella no era nacida del mismo padre, ni del mismo vientre materno, sino que surgió de la misma estirpe de parentesco (Id. VI, 11 y VII, 2). Y Lot es llamado hermano de Abraham (Gén. XIII, 8), cuando Abraham era su tío (Id. XI, 31): de la cual costumbre de vocabulario también los hermanos del Señor son llamados en el Evangelio, no ciertamente los que María virgen había dado a luz, sino todos los parientes de su consanguinidad (Mat. XII, 46).

CAPÍTULO XXXVI.

Alguien dirá: ¿Por qué no confió más bien Abraham en su Dios, para no temer confesar a su esposa? Pues Dios no podía repeler de él la muerte que temía, y protegerlo a él y a su esposa de toda perdición en esa peregrinación, para que ni su esposa, aunque fuera muy hermosa, fuera deseada por alguien, ni él fuera asesinado por causa de ella. Ciertamente Dios podía hacer esto: ¿quién es tan demente que lo niegue? Pero si Abraham, al ser interrogado, indicara que esa mujer era su esposa, encomendaría a Dios dos cosas para proteger, tanto su vida como la castidad de su esposa. Sin embargo, pertenece a la sana doctrina, cuando el hombre tiene algo que hacer, no tentar al Señor su Dios (Deut. VI, 16). Pues tampoco el mismo Salvador no podía proteger a sus discípulos, a quienes sin embargo dijo: "Si os persiguen en una ciudad, huid a otra" (Mat. X, 23). De lo cual él mismo dio ejemplo primero. Pues aunque tenía poder para poner su vida, y no la ponía sino cuando quería (Juan X, 18), sin embargo, siendo niño, huyó a Egipto llevado por sus padres (Mat. II, 14): y al día de la fiesta no subió abiertamente, sino en secreto, cuando en otras ocasiones hablaba abiertamente a los judíos enojados y de ánimo muy hostil, y sin embargo no podían ponerle las manos, porque aún no había llegado su hora (Juan VII, 10, 30): no la hora cuya necesidad lo obligara a morir, sino la hora cuya oportunidad lo dignara a ser muerto. Por lo tanto, quien enseñando y reprendiendo abiertamente, y sin embargo no permitiendo que la rabia de los enemigos

prevaleciera en él, demostraba el poder de Dios; sin embargo, huyendo y ocultándose, instruía la debilidad del hombre, para que no se atreviera a tentar a Dios, cuando tiene algo que hacer para evitar lo que debe evitar. Pues tampoco el apóstol Pablo había perdido la esperanza en la ayuda y protección divina, ni había perdido la fe, cuando fue bajado por el muro en una canasta para escapar de las manos de los enemigos (Hech. IX, 25). Por lo tanto, no huyó así por no creer en Dios: pero no habría querido huir así tentado a Dios, cuando podía huir así. Por lo tanto, cuando entre desconocidos, debido a la hermosura extraordinaria de Sara, tanto su castidad como la vida del marido estaban en duda, y no podía proteger ambos, Abraham, sin embargo, podía proteger uno de ellos, es decir, la vida; para no tentar a Dios, hizo lo que pudo: lo que no pudo, se lo encomendó a Él. Por lo tanto, quien no pudo ocultarse como hombre, se ocultó como marido, para no ser asesinado; confió a Dios a su esposa, para que no fuera mancillada.

CAPÍTULO XXXVII.

Aunque se puede discutir más escrupulosamente si la castidad de esa mujer sería violada, incluso si alguien se uniera a su carne, cuando permitiera que se hiciera en ella por la vida de su marido, no sin su conocimiento, sino con su mandato, sin abandonar la fidelidad conyugal, y no negando el poder marital; así como él no fue adúltero cuando, obedeciendo al poder de su esposa, consintió en engendrar descendencia de la esclava: pero debido a la fuerza de los principios, porque no se somete a dos hombres vivos para concubinar, como dos mujeres a un hombre; mucho más verdaderamente y honestamente aceptamos aquello, que el padre Abraham no tentó a Dios, cuando consultó a su vida tanto como pudo como hombre, y esperó en Dios a quien encomendó la castidad de su esposa.

CAPÍTULO XXXVIII.

Ya en este hecho realizado y puesto en los Libros divinos y narrado fielmente, ¿a quién no le deleita también investigar el hecho profético y tocar con fe piadosa y estudio la puerta del sacramento, para que el Señor abra y muestre quién fue entonces figurado en aquel hombre, y de quién es esposa la que en esta peregrinación y entre extranjeros no se permite ser contaminada y manchada, para que sea para su esposo sin mancha ni arruga? Pues en la gloria de Cristo vive rectamente la Iglesia, para que su belleza sea para honor de su esposo, así como Abraham fue honrado entre los extranjeros por la belleza de Sara: y a ella misma, a quien se le dice en el Cantar de los Cantares, ¡Oh hermosa entre las mujeres! (Cant. I, 7), por el mérito de su belleza los reyes ofrecen dones; así como el rey Abimelec ofreció a Sara, admirando más en ella la belleza de la forma, que pudo amar, pero no pudo violar. Pues también la santa Iglesia es en secreto esposa del Señor Jesucristo. En secreto y dentro, en el escondido secreto espiritual, el alma humana se adhiere al Verbo de Dios, para que sean dos en una sola carne: lo cual el Apóstol recomienda como un gran sacramento del matrimonio en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 31, 32). Por lo tanto, el reino terrenal de este siglo, cuya figura llevaban los reyes que no fueron permitidos contaminar a Sara, no ha experimentado ni encontrado a la Iglesia esposa de Cristo, es decir, la que fielmente se adhiere a él como a su esposo principal, sino cuando intentó violarla, y cedió al testimonio divino por la fe de los mártires, y corregido en los reyes posteriores la honró con un don, lo que no pudo someter a su corrección en los anteriores. Pues lo que entonces fue figurado en el mismo rey antes y después, esto se cumple en este reino en los reyes anteriores y posteriores.

CAPÍTULO XXXIX.

Cuando se dice que la Iglesia de Cristo es hermana por parte de padre, no por parte de madre, no se recomienda la generación terrenal que será anulada, sino la gracia celestial que permanecerá eternamente. Según esta gracia, no seremos de género mortal, habiendo recibido el poder de ser llamados y ser hijos de Dios (I Juan III, 1). Pues no hemos recibido esta gracia de la sinagoga madre de Cristo según la carne, sino de Dios Padre. Esta relación terrenal, que genera temporalmente hacia la muerte, Cristo nos enseñó a negar, no a confesar, cuando dijo a sus discípulos: No llaméis a nadie padre vuestro en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos (Mat. XXIII, 9). De lo cual dio ejemplo cuando él mismo dijo: ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: Estos son mis hermanos. Y para que nadie pensara en esta palabra en una relación terrenal, añadió: Y cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y hermana, y madre (Id. XII, 48-50): como diciendo, Llamo a esta relación de Dios Padre, no de la sinagoga madre. Pues ahora llamo a la vida eterna, donde nací inmortalmente; no a la temporal, de donde me hice mortal para llamar.

CAPÍTULO XL.

Por lo tanto, la razón por la cual la Iglesia, cuya esposa se oculta a los extranjeros, pero cuya hermana no se calla, es fácil de entender, porque es oculto y difícil de entender cómo el alma humana se une al Verbo de Dios, o se mezcla, o lo que mejor y más apropiadamente se puede decir, siendo aquello Dios, y esta una criatura. Según esto, se dice que Cristo y la Iglesia son esposo y esposa, o marido y mujer. Pero la relación por la cual Cristo y todos los santos son hermanos, es por la gracia divina, no por consanguinidad terrena, es decir, por parte de padre, no de madre, y se dice de manera más expresable y se escucha de manera más comprensible. Pues todos los santos son hermanos entre sí por la misma gracia: pero ninguno de ellos es esposo de la comunidad de los demás. Por lo tanto, los extranjeros creyeron mucho más fácilmente y con mayor disposición que Cristo, aunque de justicia y sabiduría excelentísima, era hombre, no en falso, que era hombre: pero ignoraron cómo también era Dios. De ahí que Jeremías diga: Y es hombre, y ¿quién lo conocerá? (Jer. XVII, 9). Y es hombre; porque se revela que es hermano. Y ¿quién lo conocerá? porque se oculta que es esposo. Estas cosas sobre el padre Abraham se han dicho suficientemente contra la voz impudentísima, ignorante y calumniosa de Fausto.

CAPÍTULO XLI.

Lot, su justo y hospitalario hermano en Sodoma, y puro e íntegro de toda contaminación de los sodomitas, mereció escapar salvo de aquel incendio que era una similitud del juicio futuro; llevando el tipo del cuerpo de Cristo, que en todos los santos ahora gime entre los inicuos e impíos, cuyos hechos no consiente, y de cuya mezcla será liberado al final del siglo, condenados ellos al suplicio del fuego eterno. Así como otro tipo de hombres fue figurado en su esposa, a saber, aquellos que, llamados por la gracia de Dios, miran hacia atrás; no como Pablo, que olvida lo que queda atrás y se extiende hacia lo que está adelante (Filip. III, 13). Por lo cual el mismo Señor dijo: Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos (Luc. IX, 62). Y no calló aquel ejemplo, para que nos sazonara como con sal, para que no descuidáramos neciamente, sino que prudentemente evitáramos este mal. Por lo cual ella, para advertir esto, fue convertida en estatua de sal. Pues cuando ordenó que cada uno se arrancara de las cosas que están atrás con la más perseverante intención de las cosas anteriores, dijo: Acordaos de la esposa de Lot (Id. XVII, 32). Así también en el mismo Lot, cuando sus hijas se acostaron con él, no se figuró lo que ocurrió cuando fue liberado de Sodoma, sino algo más. Pues entonces el mismo Lot parece haber llevado la persona de la futura Ley, que algunos de los nacidos de ella y puestos bajo la Ley,

al entenderla mal, de algún modo la embriagan, y al usarla no legítimamente, engendran obras de infidelidad. Porque la Ley es buena, dice el Apóstol, si uno la usa legítimamente (I Tim. I, 8).

CAPÍTULO XLII.

Sin embargo, no justificamos este hecho de Lot ni de sus hijas, porque significó algo que preanunciaba la futura perversidad de algunos. Pues ellas pretendieron hacer esto con una intención, y Dios, que permitió que esto sucediera, para demostrar algo también de ello, manteniendo su justo juicio sobre el pecado de los hombres presentes entonces, y vigilando con su providencia para la significación de los futuros. Por lo tanto, cuando este hecho se narra en la Sagrada Escritura, es profecía: pero cuando se considera en la vida de aquellos que lo cometieron, es un escándalo.

CAPÍTULO XLIII.

Sin embargo, no es un asunto digno de tanta reprensión y acusación como la que Fausto, enemigo y ciego, vomitó sobre él. Pues se consulta la ley eterna que ordena conservar el orden natural, prohibiendo perturbarlo, y no juzga de este hecho como si él hubiera ardido en nefaria lujuria por sus hijas, para disfrutar de sus cuerpos incestuosos, o para tenerlas como esposas: ni de aquellas mujeres, como si hubieran ardido en execrable amor por la carne de su padre. Pues la razón de la justicia no solo considera qué se hizo, sino también por qué se hizo, para examinar los hechos pendientes de sus causas con el equilibrio de la equidad. Por lo tanto, como ellas buscaban descendencia para la conservación del género, lo cual era un afecto humano y natural en ellas, y no creían poder encontrar otros hombres, como si el mundo hubiera sido consumido por aquel incendio, no podían discernir hasta dónde había llegado aquel fuego, quisieron unirse a su padre. Más bien debieron nunca ser madres, que usar así de su padre: sin embargo, hay una gran diferencia, porque usaron de esa causa, que si hubieran usado de la concupiscencia de tan funesta voluptuosidad.

CAPÍTULO XLIV.

Pero sentían tal aversión por aquel acto en su padre, que no creían poder realizarlo sin procurar su ignorancia. Pues, como está escrito, lo embriagaron, y se unieron a él sin que él lo supiera (Gen. XIX). Por lo cual, debe ser culpado, no obstante, no tanto como aquel incesto, sino como merece aquella embriaguez. Pues también esta la condena la ley eterna; porque no admite el alimento y la bebida al orden natural sino por la gracia de conservar la salud. Aunque hay una gran diferencia entre el bebedor y el ebrio: pues ni el bebedor siempre está ebrio, ni quien alguna vez está ebrio es consecuentemente bebedor: sin embargo, en un hombre justo, debe buscarse la causa de esta misma, si no de la ebriedad, al menos de la embriaguez. ¿Qué lo obligaba, entonces, a consentir o creer a sus hijas que le ofrecían frecuentemente vino, o tal vez no mezclado, frecuentemente? ¿Acaso quiso consolarlas fingiendo una tristeza excesiva, para que el dolor de aquella desolación y del luto materno fuera expulsado de la mente ebria, pensando que ellas también bebían tanto, y actuando con alguna artimaña para que no bebieran? Pero, ¿cómo convenía a un hombre justo ofrecer tal consuelo a sus tristes hijas? ¿O acaso con alguna arte pésima de los sodomitas pudieron embriagar a su padre con tan pocas copas, para cometer aquel pecado con él ignorante, o más bien sobre él ignorante? Pero es extraño que la Escritura divina hubiera callado esto, o que Dios hubiera permitido que su siervo lo sufriera sin algún vicio de su voluntad.

CAPÍTULO XLV.

Sin embargo, no defendemos las Escrituras santas, sino los pecados de los hombres. No nos esforzamos tanto en la purgación de este hecho, como si nuestro Dios lo hubiera mandado hacer, o lo hubiera aprobado; o como si los hombres justos en esos Libros fueran llamados así, de modo que si quisieran pecar, no pudieran. Por lo tanto, en las Escrituras que estos reprenden, Dios no ha dado ningún testimonio de justicia a este hecho, ¿con qué demencia de temeridad intentan acusar esas Escrituras, cuando en otros lugares de ellas se encuentran prohibiciones divinas de estas cosas? Por lo cual, en aquel hecho narrado sobre la obra de las hijas de Lot, estas cosas se narraron, no se alabaron. Algunas cosas debían ser narradas con el juicio de Dios pronunciado, otras con el juicio de Dios callado: para que cuando se promulgue qué juzgó Dios de ello, nuestra ignorancia sea instruida; pero cuando se calla, o se ejercite la pericia, para que recordemos lo que aprendimos en otro lugar; o se despierte la pereza, para que busquemos lo que aún no sabemos. Dios, pues, que sabe hacer obras buenas de la obra mala de los hombres, propagó las naciones que quiso de aquella semilla, no condenó sus Escrituras por los pecados de los hombres. Pues reveló estas cosas, no las hizo; y advirtió que se evitaran, no las propuso para imitar.

CAPÍTULO XLVI.

Con una impudencia ciertamente admirable, Fausto también acusó a Isaac, hijo de Abraham, de que fingió que Rebeca, que era su esposa, era su hermana (Id. XXVI, 7). Pues el linaje de Rebeca no está oculto, y es manifiesto que era su hermana por una proximidad muy conocida (Id. XXIV). Pero, ¿qué de extraño o pequeño es que callara que era su esposa, si imitó a su padre; cuando se defiende con la misma justicia con la que su padre fue hallado inculcado de una objeción similar? Por lo tanto, lo que dijimos por Abraham, en lo que respecta a este asunto, contra el acusador Fausto (Supra, capp. 33-36), también vale para Isaac, su hijo; lo cual no es difícil de recapitular: a menos que tal vez alguien estudioso pregunte, en qué sacramento de figura debe entenderse, que el rey extranjero conoció que Rebeca era esposa de su marido cuando lo vio jugando con ella; lo cual no habría conocido, si no hubiera jugado con ella como con una esposa, de una manera que no sería decoroso jugar con quien no fuera esposa. Lo cual, cuando los santos casados lo hacen, no lo hacen vanamente, sino prudentemente: pues descienden de algún modo a la debilidad del sexo femenino, para decir o hacer algo con blandura y alegría; no debilitando, sino moderando la severidad viril: lo cual, sin embargo, es vergonzoso si se dice o se hace con quien no es esposa. Pero esto, que pertenece a las costumbres de la humanidad, lo digo, para que nadie duro y sin afecto objete como crimen al santo varón, que jugó con su esposa. Pues tales hombres inhumanos, si ven a algún hombre grave diciendo algo jocoso incluso a niños pequeños, para acariciar su sentido lácteo con facilidad afable y nutritiva, lo reprenden como si delirara: olvidando de dónde crecieron, o ingratos por haber crecido. Pero, ¿qué significa en el sacramento de Cristo y la Iglesia, que un gran Patriarca jugara con su esposa, y que aquel matrimonio fuera conocido por ello, lo ve ciertamente quien, para no errar en la Iglesia, observa diligentemente el secreto de su esposo en las Escrituras santas: y encuentra que él ocultó su majestad, con la cual en la forma de Dios es igual al Padre, por un tiempo en la forma de siervo (Filip. II, 6, 7), para que la debilidad humana pudiera ser capaz de él, y de ese modo se adaptara convenientemente a su esposa. Pues, ¿qué hay de absurdo, más bien, qué no está convenientemente acomodado a la predicción de futuros, si el Profeta de Dios jugó algo carnal, para que lo captara el afecto de su esposa; cuando el mismo Verbo de Dios se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 14)?

CAPÍTULO XLVII.

Ahora bien, lo que se objeta como un gran crimen al hijo de él, Jacob, por tener cuatro esposas (Gen. XXIX y XXX), se purga con una prelocución general. Pues cuando era costumbre, no era crimen: y ahora es crimen porque no es costumbre. Hay pecados contra la naturaleza, otros contra las costumbres, otros contra los preceptos. Siendo así, ¿qué crimen es, entonces, lo que se objeta al santo varón Jacob por tener varias esposas al mismo tiempo? Si consultas la naturaleza, no usaba de aquellas mujeres para lujuria, sino para procrear: si la costumbre, en aquel tiempo y en aquellas tierras esto se practicaba: si el precepto, no estaba prohibido por ninguna ley. Ahora bien, ¿por qué es crimen, si alguien lo hace, sino porque ni las costumbres ni las leyes lo permiten? Estos dos, quien los desprecia, aunque pueda usar de varias mujeres solo por la causa de procrear, peca, y viola la misma sociedad humana, a la cual es necesaria la propagación de los hijos. Pero porque los hombres, con las costumbres y leyes ya diferentes, no pueden deleitarse en la multitud de esposas sino por la magnitud de la lujuria, por eso erran y piensan que no se pudo tener en absoluto varias esposas, sino por el ardor de la concupiscencia carnal y la sórdida voluptuosidad. Pues comparándose, no a otros cuya virtud del alma no pueden conocer en absoluto, sino, como dice el Apóstol, a sí mismos consigo mismos (II Cor. X, 12), no entienden. Y porque ellos mismos, aunque tengan una, no se acercan a ella solo por el deber de procrear, sino que a menudo son arrastrados por el estímulo de cohabitar, se creen verdaderamente capaces de conjeturar cuán mayor es la enfermedad de este tipo en otros, cuando se ven a sí mismos incapaces de mantener la templanza en una.

CAPÍTULO XLVIII.

Sin embargo, no debemos confiar el juicio sobre las costumbres de los santos varones a aquellos que no tienen esta virtud, así como no permitimos a los febriles juzgar sobre la suavidad y salubridad de los alimentos: más bien, preparamos los alimentos para ellos según el sentido de los sanos y el precepto de los médicos, que según la afección de su enfermedad. Por lo tanto, si estos quieren captar la salud de la verdadera y sólida castidad, no falsa y aparente, crean en las Escrituras divinas, no en vano se ha atribuido un honor tan grande de santidad a algunos varones que también tenían varias esposas; a menos que pueda suceder que el ánimo que gobierna la carne con tanto poder de templanza, no permita que el movimiento de la delectación genital, inherente a la naturaleza de los mortales, exceda las leyes impuestas por la providencia de procrear. De lo contrario, estos, más bien calumniadores maldicientes que jueces verídicos, pueden también acusar a los santos Apóstoles, de que no por la caridad de engendrar hijos para la vida eterna, sino por la codicia de la alabanza humana, predicaron el Evangelio a tantos pueblos. Pues no les faltaba a esos padres evangélicos una fama preclara adquirida por todas las Iglesias de Cristo con tantas lenguas alabándolos: más bien, había tanta, que no debe ser otorgado a los hombres un honor y gloria mayor por los hombres. Esta gloria en la Iglesia, con voluntad perversa, Simón el perdido la codició, cuando quiso comprar con dinero lo que ellos merecieron por la gracia divina y gratuita (Hechos VIII, 18-20). Se entiende que fue ávido de esta gloria, a quien el Señor en el Evangelio llama a seguirlo diciendo: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza (Mat. VIII, 20). Pues lo veía oscuro por la simulación engañosa y agitado por la elación ventosa, no tener lugar de fe donde lo recibiera inclinándose, el maestro de la humildad; porque en el discipulado de Cristo no buscaba su gracia, sino su propia gloria. Corrompidos por este amor de gloria estaban aquellos a quienes el apóstol Pablo señala, que por envidia y contienda no anunciaban a Cristo castamente: sin embargo, el Apóstol se regocija con ellos predicando (Filip. I, 15-18), sabiendo que puede suceder que mientras ellos persiguen la codicia de la gloria humana, sin embargo, al oírlos, nacieran fieles; no de su envidiosa codicia, con la cual

querían igualarse o anteponerse a la gloria apostólica, sino por el Evangelio, que aunque no castamente, sin embargo, anunciaban; para que de su mal Dios obrara el bien: así como puede suceder que un hombre no se acerque al coito con la voluntad de procrear, sino que sea arrastrado por la lujuria de la lascivia; y sin embargo, nazca un hombre, obra buena de Dios de la fecundidad de las semillas, no de la torpeza de los vicios. Así como los santos Apóstoles se deleitaban con los oyentes admirando su doctrina, no por la avidez de conseguir alabanza, sino por la caridad de sembrar la verdad; así los santos Patriarcas se mezclaban con sus esposas que recibían su semilla, no por la concupiscencia de percibir la voluptuosidad, sino por la providencia de propagar la sucesión: y por lo tanto, ni la multitud de pueblos hacía ambiciosos a aquellos, ni la multitud de esposas hacía lujuriosos a estos. Pero, ¿por qué hablar de los varones, a quienes se da testimonio de excelencia con la voz divina, cuando es evidente que las mismas mujeres no deseaban otra cosa en el concubinato que hijos? Pues cuando vieron que no podían concebir, dieron sus siervas a su marido, para hacerlas madres en la carne, ellas mismas lo serían en la voluntad.

CAPÍTULO XLIX.

Porque también aquello que Fausto, con la más mentirosa acusación, objetó, que había entre ellas como una competencia de cuatro prostitutas, sobre quién lo llevaría al lecho, no sé dónde lo leyó, a menos que tal vez en su corazón, como en un libro de infames falsedades, donde él mismo realmente se prostituía, pero con aquella serpiente de la que el Apóstol temía por la Iglesia, a la que deseaba presentar como una virgen casta a un solo esposo, Cristo, no fuera que, como había engañado a Eva con su astucia, así también corrompiera sus mentes apartándolas de la castidad de Cristo (II Cor. XI, 2, 3). Pues estos son tan amigos de esta serpiente, que sostienen que más bien benefició que perjudicó. Fue él quien persuadió a Fausto, infundiendo en su corazón adulterado las semillas de la falsedad, para que diera a luz estas calumnias mal concebidas con su boca inmundísima, y con su pluma audacísima las confiara también a la memoria. Ninguna de las siervas arrebató al hombre Jacob de otra, ninguna litigó con otra sobre su concubinato. Por eso había más orden, porque no había lujuria; y tanto más firmemente se guardaban los derechos del poder conyugal, cuanto más castamente se evitaba la injuria de la concupiscencia carnal. Pues lo que también es contratado por la esposa, allí se manifiesta nuestra verdadera afirmación, allí la misma verdad clama en su defensa contra las maldiciones de los maniqueos. ¿Qué necesidad había de que una lo contratara, si no fuera porque el orden de la otra era que el esposo entrara a ella? Pues no es que nunca hubiera accedido a Lía, si no lo hubiera contratado: pero ciertamente accedía a ella en justas ocasiones, de la cual había engendrado tantos hijos, y a quien obedeció para engendrar también de la sierva, y de la cual después engendró sin que lo contratara. Pero entonces Raquel tenía la noche en orden para quedarse con el esposo: entonces estaba en su poder aquello de lo que la voz del Nuevo Testamento ciertamente no calló por medio del Apóstol, diciendo: "De igual manera el hombre no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer". Por eso ya estaba pactado con la hermana, a quien como deudora le transfirió a su deudor. Pues con este nombre lo llama el Apóstol: "El marido, dice, pague a la esposa el débito" (I Cor. VII, 4, 3). A quien, por tanto, el marido era deudor, ya había recibido de la hermana lo que había elegido voluntariamente, para darle lo que tenía en su poder.

CAPÍTULO L.

Ahora bien, aquel a quien Fausto acusa con los ojos cerrados o más bien apagados como impúdico, si fuera siervo de la concupiscencia y no de la justicia, ¿no habría ardido durante todo el día en el placer de aquella noche en la que iba a yacer con la más hermosa, a quien

ciertamente amaba más, y por quien había pagado dos veces siete años de trabajo gratuito? Entonces, cuando ya al final del día iba a sus abrazos, ¿cuándo se apartaría de allí, si fuera tal como los maniqueos, que no entienden nada, suponen? ¿No despreciaría el acuerdo de las mujeres, y entraría más bien a su hermosa, quien le debía aquella noche, no solo como esposa, sino también por derecho de orden? Usaría más bien él del poder marital, porque "la esposa no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido"; y por eso la alternancia de su servidumbre lo hacía: por lo tanto, usaría del poder conyugal mucho más vencible, si fuera vencido por el deseo de la forma. Pero se encontrarían mejores mujeres, si ellas compitieran por concebir hijos, y él por el placer de su concubinato. Así que el hombre más templado, y verdaderamente hombre, porque usaba de las mujeres tan virilmente, que no se sometía a la delectación carnal, sino que la dominaba, atendía más a lo que debía, que a lo que se le debía; ni quiso abusar de su poder para su propia voluptuosidad, sino que prefirió ser pagador de aquel débito que su exactor. Por lo cual era consecuente que le pagara a aquella a quien por él lo había recibido aquella a quien se le debía: y conocido el acuerdo y pacto de ellas, cuando de repente e inesperadamente era llamado de la más hermosa esposa, y llamado a la menos decorosa, no se encendió en ira, no se nubló de tristeza, no blandamente halagador, para que Raquel le devolviera la noche, se esforzó entre ambas: sino que como justo esposo y providente padre, viendo que ellas se preocupaban por la prole, y él no buscaba otra cosa del concubinato, juzgó que debía obedecer a su voluntad, quienes individualmente deseaban hijos; sin disminuir nada a la suya, a quien ambas parían. Como si dijera: Cédanse y concédanse entre ustedes, como quieran, cuál de ustedes será madre: ¿qué he de contender yo, cuando sea de aquí o de allá el que nazca, no habrá otro padre? Esta modestia, esta coerción de la concupiscencia, y en la mezcla de los cuerpos conyugales solo el apetito de la posteridad humana, como era Fausto agudo, en aquellas Escrituras lo entendería y lo alabaría, si su ingenio no estuviera depravado por una secta detestable, y buscara qué reprochar, y considerara este crimen máximo la única honestidad de la convención nupcial, por la cual los hombres y las mujeres se unen para procrear hijos.

CAPÍTULO LI.

Ahora ya defendidas las costumbres del Patriarca, y refutada la acusación que el error nefario objetó, sobre el libre, como podamos, exploremos los secretos de los misterios, y toquemos con la piedad de la fe, para que nos sea abierto por el Señor, qué cosas figuraron estas cuatro esposas de Jacob, de las cuales dos eran libres, dos esclavas. Pues vemos al Apóstol, en la libre y la esclava que tuvo Abraham, entender dos Testamentos (Gál. IV, 22-24): pero allí en una y una más fácilmente aparece lo que se dice; aquí, sin embargo, son dos y dos. Además, allí el hijo de la esclava es desheredado, aquí, sin embargo, los hijos de las esclavas junto con los hijos de las libres reciben la tierra de la promesa: de donde aquí sin duda se significa algo diferente.

CAPÍTULO LII.

Aunque creo que las dos esposas libres de Jacob pertenecen al Nuevo Testamento, en el cual hemos sido llamados a la libertad, no obstante, no son dos en vano: a menos que tal vez porque (lo que en las Escrituras se puede advertir y encontrar) se nos predicen dos vidas en el cuerpo de Cristo; una temporal en la que trabajamos, otra eterna en la que contemplaremos la delectación de Dios. Esta el Señor la declaró con la pasión, aquella con la resurrección. Nos advierten para entender esto también los nombres de aquellas mujeres. Dicen que Lía se interpreta como Laborante, y Raquel como Principio visto, o Verbo del cual se ve el principio. La acción, pues, de la vida humana y mortal, en la que vivimos por fe, haciendo muchas obras laboriosas, inciertos de qué resultado tendrán para la utilidad de aquellos a

quienes queremos aconsejar, es Lía, la primera esposa de Jacob: y por eso se recuerda que tenía ojos débiles. Pues los pensamientos de los mortales son tímidos, y la providencia nuestra incierta (Sab. IX, 14). La esperanza, sin embargo, de la eterna contemplación de Dios, teniendo cierta y deleitable inteligencia de la verdad, es Raquel: de donde también se dice de buena cara, y hermosa de aspecto. Esta, en efecto, ama todo piadoso estudioso, y por ella sirve a la gracia de Dios, por la cual nuestros pecados, aunque fueran como el carmesí, son emblanquecidos como la nieve (Is. I, 18): pues Labán se interpreta como Blanqueamiento, a quien Jacob sirvió por Raquel (Gén. XXIX, 17, 30). Pues nadie se convierte bajo la gracia del perdón de los pecados para servir a la justicia, sino para vivir en paz en el verbo del cual se ve el principio, que es Dios: por Raquel, pues, no por Lía. Pues ¿quién amaría en las obras de justicia el trabajo de las acciones y pasiones? ¿Quién desearía esa vida por sí misma? como tampoco Jacob a Lía: pero sin embargo, a ella suplantada en la noche para el uso de engendrar, experimentó su abrazo y fecundidad. Pues el Señor la hizo tolerar primero, porque por sí misma no podía ser amada, para llegar a Raquel, luego la recomendó por los hijos. Así, pues, cada siervo útil de Dios, constituido bajo la gracia del blanqueamiento de sus pecados, ¿qué otra cosa meditó en su conversión, qué otra cosa llevó en su corazón, qué otra cosa amó, sino la doctrina de la sabiduría? Que muchos piensan que van a obtener y percibir tan pronto como se ejerciten en los siete preceptos de la ley, que son sobre el amor al prójimo, para que no se dañe a ningún hombre; es decir, "Honra a tu padre y a tu madre, No cometerás adulterio, No matarás, No robarás, No dirás falso testimonio, No codiciarás la esposa de tu prójimo, No codiciarás la cosa de tu prójimo" (Éx. XX, 12-17): los cuales, en cuanto se puedan observar, después de que al hombre por la deseada y esperada hermosa delectación de la doctrina, por varias tentaciones, como por la noche de este siglo, la tolerancia del trabajo se le haya adherido, como si por Raquel Lía inesperadamente se le uniera; y la soporta para llegar a aquella, si la ama perseverantemente, habiendo recibido otros siete preceptos: como si se le dijera, "Sirve otros siete años por Raquel"; para que sea "pobre de espíritu, manso, lloroso, hambriento y sediento de justicia, misericordioso, limpio de corazón, pacífico" (Mat. V, 3-9). Pues el hombre querría, si fuera posible, sin ninguna tolerancia del trabajo, que en el actuar y sufrir debe ser abrazado, llegar de inmediato a las delicias de la sabiduría hermosa y perfecta: pero esto no puede ser en la tierra de los moribundos. Esto parece significar lo que se dijo a Jacob, "No es costumbre en nuestro lugar, que la menor se case antes que la mayor" (Gén. XXIX, 27, 26). Porque no sin razón se llama mayor, la que es anterior en el tiempo. Pero en la recta erudición del hombre, el trabajo de hacer lo que es justo es anterior al placer de entender lo que es verdadero.

CAPÍTULO LIII.

Para esto vale lo que está escrito, "Deseaste la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la dará" (Eclo. I, 33). Los mandamientos, por supuesto, pertenecen a la justicia: pero la justicia que es por la fe, que se mueve entre las incertidumbres de las tentaciones, para que creyendo piadosamente lo que aún no entiende, también obtenga el mérito de la inteligencia. Pues tanto vale lo que acabo de recordar que está escrito, "Deseaste la sabiduría, guarda los mandamientos; y el Señor te la dará"; tanto creo que vale aquello, "Si no creéis, no entenderéis" (Is. VII, 9): para que se muestre que la justicia pertenece a la fe, y la inteligencia a la sabiduría. Por tanto, en aquellos que arden con un gran amor por la verdad evidente, no se debe reprobar el estudio, sino llevarlo al orden, para que comience por la fe, y con buenas costumbres se esfuerce por llegar a donde tiende. Pues en lo que se mueve, es virtud laboriosa: pero en lo que apetece, es sabiduría luminosa. ¿Qué necesidad hay, dice, de creer lo que no se me muestra manifiesto? Pronuncia alguna palabra, para que vea el principio de todas las cosas. Pues eso es en lo que principalmente arde, si el alma racional es

verdaderamente estudiosa: a quien se le responde, Es hermoso lo que deseas y digno de ser amado; pero primero se casa Lía, y después Raquel. Por tanto, este ardor debe servir para que no se rechace el orden, sino que más bien se tolere; sin el cual no se puede llegar a lo que se ama con tanto ardor. Pero cuando se haya llegado, se tendrá al mismo tiempo en este siglo, no solo la hermosa inteligencia, sino también la laboriosa justicia. Pues aunque se contemple aguda y sinceramente el bien inmutable por los mortales, aún el cuerpo que se corrompe grava el alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Por tanto, se debe tender a uno, pero por esto se deben soportar muchas cosas.

CAPÍTULO LIV.

Por tanto, dos son las esposas libres de Jacob: ambas son hijas del perdón de los pecados, es decir, del blanqueamiento, que es Labán. Sin embargo, una es amada, y la otra es tolerada. Pero la que es tolerada, ella misma primero y más abundantemente es fecundada, para que si no por sí misma, ciertamente por los hijos sea amada. Pues el trabajo de los justos tiene un gran fruto en aquellos a quienes engendran para el reino de Dios, entre muchas tentaciones y tribulaciones predicando el Evangelio; y aquellos por quienes están en trabajos más abundantes, en azotes sobre medida, en muertes más a menudo (II Cor. XI, 23), por quienes tienen luchas fuera, temores dentro (Id. VII, 5), los llaman su gozo y su corona (Filip. IV, 1). Pero nacen más fácilmente y copiosamente de aquel discurso de fe, en el que predicán a Cristo crucificado (I Cor. I, 23), y cualquier cosa de su humanidad que más rápidamente se percibe por el pensamiento humano, y no perturba incluso los ojos débiles de Lía. Raquel, sin embargo, clara de aspecto, excede en mente a Dios (II Cor. V, 13), y ve en el principio el Verbo Dios con Dios (Juan I, 1), y quiere parir, y no puede; porque ¿quién narrará su generación? (Is. LIII, 8). Por tanto, la vida que compete al estudio de la contemplación, para que lo que es invisible a la carne, no a los ojos débiles de la mente, por lo que ha sido hecho, se contemple inteligentemente, y la eterna virtud y divinidad de Dios se vea inefablemente (Rom. I, 20), quiere vacar de todo negocio, y por eso es estéril. Pues deseando el ocio, en el que los estudios de la contemplación se encienden, no se adapta a la debilidad de los hombres, que en varias presiones desean ser socorridos. Pero porque también ella arde con el amor de procrear (pues quiere enseñar lo que sabe, y no con envidia marchita tener camino [Sab. VI, 25]), ve a su hermana abundante en hijos por el trabajo de actuar y sufrir; y duele más bien que los hombres corran a aquella virtud, por la cual se atiende a sus debilidades y necesidades, que a aquella de donde se aprende algo divino e inmutable. Este dolor parece figurado en lo que está escrito, "Y Raquel envidió a su hermana" (Gén. XXX, 1). Por tanto, porque el intelecto líquido y puro de aquella sustancia que no es cuerpo, y por lo tanto no pertenece al sentido de la carne, no puede ser expresado con palabras emitidas por la carne; elige la doctrina de la sabiduría por cualquier imagen y semejanza corpórea para insinuar de alguna manera las cosas divinas que deben ser pensadas, que cesar del oficio de enseñar tales cosas: como eligió Raquel recibir hijos de su esposo y de la sierva, que quedarse sin hijos en absoluto. Pues Bala se interpreta como Envejecida: esta tuvo como sierva Raquel. Pues de la vida vieja dedicada a los sentidos carnales se concitan imágenes corpóreas, incluso cuando se oye algo de la sustancia espiritual e inmutable de la divinidad.

CAPÍTULO LV.

También Lía recibe hijos de su sierva, encendida por el amor de tener una prole más numerosa. Pero encontramos que Zilpa, su sierva, se interpreta como Boca abierta. Por lo cual, en la predicación de la fe evangélica, cuando advertimos que su boca está abierta y su corazón no lo está, esta se entiende como la sierva de Lía. Pues está escrito de algunos: "Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí" (Is. XXIX, 13). Y a tales el

Apóstol dice: "Tú que predicas no hurtar, hurtas; tú que dices no adulterar, adulteras" (Rom. II, 21, 22). Sin embargo, para que también por esta condicional libre aquella esposa de Jacob laborante reciba hijos herederos del reino, por eso el Señor dice: "Haced lo que dicen; pero no hagáis lo que hacen" (Mat. XXIII, 3). De donde en el trabajo de los vínculos de la vida apostólica, "Sea, dice, por ocasión, sea por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, pero también me gozaré" (Filip. I, 18): como si también la sierva pariendo se alegrara de la prole más numerosa.

CAPÍTULO LVI.

Es cierto que un hijo de Lea fue concebido gracias al favor de Raquel, cuando permitió que su esposo pasara la noche con su hermana a cambio de las mandrágoras que su hijo había recogido. Sobre este tipo de fruto, sé que algunos opinan que, al ser consumido, otorga fertilidad a las mujeres estériles; y por ello creen que Raquel insistió en obtenerlo del hijo de su hermana con el deseo de concebir: lo cual no consideraría cierto, ni siquiera si hubiera concebido en ese momento. Ahora bien, dado que después de dos partos más de Lea desde aquella noche, el Señor le concedió descendencia, no hay razón para sospechar que las mandrágoras tengan tal efecto, algo que no hemos experimentado en ninguna mujer. Diré entonces lo que pienso: quizás los más doctos digan algo mejor. Pues habiendo visto yo mismo estas frutas, y alegrándome de que me hubiera tocado verlas por este mismo pasaje de la lectura sagrada (ya que es algo raro), investigué su naturaleza con diligencia, tanto como pude: no con algún conocimiento alejado del sentido común, que enseña las virtudes de las raíces y los poderes de las hierbas; sino tanto como la vista, el olfato y el gusto me lo permitieron. Así descubrí que son hermosas y fragantes, pero de sabor insípido: y por ello confieso que ignoro por qué una mujer las desearía tanto, a menos que fuera por su rareza y agradable aroma. ¿Por qué entonces la Sagrada Escritura no quiso omitir este hecho, que ciertamente no se preocuparía por insinuarnos tales deseos de mujeres si no nos recordara buscar algo grande en ellos? No puedo conjeturar más que lo que el sentido común me sugiere, que en ese fruto de mandrágora se figura la buena fama: no la que se otorga cuando pocos justos y sabios alaban a un hombre, sino aquella popular, por la cual se adquiere un conocimiento mayor y más claro: no deseable por sí misma, sino necesaria para la intención de los honores, que son útiles para el género humano. De ahí que el Apóstol diga: "Es necesario que también tenga buen testimonio de los de afuera" (I Tim. III, 7): quienes, aunque poco sabios, a menudo otorgan a los esfuerzos de aquellos que los benefician el esplendor de la alabanza y el aroma de una buena opinión. Y no llegan a esta gloria popular los primeros de aquellos que están en la Iglesia, sino quienes se ocupan en los peligros y trabajos de las acciones. Por eso el hijo de Lea encontró las mandrágoras, saliendo al campo, es decir, caminando honestamente hacia los de afuera: pero aquella doctrina de sabiduría, que está remotísima del bullicio del vulgo, se deleita dulcemente en la contemplación de la verdad, no alcanzaría esta gloria popular, aunque pequeña, si no fuera por aquellos que, actuando y persuadiendo en medio de las multitudes, están al frente de los pueblos, no para gobernar, sino para beneficiar: porque mientras estos hombres activos y ocupados, por quienes se administra la utilidad de la multitud y cuya autoridad es querida por los pueblos, dan testimonio incluso de la vida dedicada al estudio y contemplación de la verdad, las mandrágoras llegan a Raquel a través de Lea. Pero a Lea misma llegan por su primogénito, es decir, por el honor de su fecundidad, en la cual está todo el fruto de la acción laboriosa y peligrosa entre las incertidumbres de las tentaciones: que muchos, dotados de buen ingenio y ardoroso estudio, aunque puedan ser aptos para gobernar pueblos, sin embargo, evitan por las turbulentas ocupaciones, y se entregan con todo el corazón al ocio de la doctrina, como al abrazo de la hermosa Raquel.

CAPÍTULO LVII.

Pero como es bueno que también esta vida, al hacerse más conocida, merezca la gloria popular, y es injusto que la obtenga si retiene a su amante, apto e idóneo para administrar los cuidados eclesiásticos, en el ocio, sin compartir en el gobierno de la utilidad común; por eso Lea dice a su hermana: "¿Te parece poco haber tomado a mi marido, que también quieres las mandrágoras de mi hijo?" Significando por un solo hombre a todos aquellos que, siendo hábiles en la virtud de la acción y dignos de que se les confíe el gobierno de la Iglesia para dispensar el sacramento de la fe, encendidos por el estudio de la doctrina y la búsqueda y contemplación de la sabiduría, desean apartarse de todas las molestias de las acciones y dedicarse al ocio de aprender y enseñar. Así se dijo: "¿Te parece poco haber tomado a mi marido, que también quieres las mandrágoras de mi hijo?" como si se dijera: "¿Te parece poco que la vida de los estudios retenga en el ocio a hombres necesarios para el trabajo de las cosas, que además requiera la gloria popular?"

CAPÍTULO LVIII.

Por tanto, para que la obtenga justamente, Raquel cede a su marido a su hermana aquella noche: para que aquellos que, por su laboriosa virtud, son aptos para el gobierno de los pueblos, aunque hayan elegido dedicarse a la ciencia, asuman la experiencia de las tentaciones y la carga de los cuidados por la utilidad común: para que la misma doctrina de sabiduría, a la que decidieron dedicarse, no sea blasfemada, ni carezca de buena reputación entre los pueblos menos instruidos, lo que significan esos frutos, y lo que es necesario para la exhortación de los discípulos. Pero claramente, para que asuman este cuidado, son forzados por la necesidad. Esto también se significó suficientemente cuando, al venir Jacob del campo, Lea le salió al encuentro y, reteniéndolo, le dijo: "A mí vendrás; porque te he alquilado por las mandrágoras de mi hijo" (Gén. XXX, 14-16). Como si dijera: "¿Quieres que a la doctrina que amas se le confiera buena opinión? No rehuyas el trabajo diligente." Quienquiera que observe esto en la Iglesia, lo ve. Experimentamos en los ejemplos lo que entendemos en los libros. ¿Quién no ve que esto sucede en todo el mundo, que hombres vienen de las obras del siglo y van al ocio del conocimiento y la contemplación de la verdad, como al abrazo de Raquel; y son recibidos de repente por la necesidad eclesiástica, y ordenados al trabajo, como si Lea dijera: "A mí vendrás"? Quienes, castamente dispensando el misterio de Dios, para engendrar hijos de fe en la noche de este siglo, también son alabados por los pueblos por aquella vida, por cuyo amor se convirtieron y dejaron la esperanza del siglo, y de cuya profesión fueron asumidos a la misericordia de gobernar al pueblo. Pues en todos sus trabajos procuran que aquella profesión a la que se convirtieron, porque tales rectores dio a los pueblos, sea más ampliamente y claramente glorificada, como Jacob no rehusando la noche de Lea, para que Raquel disfrute de los frutos fragantes y resplandecientes: que a veces ella misma, con la misericordia de Dios, también engendra por sí misma, aunque rara vez; porque es muy raro que "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1), y todo lo que se dice piadosa y sabiamente sobre este asunto, se entienda sin el fantasma del pensamiento carnal y se capte saludablemente, aunque sea en parte.

CAPÍTULO LIX.

Estas cosas sobre los tres patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, a quienes Dios quiso ser llamado su Dios, a quien la Iglesia católica venera, basten para responder a las calumnias de Fausto. Sobre los méritos y la piedad de estos tres hombres, y la altura de la profecía, muy alejada del juicio de los carnales, no es ahora el lugar para disertar: solo debían ser

defendidos de los crímenes con que la lengua maledicente y enemiga de la verdad los atacó en esta obra presente; para que no parezca que dicen algo contra las Escrituras santas y saludables, quienes las leen con mente perversa y adversa, mientras atacan con insultos a aquellos que allí son proclamados con tanto honor.

CAPÍTULO LX.

Por lo demás, Lot, el hermano, es decir, el consanguíneo de Abraham, de ninguna manera es comparable a estos, de quienes Dios dice: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (Éxodo III, 6); ni debe contarse entre aquellos a quienes esa Escritura hasta el final da testimonio de justicia: aunque entre los sodomitas vivió piadosa y castamente, y fue recomendado por los méritos de la hospitalidad, fue liberado del incendio de aquella tierra, y a sus descendientes se les dio la tierra de posesión por el don de Dios debido a Abraham, quien era su tío (Gén. XIX). Estos méritos se nos proponen para ser alabados en esos Libros, no la embriaguez, no el incesto (Deut. II, 9): pero cuando encontramos escrito tanto el acto recto como el pecado de ese hombre, se insinúa que uno debe ser imitado y el otro evitado. Además, si el pecado de Lot, a quien se le dio testimonio de justicia antes de pecar (Sab. X, 6), no solo no deslució la divinidad de Dios ni la verdad de esa escritura, sino que también la recomienda como digna de alabanza y amor, porque como el brillo de un espejo fiel, muestra no solo lo que es hermoso e íntegro, sino también lo que es deforme y vicioso; cuánto más el acto de Judá, que se acostó con su nuera (Gén. XXXVIII, 13-18), no aporta nada en absoluto que pueda culpar la autoridad sagrada: que, fundada en esos Libros, persiste no solo contra las calumniosas argucias de los poquísimos maniqueos, sino también contra las horribles enemistades de los gentiles, tantos y tan numerosos pueblos, que casi todos ya, del nefario culto de los ídolos, han sido sometidos al culto del único Dios verdadero por el imperio cristiano, conquistando el mundo no con la violencia de la guerra, sino con la potencia invicta de la verdad. Pues, ¿dónde ha sido alabado Judá en esas Escrituras? ¿Qué cosa buena ha testificado esa Escritura sobre él, sino que en la profecía de Cristo, quien se preanunciaba que vendría en carne de su tribu, fue especialmente bendecido por su padre sobre los demás (Gén. XLIX, 8-12)?

CAPÍTULO LXI.

Por lo demás, a lo que Fausto recordó que Judá fornicó, añadimos nosotros otra cosa, que vendió a su hermano José a Egipto (Gén. XXXVII, 26-28). ¿Acaso los miembros distorsionados de alguien deforman la luz que todo lo muestra? Así tampoco los actos malvados de alguien hacen mala la Escritura que los revela a los lectores. Pues la ley eterna, que ordena conservar el orden natural y prohíbe perturbarlo, establece que el concubito humano se realice solo por causa de la procreación, y esto solo en un matrimonio socialmente ordenado, que no pervierta el vínculo de la paz: y por ello la prostitución de las mujeres, no para procrear descendencia, sino para saciar la lujuria, es condenada por la ley divina y eterna. Pues toda compra deshonor al comprador por la vileza de lo vendido: y por ello, aunque Judá hubiera pecado más gravemente si hubiera querido acostarse con su nuera a sabiendas (pues si el hombre y la mujer, como dice el Señor, "ya no son dos, sino una sola carne" (Mat. XIX, 6), no se debe considerar a la nuera de otro modo que como hija); sin embargo, no hay duda de que, en cuanto dependía de él, se acostó deshonorosamente con una prostituta. Pero aquella que engañó a su suegro, no pecó por concupiscencia de su carne, ni por deseo de la paga de una prostituta: sino que, buscando descendencia de la misma sangre, de la cual, habiendo estado casada con dos hermanos, no pudo tenerla al serle negado el tercero, sometió su cuerpo a su padre, su suegro, para concebir, aceptando como prenda de pago lo que no guardó como adorno, sino como testimonio. Mejor habría sido que

permaneciera sin hijos, que convertirse en madre sin el derecho del matrimonio: sin embargo, pecó con una intención muy diferente, al proveer a sus hijos un padre en su suegro, que si lo hubiera deseado como amante. Finalmente, cuando por su orden fue llevada a la muerte, y presentó la vara, el collar y el anillo, diciendo que estaba embarazada del dueño de esas prendas; cuando él reconoció lo que había dado, respondió que ella era más justa que él, porque no quiso darle a su hijo como esposo; por lo cual, al verse despojada, se vio obligada a buscar descendencia de esa manera en lugar de no buscarla de ninguna manera. En esa sentencia, al decir que ella era más justa que él, no la justificó, sino que la prefirió en comparación consigo mismo; culpando menos el deseo de tener descendencia, que la llevó a someterse a su suegro, que el ardor del concúbito lujurioso, que lo llevó a él a entrar como si fuera a una prostituta: como se dice a algunos: "Justificaste a Sodoma" (Ezequiel XVI, 52), es decir, pecaste tanto que, comparada contigo, Sodoma parece justa. Aunque incluso si esta mujer no se entendiera menos culpada en comparación con un acto peor, sino completamente alabada por su suegro: sin embargo, consultando aquella ley eterna de justicia, que prohíbe perturbar el orden natural, no solo de los cuerpos, sino principalmente de las almas, porque no guardó la sociedad ordenada en la procreación de hijos, se encuentra merecidamente culpable: ¿qué maravilla que una pecadora sea alabada por un pecador?

CAPÍTULO LXII.

Esto es lo que Fausto, o la misma perversidad maniquea, cree que es contrario a nosotros, como si en la veneración y digno elogio de esa Escritura nos fuera necesario aprobar los vicios de los hombres que ella menciona: más bien, es necesario que cuanto más religiosamente la aceptamos, tanto más confiadamente culpemos lo que, por su verdad, aprendimos que debe ser culpado. Pues allí la fornicación y todo concúbito ilícito es condenado por derecho divino (Éxodo XX, 14, 17): y por ello, cuando menciona tales hechos de algunos, sobre los cuales en ese lugar calla su sentencia, nos permite juzgarlos, no prescribe que los alabemos. ¿Quién de nosotros no detesta en el mismo Evangelio la crueldad de Herodes, cuando, preocupado por el nacimiento de Cristo, ordenó matar a tantos niños (Mat. II, 16)? Pero ese hecho no se vitupera allí, sino que solo se narra. Pero para que la impudente locura de los maniqueos no diga que esto es falso, porque también niegan el nacimiento de Cristo que perturbó a Herodes; lean la inhumanidad y ceguera de los mismos judíos, cómo allí solo se narra, no se vitupera, y sin embargo es detestado por todos.

CAPÍTULO LXIII.

Pero, dicen, este Judá, que se acostó con su nuera, se cuenta entre los doce Patriarcas (Gén. XXXV, 22-26). Pues, ¿qué? ¿No fue también aquel Judas, que entregó al Señor, contado entre los doce Apóstoles, y enviado con ellos, uno de ellos, a predicar el Evangelio, siendo un diablo (Mat. X, 2-5, y Juan VI, 71, 72)? Pero aún responden y dicen: Aquel, después de tal acto, fue colgado por su propia mano y excluido del número de los Apóstoles (Mat. XXVII, 5); pero este, después de tal deshonra, fue especialmente bendecido y alabado sobre todos por aquel padre, a quien Dios da tan gran testimonio (Gén. XLIX, 8-12). Más bien, de aquí se muestra más claramente que esa profecía no se refiere a él, sino a Cristo, quien se preanunciaba que vendría en carne de su tribu: y por eso el flagitio de él no debía ser llamado por la Escritura divina, como no lo llamó, para que en las palabras de su padre, en las que después de esa deshonra es así alabado, porque él no es reconocido, se busque a otro.

CAPÍTULO LXIV.

Aunque Fausto parece haber querido morder con su lengua maledicente esto mismo, que Cristo se predica por nosotros que vino de su tribu: especialmente porque en las generaciones de sus padres, que el evangelista Mateo menciona, también se encuentra a Zara, a quien Tamar dio a luz de aquel concepto (Mat. XIII; Gén. XXXVIII, 30). Pues si quisiera reprochar la descendencia de Jacob, no la generación de Cristo, tenía más bien al primogénito Rubén, quien violó el lecho paterno con nefaria lujuria (Gén. XXXV, 22): tal fornicación que el Apóstol dice que no se oye ni siquiera entre los gentiles (I Cor. V, 1). Este hecho también el mismo padre Jacob, al bendecirlos, acusó y detestó sobre su cabeza, no callándolo (Gén. XLIX, 3, 4). Por tanto, Fausto habría objetado este crimen, donde no hay error por el hábito de una prostituta, sino una contaminación voluntaria del lecho paterno; a menos que odiara más a Tamar, porque con aquel concúbito no deseaba otra cosa que parir, que si hubiera ardidado solo por la lujuria del placer carnal; y quisiera que se desacredite la Encarnación de Cristo al culpar a sus progenitores: ignorando el miserable que el Salvador verísimo y veracísimo, no solo enseñó hablando, sino también naciendo. Pues los fieles suyos, venidos de todas las naciones, debían aprender también con el ejemplo de su carne que las iniquidades de sus padres no pueden perjudicarles. Por tanto, aquel esposo congruente con sus invitados, que iba a llamar a las bodas a buenos y malos (Mat. XXII, 10), también quiso nacer de buenos y malos: para afirmar que la profecía de la Pascua, en la que se ordenó comer el cordero tomado de ovejas y cabras (Éxodo XII, 3-5), como justos e injustos, precedió para prefigurarle. Conservando en todas partes los documentos de Dios y del hombre, no despreció a los padres buenos y malos por la conveniencia de la humanidad, pero eligió el parto de una virgen por el milagro de la divinidad.

CAPÍTULO LXV.

Por tanto, Fausto, en vano, atacando más bien con su lengua sacrílega a sí mismo, acusa la Sagrada Escritura, que ya todo el mundo venera con razón: que, como dije antes, como el brillo de un espejo fiel, no adula a ninguna persona, sino que propone los hechos de los hombres, tanto los que deben ser alabados como los que deben ser vituperados, para que sean juzgados por ella o propuestos para ser juzgados por los lectores; no solo indicando a los hombres mismos como vituperables o laudables, sino también no callando algunas cosas laudables en los vituperables, y algunas cosas vituperables en los laudables. Pues no porque Saúl fuera un hombre vituperable, su acto de buscar tan diligentemente lo que se había tomado del anatema y tratar de castigarlo tan severamente, obedeciendo a Dios, quien había prohibido hacerlo (I Sam. XIV, 24-45), o porque eliminó a los adivinos y ventrílocuos de su reino (I Sam. XXVIII, 3), no es laudable: ni porque David fuera laudable, sus pecados, que Dios también reprendió por medio del profeta (II Sam. XII, 1-14), deben ser aprobados o imitados. Así como en Poncio Pilato no es vituperable que, contra las acusaciones de los judíos, juzgara al Señor inocente (Juan XIX, 4, 6): ni en Pedro es laudable que negara al mismo Señor tres veces (Mat. XXVI, 70-74); o por lo que fue llamado satanás por él, porque no sabiendo lo que es de Dios, quiso apartarlo de la pasión, es decir, de nuestra salvación: poco antes llamado bienaventurado, poco después fue llamado satanás (Mat. XVI, 22, 23, 17). Pero lo que prevaleció en él, lo testimonia su apostolado y la corona del martirio.

CAPÍTULO LXVI.

Así pues, leemos los pecados del rey David, pero también leemos sus buenas obras. En cuanto a en qué prevaleció y de dónde obtuvo la victoria, es bastante evidente, no para la ceguera maliciosa con la que Fausto atacaba los Libros Sagrados y a los hombres, sino para la prudencia religiosa, con la que se pueden ver y discernir tanto la autoridad divina como los

méritos humanos. Porque estos pueden leer y ver que Dios reprendió a David más que Fausto (II Sam. XII y XXIV): pero allí también está el sacrificio de penitencia, allí está esa incomparable mansedumbre hasta con el enemigo más cruel y atroz, que cada vez que fue entregado en sus manos poderosas, fue liberado ileso de sus manos piadosas (I Sam. XXIV y XXVI). Allí está la memorable humildad bajo el castigo de Dios, y el cuello real sometido al yugo del Señor de tal manera que, armado y acompañado de hombres armados, soportó pacientemente las amargas injurias del enemigo; y refrenó con gran moderación a su compañero encendido de ira, que, al ver que su rey escuchaba tales cosas, ya se disponía a avanzar con mano vengadora sobre la cabeza del injuriador, añadiendo el peso del temor divino a su orden real, y diciendo que esto le había sido devuelto por el juicio supremo debido a sus méritos, por lo cual aquel injurioso había sido enviado para lanzarle tales reproches (II Sam. XVI). Allí, en el rebaño que le fue confiado, había tanto amor pastoral que él mismo deseaba morir por ellos, cuando, al ser contado el pueblo, Dios decidió castigar su pecado de soberbia disminuyendo ese mismo número con la muerte de muchos, cuya multitud había tentado el corazón del rey con soberbia: en cuyo juicio oculto Dios, en quien no hay iniquidad (Rom. IX, 14), apartó de esta vida a aquellos que conocía indignos de ella; y en aquel que se había enorgullecido de la multitud de hombres, sanó la hinchazón de su alma humana con la disminución de esa misma multitud. Allí, el temor religioso de Dios guardaba el sacramento de Cristo en la santa unción, de modo que su corazón tembló con piadosa preocupación cuando cortó en secreto una pequeña parte del manto de Saúl, para tener con qué demostrarle que no quería matarlo cuando podía. Allí, tan prudente con sus hijos y con tanta clemencia, que cuando el niño inocente, por quien había rogado al Señor con muchas lágrimas y en humildad mientras estaba enfermo, murió, no lloró; pero el mismo hijo joven, precipitado por la furia parricida, que había mancillado el lecho paterno con nefarios adulterios y libraba una guerra impía contra su padre, deseaba que fuera conservado y lloró su muerte: previendo las penas eternas de un alma envuelta en tan grandes crímenes, de las cuales deseaba que escapara corrigiéndose mediante la penitencia y viviendo humillado (II Sam. XVIII). Estas y muchas otras cosas dignas de alabanza e imitación se encuentran en ese santo varón, si no se examina con un espíritu perverso la Escritura que habla de él, especialmente si seguimos con una mente sumisa, piadosa y verdaderamente fiel la sentencia de Dios, quien conocía los secretos de su corazón, donde, ante su vista, que no puede ser engañada, le agradó de tal manera que incluso fue propuesto a sus hijos para ser imitado por él.

CAPÍTULO LXVII.

¿Qué otra cosa veía el Espíritu de Dios en las profundidades de su corazón cuando, corregido por el Profeta, dijo: "He pecado"; y de inmediato, por esta sola palabra, mereció escuchar que había recibido el perdón? ¿Para qué, sino para la salvación eterna? Porque no se omitió en él, según la amenaza de Dios, la disciplina del castigo paterno, para que, confesado, fuera liberado eternamente, y afligido temporalmente, fuera probado. No fue un pequeño indicio de la fortaleza de su fe, ni un pequeño signo de un alma mansa y obediente, cuando escuchó del Profeta que Dios le había perdonado, y sin embargo, lo que había sido amenazado ocurrió consecuentemente, no diciendo al Profeta que había sido engañado por una mentira, ni murmurando contra Dios, como si hubiera pronunciado un falso perdón de sus pecados. Porque entendía el hombre profundamente santo, y no levantando su alma contra Dios, sino hacia Dios, que si el Señor no fuera propicio al que confiesa y se arrepiente, cuán dignos de penas eternas serían sus pecados: por los cuales, mientras era quemado con correcciones temporales, veía que el perdón permanecía para él, y que la medicina no era descuidada. ¿Por qué, entonces, Saúl, corregido por Samuel, cuando también dijo: "He pecado" (I Sam. XV,

24), no mereció escuchar lo que David, que el Señor le había perdonado? ¿Acaso hay acepción de personas con Dios? De ninguna manera (Gál. II, 6). Pero en una voz similar que el sentido humano escuchaba, había un corazón diferente que el ojo divino discernía. ¿Qué nos enseñan tales ejemplos, sino que el reino de los cielos está dentro de nosotros (Luc. XVII, 28), y que debemos adorar a Dios desde nuestro interior, para que de la abundancia del corazón hable la boca (Mat. XII, 34); y no para que el pueblo lo honre con los labios, pero su corazón esté lejos de él (Id. XV, 8): ni atrevámonos a juzgar de otra manera a los hombres, cuyos interiores no podemos ver, que Dios, quien puede hacerlo, y no puede ser engañado ni corrompido; cuya sentencia más evidente sobre David, contenida en la Escritura divina de tan sublime autoridad, es mucho para reír, o más bien para lamentar, la temeridad humana que piensa de otra manera. Porque a esos libros divinos sobre los hombres antiguos se debe creer, que dijeron cosas tan lejanas en el futuro, que ahora se ven presentes.

CAPÍTULO LXVIII.

¿Qué otra cosa aprendemos en el Evangelio, cuando se escucha la misma voz de Pedro confesando a Cristo como el Hijo de Dios (Mat. XVI, 16), que también la de los demonios, emitiendo palabras similares, pero con un corazón muy diferente (Luc. VIII, 28)? Por lo tanto, en una voz similar, la fe de Pedro es alabada, la impureza de los demonios es contenida: ¿por quién, sino por aquel que no con oído humano, sino con mente divina conocía las raíces internas de esas voces, y sin falsedad las discernía? Porque muchos otros hombres dicen que Cristo es el Hijo del Dios vivo, y sin embargo no se comparan con los méritos de Pedro: no solo aquellos que dirán en aquel día, "Señor, Señor", y escucharán, "Apartaos de mí" (Mat. VII, 22, 23); sino también aquellos que serán separados a la derecha (Id. XXV, 33), entre los cuales muchos nunca negaron a Cristo ni una sola vez, ni desaprobaron su pasión por nuestra salvación, ni obligaron a los gentiles a judaizar (Gál. II, 14); y sin embargo, a Pedro, que hizo estas cosas, sentado en los doce tronos, y no solo juzgando a las doce tribus, sino también a los ángeles, aparecerán inferiores. Así también, muchos que no desean la esposa de nadie, ni persiguen hasta la muerte al esposo de la deseada, sin embargo, no pueden tener el mérito davídico ante Dios, aunque él haya hecho aquello. Tanto importa lo que cada uno tenga en sí mismo, y cuánto le desagrade, para que sea completamente extirpado; y lo que surge fructífero y opulento con gran fertilidad en su lugar: porque también a los agricultores les agradan más los campos que, aunque tengan grandes espinas erradicadas, producen cien veces, que aquellos que nunca tuvieron espinas y apenas llegan a treinta.

CAPÍTULO LXIX.

Así también Moisés, el siervo de Dios, el más fiel en toda su casa, ministro de la ley santa, y del mandamiento santo, justo y bueno, al que el Apóstol da testimonio (Heb. III, 5, y Rom. VII, 12); pues estas son sus palabras que he mencionado: también ministro de los sacramentos, no ya otorgando salvación, sino aún prometiendo al Salvador: lo cual el mismo Salvador confirma, diciendo: "Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribié él" (Juan V, 46): sobre lo cual, en su lugar, hemos discutido lo suficiente contra las calumnias impúdicas de los maniqueos; a este Moisés, siervo del Dios vivo, del Dios verdadero, del Dios supremo, creador del cielo y de la tierra, no de lo ajeno, sino de la nada, no por necesidad apremiante, sino por bondad abundante, no por el castigo de su miembro, sino por el poder de su palabra: a este, digo, Moisés, humilde al rechazar tan gran ministerio (Éxodo IV, 10), sumiso al aceptarlo, fiel al guardarlo, diligente al ejecutarlo; vigilante al gobernar al pueblo, vehemente al corregir, ardiente al amar, paciente al soportar; quien por aquellos a quienes presidía, se interpuso ante Dios consultando, se opuso a Dios airado: a este hombre

tan grande y tan noble, lejos de nosotros esté juzgarlo por la boca maledicente de Fausto; sino por la boca del Dios verdaderamente veraz, quien verdaderamente conocía al hombre que había hecho: ya que incluso los pecados de los hombres, que él no comete, los reconoce como juez en los que los niegan, y los perdona como padre en los que los confiesan. De su boca amamos, admiramos e imitamos a Moisés, su siervo, tanto como podemos, aunque estemos muy por debajo de sus méritos, incluso sin haber matado ni despojado a ningún egipcio, ni librado ninguna guerra, de las cuales él hizo unas por la índole de defensor del futuro, y otras por el mandato impuesto de Dios.

CAPÍTULO LXX.

Para omitir por el momento, que cuando mató al egipcio (Éxodo II, 12), aunque Dios no se lo había ordenado, sin embargo, en la persona profética, fue permitido divinamente que se hiciera para prefigurar algo futuro: de lo cual ahora no trato, sino que discuto como si esos hechos no significaran nada; y al consultar esa ley eterna, encuentro que no debía un hombre ser matado por aquel que no ejercía ningún poder ordenado, aunque fuera injurioso e impropio. Sin embargo, las almas capaces y fértiles en virtud a menudo manifiestan vicios, por los cuales indican a qué virtud están principalmente acomodadas, si son cultivadas por los preceptos. Porque así como los agricultores, cuando ven que una tierra, aunque inútil, produce grandes hierbas, la declaran apta para los cereales; y donde ven helechos, aunque sepan que deben ser erradicados, entienden que es apta para vides fuertes; y no dudan que el monte que ven crecer con acebuches silvestres, es útil para los olivos con el cultivo adecuado: así aquel movimiento del alma, por el cual Moisés no soportó que un hermano extranjero sufriera injusticia de un ciudadano malvado, sin observar el orden del poder, no era inútil para los frutos de las virtudes, sino que aún inculto, mostraba signos de gran fertilidad, aunque viciosa. Finalmente, él mismo, por su ángel, llamó a Moisés con voces divinas en el monte Sinaí, por quien el pueblo de Israel sería liberado de Egipto; y lo preparó para el fruto de la obediencia con el milagro de la visión en la zarza ardiente y no consumida, y con las palabras del Señor (Éxodo III, 4): quien también llamó a Saulo, perseguidor de la Iglesia, desde el cielo, lo derribó, lo levantó, lo llenó; como si lo golpeará, lo cortara, lo injertara, lo fecundara (Hechos IX, 4). Porque aquella saña de Pablo, cuando según el celo de las tradiciones paternas perseguía la Iglesia (Gál. I, 14), pensando que hacía un servicio a Dios, era como un vicio silvestre, pero indicio de gran fertilidad. De aquí también era aquel acto de Pedro, cuando, queriendo defender al Señor con la espada desenvainada, cortó la oreja del perseguidor: lo cual el Señor reprimió con suficiente severidad, diciendo: "Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán" (Mat. XXVI, 51, 52). Porque usa la espada aquel que, sin ninguna autoridad superior y legítima que lo ordene o lo conceda, se arma para derramar sangre de alguien. Pues ciertamente el Señor había ordenado que sus discípulos llevaran espada, pero no había ordenado que hirieran. ¿Qué, entonces, es incongruente, si Pedro, después de este pecado, fue hecho pastor de la Iglesia, como Moisés, después de haber matado al egipcio, fue hecho gobernante de aquella Sinagoga? Porque ambos, no por una implacable inhumanidad, sino por una animosidad corregible, excedieron la regla de la justicia: ambos pecaron por odio a la maldad ajena, pero aquel por amor fraterno, este por amor al Señor, aunque aún carnal. Este vicio debe ser cortado o erradicado; pero, sin embargo, un corazón tan grande, como tierra para los frutos, debe ser cultivado para llevar virtudes.

CAPÍTULO LXXI.

¿Qué, entonces, objeta Fausto sobre los egipcios despojados, sin saber lo que dice? Porque al hacerlo, Moisés no solo no pecó, sino que habría pecado si no lo hubiera hecho. Porque Dios

lo había ordenado (Éxodo III, 21, 22; XI, 2, y XII, 35, 36), quien ciertamente sabe no solo según los hechos, sino también según el corazón del hombre, qué debe sufrir cada uno, o por quién. Aún era un pueblo carnal, ocupado en la codicia de las cosas terrenales: los egipcios, en cambio, sacrílegos e inicuos; pues también usaban mal aquel oro, es decir, la criatura de Dios, en injuria al Creador, sirviendo a sus ídolos, y afligían injusta y vehementemente a los hombres extranjeros con trabajo gratuito. Por lo tanto, eran dignos tanto aquellos a quienes se les ordenó tales cosas, como aquellos que las sufrieron: y tal vez, según sus propias voluntades y pensamientos, los hebreos fueron más permitidos que ordenados a hacer estas cosas; pero Dios quiso dar a conocer su permiso a través de su siervo Moisés, cuando mandó que dijera. Puede ser que haya otras causas muy ocultas, por las cuales esto fue dicho divinamente a ese pueblo: pero a los mandatos divinos se debe ceder obedeciendo, no resistir discutiendo. El Apóstol dijo: "¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?" (Rom. XI, 34). Por lo tanto, ya sea que esta sea la causa que he dicho, o cualquier otra que esté oculta en la disposición secreta y oculta de Dios, por la cual dijo esto a través de Moisés a ese pueblo, para que pidieran a los egipcios cosas que les serían prestadas para llevárselas; sin embargo, afirmo que no fue dicho en vano ni injustamente, ni le habría sido lícito a Moisés hacer de otra manera que como Dios había dicho, para que el consejo de mandar estuviera en el Señor, y la obediencia de ejecutar en el siervo.

CAPÍTULO LXXII.

Pero, dice, no se debe creer que el Dios verdadero y bueno haya ordenado tales cosas de ninguna manera. Más bien, tales cosas no las ordena correctamente sino el Dios verdadero y bueno, quien solo sabe qué debe ser ordenado a cada uno, y solo no permite que nadie sufra nada incongruente. De lo contrario, esta bondad ignorante y falsa del corazón humano contradiga también a Cristo, para que no, por mandato del Dios bueno, los impíos sufran algo malo, cuando dirá a los ángeles: "Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla". Sin embargo, prohibió a los siervos que querían hacer esto inoportunamente, diciendo: "No sea que, al querer recoger la cizaña, arranquéis también el trigo" (Mat. XIII, 30, 29). Así, solo Dios verdadero y bueno sabe qué, cuándo, a quiénes, por quiénes debe ser hecho algo, ya sea que lo ordene o lo permita. También esta bondad humana, no bondad, sino vanidad, podría contradecir al mismo Señor, cuando permitió a los demonios, deseando ir a los cerdos con dañino deseo, y pidiéndolo, que lo hicieran (Id. VIII, 31, 32): especialmente porque los maniqueos no solo creían que los cerdos, sino también los animales pequeños y despreciables, tenían almas humanas. Rechazada y desechada esta vanidad, sin embargo, es evidente que nuestro Señor Jesucristo, el único Hijo de Dios, y por lo tanto Dios verdadero y bueno, concedió la muerte de los animales ajenos, la destrucción de cualquier tipo de criaturas, y el grave daño a los hombres, al deseo de los demonios. ¿Quién, entonces, sería el más demente en decir que no podría haber excluido a los demonios de los hombres, incluso si no hubiera querido concederles la destrucción de los cerdos? Pero si la dañina y perversa codicia de los espíritus condenados y ya destinados al fuego eterno, fue relajada por el Creador y ordenante de todas las naturalezas, con un moderado oculto, pero siempre justo, en lo que se había inclinado; ¿qué es absurdo, si los egipcios merecieron ser privados por los hebreos, hombres que dominaban injustamente a hombres libres, a quienes también eran deudores de su salario por sus tan duros e injustos trabajos, de las cosas terrenales, que también usaban en rito sacrílego en injuria al Creador? Sin embargo, si Moisés hubiera ordenado esto por su propia voluntad, o los hebreos lo hubieran hecho por su propia voluntad, ciertamente habrían pecado: aunque ellos, no haciendo esto que Dios había ordenado o permitido, pero tal vez deseando tales cosas, pecaron. Pero que esto se hiciera por la disposición divina, fueron permitidos por su juicio justo y bueno, quien sabe tanto castigar a

los impíos con penas, como instruir a los sujetos; y dar preceptos más fuertes a los más sanos, y ordenar ciertos grados medicinales a los más débiles. Moisés, sin embargo, no debe ser acusado de codicia en esos bienes deseados, ni de contumacia en los mandatos divinos despreciados.

CAPÍTULO LXXIII.

Porque algunos hechos, esa ley eterna que ordena conservar el orden natural, prohíbe perturbar, los ha puesto en un lugar intermedio para los hombres, de modo que en su uso se reprende con razón la audacia, pero en su ejecución se alaba justamente la obediencia. Tanto importa en el orden natural, qué es hecho por quién, y bajo quién actúa cada uno. Si Abraham hubiera inmolado a su hijo por su propia voluntad, ¿qué, sino horrible e insano? Pero al ser ordenado por Dios, ¿qué, sino fiel y devoto apareció (Gén. XXII, 10)? Lo cual la misma verdad clama, de modo que Fausto, disuadido por su voz, cuando buscaba con uñas y dientes qué decir contra el mismo Abraham, llegó hasta la calumniosa mentira, pero no se atrevió a reprochar esto: a menos que tal vez no le viniera a la mente un hecho tan noble, que no leído, ni buscado, ocurriera a su mente, que finalmente, cantado por tantas lenguas, pintado en tantos lugares, hiriera los oídos y ojos del que disimula. Por lo tanto, si en matar a su hijo el movimiento espontáneo es execrable, pero al ser ordenado por Dios, el servicio obediente no solo es inculpable, sino también digno de alabanza; ¿qué reprochas, Fausto, a Moisés, por haber despojado a los egipcios? Si te irrita como la impropiedad humana del que hace, que te aterre la autoridad divina del que ordena. ¿O estás preparado para vituperar incluso al mismo Dios que quiere que tales cosas se hagan? Vuelve, pues, atrás, Satanás; porque no entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres (Mat. XVI, 23). Y ojalá hubieras sido digno de escuchar esto como Pedro, y lo que en Dios reprendes con sentido débil, después lo hubieras predicado; como él, con glorioso pregón, después anunciaba a las naciones lo que al principio, cuando el Señor quería que se hiciera, le desagradaba.

CAPÍTULO LXXIV.

Por lo tanto, si finalmente la dureza humana y la voluntad torcida y perversa en asuntos correctos comprenden que hay una gran diferencia entre hacer algo por codicia o temeridad humana, y obedecer el mandato de Dios, quien sabe qué, cuándo y a quiénes permitir o mandar, qué conviene a cada uno hacer o sufrir; no debe sorprenderse ni horrorizarse por las guerras llevadas a cabo por Moisés, porque en ellas siguió los mandatos divinos, no actuando con crueldad, sino con obediencia: ni Dios, al ordenar tales cosas, actuaba con crueldad, sino que retribuía lo merecido a los dignos y aterrorizaba a los indignos. ¿Qué se critica en la guerra? ¿Es porque mueren aquellos que de todos modos morirán, para que sean sometidos los que vivirán en paz? Criticar esto es propio de los temerosos, no de los religiosos. El deseo de hacer daño, la crueldad de vengarse, el ánimo implacable e irreconciliable, la ferocidad de rebelarse, la lujuria de dominar, y cosas similares, son las que justamente se critican en las guerras; las cuales, para que también justamente sean castigadas, las guerras mismas son emprendidas por los buenos contra la violencia de los que resisten, ya sea por mandato de Dios o de alguna autoridad legítima, cuando se encuentran en ese orden de cosas humanas donde el mismo orden los obliga a mandar algo así o a obedecer justamente en tales cosas. De lo contrario, Juan, cuando los soldados vinieron a él para ser bautizados, diciendo, "¿Y nosotros qué haremos?", les habría respondido, "Dejad las armas, abandonad esta milicia; no golpeéis, no herid, no derribéis". Pero porque sabía que, al hacer estas cosas en el servicio militar, no eran homicidas, sino ministros de la ley; y no vengadores de sus propias injurias, sino defensores de la seguridad pública: les respondió, "No extorsionéis a nadie, no hagáis

falsas acusaciones, contentaos con vuestro salario" (Luc. III, 14). Pero porque los maniqueos acostumbraban a blasfemar abiertamente contra Juan, que escuchen al mismo Señor Jesucristo ordenando que se devuelva este salario al César, lo que Juan dice que debe ser suficiente para el soldado. "Dad", dice, "al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mat. XXII, 21). Y a esto se pagan tributos, para que por las guerras se proporcione necesariamente salario al soldado. Con razón también alabó la fe de aquel centurión que decía, "Porque también yo soy hombre bajo autoridad, teniendo soldados bajo mi mando; y digo a este, Ve, y va; y al otro, Ven, y viene; y a mi siervo, Haz esto, y lo hace" (Id. VIII, 9, 10), no ordenó la deserción de su milicia. Pero discutir ahora sobre guerras justas e injustas sería largo y no necesario.

CAPÍTULO LXXV.

Porque importa mucho las causas y los autores por los cuales los hombres emprenden las guerras: sin embargo, ese orden natural de los mortales adaptado a la paz exige que la autoridad y el consejo para emprender la guerra pertenezcan al Príncipe; pero el ministerio de ejecutar las órdenes bélicas deben los soldados a la paz y seguridad común. Sin embargo, la guerra que se emprende con Dios como autor, no cabe duda de que se emprende correctamente, ya sea para aterrorizar, someter o subyugar la soberbia de los mortales: cuando incluso aquella que se lleva a cabo por codicia humana, no solo no puede perjudicar en nada al Dios incorruptible, sino tampoco a sus santos; a quienes más bien se encuentra que les sirve para ejercitar la paciencia, humillar el alma y soportar la disciplina paterna. Porque nadie tiene poder sobre ellos, a menos que le haya sido dado desde arriba. No hay poder sino de Dios (Rom. XIII, 1), ya sea mandando o permitiendo. Por lo tanto, cuando un hombre justo, si acaso sirve bajo un rey humano incluso sacrílego, pide correctamente guerrear por orden de este, manteniendo el orden de la paz cívica; lo que se le ordena, o es seguro que no está contra el mandato de Dios, o no es seguro si lo está, de modo que tal vez la iniquidad del mandato haga culpable al rey, pero el orden del servicio muestre inocente al soldado: cuánto más en la administración de las guerras se comporta con total inocencia quien guerrea por mandato de Dios, a quien nadie que le sirve ignora que no puede mandar nada malo.

CAPÍTULO LXXVI.

Pero si piensan que Dios no pudo haber mandado guerrear porque el Señor Jesucristo después dijo, "Yo os digo, no resistáis al mal; sino que si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra" (Mat. V, 39); entiendan que esta preparación no está en el cuerpo, sino en el corazón: porque allí está el santo lecho de la virtud, que también habitó en aquellos antiguos justos, nuestros padres: pero el orden de la dispensación y distribución de los tiempos exigía que primero aparecieran también esos bienes terrenales, en los cuales se cuentan los reinos humanos y las victorias sobre los enemigos, por los cuales principalmente la ciudad de los impíos, extendida por el mundo, solía suplicar a los ídolos y demonios, no pertenecen sino al poder y arbitrio del único Dios verdadero. Por eso, el Antiguo Testamento cubrió con promesas terrenales el secreto del reino de los cielos, que debía ser revelado en el tiempo oportuno, y de alguna manera lo oscureció con sombras. Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos para que se revelara el Nuevo Testamento, que estaba velado por las figuras del Antiguo, debía demostrarse ya con evidente testimonio que hay otra vida por la cual esta vida debe ser despreciada, y otro reino por el cual deben soportarse pacientemente todas las adversidades de los reinos terrenales. Por lo tanto, por cuyas confesiones, pasiones y muertes a Dios le agradó atestiguar esto, se les llama mártires, que en latín se interpreta como testigos: cuyo número floreció tanto, que si Cristo, quien llamó a Saulo desde el cielo y lo convirtió de lobo en oveja, quisiera reunirlos y armarlos y ayudarlos combatiendo, como ayudó a los

padres hebreos, ¿qué naciones resistirían? ¿qué reinos no cederían? Pero para que se diera un testimonio clarísimo a la verdad, que ya debía enseñarse, no por la felicidad temporal en esta vida, sino por la eterna después de esta vida, debía servirse a Dios, lo que comúnmente se llama infelicidad debía ser soportado y sufrido por esa felicidad. Así, en la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios, hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Gál. IV, 4, 5), hecho del linaje de David según la carne (Rom. I, 3), envía a sus discípulos como ovejas en medio de lobos, y les advierte que no teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; promete también la renovación de la integridad del mismo cuerpo hasta la restauración del cabello (Mat. X, 16, 28, 30): devuelve la espada de Pedro a la vaina; repara la oreja cortada del enemigo a su forma original: dice que podría haber mandado legiones de ángeles para destruir a los enemigos, si no fuera porque debía beber el cáliz que la voluntad paterna le había dado (Id. XXVI, 52, 53; Luc. XXII, 51, 42, y Juan XVIII, 11); lo bebe precediendo, lo ofrece a los que le siguen: revela la virtud de la paciencia con su precepto, la confirma con su ejemplo. Por lo cual Dios lo resucitó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filip. II, 9-11). Aquí, por lo tanto, reinaron los Patriarcas y Profetas, para que se mostrara que también estos reinos son dados y quitados por Dios: no reinaron aquí los Apóstoles y mártires, para que se abriera más bien el deseo del reino de los cielos. Aquellos reyes libraron guerras, para que también tales victorias se mostraran otorgadas por la voluntad de Dios: estos fueron muertos sin resistir, para enseñar que es una victoria más valiosa ser muerto por la fe de la verdad. Aunque también allí los Profetas sabían morir por la verdad, como el mismo Señor dice, "Desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías" (Mat. XXIII, 35): y aquí, después de que comenzó a cumplirse, lo que bajo la figura de Salomón (que se interpreta como Pacífico) se profetizó del Señor Cristo (porque él es nuestra paz (Efes. II, 14) en el Salmo, "Y lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán" (Sal. LXXI, 11); también los emperadores cristianos, llevando plena confianza de piedad en Cristo, obtuvieron una victoria gloriosísima sobre los enemigos sacrílegos, que habían puesto su esperanza en los sacramentos de los ídolos y demonios; con documentos clarísimos y muy conocidos, de los cuales algunos ya han sido escritos y confiados a la memoria, aquellos fueron engañados por las profecías de los demonios, estos fueron fortalecidos por las predicciones de los santos.

CAPÍTULO LXXVII.

Pero si esto les parece extraño a estos vanos, que Dios mandara una cosa a los dispensadores del Antiguo Testamento, donde la gracia del Nuevo estaba velada, y otra a los predicadores del Nuevo Testamento, donde se revela la oscuridad del Antiguo, que presten atención al mismo Señor Cristo cambiando lo que había dicho, y diciendo otra cosa: "Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿os faltó algo?" Y ellos dijeron, "Nada". Entonces les dice: "Pero ahora, el que tenga bolsa, tómelala, y también la alforja; y el que no tenga, venda su capa y compre una espada". Ciertamente, si encontraran estas diferencias en los Testamentos individuales, el Antiguo y el Nuevo, también por esto clamarían que los dos Testamentos son contrarios entre sí. ¿Qué responderán ahora, cuando el mismo dice, "Antes os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, y nada os faltó: ahora, sin embargo, el que tenga bolsa, tómelala, y también la alforja; y el que tenga capa, véndala y compre una espada"? ¿Entienden ya cómo no hay inconstancia en el que manda, sino razón en el que dispensa, para que los preceptos, consejos o permisos se cambien según la diversidad de los tiempos? Porque si dicen que esto de tomar la bolsa y la alforja y comprar la espada fue dicho por gracia de un cierto misterio, ¿por qué no admiten que por gracia de un cierto misterio el mismo único Dios mandó

entonces a los Profetas librar guerras, y ahora prohibió a los Apóstoles? Porque en lo que hemos recordado del Evangelio, no solo fueron palabras del Señor: sino que también siguieron los hechos de los discípulos obedientes. Porque entonces fueron sin bolsa y alforja, y nada les faltó; como lo declaró su pregunta y su respuesta. Y ahora le dijeron, cuando mandó comprar una espada, "Aquí hay dos espadas". Y él respondió, "Basta". De aquí que Pedro fue encontrado armado, cuando cortó la oreja del perseguidor: donde se reprime su audacia espontánea (Luc. XXII, 35, 36, 38, 50, 51); porque no fue mandado a usar la espada como fue mandado a tomarla. Ciertamente estaba oculta la voluntad del Señor, por qué mandó llevar armas, si no quería que las usaran. Sin embargo, a él le correspondía mandar con razón, pero a ellos hacer sin cuestionar los mandatos.

CAPÍTULO LXXVIII.

Por lo tanto, se critica con ignorancia calumniosa a Moisés por haber librado guerras, quien debería ser menos criticado si las librara por su propia voluntad, que si no las librara por mandato de Dios: atreverse a criticar al mismo Dios por haber mandado tales cosas, o no creer que un Dios justo y bueno pudo haber mandado tales cosas, es propio de un hombre que, para hablar con suavidad, no puede comprender la providencia divina que se extiende por todo lo alto y lo bajo, ni lo que nace es nuevo, ni lo que muere perece; sino que cada cosa en su propio orden, ya sea de naturalezas o de méritos, cede, sucede o permanece: pero la voluntad recta de los hombres se une a la ley divina, y la codicia desordenada es restringida por el orden de la ley divina; para que ni el bueno quiera otra cosa que lo que se le manda, ni el malo pueda más de lo que se le permite; así, ciertamente, que no pueda impunemente lo que injustamente quiera. Por lo tanto, en todas las cosas que la debilidad humana teme u horroriza, solo la iniquidad es justamente condenada: las demás son tributos de las naturalezas o méritos de las culpas. El hombre se hace iniquo cuando ama por sí mismas las cosas que deben ser asumidas por otra razón, y desea por otra razón las cosas que deben ser amadas por sí mismas. Porque así, en cuanto depende de él, perturba en sí mismo el orden natural, que la ley eterna manda conservar. El hombre se hace justo cuando no desea usar las cosas por otra razón que por la que han sido divinamente instituidas; pero disfrutar de Dios por sí mismo, y de sí mismo y del amigo en el mismo Dios por el mismo Dios. Porque ama al amigo por Dios, quien ama el amor de Dios en el amigo. Pero si la iniquidad o la justicia no estuvieran en la voluntad, no estarían en el poder. Además, si no estuvieran en el poder, ningún premio, ningún castigo sería justo: lo cual nadie sabio, sino el insensato, piensa. La ignorancia y la debilidad, para que el hombre no sepa qué debe querer, o no pueda todo lo que quiera, provienen de un orden oculto de castigos, y de esos inescrutables juicios de Dios, en quien no hay iniquidad (Rom. IX, 14). Porque nos ha sido revelado el pecado de Adán por el fiel testimonio de Dios; y que en él todos mueren, y que por él el pecado entró en este mundo, y por el pecado la muerte, está verdaderamente escrito (Id. V, 12-19). Y porque de este castigo el cuerpo se corrompe y agobia el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15), es muy verdadero y bien conocido por nosotros: y porque de este justo castigo no libera sino la misericordiosa gracia, es cierto. Y de aquí el Apóstol exclama con gemidos: "¡Infeliz de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 24, 25). Pero cuál sea la distribución del Dios que juzga y se compadece, por qué uno así, otro de otra manera; se hace por causas ocultas, pero justas. Sin embargo, no por eso desconocemos que todas estas cosas se hacen por el juicio o la misericordia de Dios, aunque en medidas, números y pesos ocultos, por los cuales todas las cosas son dispuestas por Dios creador de todo lo que naturalmente existe (Sab. XI, 21); ni autor, pero sí ordenador incluso de los pecados; para que las cosas que no serían pecados si no fueran contra la naturaleza, sean así juzgadas y ordenadas, para que

no se permita que perturben o manchen la naturaleza del universo, asignadas a los lugares y condiciones de sus méritos. Dado que así son las cosas, y por este secreto de los juicios de Dios y los movimientos de las voluntades humanas, algunos son corrompidos por las mismas prosperidades, otros las usan con templanza; y por las mismas adversidades, algunos desfallecen, otros progresan; y dado que esta misma vida humana y mortal es una prueba sobre la tierra (Job VII, 1): ¿quién de los hombres sabe a quién le beneficia o perjudica reinar o servir en paz, o estar libre, o morir; o en la guerra, mandar, luchar, vencer o ser muerto? aunque esto es cierto, que a quien beneficia, no es sino por el beneficio divino; y a quien perjudica, no es sino por el juicio divino.

CAPÍTULO LXXIX.

¿Qué hacemos entonces al lanzarnos a críticas temerarias, y ojalá fueran de hombres y no de Dios? Los dispensadores del Antiguo Testamento, que también fueron anunciadores del Nuevo Testamento, sirvieron a Dios matando pecadores; los dispensadores del Nuevo Testamento, que también fueron expositores del Antiguo Testamento, sirvieron a Dios muriendo a manos de pecadores: sin embargo, ambos sirvieron al único Dios, quien enseña en tiempos diversos y apropiados que los bienes temporales deben ser buscados por Él y despreciados por Él, y que las molestias temporales pueden ser impuestas por Él y deben ser toleradas por Él. ¿Qué hizo Moisés de cruel al mandar o ejecutar, cuando, celoso santamente del pueblo que se le había confiado y deseando que estuviera sometido al único Dios verdadero, después de conocer que habían caído en la fabricación y adoración de un ídolo, prostituyendo su mente impúdica a los demonios, castigó con la espada a unos pocos de ellos, a quienes el mismo Dios, a quien habían ofendido, había decidido con juicio alto y secreto que debían ser heridos de inmediato, y así los aterrorizó saludablemente en el presente y sancionó la disciplina para el futuro? Pues, ¿quién no reconoce en sus palabras, cuando oraba por su pecado, que lo hizo no con crueldad, sino con gran amor, diciendo: "Si perdonas su pecado, perdónalos; si no, bórrame de tu libro" (Éxodo 32)? Comparando, pues, cualquiera que sea piadoso y prudente, aquella matanza y esta oración, ve claramente, ve cuán grande es el mal de fornicar el alma con los ídolos de los demonios, cuando así actúa quien así ama. Así también el Apóstol, no cruelmente, sino amorosamente, entregó a un hombre a Satanás para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús (1 Corintios 5, 5). También entregó a otros para que aprendieran a no blasfemar (1 Timoteo 1, 20). Los maniqueos leen las escrituras apócrifas, escritas bajo el nombre de los Apóstoles por ciertos inventores de fábulas: las cuales, si en los tiempos de sus autores hubieran merecido ser recibidas en la autoridad de la santa Iglesia, los hombres santos y doctos que entonces vivían y podían examinar tales cosas, habrían reconocido que hablaban la verdad. Sin embargo, allí leen que el apóstol Tomás, cuando estaba en un banquete de bodas como extranjero y completamente desconocido, fue golpeado con una palma por un sirviente, y maldijo al hombre con una venganza continua y severa. Pues cuando salió a la fuente para traer agua a los comensales, un león lo atacó y lo mató, y la mano con la que había golpeado levemente la cabeza del Apóstol fue arrancada del cuerpo y, según la palabra del mismo apóstol que lo deseaba y maldecía, un perro la llevó a la mesa donde el Apóstol estaba sentado. ¿Qué puede parecer más cruel que esto? Sin embargo, porque allí, si no me equivoco, también está escrito que pidió perdón para él en el siglo futuro, se hizo una compensación de un beneficio mayor; para que el Apóstol fuera recomendado a los desconocidos por este temor como querido por Dios, y se le aconsejara al hombre después de esta vida que alguna vez terminaría, para la eternidad. Si esa narración es verdadera o inventada, no me importa ahora. Ciertamente, los maniqueos, de quienes esas escrituras, que el canon eclesiástico rechaza, son aceptadas como verdaderas y sinceras, al menos se ven obligados a admitir que la virtud de la paciencia, que

el Señor enseña diciendo: "Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra" (Mateo 5, 39), puede estar en la preparación del corazón, aunque no se exhiba en el gesto del cuerpo y la expresión de las palabras: ya que el Apóstol, golpeado con una palma, rogó más bien a Dios que perdonara al hombre injurioso en el siglo futuro, pero que en el presente esa injuria no quedara sin castigo, que ofrecerle la otra parte al que golpeaba, o advertirle que golpeara de nuevo. Ciertamente mantenía internamente el afecto de amor, y externamente buscaba el ejemplo de corrección. Sea esto verdadero o inventado, ¿por qué no quieren creer que con tal ánimo el siervo de Dios Moisés derribó con la espada a los fabricantes y adoradores de ídolos; cuando en sus palabras aparece suficientemente que pidió perdón por tal pecado, de modo que si no lo obtenía, deseaba ser borrado del libro de Dios? ¿Y qué es similar, un hombre desconocido golpeado con una palma; y Dios liberando de la servidumbre de Egipto, haciendo pasar por el mar dividido, cubriendo con las olas a los enemigos perseguidores, abandonado y despreciado por un ídolo preferido a Él? Pero si comparamos las mismas penas, ¿qué es similar ser muerto por la espada; y ser destrozado y desgarrado por fieras? ya que los jueces que sirven a las leyes públicas ordenan que los culpables de un crimen mayor sean expuestos a las bestias, más que ser golpeados con la espada.

CAPÍTULO LXXX.

Queda en las maldiciones y críticas sacrílegas de Fausto, a las que ahora respondo, lo que el Señor dijo al profeta Oseas: "Toma para ti una esposa fornicaria, y engendra hijos de fornicación" (Oseas 1, 2). En esta Escritura, su corazón impuro está tan cegado que no entienden las palabras más claras del Evangelio del Señor diciendo a los judíos: "Las prostitutas y los publicanos os precederán en el reino de los cielos" (Mateo 21, 31). ¿Qué hay de contrario a la clemencia de la verdad, qué enemigo de la fe cristiana, si una prostituta, dejando la fornicación, se convierte en un matrimonio casto? ¿Y qué tan incongruente y ajeno a la fe del Profeta, si no creyera que todos los pecados de la impúdica han sido perdonados al cambiar para mejor? Así que cuando el Profeta hizo de la prostituta su esposa, se aconsejó a la mujer para corregir su vida, y se expresó el sacramento de la figura, de la que hablaremos pronto. Pero, ¿quién no ve en este hecho qué ofende más bien al error de los maniqueos? Por supuesto, porque las prostitutas suelen esforzarse por no quedar embarazadas. Por lo tanto, les agradaba más una fornicaria que permaneciera para no atar a su dios, que una esposa de un solo hombre que pudiera dar a luz.

CAPÍTULO LXXXI.

¿Qué puedo decir de Salomón, sino que es refutado más gravemente por el testimonio fiel y santo de la Escritura que por las acusaciones petulantes y frívolas de Fausto? Pues aquella habló de él veraz y fielmente, tanto de lo bueno que había tenido antes, como de lo malo que hizo, dejando el bien en el que primero había estado (1 Reyes 3, 11, y Eclesiástico 47); pero este, con los ojos cerrados, o más bien apagados, no iba donde la luz manifestante lo guiaba, sino que se precipitaba donde la malevolencia lo llevaba. Pues los santos Libros insinuaron más a sus lectores y elegidos religiosos cuán castamente los hombres santos tuvieron muchas esposas; porque Salomón, que las tuvo no de esa manera, sino más por lujuria que por procreación, fue desaprobado y reprendido con estas palabras, para que fuera llamado amante de mujeres; y de ahí cayó y se sumergió en el profundo de la idolatría, siendo expuesto por la misma verdad que no acepta la persona de nadie.

CAPÍTULO LXXXII.

Ahora, pues, ya tratadas todas las personas por las que Fausto pensó que las escrituras del Antiguo Testamento debían ser culpadas, y dado a cada uno su discurso adecuado, en el que o bien se defendieron los hombres de Dios contra las calumnias de los herejes y carnales, o bien, aunque se reprendieron a los hombres, sin embargo, se mostró que la Escritura es laudable y venerable: veamos en adelante, en el orden en que Fausto los acusó al mencionarlos, qué significan también los mismos hechos de los hombres, qué profecías llevan, qué futuros anuncian: lo que ya hicimos con Abraham, Isaac y Jacob, de quienes Dios quiso ser llamado así (Éxodo 3, 15), como si fuera el Dios de ellos solos, quien es el Dios de toda la creación: no en vano, ciertamente, otorgándoles tanto honor, sino porque conocía en ellos, lo que solo Él podía conocer perfectamente y sumamente, una caridad sincera y preeminente: y porque en esos tres Padres de alguna manera consumó un gran y maravilloso sacramento de su futuro pueblo, que engendraron no solo en libertad, como por Sara (Génesis 21, 1, 2) y Rebeca (Génesis 25, 21) y Lía y Raquel (Génesis 29 y 30); sino también en servidumbre, como por la misma Rebeca nació Esaú, a quien se le dijo: "Serás siervo de tu hermano" (Génesis 27, 40): y por las siervas no solo en servidumbre, como por Agar (Génesis 16, 15); sino también en libertad, como por Bala y Zilpa (Génesis 30). Pues así también en el pueblo de Dios nacen por los libres espirituales no solo en la loable libertad, como aquellos a quienes se les dice: "Sed imitadores de mí, como yo de Cristo" (1 Corintios 4, 16); sino también en la condenable servidumbre, como por Felipe Simón (Hechos 8, 13): y por los siervos carnales, nacen no solo en la condenable servidumbre, que los imitan; sino también en la loable libertad, a quienes se les dice: "Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen" (Mateo 23, 3). Este gran sacramento, quien lo reconozca prudentemente en el pueblo de Dios, guarda la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz hasta el fin, adhiriéndose a algunos, tolerando a otros. Hicimos esto también con Lot; mostrando qué de él es digno de alabanza, qué de censura narra la Escritura, qué debe entenderse de todo lo que se significó con ese hecho (Génesis 19).

CAPÍTULO LXXXIII.

Sigue que consideremos el hecho de Judá, que se acostó con su nuera (Génesis 38), qué significó de los futuros. Pero primero debemos hablar para que no ofenda a alguien de poca consideración, que de algunas malas obras de los hombres en las Escrituras santas, se signifiquen no cosas malas, sino buenas futuras. Pues la divina providencia mantiene en todas partes la virtud de su bondad, de modo que así como de la unión de adúlteros se forma y nace un hombre, de la obra mala de los hombres, la buena obra de Dios, como ya dijimos en el sermón anterior (Supra, cap. 48), de la fecundidad de las semillas, no de la torpeza de los vicios; así en las Escrituras proféticas, no solo de las buenas obras de los hombres, sino también de las malas, se narra algo que significa de las malas obras de los hombres también futuros bienes, no por la obra del pecador, sino por la del escritor. Pues Judas, cuando entraba a Thamar vencido por la concupiscencia, no llevaba esta intención de su lujuria para que de allí se significara algo que perteneciera a la salvación de los hombres: así como tampoco Judas el que entregó al Señor, tenía esta intención para que de allí se realizara algo que perteneciera a la misma salvación de los hombres. Pero si de tan mala obra de aquel Judas, el Señor hizo tan buena obra, que con la sangre de su misma pasión nos redimiera; ¿qué maravilla si su Profeta, de quien Él mismo dijo: "Porque de mí escribió él" (Juan 5, 46), de la mala obra de este Judas, significó algo bueno, para enseñarnos con su ministerio? Pues los hechos de los hombres, el Profeta narrador, disponiendo e inspirando el Espíritu Santo, recogió aquellos cuya interposición no careciera de la prefiguración de las cosas que intentaba profetizar: para significar algunos bienes, no importa si los hechos con los que se significan son buenos o malos. Pues, ¿qué me importa, cuando quiero conocer algo leyendo,

si encuentro escritos negros etíopes con minio, y blancos galos con tinta? Sin embargo, si viera tal pintura, sin duda la reprobaría. Así en los hechos de los hombres, que se proponen para imitar o evitar, importa mucho si son buenos o malos: pero los que se escriben o dicen para significar, no importa en los modales de los que los hacen, qué alabanza o censura merezcan, si tienen alguna congruencia necesaria para prefigurar la cosa de la que se trata. Pues así como Caifás en el Evangelio, en cuanto a su ánimo nocivo y pernicioso, en cuanto a las mismas palabras, si atiendes a la voluntad del que habla, con las que actuaba para que el justo fuera injustamente matado, ciertamente eran malas: sin embargo, significaban un gran bien sin que él lo supiera, cuando dijo: "Conviene que un hombre muera, y no perezca toda la nación" (Juan 11, 50, 51). Así el hecho de Judá según su lujuria fue malo, pero sin que él lo supiera significó un gran bien: pues hizo el mal por sí mismo, pero no significó el bien por sí mismo. Esto, que consideré necesario prehablar, no solo vale para este hecho de Judá, sino también para otros, si se presentan malas obras de los hombres, por las que se profetizó algo bueno por el narrador.

CAPÍTULO LXXXIV.

En Thamar, pues, la nuera de Judá, se entiende el pueblo del reino de los judíos, al que se le asignaban reyes de la tribu de Judá como maridos: con razón su nombre se interpreta como Amargura; pues ella dio al Señor la bebida de hiel (Mateo 27, 34). Los dos tipos de príncipes que no actuaban correctamente en el pueblo, uno de los que dañaban, otro de los que no hacían ningún bien, se significan en los dos hijos de Judá: uno era maligno o cruel ante el Señor, el otro derramaba en la tierra para no dar semilla para fecundar a Thamar. No hay más de dos tipos de hombres inútiles para el género humano: uno de los que dañan, otro de los que no quieren ayudar y si tienen algo bueno en esta vida terrena lo pierden, como derramándolo en la tierra. Y porque en el mal es primero el que daña, que el que no ayuda, por eso el mayor se llama maligno; el otro, que derramaba en la tierra, es el siguiente. El nombre del mayor, que se llamaba Er, se interpreta como Piel, con las cuales fueron vestidos los primeros hombres en castigo de su condenación al ser expulsados del paraíso (Génesis 3, 21); el nombre del siguiente, que se llamaba Onán, se interpreta como Dolor de ellos: ¿de quiénes, sino de aquellos a quienes nada les aprovecha, cuando tienen con qué aprovechar y lo pierden en la tierra? Por cierto, es mayor mal el de la vida quitada, que significa piel, que el de la vida no ayudada, que significa dolor de ellos: sin embargo, Dios se dice que mató a ambos, donde se figura que el reino les fue quitado a tales hombres. El tercer hijo de Judá, que no se une a esa mujer, significa el tiempo desde que los reyes comenzaron a no ser de la tribu de Judá para el pueblo: y por eso era hijo de Judá, pero no lo tomaba como marido Thamar; porque era la misma tribu de Judá, pero ya nadie reinaba para el pueblo de allí. De ahí que su nombre, es decir, Selom, se interpreta como Su Dimisión. No se cuentan ciertamente en esta significación los hombres santos y justos, que aunque estuvieron en ese tiempo, pertenecen sin embargo al Nuevo Testamento, al que profetizando fueron útiles conscientemente, como fue David. En ese tiempo, cuando ya había comenzado a faltar el reino de la tribu de Judá, no se debe contar a Herodes el mayor entre sus reyes, como marido de Thamar: pues era extranjero, y no se unía a ella con aquel sacramento de la unción mística como conyugalmente; sino que como extraño dominaba, poder que había recibido de los romanos y de César. Así también sus hijos tetrarcas, de los cuales uno era Herodes llamado por el nombre de su padre, quien con Pilato concordó en la pasión del Señor (Lucas 23, 12): estos, pues, extranjeros, hasta tal punto no se contaban en aquel reino místico de los judíos, que los mismos judíos clamaban públicamente, enfurecidos contra Cristo, "No tenemos rey, sino a César" (Juan 19, 15). Ni esto es verdad, sino por aquel dominio universal de los

romanos: pues también César era rey no propiamente de los judíos; pero para negar a Cristo, y adular a este, por eso se condenaron con tal voz.

CAPÍTULO LXXXV.

En ese tiempo, pues, cuando ya había faltado el príncipe de Judá, y toda la enseñanza y unción de los judíos, debía venir Cristo, el verdadero Salvador nuestro Señor, que no dañara, y mucho ayudara. Pues así había sido profetizado: "No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado: y él será la esperanza de las naciones" (Génesis 49, 10). Ya en ese tiempo también había cesado todo magisterio de los judíos, y la unción mística, de donde se llamaban cristos, según la profecía de Daniel. Entonces vino aquel a quien estaba reservado, la esperanza de las naciones, y fue ungido el Santo de los santos (Daniel 9, 24-27) con el óleo de la alegría más que sus compañeros (Salmo 44, 8). Pues nació en el tiempo de Herodes el mayor (Mateo 2, 1), pero padeció bajo Herodes el menor, el tetrarca (Lucas 23, 7, 46). Así pues, la figura de su venida a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo 15, 24), la llevó el mismo Judá cuando iba a trasquilar sus ovejas en Timná, que se interpreta como Deficiente. Pues ya había faltado el príncipe de Judá, y toda la enseñanza y unción de los judíos, para que viniera aquel a quien estaba reservado. Vino, pues, con su pastor adulamita, cuyo nombre era Hira; y se interpreta Adulamita, Testimonio en el agua. Con este testimonio ciertamente vino el Señor, teniendo ciertamente un testimonio mayor que Juan (Juan 5, 36); pero sin embargo, para las ovejas débiles, usó este testimonio en el agua. Pues también Hira, que era el nombre de aquel pastor, se interpreta Visión de mi hermano. Vio ciertamente a su hermano Juan, hermano según la descendencia de Abraham, según el parentesco de María su madre y de Isabel su madre; y al mismo tiempo a su Señor y Dios, porque, como él mismo dijo, de su plenitud recibió (Juan 1, 16). Vio ciertamente, y por eso entre los nacidos de mujer no surgió mayor que él (Mateo 11, 11): porque de todos los que anunciaron a Cristo, él vio lo que muchos justos y profetas desearon ver, y no vieron (Mateo 13, 17). Lo saludó desde el vientre (Lucas 1, 44); lo reconoció más perfectamente desde la paloma, y por eso como verdadero adulamita dio testimonio en el agua (Lucas 3, 21, 22). Vino, pues, el Señor a trasquilar las ovejas, es decir, a descargarlas de cargas laboriosas, de las cuales las iglesias alabadas en el Cantar de los Cantares tienen dientes como rebaño de ovejas trasquiladas (Cantar de los Cantares 4, 2).

CAPÍTULO LXXXVI.

Ya Tamar cambie su atuendo; pues Tamar también se interpreta como "cambiando": pero en ella permanezca por completo el nombre de amargura; no aquella amargura con la que ofreció hiel al Señor, sino aquella en la que Pedro lloró amargamente (Mateo 26, 75). Pues Judas también significa "Confesión" en latín. Por lo tanto, a la confesión se le debe mezclar amargura, para que se señale la verdadera penitencia. Con esta penitencia se fecunda la Iglesia establecida en todas las naciones. Porque era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas 24, 46-47). Pues el mismo atuendo de meretriz es confesión de pecados. Tamar lleva ya el tipo de la Iglesia, convocada de entre los gentiles, sentada con este atuendo a la puerta de Enaim, que se interpreta como "Fuentes". Corrió como ciervo a las fuentes de las aguas, para llegar a la simiente de Abraham: allí es fecundada por quien no la reconoce, porque de ella se había predicho, "El pueblo que no conocí, me sirvió" (Salmo 17, 45). Recibió en secreto el anillo, el collar y la vara: es señalada por la vocación, adornada por la justificación, exaltada por la glorificación. Porque a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos

también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó (Romanos 8, 30). Pero esto, como dije, aún en secreto, donde también se realiza la concepción de la santa fecundidad. Sin embargo, se envía el cabrito prometido como a una meretriz, el cabrito es reproche del pecado; por el mismo adulamita, como increpando y diciendo, "Generación de víboras" (Mateo 3, 7). Pero no la encuentra el reproche del pecado, a quien cambió la amargura de la confesión. Después, ya con las señales publicadas, del anillo, el collar y la vara, venció a los judíos que juzgaban temerariamente, cuya persona ya representaba Judas, quienes aún hoy dicen que este no es el pueblo de Cristo, ni que nosotros tenemos la simiente de Abraham: pero con los documentos certísimos de nuestra vocación, justificación, glorificación, sin duda se confundirán, y confesarán que nosotros hemos sido más justificados que ellos. Examinaría y discutiría esto más detalladamente y de manera más articulada, tanto como el Señor ayudara mi intención, si no me prohibiera de esta laboriosa diligencia el cuidado de terminar esta obra, que ya es más extensa de lo que quisiera.

CAPÍTULO LXXXVII.

Ahora, con la mayor brevedad posible, abordaré lo que el pecado de David (II Samuel 11) significó en la profecía. Los mismos nombres interpretados muestran suficientemente lo que este hecho prefiguró. David se interpreta como "Mano fuerte" o "Deseable": ¿y qué más fuerte que aquel León de la tribu de Judá, que venció al mundo (Apocalipsis 5, 5)? ¿Y qué más deseable que aquel de quien el profeta dice, "Vendrá el deseado de todas las naciones" (Ageo 2, 8)? Betsabé se interpreta como "Pozo de saciedad" o "Pozo séptimo": cualquiera de estas interpretaciones del nombre se ajusta suficientemente a lo que pretendemos decir. Pues en el Cantar de los Cantares, la esposa es la Iglesia, que es llamada "pozo de agua viva" (Cantar 4, 15): y a este pozo se le une el nombre del número siete en la significación del Espíritu Santo; por la razón de Pentecostés, el día en que el Espíritu Santo fue enviado desde el cielo (Hechos 2, 1-4). Pues la Escritura de Tobías también testifica que ese día festivo consta de semanas (Tobías 2, según los LXX). A los cuarenta y nueve, que es siete veces siete, se añade uno, por lo que se recomienda la unidad. En esta razón vive aquella sentencia apostólica: "Soportándoos unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efesios 4, 2-3). Por lo tanto, con el don espiritual, es decir, el séptuple, la Iglesia se convierte en pozo de saciedad: porque en ella se ha hecho "una fuente de agua que salta para vida eterna", quien la tenga, "no tendrá sed jamás" (Juan 4, 14, 13). Urías, quien fue su esposo, ¿qué otra cosa significa sino al diablo por la interpretación de su nombre? A quien estaban ligados en un pésimo matrimonio todos aquellos que la gracia de Dios libera, para que la Iglesia sin mancha ni arruga se una a su propio Salvador (Efesios 5, 27). Urías se interpreta como "Mi luz es de Dios": pero heteo, "Cortado", o porque no permaneció en la verdad (Juan 8, 44), sino que fue cortado de su luz celestial, que tenía de Dios, por el mérito de su soberbia; o porque, habiendo caído y perdido sus verdaderas fuerzas, se transforma sin embargo en ángel de luz (II Corintios 11, 14), atreviéndose aún a decir, "Mi luz es de Dios". Así que este David ciertamente pecó gravemente y de manera criminal; pecado que Dios también reprochó a través del profeta, y él mismo lavó con penitencia: sin embargo, aquel deseado por todas las naciones, amó a la Iglesia que se lavaba sobre el techo, es decir, limpiándose de las inmundicias del mundo, y trascendiendo y pisoteando la casa de barro con contemplación espiritual; y con el conocimiento de la primera convención iniciado con ella, después mató al diablo completamente separado de ella, y la unió a sí mismo en perpetuo matrimonio. Por lo tanto, odiamos el pecado, pero no extinguimos la profecía: amemos a aquel David tanto como debe ser amado, quien nos liberó del diablo por misericordia; amemos también a este David, quien sanó tan grave herida de iniquidad en sí mismo con la humildad de la penitencia.

CAPÍTULO LXXXVIII.

¿Qué diré ahora de Salomón, a quien la Sagrada Escritura reprende y condena severamente (I Reyes 11), y no menciona en absoluto nada sobre su penitencia o indulgencia de Dios hacia él? No se me ocurre en absoluto qué podría significar de bueno esta lamentable subversión suya, al menos en alegoría; a menos que alguien diga que las mujeres extranjeras, por cuyo amor ardía, significan las Iglesias elegidas de entre los gentiles. Esto podría tal vez entenderse no absurdamente, si ellas abandonaran a sus dioses por Salomón y adoraran a su Dios: pero como él ofendió a su Dios por ellas y adoró a sus dioses, no podemos conjeturar nada bueno de ello. Sin embargo, no creo que no signifique nada; sino algo malo, como dijimos de la esposa e hijas de Lot. Pues en la persona de este Salomón aparece tanto una maravillosa excelencia como una maravillosa subversión. Lo que en él existió en diferentes tiempos, primero bueno y luego malo, esto se muestra en la Iglesia en este siglo aún, al mismo tiempo. Pues creo que el bien de él significa a los buenos de la Iglesia; y el mal de él, a los malos de la Iglesia: como en la unidad de una sola era, como en ese único hombre, los buenos en los granos, los malos en la paja; como en la unidad de una sola cosecha, los buenos en el trigo, los malos en la cizaña (Mateo 3, 12, y 13, 30). Si algo más claro y más probable pudiera surgir de esto, al examinar más detenidamente lo que de él está escrito, ya sea para mí, o para otros más doctos y mejores, ahora no hemos dejado este asunto de tal manera que interrumpa la serie de nuestra intención que se apresura hacia otras cosas.

CAPÍTULO LXXXIX.

En cuanto al profeta Oseas, no es necesario que yo diga qué significa la orden y el hecho de que el Señor dijo a Oseas: "Ve, toma para ti una esposa de fornicación, y engendra hijos de fornicación"; ya que la misma Escritura muestra suficientemente de dónde y por qué se dijo. Pues sigue: "Porque la tierra se prostituirá apartándose del Señor. Y fue y tomó a Gomer, hija de Diblaim; y ella concibió y le dio un hijo. Y el Señor le dijo: Llama su nombre Jezreel; porque aún un poco, y visitaré la sangre de Jezreel sobre la casa de Judá, y haré cesar el reino de la casa de Israel. Y será, en aquel día quebraré el arco de Israel en el valle de Jezreel. Y concibió de nuevo, y dio a luz una hija. Y le dijo el Señor: Llama su nombre, Sin misericordia: porque no añadiré más a tener misericordia de la casa de Israel, sino que los olvidaré por completo; pero tendré misericordia de la casa de Judá, y los salvaré en el Señor su Dios, y no los salvaré con arco, ni con espada, ni con guerra, ni con caballos, ni con jinetes. Y detestó a la que era Sin misericordia, y concibió y dio a luz un hijo. Y le dijo el Señor: Llama su nombre, No mi pueblo; porque vosotros no sois mi pueblo, y yo no seré vuestro Dios. Y será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no se puede medir ni contar; y será en el lugar donde se les dijo, No sois mi pueblo, se les dirá, Hijos del Dios viviente. Y se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel, y se pondrán un solo jefe, y subirán de la tierra, porque grande es el día de Jezreel. Decid a vuestros hermanos, Pueblo mío: y a vuestra hermana, Ha alcanzado misericordia" (Oseas 1, 2, 2, 1). Por lo tanto, cuando el mismo Señor a través de la misma Escritura revela claramente la figura de esta orden y hecho, y cuando las Escrituras apostólicas testifican que esta profecía se ha cumplido en la predicación del Nuevo Testamento: ¿quién se atreverá a decir que no fue ordenado y hecho por la razón que el mismo que ordenó expone en las Sagradas Escrituras? Pues el apóstol Pablo dice: "Para dar a conocer las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que preparó de antemano para gloria; a los cuales también llamó, no solo de los judíos, sino también de los gentiles: como también dice Oseas, Llamaré a No mi pueblo, mi pueblo; y a No amada, amada: y será en el lugar donde se les dijo, No sois mi pueblo, allí serán llamados hijos del Dios viviente" (Romanos 9, 23-26). Por lo tanto, Pablo muestra que esto fue profetizado sobre los gentiles. De donde también Pedro, escribiendo a los gentiles, aunque no

nombra al profeta, sin embargo inserta la profecía en sus palabras, diciendo: "Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable: vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; que no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia" (1 Pedro 2, 9-10). De aquí se evidencia que lo que fue dicho por el profeta, "Y será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no se puede medir ni contar"; y lo que se añadió a continuación, "Y será en el lugar donde se les dijo, No sois mi pueblo, se les dirá, Hijos del Dios viviente": no se dijo en absoluto sobre aquel Israel que es según la carne; sino sobre aquel del que el apóstol dice a los gentiles, "Vosotros, pues, sois simiente de Abraham, herederos según la promesa" (Gálatas 3, 29). Pero dado que también de entre los judíos muchos creyeron y creerán (pues de allí eran también los apóstoles, de allí los miles que en Jerusalén se unieron a los apóstoles [Hechos 3, 41, y 4, 4], de allí las iglesias de las que dice a los Gálatas, "Pero era desconocido de vista para las iglesias de Judea que están en Cristo" [Gálatas 1, 22]: de donde también el Señor es llamado piedra angular en los Salmos [Salmo 117, 22], interpretado así que unió en sí mismo dos paredes, a saber, de la circuncisión y del prepucio, para crear en sí mismo un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliando a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, matando en sí mismo las enemistades, y viniendo a anunciar la paz a los que estaban lejos y a los que estaban cerca, es decir, a los gentiles lejos y a los judíos cerca; porque él es nuestra paz, que hizo de ambos uno [Efesios 2, 11-22]; con razón también este profeta, poniendo a los hijos de Judá por los judíos, y a los hijos de Israel por los gentiles, dice: "Y se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel juntos, y se pondrán un solo jefe, y subirán de la tierra". Por lo tanto, a esta profecía tan claramente declarada por el mismo efecto de las cosas, quienquiera que contradiga, no solo contradice las Escrituras proféticas, sino también las apostólicas; y no solo a cualquier escritura, sino también a los hechos cumplidos y bañados en clarísima luz, contradice impudentemente. Tal vez el hecho de Judá requería una intención más diligente, para que esta fornicaria, que significa la Iglesia recogida de la prostitución de las supersticiones gentiles, pudiera ser reconocida en el atuendo de aquella mujer llamada Tamar: pero aquí, cuando la misma Escritura se abre, y cuando se ilustra con las Escrituras concordantes de los apóstoles, ¿por qué nos detenemos más, y no vemos ya lo que queda sobre el siervo de Dios Moisés, qué significan también las cosas que Fausto objetó?

CAPÍTULO XC.

Porque al defender a su hermano, mató al egipcio, a cualquiera le resulta fácil ver que el injurioso diablo en esta peregrinación es muerto por el Señor Cristo al defendernos. Pero que lo enterrara en la arena (Éxodo 2, 12), es evidente que su presencia ya muerta yace en aquellos que no tienen un fundamento estable. Por eso el Señor edifica la Iglesia sobre la roca; y a aquellos que oyen su palabra y la hacen, los compara con un hombre prudente que edifica su casa sobre la roca, para que no ceda a las tentaciones y caiga: pero a aquellos que oyen y no la hacen, los compara con un necio que edifica sobre la arena, cuya casa, al ser tentada, su ruina es grande (Mateo 7, 24-27).

CAPÍTULO XCI.

Pero que despojara a los egipcios por mandato de su Señor Dios (Éxodo 3, 22, 11, 2, y 12, 35-36), no es nada sino de quien ordena justísimamente, lo que prefiguró, ya lo recuerdo haber puesto en algunos libros que escribí sobre la Doctrina Cristiana, tanto como se me ocurrió entonces (Libro 2, cap. 40): que el oro, la plata y las vestiduras de los egipcios significan ciertas doctrinas que en la misma costumbre de los gentiles se aprenden con no

inútil estudio. Pero ya sea que esto signifique, o aquello que de los mismos gentiles las almas preciosas como vasos de oro y plata, con sus cuerpos, que las vestiduras significan, se unen al pueblo de Dios, para que juntos sean liberados de este mundo como de Egipto; ya sea esto, o aquello, o algo más que haya sido figurado aquí, es cierto, sin embargo, para aquellos que leen estas Escrituras piadosamente, que no fueron ordenadas, hechas, y escritas sin prefiguración de futuros.

CAPÍTULO XCII.

Ahora bien, sobre las guerras que se libraron por Moisés, es demasiado largo tratar todas. Por lo tanto, basta con lo que ya expuse sobre aquella guerra librada con Amalec (Éxodo 17, 8-16), en esta misma obra, en la que respondo a Fausto, tanto como parecía suficiente para el asunto emprendido, qué prefiguración profética tenía, qué misterio contenía. Ahora veamos aquello en lo que suelen objetar el vicio de crueldad a Moisés, ya sea los enemigos de estas Escrituras, o los ignorantes de todas las escrituras: lo cual Fausto no expresó claramente, cuando dijo que muchas cosas crueles mandó e hizo. Pero como sé lo que suelen lanzar con más envidia, por eso lo mencioné, y defendí anteriormente que no hay nada de criminal en ese hecho, para que no lo piense ni siquiera un maniqueo que quiera corregirse, ni cualquier otro de los ignorantes o impíos. Ahora, sin embargo, lo que también significó proféticamente debe ser investigado, que de ellos muchos, que se hicieron un ídolo en su ausencia, mandó matar sin distinción de parentesco (Éxodo 32). Es fácil entender que la matanza de esos hombres significa la persecución de tales vicios, a los cuales ellos fluyeron hacia esa misma idolatría. Pues el Salmo nos manda sañir contra tales vicios, cuando dice: "Enojáos, y no pequéis" (Salmo 4, 5). El Apóstol nos manda sañir contra tales vicios, cuando dice: "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos, y avaricia, que es idolatría" (Colosenses 3, 5).

CAPÍTULO XCIII.

Pero ¿qué significa que primero hizo que el mismo becerro fuera quemado con fuego, cortado en pedazos, y esparcido en el agua, y dado de beber al pueblo? Requiere una mayor intención de investigar el significado. Pues si rompió las tablas, que había recibido escritas con el dedo de Dios, es decir, con la operación del Espíritu Santo, porque los juzgó indignos de leerlas: si finalmente para que de ellos aquel becerro fuera completamente abolido, lo quemó, lo trituró, lo esparció y lo sumergió en el agua, ¿por qué también dio esto de beber al pueblo? ¿Quién no se excita con este hecho para investigar y entender el significado profético? Que ocurra, entonces, ya a las mentes atentas, como el cuerpo del diablo en el becerro, es decir, los hombres en todas las naciones, de los cuales el diablo es la cabeza, es decir, el autor de estos sacrilegios. De oro, por eso, porque los ritos de la idolatría parecen ser instituidos por sabios: de los cuales dice el Apóstol, "Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido: profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles" (Romanos 1, 21-23). De esta supuesta sabiduría es este becerro de oro, como los mismos primates de los egipcios y los hombres supuestamente doctos solían adorar estas figuras. Por lo tanto, en este becerro se significó todo el cuerpo, es decir, toda la sociedad de los gentiles entregados a la idolatría. Esta sociedad sacrílega el Señor Cristo la quema con aquel fuego del que dice en el Evangelio, "Fuego vine a echar en la tierra" (Lucas 12, 49): para que, puesto que no hay quien se esconda de su calor (Salmo 18, 7), mientras las naciones creen en él, la forma diabólica en ellos se disuelva por el fuego de su virtud. Luego todo ese cuerpo es triturado, es decir, desgarrado de aquella mala conspiración, es humillado por la

palabra de la verdad: y triturado es echado en el agua, para que los israelitas, es decir, los predicadores del Evangelio, lo transfieran de su bautismo a sus miembros, es decir, al cuerpo del Señor. A estos israelitas se les dijo de los mismos gentiles, "Mata y come" (Hechos 10, 13). Si, "Mata y come"; ¿por qué no también, "Corta y bebe"? Así, aquel becerro por el fuego del cielo y el filo de la palabra y el agua del bautismo, fue absorbido por aquellos a quienes intentaba absorber.

CAPÍTULO XCIV.

Si, por lo tanto, también estos pasajes de las Escrituras, sobre los cuales los herejes calumnian las mismas Escrituras, son examinados y, de alguna manera, interrogados, cuanto más oscuros parecen, tanto más responden que encierran en sí mismos tesoros maravillosos de misterios; ¿cuánto más deberían callar por completo las bocas blasfemas de los impíos, cuando son silenciadas por la verdad más clara, contra la cual, con el espíritu sofocado, no encuentran qué murmurar; y prefieren, miserables, que sus gargantas sean obstruidas por su manifestación, en lugar de que su pecho sea llenado por su dulzura? Todo esto, por lo tanto, proclama a Cristo; aquella cabeza que ya ha ascendido al cielo, y este su cuerpo que hasta el fin trabaja en la tierra, fue el propósito de todos los que escribieron las Escrituras verdaderamente sagradas: y no se debe creer que haya algo narrado en la estructura de los Libros proféticos que no signifique algo del futuro; excepto aquellas cosas que se colocan para que, de alguna manera, se relacionen con aquellas que anuncian a ese rey y su pueblo, ya sea con palabras o cosas propias o figuradas. Pues así como en las cítaras y en este tipo de instrumentos musicales, no todo lo que se toca resuena con algo melodioso, sino solo las cuerdas; sin embargo, las demás partes del cuerpo de la cítara están fabricadas para que haya donde se aten, de dónde y hacia dónde se tensen aquellas que el artista va a modular y golpear para la suavidad de la canción: así, en estas narraciones proféticas, que son seleccionadas por el espíritu profético de los hechos de los hombres, o ya suenan algo con significado de futuros; o si no significan nada de eso, se interponen para que haya de dónde se conecten aquellas significativas como sonoras.

CAPÍTULO XCV.

Pero si los herejes no quieren aceptar estas narraciones alegóricas de hechos, tal como las exponemos, o incluso insisten en que no significan nada más que lo que literalmente suenan; no se debe luchar con personas que dicen: "No me sabe bien lo que dices que sabe bien a ti": siempre que se crea o entienda que lo que se ordena divinamente, o forma las costumbres y la piedad, o significa algo figuradamente, o ambas cosas más bien que ninguna: siempre que incluso aquellas cosas que se entienden como dichas o hechas figuradamente, se refieran a las mismas buenas costumbres y piedad. Y por lo tanto, incluso si a los maniqueos, o a cualquier otros, no les agrada nuestra interpretación, razón u opinión sobre estas figuras de hechos, basta con que nuestros padres, a quienes Dios da testimonio de buena vida y obediencia a sus preceptos, sean defendidos por la regla de la verdad, que no puede desagradar sino a corazones torcidos y distorsionados; y que esa Escritura, a la que la perversidad de su error es enemiga, en cualquier hecho de los hombres que haya alabado, reprendido o simplemente propuesto para que lo juzguemos, permanece inculpable y venerable.

CAPÍTULO XCVI.

¿Qué podría ser más útil y saludable para quienes leen o escuchan piadosamente esas sagradas Escrituras, que no solo se propongan hombres dignos de alabanza para imitar y

reprochables para evitar; sino también algunas desviaciones de los buenos y caídas en el mal, ya sea que se corrijan de nuevo y regresen al camino, o permanezcan irrevocables; y nuevamente algunos cambios de los malos y avances en el bien, ya sea que perseveren o recaigan de nuevo en su estado anterior; para que ni los justos se enaltezcan en soberbia por la seguridad, ni los inicuos se endurezcan contra la medicina por la desesperación? Pero aquellas cosas que no pertenecen ni a la imitación ni a la evitación de los hechos de los hombres, y sin embargo se encuentran en la santa Escritura; o se colocan para esa conexión por la cual se llega a las cosas necesarias, o por el mismo hecho de parecer superfluas, advierten suficientemente que en ellas debe buscarse el oráculo de algún significado místico. Pues no hablamos de esos libros en los que nada, o pocos y no muchos, han sido profetizados claramente por el espíritu profético, ya cumplidos en los mismos hechos, que atestiguan la autoridad divina con la luz más fiel y clara de la verdad: para que quien piense que han hablado superfluamente o como si fueran insensatos, esté completamente desprovisto de sentido, al ver que no solo todos los géneros de hombres e ingenios están sometidos a ellos, sino que también lee que esto fue predicho por ellos y reconoce que se ha cumplido.

CAPÍTULO XCVII.

¿Acaso, si alguien leyendo el hecho de David, del cual se arrepintió cuando el Señor lo reprendió y amenazó, se ofrece a sí mismo un estímulo para pecar, debe culparse a esa Escritura; y no más bien condenarse tanto más severamente a aquel, cuanto más quiso abusar de aquello que fue escrito para sanar y liberar, para herirse o matarse a sí mismo? Porque los hombres caídos en pecado, ya sea por soberbia descuidan la medicina del arrepentimiento, o por desconfianza en recibir la salvación y obtener el perdón, perecen por completo, se propone el ejemplo de un hombre tan grande para que los enfermos sean sanados, no para que los sanos sean heridos. Pues no es culpa de la medicina si los insanos se matan a sí mismos o los malvados matan a otros con instrumentos medicinales.

CAPÍTULO XCVIII.

Sin embargo, estos nuestros padres Patriarcas y Profetas, a quienes esa Escritura da un testimonio tan ilustre de santidad y piedad, que no niega que fue dispensada divinamente para la salvación del género humano, a menos que alguien o no la conozca, o haya perdido todo sentido de consideración racional, incluso si hubieran sido lujuriosos y crueles, como los acusa el error, o más bien el furor de los maniqueos; ¿no se demostrarían incluso así mejores que los mismos Elegidos de ellos, o incluso que su propio dios? ¿No es mejor que un hombre se revuelque con una concubina, que ser la luz más pura y mezclarse con las tinieblas para contaminarse? He aquí un hombre que, por avaricia y por el estómago, mintió diciendo que su esposa era su hermana, vendiéndola al lecho de otros: ¿cuánto peor y más execrable es aquel que, simulando que su naturaleza está adaptada al deseo de los lujuriosos, se somete gratuitamente a ser contaminado y corrompido por ellos? Ya quien, incluso sabiendo, se acostó con sus hijas, ¿no comete menos mal que quien mezcla sus miembros con las lujurias de todos esos y peores actos de impureza? ¿Qué cosa semejante cometen los inmundos y desvergonzados, donde no se contamine vuestro dios, maniqueos, con todas las impurezas? Finalmente, si Jacob, como dice Fausto, errara entre cuatro esposas con una lujuria vil como un macho cabrío, sin preocuparse por la procreación, sino solo por el placer lascivo; ¿cuánto menos miserable sería vuestro dios, que no solo en él y en sus cuatro esposas sufriría toda esa deshonra de la lujuria, mezclado con todos sus cuerpos y movimientos; sino que en el mismo macho cabrío, al que comparó con ese hombre, soporta todo ese movimiento y calor genital, y en todas partes, por su condición vil, se inflama en el macho cabrío, se siembra en la cabra, se genera en el cabrito? Y por lo tanto, incluso si Judas no solo fuera un fornicador, sino

también un incestuoso nefario con su nuera, en la lujuria de ese incesto vuestro dios estaría adherido, sucio, ardiendo. Pero David se arrepintió de su iniquidad, porque había amado a la esposa ajena y había mandado matar a su marido: pero ¿cuándo se arrepentirá vuestro dios, que, amado por el género masculino y femenino de los príncipes de las tinieblas, concedió sus miembros a su lujuria; y no al marido, cuya esposa había amado, sino a sus hijos en los miembros de los demonios, por quienes había sido amado, mató? Pero incluso si David no se hubiera arrepentido, ni hubiera recuperado la salud de la justicia con tal medicina, incluso así habría sido mejor que este dios de los maniqueos. Pues este, con un solo hecho, supongamos, y con otros tales cuantos un solo hombre podría cometer; aquel, sin embargo, en todos los hechos de todos esos y peores, se demuestra contaminado y manchado por esa mezcla de sus miembros. Y Oseas el profeta es acusado por Fausto: quien, si hubiera amado y tomado a una prostituta cautivado por una lujuria vil, ciertamente proclaman que las almas de ambos, tanto del amante lascivo como de la prostituta obscena, son partes y miembros y naturaleza de vuestro dios: por lo tanto, esa prostituta; ¿por qué ando con rodeos con palabras, y no lo digo claramente? esa prostituta sería vuestro dios. Pues no podéis decir que, conservando y sin corromper la santidad de su naturaleza, no caería en ese cuerpo prostituido, sino que se presentaría: pero confesáis que esos miembros de vuestro dios están contaminadísimos y, por lo tanto, necesitan una gran purificación. Por lo tanto, esa prostituta, de la que osáis acusar al hombre de Dios, sería vuestro dios, incluso si no hubiera sido cambiada a mejor en un matrimonio casto: o si no queréis, al menos no negáis que esa alma de la prostituta es una partícula de vuestro dios, aunque sea mínima. Por lo tanto, ya es mejor que vuestro dios, porque ella sola sería una prostituta, pero él, por su condición de esa mezcla, se prostituye a todo el género de las tinieblas, en todas las prostitutas, en todos los hombres y mujeres que fornican y se corrompen ampliamente y de diversas maneras, se revuelca, se disuelve, se liga, de nuevo en sus crías se revolcará, se disolverá, se ligará, hasta que al final la parte más inmunda de vuestro dios, como una prostituta inexpiable, sea llevada al último globo. Estas son las malas cosas, estas impurezas, estas deshonras que vuestro dios no pudo apartar de sus miembros, y obligado por la necesidad de un enemigo feroz llegó a estas cosas: pues no pudo destruir al injurioso y violento, salvando a sus ciudadanos o partes. ¿Cuánto mejor, entonces, aquel que mató al egipcio para defender a su hermano, ileso, a quien Fausto acusa con una vanidad admirable, y no ve a su dios con una ceguera más admirable? ¿Cuánto mejor habría tomado él los vasos de oro y plata del pueblo egipcio, que sus miembros fueran saqueados por el pueblo de las tinieblas? Y sin embargo, aunque él mismo hubiera librado una guerra tan miserable, sus adoradores reprochan al siervo de nuestro Dios por haber librado guerras, en las que siempre con todos los suyos triunfó victorioso sobre los enemigos, quienes pudieron ser llevados cautivos o cautivas por Moisés beligerante, del pueblo de Israel: lo que también vuestro dios habría hecho si hubiera podido. Por lo tanto, esto no es acusar a los malos, sino envidiar a los más afortunados. ¿Y qué crueldad de Moisés, que vengó con la espada al pueblo que había pecado gravemente contra Dios? Sin embargo, intercedió por el perdón de ese pecado, ofreciéndose a sí mismo a la venganza divina por ellos. No obstante, si no lo hubiera hecho misericordiosamente, sino cruelmente, incluso así habría sido mejor que vuestro dios. Pues no condenaría a ninguno de los suyos inocentes y obedientes, si hubiera sido enviado a romper la cuña del enemigo y hubiera sido capturado, de ninguna manera lo condenaría después, si hubiera vencido: lo que hará este dios con su parte, que clavará en el globo, porque obedeció al que mandaba, porque avanzó con su muerte propuesta en las cuñas enemigas por la salvación de su reino. Pero en esta, dice, serie de siglos ya mezclada y concretada con los malos, no obedeció a los preceptos. Preguntemos por qué. Si por su propia voluntad, verdadera culpa y justa pena: pero si ya la voluntad es culpable, no hay naturaleza contraria para pecar, y por lo tanto toda la falacia de los maniqueos está convicta y destruida. Pero si fue oprimida por el enemigo a donde fue enviada, si fue superada por un mal ajeno al

que no pudo resistir, es una pena injusta y una gran crueldad. Pero se alega la necesidad de Dios para excusarlo. Que adoren a tal dios, quienes no quieren adorar a Dios. Ciertamente, lo que debe confesarse, incluso los mismos adoradores de él, aunque sean pésimos al adorar a tal dios, sin embargo, son mejores que él, porque al menos son: él, sin embargo, no es nada, sino una ficción de falsedad y un pensamiento de vanidad. Pero veamos ya los demás delirios ingeniosos de Fausto.

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: Disputando yo alguna vez, alguien de entre la numerosa plebe respondió diciendo: ¿Aceptas a Jesús nacido de María? A lo que yo: ¿A qué Jesús, digo, te refieres? Pues hubo varios Jesús en el hebraísmo: uno ciertamente hijo de Nave, discípulo de Moisés (Éxodo XXXIII, 11, y Eclesiástico XLVI, 1); otro hijo de Josedech, el gran sacerdote (Ageo I, 1); también otro que fue llamado hijo de David (Romanos I, 1-3), otro en verdad Hijo de Dios (Marcos I, 1): ¿cuál de ellos, entonces, nacido de María, me preguntas si acepto? Por supuesto, dijo, al Hijo de Dios. A lo que yo: ¿Y por qué autor o qué maestro enseñando debo aceptar esto? Y él: Mateo, dijo. A lo que yo de nuevo: ¿Qué escribió Mateo? Y él: Libro de la generación de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham, etc. (Mateo I, 1). Entonces yo: Pensé, digo, que ibas a decir, Libro de la generación de Jesucristo Hijo de Dios; y me había preparado para objetar: pero ya que ahora has recordado fielmente el capítulo, solo debes ser advertido de que consideres lo que recitaste. Pues Mateo aquí no confiesa haber comenzado a escribir la generación del Hijo de Dios, sino del hijo de David.

CAPÍTULO II.

Por lo tanto, para creerle a este que habla por ahora, el hijo de David será para mí nacido de María: aún no se menciona al Hijo de Dios en todo este texto de generación, hasta el bautismo, por supuesto, y en vano le imputáis al escritor la calumnia de que encerró al Hijo de Dios en el vientre de una mujer. Pero aquí clama, al parecer, y con su misma inscripción se defiende completamente de este sacrilegio, afirmando haber escrito que el hijo de David nació de esa estirpe, no el Hijo de Dios. Pues ciertamente Jesús, quien es el Hijo de Dios, si consideras la mente y el propósito de este escritor, no quiere que lo aceptemos como procreado de María virgen, sino hecho alguna vez por el bautismo en las aguas del Jordán. Pues allí dice que fue bautizado por Juan aquel que David designó como hijo al principio, hecho alguna vez Hijo de Dios (Mateo III, 16, 17), después de al menos, según la fe de Lucas, casi treinta años, donde también se escuchó la voz que decía a él: Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy (Lucas III, 23, 22). Ves, entonces, que lo que antes de treinta años, como le parece a este, nació de María, no es el mismo Hijo de Dios, sino lo que después del bautismo fue hecho en el Jordán, es decir, un hombre nuevo, como en nosotros cuando creemos en Dios convertidos del error del paganismo: lo cual, sin embargo, no sé si hace suficientemente con esa fe que llamáis católica; pero por ahora así le parece a Mateo, si estas cosas son tuyas. Pues en ninguna parte en los partos de María se lee aquello, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; o, Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: sino en su expiación en el Jordán. Por lo tanto, si también tú crees así como está escrito, serás ya ciertamente mateano; pues así debo decir: pero de ninguna manera católico. Pues conocemos la fe católica; que está tan lejos de esta profesión de Mateo, como está lejos de la verdad. Si bien vuestro símbolo se tiene así, que creéis en Jesucristo Hijo de Dios, que nació de la virgen María: por lo tanto, es vuestro aceptar al Hijo de Dios de María; de Mateo, del Jordán; nuestro, de Dios: y por lo tanto, Mateo, si estas cosas son ciertamente tuyas, es tan contrario

a vosotros en esta profesión suya, como a nosotros; excepto que se ha encontrado un poco más prudente que vosotros, al atribuir el nacimiento del sexo femenino al hijo de David más que al Hijo de Dios. Por lo tanto, de dos cosas debéis confesar una, o que este no es Mateo, quien parece afirmar estas cosas; o que vosotros no mantenéis la fe apostólica.

CAPÍTULO III.

Nosotros, aunque nadie nos aparte de esta sentencia, de aceptar al Hijo de Dios de Dios, sin embargo, para conceder mucha imprudencia, para que se nos obligue a creer también en falsedades, Jesús nos será hecho Hijo de Dios desde el Jordán, más que nacido del vientre de una mujer. Aunque tampoco aquel que María dio a luz, si es que había alguno, se llama correctamente hijo de David, a menos que conste que fue engendrado por José. Lo cual, porque lo negáis, también debéis confesar necesariamente que no es ni siquiera hijo de David. Pues ciertamente la generación desde Abraham hasta David, y desde David hasta José se deduce, por todos los padres hebreos: de quien, porque Jesús no fue concebido, como se lee, tampoco será hijo de David: y está muy loco quien, al decir que aquel que iba a nacer de María sin el coito de José, lo haya puesto al principio como hijo de David. Por lo tanto, ya que ni siquiera aquel que es engendrado de María se llama correctamente hijo de David, porque no nació de José; ¿cuánto más el Hijo de Dios?

CAPÍTULO IV.

Por lo tanto, ni siquiera se muestra que el origen de la misma virgen sea de esta tribu, de la cual consta que es David; digo, Judá, de quien los reyes judíos: sino de la tribu de Leví, de donde los sacerdotes: lo cual es evidente, porque ella tuvo un padre sacerdote llamado Joaquín, de quien, sin embargo, no se hace mención alguna en esta generación. ¿Cómo, entonces, se dirá que María pertenece a esta descendencia de la parentela davídica, en la que no ves que tenga ni padre ni marido? Y por lo tanto, tampoco será hijo de David, quienquiera que nazca de ella: a menos que acerques a esta su madre a José, para que se pruebe que es su hija o su esposa.

CAPÍTULO V.

AGUSTÍN respondió: La fe católica y apostólica es que nuestro Señor y Salvador Jesucristo es el Hijo de Dios según la divinidad, y el hijo de David según la carne: lo cual probamos de tal manera con las Escrituras evangélicas y apostólicas, que nadie puede contradecir nuestras pruebas, salvo quien contradice a las mismas Escrituras: no como Fausto se propuso, diciendo que alguien pronunció unas pocas palabras, y que contra las astucias engañosas de este mismo Fausto no se presentaron después testimonios. Cuando yo lo haya hecho, no le quedará nada que responder, salvo aquello con lo que intenta burlar y evitar la fuerza de la verdad manifiesta en las Escrituras santas, respondiendo con falsedades introducidas en los códices divinos. Esta demencia, presunción furiosa y audacia, ya la he refutado anteriormente en esta obra, en la medida que me pareció suficiente: no es necesario repetir lo mismo, para que también consideremos la moderación del discurso. ¿Qué necesidad hay, entonces, de buscar y recoger testimonios dispersos por todas las Escrituras, con los cuales probemos contra este que, en los Libros de máxima y divina autoridad, se dice que el mismo es el Hijo unigénito de Dios, siempre Dios junto a Dios, quien también se dice hijo de David por la forma de siervo recibida de la virgen María, esposa de José? Ahora, mientras tanto, porque quiso discutir sobre Mateo, y no puedo insertar todo el libro de Mateo en este discurso, que lo lea quien quiera, y vea cómo Mateo, al enumerar a los padres de aquel a quien llama hijo de

David, lo lleva narrando hasta la pasión y resurrección; y no dice que otro sino él mismo fue concebido y nacido de la virgen María por el Espíritu Santo. A esto añade también el testimonio del profeta: "He aquí, la virgen concebirá en su seno, y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que interpretado es, Dios con nosotros" (Isaías VII, 14; Mateo I, 23). Y al mismo, bautizado por Juan, oyó desde el cielo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo III, 17): de quien ya se había dicho desde el parto de la virgen, "Dios con nosotros". A menos que a Fausto le parezca que es menos ser llamado Dios que ser llamado Hijo de Dios. Pues de esto intentó deducir que a Mateo no le pareció que se hiciera Hijo de Dios sino desde el bautismo, porque allí se hizo la voz desde el cielo, "Este es mi Hijo": cuando el mismo evangelista ya había presentado anteriormente el testimonio divino del profeta, donde el mismo parto de la virgen fue llamado "Dios con nosotros".

CAPÍTULO VI.

Debemos observar a este pobre charlatán delirante, que no deja pasar la oportunidad, donde puede, de lanzar nubes de falsedad de sus vaniloquios incluso sobre los testimonios de las Escrituras: como cuando dijo de Abraham que no creyó a Dios que le prometía un hijo de Sara, cuando se acostó con la sierva; cuando la Escritura testifica que aún no le había sido prometido el parto de Sara (Génesis XVI, 4, y XVII, 17): o que mintió diciendo que su esposa era su hermana; cuando no leyó en esas Escrituras, en las que se debe tener fe sobre este asunto, el linaje de Sara (Génesis XII, 13, y XX, 2, 12): y de su hijo Isaac, que también él dijo falsamente que Rebeca era su hermana; cuando su linaje está claramente escrito allí (Génesis XXVI, 7, y XXIV): y de Jacob, que había una contienda diaria entre sus cuatro esposas, sobre quién lo llevaría primero al lecho cuando venía del campo; lo cual se demuestra que no leyó en absoluto allí. He aquí qué tipo de hombre se gloria de odiar a los escritores mentirosos de los Libros divinos, quien incluso se atreve a mentir sobre el evangelio de tan alta autoridad conocido por todos, de tal manera que no quiere que se piense que Mateo, para no ser oprimido por el peso del nombre apostólico, sino que alguien más bajo el nombre de Mateo escribió sobre Cristo, lo que no quiere creer, y que intenta refutar con esa astucia luminosa.

CAPÍTULO VII.

Así, pues, se dijo desde el cielo sobre el agua del Jordán, "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco"; como también se dijo en el monte (Mateo XVII, 5). Pues no porque allí también sonó la voz desde el cielo, no era antes Hijo de Dios: ya que desde el seno de la virgen recibió la forma de siervo, quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses II, 7, 6). Por último, el mismo apóstol Pablo dice en otro lugar de manera clarísima: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley" (Gálatas IV, 4): llamando mujer a la hembra según el modo de hablar hebreo. Él mismo, pues, es el Hijo de Dios, quien es también Señor de David según la divinidad; y el mismo es hijo de David, del linaje de David según la carne. Si no nos beneficiara creer esto, no lo recomendaría con tanta atención el mismo apóstol a Timoteo, diciendo: "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, del linaje de David, según mi Evangelio" (II Timoteo II, 8). Contra este Evangelio, quien anuncie otro, sea anatema, advirtió con gran cuidado a los fieles (Gálatas I, 8, 9).

CAPÍTULO VIII.

¿Qué, pues, puede ya inquietar al seguidor del santo Evangelio, que sin la unión conyugal de José, Cristo nacido de la virgen, sea llamado hijo de David, cuando Mateo el evangelista lleva la serie de generaciones no hasta María, sino hasta José? Primero, porque era su esposo, por

el sexo masculino, debía honrarse más la persona: pues no porque no se mezclara en unión conyugal, por eso no era esposo, ya que el mismo Mateo narra que el ángel llamó a María su esposa, quien narra que no por unión conyugal de él, sino del Espíritu Santo había concebido. Si no fuera el apóstol Mateo quien escribiera estas verdades, sino alguien más bajo su nombre, como piensan los maniqueos, ¿hablaría de manera tan contradictoria en cosas tan evidentes y tan cercanamente relacionadas, que a quien llamara hijo de David nacido de la virgen María sin unión conyugal de ningún hombre, enumerando gradualmente sus padres, lo llevaría hasta aquel a quien él mismo dijera que no se había mezclado con María? Pues si otro enumerara los progenitores de Cristo desde David hasta José, llamándolo hijo de David, y otro dijera que nació de la virgen María sin unión conyugal de ningún hombre, y no lo llamara hijo de David; ni siquiera así deberíamos pensar inmediatamente que hablaron cosas contradictorias, de modo que ambos o uno de ellos fuera convencido de falsedad. Deberíamos pensar que pudo haber sido posible que ambos dijeran la verdad, de modo que José fuera llamado esposo de María, teniéndola como esposa en continencia, no por unión conyugal, sino por afecto; no por mezcla de cuerpos, sino por la unión, que es más querida, de los espíritus: y por eso no debía separarse al hombre de la virgen madre de Cristo de la serie de los padres de Cristo; y que la misma María llevara alguna vena de sangre de la estirpe de David, para que la carne de Cristo, incluso procreada de la virgen, no pudiera ser sin la semilla de David. Pero cuando uno y el mismo narrador dice ambas cosas, recomienda ambas, tanto al esposo de María, José, como a la virgen madre de Cristo, y a Cristo del linaje de David y a José en la serie de los progenitores de Cristo desde David: ¿qué queda para que crea quien quiere creer en el divino Evangelio, en lugar de en las fábulas de los herejes, sino que María no era ajena a la parentela de David, y que fue llamada esposa de José no en vano, por el orden del sexo y la confederación de los espíritus, aunque no se mezclara con él en carne; y que José, por la dignidad masculina, no debía ser separado del orden de esas generaciones, para que no pareciera separado de aquella mujer a quien lo unía el afecto del espíritu; y para que los fieles de Cristo no consideraran tan grande en el matrimonio lo que los esposos se mezclan en carne, que sin esto no creyeran que eran esposos: sino que más bien aprendieran que los matrimonios fieles se adhieren mucho más familiarmente a los miembros de Cristo, cuanto pudieran imitar a los padres de Cristo?

CAPÍTULO IX.

Nosotros, pues, creemos que también María pertenecía a la parentela de David, porque creemos en las Escrituras que dicen ambas cosas, que Cristo es del linaje de David según la carne (Romanos I, 3, y II Timoteo II, 8), y que su madre María, no concibiendo con varón, sino virgen (Mateo I, 18, y Lucas I, 27). Cualquiera que diga, por tanto, que María no pertenecía a la consanguinidad de David, es manifiesto que se opone a la tan excelente autoridad de estas Escrituras: que él, pues, demuestre que no pertenecía al linaje de David, y que lo muestre, no de cualesquiera escritos, sino de los eclesiásticos, canónicos, católicos. Pues otros no tienen entre nosotros ningún peso de autoridad para estas cosas: son las que recibe y sostiene la Iglesia difundida por todo el mundo, que por ellas también fue profetizada; y como fue prometida, así fue cumplida. Por lo tanto, aquello que Fausto puso sobre la generación de María, que tuvo un padre de la tribu de Leví, un sacerdote llamado Joaquín, porque no es canónico, no me obliga: pero incluso si lo creyera, diría más bien que el mismo Joaquín de alguna manera pertenecía al linaje de David, y de alguna manera fue adoptado de la tribu de Judá a la tribu de Leví, o él o alguno de sus progenitores, o ciertamente nacido en la tribu de Leví de tal manera que llevara alguna consanguinidad de la estirpe de David: como Fausto mismo admite que pudo haber sucedido, que María fuera de la tribu de Leví, aunque consta que fue entregada a un hombre que era de la estirpe de David, es

decir, de la tribu de Judá; y dice que pudo haberse entendido que Cristo era hijo de David, si María hubiera sido hija de José. Por lo tanto, si la hija de José se hubiera casado en la tribu de Leví, no absurdamente se diría también hijo de David, cualquiera que naciera de ella y en la tribu de Leví: así, si la madre de aquel Joaquín, a quien Fausto menciona como padre de María, de la tribu de Judá y del linaje de David se casó en la tribu de Leví, no sin razón tanto Joaquín, como María, como el hijo de María también así se atestiguan verdaderamente del linaje de David. Esto, pues, o algo similar creería, si estuviera obligado por la autoridad de esa escritura apócrifa donde se lee que Joaquín es el padre de María, antes que mentir sobre el Evangelio en el que está escrito, y que Jesucristo, Hijo de Dios nuestro Salvador, es del linaje de David según la carne, y procreado por la virgen María. Nos basta, pues, que las Escrituras que dicen esto, y en las que creemos, no puedan ser convencidas de falsedad por sus enemigos.

CAPÍTULO X.

No me diga, pues, a su vez: Aunque yo no muestre que María no era de la parentela de David, tú muestra que lo era. Esto lo muestro con un documento clarísimo y fortísimo, que la Escritura de autoridad confirmadísima dice tanto que Cristo es del linaje de David, como que su madre es la virgen María sin unión conyugal. Pero Fausto, que se mostró como un detestador muy pudoroso de cierta supuesta deshonra, cuando dijo: "¡En vano le imputáis calumnia al escritor, como si hubiera encerrado al Hijo de Dios en el seno de una mujer!" La fe católica, que cree que Cristo, el Hijo de Dios, nació según la carne de una virgen, de ningún modo encierra al mismo Hijo de Dios en el seno de una mujer, como si no estuviera fuera, como si hubiera abandonado la administración del cielo y la tierra, como si se hubiera apartado del Padre: pero vosotros, maniqueos, con ese corazón con el que no podéis concebir sino fantasmas corporales, no comprendéis en absoluto cómo el Verbo de Dios, la Virtud y Sabiduría de Dios, permaneciendo en sí mismo y con el Padre, y gobernando toda la creación, se extiende desde un extremo hasta el otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad (Sabiduría VIII, 1). En cuya disposición admirable e inefable facilidad también se dispuso una madre en la tierra, y para liberar a sus siervos de la servidumbre de la corrupción, en ella tomó la forma de siervo, es decir, un cuerpo mortal, lo mostró recibido, y mostrado y abatido por la muerte, lo levantó con la resurrección, y como un templo disuelto lo edificó de nuevo. Vosotros, sin embargo, que teméis creer esto como sacrílego, no encerráis los miembros de vuestro dios en el seno de una virgen, sino en los senos de todas las mujeres carnales desde los elefantes hasta las moscas. ¿O acaso os parece más vil el verdadero Cristo, porque decimos que así el Verbo se hizo carne en el seno virginal, que sin ningún cambio de sí mismo permaneciendo inviolablemente en su propia naturaleza, se adaptó un hombre como templo para sí; y por eso os es querido vuestro dios, porque atado e inquinado por tantos vínculos de carne en esa parte en la que también debe ser fijado en el globo, sin razón implora ayuda, o incluso completamente oprimido no se le permite implorar?

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Por qué negáis que el hombre sea hecho por Dios? No negamos completamente que el hombre sea hecho por Dios: sino que buscamos quién, cuándo y cómo se hace. Pues según el Apóstol hay dos hombres, uno al que a veces llama exterior, a menudo terrenal, y en ocasiones viejo; y otro al que llama interior, celestial y nuevo (Rom. VI, VII; I Cor. XV; II Cor. IV; Efes. III, IV, y Col. III). Por lo tanto, buscamos cuál de estos es hecho

por Dios. Pues también hay dos tiempos de nuestra natividad; uno en el que la naturaleza nos trajo a esta luz atados con vínculos carnales; y otro cuando la verdad nos regeneró del error, iniciándonos en la fe. Este tiempo de la segunda natividad es significado en el Evangelio de Jesús, cuando dice: "A menos que uno nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Cuando Nicodemo, entendiendo poco, dudaba y preguntaba cómo podía ser esto, pues no podía un hombre viejo entrar en el vientre de su madre y nacer de nuevo, Jesús le respondió: "A menos que uno nazca del agua y del Espíritu Santo, no puede ver el reino de Dios". Y sigue: "Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del espíritu, espíritu es" (Juan III, 3-6). Por lo tanto, si la natividad no es solo aquella en la que nacemos en el cuerpo, sino también aquella otra en la que renacemos en el espíritu, no es menor la preocupación de buscar en cuál de ellas nos hace Dios. También hay un doble modo de nacer, uno propio de la furia y la intemperancia, por el cual somos engendrados torpemente y por lujuria; y otro de honestidad y santidad, por el cual en Cristo Jesús, por el Espíritu Santo, somos disciplinados bajo las doctrinas de los buenos hacia la fe: de donde toda religión, y especialmente la cristiana, llama a los infantes rudos al sacramento. Lo cual también significa el Apóstol cuando dice: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gálatas IV, 19). Por lo tanto, ya no se pregunta si Dios hace al hombre; sino cuándo, a quién y cómo lo hace: pues si cuando somos formados en el vientre, como les parece a los Gentiles, a los Judíos y a vosotros mismos, entonces Dios nos forma a su imagen; y nos hace viejos, y nos crea por furia y lujuria, lo cual no sé si conviene a su divinidad. Pero si cuando creemos y nos convertimos a un mejor estado de vida, entonces somos formados por Dios, como les parece a Cristo, a sus Apóstoles y a nosotros; ciertamente Dios nos hace nuevos, y lo hace honestamente y puramente: ¿qué hay más acorde o conveniente a su santa y venerable majestad? Si tampoco despreciáis la autoridad de Pablo, os mostraremos por él a quién, cuándo y cómo Dios hace al hombre. Dice a los Efesios: "Que despojéis, según la conducta anterior, al viejo hombre, que se corrompe por los deseos del error; y os renovéis en el espíritu de vuestra mente, y os vistáis del nuevo hombre, que ha sido creado según Dios en justicia y santidad de la verdad" (Efesios IV, 22-24). Ves, por tanto, cuándo se crea al hombre a imagen de Dios, ves aquí también mostrarse otro hombre, y otra natividad, y otro modo de nacer. Pues cuando dice, "Despojaos y vestíos", significa el tiempo de la credulidad: y cuando testifica que el nuevo hombre es creado por Dios, indica que el viejo no es de él, ni formado según él. Y cuando prosigue diciendo que aquel es hecho en santidad, justicia y verdad, entonces designa y demuestra aquel otro modo de natividad, que dije muy diferente a este, que sembró nuestros cuerpos en los furiosos abrazos de los progenitores; y que también muestra no ser de Dios, cuando solo aquel muestra ser de Dios. Asimismo, dice de nuevo a los Colosenses: "Despojaos del viejo hombre con sus actos, y vestíos del nuevo, que se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó en vosotros". Y de aquí, por tanto, no solo muestra que el nuevo hombre es aquel que Dios hace, sino también cuándo y de qué modos se forma, es decir, "en el conocimiento de Dios", lo cual significa el tiempo de la credulidad. Y aún, "según la imagen", dice, "de aquel que lo creó": para que de esto quede claro que el viejo hombre no es imagen de Dios, ni formado por él. Pues también lo que sigue, diciendo, "Donde no hay varón ni hembra, judío ni griego, bárbaro ni escita" (Colosenses III, 9-11): muestra más y más que esta natividad, que nos hizo varones y hembras, griegos y judíos, escitas y bárbaros, no es aquella en la que Dios opera cuando forma al hombre; sino aquella que nos hace despojados de toda variedad de naciones, sexo y condición, uno, a semejanza de aquel que es uno, es decir, Cristo: como el mismo apóstol dice de nuevo, "Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido: no hay judío ni griego, no hay varón ni hembra, no hay esclavo ni libre; sino que todos sois uno en Cristo" (Gálatas III, 27, 28). Por lo tanto, el hombre es hecho por Dios cuando se hace uno de muchos, no cuando de uno se divide en muchos. Nos dividió el primer

nacimiento, es decir, el corporal; el segundo une, inteligible y divino: por lo cual pensamos muy correctamente que este debe atribuirse a la naturaleza del cuerpo, y aquel a la majestad suprema. Por lo tanto, el mismo apóstol dice de nuevo a los Corintios, "En Cristo Jesús os engendré por el Evangelio" (I Cor. IV, 15): y a los Gálatas sobre sí mismo, "Cuando agradó a aquel que me apartó del vientre de mi madre, para revelar a su Hijo en mí, para que lo anunciara entre los gentiles, no consulté inmediatamente con carne y sangre" (Gálatas I, 15, 16). Ves, por tanto, en todas partes que en esta nuestra otra natividad, solo espiritual, afirma que somos formados por Dios; no en aquella primera obscena y vergonzosa, que nos concibió, formó y engendró en el vientre materno no más excelentemente ni más puramente que a los demás animales. Si queréis considerar esto, encontraréis que en esta parte no diferimos tanto de vosotros en profesión, como en entendimiento. Pues si os place atribuir al viejo y exterior hombre terrenal que sea formado por Dios; nosotros, por el contrario, daremos esto al celestial, y deferiremos al hombre interior y nuevo: y no temeraria o presuntuosamente, sino aprendiendo de Cristo y de sus Apóstoles, quienes primero se mostraron enseñando lo mismo en el mundo.

CAPÍTULO II.

AGUSTÍN respondió: El apóstol Pablo quiere que se entienda al hombre interior en el espíritu de la mente, y al exterior en el cuerpo y esta vida mortal: sin embargo, no se lee en sus Escrituras que haya llamado a ambos juntos dos hombres; sino uno, que Dios hizo por completo, es decir, tanto lo que es interior como lo que es exterior: pero no lo hizo a su imagen, sino según lo que es interior, no solo incorpóreo, sino también racional, lo que no está presente en los animales. No hizo, por tanto, un hombre a su imagen, y otro no a su imagen: sino que, como ambos, interior y exterior, juntos son un solo hombre, hizo a este único hombre a su imagen, no según lo que tiene de cuerpo y vida corporal; sino según lo que tiene de mente racional, por la cual conoce a Dios, y se le prefiere a todos los irracionales por la misma excelencia de la razón. Pero Fausto concede que lo interior es hecho por Dios, "Cuando se renueva", dice, "en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó". Reconozco claramente este sentimiento apostólico (Colosenses III, 10): ¿por qué él mismo no reconoce, "Dios puso los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo como quiso" (I Cor. XII, 18)? He aquí que Dios también es proclamado por el mismo apóstol como el creador del hombre exterior: ¿por qué elige de ahí lo que cree que es a su favor, y calla o rechaza lo que corta las fábulas de los maniqueos? Asimismo, cuando el mismo Pablo discutía sobre el hombre terrenal y celestial, distinguiendo entre el mortal y el inmortal, entre lo que somos en Adán y lo que seremos en Cristo, usó el testimonio del cuerpo terrenal, es decir, animal, de la misma Ley, del mismo libro y del mismo lugar donde está escrito que Dios también hizo al hombre terrenal. Pues cuando trataba de cómo resucitarán los muertos, y con qué cuerpo vendrán, después de dar la similitud de las semillas de los granos, que se siembran desnudos, y Dios les da un cuerpo como quiere, a cada semilla su propio cuerpo: donde no obstante derriba el error de los maniqueos, que dicen que los granos y las hierbas y todas las raíces y arbustos son creados por la raza de las tinieblas, no por Dios; y en esas formas y géneros de cosas creen que Dios está más bien atado, que operando algo de esto: cuando, por tanto, también dijo estas cosas contra la sacrílega vanidad de los maniqueos, llegó a las diferencias de las carnes: "No toda carne es la misma carne", dijo: de ahí a los cuerpos celestiales y terrestres, de ahí a la transformación de nuestro cuerpo por la cual puede hacerse espiritual y celestial: "Se siembra en deshonra, resucitará en gloria: se siembra en debilidad, resucitará en poder: se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual". Y queriendo mostrar de dónde proviene el cuerpo animal: "Si hay cuerpo animal, hay también espiritual; como está escrito, El primer hombre Adán fue hecho en alma viviente" (I Cor. XV,

35-45). Esto está escrito en el Génesis (Gén. II, 7), donde se narra cómo Dios hizo al hombre, y animó el cuerpo que había formado de la tierra. Pero el Apóstol no llama al viejo hombre otra cosa que la vida vieja, que está en el pecado, en la cual se vive según Adán: de quien dice, "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron" (Rom. V, 12). Por lo tanto, todo ese hombre, es decir, tanto en su parte interior como exterior, se envejeció por el pecado, y fue sometido a la pena de la mortalidad: pero ahora se renueva según el hombre interior, donde se reforma según la imagen de su Creador, despojándose de la injusticia, es decir, del viejo hombre; y vistiéndose de justicia, es decir, del nuevo hombre. Pero entonces, cuando resucite el cuerpo espiritual, que se siembra animal, también el exterior recibirá la dignidad de la disposición celestial: para que todo lo que fue creado sea recreado, y todo lo que fue hecho sea restaurado, por aquel que recrea quien creó, y restaura quien hizo. Lo cual explica brevemente, donde dice: "El cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom. VIII, 10, 11). Pues ¿quién, instruido en la verdad católica, ignora que según el cuerpo hay otros hombres varones, otros mujeres, no según el espíritu de la mente, en el cual somos renovados según la imagen de Dios? Sin embargo, porque Dios hizo ambos, el mismo apóstol es testigo, donde dice: "Ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer en el Señor: porque como la mujer es del hombre, así también el hombre es por la mujer; pero todo es de Dios" (I Cor. XI, 11, 12). ¿Qué dice a esto la inepta falacia de los hombres alienados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos a causa de la ceguera de su corazón (Efes. IV, 18), sino, En las Escrituras apostólicas lo que queremos es verdad, lo que no queremos es falso? Así deliran los maniqueos: pero que recapaciten, y no sean maniqueos. Si se les pregunta (ya que admiten que el hombre interior se renueva a la imagen de Dios, y ellos mismos traen este testimonio: pero entonces dice Fausto que Dios hace al hombre, cuando el interior se renueva en el conocimiento de Dios), si él mismo lo hizo quien lo rehace, él mismo lo creó quien lo renueva; responderán, Él mismo. A esta respuesta suya, si añadimos, preguntando cuándo lo formó quien ahora lo reforma: buscarán dónde esconderse, para no verse obligados a revelar la deshonra de su fábula. Pues no dicen que fue formado o creado o instituido por Dios, sino que fue enviado como parte de su sustancia contra los enemigos: ni envejecido por el pecado, sino capturado y deformado por necesidad por los enemigos, y otras cosas que ya cansa decir. Allí también mencionan al primer hombre, no al que dice el Apóstol de la tierra terrenal (I Cor. XV, 47), sino a no sé qué propio suyo que salta de su arca de mentiras: del cual Fausto guarda completo silencio, cuando se propone la cuestión sobre el hombre; temiendo que de alguna manera a aquellos contra quienes disputa, se les haga conocido.

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: ¿Tiene Dios fin, o es infinito? Si vuestra oración no engaña, que dice, Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob (Éxodo III, 15), Dios tiene fin: a menos que tal vez sea otro de quien preguntas, y otro a quien oráis: de lo contrario, el término de la circuncisión, que distingue a Abraham, Isaac y Jacob de la sociedad de las demás naciones (Gén. XVII, 9-14), también limita el poder de Dios sobre ellos. Pero aquel cuyo poder es finito, él mismo no carece de fin. Por lo tanto, ni siquiera mencionáis en esta oración a los antiguos que fueron antes de Abraham; digo Enoch, y Noé, y Sem (Gén. V), y otros semejantes a ellos, que admitís que fueron justos en la incircuncisión, pero como carecían del signo de la circuncisión, ni siquiera queréis que sea su Dios, sino solo el de Abraham y su

descendencia. Por lo tanto, si hay un solo Dios infinito, ¿qué significa esta cautela tan diligente y solícita de vuestra invocación, que no contentos con nombrar a Dios, añadís también de quién, a saber, de Abraham, Isaac y Jacob: como si vuestra oración fuera a errar o naufragar en alguna multitud de dioses, a menos que navegue hacia la señal de Abraham? Y esto ciertamente no es absurdo que los judíos lo hagan, como circuncidados; pues así designan que invocan al Dios de la circuncisión, por los dioses de la incircuncisión: pero vosotros, ¿por qué hacéis esto mismo, lo entiendo poco; ya que no lleváis la señal que tuvo Abraham, cuyo Dios invocáis. Pues verdaderamente, lo que se da a entender, parece que los judíos y el Dios de los judíos se impusieron mutuamente tales notas de reconocimiento, para no errar el uno del otro; y él ciertamente los marcó con el obscuro carácter de la circuncisión, para que dondequiera que estuvieran en la tierra, dondequiera que estuvieran entre las naciones, por la circuncisión, se supiera que son de él; y ellos, a su vez, marcaron a su Dios con el nombre de sus padres, para que dondequiera que él estuviera, aunque en una gran multitud de dioses, cuando oyera Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, supiera inmediatamente que es invocado. Lo cual suele hacerse en muchos que tienen un nombre común, para que ninguno de ellos, al ser llamado, responda, a menos que oiga el apellido. Así también el pastor y el vaquero marcan a sus rebaños, para que ninguno de ellos reclame como suyo lo ajeno. Y como vosotros hacéis lo mismo, diciendo Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, no solo mostráis que Dios tiene fin, sino que también sois ajenos a él, careciendo de su señal y sacramento, que es la mutilación viril, por la cual él reconoce a los suyos. Por lo tanto, si este es el Dios que adoráis, está claro por esto que tiene fin. Si queréis que sea un Dios infinito, es necesario que renunciéis a este, y con la oración cambiada, llevéis el arrepentimiento de vuestro error pasado. Y esto se ha dicho así, para que parezca que os hemos vencido con lo vuestro: de lo contrario, si se pregunta si el Dios supremo y verdadero es el mismo infinito o no, la contrariedad del bien y del mal podrá enseñarnos brevemente sobre esto. Pues si no hay mal, ciertamente Dios es infinito; pero tiene fin, si hay mal: pero está claro que hay mal: por lo tanto, Dios no es infinito: pues de allí se toman los males, donde está el fin de los bienes.

CAPÍTULO II.

AUGUSTINUS respondió: Lejos esté de nosotros que alguien os pregunte esto, quien os conoce, o que dispute sobre este asunto con tales personas. Primero debéis ser purificados de las imaginaciones carnales y corporales mediante la fe piadosa y la razón, por pequeña que sea, de la verdad, para que podáis pensar en las cosas espirituales de alguna manera y en alguna medida. Mientras no podáis hacerlo (pues vuestra herejía no conoce otra cosa que extender tanto el cuerpo como el alma y a Dios a través de espacios finitos o infinitos, cuando solo el cuerpo ocupa tales espacios o es ocupado por ellos), haréis más sabiamente si no os mezcláis en esta cuestión, donde no podéis enseñar nada verdadero, como tampoco en otras cosas; ni sois aptos para aprender lo que quizás podáis en otras cosas, si no sois orgullosos y litigiosos. Pues cuando se empieza a preguntar cómo es finito Dios, a quien ningún lugar contiene; cómo es infinito, a quien el Hijo conoce por completo: cómo finito, inmenso; cómo infinito, perfecto: cómo finito, sin tener medida; cómo infinito, medida de todo: toda imaginación carnal se desvanece; y si quiere hacerse lo que aún no es, primero se avergüenza de lo que es. Por tanto, lo que nos proponéis sobre Dios finito e infinito, mejor lo termináis callando, hasta que dejéis de errar tan lejos del fin de la Ley, que es Cristo. Sobre el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, siendo él el verdadero Dios de toda criatura, ya hemos dicho cuanto era suficiente sobre por qué quiso insinuarse a su pueblo con ese nombre. Sobre la circuncisión también hemos respondido frecuentemente en las partes superiores de la obra contra las calumnias ignorantes. Sin embargo, si pensaran con mente cristiana, no herética, en

el signo dado divinamente en la parte adecuada del cuerpo, por el cual se figuraba el despojo de la carne, de ninguna manera se burlarían. Pero porque es verdad lo que sigue, "Para los impuros e infieles nada es puro; sino que están contaminados su mente y su conciencia" (Tit. I, 15): riendo de ellos, y burlándose con palabras, les advertimos suavemente, si según ellos la circuncisión es indecente, no tienen de qué reírse allí, sino de qué lamentarse; porque su dios está ligado y contaminado, mezclado con esa parte que se corta y con esa sangre que gotea.

LIBRO VIGÉSIMO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: Si Jesús no nació, ¿cómo murió? Esto ya es una conjetura: pero nadie usa conjeturas, a menos que le falten pruebas. Sin embargo, responderemos también a esto, y no de otra manera que con ejemplos de lo que soléis creer: que, si son verdaderos, nos confirmarán; si son falsos, os destruirán. Dices, pues: ¿Cómo murió Jesús, si no fue hombre? Y yo te pregunto: ¿Cómo no murió Elías, siendo hombre? ¿Acaso a este mortal le fue permitido, contra su condición, invadir el derecho de la inmortalidad, y a Cristo, siendo inmortal, no le fue permitido usurpar algo de la muerte, si fue necesario? Y si Elías vive eternamente contra la naturaleza, ¿por qué no conceder que Jesús pudo morir solo por tres días contra la naturaleza: especialmente cuando también creéis esto no solo de Elías, sino también de Moisés y Enoc, que son inmortales, y ellos mismos arrebatados con sus cuerpos al cielo? Por tanto, si de este argumento se concluye correctamente que Jesús fue hombre, porque murió; igualmente se podría concluir del mismo argumento que Elías no fue hombre, porque no murió. Pero es falso que Elías no fue hombre, aunque se crea inmortal: igualmente será falso que Jesús fue hombre, aunque se estime muerto. Y si quieres creerme cuando digo la verdad, ambos de ellos entre los hebreos tienen una opinión falsa, Jesús sobre la muerte, y Elías sobre la inmortalidad: pues ni este murió, ni aquel no murió: pero vosotros creéis lo que queréis; lo que no, lo reducís a la naturaleza. Por tanto, si se busca qué es propio de la naturaleza, esta no quiere que el inmortal muera, ni que el mortal no muera. Pero si buscamos el poder en Dios y en el hombre para hacer lo que quieran, creo que Jesús pudo morir más que Elías no morir: porque hay más poder en Jesús que en Elías. Y si tú elevas al cielo al más impotente contra la licencia de la naturaleza, y lo consagras a la perpetuidad, olvidando su naturaleza y condición; ¿por qué no concederé que Jesús pudo morir, si quiso, aunque consienta que fue una verdadera muerte, y no una figura de muerte? Pues así como desde el principio, tomando la semejanza del hombre, simuló todos los afectos de la condición humana, así no estaría fuera de lugar, si al final también, por la gracia de la economía a consignar, hubiera sido visto morir.

CAPÍTULO II.

Además, también debe recordarse que si se busca qué es lícito a cada uno por naturaleza, debería buscarse en todo lo que Jesús hizo, no solo en su muerte. Pues la naturaleza no permite que un ciego de nacimiento vea la luz; lo cual, sin embargo, Jesús parece haber obrado poderosamente en los ciegos de este tipo, hasta el punto de que los mismos judíos exclamaron que desde el principio del mundo nunca se había visto que alguien abriera los ojos de un ciego de nacimiento (Juan IX): haber sanado una mano seca, haber devuelto la voz y la palabra a quienes por naturaleza carecían de ellas, haber restaurado el espíritu vital a cuerpos muertos y ya descompuestos, ¿no lleva esto al asombro, y obliga de alguna manera a no creer a quien piensa qué es lícito, y qué no es lícito por naturaleza? Sin embargo, todos nosotros, los cristianos, creemos que todo esto fue hecho por él, no ya por la consideración de

la naturaleza, sino solo por el poder y la virtud de Dios. También se lee que, arrojado alguna vez por los judíos desde la cima de un monte, se fue ileso. Entonces, quien no murió al ser precipitado desde un monte alto, porque ciertamente no quiso; ¿por qué no pudo también morir cuando quiso? Y esto, de hecho, ahora se ha respondido por nosotros de esta manera, porque os gusta argumentar, y probáis armas ajenas, queriendo disputar dialécticamente: de lo contrario, para nosotros ni Jesús murió, ni Elías es inmortal.

CAPÍTULO III.

AUGUSTINUS respondió: Cualquier cosa que la Sagrada Escritura, situada en la cima de la autoridad con pruebas ciertas y grandes de su fe, testifique sobre Enoc, Elías y Moisés, eso creemos, no lo que Fausto sospecha que creemos. Pero aquellos que, como vosotros, yerran, no pueden saber qué es según la naturaleza, qué contra la naturaleza. Sin embargo, no negamos que se diga según el modo humano que es contra la naturaleza lo que es contrario al uso de la naturaleza conocido por los mortales: como lo que el Apóstol dice, "Si tú, siendo del olivo silvestre por naturaleza, fuiste injertado contra la naturaleza en el buen olivo" (Rom. XI, 24); dijo que es "contra la naturaleza" lo que es contrario a la costumbre de la naturaleza, que la comprensión humana abarca, como el olivo silvestre injertado en el olivo, no lleva bayas de olivo silvestre, sino la grasa del olivo. Pero Dios, creador y formador de todas las naturalezas, no hace nada contra la naturaleza: pues será natural para cada cosa lo que él haga, de quien es todo el modo, número, orden de la naturaleza. Pero ni siquiera el hombre hace nada contra la naturaleza, excepto cuando peca, quien sin embargo es reducido al castigo a la naturaleza. Pues pertenece al orden natural de la justicia que o no se cometan pecados, o no puedan quedar impunes: cualquiera de estas cosas que sea, el orden natural se mantiene, si no por el alma, ciertamente por Dios. Pues los pecados atormentan la conciencia, y dañan al mismo ánimo, cuando se priva de la luz de la justicia pecando, aunque no sigan los dolores, que se infligen para corregir, o se reservan para los no corregidos como último recurso. Pero no incongruentemente decimos que Dios hace algo contra la naturaleza, lo que hace contra lo que conocemos en la naturaleza. Pues también llamamos naturaleza al curso conocido y acostumbrado de la naturaleza, contra el cual cuando Dios hace algo, se llaman maravillas o milagros. Pero contra aquella ley suprema de la naturaleza, alejada del conocimiento, ya sea de los impíos o de los aún débiles, Dios de ninguna manera actúa, así como no actúa contra sí mismo. Pero la criatura espiritual y racional, en cuyo género está también el alma humana, cuanto más participa de aquella ley y luz inmutable, tanto más ve qué puede hacerse, qué no puede hacerse: cuanto más alejada esté de allí, más se maravilla de lo insólito, cuanto menos discierne lo futuro.

CAPÍTULO IV.

Por tanto, no sabemos qué se hizo con Elías: sin embargo, creemos de él lo que la Escritura veraz testifica. Ciertamente sabemos que de él se hizo lo que la voluntad de Dios tiene; pero lo que la voluntad de Dios no tiene, de nadie puede hacerse en absoluto. Por tanto, si se me dice que puede hacerse que la carne, por ejemplo, de este o aquel hombre se transforme en un cuerpo celestial: concedo que puede hacerse, pero si será, no lo sé; y por eso no lo sé, porque me oculta qué tiene la voluntad de Dios sobre este asunto: sin embargo, no me oculta que sin duda será, si así lo tiene la voluntad de Dios. Pero si escucho que algo iba a suceder, pero Dios hizo que no sucediera; responderé con toda confianza, Eso más bien iba a suceder lo que Dios hizo, no aquello, que si iba a suceder, esto habría hecho. Pues Dios sabía lo que iba a hacer, y por eso sabía al mismo tiempo que aquello no iba a suceder, lo que iba a hacer que no sucediera: y sin duda es más verdadero lo que sabe Dios, que lo que opina el hombre. Por lo tanto, no pueden no suceder las cosas futuras, así como no pueden no haber sucedido las

pasadas: porque no está en la voluntad de Dios que algo sea falso, por lo cual es verdadero. Por tanto, todo lo que verdaderamente será, sin duda sucederá; si no ha sucedido, no era futuro: así todo lo que verdaderamente ha pasado, sin duda ha pasado.

CAPÍTULO V.

Cualquiera que diga, Si Dios es omnipotente, haga que lo que ha sido hecho, no haya sido hecho; no ve que está diciendo, Si es omnipotente, haga que lo que es verdadero, por eso mismo que es verdadero, sea falso. Pues puede hacer que algo no sea lo que era; entonces hace que no sea, cuando encuentra que es aquello de lo que se hace: como cuando hace que alguien, que comenzó a ser al nacer, no sea al morir; pues encuentra hecho aquello de lo que se hace. Pero ¿quién dirá que haga que lo que ya no es, no sea? Pues todo lo que ha pasado, ya no es: pero si de ello puede hacerse algo, aún es de lo que se hace; y si es, ¿cómo ha pasado? No es, por tanto, lo que verdaderamente decimos que fue: pero por eso es verdadero que fue, porque en nuestro juicio es verdadero, no en esa cosa que ya no es. Pues la sentencia con la que decimos que algo fue, es verdadera porque aquello de lo que decimos, ya no es. Dios no puede hacer falsa esta sentencia, porque no es contrario a la verdad. Pero si preguntas dónde está esta sentencia verdadera: primero se encuentra en nuestro ánimo, cuando sabemos y decimos que es verdad. Pero si también se quita de nuestro ánimo, cuando olvidamos lo que sabemos, permanecerá en la misma verdad. Pues siempre será verdadero que fue aquello que era, y ya no es; y allí será verdadero que ya fue lo que era, donde era verdadero antes de que sucediera que sería lo que no era. Dios no puede oponerse a esta verdad, en quien está la misma verdad suprema e inmutable, por la cual se ilumina para ser, cualquier cosa que en las mentes y ánimos de cualquiera sea verdadera. Pero no decimos que Dios es omnipotente de tal manera, como si creyéramos que también puede morir; y porque no puede esto, por eso no debe llamarse omnipotente. Él ciertamente es el único que verdaderamente se llama omnipotente, quien verdaderamente es, y de quien solo es cualquier cosa que de alguna manera es, ya sea espiritual o corporal. Porque toda criatura usa de él como le place: le place, sin embargo, según la verdadera e inmutable justicia, que él mismo es, cambiando todas las cosas mutables, cuando él mismo es inmutable, según los méritos ya sea de las naturalezas o de los hechos. ¿Acaso diremos, por tanto, que Elías, siendo criatura, no podía cambiarse ni para peor ni para mejor; o no podía de esa manera que es insólita para el género humano, según la voluntad de Dios omnipotente? ¿Quién diría esto, aunque fuera el más necio? ¿Por qué, entonces, no creemos lo que sobre él está puesto en la Escritura veracísima? a menos que pensemos que Dios solo puede hacer lo que estamos acostumbrados a ver.

CAPÍTULO VI.

Pero si Elías fue hombre, dice, y pudo no morir, ¿por qué Cristo, siendo que no fue hombre, no pudo morir? Es como si alguien dijera: Si la naturaleza del hombre pudo cambiarse en algo mejor, ¿por qué no pudo la naturaleza de Dios cambiarse en algo peor? Necio, porque la naturaleza del hombre es mutable, pero la de Dios es inmutable. Pues también podría alguien igualmente insensato decir: Si puede dar al hombre para que reine eternamente, ¿por qué no puede hacerse a sí mismo para que sea condenado eternamente? No digo esto, dice, sino que comparo al menos la muerte de tres días de Dios con la vida eterna del hombre. Claro, si así entendieras la muerte de tres días de Dios, que la carne en él muriera, la cual asumió del género de los mortales, pensarías correctamente: pues esa muerte de tres días de Cristo hecha por la vida eterna de los hombres la predica la verdad evangélica. Pero cuando quieres que la muerte de tres días, sin ninguna criatura mortal asumida, en la misma naturaleza divina no absurdamente se crea, porque la naturaleza humana puede ser donada con inmortalidad; ciertamente desvarías, como quien ni a Dios conoce, ni los dones de Dios. Luego, ¿cómo no

dices y sientes lo que puse arriba, que Dios se hizo para sí mismo de donde sea condenado eternamente, cuando esa parte de vuestro dios estará eternamente fijada en el globo? ¿O también dirás esto, que la parte de la luz es luz, y la parte de Dios no es Dios? Finalmente, para que sin ninguna argumentación y con la clara verdad de la fe escuchéis de nosotros, por qué creemos que Elías, nacido hombre, fue arrebatado divinamente de la tierra, y que Cristo nació verdaderamente de una virgen, y murió verdaderamente en la cruz: creemos esto porque tanto aquello de Elías, como esto de Cristo lo testimonia la Sagrada Escritura (IV Reg. II, 11; Mat. I, 25, y XVII, 50), a la cual nadie piadoso sino quien cree, nadie impío no cree. Pero vosotros negáis aquello de Elías, porque simuláis todo: pero sobre Cristo que no pudo nacer y pudo morir, ni vosotros lo decís; sino que su nacimiento de una virgen fue nulo, y su muerte en la cruz falsa, esto es también nula, sino simulada para engañar los ojos humanos; para nada más, sino para que por aquellos que crean esto, también a vosotros, que mentís en todo, se os perdone.

CAPÍTULO VII.

¿Quién, pues, os propondrá, lo que Fausto se propone a sí mismo como si fuera de la persona de un católico, Jesús si no nació, ¿cómo murió? a menos que considere poco que el mismo Adán no nació, y sin embargo murió? Si, por tanto, el Hijo de Dios hubiera querido formarse para sí mismo una carne humana verdadera de donde formó también al primer hombre, puesto que todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3), ¿quién se atrevería a afirmar que no pudo? Si finalmente hubiera querido asumir un cuerpo de la criatura celestial o aérea o húmeda, transformándolo en la verdadera calidad de carne humana, en la cual pudiera vivir como hombre mortal, y morir, ¿quién negaría que pudo hacer esto, el Hijo del omnipotente? Por último, si hubiera querido asumir un cuerpo de ningún elemento corporal, que por él fueron creados, sino crear para sí mismo carne verdadera de la nada, como por él fueron creadas todas las cosas que no eran; ¿quién de nosotros contradeciría, quién de nosotros sostendría que no pudo hacerse? No creemos, por tanto, que nació de la virgen María, porque de otra manera no podría existir en carne verdadera y aparecer a los hombres: sino porque así está escrito en esa Escritura, a la cual si no creemos, ni cristianos ni salvos podremos ser. Creemos, por tanto, que Cristo nació de la virgen María, porque así está escrito en el Evangelio: creemos que fue crucificado y murió, porque así está escrito en el Evangelio: y verdaderamente nació y verdaderamente murió, porque el Evangelio es verdad. Pero por qué quiso sufrir todas esas cosas en la carne asumida del vientre de una mujer, el sumo consejo está en él: ya sea porque juzgó que ambos sexos, que había creado, debían ser también de esta manera recomendados y honrados, asumiendo la forma de hombre, y naciendo de mujer; o por alguna otra causa, cuál sea, no me atrevería a decir. Sin embargo, diré con confianza que no se hizo de otra manera que como la verdad evangélica enseñó; ni debía hacerse de otra manera que como la sabiduría de Dios juzgó. Anteponeamos la fe del Evangelio a todas las disputaciones de los herejes: pero alabamos el consejo de la sabiduría de Dios sobre todo consejo de cualquier criatura.

CAPÍTULO VIII.

Sin embargo, Fausto nos exhorta a creerle diciendo: "Y si deseas creerme cuando digo la verdad, ambos entre los hebreos tenían una falsa opinión, Jesús sobre la muerte y Elías sobre la inmortalidad". Poco después dice: "Así como desde el principio, al asumir la semejanza del hombre, simuló todos los afectos de la condición humana; no habría sido inapropiado que al final, por la gracia de la economía a ser sellada, también hubiera parecido morir". Hombre malvado y engañoso, ¿cómo puedo creerte, como si dijeras la verdad, cuando afirmas que

Cristo pudo haber mentido sobre su muerte? ¿Acaso mentía cuando decía: 'Es necesario que el Hijo del Hombre sea muerto y resucite al tercer día' (Lucas 24, 7)? ¿Y tú no mientes, y dices que debemos creerte como si dijeras la verdad? Entonces, ¿Pedro era más veraz cuando le dijo: '¡Lejos de ti, Señor, eso no sucederá!' y por lo cual mereció escuchar: '¡Apártate de mí, Satanás!' (Mateo 16, 22-23)? Y él ciertamente no escuchó esto en vano, pues después, corregido y perfeccionado, predicó la verdad de la muerte de Cristo hasta su propia muerte. Pero si él, por pensar que Cristo no moriría, mereció escuchar 'Satanás', ¿qué mereces tú escuchar, que no niegas que murió, sino que incluso dices que su muerte fue una mentira? Pero dices que debe creerse que también simuló la muerte, porque simuló todos los afectos de la condición humana. ¿Quién te concederá esto contra el Evangelio, que simuló todos los afectos de la condición humana? Si el evangelista dijo: 'Jesús durmió' (Lucas 8, 24); si dijo: 'Tuvo hambre' (Lucas 4, 2), 'tuvo sed' (Juan 19), 'se entristeció' (Mateo 26, 37), 'se alegró', y si hay otras cosas semejantes; todo es verdad, lo que se narra de tal manera que no se dice que lo simuló, sino que claramente lo hizo o lo mostró, ciertamente no por necesidad de la condición, sino por voluntad de enseñanza y también por poder divino. Pues el hombre, aunque no quiera, a menudo se enoja; aunque no quiera, se entristece; aunque no quiera, duerme; aunque no quiera, tiene hambre y sed: pero él hizo todas estas cosas porque quiso. Así también los hombres nacen y sufren, no porque quieran, ni lo que quieren; pero él también hizo estas cosas porque quiso. Sin embargo, estas cosas verdaderas sobre él están fiel y verdaderamente escritas, para que cualquiera que crea en su Evangelio sea instruido por la verdad, no engañado por mentiras.

LIBRO VIGÉSIMO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fausto dijo: Si Jesús no nació, tampoco sufrió: pero si sufrió, entonces también nació. No les conviene, créanme, buscar en estas cosas la consecuencia de la naturaleza; de lo contrario, toda su fe se debilitará. Pues ustedes creen que Jesús nació de una virgen sin la unión con un hombre, y si de las consecuencias deben probarse las anteriores, esto será falso. Pues se les podría responder de esta manera: si Jesús nació de una mujer, entonces también fue engendrado por un hombre; pero si no fue engendrado por un hombre, entonces tampoco nació de una mujer. Sin embargo, pudo, como ustedes creen, nacer sin ser engendrado: ¿por qué entonces no pudo también sufrir sin haber nacido?

CAPÍTULO II.

Agustín respondió: Nadie te propone lo que tú te propones, excepto un ignorante a quien engañas, no uno instruido por quien eres refutado. Pues Jesús pudo nacer sin ser engendrado, y sufrir sin haber nacido: pero quiso uno de estos, no quiso el otro. Quiso nacer sin ser engendrado, pero no quiso sufrir sin haber nacido: porque nació y sufrió. Me dices: ¿Cómo lo sabes? Porque lo leo en el Evangelio de la verdad. Pero si te pregunto, ¿cómo sabes lo que dices? Me opones la autoridad de los maniqueos y dices que hay falsedad en el Evangelio. Pero yo no creería a un maniqueo que dijera esto, ni siquiera si no me alabaran que Cristo mintió. Lo cual no encontró en Cristo, sino que revela lo que él mismo ama.

LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fausto dijo: Pero no podía morir, a menos que hubiera nacido. Y yo respondo, tampoco podía nacer, a menos que no fuera Dios: o si pudo ser Dios y nacer, ¿por qué no pudo también no nacer y morir? Ves, entonces, que no es útil buscar la consecuencia en estas cosas, ni apoyarse en argumentos, cuando se trata de asuntos que conciernen a Jesús. Más bien, debe buscarse qué dijo él de sí mismo, o qué predicaron sus apóstoles sobre él. Y debe examinarse la genealogía misma, y ver si es coherente; no buscar la verdad de su nacimiento a partir de la conjetura de su pasión: porque pudo sufrir sin haber nacido, y nacer sin sufrir; especialmente cuando ustedes mismos admiten que para Dios nada es imposible: lo cual también será falso, si se demuestra que no pudo morir sin haber nacido.

CAPÍTULO II.

Agustín respondió: Una y otra vez te propones lo que no escuchas de aquellos por quienes eres refutado. Nadie te dice que no podía morir a menos que hubiera nacido: porque Adán murió, aunque no hubiera nacido. Pero se te dice: Nació, porque esto lo dice el santo Evangelio, no algún hereje desconocido: murió, porque esto se lee en el santo Evangelio, no en el libro de algún hereje. Pero tú, que prohíbes argumentar cuando se trata de asuntos que conciernen a Jesús, y crees que debe buscarse qué dijo él de sí mismo, o qué predicaron sus apóstoles sobre él, cuando comience a recitar el Evangelio de Mateo, su apóstol, donde se narra toda su genealogía, inmediatamente dirás que esa narración no es de Mateo, aunque toda la Iglesia, desde las sedes apostólicas hasta los obispos presentes, lo afirma con cierta sucesión. ¿Qué me leerás en contra? Tal vez algún libro de Maniqueo, donde se niega que Jesús nació de una virgen. Así como yo creo que ese libro es de Maniqueo, porque desde el tiempo en que Maniqueo vivió en la carne, ha sido custodiado y transmitido por sus discípulos en una cierta sucesión de sus superiores hasta sus tiempos; así también crean que este libro es de Mateo, que desde el tiempo en que Mateo vivió en la carne, la Iglesia lo ha transmitido con una serie ininterrumpida de tiempos hasta estos días. Y dime, ¿a cuál libro debemos creer más; al del apóstol que se adhirió a Cristo cuando aún estaba en la tierra, o al de un persa desconocido que nació mucho después? Pero tal vez presentarás otro libro que tenga el nombre de algún apóstol, que se sabe fue elegido por Cristo, y allí leerás que Cristo no nació de María. Cuando sea necesario que uno de estos libros sea mentiroso, ¿a cuál crees que debemos dar fe? ¿Al del apóstol que la Iglesia, comenzando desde Cristo mismo y avanzando a través de los Apóstoles con una serie de sucesiones hasta estos tiempos, extendida por todo el mundo, reconoce y aprueba como transmitido y conservado desde el principio; o al que la misma Iglesia desconoce y rechaza, aunque sea presentado por hombres tan veraces que alaban a Cristo por haber mentido?

CAPÍTULO III.

Aquí dirás: Consideremos la genealogía misma de los dos libros del Evangelio, si son coherentes. Ya hemos dicho en otra parte de esta obra lo que debía decirse (Arriba, libro 3, capítulo 3). Pues no les preocupa, excepto cómo pudo tener José dos padres. Si a quienes piensan no se les hubiera ocurrido que uno lo engendró y otro lo adoptó, no deberían haber emitido tan apresuradamente un juicio contra una autoridad tan grande: ahora bien, si al menos advertidos piensan cómo pudo haber sido esto, crean simplemente en el Evangelio, y dejen de argumentar tan mal y perversamente.

CAPÍTULO IV.

Pero lo que Fausto cree que debe buscarse, qué predicó Jesús de sí mismo; ¿a quién no le parecería justo? Pero, ¿acaso esto puede saberse sin que lo narren sus discípulos? Si no se les

cree cuando anuncian que nació de una virgen, ¿cómo se les creerá cuando anuncien qué predicó de sí mismo? Pues si se presentaran algunas cartas que se dijeran ser propiamente de Cristo sin que nadie más lo narrara; ¿cómo podría ser que si realmente fueran suyas, no se leyeran, no se recibieran, no destacaran con la máxima autoridad en su Iglesia, que desde él, a través de los Apóstoles, con obispos sucediéndose hasta estos tiempos, se ha propagado y extendido; con muchas cosas ya cumplidas en ella, que fueron predichas antes, y hasta el fin, sin duda, las que quedan por venir y sucederán? Porque incluso esas cartas, si se presentaran, ciertamente habría que considerar quién las presenta. Si él mismo, sin duda podrían haber sido presentadas primero por aquellos que entonces estaban con él, y a través de ellos llegar también a otros. Si esto hubiera sucedido, brillarían con la autoridad más confirmada a través de las sucesiones de superiores y pueblos que mencioné. ¿Quién es, entonces, tan demente que hoy crea que hay una carta de Cristo presentada por Maniqueo, y no crea que se hicieron o dijeron cosas de Cristo que escribió Mateo? O si incluso duda de si Mateo escribió estas cosas, ¿no debería creer más bien lo que encuentra en la Iglesia, que desde los tiempos de Mateo hasta ahora se declara con una serie de sucesiones; y creer a un desconocido que vino de Persia después de doscientos o más años, y que persuade a que se crea más bien lo que Cristo dijo e hizo: cuando el mismo apóstol Pablo, llamado del cielo después de la ascensión del Señor (Hechos 9), si no hubiera encontrado a los Apóstoles en la carne, con quienes comunicarse y conferenciar el Evangelio, la Iglesia no le habría creído en absoluto? Pero cuando lo reconoció anunciando lo mismo que ellos anunciaban, y viviendo en su comunión y unidad, con señales tales que también él operaba; así, mereció autoridad, con el Señor recomendándolo, para que hoy sus palabras se escuchen en la Iglesia, como si en él se escuchara hablar a Cristo, como él mismo dijo muy verdaderamente (2 Corintios 13, 3). Y Maniqueo cree que debe ser creído por la Iglesia de Cristo, hablando contra las Escrituras, tan firmemente establecidas con tal y tan ordenada autoridad: por las cuales principalmente se le ha recomendado, para que cualquiera que anuncie algo diferente de lo que ha recibido, sea anatema (Gálatas 1, 8-9).

CAPÍTULO V.

Pero, dice, presento una razón para demostrar que no se debe creer en esas Escrituras. ¿Acaso no argumentas? Y sin embargo, también en esa argumentación eres superado. Pues toda tu argumentación se reduce a que al final el alma crea que está en este mundo miserable porque su miseria ayuda a su Dios, para que no sea privado de su reino: y que su naturaleza y sustancia son tan mutables, corruptibles, violables, contaminables, que una parte de ella no puede ser purificada, y que por el mismo que la mezcló con tanta contaminación, sabiendo que era inocente de sus entrañas y sin pecado en sí misma, es castigada con el eterno suplicio del globo. Este es el fin de todas sus argumentaciones y fábulas: ojalá sea el fin, pero en su corazón y en su boca, para que alguna vez dejen de creer y decir blasfemias tan execrables. Pero, dice, pruebo a partir de esas Escrituras que no se debe creer en ellas en todas partes, porque se contradicen. ¿Por qué no dices entonces que no se debe creer en ellas en absoluto, como testigos inconstantes y que se contradicen? Pero, dice, elijo lo que veo que es coherente con la verdad. ¿Con qué verdad? Con tu fábula, que tiene en su cabeza la guerra de Dios, en medio la contaminación de Dios, y al final la condenación de Dios. Y, dice, nunca se cree en escritos que se contradicen y son contrarios. Pero te parece así porque no entiendes: pues todo lo que has presentado que parecía tal, se ha demostrado que no entiendes; y todo lo que presentes, se demostrará. No hay, por tanto, razón para no creer en esas Escrituras dotadas de tanta autoridad: y ciertamente esta es la mayor razón para anatematizar a quienes anuncian algo diferente.

LIBRO VIGÉSIMO NOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fausto dijo: Entonces era magia que se le viera y sufriera, si no nació. La misma argumentación se te devuelve, que también fue magia que fuera llevado en el vientre o que naciera, si no fue engendrado. Está claro que está fuera de la ley de la naturaleza que una virgen diera a luz, y mucho más que se encontrara virgen incluso después del parto. ¿Por qué, entonces, no quieres que también esto, fuera de la naturaleza, haya sucedido, que él pudiera sufrir queriendo, sin la suerte del nacimiento? Créeme; en cuanto al asunto, ambos profesamos cosas contrarias a la naturaleza: pero hay esta diferencia, que nosotros lo hacemos honestamente, ustedes deshonestamente: nosotros damos una razón de su pasión, y una probable; ustedes no dan ninguna razón de su nacimiento, o una falsa: en resumen, nosotros confesamos que sufrió en apariencia, y no murió realmente; ustedes creen con certeza que hubo un parto, y que fue llevado en un vientre femenino. O si no es así, admitan también ustedes que esto fue hecho imaginariamente, para que pareciera nacido, y toda nuestra contienda será derrotada. Pues aquello que suelen afirmar, que necesariamente nació, porque de otro modo no podría ser visto o hablar con los hombres, es ridículo; ya que muchas veces, como ya ha sido probado por los nuestros, se muestra que los ángeles han sido vistos y han hablado con los hombres.

CAPÍTULO II.

Agustín respondió: No se les dice que es magia que quien no ha nacido muera; pues esto ya hemos mencionado que sucedió en Adán: pero incluso si nunca hubiera sucedido, y el Señor Cristo hubiera querido venir de tal manera que no asumiera de una virgen, pero sin embargo apareciendo en verdadera carne, nos redimiera con verdadera muerte, ¿quién se atrevería a decir que no pudo hacerlo? Pero lo que hizo fue mejor, que también naciera de una virgen, y dignara así también a ambos sexos, por los cuales iba a morir para liberarlos, al nacer de una mujer en su cuerpo masculino: hablando principalmente contra ustedes mismos, y subvirtiéndolos, que predicán que el hombre y la mujer no son obra de Dios, sino del diablo. Pero lo que se dice que es similar a la magia es que afirman que su pasión y muerte fueron hechas en apariencia, y falsamente dicen que fue una sombra, para que pareciera morir quien no moría. De lo cual se sigue que también su resurrección la llaman sombría, imaginaria y falsa: pues no puede ser verdadera la resurrección de quien no murió realmente. Así resulta que mostró cicatrices falsas a los discípulos dudosos; y Tomás, no confirmado por la verdad, sino engañado por la falsedad, clamó: '¡Señor mío y Dios mío!' (Juan 20, 28); y sin embargo intentan persuadir que hablan la verdad, cuando dicen que Cristo mintió con todo su cuerpo. Estas son las cosas que se les objetan, que han inventado un Cristo tal, que sus discípulos no serían verdaderos a menos que también fueran mentirosos. Sin embargo, no por eso puede parecer magia que la carne del hombre naciera de una virgen, porque solo la carne de Cristo nació así: así como tampoco es magia que solo la carne de Cristo resucitó al tercer día, para no morir nunca más. De lo contrario, todos los milagros de Dios serían mágicos, porque fueron hechos singularmente: pero fueron hechos verdaderamente, y mostraron la verdad, no engañaron los ojos de los hombres con ilusiones engañosas: que a menudo se llaman contra la naturaleza, no porque se opongan a la naturaleza, sino porque exceden el modo de la naturaleza que nos es habitual. Por lo tanto, que el Señor aleje de las mentes de sus pequeños lo que Fausto intentó persuadir como si fuera una advertencia, que también profesemos la natividad imaginaria, no verdadera, de Cristo: y así se termine toda nuestra contienda; más bien, que permanezca nuestro combate por la verdad contra ellos, que con ellos en la falsedad.

CAPÍTULO III.

Sin embargo, les pregunto, si nuestra contienda termina cuando decimos esto, ¿por qué no lo dicen ellos? ¿Por qué afirman que la muerte de Cristo no fue verdadera, sino imaginaria; pero no al menos dicen lo mismo de su nacimiento, sino que prefieren decir que no hubo nacimiento en absoluto? Si se avergonzaron por el peso de la autoridad evangélica, y por eso no se atrevieron a decir que Cristo no sufrió al menos imaginariamente: la misma autoridad evangélica testifica su nacimiento. Aunque dos evangelistas narraron el parto de María (Mateo 1, 25, y Lucas 2, 7); sin embargo, ninguno de los evangelistas dejó de mencionar que Jesús tuvo madre (Mateo 2, 11; Marcos 3, 32; Lucas 2, 33, y Juan 2, 1). ¿O acaso se abstuvieron de predicar esto como simulado porque Mateo y Lucas relatan diferentes genealogías, lo que parece no coincidir? Pero da a un hombre que no entienda, pensará que también en muchas cosas que conciernen a la pasión de Cristo, los evangelistas no coinciden: da a uno que entienda, y coinciden en todas partes. ¿O porque simular la muerte es honesto, pero simular el nacimiento es deshonesto? ¿Por qué entonces nos exhorta a confesar esto, para que nuestra contienda pueda ser derrotada? Por lo tanto, me parece que no quisieron predicar la natividad de Cristo, ni siquiera como simulada como la muerte, sino que prefirieron decir que no hubo natividad en absoluto, lo cual se hará evidente en el discurso siguiente, donde responderemos a otra cuestión.

CAPÍTULO IV.

Absit, sin embargo, que haya en los miembros de los santos, incluso en los genitales, alguna deshonra. Se les llama ciertamente deshonestos, porque no tienen esa apariencia de decoro que tienen los miembros que están a la vista. Pero vean lo que dice el Apóstol, cuando, a partir de la misma unidad y estructura de los miembros de nuestro cuerpo, persuade a la Iglesia de la caridad. Mucho más, dice, los miembros del cuerpo que parecen ser más débiles son necesarios; y a los que parecen ser más viles del cuerpo, les damos mayor honor: y los que son nuestros deshonestos, tienen mayor honestidad; pero los que son nuestros honestos, no tienen necesidad: sino que Dios ha dispuesto el cuerpo, dando mayor honor a lo que le faltaba, para que no haya divisiones en el cuerpo (I Cor. XII, 22-25). Por lo tanto, el uso ilícito y no sujeto a las leyes de la templanza de esos miembros es deshonesto; no los mismos miembros, que no solo en excelente integridad conservan los célibes y vírgenes, sino que los mismos padres y madres santos casados los usaban solo para la generación, de modo que ese movimiento natural de ninguna manera fuera deshonesto, que no servía a la lujuria, sino a la razón. Cuánto más, entonces, en la santa virgen María, que concibió la carne de Cristo por la fe, no tuvieron deshonra los miembros que no sirvieron a la concepción humana y lícita, sino solo al parto divino. Con razón, pues, fueron así honrados, para que nos transfiriera a Cristo, a quien concibiéramos creyendo con corazones íntegros, y confesando de alguna manera diéramos a luz, incluso corporalmente conservando la integridad. De ninguna manera Cristo haría a su madre peor al nacer; para que a quien había traído el don de la fecundidad, no le quitara el decoro de la virginidad. Estas cosas fueron hechas verdaderamente, no falsamente: pero son nuevas, son insólitas, son contrarias al curso conocido de la naturaleza, porque son grandes, porque son maravillosas, porque son divinas; y por eso más verdaderas, ciertas, firmadas.

Y los Ángeles, dice, fueron vistos y hablaron, aunque no nacieron. Como si dijéramos que Cristo, si no hubiera nacido de una mujer, no podría haber sido visto ni haber hablado. Podía, pero no quiso: y es mejor lo que quiso. Pero es cierto que quiso esto, porque lo hizo, quien no

hace nada por necesidad, como vuestro dios, sino todo por voluntad. Y no dudamos que lo hizo, porque no creemos a ningún hereje, sino a su Evangelio.

LIBRO TRIGÉSIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: De vosotros ya hace tiempo. Pablo escribió, que algunos se apartarán de la fe, atendiendo a espíritus seductores, doctrinas de demonios, hablando mentira en hipocresía, teniendo cauterizada su conciencia, prohibiendo casarse, absteniéndose de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles (I Tim. IV, 1-3). Nunca, en verdad, consentiría que estas cosas fueran dichas por el Apóstol, a menos que primero confieses tú mismo que Moisés y los Profetas trajeron doctrinas de demonios, y fueron intérpretes de un espíritu seductor y maligno, que enseñan cuidadosamente a abstenerse de la carne de cerdo y otras carnes que llaman impuras. Por lo tanto, primero debéis deliberar sobre estas cosas, y pensar mucho y profundamente, si deben ser aceptadas como dichas por Dios mismo, o si parecen haber sido dichas por un demonio. Hasta aquí, o Moisés y los Profetas serán condenados con nosotros, o nosotros seremos absueltos con ellos. Porque no es justo vuestro juicio actual, que nosotros, que consideramos que solo el género sacerdotal entre el pueblo debe abstenerse de las carnes, parezcamos a vosotros seguidores de doctrinas de demonios: pero vuestros Profetas, y el mismo Moisés, que primero prohibió no solo a los sacerdotes, sino a todo el género humano en general, la carne de cerdo, y de liebre, y de erizo, y de sepias y calamares, y de otros géneros de peces sin escamas (Lev. XI), no se considere que hablaron en un espíritu seductor, ni en doctrina de demonios, sino en Dios y en el Espíritu Santo. Por lo tanto, para concederte que Pablo dijo esto, no seré vencido por ti hasta que condenes a Moisés y a los Profetas: para que lo que nunca hubieras hecho convencido por la razón y la verdad, ahora parezcas hacerlo por causa del vientre, blasfemando a Moisés.

CAPÍTULO II.

Hay también otra cosa sobre los tres jóvenes en Daniel, que os confundirá mucho, si resulta que abstenerse de alimentos es religión de demonios. Porque se lee que no solo se abstuvieron de lo prohibido por la Ley, sino también de lo permitido (Dan. I, 12): a quienes soléis admirar mucho, y contar entre los mártires; aunque ellos también siguieron la doctrina de los demonios, si esto resulta ser testimonio del Apóstol. A esto se añade que el mismo Daniel se dice que ayunó tres semanas de días, y no comió carne, ni bebió vino, mientras oraba por su pueblo (Dan. X, 2, 3). ¿Qué, entonces, también aquí se magnifica en la doctrina de los demonios, y busca gloria del comentario de un espíritu seductor?

CAPÍTULO III.

¿Qué diré de vosotros? es decir, de los más cristianos entre vosotros, de los cuales algunos, en efecto, se abstienen de cerdo, pero la mayoría de todo cuadrúpedo, y otros incluso de todo animal, y por esto toda la Iglesia los lleva en sus ojos, y los recibe con la mayor veneración, casi no considerándolos dioses. ¿Y no veis, ignorantes, que si esto es verdad, y es testimonio dicho por el Apóstol, también ellos son engañados por doctrinas de demonios? ¿Y qué diremos de aquello que nadie se atrevería a frustrar o negar, cuando consta entre todos, y se celebra anualmente con todo esmero en la asamblea católica? Me refiero a la Cuaresma, que quien entre vosotros considere que debe observarse correctamente, debe abstenerse de todas aquellas cosas que este capítulo dice que Dios creó para ser recibidas por nosotros, y llama doctrina de demonios la abstinencia de las mismas. ¿Qué, entonces, también vosotros,

queridos? ¿vivís entonces según el rito de los demonios, cuando estos misterios de la pasión de Cristo son celebrados por vosotros, y sois capturados por el fraude de un espíritu seductor, y habláis mentira en hipocresía, y tenéis vuestra conciencia cauterizada? Pero si nada de esto os afecta; tampoco a nosotros, entonces. ¿Qué significa este capítulo, o quién creéis que lo escribió, y contra quiénes, que no confirma las tradiciones del Antiguo Testamento, ni las disposiciones del Nuevo? Porque esto es por todos, como se ve en vosotros mismos; pero aquello, aunque por algunos, sin embargo, enseña a abstenerse: pero esta sentencia vuestra quiere que toda abstinencia de alimentos carnales sea doctrina de demonios. Si también vosotros creéis esto, lo diré de nuevo, condenad a Moisés, renunciad a los Profetas, llevad la misma sentencia sobre vosotros mismos: porque así como ellos siempre se abstuvieron de algunos alimentos, así vosotros a veces os abstenéis de todos.

CAPÍTULO IV.

O si Moisés y los Profetas, cuando juzgan los alimentos, parecen sancionar la ley de Dios, y no de los demonios; si Daniel observó tres semanas en el Espíritu Santo; si Ananías, Azarías y Misael, los jóvenes, por instinto de la mente divina, prefirieron usar verduras y legumbres; si finalmente entre vosotros, cuantos se abstienen, no lo hacen impulsados por demonios; si la Cuaresma sin vino y carnes no es observada supersticiosamente por vosotros, sino por ley divina: ved, os ruego, ved, no sea que sea de suma demencia pensar que esto fue dicho por Pablo, que la abstinencia de todos los alimentos es doctrina de demonios, y prohibir casarse: así como tampoco lo que dice que incluso dedicar vírgenes a Cristo es doctrina de demonios; que vosotros, sin consideración, leyendo esto, como otras cosas, lo dirigís a nosotros: y no veis que aquí también vuestras vírgenes son notadas como capturadas por la doctrina de los demonios, y vosotros sois sacerdotes de los demonios, que siempre incitáis a ellas a esta profesión con vuestras persuasiones, de modo que ya casi hay más número de vírgenes entre vosotros en todas las Iglesias que de mujeres. ¿Por qué, entonces, no desistís ya de tales comienzos? ¿Por qué inducís a las hijas de los hombres al fraude, si no se cumple en ellas la voluntad de Cristo, sino de los demonios? Y sin embargo, primero quisiera que nos respondierais esto, si hacer vírgenes es doctrina de demonios, o solo hacerlo por prohibición de casarse. Si por prohibición, nada tiene que ver con nosotros: porque también nosotros juzgamos tan necio prohibir a quien quiere, como impío y suficiente forzar a quien no quiere. Pero si también favorecer esta propuesta y no oponerse a quien quiere, también lo consideraréis doctrina de demonios, ahora callo sobre vuestro peligro, ya temo por el Apóstol, no sea que parezca haber introducido doctrina de demonios en Iconio, cuando con su discurso encendió a Tecla, ya comprometida al tálamo, en el amor de la virginidad perpetua. ¿Y qué diremos del mismo maestro y autor de toda santidad, Jesús, y del mismo esposo célibe de esta profesión de las jóvenes, quien en el Evangelio, al señalar tres tipos de eunucos, uno nativo, otro hecho, y el tercero voluntario, sin embargo, atribuye la palma a aquellos que se hicieron eunucos por el reino de los cielos (Mat. XIX, 12); significando a las vírgenes y jóvenes que, habiendo extirpado de sus corazones el deseo de casarse, siempre se comportan en su Iglesia como en una casa real? ¿Qué, entonces, también esto os parece doctrina de demonios, y dicho en un espíritu seductor? ¿Y quién será otro hablando en Dios, si Pablo y Cristo son probados ser sacerdotes de demonios? Porque dejo a los demás Apóstoles de nuestro mismo Señor, Pedro y Andrés, Tomás y aquel inexperto en Venus entre los demás, el bienaventurado Juan, que en diversos lugares cantaron con divino pregón la profesión de este bien entre vírgenes y jóvenes, dejándonos a nosotros y a vosotros mismos la forma de hacer vírgenes. Pero a estos, como dije, los paso por alto; porque vosotros los excluisteis del canon, y fácilmente con vuestra mente sacrílega podéis imputarles doctrinas de demonios. ¿Podréis, entonces, decir lo mismo de Cristo, o del apóstol Pablo, quien igualmente en todas partes siempre prefirió en

palabra a las no casadas sobre las casadas, y lo mostró también en obra respecto a la santísima Tecla? Si esto no fue doctrina de demonios, que Pablo anunció a Tecla, y los demás Apóstoles a los demás, ¿a quién se podrá ya creer que esto fue mencionado por él, como si fuera voluntad y doctrina de demonios, incluso la persuasión de la santidad? No hay, entonces, por ahora, que penséis que solo con exhortaciones hacéis vírgenes, y no con prohibición de casarse. Porque esto mismo también está en nosotros: y ciertamente debe considerarse demente, no solo necio, quien piense que puede prohibirse por ley privada lo que está concedido públicamente: digo esto mismo de casarse. Por lo tanto, también nosotros exhortamos a los que quieren a que permanezcan, pero no forzamos a las que no quieren a que se acerquen. Porque sabemos cuánto vale la voluntad, y cuánto también la fuerza de la misma naturaleza incluso contra la ley pública, mucho menos contra la privada, a la que es libre responder, No quiero. Si, pues, hacer vírgenes de este modo es sin culpa, estamos fuera de culpa también nosotros: pero si de cualquier manera hacer vírgenes es un crimen, también vosotros sois culpables. Ya no veo con qué mente o consejo traéis este capítulo contra nosotros.

CAPÍTULO V.

AGUSTÍN respondió: Escucha, entonces, lo que confiesas que no ves, con qué mente o consejo traemos este capítulo contra vosotros: no porque os abstengáis de las carnes, pues esto lo hicieron algunos de nuestros primeros padres, como mencionas; no obstante, no para condenarlas, sino para significar lo que no entendéis, y de lo cual ya he hablado en las partes anteriores de esta obra tanto como parecía suficiente: y los cristianos, no herejes, sino católicos, por causa de la mortificación del cuerpo, para humillar más el alma en las oraciones, no porque crean que son inmundas, no solo se abstienen de las carnes, sino también de algunos frutos de la tierra; ya sea siempre, como pocos, o en ciertos días y tiempos como en la Cuaresma casi todos, tanto más cuanto más quiera o pueda cada uno. Pero vosotros negáis que la misma creación sea buena, y decís que es inmunda, que las carnes son obra del diablo con materia más fétida del mal; y por eso, horrorizados, las rechazáis como vínculos más inmundos y truculentos de vuestro dios. Pero a vuestros oyentes, que dijiste que están como distintos del género sacerdotal, les concedéis comer estas cosas según el perdón: como el Apóstol concede a algunos según el perdón, no todo concúbito conyugal, incluso el que se hace solo por causa de la generación; sino el que se hace por incontinencia, pero con el cónyuge (I Cor. VII, 5, 6). Porque no se concede según el perdón, sino el pecado. Esto es lo que sentís sobre todo alimento de carne, esto es lo que vosotros mismos aprendisteis de vuestra herejía, y enseñáis a vuestros oyentes: pero a ellos, lo que debe ser perdonado, porque os proporcionan lo necesario, como dije, se lo concedéis, no diciendo que no es pecado, sino otorgando perdón a los pecadores; pero vosotros os abstenéis de todo tal contagio como malo e inmundo: y por eso lo que sigue a esas palabras del Apóstol, con las que terminaste la mención de este capítulo, es lo que nos hace objetar este testimonio contra vosotros: lo que creo que sabías, para no poner esas palabras primero, y decirnos al final, Con qué mente o consejo traéis este capítulo contra nosotros, yo no veo; cuando preferiste callar nuestro consejo en lugar de mencionarlo. Porque cuando el Apóstol dijo, Absteniéndose de alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles; añadió, Y por aquellos que han conocido la verdad: porque toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque es santificada por la palabra de Dios y la oración (I Tim. IV, 3-5). Estas son las cosas que negáis; con este ánimo, con esta voluntad, con esta opinión os abstenéis de tales alimentos, porque no por significación, sino por naturaleza son malas e inmundas. En esto, sin duda, blasfemáis al creador de ellas: esto es lo

que pertenece a la doctrina de los demonios. No os maravilléis, pues, de que esto haya sido profetizado de vosotros mucho antes por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO VI.

De nuevo, si exhortarais a la virginidad como exhorta la doctrina apostólica, El que da en matrimonio, hace bien; y el que no da en matrimonio, hace mejor (I Cor. VII, 38): para decir que el matrimonio es bueno, pero la virginidad es mejor, como hace la Iglesia, que es verdaderamente la Iglesia de Cristo: no os preanunciaría así el Espíritu Santo, diciendo, prohibiendo casarse (I Tim. IV, 3). Porque prohíbe aquel que dice que esto es malo, no quien antepone a este bien otro mejor. De hecho, vosotros detestáis especialmente aquel concúbito que es el único honesto y conyugal, y que las mismas tablas matrimoniales llevan consigo, por causa de la procreación de hijos: de donde verdaderamente no tanto prohibís concubir, como casarse. Porque se concube también por causa de las pasiones, pero se casa solo por los hijos. Y no digáis, por tanto, que no prohibís, porque toleráis a muchos de vuestros oyentes que no quieren o no pueden obedecer en esto, con amistad intacta. Porque eso lo tenéis en la doctrina de vuestro error, esto en la necesidad de la sociedad. De aquí es que había diferido decir antes por qué os pareció que la muerte de Cristo debía ser predicada como falsa y simulada, y no también el nacimiento. Porque la muerte, como separación del alma, es decir, de la naturaleza de vuestro dios del cuerpo de sus enemigos, esto es, del engendro del diablo, la predicáis y alabáis: y por eso creísteis que era digno que Cristo, aunque no muriendo, sin embargo simulando la muerte, lo recomendara. Pero en el nacimiento, porque no creéis que se desate, sino que se ligue más bien a vuestro dios, no quisisteis creer que Cristo lo imaginara siquiera falsamente: de modo que María no os desagradaría tanto si hubiera cohabitado y no hubiera concebido, como os desagrada porque no cohabitó y sin embargo dio a luz. Veis, pues, cuánta diferencia hay entre exhortar a la virginidad, anteponiendo un bien mayor a un bien menor; y prohibir casarse, acusando más vehementemente el concúbito de la procreación, que es el único propiamente nupcial: cuánta diferencia hay entre abstenerse de alimentos, por significación sacramental, o por mortificación del cuerpo; y abstenerse de alimentos que Dios creó, diciendo que Dios no los creó. Por lo tanto, esa es doctrina de los Profetas y Apóstoles, esta de los demonios mentirosos.

LIBRO TRIGÉSIMO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: Todo es puro para los puros, pero para los impuros y contaminados nada es puro; sino que están contaminados su mente y su conciencia. También esto mismo, si os conviene creer que fue dicho por Pablo, debe ser considerado: hasta ahora no solo se ha demostrado que Moisés y los Profetas fueron agitados por demonios, al haber promulgado tantas leyes sobre las diferencias de los alimentos; sino también que ellos mismos fueron impuros y contaminados en mente y conciencia, de modo que también podría aplicarse a ellos lo que sigue, profesan conocer a Dios, pero con sus obras lo niegan (Tit. I, 15, 16). ¿A quién le conviene más esto, sino a los Profetas y a Moisés, quienes se ha demostrado que vivieron de manera muy diferente a lo que correspondía a los conocedores de Dios? Sin embargo, hasta ahora, aparte de adulterios, fraudes y homicidios, no había pensado que hubiera otra cosa por la cual Moisés y los Profetas pudieran parecer tener conciencias contaminadas: pero ahora, con este capítulo demostrando esto, se da a conocer que también fueron de mente contaminada, porque pensaron que algo era impuro. ¿Cómo es que pensáis que tales personas pudieron haber alcanzado la visión de la majestad divina, cuando está escrito que solo los

puros de corazón pueden ver a Dios (Mat. V, 8)? Pero incluso si estos hubieran sido castos de actos ilícitos; sin embargo, esta superstición de abstenerse de ciertos alimentos, si contamina la mente, podría haberles negado la visión de la divinidad. Por lo tanto, se ha desvanecido y se ha extinguido también aquella glorificación de Daniel y de los tres jóvenes: quienes hasta esta predicación que considera que nada es impuro, fueron considerados jóvenes castísimos y de buena mente en el judaísmo, porque, recordando las tradiciones de sus padres, se conservaron intactos de los banquetes de los gentiles, y especialmente de los sacrificados (Dan. I, 12). Ahora finalmente ha aparecido que también ellos estaban contaminados en mente y conciencia, especialmente cuando se abstenían de sangre y alimentos fúnebres.

CAPÍTULO II.

Pero tal vez a ellos los excuse la ignorancia; pues aún no había aparecido esta fe cristiana que enseñara que todo es puro para los puros, y ellos mismos pudieron haber pensado que algunas cosas no eran puras: pero vosotros, ¿con qué excusa os valéis ahora, si Pablo clama que nada es impuro, y llama doctrinas de demonios a la abstinencia de alimentos (I Tim. IV, 1, 3), y llama contaminados de mente a quienes piensan que algo es impuro, no solo os abstenéis, como hemos dicho, sino que también buscáis gloria de ello, y os creéis más aceptables a Cristo cuanto más os abstengáis de alimentos; es decir, según esta sentencia, cuanto más contaminados de mente y más y más vuestra conciencia esté contaminada? ¿Qué, cuando incluso hay tres religiones en el mundo, que colocan la purificación de la mente en la castidad y la abstinencia, aunque con un rito muy diverso, digo, los judíos, los cristianos y los gentiles, de cuál de estas religiones proviene este discurso, que enseña que nada es impuro? ciertamente no del judaísmo; tampoco del paganismo, porque también este discrimina los alimentos; y no hay diferencia, salvo que el hebreo difiere de los paganos en algunos animales. Resta la fe cristiana, de la cual, si piensas que es propio no considerar nada impuro, primero debes admitir que no hay nadie cristiano entre vosotros. Pues todos entre vosotros, para no mencionar otras cosas, consideran que los cadáveres y los sacrificados son una contaminación no pequeña (Hech. XV, 29): o si también vosotros hacéis esto por derecho de cristiandad, entonces tampoco es esta la sentencia de la religión que elimina toda abstinencia de impuros. ¿Cómo pudo decir Pablo esto, que no conviene a ninguna religión? Pues el Apóstol no tanto despojó la religión, como cambió el rito, al hacerse cristiano desde judío. Pero quien escribió este capítulo, me parece que no estaba apoyado en ninguna religión en absoluto.

CAPÍTULO III.

Por lo tanto, si encontráis algo más en las Escrituras que busquéis para dañar nuestra fe, recordad oponérselo solo cuando hayáis visto que no es contrario a vosotros: como también aquello que soléis traer de Pedro, como si hubiera visto alguna vez un vaso descendido del cielo, en el que había toda clase de animales y serpientes; y mientras él estaba atónito y admirado, se oyó una voz que le decía, Pedro, mata y come todo lo que ves en el vaso. Y él respondiendo: Señor, dijo, no tocaré nada común e impuro. Y de nuevo la voz a él: Lo que yo he santificado, no lo llames impuro (Hech. X, 11-15). Aunque esto mismo, aunque parezca significar otra cosa por alegoría, y no la indiferencia de los alimentos; sin embargo, porque a vosotros os place entenderlo así, es necesario que comáis de todas las bestias, y de las víboras y serpientes, y de todo el género serpentino según la visión de Pedro. Pues hasta ahora probaréis ser verdaderamente obedientes a la voz que se dice haber oído: y sin embargo, recordad siempre esto también, porque Moisés y los Profetas fueron condenados por esto, quienes de las cosas que Dios ha santificado según la sentencia de esta voz, pensaron que muchas eran impuras.

CAPÍTULO IV.

AGUSTÍN respondió: Cuando el Apóstol dice, Todo es puro para los puros (Tit. I, 15), quiso que se entendieran las mismas naturalezas que Dios creó, según lo que Moisés escribió en el Génesis, Y Dios hizo todo: y he aquí que era muy bueno (Gen. I, 31); no las significaciones, según las cuales Dios, por el mismo Moisés, distinguió lo puro de lo impuro (Lev. XI): de lo cual, como ya hemos dicho mucho y en muchos lugares, ahora basta con haberlo recordado brevemente. Por lo tanto, a aquellos que ya en el tiempo de la revelación del Nuevo Testamento, aún pensaban que esas sombras de lo futuro debían ser guardadas, de modo que sin ellas las naciones no pudieran recibir la salvación que está en Cristo, el Apóstol los llama impuros, porque pensaban carnalmente; e infieles, porque no distinguían el tiempo de la gracia del tiempo de la Ley. Por eso les dice que nada es puro, porque ni con lo que rechazaban, ni con lo que tomaban, usaban de manera santa ni justa: como todos los infieles, pero especialmente vosotros, maniqueos, para quienes nada es puro en absoluto. Pues ni siquiera el alimento que tomáis, aunque lo separéis con gran diligencia como si fuera de la contaminación de la carne, es puro para vosotros, que decís que fue creado por el diablo. En él también decís que vuestro dios está atado y contaminado, y que lo purificáis comiéndolo. Al menos vosotros os pareceríais puros a vosotros mismos, en cuyos vientres merece ser purgado. Pero también afirmáis que vuestros cuerpos son de la naturaleza y obra de la raza de las tinieblas, y que vuestras almas están aún contaminadas por esos mismos cuerpos. ¿Qué, entonces, es puro para vosotros? No lo que tomáis, no donde ponéis lo que tomáis, no vosotros mismos que purgáis lo tomado. Veis, pues, para quiénes dijo el Apóstol esta sentencia: sin embargo, dijo una que abarca a todos los infieles e impuros, pero que os convence especialmente a vosotros. Todo, pues, es puro para los puros, según la naturaleza en la que fueron creados: sin embargo, no todo es puro según la significación para el primer pueblo de los judíos: ni todo es apto para nosotros, ya sea por la salud del cuerpo, o por la costumbre de la sociedad humana; pero cuando a cada uno se le devuelve lo suyo y guardan el orden natural, todo es puro para los puros; pero para los impuros e infieles, como especialmente vosotros sois, nada es puro. Las demás palabras del Apóstol que siguen, os las diríais a vosotros mismos de manera saludable, si quisierais que vuestra conciencia cauterizada se sanara. Pues sigue: Pero están contaminados su mente y su conciencia.

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: Si aceptas el Evangelio, debes creer todo lo que está escrito en él. ¿Por qué tú, que aceptas el Antiguo Testamento, crees por eso todo lo que está escrito en él? Sin duda, solo extrayendo de allí las profecías que significaban que un rey vendría a los judíos, porque pensáis que es Jesús; y algunos pocos preceptos de disciplina civil comunes, como No matarás, No cometerás adulterio (Éxodo XX, 13, 14); pasáis por alto los demás, y pensáis que no son menos que lo que Pablo consideró estiércol (Filip. III, 8). ¿Qué tiene de extraño o de sorprendente, entonces, si yo también, leyendo del Nuevo Testamento lo más puro y conveniente para mi salvación, paso por alto lo que fue introducido falsamente por vuestros mayores, y decolora la majestad y la gracia del mismo?

CAPÍTULO II.

¿O si el Testamento del Padre tiene algunas cosas en las que debe ser escuchado poco (pues queréis que la ley judía sea del Padre, de la cual sabemos cuántas cosas os causan horror, cuántas vergüenza, de modo que ya hace tiempo que habéis juzgado en vuestro corazón que

no es sincera, aunque parte de ella, como creéis, fue escrita por el mismo Padre con su dedo, y parte por Moisés, fiel e íntegro), pensáis que solo el Testamento del Hijo no pudo ser corrompido, que solo no tiene algo que deba ser desaprobado? especialmente porque no consta que fue escrito por él mismo, ni por sus Apóstoles, sino mucho tiempo después, por algunos hombres de nombre incierto, quienes, para que no se les negara la fe, escribiendo lo que no sabían, pusieron en los encabezados de sus escritos los nombres de los Apóstoles, y de aquellos que parecían haber seguido a los Apóstoles, asegurando que escribieron lo que escribieron según ellos. Por lo cual me parece que han agraviado gravemente a los discípulos de Cristo: porque lo que escribieron disonante y contradictorio, lo atribuyeron a ellos, y profesaron escribir estos Evangelios según ellos, que están llenos de tantos errores, tantas contradicciones de narraciones y sentencias, que no concuerdan ni consigo mismos, ni entre ellos. ¿Qué es, entonces, sino calumniar a los buenos, y llamar al crimen de discordia al concorde grupo de los discípulos de Cristo? Porque nosotros, al leerlos, lo advertimos con la más sana mirada del corazón, juzgamos muy equitativo tomar de ellos lo útil, es decir, lo que edifica nuestra fe, y propaga la gloria de Cristo el Señor y de su Padre omnipotente, y rechazar lo demás, que no conviene ni a su majestad, ni a nuestra fe.

CAPÍTULO III.

Por lo tanto, ni vosotros, como comencé a decir, creéis que la circuncisión debe ser aceptada carnalmente del Antiguo Testamento, aunque así esté escrito (Gen. XVII, 9-14); ni que el sábado debe ser observado en ocio y descanso, aunque así se lea (Éxodo XXXI, 13); ni que Dios debe ser aplacado con sacrificios, como parece a Moisés, e inmolaciones (Lev. I): sino que habéis despreciado estas cosas como ajenas y puestas lejos del rito cristiano, y en ninguna parte probables. Pero algunas de ellas también las habéis dividido en dos, y en parte las abrazáis, y en parte las rechazáis: como la Pascua, que es también una fiesta anual del Antiguo Testamento, en cuya celebración, aunque está escrito para vosotros, no solo debéis sacrificar un cordero para comerlo de noche, sino también absteneros de levadura durante siete días, y contentaros con ázimos con hierbas amargas (Éxodo XII); vosotros tomáis la Pascua, pero pasáis por alto ese rito y costumbre, que está ordenado que se debe observar. Asimismo, las semanas de siete días, es decir, Pentecostés, que Moisés también considera que debe ser imbuido con un cierto género y número de sacrificios (Lev. XXIII), vosotros también lo celebráis; pero habiendo condenado parte de él, es decir, las mismas libaciones y sacrificios, porque estas cosas no concuerdan con la fe cristiana. En cuanto al mandato de abstenerse de alimentos comunes, os ha parecido y creído firmemente que los cadáveres y los sacrificados son ciertamente impuros (Hech. XV, 29): pero no habéis querido creer lo mismo de la carne de cerdo, ni del conejo o del erizo, ni de los salmonetes y calamares, y de los demás géneros de peces que os han gustado; aunque Moisés testimonia que todos estos son impuros (Lev. XI).

CAPÍTULO IV.

Creo que ya no queréis ni siquiera oír del Antiguo Testamento, y mucho menos admitir, que los suegros duerman con sus nueras, como Judá; que los padres con sus hijas, como Lot; que los profetas con prostitutas, como Oseas: que los maridos vendan las noches de sus esposas a los amantes, como Abraham; que dos hermanas se mezclen con un solo marido, como Jacob; que los gobernantes del pueblo, y quienes más se cree que están inspirados, se revuelquen con mil y cien concubinas, como David y Salomón; o aquello que está ordenado en la ley matrimonial en el Deuteronomio, que la esposa del hermano difunto, si él murió sin hijos, debe casarse con el hermano sobreviviente, y él debe levantar descendencia de ella en lugar del hermano: que si el hombre no quiere hacerlo, la mujer debe presentar una queja ante los

ancianos sobre esta impiedad de su pariente, para que ellos lo llamen con gravedad censoria; y si él se niega, no debe irse impune, sino que descalzado del calzado del pie derecho, sea golpeado en la cara por la mencionada mujer, y escupido y maldecido se retire, llevando esta afrenta perpetua en su descendencia (Deut. XXV, 5-10). Estas cosas y otras semejantes son ejemplos y leyes del Antiguo Testamento: que si son buenas, ¿por qué no las imitáis? si son malas, ¿por qué no condenáis al autor, es decir, al mismo Antiguo Testamento? O si también pensáis que estas cosas le fueron añadidas falsamente, como nosotros creemos del Nuevo, entonces somos iguales. Dejad de exigirnos ya que hagamos en el Nuevo Testamento lo que vosotros no cumplís en el Antiguo.

CAPÍTULO V.

En mi opinión, hasta donde ya habéis querido persuadir que también el Antiguo Testamento es de Dios, es más conveniente y excusable para vosotros, que no guardáis sus mandamientos, admitir que está viciado por adiciones incongruentes, que despreciarlo inviolado e incorrupto. Por lo tanto, siempre he tenido y tengo esta opinión de vosotros, cada vez que se pregunta por qué transgredís los mandatos del Antiguo Testamento, que o lo despreciáis como sabios por ser falso, o lo descuidáis como contumaces e impíos por ser verdadero. Mientras tanto, porque me obligas a creer todo lo que está insertado en los monumentos del Nuevo Testamento, si lo acepto; debes saber que tú, en cuanto a tu mente, no crees muchas cosas que están en el Antiguo Testamento, aunque profeses aceptarlo. Pues no tienes en lo confesado y creíble de él, que es maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23); porque eso ciertamente se refiere también a Jesús: o que también se considera maldito al que no levanta descendencia en Israel; porque eso incluye también a todas las vírgenes, y a los hijos de Dios: o que será completamente destruido de su pueblo el que no sea circuncidado en la carne de su prepucio (Gen. XXII, 14); porque eso también se refiere a todo cristiano: o que debe ser apedreado el que rompa el sábado (Num. XV, 35): o que no debe ser perdonado el que rompa un solo mandamiento del Antiguo Testamento. Si crees todas estas cosas, y las tienes firmemente porque son mandadas por Dios, créeme, habrías sido el primero en poner las manos sobre Cristo; ni ahora te enojarías con los judíos, que lo persiguieron con ánimo y fuerza, cumpliendo los mandatos de su Dios.

CAPÍTULO VI.

Ciertamente no ignoro que no os atrevéis a decir que estas cosas son falsas, sino que fueron mandadas por un tiempo a los judíos hasta la venida de Jesús, como queréis, anunciado por el Antiguo Testamento, quien ya que ha venido, enseña qué debemos aceptar de él, y qué debemos dejar. Pero si los profetas presagiaron a Jesús, lo veremos después: mientras tanto, debo responder ahora a esto, porque si Jesús, anunciado por el Antiguo Testamento, ahora juzga y purifica, y enseña que pocas cosas de él deben ser aceptadas, y muchas más rechazadas; y a nosotros el Paráclito prometido en el Nuevo Testamento nos enseña de igual manera qué debemos aceptar de él, y qué rechazar; sobre el cual Jesús mismo, al prometerlo, dice en el Evangelio, Él os guiará a toda la verdad, y os anunciará todo, y os recordará (Juan XVI, 13). Por lo tanto, permítasenos tanto a nosotros en el Nuevo Testamento por el Paráclito, como vosotros mostráis que se os permite en el Antiguo por Jesús, a menos que os parezca que el Testamento del Hijo es más valioso que el del Padre, si es que es del Padre, de modo que cuando de aquel se rechazan tantas cosas, de este no debe ser aprobado nada; especialmente porque no consta que fue escrito por Cristo, como hemos dicho, ni por sus Apóstoles.

CAPÍTULO VII.

Por lo tanto, como vosotros del Antiguo Testamento solo admitís las profecías, y aquellos preceptos que mencionamos antes, civiles y que pertenecen a la disciplina de la vida común; habéis dejado de lado la circuncisión, los sacrificios, el sábado y su observancia, y los ázimos: ¿qué hay de malo si también nosotros del Nuevo Testamento solo aceptamos aquellas cosas que encontramos dichas en honor y alabanza de la majestad del Hijo, ya sea por él mismo, o por sus Apóstoles, pero ya perfectos y fieles, y pasamos por alto las demás, que fueron dichas simplemente entonces e ignorantemente por los rudos, o maliciosamente objetadas por los enemigos, o imprudentemente afirmadas por los escritores, y transmitidas a la posteridad? digo esto mismo nacido de mujer vergonzosamente, circuncidado judaicamente, sacrificado gentilmente, bautizado humildemente, llevado por el diablo por los desiertos, y tentado por él miserablemente. Exceptuando estas cosas, y si algo le fue añadido falsamente por los escritores del Antiguo Testamento bajo falso testimonio, creemos las demás, especialmente la mística crucifixión de su cruz, por la cual se muestran las heridas de la pasión de nuestra alma; luego sus preceptos saludables, sus parábolas, y todo su discurso divino, que principalmente mostrando la distinción de dos naturalezas, no viene en duda que es suyo. Por lo tanto, no hay razón para que pienses que debo creer todo lo que contienen los Evangelios; cuando tú, como se ha mostrado arriba, apenas tocas con los labios, como dicen, el supremo licor del Antiguo Testamento.

CAPÍTULO VIII.

AUGUSTINUS respondió: Nosotros alabamos, como es digno, todas las Escrituras del Antiguo Testamento como verdaderas y divinas; ustedes atacan las Escrituras del Nuevo Testamento como si estuvieran falsificadas y corrompidas. Nosotros decimos que lo que ahora no observamos de los Libros del Antiguo Testamento fue, sin embargo, mandado adecuadamente en aquel tiempo y para aquel pueblo, y que en esas mismas cosas que no observamos, se nos significan cosas que entendemos y mantenemos espiritualmente, no solo lo decimos, sino que también lo mostramos y enseñamos en las Cartas apostólicas. Ustedes, sin embargo, reprueban todo lo que no aceptan de los libros del Nuevo Testamento; no afirman que fue dicho o escrito por Cristo o sus Apóstoles. Ven, por tanto, cuánta diferencia hay entre nosotros y ustedes en este asunto. Así que cuando se les pregunta por qué no aceptan todo en los libros del Nuevo Testamento, sino que en esos libros, en los que aprueban algunas cosas, rechazan, reprueban y acusan muchas, alegando que fueron insertadas por corruptores; no tomen como ejemplo la distinción de nuestra fe u observancia, sino den razón de su presunción.

CAPÍTULO IX.

Si se nos pregunta a nosotros por qué no adoramos a Dios con el mismo rito que los padres hebreos en el tiempo del Antiguo Testamento, respondemos que Dios nos ha mandado otra cosa a través de los padres del Nuevo Testamento; y esto no va contra el Antiguo Testamento, ya que también en él se predijo antes. Pues así fue anunciado por el profeta: "He aquí vienen días, dice el Señor, y haré un Nuevo Testamento sobre la casa de Israel y sobre la casa de Judá; no según el Testamento que hice con sus padres, el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto" (Jeremías 31, 31-32). He aquí que también esto fue profetizado, que aquel Testamento no perduraría, sino que habría uno Nuevo. Si se objeta que no pertenecemos a la casa de Israel y a la casa de Judá, nos defendemos con la doctrina apostólica, porque el Apóstol enseña que Cristo es la semilla de Abraham, y a nosotros, que pertenecemos a su cuerpo, nos dice: "Entonces sois semilla de Abraham" (Gálatas 3, 29).

Además, si se nos pregunta por qué mantenemos la autoridad de aquel Testamento cuyo rito no observamos, también respondemos a esto con las Cartas apostólicas: pues dice el Apóstol, "Por tanto, que nadie os juzgue en comida o bebida, o en parte de día de fiesta, o de luna nueva, o de sábados, que son sombra de lo que ha de venir" (Colosenses 2, 16-17). Así también muestra por qué es necesario leer y aceptar estas cosas, es decir, para no extinguir la profecía, porque fueron hechas en sombra de lo que ha de venir; y que no debemos preocuparnos por aquellos que quieran juzgarnos por no observar corporalmente: como en otro lugar dice algo similar, "Estas cosas les sucedieron en figura; y están escritas para nuestra corrección, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos" (1 Corintios 10, 11). Por tanto, cuando se lee algo en el instrumento del Antiguo Testamento que no se nos ha mandado observar en el Nuevo Testamento, o incluso se nos ha prohibido, debemos buscar qué significa, no reprobalo; porque al no observarse ya, se prueba que no está condenado, sino cumplido: de lo cual hemos hablado mucho y a menudo.

CAPÍTULO X.

Como esto mismo que Fausto, sin entender, ha objetado como crimen de los mandatos del Antiguo Testamento, que el hermano fue mandado a tomar a la esposa de su hermano para levantarle descendencia, y que lo que naciera llevara su nombre (Deuteronomio 25, 5-10); ¿qué otra cosa prefigura sino que cada predicador del Evangelio debe trabajar en la Iglesia para levantar descendencia al hermano difunto, es decir, a Cristo, que murió por nosotros; y que lo que se levante lleve su nombre? Finalmente, cumpliendo esto el Apóstol, no ya carnalmente en la significación propuesta, sino espiritualmente en la verdad cumplida, recuerda que ha engendrado en Cristo Jesús por el Evangelio (1 Corintios 4, 15), reprende y corrige a aquellos que quieren ser de Pablo: "¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?" (1 Corintios 1, 13). Como si dijera, "He engendrado para el hermano difunto, sois llamados cristianos, no paulianos". Pero quien, elegido por la Iglesia, rehúsa el ministerio de evangelizar, es justamente despreciado por la misma Iglesia. Esto es lo que se le manda escupir en su rostro, no sin la señal de este oprobio, para que se le quite el calzado de un pie, no sea que esté en la suerte de aquellos a quienes el Apóstol dice, "Y calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz" (Efesios 6, 15): y de quienes el profeta recuerda, "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!" (Isaías 52, 7). Porque quien así mantiene la fe evangélica, que no solo se beneficia a sí mismo, sino que no rehúsa beneficiar a la Iglesia, se entiende bien calzado con ambos pies. Pero quien piensa que es suficiente para él mismo porque ha creído, y rehúsa el cuidado de ganar a otros, llevará no el significado figurado de aquel descalzo, sino el oprobio cumplido en sí mismo.

CAPÍTULO XI.

¿Qué decir de que también nos objeta la celebración de la Pascua, y se burla de que no la celebremos como los judíos, cuando tenemos más bien al cordero en la realidad del presente Evangelio, no en la sombra del futuro, y su sacrificio lo conmemoramos, no como algo que ha de venir, sino como algo que ya ha sucedido, tanto diariamente como especialmente en la solemnidad anual? Por eso, ciertamente, el día de nuestra solemnidad de Pascua no coincide con el día de la celebración umbrática de los judíos, para que también abracemos el día del Señor, en el cual Cristo resucitó. Los cristianos de recta fe guardan los ázimos no en la levadura de la vida vieja, es decir, de la malicia, sino en la verdad y sinceridad de la misma fe (1 Corintios 5, 8): no durante siete días, sino todos los días; lo cual fue significado por el número de siete días, en el que diariamente se desarrolla todo día. Y aunque esto es algo laborioso en este mundo, ya que el camino que lleva a la vida es estrecho y angosto (Mateo 7,

13); sin embargo, la recompensa es segura: pues el mismo trabajo fue significado por aquellas hierbas amargas, que son algo amargas.

CAPÍTULO XII.

También celebramos Pentecostés, es decir, el quincuagésimo día desde la pasión y resurrección del Señor, cuando nos envió el Espíritu Santo Paráclito, que había prometido (Hechos 2, 1-4): lo cual también fue significado por la Pascua de los judíos, cuando en el quincuagésimo día después de la celebración del cordero sacrificado, Moisés recibió la ley escrita por el dedo de Dios en el monte (Éxodo 19-31). Lean el Evangelio, y noten allí que el Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios (Lucas 11, 20). Pues estas cosas se celebran anualmente en la Iglesia, que fueron hechas en días señaladamente excelentes; para que la festividad celebrada custodie su memoria necesaria y saludable. Si quieren saber por qué celebramos la Pascua: porque entonces Cristo fue inmolado por nosotros. Si quieren saber por qué no la celebramos al modo judío: porque aquella era una prefiguración del verdadero que había de venir, esta es la conmemoración de lo que ya se ha cumplido; y lo futuro y lo pasado no se enuncian de la misma manera ni siquiera con nuestras palabras; de lo cual ya hemos hablado suficientemente en esta obra.

CAPÍTULO XIII.

Si también preguntan por qué de todos los alimentos, de los cuales aquel pueblo fue prohibido en la sombra de lo que había de venir, nosotros no comemos de lo sacrificado ni de lo muerto por sí mismo: escuchen esto también, y antepongan alguna vez la verdad a las calumnias de la vanidad. Pues el Apóstol dice por qué no conviene que un cristiano coma de lo sacrificado: "No quiero que seáis partícipes con los demonios. Porque lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios. Y no quiero que seáis partícipes con los demonios" (1 Corintios 10, 20). Pues si la naturaleza misma de la carne sacrificada fuera impura, ciertamente contaminaría incluso al que la come sin saberlo. Porque no sería menos lo que es, por no ser recibido por el que lo sabe: sino por causa de la conciencia, para que no parezca que se ha comunicado con los demonios. En cuanto a lo muerto por sí mismo, creo que no se admite como alimento para el uso de los hombres, porque es carne mórbida de animales no sacrificados, sino muertos, y no apta para la salud del cuerpo, para cuya causa tomamos alimento. Pues lo que fue mandado en figura a los antiguos sobre derramar la sangre, es decir, a Noé después del diluvio (Génesis 9, 6), lo cual ya hemos mostrado qué significaba, muchos lo entienden (Hechos 15, 29). Y en los Hechos de los Apóstoles está mandado por los Apóstoles que las naciones se abstengan de fornicación, de lo sacrificado y de la sangre; es decir, que no coman carne cuya sangre no haya sido derramada. Otros no lo entienden así, sino que fue mandado abstenerse de la sangre para que nadie se contamine con homicidio. Discutir esto ahora sería largo y no necesario: porque incluso si los Apóstoles mandaron entonces que los cristianos se abstuvieran de la sangre de los animales, para que no comieran carne sofocada, parece que eligieron por el tiempo algo fácil, y no gravoso para los que lo observaban, en lo cual las naciones también con los israelitas, por aquella piedra angular que unía a los dos en sí mismo (Efesios 2, 11-22), observaran algo en común; y al mismo tiempo fueran advertidos de que en el mismo arca de Noé, cuando Dios mandó esto, estaba figurada la Iglesia de todas las naciones, cuya profecía ya comenzaba a cumplirse con las naciones que se acercaban a la fe. Pero pasado aquel tiempo, en el cual aquellos dos muros, uno de la circuncisión, otro de la incircuncisión, aunque concordaban en la piedra angular, sin embargo, se distinguían más claramente por algunas de sus propiedades; y cuando la Iglesia de las naciones se hizo tal que en ella no aparece ningún israelita carnal; ¿quién ya observa esto, que no toque tordos o aves más pequeñas, sino aquellas cuya sangre

ha sido derramada, o que no coma liebre si ha sido golpeada con la mano en el cuello, sin herida sangrante? Y quienes aún temen tocar estas cosas, son ridiculizados por los demás: así ha prevalecido en los ánimos de todos aquella sentencia de verdad, "No lo que entra en vuestra boca os contamina, sino lo que sale" (Mateo 15, 11); condenando no la naturaleza de ningún alimento que la sociedad humana admite, sino los pecados que la iniquidad comete.

CAPÍTULO XIV.

Ya hemos mostrado suficientemente con palabras por qué se han escrito los hechos de los antiguos, que a los necios e ignorantes les parecen pecados, cuando no lo son, y los que verdaderamente son pecados, por qué razón se han consignado, guardados y más bien recomendados por la veneración de la misma Escritura: así como también hemos respondido sobre la maldición de quien cuelga en un madero, y de quien no levanta descendencia en Israel, cuando antes refutamos estas objeciones (arriba, libro 22): y absolutamente todo, ya sea de lo que hemos discutido individualmente en las partes anteriores de esta obra, o lo que Fausto ha puesto similar en su discurso al que respondemos, lo defendemos con una razón firmísima de verdad, que hemos recibido de la autoridad de las santas Escrituras. Alabamos, aceptamos y aprobamos que todo lo que está escrito en esos libros del Antiguo Testamento, está escrito muy verdaderamente y utilísimamente para la vida eterna: pero lo que no observamos en ellos con operación corporal, entendemos que fue mandado muy correctamente en su tiempo, y hemos aprendido que son sombras de lo que ha de venir, y ahora ya vemos que se cumplen. Por tanto, cualquiera que entonces no observaba incluso aquellas obras que se mandaban hacer para significar, pagaba con justo juicio las penas divinamente establecidas, así como ahora si alguien se atreviera con sacrílega temeridad a violar los sacramentos del Nuevo Testamento, que están distinguidos por la razón del tiempo. Pues así como entonces se alaban justamente los hombres justos, que no rehusaron la muerte por aquellos sacramentos; así ahora los santos mártires por estos. Y así como el enfermo no debe reprochar la doctrina medicinal, si hoy le ha mandado una cosa, y mañana otra, prohibiéndole incluso lo que antes le había mandado; pues así se comporta la razón de sanar su cuerpo: así el género humano desde Adán hasta el fin del mundo, mientras el cuerpo que se corrompe agobia al alma (Sabiduría 9, 15), enfermo y herido, no debe reprochar la medicina divina, si en algunas cosas manda observar lo mismo, y en otras cosas manda observar primero una cosa y después otra; especialmente porque prometió que mandaría otra cosa.

CAPÍTULO XV.

Por tanto, no hay comparación alguna, como Fausto pretende, de que así el Paráclito les haya elegido a ustedes del Nuevo Testamento lo que crean, y les haya mostrado lo que rechacen, como Cristo hizo con nosotros del Antiguo, en el cual también fue profetizado. Pues esto se diría con alguna razón verosímil, si hubiera algo en los libros del Antiguo Testamento que nosotros dijéramos que no está bien dicho, no mandado divinamente, no escrito verazmente. No decimos nada de esto: sino que aceptamos todo, ya sea lo que observamos para vivir rectamente; o lo que no observamos, para ver que también eso fue mandado y observado en profecía, y ahora ya se cumple. Además, el Paráclito fue prometido así, que se dijera, "Él os guiará a toda la verdad" (Juan 16, 13): ¿cómo los guiará a ustedes a la verdad, quien les enseña que Cristo es engañoso? A esto se añade que si mostraran que todo lo que se dice en el Evangelio sobre la promesa del Paráclito es tal que no puede entenderse sino de su Maniqueo, como se muestran en los Profetas las cosas dichas de Cristo, que no pueden caer en otro; sin embargo, cuando lo sacaran de esos códices que dicen no estar falsificados, diríamos que eso mismo es falso y fue introducido por sus mayores corruptores, que allí se

escribió de Maniqueo de tal manera que no pudiéramos entenderlo de otro: ¿qué harían, díganme, sino clamar que de ninguna manera pudieron falsificar los códices que ya estaban en manos de todos los cristianos? Porque tan pronto como comenzaran a hacerlo, serían refutados por la verdad de los ejemplares más antiguos. Por tanto, por la misma razón por la que no pudieron ser corrompidos por ustedes, no pudieron ser corrompidos por nadie. Pues quien primero se atreviera a esto, sería refutado por la comparación de muchos códices más antiguos: especialmente porque no estaba contenido en una sola lengua, sino en muchas. Pues incluso ahora algunas corrupciones de los códices se corrigen ya sea por los más antiguos, o por la lengua precedente. Así, por tanto, o se ven obligados a confesar que esos códices son veraces, y de inmediato destruyen su herejía; o si dicen que son falsos, no podrán afirmar al Paráclito por su autoridad, y destruyen su herejía.

CAPÍTULO XVI.

Por tanto, díganme ya por qué no aceptan todo de los libros del Nuevo Testamento; si es porque no son de los Apóstoles de Cristo, o porque los Apóstoles de Cristo enseñaron algo malo. Responden, Porque no son de los Apóstoles de Cristo. Pues esa otra voz es de los paganos, que dicen que los Apóstoles de Cristo no enseñaron correctamente. Por tanto, ¿qué dicen ustedes, de dónde muestran que esas Escrituras no fueron ministradas por los Apóstoles? Responden, Porque hay muchas cosas en ellas que son contradictorias entre sí y consigo mismas. Esto es completamente falso; ustedes no entienden. Pues cualquier cosa que Fausto haya presentado como tal, que les pareciera así, se ha demostrado que no es así: y cualquier cosa que presenten como tal, lo demostraremos. Pero, ¿quién soporta que el lector o el oyente se atreva a culpar la Escritura de tanta autoridad más fácilmente que el defecto de su propia lentitud? ¿O dicen que el Paráclito les enseñó que esas Escrituras no son de los Apóstoles, sino que fueron escritas por otros bajo sus nombres? Al menos demuestren que ese mismo Paráclito es de quien aprendieron que estas no son de los Apóstoles. ¿O dirán que Cristo lo prometió y lo envió? Se les responde, De ninguna manera Cristo lo prometió ni lo envió; y al mismo tiempo se muestra cuándo envió al que prometió. Por tanto, prueben que Cristo lo envió. ¿De dónde afirman la persona de su autor, o más bien de su engañador? Responden, que lo prueban del Evangelio. ¿De qué Evangelio? Que no aceptan todo, que dicen que está falsificado. ¿Quién, entonces, presenta a su testigo diciendo primero que está corrompido por falsedad, y luego lo presenta como testimonio? Pues si creemos lo que quieren, y no creemos lo que no quieren, ya no creemos en él, sino en ustedes. Pero si quisiéramos creerles a ustedes, no exigiríamos un testigo de ustedes. Además, el Paráclito Espíritu Santo fue prometido de tal manera que se dijera, "Él os guiará a toda la verdad" (Juan 16, 13): ¿cómo los guiará a ustedes a la verdad, quien les enseña que Cristo es engañoso? A esto se añade que si mostraran que todo lo que se dice en el Evangelio sobre la promesa del Paráclito es tal que no puede entenderse sino de su Maniqueo, como se muestran en los Profetas las cosas dichas de Cristo, que no pueden caer en otro; sin embargo, cuando lo sacaran de esos códices que dicen no estar falsificados, diríamos que eso mismo es falso y fue introducido por sus mayores corruptores, que allí se escribió de Maniqueo de tal manera que no pudiéramos entenderlo de otro: ¿qué harían, díganme, sino clamar que de ninguna manera pudieron falsificar los códices que ya estaban en manos de todos los cristianos? Porque tan pronto como comenzaran a hacerlo, serían refutados por la verdad de los ejemplares más antiguos. Por tanto, por la misma razón por la que no pudieron ser corrompidos por ustedes, no pudieron ser corrompidos por nadie. Pues quien primero se atreviera a esto, sería refutado por la comparación de muchos códices más antiguos: especialmente porque no estaba contenido en una sola lengua, sino en muchas. Pues incluso ahora algunas corrupciones de los códices se corrigen ya sea por los más antiguos, o por la lengua precedente. Así, por tanto, o

se ven obligados a confesar que esos códices son veraces, y de inmediato destruyen su herejía; o si dicen que son falsos, no podrán afirmar al Paráclito por su autoridad, y destruyen su herejía.

CAPÍTULO XVII.

A esto se añade que las palabras sobre la promesa del Paráclito excluyen completamente la sospecha de que se refirieran a Maniqueo, quien vino muchos años después. Porque el Espíritu Santo iba a venir inmediatamente después de la resurrección y ascensión del Señor, como lo dijo claramente Juan: "El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7, 39). Si esta era la razón para que no fuera dado, porque Jesús aún no había sido glorificado, sin duda, una vez glorificado Jesús, ya había razón para que fuera dado de inmediato. Pues los catafriges también dijeron que habían recibido al prometido Paráclito, y de ahí se desviaron de la fe católica, intentando prohibir lo que Pablo concedió y condenar las segundas nupcias que él permitió; bajo estas palabras, acechando, porque está escrito sobre el Paráclito: "Él os guiará a toda la verdad", como si Pablo y los demás apóstoles no hubieran enseñado toda la verdad, y hubieran reservado al Paráclito el lugar de los catafriges. A esto también lo llevaron las palabras de Pablo: "Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será abolido" (1 Cor. 13, 9-10), para que, conociendo y profetizando en parte, el apóstol dijera: "Haga lo que quiera; no peca si se casa" (1 Cor. 7, 36); y por eso el perfecto Paráclito de Frigia lo abolió. A esto, cuando se les dice que han sido condenados por la autoridad de la Iglesia, prometida mucho antes y difundida por todo el mundo, responden que también en ellos se ha cumplido lo que se dijo del Paráclito, que el mundo no puede recibirlo. ¿No son estas las cosas que también vosotros soléis decir, "Él os guiará a toda la verdad", y "Cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será abolido", y "El mundo no puede recibirlo" (Juan 14, 17), predicho sobre vuestro Maniqueo? ¿Y qué herejía podría surgir bajo el nombre del Paráclito que no se atreva a apropiarse de todo esto de manera verosímil? ¿Acaso hay alguna herejía que no se llame a sí misma verdad, y cuanto más soberbia es, tanto más se llame a sí misma la verdad perfecta, prometiendo guiar a toda la verdad, y tratando de abolir la doctrina de los apóstoles como si por ella hubiera venido lo perfecto? Y puesto que la Iglesia sostiene lo que el apóstol recomendó con vehemencia: "Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema" (Gál. 1, 9); cuando alguien comienza a anunciar algo diferente y es anatematizado por todo el mundo, inmediatamente dice: "Esto es lo que está escrito, el mundo no puede recibirlo".

CAPÍTULO XVIII.

¿Cómo podréis, entonces, probar lo que se os exige, que el Paráclito es aquel de quien aprendisteis que los escritos evangélicos no son de los apóstoles? Ya que también nosotros probamos que el Espíritu Santo no es el Paráclito, sino aquel que vino inmediatamente después de que Jesús fue glorificado. Porque aún no había sido dado, ya que Jesús aún no había sido glorificado. También probamos que él guía a toda la verdad: porque no se entra en la verdad sino por la caridad; y la caridad de Dios, dice el apóstol, ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5, 5). También enseñamos que Pablo no dijo "Cuando venga lo perfecto" sino sobre aquella perfección que será en la percepción de la vida eterna. Porque cuando hablaba de esto, decía: "Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara" (1 Cor. 13, 10, 12). Aquí ciertamente, a menos que queráis abiertamente enloquecer, admitiréis que no veis a Dios cara a cara. Por lo tanto, no ha venido a vosotros lo que es perfecto. De esta manera, el apóstol

explicó suficientemente lo que pensaba sobre este asunto: y esto no sucederá a los santos hasta que se cumpla lo que también dice Juan: "Somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es" (1 Juan 3, 2); entonces, guiados a toda la verdad por el Espíritu Santo, del cual ahora hemos recibido la prenda. Y lo que se dijo, "El mundo no puede recibirlo", se dijo ciertamente de aquellos que suelen ser llamados en las Escrituras con el nombre de mundo, los amantes del mundo, o los impíos, o los carnales: de los cuales dice el apóstol: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Cor. 2, 14). Porque se dice que son de este mundo mientras no pueden entender más allá de estas cosas corporales que han sentido en este mundo: así como tampoco vosotros entendéis otra cosa, que al admirar esta luz del sol y de la luna, os habéis imaginado todas las cosas divinas de manera similar, con aquel autor charlatán, a quien, engañados y engañadores, llamáis Paráclito. Por lo tanto, al no poder de ninguna manera mostrar cómo es él el Paráclito, no tenéis de dónde enseñar con alguna autoridad firme que habéis descubierto cómo estos escritos evangélicos, de los cuales no queréis aceptar todo, no son de los apóstoles de Cristo. Por lo tanto, queda que digáis que lo habéis descubierto por esta razón, porque hay cosas allí que deslucen la gloria de Cristo: como que se narra que nació de una virgen, que fue circuncidado, que se ofreció un sacrificio por él que entonces se ofrecía, que fue bautizado, que fue tentado por el diablo.

CAPÍTULO XIX.

Pero exceptuando estas cosas, y los testimonios del Antiguo Testamento que están insertos en esas Escrituras, admitís, según lo que dice Fausto, aceptar el resto, y especialmente la mística crucifixión de su cruz, por la cual se demuestran las heridas de la pasión de vuestras almas. Luego, dice, sus preceptos saludables, y las parábolas, y todo el discurso divino, que principalmente muestra la distinción de dos naturalezas, no se pone en duda que son de él. Por lo tanto, veis que estáis haciendo que toda la autoridad de las Escrituras sea eliminada, y que cada uno sea su propio juez de lo que en cada Escritura aprueba o desaprueba; es decir, que no se someta a la autoridad de las Escrituras para la fe, sino que él mismo someta las Escrituras a sí mismo: no para que algo le agrade porque está escrito en una autoridad sublime, sino para que parezca bien escrito porque le agradó. ¿A dónde te diriges, alma miserable, débil, envuelta en nieblas carnales? ¿A dónde te diriges? Entonces, quita la autoridad, veamos: quita la autoridad, da razón. ¿Llega tu razón a tal punto que, a menos que se crea que la naturaleza de Dios es violable y corruptible, no puede encontrar un final teatral esa larga fábula vuestra? Finalmente, ¿cómo sabes que hay ocho tierras y diez cielos, que Atlas sostiene el mundo, y que el resplandeciente lo suspende, y tantas otras cosas innumerables? ¿Cómo sabes esto? Claramente, dices, Maniqueo me lo enseñó. Pero, infeliz, creíste; pues no lo viste. Si, entonces, para miles de fantasmas fabulosos, con los que estás vergonzosamente cargada, te sometiste a una autoridad desconocida y furiosa, para que creyeras todas estas cosas porque están escritas en esos libros, a los que decidiste, en tu miserable error, que debías creer, aunque no se te demuestre nada; ¿por qué no te sometes más bien a la autoridad evangélica, tan fundada, tan establecida, tan gloriosamente difundida, y recomendada desde los tiempos de los apóstoles hasta nuestros tiempos por sucesiones certísimas, para que creas, para que veas, para que aprendas también todas aquellas cosas que te ofenden, que te ofenden por una vana y perversa opinión: y que es más verdadero que la naturaleza inmutable de Dios asumió algo de la criatura mortal, en la que permaneciendo inmutablemente, no falsamente, sino verdaderamente, hiciera y padeciera todo lo que convenía que esa misma criatura hiciera y padeciera para la salvación del género humano, del cual fue tomada, que creer que la naturaleza de Dios es violable y corruptible, y que no puede

ser liberada y purificada toda, sino que está condenada a la eterna pena del globo por la suma necesidad de Dios?

CAPÍTULO XX.

Pero, dices, por eso creí lo que no me mostró, porque me mostró evidentemente en este mismo mundo dos naturalezas, la del bien y la del mal. Pero esto mismo es, infeliz, por lo que fuiste engañada: porque así como en esa Escritura evangélica, así en este mundo no pudiste pensar que había algo malo, excepto lo que ofendió a tu sentido carnal, como la serpiente, el fuego, el veneno, y cosas similares; ni algo bueno, excepto lo que acarició a tu mismo sentido carnal con algún placer, como la dulzura de los sabores, y la suavidad de los olores, y la vista de esta luz, y si algo más tal vez halagó de manera similar a tus oídos, o a tus ojos, o a tu nariz, o a tu paladar, o a tu tacto. Pero si miraras primero toda la creación de tal manera que atribuyeras al Creador Dios, como leyendo un gran libro de la naturaleza de las cosas; y así, si algo allí te ofendiera, creyeras más bien que la causa podría estar oculta para ti como hombre, que atreverte a reprobar algo en las obras de Dios; nunca habrías caído en las ridículas tonterías sacrílegas y en los blasfemos inventos, con los que, no entendiendo de dónde viene el mal, intentas llenar a Dios de todos los males.

CAPÍTULO XXI.

Aquí ya, si preguntáis de nosotros, de dónde sabemos que estas Escrituras son de los apóstoles; brevemente os respondemos, que lo sabemos de la misma manera que vosotros sabéis que esos escritos son de Maniqueo, a los que miserablemente anteponeís a esta autoridad. Porque si también aquí alguien os planteara una cuestión, y os inyectara la espina de la contradicción, diciendo que los libros que presentáis de Maniqueo no son de Maniqueo; ¿qué haríais? ¿No os reiríais más bien de los delirios de quien, viniendo de repente tanto tiempo después de nacido, os planteara una disputa de esta contradicción? Así como, por tanto, es cierto que esos libros son de Maniqueo, y es completamente ridículo quien, viniendo de repente, os planteara una disputa de esta contradicción; así es cierto que Maniqueo o los maniqueos son ridículos, o incluso lamentables, que se atrevan a decir algo así contra una autoridad tan fundada, custodiada y transmitida desde los tiempos de los apóstoles hasta estos tiempos por sucesiones ciertas.

CAPÍTULO XXII.

Por lo tanto, la autoridad de Maniqueo debe ser comparada con la autoridad de los apóstoles. Porque es tan cierto que estas Escrituras son de ellos, como que aquellas son de él. Pero, ¿quién compara a Maniqueo con los apóstoles, sino quien se separa de Cristo, quien envió a los apóstoles? ¿O quién ha entendido alguna vez en las palabras de Cristo dos naturalezas opuestas entre sí y de principios propios, sino quien no entiende las palabras de Cristo? Los apóstoles, por tanto, como discípulos de la verdad, predicán el nacimiento y la verdadera pasión de Cristo: pero Maniqueo se jacta de guiar a toda la verdad, y quiere guiar a un Cristo en el que predica la falsedad de su pasión. Estos predicán a Cristo en la carne, que tomó de la descendencia de Abraham, circuncidado: aquel predica a Dios en su propia naturaleza, cortado por la gente de las tinieblas. Estos predicán que por la carne del niño Cristo se ofreció el sacrificio que entonces se hacía piadosamente: aquel predica que no la carne, sino el miembro de la misma sustancia divina, fue llevado a todos los demonios para ser inmolado, introducido en la gente de la naturaleza adversa. Estos predicán que Cristo fue bautizado en el Jordán para dar ejemplo: aquel predica que Dios mismo fue sumergido en la contaminación de las tinieblas, y que no todo emergerá, sino que lo que de él no pueda ser purificado será

castigado con eterna condenación. Estos predicán que la carne de Cristo fue tentada por el príncipe de los demonios; aquel predica que una parte de Dios fue poseída por la gente de los demonios: y estos, ciertamente, que fue tentada para enseñar a resistir al tentador; aquel, que fue poseída para que no pueda ser devuelta al Padre, ni al vencedor. Finalmente, Maniqueo anuncia otra doctrina de los demonios, para que parezca más eminente: pero los apóstoles, por la doctrina de Cristo, recomiendan que quien anuncie otra cosa, sea anatema (Gál. 1, 8-9).

LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

FAUSTO dijo: Está escrito en el Evangelio: "Porque muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mat. 8, 11). Entonces, ¿por qué no aceptáis a los Patriarcas? Lejos de nosotros estar celosos de cualquier mortal a quien Dios, tal vez mirando con misericordia, haya alguna vez devuelto de la perdición a la salvación: pero ciertamente atribuimos esto a su clemencia, no al mérito de aquellos cuya vida no puedes negar que fue reprobable: y por lo tanto, también los padres de los judíos, Abraham, Isaac y Jacob, si este testimonio de Cristo sobre ellos es cierto, aunque fueron muy malvados, como casi indica Moisés, su bisnieto, o quien sea el autor de esta historia llamada Génesis, que escribió sus vidas para nosotros, dignas de todo odio y desprecio; sin embargo, que también ellos estén ya en el reino de los cielos, estén en un lugar que nunca creyeron ni esperaron, como parece claramente de sus libros: siempre que, sin embargo, conste, incluso confesando vosotros, que después de un largo intervalo de la custodia oscura y penal de los infiernos, donde sus méritos de vida los mantenían, fueron liberados por Cristo nuestro Señor, por su mística pasión, para poder llegar a esto mismo, si llegaron, que está escrito sobre ellos. Porque no es que, porque nuestro Señor también liberó a un cierto ladrón de la cruz, y dijo que ese mismo día estaría con él en el paraíso de su Padre (Luc. 23, 43), alguien se ponga celoso, o pueda ser tan inhumano que le desagrade esta obra de tanta bondad. Pero, sin embargo, no diremos por eso que las vidas y costumbres de los ladrones deben ser aprobables para nosotros, porque Jesús concedió indulgencia al ladrón; o porque perdonó los errores de los publicanos y las prostitutas, y dijo que incluso precederían al reino de los cielos a aquellos que se comportaron con soberbia (Mat. 21, 31). Porque a una mujer sorprendida en injusticia y adulterio, acusada por los judíos, él mismo la absolvió, ordenándole que ya no pecara (Juan 8, 3-11). Por lo tanto, si algo así hizo también con Abraham, Isaac y Jacob, gracias a él: es apropiado que haga tales cosas con las almas, quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mat. 5, 45). Pero esto, sin embargo, me molesta en vuestra opinión, ¿por qué pensáis esto solo de los padres de los judíos, y no también de los otros patriarcas de las naciones, que también ellos sintieron alguna vez esta gracia de nuestro Libertador: especialmente cuando de sus hijos consta más claramente la Iglesia cristiana, que de la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob? Pero dices, ciertamente, que aquellos adoraban ídolos, y estos al Dios omnipotente, y por eso Jesús solo se preocupó por ellos. Así que la adoración del Dios omnipotente lleva al tártaro, y necesita la ayuda del Hijo quien adoró al Padre? Pero veamos: consintamos, digo, hasta aquí que fueron llevados al cielo, no porque lo merecieran, sino porque la divina clemencia vence la fuerza de los pecados.

CAPÍTULO II.

Verumtamen, la variedad misma de los escritos nos hace dudar e incluso estar inseguros de si esto fue dicho por Cristo. Pues dos evangelistas, Mateo y Lucas, narran de manera similar

sobre cierto centurión cuyo siervo estaba enfermo, y por quien Jesús habría dicho que no había encontrado tanta fe en Israel como en ese hombre, aunque gentil y pagano, ya que él mismo dijo que no era digno de que Jesús entrara bajo su techo, sino que solo rogaba que ordenara con su palabra y su siervo sería sanado. Sin embargo, solo Mateo añade que Jesús continuó diciendo: "En verdad os digo que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores." Esto significando a muchos paganos que vendrían, debido al centurión, ya que él también era gentil, en quien se había encontrado tanta fe; y llamando hijos del reino a los judíos, en quienes no se había encontrado fe alguna. Pero Lucas, aunque también consideró necesario e inolvidable incluir este hecho entre los milagros de Cristo en su Evangelio, no menciona allí a Abraham, Isaac y Jacob. Si alguien dijera que Lucas omitió esto porque ya había sido suficientemente dicho por Mateo, ¿por qué entonces menciona el hecho del centurión y su siervo, que ya había sido suficientemente insinuado por la diligencia de Mateo? Pero esto es falso. Pues en cuanto a la súplica de que Jesús viniera, Mateo dice que el centurión mismo vino a rogarle por la curación; pero Lucas no, sino que envió a los ancianos de los judíos, quienes, para no ser despreciados por Jesús como gentiles (ya que querían que Jesús fuera claramente judío), comenzaron a persuadirle diciendo que era digno de recibir ese favor, ya que amaba a su nación y había construido una sinagoga para ellos (Mateo 8, 5-13, y Lucas 7, 2-10): como si esto perteneciera al Hijo de Dios, si los judíos merecieran la construcción de su sinagoga por un centurión pagano. Sin embargo, Lucas no omitió completamente esta palabra, creo que recordando que podría haber sido verdad: pero cambia el lugar y lo aplica a otra causa muy diferente, es decir, cuando Jesús dice a sus discípulos: "Esforzaos por entrar por la puerta estrecha: porque muchos buscarán entrar y no podrán. Cuando el padre de familia haya entrado y cerrado la puerta, comenzaréis a estar fuera y a llamar, diciendo: Señor, ábrenos. Y él responderá: No os conozco. Entonces comenzaréis a decir: Comimos y bebimos delante de ti, y enseñaste en nuestras calles y sinagogas. Y él os dirá: No sé de dónde sois; apartaos de mí todos, obradores de iniquidad. Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los profetas entrando en el reino de Dios, y vosotros seréis echados fuera: y vendrán del oriente y del occidente, y del sur y del norte, y se sentarán en el reino de Dios" (Lucas 13, 24-29). Esto mismo, que muchos serán excluidos del reino de Dios, quienes solo llevarán el nombre de Cristo, pero no harán sus obras, tampoco Mateo omitió escribirlo (Mateo 7, 21); pero allí no hace mención alguna de Abraham, Isaac y Jacob. Asimismo, Lucas también escribió sobre el centurión y su siervo; pero igualmente no testimonia nada allí sobre Abraham, Isaac y Jacob: de modo que, como no se puede determinar con certeza dónde se dijo, nada impide no creer que se haya dicho.

CAPÍTULO III.

No sin razón, ante tales Escrituras tan disonantes y variadas, nunca prestamos oído sin juicio y razón: sino que contemplando todo, y comparando unas cosas con otras, ponderamos si algo de ello pudo haber sido dicho por Cristo o no. Pues muchas palabras han sido insertadas por vuestros mayores en los discursos de nuestro Señor, que, aunque llevan su nombre, no concuerdan con su fe: especialmente porque, como ya hemos probado muchas veces, ni son de él, ni escritas por sus Apóstoles; sino que mucho después de su ascensión, fueron descubiertas por semi-judíos no concordantes entre sí, a través de rumores y opiniones: quienes, sin embargo, atribuyendo todo esto a los nombres de los Apóstoles del Señor, o de aquellos que parecían seguir a los Apóstoles, mintieron diciendo que escribieron sus errores y mentiras según ellos. Pero verás: de este capítulo, como digo, no contenderé demasiado contigo; ya que me basta como defensa lo que antes expuse, y que ni siquiera vosotros podéis

negar, que antes de la venida de nuestro Señor, todos los Patriarcas de Israel y los Profetas yacían en las tinieblas del Tártaro por sus méritos: de donde, si alguna vez fueron liberados por Cristo y llevados a la luz, ¿qué tiene esto que ver con el odio a su vida? Pues odiamos y rechazamos no lo que fueron, es decir, hombres, sino cómo fueron, es decir, malos; ni lo que son ahora, es decir, purificados, sino lo que fueron, es decir, impuros alguna vez. Y por tanto, para nosotros, como quiera que vosotros queráis que sea, este capítulo no nos impide: ya sea que sea verdadero, aquí se recomienda la misericordia y bondad de Cristo; o si es falso, el crimen recae en sus escritores: de cualquier manera, estamos a salvo, como siempre.

CAPÍTULO IV.

AGUSTÍN respondió: ¿Cómo a salvo, miserable? ¿Cómo a salvo, quien dices odiar a los Patriarcas impuros, y aún lloras a Dios impuro? Ciertamente concediste que a esos Patriarcas, después de la venida del Salvador, se les otorgó purificación y descanso bendito; pero vuestro dios, incluso después de la venida del Salvador, aún yace en tinieblas, aún se sumerge en todos los vicios, aún se revuelca en todas las impurezas: así que no solo la vida de esos hombres era mejor que vuestro dios, sino también su misma muerte más feliz. En qué moradas estaban los justos que salieron de esta vida antes de que Cristo viniera en carne, y si también a ellos la pasión de Cristo los trasladó a algo mejor, quienes no solo creyeron que él vendría, sufriría, resucitaría, sino que también lo mismo, como era necesario, lo profetizaron con espíritu profético, debe investigarse en las Escrituras sagradas, si de alguna manera puede investigarse con certeza; no deben seguirse las temeridades de las opiniones de cualquier hombre, mucho menos las perversidades de una herejía tan execrable que se aleja demasiado de la verdad. En vano se promete Fausto a sí mismo, a través de esta oblicuidad, que algo pueda ser otorgado a alguien después de esta vida, que no se haya procurado para sí mismo que le sea otorgado en esta vida. Es bueno para vosotros que, mientras vivís aquí, abandonéis este error, y conozcáis y mantengáis la verdad de la fe católica. De lo contrario, estará lejos lo que el injusto se promete a sí mismo, cuando comience a suceder lo que Dios ha amenazado al injusto.

CAPÍTULO V.

Sobre la vida de los Patriarcas ya he respondido bastante a un hombre maldiciente: a quienes el Señor no daba testimonio como corregidos en la muerte, o justificados después de su pasión, cuando advertía a los judíos que si fueran hijos de Abraham, harían las obras de Abraham; y que el mismo Abraham deseó ver su día, y se alegró cuando lo vio (Juan 8, 39, 56); y que en su seno, es decir, en un gran y oculto secreto de quieta felicidad, los ángeles llevaron al pobre afligido despreciado por el rico soberbio (Lucas 16, 23). ¿Qué diré del apóstol Pablo? ¿Acaso también él alaba a Abraham como justificado después de la muerte, porque antes de ser circuncidado creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Romanos 4, 3): lo cual valoró tanto, que dice que no somos hechos hijos suyos por otra razón que por seguir las huellas de su fe?

CAPÍTULO VI.

Pero, ¿qué haré con vosotros, a quienes la iniquidad ha ensordecido tanto contra los testimonios de las Escrituras, que os atrevéis a decir que cualquier cosa que se haya proferido contra vosotros no fue dicha por el Apóstol, sino que fue escrita por algún falsario bajo su nombre? Tan abiertamente ajena a la doctrina cristiana es la doctrina de los demonios que predicáis, que no podéis defenderla bajo el nombre de doctrina cristiana de ninguna manera, a menos que digáis que las Escrituras de los Apóstoles son falsas. Infelices enemigos de

vuestra alma, ¿qué letras tendrán algún peso de autoridad, si las evangélicas, si las apostólicas no lo tendrán? ¿De qué libro será seguro de quién es, si las Escrituras que la Iglesia dice y sostiene que son de los Apóstoles, propagadas por ellos y declaradas con tanta eminencia entre todas las naciones, es incierto si son de los Apóstoles; y esto será seguro que los Apóstoles escribieron, lo que los herejes contrarios a esta Iglesia presentan bajo los nombres de sus autores, existiendo mucho después de los Apóstoles? Como si en las letras seculares no hubieran existido autores certísimos, bajo cuyos nombres después se han proferido muchas cosas, y por eso rechazadas, porque no concordaron en absoluto con lo que se sabía que era de ellos, o porque en el tiempo en que escribieron, no merecieron ser conocidas, y ser transmitidas y recomendadas a la posteridad por ellos mismos o por sus más familiares. ¿No es cierto que, para omitir otros, bajo el nombre de Hipócrates, el médico más noble, se han proferido ciertos libros que no fueron aceptados en la autoridad por los médicos? Ni los ayudó cierta similitud de cosas y palabras; cuando comparados con aquellos que se sabía que eran verdaderamente de Hipócrates, fueron juzgados inferiores; y porque no se dieron a conocer en el tiempo en que se escribieron las demás obras de él, no merecieron ser conocidas como verdaderamente suyas. Pero, ¿cómo se sabe que estos libros, que aquellos que se presentan de manera transversal son rechazados, son de Hipócrates, si alguien lo niega, no es refutado, sino ridiculizado, sino porque así los ha recomendado la serie de sucesión desde el tiempo de Hipócrates hasta este tiempo y en adelante, que dudar de esto es demente? Los libros de Platón, Aristóteles, Cicerón, Varrón, y otros autores de este tipo, ¿cómo saben los hombres que son de ellos, sino por el mismo testimonio continuo de los tiempos sucesivos? Muchos han escrito sobre las letras eclesiásticas, no con autoridad canónica, sino con algún estudio de ayuda o aprendizaje. ¿Cómo se sabe qué es de quién, sino porque en los tiempos en que cada uno escribió, lo insinuó y publicó a quienes pudo, y de allí, continuada la noticia en otros y otros, firmada más ampliamente, llegó a la posteridad, incluso hasta nuestros tiempos; de modo que, preguntados de quién es cada libro, no dudamos qué responder? Pero, ¿por qué seguir con cosas tan pasadas? Aquí están estas letras que tenemos en nuestras manos, si después de algún tiempo de nuestra vida, alguien niega que sean de Fausto, o que estas sean mías; ¿cómo se le convencerá, sino porque aquellos que ahora las conocen, transmiten su conocimiento a los futuros lejanos a través de sucesiones continuas de la posteridad? Dado que esto es así, ¿quién, entonces, es cegado por tal furia, a menos que esté subvertido consintiendo en la malicia y el engaño de los demonios mentirosos, que diga que la Iglesia de los Apóstoles, tan fiel, tan numerosa en la concordia de los hermanos, no pudo merecer que sus escritos fueran fielmente transmitidos a la posteridad, cuando sus cátedras han sido mantenidas hasta los obispos presentes con sucesión certísima, cuando esto sucede con tanta facilidad en los escritos de cualquier tipo de hombres, ya sea fuera de la Iglesia o dentro de ella?

CAPÍTULO VII.

Pero, dice, se encuentran escritos contrarios entre ellos. Leéis con malicia y mal estudio, necios no entendéis, ciegos no veis. ¿Qué gran cosa era examinar esto diligentemente, y encontrar la gran y saludable congruencia de esos mismos escritos, si la contienda no os pervirtiera, y si la piedad os ayudara? ¿Quién, leyendo alguna vez a dos historiadores escribiendo sobre una misma cosa, pensó que uno de ellos o ambos mentían o eran engañados, si uno de ellos dijo lo que el otro omitió; o si uno abarcó algo más brevemente, pero manteniendo la misma sentencia íntegra, y el otro, como desmembrando todo, expuso no solo qué se hizo, sino también cómo se hizo? Así como Fausto quiso calumniar la verdad de los Evangelios, porque Mateo dijo algo que Lucas, al narrar lo mismo, omitió decir: como si Lucas hubiera negado que Cristo dijo lo que Mateo escribió que dijo. De esto nunca hubo

cuestión alguna, ni esto puede ser objetado, salvo por los completamente imprudentes y que no quieren o no pueden considerar estas cosas. Aquello ciertamente se suele buscar entre los fieles, y objetar por los infieles, pero incluso a ellos, ya sea poco instruidos o demasiado contenciosos, si no se les advierte, que Mateo dijo: "Se acercó a él un centurión, rogándole y diciendo"; pero Lucas que envió a él a los ancianos de los judíos, rogando lo mismo por su siervo que estaba enfermo, para que lo sanara; y cuando se acercaba a la casa, envió a otros para que dijeran que no era digno de que Jesús entrara en su casa, ni él mismo digno de venir a Jesús. ¿Cómo, entonces, según Mateo, "se acercó a él rogándole y diciendo: Mi siervo yace en casa paralítico, y sufre terriblemente" (Mateo 8, 5-13, y Lucas 7, 2-10)? Esto, por tanto, se entiende que Mateo abarcó brevemente la verdadera e íntegra sentencia, diciendo que el centurión se acercó a Jesús, y no diciendo si se acercó por sí mismo o por otros: y que le dijo aquello de su siervo, sin expresar si lo dijo por sí mismo o por otros. ¿Qué? ¿No está llena la costumbre humana de tales locuciones, cuando decimos que alguien se acercó mucho a algo, incluso cuando aún no decimos que ha llegado? ¿No hablamos también de esa misma llegada, a la que parece que ya no se puede añadir nada, incluso a través de otros, diciendo muy comúnmente: "Él llevó su caso, llegó al juez"; o, "Llegó a tal o cual poderoso": cuando a menudo lo hace a través de amigos, sin haber visto en absoluto a aquel a quien se dice que llegó? De donde también tales hombres, quienes de alguna manera alcanzan los ánimos inaccesibles de los poderosos, ya sea por sí mismos o por otros, con el arte de la ambición, ya son llamados comúnmente "Perventores". ¿Qué, entonces? ¿Cuando leemos, olvidamos cómo solemos hablar? ¿O la Escritura de Dios iba a hablar con nosotros de otra manera que a nuestro modo? Y esto, ciertamente, lo he respondido a los contenciosos y turbulentos desde la costumbre común de hablar.

CAPÍTULO VIII.

Sin embargo, quienes buscan esto no litigiosamente, sino pacífica y fielmente, acérquense a Jesús, no con el cuerpo, sino con el corazón; no con la presencia del cuerpo, sino con el poder de la fe, como aquel centurión: entonces sentirán mejor lo que Mateo dijo. A tales se les dice en el Salmo: "Acercaos a él, y seréis iluminados; y vuestros rostros no se avergonzarán" (Salmo 33, 6). De donde aquel centurión se había acercado más a Cristo, cuya fe así alabó, que aquellos mismos por quienes envió sus palabras. Esto es similar a lo que el Señor dijo: "Alguien me tocó"; cuando la mujer que sufría flujo de sangre tocó el borde de su manto y fue sanada. Pues maravillosamente parecía decir a sus discípulos: "¿Quién me tocó?" y "Alguien me tocó"; cuando la multitud lo apretaba. De hecho, esto le respondieron: "Las multitudes te aprietan, y dices: ¿Quién me tocó?" (Lucas 8, 43-46). Así como ellos lo apretaban, pero ella lo tocó; así ellos fueron enviados a Cristo, pero el centurión se acercó más. Así, Mateo no solo mantuvo la costumbre de una locución no tan inusual, sino que también insinuó algo místico: Lucas, sin embargo, mostró cómo se hizo esto mismo, para que de allí fuéramos obligados a advertir cómo Mateo lo dijo. Ciertamente, me gustaría que alguno de estos vanos, que calumniosamente objetan tales pequeñas cuestiones como si fueran grandes al Evangelio, narrara algo él mismo dos veces, no falsamente ni con engaño, sino queriendo totalmente insinuar y exponer, y que sus palabras fueran recogidas por escrito y le fueran leídas; si no diría algo más o menos, o en un orden preposteroso, no solo de palabras, sino también de cosas; o si no diría algo de su propia sentencia, como si otro lo hubiera dicho, lo cual no oyó que lo dijera, pero claramente supo que lo quiso y lo sintió; o si no abarcaría brevemente la verdad de alguna sentencia, de la cual antes hubiera explicado los artículos como más expresamente: y si hay algo más que tal vez pueda ser comprendido por ciertas reglas, cómo sucede que en las narraciones singulares de dos de la misma cosa, o en dos de una de la misma cosa, se encuentran muchas cosas diversas, pero ninguna adversa; y

muchas variadas, pero ninguna contraria. Así se resuelven todas las cosas de las que estos miserables se atan el cuello, para que retengan dentro el espíritu de su error, y no admitan ningún auxilio de salvación desde fuera.

CAPÍTULO IX.

Por lo tanto, después de haber refutado todas las calumnias de Fausto, al menos en estos capítulos suyos a los que he respondido en esta obra, tanto como el Señor ha dignado ayudarme, de manera suficiente, según creo, y extensa; brevemente os advierto, a vosotros que estáis atrapados en ese error tan nefando y execrable, que si deseáis seguir la autoridad de las Escrituras, que debe ser preferida sobre todas, sigáis aquella que desde los tiempos de la presencia misma de Cristo, a través de las dispensaciones de los Apóstoles y las sucesiones ciertas de obispos desde sus sedes, ha sido custodiada, encomendada y clarificada hasta estos tiempos en todo el mundo. Pues allí veréis también revelarse los misterios del Antiguo Testamento y cumplirse las profecías.

Si, sin embargo, os movéis como por razón; primero pensad quiénes sois, cuán poco idóneos para comprender la naturaleza, no digo de Dios, sino de vuestra propia alma: comprenderla ciertamente, como decís querer o haber querido, con razón certísima, no con una credulidad vanísima: lo cual, al no poder hacerlo (pues sin duda, mientras seáis tales, de ninguna manera podréis), al menos aquello que está naturalmente insito en toda mente humana, si no está perturbado por la perversidad de una opinión errónea, pensad o creed que la naturaleza y sustancia de Dios es completamente inmutable, completamente incorruptible, y de inmediato no seréis maniqueos, para que alguna vez podáis ser católicos.